



BIBLIOTECA PERLA

XXVI



Se convirtieron en una multitud de palacios...

20.034

CONDESA DE GENLIS

2/2.80

VELADAS DE LA QUINTA

52

O NOVELAS E HISTORIAS

SUMAMENTE ÚTILES PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA, A QUIENES LAS DEDICA LA AUTORA, PUEDAN INSTRUIR A SUS HIJOS, JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO

TRADUCIDAS AL CASTELLANO POR DON FERNANDO GILMAN, ACADÉMICO SUPERNUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

~~Duplicado~~

C-5
7/45.



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Come raccende il gusto il mutare esca,
Cosi mi par che la mia Isteria, quanto
Or quá, or lá, piu variata sia,
Meno a chi l'udirá nojosa fia.

(*Orlando, furioso. Canto XIII.*)

TRADUCCIÓN LITERAL

Al modo que la variedad en los manjares
aviva el apetito, así yo he creído que cuan-
to más varios sean mis asuntos, tanto me-
nos enfadosos serán a mis lectores.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

El deseo de ser útil a mis compatriotas y la hermosura de esta obra me hicieron pensar en traducirla a nuestro idioma; pero al paso que me animaban estas dos ideas, me desalentaba la dificultad de la empresa. En efecto; creo que si todos los que traducen conocieran tan a fondo el idioma del original como el suyo, sería mucho menor el número de traducciones que se darían a la prensa, porque para traducir una obra, mayormente si tiene mérito, no basta entender y traducir bien el idioma, ni tampoco bastan ni sirven de mucho los Diccionarios, recurso muy débil e imperfecto por su misma naturaleza. Es preciso para emprender este trabajo con alguna esperanza de feliz éxito, haber estudiado el espíritu de la lengua en los mismos que la hablan, y haber leído con reflexión muchos libros de todas clases; porque no se usa en todas las obras de las mismas voces, frases ni estilo. El político tiene su modo de expresarse; el orador, el suyo; el cómico, otro muy diverso; el autor de novelas, si hace lo que debe, se ha de ceñir a un estilo puro, pero familiar y vivo, que es el propio de una conversación o de un diálogo. Es preciso también en el traductor bastante conocimiento de los usos y costumbres de la nación en cuyo idioma está el original, pues sin esto tropezará mil veces en la inteligencia y verdadero sentido de muchas frases.

Confieso que estas reflexiones me han acobardado; y hubiera abandonado la empresa a no haberme infundido ánimo la esperanza de que quizás podría desempeñar mi objeto, con la circunstancia de serme tan

natural el idioma francés como el castellano, y valiéndome para la corrección de mi traducción de alguna persona que me advirtiese los defectos de propiedad en las voces y frases. Hallé, con efecto, un sujeto en quien concurren todas las prendas que yo podía apetecer, y con su parecer he determinado presentar al público este corto trabajo. Digo corto, porque sé muy bien que generalmente se tiene por prueba de poco talento y estudio el trabajo de una traducción; pero, sea lo que fuere, no es mi fin pasar por erudito ni buen traductor: lo que deseo de todo corazón es que la obra agrade y aproveche a aquellos para quienes se ha traducido.

Desde luego, confieso que no es comparable con su original. No soy tan necio que quiera hacerme creer a mí mismo que he podido imitar con perfección el elegante y sencillo estilo de su ilustre autora la señora Condesa de Genlis, Marquesa de Sillery. Conozco demasiado todo el mérito de su obra para lisonjearme tan locamente.

Pero si el estilo de mi traducción no tiene toda la gracia y encanto del suyo, a lo menos creo que no he estropeado mi lengua con voces extrañas ni con frases francesas algo dilatadas. He seguido con la mayor escrupulosidad el sentido verdadero; para esto no me he detenido nunca en las voces, ni me he ligado al original sino tan solamente para los pensamientos y orden que guarda en la división de su obra.

En cuanto al mérito de ella, no soy juez competente, por dos razones: la una, porque mis elogios serían sospechosos, siguiendo el parecer del adagio que dice: *cada ollero alaba sus ollas*. La otra es porque aun cuando la obra fuese parto de mi ingenio (que yo me alegrara), no podía admirarla con más extremo, y así, confieso que no veo sus defectos y sólo hallo en toda ella perfecciones que encantan; y para prueba diré que antes de pensar en traducirla ya la había leído doce o catorce veces, por haberme parecido desde luego que de cuantos libros han salido sobre la educación es éste el más perfecto. Y porque el lector no crea que no tengo razón para hacer este elogio que mi entusiasmo, le diré mis motivos.

La señora Condesa de Genlis, de ilustre nacimiento, rica, joven y hermosa, se dedicó desde luego a esta clase de composición, y antes de publicar esta obra ya había dado su *Teatro de educación*, su *Teatro para el uso de los jóvenes de ambos sexos*, los *Anales de la virtud* y *Adela y Teodoro* (1). Todas estas producciones han sido sumamente apreciadas en Francia, y al mismo tiempo han servido para que su autora, con la prác-

(1) Esta última obra está traducida al castellano por el Sr. D. Bernardo María de Calzada, capitán del regimiento de caballería de la Reina.

tica que con ellas consiguió sobre tan importante materia, sacase una obra la más completa que hasta ahora se ha dado sobre la educación moral.

Si les pareciese a mis lectores que exagero a causa de la pasión que he confesado me arrastra a estimar esta obra, háganse cargo de lo que he dicho arriba; de las circunstancias y prendas que adornaban a esta señora cuando, en vez de entregarse a los placeres y diversiones que la brindaban en la capital en donde más abundan, y hallándose joven y hermosa, se dedicó a estudiar a fondo las inclinaciones, genios y pasiones de la niñez para escribir después con todo acierto. Parece que no hay más que decir en elogio suyo y de esta obra: pues aún falta decir el mérito que más realce da a una y otra. Era madre, y madre tierna y cuidadosa que, no fiando de nadie la educación de sus hijos, pudo de este modo penetrar en sus corazones y hacer un estudio práctico de todas las pasiones y diferentes inclinaciones que se empiezan a criar desde la edad más tierna en nosotros. De este modo ha podido retratar en su obra con tanta exactitud y gracia la amable sencillez de la primera edad. Y por esto es su obra superior a la de cualquier hombre, por sabio e instruído que sea: porque éste sólo escribe por especulación, y aun cuando tenga alguna práctica, nunca llega a la que una madre logra cuando ella misma educa a sus hijos, mayormente si tiene talento y reflexión, prendas que no creo que nadie será capaz de disputar a la autora de las *VELADAS DE LA QUINTA*.

Si a pesar de lo dicho me juzgan preocupado, no importa: me consolaré de la censura de cien críticos con lograr tan solamente que mi traducción excite en una madre el deseo de imitar a la señora Condesa en el modo de criar, instruir y corregir a sus hijos, o con que algunos jóvenes se penetren de sus máximas. Si esto consigo, ¿qué mayor premio?

Acerca de la utilidad de la obra no podría yo decir más de lo que dice en su prólogo la autora de ella, por lo cual extractaré de él lo que me ha parecido más conveniente para nosotros.

He tenido por conveniente poner algunas notas en el discurso de la obra para dar noticia más completa a los que no estén impuestos de los puntos a que se refieren; pero para distinguirlas de las de la autora irán marcadas con un *.

La naturaleza de esta obra, compuesta principalmente a favor de las madres de familia y señoritas próximas a tomar estado, me mueve a dedicarla a unas y otras. Una dedicatória dirigida a algún poderoso y llena de alabanzas, las más veces inciertas, cuando no hijas de algunas miras

interesadas o ambiciosas, no conviene con la idea que me he propuesto al emprender esta traducción; por tanto:

Dedico estas novelas con el mayor afecto y veneración a la respetable Sociedad de Señoras, unidas a la Sociedad Matritense, como representantes de todo el Cuerpo de Señoras del Reino. El premio que espero y que más apetezco es que cuando lean las vivas pinturas que la autora hace de acciones benéficas, de amor filial y materno, de lealtad y compasión para con la Humanidad desgraciada, broten por sus ojos los dulces sentimientos que causan en los pechos sensibles la compasión y ternura. ¡Feliz mil veces yo si en el número de mis jóvenes lectores encontrase también algunos que interrumpiesen con dulces lágrimas la lectura, y se abrasasen en vivos deseos de imitar los modelos que voy a presentarles de todas las virtudes, única felicidad del hombre en la Tierra!

PRÓLOGO DE LA AUTORA

Antes de dar a la prensa esta obra he querido saber positivamente si mis lectores podrían comprenderla fácilmente. Para esto he juntado en mi casa una tertulia de doce o quince jóvenes de ambos sexos, desde la edad de once años a la de diez y seis, y les he leído mi libro: no he consultado a las más juiciosas en punto a la inteligencia de él; y no sólo los niños de once años me han entendido, sino que también he visto con suma complacencia que algunos que no tenían más que nueve me escuchaban con una atención que me ha hecho conocer que mi lectura producía en ellos la impresión que yo me había propuesto.

Me he valido de cierto orden y método en la distribución y arreglo de las novelas de que se compone esta obra, porque antes de pensar en el plan de la novela, esto es, en los lances y situaciones, ya había yo formado el plan de ideas y el orden con que debía presentarlas para ir ilustrando poco a poco el entendimiento de la juventud y exaltar su alma, a lo menos en cuanto me lo ha permitido mi corta inteligencia. Dispuesto de este modo el enlace, no me quedaba que hacer más que formar una combinación igualmente fácil y divertida: era preciso inventar caracteres, incidentes y situaciones que pudiesen demostrar del modo más eficaz las verdades establecidas en mis máximas. Pondré un ejemplo: el principal fin de mi *plan de ideas* era no omitir medio alguno para inspirar a los jóvenes las inclinaciones sencillas y virtuosas que nos acercan a la Naturaleza, y que hacen desear con preferencia la vida quieta y sosegada del campo. Para conseguirlo era preciso emplear, no una *historia* o una

sola conversación, sino varias, y, por tanto, insisto en las más de ellas sobre este punto.

Para hacer agradable la vida del campo bastaría el gusto o afición a la Historia natural: esta idea me ha hecho imaginar el cuento de *Alfonso y Dalinda*, o los *Encantos del Arte y Naturaleza*, y así de los demás. En una palabra, en vez de buscar y ajustar una consecuencia moral a un lance gustoso y divertido, he arreglado y compuesto cada asunto con referencia a una máxima moral.

Del mismo modo he compuesto mi *Teatro de educación y Adela y Teodoro*. Bien conozco la imperfección y medianía de mi ejecución; pero creo que mi método es bueno; y no siguiéndole, la moral estará muy a menudo como violenta, fuera del caso, y no será más que un accesorio.

No hay asunto alguno moral que no se pueda tratar con amenidad, como tampoco hay ningún libro de moral que sea útil si es enfadoso y pesado: esta verdad no está bastante conocida, de lo que nace que los moralistas han dado tantos *tratados*, tantos *pensamientos*, tantas *reflexiones*, *disertaciones*, *discursos*, *ensayos*, etc. Se puede muy bien admirar una obra de éstas; pero si tiene más de cien páginas, es imposible que agrade y que se lea con gusto.

Querer persuadir, obligar y exigir sacrificios violentos y dolorosos sin procurar dar gusto e interesar, sin buscar y aprovechar todos los medios que pueden fijar la atención de aquellos a quienes queremos persuadir y atraer, es, sin duda, la mayor inconsecuencia. Cualquiera que hable al corazón puede estar seguro de ser oído. ¿Por qué, pues, desterrar de las obras morales los afectos y la imaginación? Nunca se conseguirá hacer virtuosos a los hombres empleando insulsas y frías reflexiones; solamente se logrará presentándoles ejemplos eficaces y pinturas hechas a propósito para penetrar y estamparse en la imaginación, y esto es lo que se debe llamar: *La Moral puesta en acción*.

Todas las obras que han influido poderosamente sobre las costumbres son agradables y atractivas, y a este mérito, más que a otro cualquiera, se debe atribuir el bien que han producido. No sólo se leerá en todo tiempo, sino que se sabrá de memoria el *Telémaco*, las *Novelas de Richardson*, el *Quijote* y el *Espectador inglés*. Aun aquellos que no quieren ni corregirse ni instruirse leen estas obras por diversión, y leyéndolas se corrigen y se instruyen como a pesar suyo. Estos son los libros verdaderamente útiles. Los demás moralistas se parecen a aquellas personas que dan buenos consejos únicamente para hacer ver la solidez de sus razones,

y que fuera de esto saben muy bien que no persuadirán ni moverán a nadie, pues se les escucha con distracción y tedio.

Hay muchas personas naturalmente propensas a creer que toda producción de esta clase debe ser de poco mérito. ¡Desgraciado el pobre autor que los divierte e interesa! Aunque emplee la moral más pura y sólida, su obra será reputada por *graciosa friolera*. Esta clase de gentes no estima sino los libros que la enfadan y cansan, y sólo da el renombre de *filósofo* al autor que no comprende.

Un moralista aspira a conseguir fama: para alcanzar ésta de que acabamos de hablar no se necesita tener sensibilidad ni imaginación; mucho menos es preciso saber pintar y crear caracteres, explayarlos y sostenerlos: en dos palabras, formar un plan. Todo lo contrario: no se trata de divertir ni deleitar; con ser oscuro, pesado y dogmático, está todo hecho.

Una de las cosas que han contribuído más a desacreditar los libros morales publicados bajo un aspecto de diversión es la multitud de obras peligrosas con título de *Novelas morales* y *Cuentos morales* que de veinte años a esta parte se han dado al público. Estas producciones se deberían comparar con aquellos venenos disfrazados que los charlatanes suelen vender como remedios saludables, y que son tanto más perniciosos cuanto los nombres acreditados que les ponen son causa de que se tomen con toda confianza.

Estas obras han desacreditado injustamente a todas las demás. Sería cosa más prudente despreciar las obras condecoradas con un título que no merecen; porque no hay duda que a obras propias de su título han merecido Fenelón, Richardson, Addison y Cervantes la gloria de que siempre se verán acompañados sus nombres. Si yo hubiese creído que era preciso tener un talento igual al de estos grandes hombres para emprender con alguna esperanza de buen éxito un género de obras que ellos inventaron, jamás hubiera tenido la menor tentación de escribir, porque fuera de esta clase de obras, ninguna otra me hubiera agradado. He juzgado que con un corazón sensible y un poco de razón se podían inventar algunas pinturas instructivas y gozosas. No he pretendido hacer una obra de un mérito superior, y sólo me he dejado llevar del deseo de presentar a las madres que lo quieran ser de sus hijos, mis reflexiones, y a los hijos, algunas lecciones útiles y agradables.

Con la mira de inspirar a la juventud la afición al estudio, a las ciencias y artes he procurado que mis notas fuesen curiosas y amenas. En

ellas les digo algo de cada cosa para que con su lectura adquieran algunas nociones generales, y sobre todo con el fin de que su curiosidad se dirija a unos objetos dignos más que cualesquiera otros de excitarla y satisfacerla.

No será ponderación si digo que para componer no más que el cuento de los *Encantos del Arte y Naturaleza*, con las notas que le corresponden, he tenido que leer o volver a leer más de cien tomos, lo que el lector puede verificar por la multitud de los autores que cito.

No pretendo sacar gloria de este trabajo, que no exige ni talento ni instrucción, pues sólo consite en leer y formar después extractos cortos y superficiales propios para la juventud; pero este trabajo da a conocer por lo menos la paciencia del que le hace, y su celo del bien público. Del valor de haberme dedicado a él es de lo único de que me vanaglorio.



VELADAS DE LA QUINTA

INTRODUCCION

El Marqués de Clemira, al tiempo de marchar al ejército, recibía las tristes despedidas de su esposa, su suegra y sus tres hijos. Tenía sobre sus rodillas a Cesarito, el mayor de ellos, que se quejaba amargamente de no ser bastante grande para poder acompañarle. El Marqués, dándole un abrazo, se levantó; sus dos hijas llorando se abrazaron a él, y su mujer, bañada en llanto, se arrojó hacia la puerta para decirle el último adiós. Entonces César, acercándose al oído del Marqués, le dijo:—¡Papá mío, lléveme usted consigo a la guerra! El Marqués, sin responder, le dejó en los brazos de su madre; pero el niño lo rehusó, de modo que fué preciso abrirle por fuerza la manecita que tenía asida del collarín del vestido de su padre, el cual, volviendo a abrazar a sus hijos y esposa, se separó de ellos y marchó apresuradamente. Mad. de Clemira, penetrada del dolor, se encerró con su madre en su gabinete, y como eran las ocho de la noche, envió los niños a dormir.

Toda la casa estaba llena de tráfago y alboroto, porque debía la Marquesa marchar al día siguiente a una posesión que tenía en Borgoña; y como no llevaba consigo sino parte de la familia, dejando la restante en París, así los criados que iban como los que quedaban, todos murmuraban y decían: “¡Qué locura irse a encerrar en una quinta que jamás se

"ha habitado, y marchar en el rigor del invierno, en vez de quedarse en París, en donde la señora hallaría más consuelo y distracción! ¿Cómo es posible que tres criaturas, que la mayor tiene nueve años y medio, puedan resistir la fatiga de un viaje semejante? ¡Andar 70 leguas en el mes de Enero! ¿Es acaso preciso irse a meter ermitaña y huir al cabo del mundo porque un marido va a campaña?"

Tales eran las reflexiones que hacía Victoria, una de las criadas de la Marquesa, mientras componía los cofres, dirigiendo sus razones al mayordomo Mr. Dorel, que sentía en igual grado no poder ir a Borgoña y tener que separarse de Victoria. Por otro lado, las dos hijas de la Marquesa, Carolina y Pulqueria, oían las mismas quejas, porque Julieta, que las desnudaba, no podía encubrir su pesar: jamás había salido de París, y tenía un odio invencible a todo lo que olía a provincia. Carolina y Pulqueria oían, pues, con atención las declamaciones de Julieta, y especialmente Pulqueria, que naturalmente era muy curiosa, defecto disculpable en su edad, pues sólo tenía siete años. Fuera de esto, prometía bellas prendas; y aunque más viva que su hermanita, que tenía diez y ocho meses más que ella, se granjeaba el afecto de todos por su mucha ingenuidad y buen corazón.

César era el más juicioso de los tres hijos de Mad. de Clemira: bien que contaba ya casi diez años, edad en que se comienza a salir de la niñez; y, en efecto, César tenía ya algún imperio sobre sus pasiones. No siempre se tiene igual aplicación; pero cuando César no se hallaba bien dispuesto, sabía vencerse y superar estos disgustos momentáneos. Naturalmente amaba el estudio y tenía vivos deseos de instruirse; además, era sensible, dócil, sincero y valeroso, amaba en extremo a sus padres, quería tiernamente a sus hermanitas, y era muy agradecido a sus maestros, particularmente al abate Fremont, su ayo (eclesiástico amigo de la casa y encargado de su educación), aunque era severo y solía a veces estar de mal humor, sobre todo desde que se hablaba del viaje a Borgoña, porque echaba de menos a París, los diarios y ciertas partidas de ajedrez, que eran su principal diversión hacía ya diez años.

En fin, aquella noche toda la familia se acostó haciendo tristes reflexiones. Amaneció el día siguiente, y a las siete y media despertaron a los niños, los vistieron, y después de haber almorzado de prisa a las ocho y media, la abuela, la madre, el abate, César, Carolina y Pulqueria entraron juntos en un coche, y se tomó el camino de Borgoña.

A mediodía se hizo alto para comer. Mad. de Clemira, que no había dormido la noche antecedente, se echó sobre una cama, y los demás caminantes se quedaron en un cuarto inmediato: entretanto que los criados componen de comer y ponen la mesa, la familia se junta alrededor de una chimenea. Mr. Fremont atiza el fuego sin hablar una palabra, y los niños se arriman a su abuela la Baronesa Delbi. Empiezan a hablar y a hacer preguntas a la abuela, porque en el camino el abatimiento y suma tristeza de su madre había reprimido toda su curiosidad.

—¿Por qué vamos a Borgoña?—preguntó Pulqueria.—Hija mía—

respondió la Baronesa,—cuando un militar marcha a campaña se ve precisado a hacer muchos gastos; y si su mujer es prudente, debe por medio de una sabia economía precaver el desorden que estos gastos extraordinarios podrían causar en la hacienda: y éste es el motivo por qué tu mamá sale de París.—¡Ah; ya lo comprendo!—la interrumpió Pulqueria.—Pero dicen que la quinta adonde vamos es tan fea, tan triste... Mamá se morirá de tristeza, y esto es lo que temo.—Pues si no tienes otro temor, bien puedes tranquilizarte, porque tu madre tiene tanto gusto en cumplir con sus obligaciones, que seguramente no habrá en esta ocasión morada que le sea más grata que Champcery.—Ya lo conozco—dijo César.—Algunas veces cuando estudio, en mi interior más quisiera jugar; pero en pensando que todos me querrán si doy bien mi lección y que cumplo con mi deber, recobro nuevos alientos y aplicación.—Además—preguntó la Baronesa,—después que has jugado, brincado y corrido, ¿tienes pensamientos gustosos?—No, señora—respondió César;—me siento muy cansado nada más.—¿Y cuando has estudiado bien?—¡Oh; entonces sí que estoy contento, porque piense que Mr. Fremont se lo dirá a mamá, quien me hará muchos cariños, y que todos me alabarán!—Nunca olvidés eso, hijo mío—le dijo la Baronesa.—Es poco grato el recuerdo de los gustos pasados; pero siempre nos acordamos con deleite de las buenas acciones que hemos hecho.—Al decir esto se levantó para ir a comer. A los postres, Mad. de Clemira vino a la mesa, y media hora después se prosiguió el viaje.

Al cabo de algunos días llegaron a Champcery, quinta medio arruinada, rodeada de lagunas, lo que, junto con lo riguroso de la estación, las nieves y las escarchas, aumentaba su aspecto lóbrego y montaraz; pero sobre todo les chocó mucho a los niños lo tosco de sus muebles.—¡Jesús!—decía Carolina.—¡Los canapés y las sillas son de baqueta negra! ¡Qué chimeneas tan grandes! ¡Qué vidrios tan pequeños!—Hijos míos—dijo la Baronesa,—en mi tiempo se pasaban ocho meses del año en quintas semejantes a ésta, y se disfrutaban en ellas más diversiones, gustos y alegría que ahora en las suntuosas casas de campo que habéis visto en los contornos de París: en éstas no se halla ni placer ni libertad, y sólo se consigue arruinar a un mismo tiempo la salud y los caudales. A pesar de estas juiciosas reflexiones de la abuelita, Carolina y Pulqueria suspiraban al acordarse de París. Mr. Fremont, naturalmente friolero, se quejaba continuamente del frío que se sentía en todos los cuartos; porque, a la verdad, todas las puertas y ventanas ajustaban muy mal, y, para colmo de desgracias, le cogió un fuerte constipado, con lo que se remató, echando el resto a su tristeza y mal humor. Pero nada igualaba al desconsuelo de las dos criadas Victoria y Julieta. Victoria, sobre todo, estaba desesperada; y como no se atrevía a explicar el verdadero motivo de su pena, en especial delante de las niñas, buscó medio para trabar conversación y poder quejarse, diciendo la primer mañana que les amaneció en Champcery que de temor a los ladrones no había cerrado los ojos.—¡Cómo ladrones!—exclamó Pul-

queria.—Y qué, ¿piensa usted, señorita, que estamos aquí muy seguras? ¡En una quinta desamparada, rodeada de lagunas y bosques, y con tan poca gente! Aún si la señora hubiese hecho venir toda la familia que se ha quedado en París...—Y además—añadió Julieta—que en esta tierra aún hay más lobos que ladrones.—¡Lobos!—dijo asustada Carolina.—Sí, señora; y lobos hambrientos.—¡Ay, Dios mío!—Sólo el pensarlo hace temblar; y cuentan unas cosas de ellos... Todas esas lagunas están heladas, y por la noche vienen a docenas alrededor de la casa.—¿Tan cerca de nosotras?—Sí, señora. Discorra usted si, por desgracia, dejaran abierta alguna ventana del cuarto bajo; ¿qué sería de nosotras?—A bien que no se dejan las ventanas abiertas de noche en este tiempo.—Pero un olvido es muy fácil que suceda.—¡Jesús, qué mala tierra es la Borgoña!—Esta conversación hizo mucha impresión en las dos niñas. Atemorizadas y tristes lloraban amargamente acordándose de París; y cuando entraron en el cuarto de su madre, al instante conoció en sus rostros que estaban poseídas de alguna interior desazón; y así, habiendo instado vivamente a Carolina, ésta la refirió toda la conversación de Victoria y Julieta. Fácil le fué a la Marquesa hacerlas comprender que era tan extravagante como infundado el miedo de los lobos y los ladrones.—Pero—añadió la Marquesa—¿no os había yo prohibido toda especie de conversación con las criadas?—Mamá, hasta que mi aya cayó mala con tercianas, jamás habíamos hablado con ellas; pero desde que Julieta nos viste y desnuda...—¿Y es preciso que porque Julieta os viste hayáis de imitarla en sus bachillerías?—Es que las más veces no habla con nosotras, sino con Victoria.—Si no dieseis oídos a éstas y semejantes razones, o las escuchaseis con indiferencia y menosprecio, no dirían delante de vosotras esas simplezas; y si, por el contrario, tomáis gusto a semejante trato, os viciaréis el juicio y el corazón.—Pero, mamá, muchas veces nos ha dicho usted que todos somos hermanos, y...—Y es muy cierto: debemos amarlos, socorrerlos, servirlos en cuanto nos sea posible. El nacimiento y la nobleza sólo son ventajas imaginarias; pero la educación forma entre los hombres una diferencia verdadera. Una persona juiciosa e instruída no admitirá en su íntima confianza a otra que sea ignorante, grosera, imprudente y llena de necias preocupaciones, y ésta es la causa por que nunca tendrá conversaciones familiares con criada alguna, a no ser para favorecerla en alguna cosa que la pida, pues en este caso debemos procurar proteger a los que nos sirven con todo esfuerzo, cuando nos piden parecer sobre algún asunto, o nos fían sus intereses.—Pero si una criada fuera buena, ¿no se la podría mirar como a una amiga, aunque fuese ignorante y no tuviese la mejor crianza?—Dime, Carolina: ¿qué piensas que es mirar a una persona como a una amiga?—Mamá, es quererla de todo corazón.—La de Merival, que tú conoces, quiere a su hija (que sólo tiene dos años) de todo corazón, y no por esto es su amiga.—Ahora sí que lo entiendo: para llamar a una persona amiga es menester que haya algo más que cariño.—Seguramente: es menester que haya confianza; por lo que una criada no puede ser



Se llevaban una y otra en un cochecito que resbalaba con rapidez.

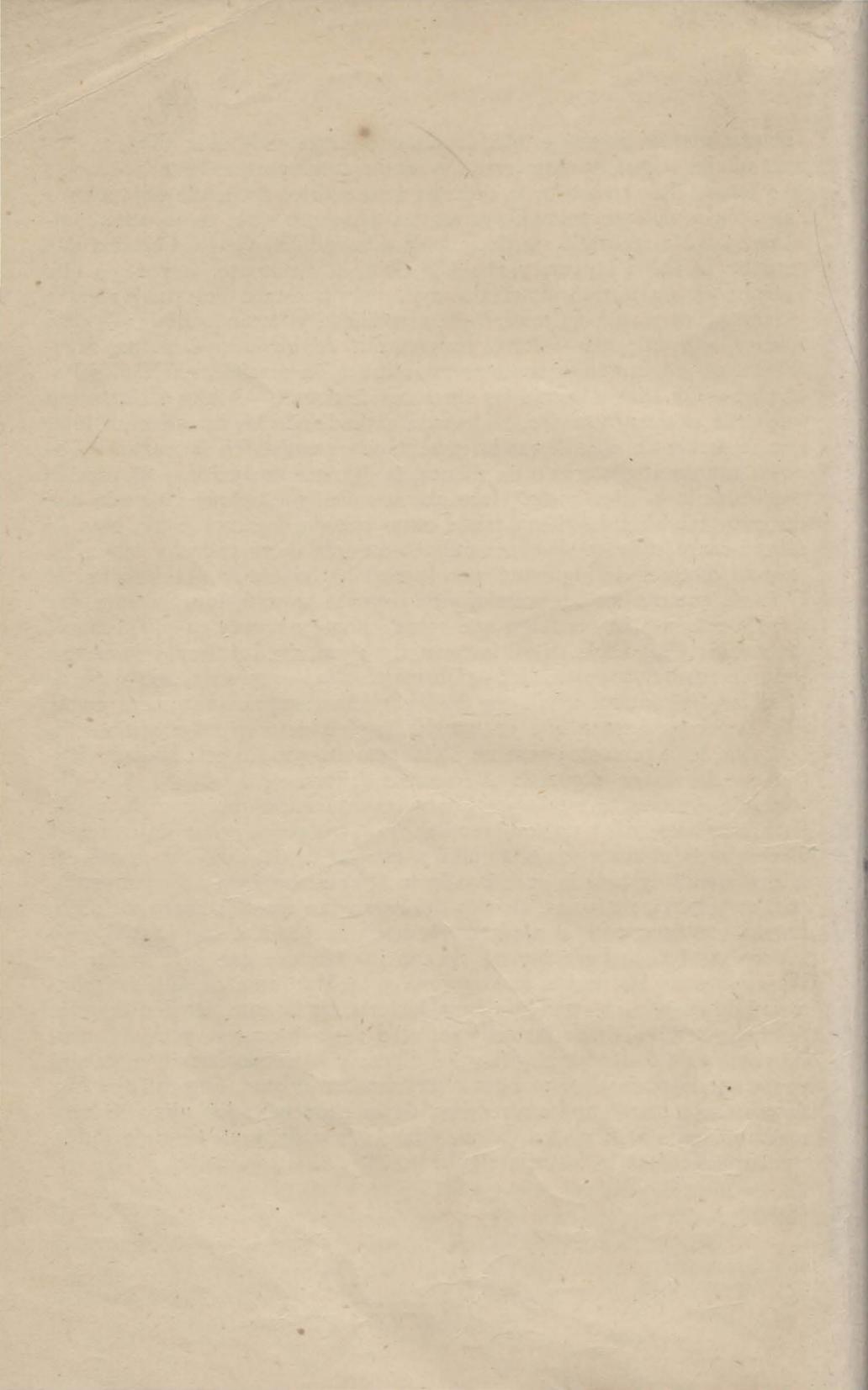
amiga, y no se puede esperar de ella consejo alguno sano, ni tener con ella conversación instructiva y agradable, aun en asuntos indiferentes. Por lo que sería contra razón la demasiada confianza. Se la debe estimar cuando es honrada y buena; pero no tenerla por amiga. Finalmente, semejante intimidación sería ridícula a mi edad, pero es peligrosa en la vuestra: bien podéis conocerlo, pues que solas dos conversaciones con Julieta y Victoria han sido causa de que os hayáis llenado de temores disparatados, murmurando además de mis disposiciones, en vez de aprobar los justos motivos que me han hecho venir aquí. Y así, evitad cuidadosamente en adelante todo género de familiaridad con criados y gentes que no han tenido crianza; pero al mismo tiempo sed con ellos muy moderados y benignos; tenedles lástima cuando los veáis obrar necia o inconsideradamente, y deciros a vosotras mismas: si yo no hubiera tenido padres tan prudentes y cuidadosos, tendría todos los defectos que estos pobres tienen, y quizá muchos más.—Pero, mamá, he oído decir que mi tía, que es tan buena y tiene tanto juicio, trata con Rosalía, una de sus criadas, como si fuese su amiga.—Es muy cierto; pero también lo es que Rosalía no es una criada cualquiera: ha tenido muy buena crianza; y si sus padres por su pobreza no pudieron darla maestros y conocimientos extensos, por lo menos la dieron excelentes ejemplos y buenos principios; después, cuando Rosalía, de edad de diez y siete años, entró a servir en casa de mi cuñada, la pidió libros, y cómo tenía talento y buen modo de pensar, en breve se instruyó, con lo que obtuvo el cariño y confianza de su ama, que admiraba en ella su juicio, su lealtad, su devoción y su amor al trabajo y a la lectura.—Morel, el lacayo de mi hermano, tiene las mismas inclinaciones de Rosalía. El Sr. Fremont dice que sabe leer y escribir muy bien: siempre tiene algún libro en la faltriquera, y sobre todo es buen cristiano.—Y también veis que le distingo de los demás criados y no he prohibido a César que trate con él; pero estos ejemplos son tan raros, que sólo se pueden considerar como excepciones de la regla común.

Corregidas las niñas con esas advertencias, procuraron en adelante no gastar conversación con Victoria y Julieta, e insensiblemente fueron conociendo que, aun en el rigor del invierno, no dejan de hallarse diversiones en el campo; ellas y César se acostumbraron al frío, y éste sobre todo tenía sumo gusto en correr por los jardines, en hacer bolas de nieve y en andar con patines. Excitadas Carolina y Pulqueria con el ejemplo de su hermano, probaron (no sin mucho temor al principio) si podrían resbalar como él; pero a pocos días se acostumbraron, y eran tan valerosas como César: corrían con seguridad, y se llevaban una a otra en un cochecito que, resbalando con rapidez por encima del hielo, no las costaba trabajo el tirarle ni el gobernarle; las caídas, muy frecuentes, pero nunca peligrosas, sólo servían para aumentar la alegría, porque caían con facilidad y se levantaban riendo a carcajadas.

Su madre solía mezclarse en estas diversiones, pues aunque la faltaba su alegría natural, la igualdad de su genio hacía menos notable la

tristeza interior de que estaba dominada; jamás se la veía afligirse, llorar, ni dar muestras exteriores de sentimiento, porque cuando conocía que éste la iba venciendo, se retiraba a su cuarto, de donde salía a poco rato con semblante tranquilo y sereno. Una vez que, como otras muchas, se había separado sin decir nada a la familia, viendo Carolina que tardaba, la fué a buscar, y no hallándola en su cuarto, la pareció que hablaba en un retrete inmediato cuya puerta estaba entornada; entra poco a poco, y ve a su madre que arrodillada y llorando decía:—¡Dios mío, concededme más valor y resignación! Al oír esto Carolina, arrodillándose y levantando sus manecitas cruzadas al cielo, exclamó sollozando:—¡Oh Dios mío; oid las oraciones de mamá!—A esta exclamación vuelve la cabeza su madre, se levanta extendiendo los brazos a su hija, que se arroja en ellos llorando, y sentándose ambas en un canapé, después de un corto intervalo de silencio la dijo así su madre:—Es preciso explicarte lo que has visto. Hace algunos días que habrás reparado que no estoy tan abatida ni tan triste como cuando llegamos aquí; pero la misma causa subsiste siempre: me veo ausente de tu padre, y tengo los mismos motivos de inquietud, por lo cual he buscado en la Religión el consuelo que me era tan preciso, y mi pesar se ha mitigado. Siempre que le pido esto a Dios, conozco que cobro ánimo y renace en mi pecho la esperanza: Dios habla en mi interior, me eleva, me fortifica, y lo espero todo de su divina protección.—¡Oh mamá mía!—replicó Carolina abrazándola.—Permitame usted que la acompañe siempre que quiera rogar a Dios por papá, para que yo también le pida de todo mi corazón.—Sí, hija mía, te lo prometo; pero no olvides nunca que sin esta piedad afectuosa y sincera es imposible que seamos felices.

Cada día que se estaba en Champcery se hacía menos malo a sus habitantes: los niños no comprendían cómo se podía echar de menos a París; hasta el abate se acostumbró a este modo de vida. Su cuarto estaba abrigado, y toda la casa con buen temple; las puertas y las ventanas, compuestas; además, el cura del lugar, tan tratable como virtuoso, jugaba medianamente al ajedrez y le hacía su partida, con lo cual poco a poco recobró su buen humor. Se convino también que para variar las diversiones de las noches la Baronesa y la Marquesa de Clemira contarían de cuando en cuando alguna historia en la conversación después de cenar, esto es, desde las ocho y media hasta las nueve y media, promesa que causó mucha alegría a los niños; y habiendo instado a su madre a que lo pusiese en práctica aquella noche misma, ésta satisfizo sus deseos. Se sentaron todos alrededor de la chimenea; los niños se acomodaron junto a su madre, la que fijando la vista y atención de todos, comenzó a contar la historia siguiente.





DELFINA, O LA CURACION FELIZ

Delfina, hija única y heredera rica, era de ilustre nacimiento, bonita, y no carecía de talento y buen corazón. Su madre, Melita, que era viuda, la amaba tiernamente; pero a causa de su natural flojedad e inconstancia, no era capaz de darla buena educación. No obstante, a los nueve años ya tenía Delfina varios maestros; pero con poco fruto, porque sólo tenía afición al baile: todo lo demás lo emprendía con suma repugnancia, y las más veces abreviaba las lecciones, quejándose de estar cansada o de que la dolía la cabeza. “No quiero que se la violente—solía decir su madre;—su complexión es muy delicada, y se arruinaría si se la hiciese estudiar demasiado. Además—añadía,—que es muy regular no la falte un buen casamiento aun cuando sus talentos no sean superiores, por lo que no quiero que se la moleste acerca de esto.”

A este punto de la narración de Mad. de Clemira, César se encogió de hombros, e interrumpiéndola dijo:—Seguramente, esa señora no tenía mucho juicio. ¿Acaso porque una persona sea rica está exenta de procurar instruirse y ser amable?—Además, siguió Mad. de Clemira,—que aun el hombre menos escrupuloso para casarse por sólo el motivo de la riqueza no podrá tener amor ni confianza en su mujer si no ve en ella talentos y virtudes suficientes; y, por consiguiente, no puede ser feliz una casada si no tiene prendas amables. En una palabra, quiero decir que los bienes que resultan de una buena educación, de la igualdad y docilidad de genio, de la instrucción y de los talentos hacen amable

nuestra sociedad y nos proporcionan un manantial inagotable de placeres y felicidades; en vez que las personas mal criadas, siempre molestas a todos, experimentan cuantos disgustos producen necesariamente la ignorancia, la ociosidad, los errores del entendimiento y los vicios del corazón. Y ésta fué la causa de que Delfina, acariciada, adulada y mimada, era, no obstante, la niña más desgraciada de París. Cada día se deterioraba visiblemente su natural bondad y se echaba a perder su genio; se hizo caprichosa, vana e indócil; la menor repugnancia a sus ideas la era insoportable; y no contentándose con no obedecer, quería mandar; daba sus órdenes en la casa, tratando a los criados con soberbia; era causa de que los riñesen a menudo, y otras veces tenía gusto en hablar con ellos; unas veces desdeñosa, otras familiar, equivocaba la arrogancia con el buen modo de pensar, y la bajeza con la indulgencia y bondad; fastidiada de adulaciones, no podía pasarse sin ellas; cansada de sus muñecas y juguetes, y al mismo tiempo envidiando los que otras tenían, porque carecía igualmente de equidad y moderación...—¡Oh; qué retrato tan feo!—exclamó Pulqueria.—Pero es copia al natural de una niña mal criada—replicó su madre,—y muchas de veinte años se le parecen.—¿De veinte años?—Sí, hija mía; porque cuando la crianza desde sus principios ha sido mala, crecen y envejecen con nosotros los vicios de la primera edad, por lo que son unas veces la irrisión, y otras la plaga de la sociedad.

Pero, volviendo a Delfina, cuanto peor había sido su educación, tanto más era digna de lástima; como no tenía imperio sobre sí misma, unía en sí los defectos menos compatibles; por el más mínimo motivo se encolerizaba sin causa alguna, y después se arrepentía de su injusticia y flaqueza; lloraba, conocía sus yerros, pero no tenía valor para enmendarlos. Para mayor trabajo, era de poca salud, porque, siendo antojadiza, sólo comía golosinas, y así, continuamente estaba con dolor de estómago o con indigestiones; bien es verdad que a esto contribuía Melita mandando que la apretasen la cotilla todó lo posible; y Delfina aguantaba sin murmurar el suplicio de estar encotillada; tanto, que apenas podía respirar; y esto por sólo la ridícula vanidad de ser citada como la señorita de talle más delgado y más bien hecho. Delfina, que toleraba semejante tormento sin quejarse, era, no obstante, sumamente delicada: raras veces se paseaba a pie, y jamás en tiempo de invierno; igualmente la incomodaban el aire, el sol, el frío y el polvo; y para decirnos de una vez hasta dónde llegaban sus ridiculeces, cuando iba en coche temblaba no se rompiese, y sólo con ver una araña o un ratón, la daba una congoja.

En vez de ir mejorando su salud conforme iba creciendo, cada día estaba más achacosa; y tanto, que entrando en cuidado su madre, hizo llamar a un médico, el cual dijo que no era cosa de cuidado, pero que era preciso darla cuantas diversiones y gustos apeteciese. Con esto, no había juguetes ni regalos que no la hiciesen: al punto que deseaba cualquier cosa, la lograba; su madre la llevaba a los teatros y a los bailes, pero nada era suficiente a desarraigar el tedio y tristeza de que estaba

poseída; y como todo cuanto se la antojaba otro tanto conseguía, al cabo del día solía tener diez o doce antojos a cual más extravagantes. Sirva éste de ejemplo: un día de gala que fué a Versalles quiso que Leonardo, el peluquero de la Reina, fuese a peinar a su muñeca; y como la hiciesen ver lo ridículo de su pretensión, se enfureció, hizo pedazos la muñeca, lloró de rabia, y la dió un accidente muy fuerte. Cada día se aumentaba en ella el mal humor, la cólera y los caprichos; tanto, que con justa causa era generalmente aborrecida: todo la entristecía y desesperaba, y experimentó que nuestros defectos nos son aún más dañosos a nosotros que molestos a los que los tienen que sufrir. En conclusión, la desgraciada Delfina, insoportable a todo género humano, se iba extenuando en términos de peligrar su vida. A esta sazón tenía diez años; varios médicos que se consultaron declararon que su enfermedad era mortal.

Desesperada Melita con tan triste nueva, recurrió a un famoso médico alemán, el llamado Dr. Steinhausse; éste visitó a la niña, la observó muy despacio, y hecho cargo de su enfermedad, dijo que seguramente la curaría con tal que se la entregasen a su arbitrio. No dudó Melita, viendo el deplorable estado en que estaba, de conceder esto al médico. —Pero, señora—añadió el doctor,—si usted me la entrega, ha de ser con condición de que he de hacer con ella lo que me parezca, pues si no es con entera y cabal independencia, no me encargo de su cura: es preciso que usted consienta que me la lleve a mi casa de campo.—¿Cómo es eso? ¿A mi hija?—Sí, señora, porque comienza a sentirse del pecho, y el primer remedio que la aplicaré será hacerla pasar ocho meses en un establo de bueyes (1).—¿Pero no pudiera hacerse ese establo en mi casa? No, señora; y sólo me encargaré de su curación con tal que sea en mi casa y bajo la dirección de mi mujer.—Pero a lo menos permitirá usted que su aya y una criada vayan con ella.—Ni eso tampoco; y además, si usted me la entrega por ocho meses, es preciso que se determine a no verla en todo este tiempo, porque yo quiero ser dueño absoluto de la niña y gobernarla por mí solo y sin contradicciones.—Esta proposición desagradó mucho a Melita, y añadió que era imposible tuviese valor para estar separada de su hija tanto tiempo. Motejó al doctor de ridículo y cruel; pero éste, sin darse por sentido de sus quejas, y firme en su resolución, se fué. Sosegada después Melita, se hizo cargo de que todos los médicos, unánimes la habían desahuciado, y sólo el doctor alemán respondía de su vida. Hizo llamarle otra vez a toda prisa, y, aunque no sin muchas lágrimas, se determinó a entregarle su hija con las condiciones que exigía. Me es imposible pintaros la rabia y sentimiento de Delfina cuando supo que tenía que ir en un coche mano a mano con madama Steinhausse, mujer del doctor, la que fué por ella para llevarla a su casa de campo. No quisieron al pronto decirle que tenía que estar

(1) Este remedio es muy conocido, y se ha usado de él varias veces con feliz éxito.

ocho meses fuera de París ni, menos, hacer mención del establo en que había de vivir; pero a pesar de esta reserva fué su enojo y desesperación tan grande, que por fuerza la tuvieron que meter en el coche de Mad. Steinhausse, la que, tomándola en brazos y sentándola sobre sus rodillas, mandó al cochero que marchase al punto.

—¡Pobre Delfina!—interrumpió Pulqueria enternecida.—¡Cuánta lástima la tengo! ¡Se separa de su madre por ocho meses!—Su sentimiento era natural; pero todo exceso es reprehensible. Debemos buscar en la razón y en la religión los auxilios para preservaros de caer en la desesperación. Y lo que hacía más culpable a Delfina era su enojo y desdén para con Mad. Steinhausse, pues, añadiendo la insolencia al desprecio, a nada de lo que la preguntaba respondía.

A las seis de la tarde llegaron a la casa del Dr. Steinhausse, situada en el valle de Montmorenci, a cinco leguas de París. Figuraos, hijos míos, la indignación de la imperiosa y vana Delfina cuando la llevaron a la habitación que la estaba destinada.—¿Adónde me llevan ustedes?—exclamó.—¡Qué porquería! ¡Quita allá! ¿A mí en un establo? ¡Qué olor tan malo! ¡Vamos de aquí!—Señorita—replicó con blandura madama Steinhausse,—este olor es muy sano, y a usted sobre todo la conviene muchísimo.—¡Jesús, qué disparate! ¡Vámonos, vuelvo a decir, y lléveme al cuarto en donde he de dormir!—Ya está usted en él.—¿Y aquí he de dormir yo?—¿Por qué no? Aquélla es su cama de usted, y ésta la mía.—¿Quién, yo? ¿Yo dormir aquí en un establo, y en una cama semejante?—¿Y qué tiene de malo la cama? ¿No es un buen catre de cinchas?—¡Usted se burla sin duda!—No, señora, la hablo a usted muy de veras. Este olor, que por desgracia tanto la disgusta, es muy sano y a propósito para la situación en que se halla, y hará que recobre la salud: ésta es la causa por qué mi marido ha determinado que pase usted en este sitio la mayor parte del tiempo que ha de estar aquí.

Bien hubiera podido la mujer del médico seguir hablando, porque Delfina no estaba en estado de interrumpirla. Sofocada de cólera, la infeliz criatura cayó sobre su cama sin poder proferir ni una palabra. En lo amaratado de su cara e hinchazón de la garganta conoció Mad. Steinhausse que se ahogaba, por lo que la quitó el collar y aflojó la cotilla. Recobró Delfina la respiración, y comenzó a dar tales chillidos, que hubieran podido asustar a cualquier persona de menos serenidad que madama Steinhausse, la que lo miraba todo y callaba; pero al cabo de un cuarto de hora, viendo que Delfina no se aplacaba, la dijo:—Yo, señorita, me he encargado de curar una niña enferma, pero no una loca, y así, buenas noches; volveré cuando este arrebató se haya pasado del todo.—¿Y me deja usted sola?—No por cierto: una de mis criadas se quedará con usted.—¿Cómo una criada?—Sí; una excelente muchacha, muy pacífica, de muy buen genio. ¡Cató... Cató! (1). A la voz de su ama Cató viene corriendo; Mad. Steinhausse sale del establo, y héte a Delfina mano a

(1) Diminutivo de Catalina.

mano con Cató, robusta y fornida alemana, pero que no entendía ni una palabra del francés.

Luego que Delfina la vió entrar se arrojó a la puerta para escaparse; pero Cató se lo impidió cerrando con llave y guardándosela en la faltriquera. Irritada Delfina, la dijo que quería la llave; no podía Cató responderla, porque no la entendía; antes bien, se echó a reir de la cólera de Delfina, y después de haber contemplado un instante aquella figurilla tan extravagante y risible se sentó con mucho sosiego, y sacando su calceta, se puso a trabajar. Esta serenidad aumentó la cólera de Delfina: la cara como una ascua y echando chispas por los ojos, se acercó a la criada y la dijo mil improperios; sorprendida Cató, levanta la cabeza, la mira, encoge los hombros y prosigue su labor. Ciega de cólera la orgullosa Delfina con este desprecio, furiosa y fuera de sí, no encuentra términos suficientes a su rabia. Estaba al lado de la criada, que, sentada y atendiendo a su labor, no la podía ver. Delfina, del todo arrebatada, se hace un paso atrás, levanta el brazo, y sacude un bofetón bien dado en el grueso y fresco carrillo de Cató.

Este insulto imprevisto alborotó algo a mi alemana; pero, quitándose al instante una liga, agarró a Delfina y la ató con seguridad las manos a la espalda: por más que ésta gritaba y forcejeaba, no la valió, y tuvo que estarse con las manos atadas atrás sin poder usar de ellas. Entonces comprendió que es necedad rebelarse contra la fuerza: rabiando en su interior dejó de dar gritos, y sentándose en una silla se puso a esperar con impaciencia que Mad. Steinhausse volviese, segura de que echaría de casa a la flemática y silenciosa Cató.

A este punto de su historia llegaba Mad. de Clemira, cuando la Baronesa avisó que eran las nueve y media. Mucho sintieron los niños irse a dormir sin haberse acabado la historia de Delfina, la cual el día siguiente fué el asunto de sus conversaciones, y por la noche después de cenar prosiguió su madre en estos términos:

—Dejamos a Delfina atadas las manos, sola con Cató y esperando a Mad. Steinhausse, que por fin llegó, trayendo de la mano a Enriqueta, su hija, la más amable criatura del mundo, de edad de doce años. Luego que Delfina la vió entrar se fué a ella, y enseñándola sus manos atadas, se quejó amargamente de lo que llamaba insolencia de Cató; pero nada dijo del bofetón. Volviéndose Mad. Steinhausse a su criada la preguntó, y ésta, dejando admirada a Delfina, que la creía muda, respondió en alemán disculpándose en dos palabras. Entonces Mad. Steinhausse reprendió a Delfina su exceso.—Ya ve vuestra merced, señorita—la dijo,—a lo que nos exponen la altivez y violencia: ha abusado usted indignamente de la superioridad que su nacimiento la da sobre esta muchacha, y ella se ha visto precisada a faltar al respeto que la debía. Si usted quiere que sus inferiores nunca la falten al respeto que la deben, trátelos siempre con dulzura y humanidad.—Diciendo esto, Mad. Steinhausse desataba las manos de Delfina, que la estaba escuchando sorprendida de oír un lenguaje tan nuevo. Y más avergonzada que corregida con esta sabia



... dejó de dar gritos, y sentándose en una silla...

lección, no obstante conoció lo justa que era; pero, llena de impresiones de adulación y lisonja, no estaba aún en estado de gustar y amar la razón y la verdad. Mad. Steinhausse presentó su hija a Delfina, la que la hizo un cumplido muy frío. De allí a poco cenaron, y a las diez de la noche Cató desnudó a la triste Delfina y la ayudó a acostarse en su catre. Como Delfina estaba muy cansada, se convenció de que era posible dormir perfectamente en mala cama y en un establo.

A la mañana siguiente, luego que Delfina despertó fué el doctor a verla, y la mandó que fuese a pasearse hora y media antes de almorzar. Este precepto la desagradó mucho: se hizo la remolona; pero al fin tuvo que obedecer. La condujeron a una hermosa y espaciosa huerta, y no obstante que el tiempo era el mejor del año (siendo por fines de Abril), Delfina se quejó del frío, del aire, y aseguró que tenía un pie malo. Todo el tiempo que duró el paseo estuvo llorando; pero al fin se paseó. Volvióla otra vez a su establo muerta de hambre, y almorzó con apetito, cosa que en más de un año no había logrado. Después del almuerzo abrió la caja en que tenía sus joyas, persuadida de que haciendo ostentación de sus riquezas delante de Mad. Steinhausse y de Enriqueta la tendrían mucho más respeto y estimación.

Con este pensamiento, saca llena de vanidad un hermoso collar de perlas finas y se le ata al cuello; se pone unos pendientes de esmeraldas, y acomoda en el peinado una estrella y una mariposa de brillantes. Después de esto se fué a sentar muy seria enfrente de Enriqueta, que estaba bordando junto a su madre. Al movimiento que hizo Delfina acercándose a ella levantó Enriqueta la vista, la miró con indiferencia, y al punto mismo continuó bordando; admirada Delfina del poco efecto que producía su adorno, y empeñada en fijar la atención de Enriqueta, la ofreció una pastilla presentándole una caja magnífica de cristal de roca con cerco guarnecido de brillantes. Tomó Enriqueta una, pero sin hacer caso de la caja. Entonces la preguntó Delfina qué la parecía la caja.—Me parece—dijo Enriqueta—que debe ser muy pesada: una de paja sería mucho más cómoda.—¿De paja?—Seguramente; como la mía, por ejemplo: vea usted qué pulida es.—Pero ¿sabe usted el precio de la mía?—¿Qué importa el precio cuando se trata de la comodidad?—Y la hermosura del trabajo?—Es cierto que la de usted es más hermosa: adornaría mucho más una joyería; pero para la faltriquera la mía es mucho mejor.—¿Con que usted no hace caso de lo hermoso en las cosas?—Cuando esto las hace engorrosas e incómodas, no.—¿No gusta usted de diamantes?—Me parece que cuando somos jóvenes nos está mucho mejor una guirnalda de flores que una piocha de brillantes.—Y cuando la juventud se ha pasado—añadió su madre,—ningún adorno puede disimular esta falta. Al oír esto Delfina se quedó muy pensativa; experimentaba cierta tristeza que jamás había tenido; no obstante, no atreviéndose a manifestar su despecho, porque el respeto que la causaba Mad. Steinhausse era bastante para obligarla a reprimirse, tomó el partido de callar. Al cabo de algunos minutos Mad. Steinhausse, dirigiéndose a Delfina, la

dijo:—Ya que a usted la gustan tanto las cajas, la he de enseñar algunas muy bonitas.—¡ Ah, sí! —dijo Enriqueta.—Mamá las tiene primorosas, y entre otras, tiene algunas dendritas.—¿ Qué son dendritas? —interrumpió Delfina.—Se da este nombre—replicó Enriqueta—a ciertas piedras que por casualidad y juego de la Naturaleza tienen impresa la efigie de algún animal o planta (1). Calló Enriqueta después de esta corta explicación, y Delfina se volvió a quedar triste y pensativa. Entonces fué la primera vez que hizo reflexiones en su vida.

Enriqueta (decía entre sí misma) no es más que la hija de un médico: ella no tiene diamantes ni joyas, no la veo jugar con muñecas, siempre está ocupada y trabajando sin cesar. ¿ Pues en qué consiste que está tan alegre y contenta? ¿ Por qué parece feliz, y yo desde que vivo estoy melancólica y triste? Estas reflexiones que Delfina hacía eran causa de que suspirase a cada instante; pero aunque estaba muy triste, no tanto como en París. La conversación de Mad. Steinhause y Enriqueta la interesaba y excitaba su curiosidad. No podía menos de venerar a la primera, y sentía ya en su interior una inclinación conocida a su hija.

Por la tarde se la antojó pedir sus muñecas y juguetes. Mad. Steinhause la dijo que se habían quedado olvidados en París; pero que dentro de tres o cuatro días se los traerían. No obstante el respeto que tenía a Mad. Steinhause, iba Delfina a manifestar su disgusto, cuando Enriqueta la propuso que, si gustaba, iría a buscar con qué divertirla aquella tarde. En efecto; salió del establo, y de allí a poco volvió con Cató, que traía dos libros: el uno contenía la colección de estampas de todos los trajes turcos, y el otro la de los trajes rusos (2). Enriqueta enseñaba las estampas con tanta gracia y las explicaba tan bien, que, en efecto, Delfina estuvo muy divertida. Antes de acostarse abrazó a Mad. Steinhause y a su hija, diciendo a ésta:—Espero que mañana me enseñará usted otras cosas.

Aquella noche se acostó sin mal humor y durmió perfectamente. Al despertar llamó a Enriqueta; ésta vino corriendo, y, viendo que Delfina la esperaba con los brazos abiertos, saltó con ligereza sobre su cama y se abrazó a ella. Se vistió Delfina corriendo, y no se hizo de rogar para ir a paseo. Agarró a Enriqueta de la mano y salió alegremente del establo. Llegadas que fueron a la huerta, viendo correr a Enriqueta, y admirada de su gracia y ligereza, la entraron ganas de imitarla. De allí a poco atisbó Enriqueta una hermosa mariposa de color de rosa y negra, y propuso a su compañera que probasen a cogerla. Al punto comienzan la batida: las dos niñas se separan; Enriqueta, como la más ágil, toma la delantera y se encarga de cortar el paso a la mariposa en caso que Delfina la deje escapar. En efecto; acercándose ésta demasiado aprisa

(1) * Lllaman piedras herbáceas a las *dendrophoras*, que representan vegetales, y *zoomorphitas*, aquellas que tienen impresa la imagen de algún animal.

(2) Por Mr. Le Prince.

al arbusto en que se había parado, se escapó la mariposa. La persiguen vivamente, y al fin, después de mil vueltas y revueltas, se pára en un rosal. Esta vez ya se arrima Delfina con más cuidado: los brazos extendidos, la cabeza inclinada, adelanta poco a poco un pie y después otro. Ya por fin toca casi al rosal; palpitándola el corazón y deteniendo el aliento por no menear las hojas, extiende temblando su mano, y cree que va a pillarla; pero, ¡qué desgracia!, la mariposa se escapa de entre los dedos de Delfina, dejando en ellos los despojos de su fuga.

Suspira Delfina al ver en su mano parte del polvillo que daba el colorido a las alitas de la mariposa. Cansada, pero no desanimada, quiere seguir persiguiéndola. Huyendo la mariposa de una parte a otra, insensiblemente las hace ir hasta una zanja que separaba el jardín del campo: pasa la mariposa a él; Enriqueta salva al instante la zanja; Delfina, que no sabe saltar, no puede imitarla, y en tanto que se aflige, Enriqueta alcanza la mariposa. Delfina la oye gritar ¡victoria!, y la ve venir con la mariposa entre los dedos, que en vano se agita y forcejea para escaparse.

—¡Oh; qué caza tan bonita!—exclamó Pulqueria.—¡Qué ganas tengo de que venga la primavera para hacer lo mismo!—Según eso—dijo la Baronesa,—ya quisieras que hubiera pasado el invierno.—¡Ah; sí, señora! Veríamos mariposas de color de rosa.—Pero entonces no podréis escurriros sobre el hielo, andar con los cochecitos, ni hacer casas de nieve, etc.—Verdad es, y me será muy sensible carecer de estas diversiones.—No las echaréis de menos después que las hayáis disfrutado toda la estación que las ofrece. Las cosas están arregladas como debe ser: si todo el año se viese el campo verde, lleno de flores y de mariposas de color de rosa, estos objetos nos serían indiferentes por su continuación. Acordaos, hijos míos, que para ser dichosos es necesario estimar más los bienes que se poseen que los que se esperan. Reprimid, pues, vuestra impaciencia y poned límites a vuestros deseos, porque si carecéis de moderación, nunca disfrutaréis con gusto de nada. El impaciente deseo de ver llegar la primavera os haría parecer el invierno áspero y riguroso; pensando en las producciones del otoño, hallaréis insípidas las del verano, y así, ninguna estación os será agradable. Con esta disparatada disposición de ánimo no se pueden apreciar ni las diversiones sobre el hielo en el invierno ni las cacerías de mariposas en el verano.—Ya he comprendido, abuelita mía, lo que usted dice, y prometo en adelante esperar las primaveras sin impaciencia.

—Mamá—dijo—César,—algunas veces he visto mariposas en el jardín que mi tío tiene en Neulli, y no podía cogerlas porque nunca vuelan en derecha.—En efecto—replicó Mad. de Clemira;—tienen un modo de volar extraordinario: siempre van de arriba abajo y de derecha a izquierda, por causa de que sus alas no baten el aire sino una después de otra, y puede ser que sea con fuerza alternativamente desigual. Este modo de volar las es muy ventajoso, en cuanto las liberta de los pájaros que las persiguen, porque volando éstos en línea recta, es consiguiente



·La ve venir con la mariposa entre los dedos, que en vano forcejea para escaparse

que el vuelo de las mariposas esté casi siempre fuera de esta línea.—¿En dónde—dijo Carolina—se hallan las mariposas más bonitas?—Nō es en Europa—replicó Mad. de Clemira:—las mariposas de la China, pero sobre todo las de América, y en ésta las del río de las Amazonas, son las más notables por su tamaño, vivo resplandor de sus colores y pulidez de sus formas (1). Los chinos envían al palacio del Emperador las más hermosas mariposas que se encuentran, que sirven para el adorno del palacio. Usan para cogerlas una pequeña red de seda (2). Dicen que hay chinas bastante prolijas para estudiar la vida de esta clase de insectos (3): cogen las orugas cuando han llegado al término de hilar; encierran muchas juntas en una caja, en que ponen atravesados palitos pequeños, y cuando las oyen sacudir las alas las sueltan en un espacioso *escaparate* de cristales lleno de flores.—Al oír esto los tres niños pidieron a una voz permiso para imitar a las damas chinas, estudiando la vida de las mariposas, haciendo redcitas de seda y fabricando escaparates pequeñitos, etcétera. Su madre se obligó a proporcionarles este gusto, esto es, a suministrarles los materiales necesarios; pero con condición de que ellos solos los habían de emplear y que sólo se les ayudaría con advertencias y consejos; convenio que aceptaron los niños con sumo gusto.

Y rogando con instancia a su madre que prosiguiese la historia de Delfina, lo hizo de este modo:—Dejamos a Enriqueta y Delfina en el jardín. Cerca de las nueve, Mad. Steinhausse dió licencia a las dos amigas para ir a almorzar al cuarto de Enriqueta. En éste sólo vió Delfina objetos que le eran absolutamente nuevos, como flores secas tapadas con vasos, conchas y mariposas que formaban los dibujos más preciosos. Enriqueta satisfacía sus preguntas con su acostumbrada com-

(1) * Todas las mariposas han sido en su origen gusanos u orugas que experimentan diferentes metamorfosis, como la de crisálida o ninfa, y la última de mariposa.

Muchas veces se equivoca el término de *crisálida* o *haba* con el de *ninfa*, bien que diferente en cierto modo: llámase *ninfa* propiamente el estado de los insectos envueltos en una membrana transparente muy delgada y flexible, que deja ver la futura figura del insecto ya del todo formada; todas las moscas pasan por este estado, en el cual no dejan de tener movimiento algunas veces y de alimentarse. Las *crisálidas* tienen cáscaras o túnicas más espesas, no tienen movimiento progresivo; y éstas son las verdaderas *crisálidas* o *habas*, llamadas también *aurelias*.

Los naturalistas dan el nombre de *larvas* a los insectos que se metamorfosean cuando al salir del huevo se hallan en su primer estado.

En la Mitología las *larvas* eran, según la supersticiosa creencia de los paganos, las almas de los malos que andaban vagando por todas partes con figuras espantosas; llamaban también *lemures* a estas fantasmas imaginarias.

(2) * Esta red, dice Mr. de Bomare, tiene ocho pulgadas de ancho; está trabajada sobre un hilo de alambre, y tiene por mango una varita ligera.

(3) * En general, se llaman insectos todos los animales cuyos cuerpos se componen de unos como anillos o segmentos. Los insectos se distinguen por otras muchas señales: una de las principales es que carecen de huesos y espinas.

placencia: la enseñó todo muy por menor, y le dijo que las conchas se dividían en tres clases (1), y que estas tres clases formaban en todo veintisiete especies, en las que estaban comprendidas todas las diferentes conchas conocidas. Escuchaba Delfina a Enriqueta con tanta curiosidad como admiración, y le decía:—¡Cuántas cosas sabe usted!—Yo—replicó Enriqueta—no sé aún nada: sólo tengo algunas nociones confusas y superficiales; pero tengo vivos deseos de instruirme y mucha pasión a la lectura.—¡Pasión a los libros! Esto sí que es cosa rara.—¿Cómo cosa rara? Yo creo que éste es un gusto muy general.—Pues yo no estaba en eso.—¿Quiere usted que la preste libros?—Con mucho gusto, entretanto que me traen mi muñeca.—Pues bien; voy a darle a usted las *Conversaciones de Emilia* y el *Amigo de los niños* (2), obra traducida del alemán.—¿No es el idioma de usted?—Sí, señora.—Yo no me puedo persuadir de que usted sea alemana, ¡porque habla tan bien el francés! Sólo tiene usted un año más que yo, y a esta edad no sé cómo puede saber tanto.—Aseguro a usted que me hallo muy ignorante; pero leo mucho a mis solas y con mi madre, nunca estoy ociosa, y hace dos años que no juego con las muñecas. Al acabar de decir esto Enriqueta tomó en su librería el *Amigo de los niños*, y se lo dió a Delfina, que le recibió con bastante indiferencia; de allí a poco la condujo Mad. Steinhausse al establo, en donde, dejándola con Cató, la dijo volvería dentro de dos o tres horas.

Mirando la Marquesa a su reloj, y viendo que eran las diez, se levantó; y aunque los niños, embelesados con la historia de Delfina, hubieran deseado prolongar la velada, no hubo remedio y se fueron a acostar. Al día siguiente Carolina y Pulqueria pidieron a Victória las enseñase a hacer punto de malla, con la mira de estar en estado de hacer la red que en el mes de Abril serviría para coger todas las mariposas de Champcery. César por su parte se informaba muy por menor del modo con que se podría construir con solidez y a poca costa un escarparate pequeño todo de vidrios. Morel, su lacayo, le dió sobre este punto las noticias que deseaba. Mr. Fremont le regaló el *Espectáculo de la Naturaleza*, siendo la lectura de esta obra el recreo de la tarde. Estas diversiones en nada amortiguaron el deseo que se tenía de saber el fin de la historia de Delfina, y, llegada la hora de la tercera velada, continuó la Marquesa de este modo:

—Sola en su establo con Cató, y no teniendo juguetes, quiso Delfina buscar en el *Amigo de los niños* un recurso contra la tristeza. Abrió este libro casi maquinalmente, y se puso a leer; a poco que hubo leído la

(1) * Divídense las conchas en tres clases: en univalvas o conchas de una sola pieza, como son las lédadas, los caracoles, los buccinos, etc. La segunda clase, en bivalvas o conchas de dos piezas, como las ostras, las camas, etc. La tercera clase, en multivalvas o conchas de muchas piezas, como son las bellotas de mar, etc.

(2) Obra útil y agradable, cuyo autor es Mr. Betquin.

interesó y fijó su atención. Comprendió, admirada, cómo la lectura puede suplir a otras muchas diversiones. Estando embebida en estas reflexiones, oyó llamar a la puerta del establo. Cató fué a abrir, y Delfina vió entrar una anciana labradora, guiada por una muchacha de quince a diez y seis años, que preguntó a Delfina si era la hija del Dr. Steinhausse.—No—respondió Delfina,—pero no tardará en venir. Al oír esto, la anciana suplicó que se la permitiese esperar a Enriqueta, porque, añadió, me es preciso hablarla. En este instante reparó Delfina que la aldeana era ciega, y le preguntó si venía con intento de consultar al Dr. Steinhausse.—Sí señora—respondió;—pero no hubiera yo venido por mí misma: la señorita Enriqueta me ha enviado a buscar.—¿Cómo es eso? A esta pregunta satisfizo la buena vieja refiriendo que vivía en Francoville, que hacía tres años que había cegado, lo que la era muy sensible, no tanto por sí misma como a causa de que a su nieta Aguedita, la misma que la guiaba, la amaba en extremo un rico labrador del lugar de Enriqueta, pero que Agueda no se quería casar con él porque decía que una vez casada y encargada del pormenor de un menaje no podría cuidar a su abuelita ciega, hacerla compañía, servirla y guiarla a todas partes, y que no quería fiar este cuidado a una criada. A esto añadió Agueda que era muy natural el pensar de este modo, porque habiendo quedado sin padre ni madre desde muy niña, su abuela la había criado, y esta es la causa, añadió la abuela, por qué esta hija de mi alma no me quiere abandonar. La señorita Enriqueta ha sabido esto, y me ha enviado a buscar a fin de que consulte a su padre, que ha curado a no sé cuántos que no veían gota.

Al acabar estas palabras llegó Enriqueta, abrazó con el mayor afecto a la abuela y a la nieta; les hizo varias preguntas con mucho agrado, y escuchaba sus respuestas con ternura; y después, tomando a la buena vieja por la mano, le dijo:—Venga usted a ver a papá, que acaba de llegar de París.—Diciendo esto, Enriqueta la obligó a apoyarse sobre su brazo, y agarrando con la otra mano a la nieta, salió del establo.

Esta escena hizo mucha impresión en Delfina. Jamás le había parecido Enriqueta tan amable y preciosa; se acordaba con sumo gozo de sus razones con las dos aldeanas, y, sobre todo, de la expresión que tenía entonces su semblante. Este recuerdo, representándosela con los más graciosos coloridos, aumentaba la inclinación que le tenía, y le inspiraba un deseo de imitarla que nunca había sentido.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Enriqueta fuera de sí de alegría.—¡Qué dichosa soy—dijo a Delfina—de haber tenido el pensamiento de que esta buena mujer viniese! Mi padre asegura que la curará; de aquí a ocho días le hará la operación de las cataratas, y me ha prometido que hasta que esté perfectamente curada no saldrá de casa. ¡Imagínese usted qué grande es mi gozo!—continuó Enriqueta.—Luego que esta mujer vea, su nieta podrá casarse con el labrador que la pretende, puesto que la abuela no habrá menester quien la guíe, de este modo, el amor que le tiene Agueda no le costará el sacrificio del casamiento más ven-

tajoso que puede hacer.—¡Ah querida Enriqueta mía—exclamó Delfina enternecida;—veo, en efecto, cuán dichosa es usted, y conozco que lo merece!

El doctor y su mujer, que entraron a este tiempo, interrumpieron la conversación. El doctor preguntó a la enferma cómo se hallaba.—Mucho mejor—respondió ésta:—estoy algo cansada de haber corrido; pero este cansancio no me entristece, como me sucedía en París cuando volvía de los bailes o de la Opera.—No lo extraño—dijo el doctor sonriéndose:—las fatigas de París causan calenturas, y las del campo abren las ganas de comer, hacen dormir bien, y son causa de los colores que ve usted tiene Enriqueta. Después de estas palabras el doctor le tomó el pulso y le mandó seguir el mismo régimen hasta nueva orden.

Aquel mismo día tuvo Delfina carta de su madre. Se la enseñó a Enriqueta, la que de allí a un instante salió, y volviendo con recado de escribir, le dijo:—Aquí tiene usted con qué responder a la señora su madre. Al oír esto Delfina se puso colorada, y bajando los ojos dijo:—¡Pero si no sé escribir!—; Cómo!—replicó Enriqueta. ¿Nada, nada?—Formo algunas letras grandes, y nada más. Pesarosa Enriqueta de ver a Delfina avergonzada, la dijo:—No es extraño que habiendo estado mala hace dos años no haya usted aprendido a escribir; pero ahora que está usted buena, podía con facilidad recuperar lo perdido.—Mucho me alegrara yo, por ejemplo, si alguno aquí me quisiese enseñar.—Mi letra no es muy mala, y si usted gusta, yo la enseñaré. Sólo respondió a esto Delfina dándole un estrecho abrazo, y se convino que la primera lección sería al día siguiente.

Ya empezaba Delfina a avergonzarse de su mucha ignorancia. Amaba y admiraba a Enriqueta, y ésta se servía de esta especie de ascendiente para inducirla a estar siempre tan gustosa, que Delfina no podía resistir al deseo de imitarla; además, hallaba en su trato y en el de su madre un agrado que cada día la interesaba más. Unas veces Mad. Steinhause la hablaba de Botánica, de Mineralogía (1), o bien la refería algún paso

(1) * La Botánica es una parte de la Historia Natural que tiene por objeto el conocimiento del reino vegetal por entero, y así esta ciencia trata de todos los vegetales y de todo lo que tiene conexión inmediata con los cuerpos organizados. La Botánica se divide en tres partes principales, a saber: la nómima de las plantas, su cultura y sus propiedades. Algunos observadores han distinguido hasta diez y ocho o veinte mil especies de plantas, contando todas las que se han descubierto, tanto en el nuevo como en el antiguo Continente. Suponen que aún existen otras veinticinco mil no conocidas (a).

Por Historia Natural se entiende el conocimiento de todos los entes que componen el Universo entero: la historia de los cielos, de la atmósfera, de

(a) Llámense plantas *indígenas* las naturales del país, y plantas *exóticas*, las extranjeras. Si en poco tiempo se quieren adquirir noticias individuales y claras sobre Botánica, es menester leer las demostraciones elementales de «Botánica para el uso de la Escuela Real veterinaria», dos tomos, o bien el «Diccionario de Agricultura», del Abate Rozier, obra digna de los mayores elogios.

de Historia; otras veces la hablaba de Alemania, de los establecimientos útiles y curiosidades que se hallan en Viena, de las magníficas colecciones de pinturas que se ven en Dresde y en Dusseldorf, de diversos y hermosos jardines, y entre ellos el de Neuvaldek o de Ornback, en la Austria; el de Swetsingue, a cuatro leguas de Mannheim, que contiene una hermosa casa de baños, una magnífica ruina de un castillo de aguas, un templo de Apolo, una soberbia mezquita y un sinnúmero de árboles muy particulares; la pintaba los bellos jardines de Reinsberg, en Prusia, y el hermoso templo de la amistad, obras de un Rey héroe que se halla en los jardines de *Sans-souci*. Este apreciable monumento es de mármol, y encierra el mausoleo de la Margrave de Bareith, hermana del Rey; estriba sobre unas magníficas columnas en las que se leen los nombres venerados de los más célebres amigos de la antigüedad, como son: Theseo y Pirithóo, Orestes y Pílates, Epaminondas y Pelópidas, Cicerón y Atico, etc. Héroe verdaderamente dignos de vivir para siempre en la memoria de los hombres, porque supieron ser a un tiempo magnánimos y sensibles, y que sólo debieron su dicha, su gloria y su fama a la virtud y al poder de la amistad. Escuchaba Delfina estas narraciones con suma atención; cada día iba tomando más afecto a Mad. Steinhausse; empezaba a conocer el precio de sus consejos, y a veces la rogaba se los diese; deseaba con ansia complacerla, y era su mayor gusto cuando conocía que aprobaba su conducta.

Entretanto Enriqueta, y por consiguiente Delfina, veían con sumo gusto aproximarse el día en que se debía hacer la operación de las cataratas a la buena vieja. Simón, el rico labrador, más amante que nunca de Agueda, había suplicado a Mad. Steinhausse y a Enriqueta que protegiesen su amor. El haberle despedido Agueda era prueba tan clara

la Tierra, de todos los fenómenos que se suceden en el mundo y la del hombre mismo, pertenece a la Historia Natural.

La voz *mineral* expresa y comprende ordinariamente todo lo que se extrae de la tierra. Se divide el estudio de la Historia Natural en tres partes, que se llaman reinos, y son: el *reino mineral*, el *reino vegetal* y el *reino animal*. Llamam *Zoología* a la ciencia que trata de todos los animales de la Naturaleza. Se divide dicha ciencia en tantas partes separadas como hay clases de animales, a saber: la *Antropología*, o la historia del hombre; la *Tetrapodología*, o la historia de los cuadrúpedos; la *Ornitología*, la de las aves; *Anfibibología*, la de los anfibios; *Ictiología*, la de los peces; *Entomología*, la de los insectos; *Zoofilología*, la de los zoófitos. Llamam zoófitos a ciertos cuerpos marinos cuya naturaleza participa del animal, y en la figura parece vegetal, por cuya razón los llaman plantas animales, o animales plantas. *Mr. de Bomarc*.

Si se quiere leer los libros de la Historia Natural, es preciso saber la significación de todos estos diversos nombres; pero fuera una ridícula pedantería el usar de dichos términos en las conversaciones: por ejemplo, el decir que alguno se ocupa en el estudio de la *Tetrapodología* o de la *Ictiología*, en vez de decir de la historia de los cuadrúpedos o de los peces, pues no se debe hablar sino con el fin de que todos nos entiendan, y proceder de otro modo es dar prueba evidente de que se carece de urbanidad y juicio.

del grande afecto que tenía a su abuela, que esto contribuía a hacerla más preciosa y amable a sus ojos. Mad. Steinhausse había hablado con Agueda, y ésta la había confesado que estimaba mucho al Sr. Simón...

—Pero, no obstante—interrumpió Pulqueria,—espero que no querrá casarse a menos que su abuela no recobre la vista.—¿Lo esperas—preguntó su madre,—o lo juzgas por ti misma?—No por cierto, mamá, porque entonces hubiera dicho: *estoy cierta*. Oyendo esto la Baronesa Delbi alargó una mano a Pulqueria, que levantándose fué a abrazarla corriendo, como también a su madre, la que prosiguió su historia diciendo:—Agueda prometió positivamente casarse con Simón si el doctor curaba a su abuela, y con tal que fuese a vivir con ellos. Simón aceptó estas condiciones con sumo gusto, y, amante tierno de Agueda, dudoso entre la esperanza y el temor, aguardaba con tanta inquietud como impaciencia el día señalado para la operación. Llegó en fin este día tan deseado. Delfina pidió y obtuvo permiso para asistir a la operación. Después de comer fué a buscar Enriqueta a la pobre ciega para llevarla al gabinete de su padre. Penetrada de agradecimiento, la pobre mujer no sabía cómo dar las gracias a su joven protectora, y apretándola afectuosamente la mano, la decía que si Dios la volvía la vista, tendría tanto gusto en verla a ella como a su nieta. Luego que entraron en el cuarto, mandó el doctor que todos callasen; la abuela se sentó en una silla, y pidió que su nieta y Enriqueta estuviesen a su lado. Simón el Labrador, pálido y temblando, estaba en pie arrimado a una mesa. Agueda, tapándose la cara con su delantal para no ver la operación, tenía cogida una mano de su abuela, que regaba con sus lágrimas. Mad. Staeinhausse y Delfina, sentadas a poca distancia enfrente de ellas, contemplaban enternecidas esta interesante escena. Comienza el doctor la operación; la buena mujer la sufrió con valor. De improviso dice el doctor:—Ya está hecho. Al punto exclama la anciana:—¡Dios mío, ya no soy ciega! ¡Agueda, hija mía, que vuelvo a verte! ¿Y la señorita Enriqueta, dónde está? Agueda, deshecha en llanto, se arroja en sus brazos. Enriqueta, fuera de sí de alegría, llega corriendo a abrazarla; y el Labrador se arroja a los pies de Agueda diciendo:—¡Ya es mía! Enajenada Delfina al ver este tierno espectáculo, se precipita en los brazos de Enriqueta, y sólo con sus lágrimas puede expresar los dulces sentimientos de ternura que inundan su alma.

—Seguramente—interrumpió César llorando,—de esta vez será Delfina tan buena como Enriqueta.—Tienes razón—replicó su madre,—acabó de conocer, Delfina, que la Nobleza, los diamantes y las joyas no pueden hacernos dichosos, y que sólo la bondad puede producirnos felicidad en esta vida. Testigo de la satisfacción tan pura de que gozaba Enriqueta y del tierno agradecimiento que la abuela, Agueda y Simón la manifestaban, leyendo en los ojos del doctor y de su mujer cuán felices se contemplaban por tener una hija tan digna de su amor, envidiaba Delfina la suerte de Enriqueta, y al mismo tiempo sentía aumentarse y arraigarse en su interior la amistad que la tenía. Pasado el primer ins-

tante de alborozo y enternecimiento pidió el doctor a la abuela que señalase el día del casamiento de su nieta. Se dispuso que Simón casaría con Agueda de allí a tres semanas.

El doctor y su mujer se encargaron del ajuar y galas de Agueda, y Enriqueta pidió permiso para regalarla una pieza de indiana que su madre le había dado el día antes. En todo lo restante del día no oyó Delfina sino alabanzas de Enriqueta: la pobre anciana la llamaba su amable protectora, y siempre que daba gracias al doctor añadía: Pero principalmente debo mi dicha a la señorita Enriqueta: ella es la que me ha hecho venir, quien ha hecho se me recibiese en esta casa; de este modo se informa de los que pasan trabajos, los descubre, los envía a buscar y los hace felices.—A todo esto Agueda besaba las manos de Enriqueta. Simón no podía hablar; pero levantaba los ojos al cielo, y sus miradas expresaban el más vivo agradecimiento. Todos los criados llenaban de bendiciones a su señorita, y referían otros muchos actos de beneficencia que había practicado. Mad. Steinhausse y el doctor se felicitaban mutuamente de la bondad y virtud de su hija. Recibía Enriqueta estas alabanzas con modestia y ternura, y todas las refería a su madre.—Si no fuera por usted—la decía,—por su tierno esmero y cuidado, no disfrutaría yo de estos gustos. ¡Ah, mamá! Acabe usted de corregirme de los defectos que tengo, para que así sea más digna de tal madre y pueda contribuir mejor a su felicidad.

Delfina se aprovechaba de todas estas razones, y por la noche, cuando se vió sola con Mad. Steinhausse, dándola un abrazo y mirándola con ternura, la dijo:—Ah, señora! ¿Cómo es posible que me haya usted podido sufrir hasta ahora, siendo tan distinta de Enriqueta? ¡Y qué odiosa la debo de haber parecido!—Mucho tenemos adelantado cuando conocemos nuestras faltas; además, que de algún tiempo a esta parte es usted mejor, y todos notan en usted esta mudanza casi repentina.—Pero qué lejos estoy de parecerme a la amable Enriqueta! Ayer mismo, ¿no he tenido dos o tres impacencias que Vmd. ha notado muy bien, y que la han mortificado? ¿No he hablado con mal modo a Mariana y he querido que riñese usted a Cató? Pero a propósito de Cató. ¿He pensado jamás en pedirle perdón de la bofetada que la di cuando vine? Haga usted que venga, para hacerla conocer lo pesarosa que estoy de haberla ofendido. Al punto llamó Mad. Steinhausse a Cató, que vino luego. Suplicó Delfina a su ama que la sirviese de intérprete, y acercándose a Cató con las manecitas cruzadas la pidió perdón con el modo más natural y expresivo, concluyendo su arenga diciéndola con suma gracia:—Y en fin, querida Cató mía, si me perdonas, me has de dejar que te dé un beso en el carrillo mismo en que te di con tanta vileza el bofetón,—Enternecida Cató, no se atrevía a acercarse por respeto; pero Delfina, arrojándose a ella, la abrazó y besó con sumo gusto, porque conocía que sólo de este modo podía satisfacerla de la afrenta. Cató se salió del establo limpiándose las lágrimas y diciendo en alemán que Delfina era una señorita verdaderamente amable. Luego que se fué sacó Delfina de un

armario un poco de muselina, diciendo que quería regalársela a Cató. —¿Y por qué, preguntó Mad. Steinhausse, no se la ha dado usted ahora?—Porque hubiera pensado que con esto la quería pagar el bofetón, y entonces esta fineza, en vez de serla agradable, la hubiera ofendido; porque me parece que no se satisface una ofensa con dinero. ¿No era muy regular que Cató no me perdonase si hubiera conocido que quería satisfacerla con esto?—Tiene usted mucha razón, dijo Mad. Steinhausse: eso se llama pensar con finura. Conserve usted esos sentimientos, pues con ellos parecerá mayor su generosidad, y dará un realce grandísimo a todos sus procederes.

Al acabar de decir estas palabras Mad. Steinhausse, trajeron a Delfina una carta de su madre Melita, en que la prevenía la enviase a decir qué juguetes o cosas eran las que quería que la remitiese. Después de haber leído esta carta suspiró Delfina, y rogando a Mad. Steinhausse la escribiese la respuesta, se la dictó del modo siguiente:

“Querida mamá mía: Doy a usted mil gracias por su bondad y favores; pero ya no me gustan los juguetes. Voy a decir a usted, puesto que me lo manda, lo que al presente me daría más gusto. Hay aquí una anciana labradora muy buena y muy pobre: es verdad que su nieta está para casarse con un rico labrador; pero como éste será el que tendrá el dinero, puede ser que no le dé a la abuela tanto como su nieta quisiera. Por lo menos me lo temo así; y, no obstante, desearía que de nada careciese la anciana. La quiero, no sólo porque es buena, sino también porque es madre. Conozco que daré siempre con más gusto a la recomendación del nombre de madre que a otra cualquiera. Mad. Steinhausse me ha dicho que con una pensión de cincuenta escudos se aseguraría su fortuna: por tanto, querida mamá mía, suplico a usted que me envíe, en vez de las chucherías que me ofrece, una pensión de cincuenta escudos, que al instante entregaré a la abuelita. Me alegrara mucho de darle además una pieza de cotonía, a fin de que tenga un vestido nuevo para el día de la boda de su nieta. Buenas noches, mamá mía. Mi salud se restablece cada día más; debo mil favores a Mad. Steinhausse, y estaría del todo contenta si no me viese privada de la dicha de ver a mi querida mamá. A lo menos, tengo su retrato siempre conmigo; cada día lo beso, saludándole por mañana y noche, y en esta ocasión sobre todo se me oprime más el corazón al pensar que estoy a cinco leguas de usted. Si no fuera por esto, no deseara salir de aquí, porque este país es delicioso, y además dicen que este año habrá muchas guindas. Me hará usted el favor de decir a mi aya que la estoy criando un tordo, no obstante que ha escrito a Mad. Steinhausse que está cierta que desde que estoy aquí habré pellizcado más de veinte veces a Enriqueta: esto ponía en su carta, y me ha sido muy sensible, porque si supiera usted, mamá, ¡qué sumamente mala sería preciso fuese cualquiera que pellizcase a Enriqueta! Además, que espero no pellizcar a nadie más en mi vida. Adiós, amable y querida mamá. Su hija que la abraza de todo corazón, *Delfina*.”

De allí a dos días recibió Delfina la respuesta de su madre en los

términos más cariñosos, y en vez de una pensión de cincuenta escudos para la anciana labradora, una escritura de trescientas libras (1), sin olvidar el vestido nuevo para el día de la boda. Llena de gozo Delfina llevó al instante este regalo a la abuela, que con este aumento de fortuna se vió del todo feliz. Su agradecimiento y el de Agueda, las alabanzas de Mad. Steinhausse y las tiernas caricias de Enriqueta hicieron gozar a Delfina una satisfacción de que hasta este punto sólo había tenido una idea imperfecta; porque para conocer el valor de un placer tan puro es menester haberle experimentado. Aquella noche preguntó Delfina a Mad. Steinhausse cuánto le había costado a Melita la pensión de 300 libras.—Mil escudos poco más o menos—respondió Mad. Steinhausse,—porque esta renta sólo es vitalicia.—¿Cómo, replicó Delfina, se puede con 1.000 escudos asegurar su manutención a una persona que nada tiene? ¡Mil escudos! Justamente ése es el precio de mi piocha de diamantes.—Y bien, señorita—dijo Mad. Steinhausse,—¿está usted muy contenta con su piocha?—No por cierto—respondió Delfina:—muchísimo más me gusta una rosa; y cuando pienso que con 1.000 escudos se puede sacar para siempre de miseria a un desdichado sin otro recurso, no comprendo cómo hay quien tenga la locura de comprar diamantes, y abomino aquella piocha tan cara, tan pesada y que me incomoda tanto cuando me la pongo.

Dos días después de esta conversación se hicieron las bodas de Agueda y Simón en casa del doctor. Se pusieron las mesas en el jardín, debajo de la sombra que formaban los nogales plantados sin orden, sobre un hermoso tapete de céspedes esmaltados de sérpoles y violetas; unos treinta labradores de las cercanías, que habían sido convidados, se sentaron a las mesas, y Mad. Steinhausse cuidó de la de los novios. Acabada la comida se bailó en el jardín hasta la noche, y Delfina, participando de la común alegría, decía a Mad. Steinhausse:—Nunca me han divertido mucho los bailes de París; pero de aquí en adelante me serán del todo fastidiosos. Es cierto que las verdaderas diversiones sólo

(1) * Como en el discurso de esta obra se habla muchas veces de libras y otras monedas francesas, no he querido alterar sus nombres y valor nacional; y para la inteligencia del lector se pondrá aquí su correspondiente valor a las nuestras, copiado exactamente del libro de *Postas y Monedas*, publicado por el Excelentísimo señor Conde de Campomanes:

MONEDAS DE FRANCIA		Moneda de vn.	
		Reales.	Maravedis.
Oro.....	Luis de oro.....	90	12
	Medio luis.....	45	6
	Escudo grueso o de seis libras...	22	20
	Medio escudo.....	11	10
Plata.....	Pieza de veinticuatro sueldos.....	4	17
	Libra.....	3	26
Cobre...	Sol o sueldo.....	”	6 2/5

se hallan en el campo, y cuando una vez se ha disfrutado de ellas, todas las que las ciudades pueden dar de sí parecen tan insípidas como molestas y llenas de alboroto.

Llegó el mes de Julio, y entonces le pareció a Delfina el campo mucho más hermoso: daba largos paseos por los prados y huertas, y algunas veces se paseaba en las noches de luna con Mad. Steinhause y Enriqueta. Además, como ya la era gustosa la ocupación, no estaba ni un instante ociosa: leía, escribía, hacía labor, aprendía de Enriqueta a dibujar flores y a secar plantas, de cuyos nombres y virtudes se informaba menudamente; invertía en buenas obras el dinero que Melita la enviaba todos los meses para su bolsillo. Adorada de todos los que la trataban y contenta de sí misma, cada día se figuraba que iba en aumento su felicidad. Ya no se veía en su rostro aquella languidez y abatimiento que por tanto tiempo habían alterado su hermosura; sus ojos estaban llenos de viveza y expresión; había recobrado todas las gracias de la juventud, y sabiendo igualmente andar bien, correr y saltar, había adquirido en cuatro meses más gracia, donaire y agilidad que la que los maestros de baile la hubieran podido enseñar en cuatro años.

A principios de Agosto la dijo el doctor que podía salir de su establo, y al punto la condujeron a un cuartito muy gracioso que de intento se había preparado para ella. Grande fué el gusto que recibió Delfina al verse en esta habitación, cuyas vistas eran tan agradables, como sus conveniencias a propósito para ella: las ventanas daban sobre un valle, cuya vista amena y la limpieza de todo el cuarto y de sus muebles la encantaban.—Explíqueme usted—decía a Mad. Steinhause—por qué este cuartito me parece tan hermoso, y por qué me disgustaba tanto el que tenía en París, no obstante que era mucho mayor y más adornado que éste.—Primeramente, la habitación de usted en París daba sobre un miserable jardinillo rodeado de altas paredes; además, antes de venir aquí sólo había usted disfrutado de los falsos gustos que ofrecen la vanidad, el lujo y el gran mundo; gustos que como sólo existen en la aprensión, con facilidad nos cansan, y en efecto la disgustaban; y no conociendo los verdaderos y sólidos, se consumía de tristeza: tal era su situación. Había usted vivido con demasiada abundancia para poder apreciar las conveniencias y gustos que una decente medianía puede procurarnos; de nada disfrutaba con gusto, porque nada la quedaba que desear. Las cosas más gratas se nos hacen insípidas y enfadosas si no nos valemos de la razón para usar con moderación de ellas. Pondré un ejemplo: Es usted muy amiga de flores, y la he visto buscar con particular distinción y gusto la violeta. ¿Por qué, pues, esta inclinación particular a esta flor, inclinación que la es a usted común con todos los niños? La razón es que la violeta está oculta entre sus hojas, que es menos común que el tomillo, y que es menester buscarla. Si estuviese esparcida en los campos con suma abundancia, y si la hallase usted a cada paso, dejaría de tenerla inclinación, no haciendo de ella más caso que de un césped. Las producciones del arte son sin duda alguna inferiores a las de la Na-

turaliza; es, pues, mucho más fácil que aquéllas nos fastidien. No obstante, tienen su mérito, ofrecen varios placeres; pero éstos sólo los disfrutan los que usan de ellas con moderación. Si usted llena su casa y su cuarto de porcelanas, a pocos días se verá disgustada de ellas; si va usted todos los días a las comedias, en vez de recrearla la serán enfadosas; si se detiene usted mucho en la comida, si en ella sólo prueba manjares exquisitos, llegará tiempo en que coma sin ganas y, por consiguiente, sin gusto. Del mismo modo sucede con todas las cosas de que abusamos: queriendo satisfacer completamente nuestros deseos, los destruimos. Acuérdesse usted, pues, que el exceso de las cosas superfluas, lejos de contribuir a nuestra dicha, la arruina enteramente; piense usted que el lujo sólo deslumbra a los necios y no produce ningún gusto verdadero. Nada hay más incómodo que la magnificencia: los pendientes de diamantes desgarran las orejas; un vestido cargado de oro abruma el cuerpo y despelleja las manos; las joyas y los adornos preciosos imponen mil sujeciones, porque se siente infinito romper un par de vueltas de punto, o hacer pedazos una caja primorosa. Si ayer hubiera usted llevado un delantal guarnecido de encajes, no hubiera cogido tantas rosas silvestres entre los zarzales, en donde se dejó la mitad del vestido, y no hubiera usted vuelto tan alegre y contenta de su paseo. La magnificencia en los muebles no es menos engorrosa: yo por mí quisiera cien veces más habitar para siempre en el establo que usted acaba de dejar, que en aquellas brillantes habitaciones en donde se ve precisada la gente a manejarse con suma precaución por el temor de romper algún cristal o echar a perder algún dorado exquisito, o bien, derribar una primorosa rinconera cubierta de ricas piezas de china y porcelana. ¡Qué lástima tengo a los que de este modo se hacen esclavos de sus riquezas! La vanidad que los ciega podría, bien dirigida, enseñarles los verdaderos medios de obtener la consideración a que aspiran. En vez de ostentar tanto fausto, ¿por qué no practican obras de beneficencia?—Es cierto—interrumpió Delfina,—y se harían amar generalmente; pero además, ¿es posible que haya quien no encuentre sumo placer en hacer bien? ¿Existirá acaso alguna alma tan cruel que sea insensible a la felicidad de los otros?—Esa inhumana dureza—replicó Mad. Steinhausse—no es natural; pero a cualquiera que dé rienda suelta a sus ideas gastando todo su dinero en vanas superfluidades se le apoca el espíritu, el corazón se le endurece, y al fin acaba corrompiéndose del todo.—¡Ah!—exclamó Delfina.—Cualesquiera que sean mis conveniencias, jamás me corromperán: procuraré ser moderada, me acordaré de la tristeza y tedio que he experimentado en medio de la mayor abundancia, tendré presente que me ha sido preciso pasar cuatro meses en un establo para estar en estado de apreciar alguna de las cosas de que estaba fastidiada, y sobre todo, jamás olvidaré que existen pobres desdichados, y que el gozo que se recibe socorriéndolos es el mayor y más puro que se puede tener en esta vida.—Esta conversación se concluyó con las más tiernas expresiones de agradecimiento de Delfina a Mad. Steinhausse, que,

en efecto, había adquirido derecho a ellas por haberla enseñado a raciocinar, a pensar y a sentir.

Aún estuvo Delfina dos meses en casa del doctor, en los que acabó de perfeccionar su genio y fortificar su salud. En fin, a principios del mes de Octubre tuvo el consuelo de ver a su madre. Melita la recibió con el extremo de alegría que se deja imaginar: apenas podía conocerla. Había Delfina crecido mucho, aunque en poco tiempo; había también engordado, y tenía los más bellos colores. Creyendo Melita apenas lo que estaba viendo, la miraba, la estrechaba entre sus brazos, quería hablarla, y sólo con lágrimas podía dar a entender el extremo de su regocijo. Algún tiempo estuvo contemplando Mad. Steinhausse esta escena tan tierna; pero al fin, tomando la palabra, dijo a Melita:—Usted, señora, me la ha entregado medio muerta, y se la vuelvo con toda la fuerza de la salud más robusta; y lo que es más, se la entrego a usted buena, dócil, igual, compasiva, razonable y digna de hacer dichosa a su madre. No obstante, es tan joven y está tan poco perfeccionada, que a menos de ciertas precauciones es de temer que tenga alguna recaída, y si usted quiere precaverla éste es el régimen que debe seguir. No es riguroso, pero es necesario.—Yo la prometo a usted—dijo Melita—que le seguiré puntualmente: démele usted, continuó, tomando un papel que le presentaba Mad. Steinhausse, y abriéndole leyó en voz alta lo que sigue:

Receta del doctor Steinhausse para la señorita Delfina.

“Deberá pasar seis meses del año en el campo; irá muy pocas veces a los teatros cuando esté en París; hará mucho ejercicio a pie, aun en el invierno; sus almuerzos y meriendas sólo serán de pan seco, excepto en el tiempo en que haya fruta; usará de los vestidos más sencillos, porque son los más cómodos y ligeros.

Para preservarla de la melancolía se la darán libros instructivos y curiosos; no se la permitirá estar ociosa ni un instante; y si experimentase por casualidad algún humor melancólico, se la recordará la historia de la abuela de Agueda y el bien que hizo a esta pobre anciana. Siguiendo este método y régimen conservará esta señorita la salud, la alegría y la dicha de que en la actualidad disfruta.”

Melita aprobó en un todo este régimen; aseguró que lo seguiría exactamente, y manifestó el más vivo agradecimiento a Mad. Steinhausse. Al año siguiente compró una casa en el valle de Monmorency, inmediata a la del doctor, a quien conservó Delfina toda su vida el cariño y respeto que le debía, y la amistad más tierna para con Enriqueta. Se fué haciendo amabilísima en extremo, adquirió instrucción y talento, y se vió admirada y querida de todos los que la conocían. Su madre la buscó un marido digno de ella que, haciéndola feliz, lo fueron entrambos hasta la muerte.

Dejando de hablar Mad. de Clemira.—Y qué—exclamó Pulqueria,—

¿se ha acabado la historia? ¡Qué lástima!—Si Melita—dijo Carolina—hubiese sido tan juiciosa como Mad. Steinhausse, nunca hubiera sido Delfina perezosa, caprichosa y mala. ¡Ah, y cuánto vale una buena madre!

Al decir estas palabras besó Carolina la mano a su madre.—Mamá—dijo Pulqueria,—no he querido interrumpir a usted en un paso interesante de su historia; pero tengo que preguntarle una cosa: ¿a qué mal de ojos se llama cataratas?—A una enfermedad que quita la vista cuando se forma en los dos ojos (1).—Al decir esto se levantó la marquesa, y aunque era más tarde que otras noches, a los niños les había parecido breve la velada. Se fueron a acostar con algún género de repugnancia, y toda la noche soñaron con Delfina.

Al día siguiente Morel dijo a César que había sacado la cuenta de lo que costaría todo lo que era preciso comprar para hacer el escaparate

(1) * La catarata es la opacidad del humor cristalino del ojo; en su estado natural dicho humor es transparente; por medio de su sustancia pasan los rayos para llegar a la retina (a). Cuando se va espesando hasta cierto punto, ya no se puede ver con claridad. El remedio consiste en quitar esta telita, que produce en el ojo el efecto de un velo opaco que le priva de la luz. Antiguamente se contentaban con bajar esta tela con una aguja. El cristalino queda así en el ojo, lo que expone al enfermo a experimentar de nuevo la misma privación de luz; pero hoy día se extrae enteramente. Este descubrimiento se debe a M. Daviel, famoso oculista, hace como unos cuarenta años. Quitado el cristalino, queda reemplazado por el humor vidrioso, en el cual está engarzado, y el que en lo sucesivo produce los mismos efectos con poca diferencia. Esta operación no es nada dolorosa, y se puede ejecutar en menos de un minuto. El enfermo comúnmente ve en el instante mismo de la extracción del cristalino; luego se le vendan los ojos, se le hace observar un régimen suave y refrescante. Si no ocurren accidentes, se le va graduando el uso de la luz poco a poco, y al cabo de tres semanas poco más o menos se halla en perfecta convalecencia.

También se usa de este término *catarata* en la Geografía. *Catarata de agua* es la caída de las aguas de un río, producida por un declive sumamente escarpado, o bien, ocasionada por peñascos que detienen el curso ordinario de las aguas. Los antiguos llamaban a estos despeñaderos de aguas *catádu- pes*. El Rhin tiene dos cataratas: la una en Bilefeld, la otra en Lauffen, cerca de Schaffouse. El Nilo tiene diferentes, de las cuales dos principalmente son muy fuertes y se precipitan entre dos montañas. El río Vologda, en Moscovia, tiene también dos cataratas cerca de Zadoga. El Zairo, río del Congo, empieza su curso por una fuerte catarata. Se ve otra a tres leguas de Albania, en la Nueva York, que tiene cerca de 50 pies de altura. La cascada o catarata del Terni, en Italia, es una de las más altas que se conocen, pues los habitantes del país pretenden que tiene 400 pies de altura; y la famosa catarata del río de Niágara, en el Canadá, no cae sino de 156, pero tiene más de un cuarto de legua de ancho.

(a) La retina es una parte del ojo sobre la cual se hace la impresión de la imagen de los objetos por medio de los rayos de la luz que salen de todos los puntos del objeto.

de vidrios destinado a las mariposas, y que este gasto subiría a siete u ocho luises (1).—Sería un gasto muy caro—dijo César:—otros podremos buscar más baratos. Voy a ver a mis hermanas para quitarlas esta idea de la cabeza.—En efecto; fué al instante al cuarto de las niñas.—Vengo—las dijo—a ofrecerles una ocasión de hacer ver a mamá que no nos ha contado en balde la historia de Delfina.—¿Pues cómo, hermanito?—Sí; podemos hacerla conocer que nos han aprovechado las razones de Mad. Steinhausse. ¿Os acordáis que dijo que no era justo satisfacer todos nuestros deseos?—Sí, ya me acuerdo.—Pues bien; nuestro escaparate para las mariposas costaría ocho luises.—¿Ocho luises?—Nada menos; y con esta cantidad podríamos hacer alguna buena obra.—¿Se podría señalar una pensión con ocho luises?—No, porque sería casi nada su rédito; pero estos ocho luises podrían aliviar a alguna pobre familia.—Pues, según eso, hermanito, abandonemos la idea del escaparate: no obstante, a saberlo no hubiera trabajado tanto en aprender a hacer punto de malla.—¿Y qué importa? ¡Tendremos tantas diversiones! Haremos como Enriqueta: secaremos flores y plantas, aprenderemos la Botánica y la Agricultura.—Y pediremos a mamá dinero para hacer buenas obras.—Mamá no es tan rica como Melita, y sólo ha venido aquí para no hacer gasto. No puede dar pensiones; pero ya sabéis lo caritativa que es con los pobres.—Era menester que procurásemos hallar alguna buena vieja muy pobre: si la pudiésemos encontrar ciega, ¡qué gusto sería! Haríamos venir de Autun un cirujano para que la hiciese la operación de las cataratas.—Seguramente; pero es menester que hagamos de modo que nuestras diversiones no cuesten mucho, pues no es regular que mamá nos dé al mismo tiempo dinero para nuestros gastos y para las cataratas.—Es verdad que no se puede lograr todo.

Después de esta consulta fueron los niños al cuarto de su madre y la dieron parte de la resolución que habían tomado. La Marquesa los abrazó, alabando la bondad de sus corazones.—Conservad—les dijo,—hijos míos, ese modo de pensar, pues con él aseguraréis vuestra felicidad y la mía; y para premiarlos desde luego, prometo buscaros la ocasión de gastar como deseáis los ocho luises que hubiera costado el escaparate.—¡Ah, mamá—replicó Pulqueria;—añada usted a esto una historia todas las noches, en vez de *en cuando en cuando*, como había usted ofrecido al principio!—Convengo en ello, con tal que no me deis motivos de queja; porque el que en el día no sea bueno, por la noche no asistirá a la velada.—¡Válgame Dios, mamá mía, qué rigor tan grande!—Pero ni tu hermano ni tu hermana se quejan.—Mamá, porque temen menos que yo, que soy la más joven, y, por consiguiente, tengo menos juicio.—Por lo mismo no exijo tanto de ti.—Verdad es, mamá. Conozco lo equitativa que es usted; pero no por eso dejo de temer que algunas noches tendré que irme a la cama sin velada.

Aquella mañana misma se fué César a pasear por el campo con

(1) Véase la nota puesta en la pág. 43.

M. Fremont; y habiendo llegado cerca de una choza, repararon que un muchacho daba golpes a otro muchacho mayor y de más edad que él. El mayor de estos niños se contentaba con evitar los golpes, sin volverlos. Acercándose César a él, le preguntó si era su hermano aquel muchacho que le estaba maltratando. — No, señor — respondió él; — es un vecino nuestro. — Muy malo debe de ser — replicó César. — ¿Y por qué cuando te pega no le das tú también? — Señor, no puedo, porque soy más fuerte que él (1). — Al oír esto miró César a M. Fremont, y le dijo en voz baja: — Vea usted un niño muy generoso; es menester informarnos si su familia es pobre. — ¿Cuántos años tienes? — preguntó M. Fremont al muchacho. — Ocho años. — ¿Cómo te llamas? — Agustín, para servir a usted. — ¿Tienes padre y madre? — Sí, señor, a Dios gracias; y a más, a mi hermanito Colás, que sólo tiene cinco. Mire usted: ahí enfrente tiene usted nuestra casa. — ¡Ah, M. Fremont — dijo César; — déme usted el gusto de que entremos en esta choza! Vino en ello M. Fremont, y Agustínico los condujo a ella. El abate habló con Magdalena, su madre, que le hizo un grande elogio de este niño, que nunca la había dado la menor pesadumbre, y que era tan dócil y aplicado, que el señor cura le cuidaba particularmente y se había tomado el trabajo de enseñarle a leer. En efecto; Agustínico hablaba demasiado bien para ser hijo de un aldeano: tenía además de esto un aspecto tan agradable, que se llevaba la atención de todos. Refirió Magdalena algunas acciones suyas muy bellas; alabó mucho el cariño que tenía a su hermanito Colás, aunque éste solía ser muy inquieto y revoltoso.

Después de esta conversación César hizo prometer a Agustínico que le iría a ver a la quinta, y saliéndose de la choza continuaron su paseo. Luego que M. Fremont se vió solo con César: — ¿Ha comprendido usted bien — le dijo, — toda la fuerza de la respuesta de este muchacho cuando le estaba pegando el otro: *yo no puedo darle porque soy más fuerte que él?* — Sí, señor — respondió César: — tenía lástima de la flaqueza de aquel muchachuelo. — Justamente — replicó M. Fremont; — y considerando esta debilidad disculpaba su cólera y arrogancia. — Agustín se parece a Turco, el perro de presa de casa, que con tanta cachaza deja que la perrita de mamá le muerda. — Esta generosidad es virtud tan natural, que se encuentra entre las naciones menos civilizadas, y algunas veces en las clases más ínfimas. Se lee en la *Historia general de los Viajes* que en el Malabar es más seguro caminar bajo la escolta de un solo niño nairo (2) que bajo la de los más terribles guerreros de la misma tribu; porque los salteadores del país sólo acometen a los caminantes que van armados, y, por el contrario, tienen inviolable respeto a los indefensos y a los niños. Juzgue usted, pues, por estos ejemplos cuán vil e infame es el hombre que carece de una virtud tan natural que la poseen un muchacho sin

(1) El autor de esta obra ha tenido la satisfacción de oír esta respuesta a un niño de ocho años.

(2) La tribu de los nairos es en Malabar la de los nobles o guerreros.

crianza, los animales, y aun los bandidos. Con razón se reputa por un monstruo al que abusa de sus fuerzas oprimiendo a otro más débil; porque, en efecto, se le debe mirar como a un asesino.—¡Asesino! Seguramente. Dígame usted: si un hombre armado de una espada riñese con otro que sólo tuviese un bastón, ¿no sería un asesino?—Sin duda, porque se ha de pelear con armas iguales.—Y si yo riñese con usted a cachetes, ¿sería igual la pelea?—No por cierto, porque un cachete de usted valdría por veinte de los míos.—Usted no me podría herir, y a mí me sería fácil matarle, por lo que riñendo con usted de este modo sería un asesino, pues empleaba toda mi fuerza contra quien tenía mucha menos que yo.—Es evidente.—¿Y qué juicio haría usted de una persona rica y de valimiento en la Corte que teniendo por su clase cierto dominio sobre la gente de menor esfera, emplease esta especie de superioridad para oprimirla?—Pienso que esta persona sería tan vil y tan cruel como la que riñese con alguno que estuviese indefenso.—Cuando usted sea hombre, ¿no cometerá una acción vil y cobarde si trata con dureza a las personas que dependen de su arbitrio, su mujer, sus hijos y sus criados?—Es muy cierto: conozco muy bien que siempre que nos asiste la fuerza o el poder faltamos a la generosidad y a la humanidad si no somos benignos, pacíficos e indulgentes.—Cuando se manda, pues, es menester no mandar sino cosas justas; es preciso procurar hacer felices a los que nos están subordinados: sin esta mira, la autoridad sólo es tiranía, y nada hay más despreciable y vil que un tirano.

Divertidos en esta conversación llegaron a la quinta M. Fremont y su discípulo a tiempo que se iba a poner la mesa. Encontraron un caballero de las cercanías, a quien no conocían, al que la Marquesa había convidado a comer. Este sujeto, llamado M. de la Paliniere, de edad de cincuenta y cinco años, era muy feo, y tenía además una verruga en la nariz, las cejas muy largas y pobladas, y una peluca negra y redonda que le cubría la cara a modo de un gorro de dormir, tapándole casi toda la frente; era además tartamudo, y se distraía mucho y a menudo. Fué tanto lo que chocó a Pulqueria su persona y traje, que no podía apartar de él la vista. No decía palabra alguna M. de la Paliniere que no la diese gana de reír: no obstante, el temor de enojar a su madre la obligaba a reprimirse, y todo el tiempo que duró la comida no dió nada que decir.

Acabada ésta, M. Fremont, que había sabido que M. de la Paliniere jugaba al ajedrez, le propuso jugar un rato. M. Fremont, que creía ser un jugador de *segunda fuerza* (1), dió a entender al convidado que lo era de la primera, y en consecuencia M. de la Paliniere pidió con mucha modestia una torre. La Baronesa y la Marquesa se sentaron a trabajar al otro cabo del salón, y Pulqueria se sentó al lado del abate para tener enfrente al de la peluca y considerarle muy a su sabor. Empieza el juego

(1) * Término propio del juego de ajedrez, y así se dice: Fulano es jugador de primera fuerza, y Zutano lo es de segunda o tercera.



Empieza el juego de ajedrez...

de ajedrez, y los dos jugadores parecía que estaban con igual atención, guardando uno y otro el más profundo silencio, cuando de improviso M. de la Paliniere, con el sosiego del mundo, derriba y baraja todas las piezas. Creyendo M. Fremont que era alguna distracción, se echó a reír diciendo:—¿Qué hace usted?—Es que nos hemos equivocado—respondió M. de la Paliniere.—Yo soy quien debe dar la torre: volvamos a empezar.—Al oír esto M. Fremont se quedó suspenso, y Pulqueria soltó una carcajada de risa.

En efecto; se comienza de nuevo la partida. M. Fremont se ve obligado a recibir la ventaja que al principio había dado a su contrario, el cual en diez jugadas le da *mate* (1). Confundido M. Fremont, repitió varias veces que su antagonista era jugador de la primera fuerza; pero él sostenía que ni a la segunda llegaba.

Durante esta altercación Pulqueria se reía maliciosamente, diciendo que, según eso, no jugaba M. Fremont tan bien como pensaba, expresión que acompañó con algunas chanzas algo impertinentes. Su madre, ocupada en la labor, no parecía que había hecho alto a nada de esto; pero luego que M. de la Paliniere se fué, Pulqueria se acercó a su madre, y luego preguntó a la Baronesa si contaría aquella noche alguna historia bastante larga.—¿Qué te importa—respondió la Baronesa,—si tú no la has de oír?—¿Y por qué, abuelita?—Una niña mofadora e impertinente no merece que se la admita en nuestras veladas.—Pues, abuelita mía, ¿qué he hecho yo?—Escúchame, Pulqueria—la dijo su madre:—si yo procurase contradecir o zaherir a una persona que fuese igual a mí, ¿procedería bien? No por cierto: en este caso sería mal criada y desatendida; habría motivo para creer que yo no tenía buen corazón y carecía de talento. Si pretendiese perturbar y enfadar a un superior, a una persona destinada a inspirarme respeto y veneración por su edad y experiencia, sería en este caso mucho más culpable y mi conducta muy reprehensible. Esto supuesto, dime ahora: ¿debes tener respeto al amigo de tus padres y al hombre que se dedica enteramente a la educación de tu hermano? No sólo debes tener respeto a M. Fremont, sino que también, si tienes buen corazón, le has de tener mucho afecto.—Sí, señora—respondió Pulqueria llorando—; le respeto y le amo—. Y, no obstante, acabas de hacer burla de él, y has hecho de tu parte todo lo posible para enfadarle. Aun cuando fuese cierto que pretendiera jugar perfectamente al ajedrez y que fuese infundada esta pretensión, ¿deberías procurar que se notase este poco de amor propio? ¿Es posible, con un espíritu recto, tener tanta malignidad, sobre todo cuando tiene por objeto a una persona que debemos querer?—¡Oh mamá mía!—exclamó Pulqueria anegada en llanto.—Ahora conozco que me he reído inoportunamente; pero lo he hecho sin mala intención.—En efecto, mamá—añadió Carolina enternecida;—yo estaba delante, y no creo que mi hermana tuviese ánimo de enfadar a

(1) * También es esta voz propia del ajedrez, y significa cuando el rey está sin recurso para poderse poner a cubierto de los insultos del contrario.

M. Fremont.—¿Es posible, Carolina—interrumpió Mad. de Clemira mirándola atentamente;—es posible, hija mía, que pensases eso?—Al decir eso su madre, Carolina se puso colorada, bajó la vista y enmudeció.—Y tú, Pulqueria—continuó la Marquesa,—¿estás cierta de haberte reído sin intención? ¿No has tenido gusto en haber visto, como suponías, abochornado a M. Fremont? ¿No le has dicho nada con ánimo de picarle? Examínate bien y responde.—Mamá... Bien sabe usted que no soy capaz de mentir en nada.—Así lo creo.—Mamá...—Pues bien; ¿qué dices?—No merezco asistir a las veladas.—Pero mereces siempre mi amor, puesto que has confesado tu falta con sinceridad.—Pero, mamá mía, ¿me des tierra usted de la tertulia para siempre?—No, sólo por ocho días.—¡Ay, Dios mío! Pero ¿me perdona usted?—Sí, porque estoy segura que tu culpa no nació del corazón.—En efecto, mamá; sólo ha sido falta de reflexión.—Así lo creo, y el arrepentimiento que muestras me hace esperar que no volverás a incurrir jamás en otra semejante. Ahora—prosiguió la Marquesa—ven acá, Carolina: tengo también que darte una reprensión. No hace mucho que por disculpar a tu hermana has dicho lo que no pensabas en tu interior.—Mamá..., lo confieso...; pero...—El motivo que te ha hecho faltar a la verdad merece, sin duda, alguna indulgencia: no obstante, no hay cosa que pueda autorizarnos a mentir. ¿Te sería lícito por servir a tu hermana no ejecutar un mandato que yo te hubiese impuesto, diciéndote que si faltas a él me ofenderás gravemente?—No, señora, de ningún modo.—Pues no sólo me has ofendido a mí, sino, lo que es peor, también a Dios.—Es posible...; pero es verdad: los Mandamientos de la ley de Dios prohíben la mentira.—Además, debes estar cierta de que nunca puede ser verdaderamente útil la mentira: tarde o temprano se descubre y deshonra al que la ha usado, en vez de que la verdad, al mismo tiempo que nos hace estimables captando la confianza de todos, nos sirve aun en aquellas ocasiones en que se podría creer que fuese peligrosa o nociva. Estas reflexiones tan justas—dijo la Baronesa—me hacen recordar un caso histórico muy interesante.—Abuelita mía—dijo Pulqueria,—si usted lo guarda para la noche, yo no lo oiré.—Pues bien—respondió la Baronesa;—me convengo en referirle ahora mismo.

Al oír esto Pulqueria se arrojó a los brazos de su abuela, que la detuvo en ellos, sentándola sobre su regazo; César y Carolina se acercaron, y la Baronesa dijo de este modo:—El lance que deseáis saber se halla en la historia de los árabes. Hegiaxes, célebre guerrero árabe, pero de un genio cruel y feroz, había condenado a muerte a varios prisioneros de guerra, y habiendo obtenido uno de ellos que Hegiaxes le escuchase un instante, le dijo así:—Deberías, señor, perdonarme, porque un día que Abderramán profería contra ti varias imprecaciones, le reconvine diciéndole que hacía mal, y desde este instante estuve mal con él.—Hegiaxes le preguntó si tenía algún testigo de este hecho, y el oficial nombró a un prisionero condenado también a muerte; mandó Hegiaxes a éste que dijese si era cierto, y habiéndole respondido que sí, concedió

el perdón al primero. Después preguntó al que había servido de testigo si había imitado a su compañero tomando su partido contra Abderramán; pero éste, continuando con declarar la verdad, le respondió que no lo había hecho. Esta magnificencia y noble franqueza dejó admirado a Hegiaxes a pesar de su ferocidad.—Pues bien—le dijo después de un instante de silencio:—si te diese la vida y la libertad, ¿continuarías siendo mi enemigo?—No, señor—dijo el cautivo.—Pues me basta—respondió Hegiaxes,—y te creo con sólo que lo digas; me es imposible dudar de tu veracidad habiendo visto cuán grande horror tienes a la mentira; conserva una vida que estimas en menos que el honor y la verdad, y recibe de mí la libertad como justa recompensa debida a tu virtud.

—Ya veis, hijos míos—prosiguió la Baronesa,—que la verdad, como tu madre dice, nos es útil aun en aquellas circunstancias en que parece debería perjudicarnos. ¿No habéis creído que en esta ocasión se hubiera duplicado el furor de un hombre despótico y sanguinario? Y no obstante, tiene la verdad tanto atractivo, que en vez de irritar al tirano, le aplaca y le desarma.—Y además—dijo Pulqueria,—cualquiera que llegue a lograr fama de verídico, con sólo decir una cosa se le cree como si lo jurase.—Es cierto; las protestas de nada sirven: sólo un *si* o un *no* de un sujeto veraz logra más crédito que todos los juramentos que podría hacer otro cuya veracidad fuese algún tanto sospechosa. Ya os acordaréis acerca de esto de aquel lance que os conté de la gloriosa prueba de estimación que los atenienses dieron a Xenócrates (1). En fin, no se puede poseer esta recomendable cualidad sin ser verdaderamente virtuoso, y, por tanto, todos los hombres grandes han sido particularmente recomendables por su amor a la verdad, entre otros Xenócrates, filósofo esclarecido y de quien acabamos de hablar, y Epaminondas, aquel héroe tan virtuoso y cuya máxima fundamental era el no mentir jamás, ni aun en chanza.

M. Fremont, que llegó entonces, interrumpió la conversación preguntando a la Marquesa si quería ver a Agustínico, que acababa de llegar con su madre. Mad. de Clemira, a quien César había referido el lance del paseo, respondió que tendría mucho gusto en conocerle; por lo que entró éste con Magdalena, su madre, la que ofreció a la Marquesa una cestilla de huevos frescos. Toda la familia hizo mil agasajos a Agustínico. La Marquesa, que se había informado de la situación de Magdalena, sabiendo que era pobre y que su marido estaba aún convaleciente de una grave enfermedad, la dió gustosa, a ruegos de César, cuatro lises, mitad de la cantidad reservada para una buena acción; además hizo prometer a Agustínico que vendría a jugar con César todos los días. Pidió Agustín permiso para traer consigo algunas veces a su hermanito Nicolás, porque decía “que Colás se moriría de tristeza si se quedase solo en casa”. Todos alabaron mucho el cariño de Agustín para con su hermanito, y se le otorgó lo que pedía.

(1) Véase los *Anales de la virtud*, obra de esta misma señora.

Se iba acercando la hora de la velada; y viendo César y Carolina el sentimiento de su hermanita por no poder asistir a ella, resolvieron suplicar a la abuelita que no contase cuento ni historia alguna en los ocho días que durase la penitencia de Pulquería, prefiriendo la dilación de un gusto que tanto deseaban, al pesar de que su hermana no le participase. Aplaudió la Baronesa su conducta, y se decidió que no habría velada para nadie en los ocho días.

En este tiempo, una tarde que estaba Mad. de Clemira en conversación con sus hijos, la dijo Carolina:—Mamá, usted nos ha prohibido todo género de trato con los criados, porque dice usted que no tienen crianza ni educación, y, no obstante, nos permite hablar con Felipe, con Mónica y Magdalena.—Es muy cierto—respondió su madre,—y voy a explicaros esta aparente contradicción. Los criados no tienen educación; pero, no obstante, la costumbre de oír hablar a sus amos hace su lenguaje menos tosco y grosero que el de los aldeanos; pero por otro lado no es menos defectuoso, porque el vicio principal que las personas sensatas encuentran en él consiste más bien en la bajeza de las expresiones y puerilidad de las ideas que no en los términos. No temo que oyendo hablar a los aldeanos imitéis su lenguaje tosco; su modo de pronunciar es muy distinto del vuestro para que os podáis acostumbrar a él: por el contrario, sería muy posible que en vuestra edad no conociérais lo defectuoso del de los criados y, por consiguiente, los imitárais sin sentirlo. Además, tienen en general todos los criados vicios y defectos que son indispensablemente anexos al estado en que se hallan. Es muy difícil que un hombre sea virtuoso cuando, no habiendo tenido educación, no es laborioso o tiene una vida holgazana. Un lacayo, por ejemplo, no está ocupado en su obligación todo el día; de las cuatro partes de él pasa las tres sin hacer nada, y como carece de medios para ocuparse, no sabiendo ni leer ni hablar, se divierte bebiendo y jugando; sus costumbres se adulteran, y en breve tiempo se hace vicioso. Estas son las resultas de la ignorancia y de la ociosidad. Por el contrario, el aldeano, siempre ocupado, siempre activo, viviendo lejos de las ciudades y de los malos ejemplos, conserva las costumbres puras y sencillas y las virtudes naturales, cuyo principio existe en el fondo de nuestro corazón. Confieso que gusto de hablar con ellos: su sencillez y su buen natural me interesan; sus expresiones suelen ser ridículas, pero nunca bajas; su modo de expresarse, original y raro, me trae a la memoria el gracejo e ingenuidad de nuestros autores antiguos; en una palabra, gusto de tratarlos y examinarlos, porque son aplicados y virtuosos; gusto de oírlos, porque son verídicos y nunca emplean la menor exageración. Días pasados, cuando el tío Felipe al ver correr a Carolina exclamaba: *¡Qué traviesa que es!*, mi amor propio de madre se daba por más contento que si hubiese oído en París aquella frase tan común: *¡Es un embeleso!* Además, hijos míos—continuó la Marquesa,—no creáis que os hablo en general: toda esta clase de juicios admite varias excepciones; se pueden hallar labradores muy viciados, y también criados virtuosos. Tenéis la prueba en Morel, lacayo de César;

fuera de que vuestra abuelita os contará dentro de algunos días una historia interesante, y que os hará ver mucho mejor que no hay clase en que no se puedan hallar las más sublimes virtudes.—Mamá, ¿con que usted sabe esa historia?—Sí, y la sabemos de uno de nuestros conocidos que ha tratado particularmente a los personajes de ella.—¿Qué deseos tengo de saberla!—Y yo también.—Y yo, y todos.—De aquí a cuatro días lo lograréis.—¿Dentro de cuatro días! ¡Tanto tiempo!

En fin, se pasaron estos cuatro días tan largos. ¡Con cuánto gusto vieron llegar el de la velada, y con qué alegría e impaciencia se esperó la noche! A las ocho y cuarto toda la familia había cenado; cada cual ocupa su puesto, y la Baronesa empieza la historia siguiente:

EL CALDERERO, O EL MUTUO AGRADECIMIENTO

El rey de Inglaterra Jacobo II se vió precisado a abandonar su reino; vino a refugiarse a Francia, y Luis XIV le dió un asilo en San Germán (1); algunos vasallos leales le habían seguido, y se establecieron también en San Germán. Mad. de Varonne, cuya historia voy a referiros, era de una de estas familias irlandesas. Todo el tiempo que vivió su marido lo pasó con mediana decencia; pero habiendo enviudado, hallándose sin protección y sin parientes, no pudo obtener de la corte parte alguna de la pensión que gozaba su marido. Sin embargo, escribió a los ministros, dió varios memoriales, a los que respondían *que se haría presente al Rey su pretensión*, con lo que mantuvo algunas esperanzas cerca de dos años. Pero al cabo de este tiempo, habiendo renovado sus instancias, se las negaron tan absolutamente, que no pudo ocultarse a sí misma su suerte. Su situación era la más deplorable: en los dos años que habían pasado desde la muerte de su marido se había visto precisada para subsistir a vender todas las alhajas y muebles que tenía, y ya no le quedaba ningún género de recurso. Su amor al retiro, su mucha piedad y poca salud eran causa de que tuviese muy pocos conocidos, y particularmente desde que era viuda había dejado enteramente todo trato. Se hallaba, pues, sin amigos, sin esperanza, faltándola todo, sumergida en la más horrorosa miseria, y para colmo de males tenía ya cincuenta años y estaba muy quebrantada de salud. En este apuro recurrió al verdadero dispensador de las consolaciones y gracias, al que podía mejorar su suerte, o darla el valor y resignación necesaria para sufrir con paciencia todo el rigor de ella: postrada pidió a Dios con confianza, con lo que, fortificada y superior a sí misma, conoció que la tranquilidad renacía en su pecho. Contempló con serenidad lo espantoso de su estado. —Pues si es preciso—decía entre sí misma—que perezca esta frágil exis-

(1) Cuartel de París, o, como le llaman los franceses, Arrabal de San Germán.

tencia, ¿qué importa que la aniquile el último extremo de la miseria o una enfermedad? ¿Qué importa morir debajo de un dosel o sobre una estera? ¿Acaso será mi muerte más dolorosa porque no tengo que sentir la separación de ninguna cosa de la Tierra? No por cierto: al contrario, así no necesitaré ni exhortaciones, ni valor; no tendré sacrificio ninguno que hacer; abandonada del Universo entero, sólo pensaré en su Creador; le consideraré pronto a recibirme, a premiarme, y esperaré la muerte como el más precioso de sus dones.

—¡Qué valor tan grande!—interrumpió Carolina.—¿Es posible morir sin echar de menos la vida?—Considera, hija mía—dijo la Baronesa,—que Mad. de Varonne no tenía hijos.—Y que no tenía madre ni marido—añadió la Marquesa.—Además—continuó la Baronesa,—que la religión puede muy bien darnos esta resignación sublime, y ya os tengo dicho que Mad. Varonne estaba penetrada de la más verdadera y sólida piedad (1). Pero volvamos a nuestra historia.

Al tiempo que hacía estas reflexiones entró en su cuarto Ambrosio, su lacayo. Es preciso conocer este tal Ambrosio, y así, os le voy a pintar. Ambrosio tenía entonces cuarenta años, y hacía veinte que servía a Mad. de Varonne; no sabía leer ni escribir; era naturalmente áspero, taciturno y regañón; siempre había parecido que miraba con desprecio a sus compañeros y que estaba enfadado con sus amos; su semblante continuamente mal contento y su modo de hablar, siempre de mal humor, hacían que su servicio fuese poco grato. No obstante, su puntualidad, buena conducta y mucha lealtad habían hecho que se le tuviese en la casa por muy hombre de bien y excelente criado; pero sólo manifestaba estas prendas esenciales, y poseía las virtudes más sublimes: debajo de su exterior tan tosco ocultaba el corazón más noble y más sensible.

Algún tiempo después de la muerte de su marido había Mad. de Varonne despedido a los criados de éste, y sólo se había quedado con la cocinera, otra criada y Ambrosio; llegó en fin el tiempo en que era preciso despedir también a estos tres. Ambrosio, como dije antes, entró en su cuarto. Era por invierno, y traía leña que iba a poner en la chimenea, cuando Mad. de Varonne le dijo:—Ambrosio, es menester que me escuches.—El tono enternecido con que pronunció su ama estas palabras sorprendió a Ambrosio; deja prontamente en el suelo el tronco que traía,

(1) * Es muy sabida la expresión de una grande princesa, S. A. R. la esposa del Regente Duque de Orleans, distinguida por tantas virtudes y por su eminente piedad. Murió con una tranquilidad de ánimo que fué admiración de todos los que la rodeaban. Después de haber recibido todos los Sacramentos, y después de una agonía bastante larga, repentinamente exclamó: *¡Qué deliciosa es la muerte!* Estas fueron sus últimas palabras.

Un alma fuerte puede serlo bastante para aguardar la muerte sin flaqueza; pero no basta el ánimo sólo para hallarla deliciosa; solamente una conciencia irreprochable y una fe vivísima pueden hacernos experimentar semejante sensación.

y mirando a su ama la dice:—Pues, señora, ¿qué hay de nuevo?—Ambrosio, ¿sabes cuánto debo a la cocinera?—Señora, no la debe usted nada, ni a María, ni a mí: ayer nos pagó usted la mesada.—Tanto mejor; ya no me acordaba. Pues es menester, Ambrosio, que digas a la cocinera y a María que ya no necesito que me sirvan..., y tú mismo, Ambrosio mío, es preciso que busques otro acomodo.—¡Otro acomodo! Eso no; yo moriré sirviendo a usted. No, señora; yo no la he de dejar, venga lo que venga.—Ambrosio, no conoces mi situación.—Señora, usted no conoce a Ambrosio... ¿Y qué importa que la cercenen a usted de su pensión tanto que no pueda pagar a los criados? Despida usted a los otros enhorabuena; pero yo no merezco que usted me eche de la casa. No tengo el alma venal, y...—¡Pero, Ambrosio, si estoy enteramente arruinada! He vendido todo lo que tenía, y me han quitado mi pensión...—¿Le han quitado a usted su pensión? Eso no puede ser, no lo creo.—Pues es muy cierto, no obstante.—¡Válgame Dios!—Es menester venerar y adorar los decretos de la Providencia, sujetándonos a ella sin murmurar; créete, Ambrosio, que experimento un gran consuelo en mi desgracia resignándome con ella de todo corazón. ¡Habrá en el mundo tantas personas, tantas familias virtuosas que se hallen en esta situación! Yo por lo menos no tengo hijos; padeceré sola, y esto es poco padecer.—¡No, no!—exclamó Ambrosio sollozando.—¡No; usted no padecerá; tengo brazos, y sé trabajar!—¡Ay, Ambrosio mío!—interrumpió enternecida Mad. de Varonne.—Jamás he dudado de tu lealtad; pero no abusaré de ella. Sólo te pido por último servicio el que voy a decirte. Este es que me busques una guardilla: aún tengo algún dinero que me podrá mantener dos o tres meses; procuraré trabajar para ir pasando. Búscame, pues, en San Germán algunos parroquianos: esto es todo lo que te pido, y lo que únicamente puedes hacer por mí.—Durante este discurso, Ambrosio, de pie enfrente de su ama, la miraba callando; pero luego que hubo acabado de hablar, arrojándose a sus pies, prorrumpió diciendo:—¡Ah, señora; reciba usted el juramento del pobre Ambrosio, que se obliga a servirla hasta la muerte... y de mejor gana, con más respeto y obediencia que nunca! Hace ya veinte años que usted me mantiene, me viste y me hace pasar una vida quieta y sosegada; muchas veces he abusado de su bondad y paciencia; pero, señora, perdóneme usted todas las faltas con que mi mal genio me ha hecho ofenderla. Esté usted segura que procuraré enmendarme: sólo le pido a Dios vida para esto.—Al acabar estas palabras, Ambrosio, bañado en lágrimas, se levantó, y salió del cuarto apresuradamente sin esperar respuesta.

Bien podéis juzgar qué grande y qué vivo sería el agradecimiento de que se sintió penetrada Mad. de Varonne. Conoció en esta ocasión que no hay males cuya amargura no disminuya este dulce sentimiento. Al cabo de un instante volvió Ambrosio trayendo un bolsillo, y poniéndole sobre la chimenea dijo:—Gracias a Dios, gracias a usted, señora, y a mi amo, que esté en Gloria, aquí hay treinta luisés. Este dinero usted me lo dió, y es suyo.—¡Ambrosio! ¡El fruto de tus ahorros de veinte años!



Arrojándose a sus pies, prorrumpió diciendo...

¡Oh cielos!—Cuando usted tenía dineros me los daba; ahora que no los tiene se los vuelvo: el dinero no sirve más que para esto. Bien sé que esta corta cantidad no puede sacar a mi ama de apuro; para eso cuento con lo que voy a decir. Es menester que usted se acuerde, señora, que soy hijo de un calderero, y que no he olvidado mi primer oficio, porque en los ratos desocupados y cuando usted me daba permiso para ir a paseo, me iba a casa de Nicolás, un paisano mío que es calderero, y por divertirme le pedía algo que trabajar. Ahora lo que haré será trabajar de veras, ¡y con qué ánimo!—Ya esto es demasiado—exclamó Mad. de Varonne.—Ambrosio, virtuoso Ambrosio, ¡en qué estado tan indigno de ti te ha colocado la suerte!—Contento estoy con él, si mi señora se puede acostumbrar a la mudanza de su situación.—Tu lealtad, Ambrosio, me hace olvidar todas mis penas. Pero ¿cómo he de permitir yo que padezcas por mí?—¿Padeecer porque trabaje, y más siéndole a usted útil mi trabajo? No, señora; yo por mi parte estaré muy contento. Desde mañana voy a trabajar. Nicolás, que es un buen muchacho, hará que no me falte obra. Tiene en San Germán fama de buen maestro, y justamente necesita un buen oficial. Yo soy robusto; fácilmente trabajaré por dos, y todo irá bien.—No hallando ya Mad. de Varonne expresiones capaces de dar a entender su admiración y agradecimiento, levantaba los ojos al cielo y sólo respondía con lágrimas.

Al día siguiente despidió Mad. de Varonne a la cocinera y a la criada. Ambrosio alquiló en San Germán un cuarto tercero reducido, pero decente y con buenas luces; acomodó en él los pocos muebles que le quedaban a su ama, a la que, después de haber hecho estas diligencias, llevó a su nueva habitación. En ésta halló Mad. de Varonne una buena cama, una silla de brazos bastante cómoda, una mesita con tintero y papel, sobre la cual estaban colocados los libros en un estante, y un armario grande, y en él guardaba su ropa blanca, sus vestidos y una provisión de hilo para coser; un cubierto de plata, porque no quería Ambrosio que comiese con uno de estaño, y el bolsillo que contenía los treinta luises. En un rincón, detrás de una cortina, estaba el vidriado que debía servir para guisar y comer.—Esto es—dijo Ambrosio—lo que he podido hallar menos malo por el precio que usted me había dicho que quería pagar de alquiler. No hay más que un cuarto; pero la criada dormirá en un colchón que está debajo de la cama de usted.—¡Cómo! ¿Qué es eso que dices de la criada?—interrumpió Mad. de Varonne.—Pues qué ¿puede usted pasarse sin una criada que la guise, haga los mandados y la desnude?—¡Pero, Ambrosio mío!...—¡Oh! Esta criada no la costará mucho; es una muchacha de trece años, que sin salario, por sólo la comida, la servirá. Por lo que a mí toca, ya me he compuesto con Nicolás. Le he dicho que estaba desacomodado, y que, viéndome necesitado, era menester que me diese que trabajar. Nicolás, que es rico, muy buen hombre y paisano mío, me tendrá en su casa, que está cerca de aquí, me dará la comida y veinte sueldos de jornal. En San Germán se vive a poca costa, por lo que podrá usted ir pasando con los veinte sueldos, tanto mejor

cuanto que tiene algunas provisiones y algún dinero. No he querido decir nada de esto delante de Susana, su criada de usted; ahora voy a buscarla. Diciendo esto salió Ambrosio, y al cabo de un rato volvió trayendo de la mano a una muchacha muy pulida, la que presentó a Mad. de Varonne diciendo:—Esta es la criada de quien he hablado a usted. Su padre y su madre son pobres, pero muy aplicados; tienen seis hijos, y la señora hará una obra de caridad en recibir a ésta por criada.—Después de este preámbulo Ambrosio exhortó con entereza a Susana a portarse bien, y despidiéndose de Mad. de Varonne, se fué a casa de su amigo Nicolás.

¿Quién será capaz de expresar lo que sentía en su interior Mad. de Varonne? Semejante proceder no sólo la penetraba de admiración y agradecimiento, sino que también no podía acabar de comprender la mudanza repentina que notaba en el genio y modales de Ambrosio. Este hombre, que había conocido siempre tosco y regañón, desde que era su bienhechor no parecía el mismo: unía la crianza al buen proceder, y el esmero al heroísmo; halló en su corazón el miramiento y respeto que se debe a los desdichados; conocía a fondo cuán sagrada es la obligación que nos imponen; sabía que no hay verdadera generosidad sin modestia, y que es preciso excusar toda humillación al desdichado que se socorre. Al día siguiente del en que tomó posesión de su nueva habitación no vió Mad. de Varonne a Ambrosio, porque estaba trabajando, pero por la noche fué a verla un rato. Rogó a su ama encargase alguna cosa a Susana, y luego que estuvieron solos sacó de la faltriquera veinte sueldos envueltos en un papel, y poniéndolos sobre la mesa dijo:—*¡Este es mi jornal!*—Y sin esperar respuesta llamó a Susana, y se fué a casa de Nicolás. ¡Con qué tranquilidad dormiría aquella noche, habiendo empleado de este modo el día, y con qué deleite despertaría al siguiente! Por el placer que experimentamos haciendo alguna buena acción podemos juzgar el gozo inexplicable que puede causar una acción heroica como ésta.

Exacto Ambrosio en desempeñar el cargo sublime que se había impuesto, sólo tomaba al cabo del mes el dinero necesario para pagar la lavandera, zapatos, etc., y aun esta corta cantidad se la pedía a su ama, de quien la recibía como un regalo. En vano procuró Mad. de Varonne persuadirle a que se reservase parte del jornal, porque entonces Ambrosio, o hacía que no lo oía, o manifestaba tanto sentimiento, que la obligaba a callar.

Con la esperanza de obligarle a procurarse algún descanso, Mad. de Varonne por su parte trabajaba sin cesar, y Susana, que también la ayudaba, iba a vender lo que hacían; pero cuando Mad. de Varonne ponderaba a Ambrosio el producto que sacaba de estas ventas, éste sólo respondía:—¡Tanto mejor!—Y al punto hablaba de otra cosa. El tiempo no varió nada de esta conducta; por espacio de cuatro años no faltó un punto a ella. Pero llegó el día en que Mad. de Varonne debía sentir el pesar más cruel y doloroso. Una noche que como de costumbre le estaba

esperando, vió entrar en su cuarto a la criada de Nicolás, que venía a decirla cómo Ambrosio estaba malo y que se había visto precisado a quedarse en cama; al oír esto Mad. de Varonne dijo a la criada la condujese inmediatamente a casa de Nicolás, y al mismo tiempo mandó a Susana fuese a buscar un médico. Como no conocía Nicolás a Mad. de Varonne, se admiró al verla en su casa, y más cuando le dijo que quería ir al cuarto de Ambrosio.—Pero, señora—respondió Nicolás,—es imposible.—¿Por qué?—Es menester subir por una escalera de mano.—¿Es posible? ¡Ah, pobre Ambrosio! ¡Vamos, por Dios, vamos a verle prontamente!—Señora, vuelvo a decir que se expone usted a romperse la cabeza; y además, no podrá estar de pie en el cuarto de Ambrosio, porque está en un camaranchón tan malo...—Al oír esto Mad. de Varonne no pudo reprimir el llanto, y pidiendo a Nicolás que la ayudase, subió, no sin mucho trabajo, por la escalera. Halló al pobre Ambrosio en un rincón de aquel infeliz asilo, echado sobre un jergón.—¡Ay, Ambrosio mío—exclamó al verle;—en qué estado te encuentro! ¡Y me decías que te gustaba tanto tu habitación y que estabas tan a gusto!—No se hallaba Ambrosio en estado de responderla, porque hacía ya una hora que estaba delirando, lo cual, luego que lo hubo conocido Mad. de Varonne, la hizo entregarse al sentimiento más amargo. Vino, en fin, Susana con un médico, el que luego entró en el camaranchón; se quedó admirado de ver cerca del jergón de un pobre calderero una señora cuyo traje decente y aire noble anunciaba su distinguido nacimiento, y que manifestaba estar en el mayor desconsuelo. Acercóse al enfermo, examinóle con cuidado, y dijo que le habían llamado tarde. Discurrid cómo quedaría madama de Varonne al oír pronunciar esta fatal sentencia.—El pobre Ambrosio—dijo Nicolás—se tiene la culpa; hace ya ocho días que andaba malo. Yo le he dicho mil veces que no trabajase; pero no hubo forma: sólo esta mañana se quedó en cama, porque no podía tenerse en pie. Para entrar en casa se cargó con más obra de la que podía, y se ha matado a fuerza de tanto trabajar. Cada palabra de éstas era un puñal que atravesaba el corazón sensible y agradecido de Mad. de Varonne; hecha un mar de lágrimas se acercó al médico, y juntando las manos le pidió encarecidamente no abandonase a Ambrosio. El médico era caritativo, y además todo lo que veía avivaba en gran manera su curiosidad, por lo que fácilmente condescendió en pasar parte de la noche con Ambrosio. Envío a buscar Mad. de Varonne a su casa colchones, mantas y ropa limpia; ella misma hizo la cama, ayudándola Susana, y el médico y Nicolás pasaron a ella a Ambrosio; acabada esta faena, se recostó Mad. de Varonne en un banquillo de madera, y soltó las riendas a su llanto. A las cuatro de la mañana se fué el médico, después de haber hecho sangrar al enfermo, prometiendo volver al mediodía. Bien podéis pensar que Mad. de Varonne no se apartó de Ambrosio un instante: cuarenta y ocho horas pasó a su cabecera, sin darle el médico la menor esperanza. En fin, al tercer día dijo que notaba mejoría, y aquella noche dijo que respondía de la vida de Ambrosio.

A este punto de su narración llegaba la Baronesa, cuando, temiendo la Marquesa de Clemira que tan largo discurso la fatigase, la interrumpió, aunque no eran más que las nueve y media, y la suplicó dejase lo demás de su historia para el día siguiente.—¿Y qué, ya lo deja usted?—exclamó Carolina.—¡Es tan temprano aún!—¿Y no has reparado que hace un cuarto de hora que tu abuela está ronca, y que ha tosido varias veces?—¡Mamá!...—Un corazón sensible debería tener más miramiento; un corazón sensible inspira siempre el temor de abusar de la bondad que se nos muestra.—Mamá, ya conozco que he hecho mal.—Siendo así, creo que no volverás a incurrir en semejante falta, y que otra vez no dudarás en preferir a tus gustos, no sólo el agradecimiento, sino también cualquiera regla de buena crianza.—Después de esta leccioncita se fueron a acostar, y al día siguiente prosiguió la Baronesa su narración de este modo:

—No podré pintaros el gozo y alegría que tuvo Mad. de Varonne al ver que Ambrosio estaba fuera de peligro. Quería continuar velándole la noche siguiente; pero Ambrosio, que ya conocía y hablaba, no lo permitió de ningún modo, por lo que se volvió a su casa rendida de cansancio. Al día siguiente la hizo el médico una visita; la manifestó un afecto tan sincero, y ella le estaba tan agradecida por el esmero y cuidado con que había asistido a Ambrosio, que no pudo menos de responder a sus preguntas, a las que satisfizo refiriéndole toda su historia. Tres días después de este suceso, el médico, que no residía de ordinario en San Germán, tuvo precisión de volver a París, y marchó apresuradamente, dejando a Mad. de Varonne con cabal salud y a Ambrosio convaleciente. Entretanto Mad. de Varonne se hallaba en la situación más crítica y miserable: en ocho días había gastado con Ambrosio el poco dinero que la quedaba. Aún tenía para mantenerse cuatro o cinco días; pero ni en otros tantos podría Ambrosio estar en estado de ponerse a la obra, temblaba al pensar que la necesidad le obligaría a trabajar antes de estar restablecido, a riesgo evidente de una fatal recaída. Entonces fué cuando acabó de conocer lo horroroso de su situación; entonces se reprendía amargamente haber aceptado los socorros del generoso Ambrosio.—Sin mí—decía,—sería feliz; su trabajo le hubiera mantenido con decencia: su lealtad para conmigo le ha quitado el sosiego, la felicidad... y quizás le costará la vida. ¿Y yo moriré sin pagarle? ¡Pagarle!... ¡Infeliz de mí! Aun cuando me fuese posible disponer de todo a mi gusto, ¿podría acaso desempeñarme jamás para con él? ¡Sólo Dios es capaz de pagar esta deuda sagrada! ¡Sólo Dios podrá recompensar dignamente una virtud tan sublime!

Una tarde que Mad. de Varonne estaba sepultada en estas dolorosas reflexiones entró en su cuarto Susana sofocada, y la dijo que una señora muy hermosa quería hablarla.—Seguramente está equivocada—respondió Mad. de Varonne.—No, no—respondió Susana;—yo he visto esta dama que preguntaba por Mad. de Varonne, que vive aquí en casa de M. Daviet, en el cuarto tercero: esto lo decía desde su coche, un coche muy

hermoso con seis caballos. Yo estaba en la puerta de la calle, y la dije: —Señora, aquí vive;—la señora me ha respondido:—¿Querrás hacerme el favor de decirle que me permita hablarla cuatro palabras?—Luego que oí esto apreté a correr. Estando Susana diciendo esto oyó Mad. de Varonne que llamaban a la puerta; se levantó con sumo sobresalto, fué a abrir, y vió entrar, en efecto, a una señora del todo hermosa, que se acercó a ella con timidez y ternura. Mandó Mad. de Varonne a Susana se fuese. Luego que se vió sola con ella, tomando la incógnita la palabra, dijo:—Tengo sumo gusto, señora, en participar a usted que el Rey acaba de saber su situación, y que su bondad le mueve a reparar la injusticia de la fortuna para con usted.—¡Oh, Ambrosio!—exclamó Mad. de Varonne juntando las manos y levantándolas al cielo con toda la expresión del más vivo agradecimiento y alegría.—No pudo la incógnita detener su llanto al oír esta exclamación; se acercó a Mad. de Varonne, y tomándola afectuosamente de la mano, la dijo:—Venga usted, señora; venga usted al nuevo alojamiento que la está destinado.—¡Ah, señora!—interrumpió Mad. de Varonne.—¡Cómo podría yo expresar!... Pero si me atreviera..., la pediría el favor... Señora, tengo un bienhechor; permítame usted que antes de todo le haga saber esto.—Usted es dueña de hacer lo que guste—respondió la incógnita,—y por no incomodarla no la acompañaré a su casa. Iré a esperarla en ella; pero la acompañaré a usted hasta su coche, que espera a la puerta.—¡Mi coche!—Sí, señora; no perdamos más tiempo: venga usted.—Diciendo esto la incógnita, dió el brazo a Mad. de Varonne, que apenas podía sostenerse; salió con ella, y bajó la escalera. Al llegar a la puerta dijo la incógnita a un lacayo que la esperaba:—Llama a los criados de Mad. de Varonne.—Ésta creía seguramente que estaba soñando. Su admiración creció mucho más al ver a un lacayo con librea gris hacer arrimar un coche sencillo, pero cómodo, y decir después:—Este es el coche de la señora.—Entonces la incógnita, haciéndole abrir, hizo a Mad. de Varonne que entrase en él, y la dejó para ir a tomar el suyo. Preguntó el nuevo lacayo a Mad. de Varonne dónde gustaba ir; ésta le dijo temblando que la llevase a la del Sr. Nicolás, el calderero. Bien podéis discurrir, hijos míos, la viva emoción y latidos del corazón que tendría Mad. de Varonne al ver esta casa; tira del cordón, pára el coche, abre ella misma la portezuela, y apoyada en el brazo de su lacayo, entra en la tienda de Nicolás. El primer objeto que se ofrece a su vista es Ambrosio con su vestido de trabajo.

Al verle Mad. de Varonne ocupado en su trabajo experimentó un delicioso enternecimiento; trabajaba para ella, y ella le iba a librar para siempre de aquella penosa tarea, de la miseria y cansancio. Disfrutaba en toda su pureza de la dicha mayor y más bien fundada que causa el agradecimiento en las almas generosas y sensibles.—¡Oh Ambrosio mío!—exclamó como fuera de sí.—¡Ven, sígueme, ven; deja ese trabajo que no volverás a tomar; tu suerte se ha mudado! ¡Ven, pues, no tardes! En vano Ambrosio, sorprendido, pregunta qué es aquello; en vano quiere a lo menos que le dé tiempo para ponerse su vestido de día de fiesta. No



El primer objeto que se ofrece a su vista es Ambrosio con su vestido de trabajo.

estaba Mad. de Varonne en estado de escucharle ni de responderle. Le agarra de un brazo, le arrastra, sale con él, y le obliga a subir en su coche. Preguntó entonces el lacayo si quería ir a su casa. Y Mad. de Varonne, estremeciéndose al oírle, le dijo mirando a Ambrosio:—¡Sí, sí; vamos a nuestra casa!

En el tiempo que tardaron en llegar a ella Mad. de Varonne informó a Ambrosio de la visita que le había hecho la dama incógnita. Ambrosio la escuchaba con una alegría mezclada de temor y dudas. Apenas se atrevía a creer cierta una dicha tan extraordinaria como impensada. En fin, ve que el coche se pára a la puerta de una casa muy decente, en el bosque de San Germán. Mad. de Varonne y Ambrosio se apean; entran en una sala, en la que encuentran a la dama incógnita que los esperaba; ésta se adelanta a recibir a Mad. de Varonne, y presentándola un papel, la dijo:—Esto es, señora, lo que el Rey se ha dignado mandarme entregue a usted; es la orden de una pensión de 10.000 libras, y además la concede a usted la facultad de asegurar la mitad de ella a la persona que usted quiera.—¡Ah; qué benéfica bondad!—exclamó Mad. de Varonne.—Esta es, señora, la persona que nombro; este es el hombre virtuoso y honrado verdaderamente digno de la protección y de los favores de su Soberano. Oyendo esto Ambrosio, que hasta entonces se había ocultado detrás de su ama, se avergonzó mucho más; se retiró algunos pasos atrás enteramente cortado, quitándose el gorro, y a pesar del exceso de su alegría, experimentaba mucho rubor al oírse alabar de este modo. Sentía bastante además estar delante de aquella señora, la primera vez que le había visto, sin peluca, con su delantal de cuero y vestido puerco, por lo que hubiera deseado tener el de los días de fiesta. La dama se acercó a él.—No huya usted, Ambrosio—le dijo;—no huya usted, y permítame que le mire un instante.—Pero ¡válgame Dios, señora—dijo Ambrosio bajando la cabeza y dando vueltas a su gorro;—yo no he hecho nada que no sea muy regular, y me parece no hay en todo ello de qué admirarse!—Entonces Mad. de Varonne le interrumpió para referir con igual expresión y viveza todo lo que Ambrosio había hecho por ella. Luego que hubo acabado suspiró la incógnita enternecida, y levantando los ojos al cielo dijo:—Por fin, después de haber visto tantos ingratos, he tenido el gusto de encontrar dos corazones sensibles y agradecidos.—Adiós, señora—continuó;—esta casa y todo lo que hay en ella es de usted; dentro de un instante se la hará entregar la mitad de su pensión.—Diciendo esto, iba a salir del cuarto la incógnita; pero Mad. de Varonne, corriendo a ella bañada en llanto, se arrojó a sus pies. La incógnita la levantó, la abrazó afectuosamente y se fué. No bien había salido, cuando volvieron a abrir la puerta. Mad. de Varonne vió entrar al médico a quien Ambrosio debía la vida.

—¡Ah; ya me lo pensaba yo—dijo César—que este buen médico sería el que se lo había contado todo a la dama!—En efecto—replicó la Baronesa;—y también Mad. de Varonne, luego que le vió entrar, cayó en lo mismo. Después de haberle manifestado todo el agradecimiento de que

estaba penetrada, le hizo algunas preguntas relativas a la señora incógnita, y supo de él que se llamaba Mad. de P.***, que residía en Versalles, en donde tenía mucho valimiento.—Hace ya diez años—continuó—que soy su médico, y conociendo su beneficencia, creí ciertamente darla un gran gusto haciéndola saber su situación de usted. En efecto; luego que la informé de todo, compró esta casita y obtuvo del Rey la pensión, de la que ha entregado a usted la orden.—Siendo ya la hora de cenar, entró un lacayo y dijo a Mad. Varonne que la cena estaba pronta. Esta suplicó al médico se quedase a cenar con ellos, y apoyándose del brazo de Ambrosio, pasaron hasta el comedor; dijo a Ambrosio se sentase a su lado, y rehusándolo éste, diciendo no era razón se sentase con su ama a la mesa.—¿Pues qué—replicó ésta,—mi bienhechor y mi amigo acaso no es mi igual?—Obedeció sin más porfía el modesto y generoso Ambrosio; y Mad. de Varonne, sentada entre él y el médico, disfrutó en aquella feliz noche el conjunto de sensaciones puras y deliciosas que hacen nacer en un corazón sensible el agradecimiento y la inexplicable dicha de manifestar toda la extensión de un sentimiento tan virtuoso y grato.

Bien pensaréis que Ambrosio al día siguiente, gracias a Madama de Varonne, se vió vestido a correspondencia de su nueva fortuna, y que su cuarto se alhajó y adornó con cuidado y aseo; que Mad. de Varonne partió con él todo el tiempo de su vida cuanto poseía, y que jamás recibió ni vió dinero sin acordarse con suma ternura del tiempo en que el leal Ambrosio la daba cada noche sus veinte sueldos, diciéndola: *¡Este es mi jornal!*

Esta historia, hijos míos—continuó la Baronesa,—prueba, como os lo decíamos, que no hay estado ni clase en que no se hallen las virtudes más heroicas; prueba también que si comprendiésemos nuestros verdaderos intereses, seríamos siempre virtuosos. Raras veces sucede que una acción heroica esté oculta; es imposible que una conducta sublime no se divulgue tarde o temprano y no logre una grande recompensa. Sacrificándose por su ama, sólo consultó Ambrosio a su corazón; pero demos que lo hubiese hecho por espíritu de reflexión e interés. Era imposible que hubiese seguido mejor plan de conducta para llegar a ser feliz. Ved las reflexiones que hubiera hecho: “Yo quiero salir de la obscuridad en que estoy; ¿cómo lo haré? Soy pobre y de bajo nacimiento; ¿cómo haré, pues, para conciliarme la atención y el favor de los que pueden mudar mi suerte? ¿Cuáles son los medios más seguros para fijar la atención de los hombres e inspirarles un vivo interés? ¿Los talentos? Yo no los tengo; pero aun cuando los tuviese, y grandes, me vería confundido entre otros muchos: además de que si los talentos pueden agrandar y deslumbrar, no podrán seducir sino a muy pocos, porque son pocos los que pueden apreciarlos, y la admiración que causan jamás nace del corazón. ¿Cuál es, pues, el mérito que interesa universalmente? Este encanto irresistible sólo pertenece a la virtud; pero para distinguirme no me basta la hombría de bien: ésta alcanza la estimación, y no la admiración del común... La casualidad me ofrece una ocasión de llegar al fin que me he propuesto.

Mad. de Varonne está próxima a perecer bajo el peso de la miseria: pues débame su existencia. Tarde o temprano, su agradecimiento hallará medios seguros de dar realce a esta buena acción: entretanto yo la callaré, porque si sólo por mí se divulgase, perdería todo su precio...”

—Sin duda alguna—dijo César,—estas reflexiones hubieran sido justas. El interés personal hubiera podido inducir a Ambrosio a todo lo que la sola virtud le hizo hacer.—No hay duda—añadió su madre;—y esta congruencia que veis existe claramente para todos los hombres y en todos los lances de la vida. Nuestro propio interés, bien entendido, debe obligarnos a ser sinceros, justos, equitativos y generosos. Por tanto, ha dicho un célebre escritor: *Por necedad somos malos, por necedad somos falsos, y por una necedad mucho mayor apropiamos ideas de fuerza y de grandeza al delito; ideas de espíritu y de talento, al fraude y al artificio* (1).

—¿Pues qué, mamá—dijo Carolina,—hay personas que hallan la grandeza en el delito?—¡Ojalá no fuera así! La Historia os hará ver infinitas pruebas de esta verdad. Casi todos los historiadores dan el sobrenombre de *grande* a hombres y a soberanos que sólo son famosos por sus injusticias e insultos. A los conquistadores, por ejemplo.—¿Conque se puede adquirir fama sin ser virtuoso?—Seguramente; pero esto no le libraré a ninguno de ser desgraciado y aborrecido. Con sólo hacer cosas extraordinarias basta para alcanzar fama; pero sólo haciendo acciones virtuosas se puede conseguir una celebridad digna de nuestro anhelo; esto es, gloriosa.—Ya lo entiendo, y comprendo también que por falta de reflexión podemos algunas veces admirar a los conquistadores, porque su valor nos hace disimular su injusticia. Pero, mamá, ¿cómo es posible reputar al artificio como prueba de talento?—Sólo los necios piensan de este modo; pero como éstos componen el mayor número, esta es la razón por qué hallaréis tantas personas que han adoptado esta opinión. Escucha otra vez acerca de esto mismo lo que dice el autor que he citado poco há: *Todo hombre de mala fe camina directamente contra lo que debía para llegar a su fin, y será tarde o temprano, por la naturaleza de las cosas, la víctima de sus propios artificios, a causa de que no hay ninguno de éstos que se pueda esconder enteramente a la vista, o al menos a la sospecha, y porque luego que el artificio se conoce irrita y horroriza a todos* (2).—Con esta cita se concluyó la quinta velada de Champeri. Madama Clemira se levantó, y cada uno se fué a su cuarto sumamente gustoso de la historia de Mad. de Varonne y de la virtud del buen Ambrosio.

Era por este tiempo el 25 de Febrero, y el frío era excesivo; no obstante, la Marquesa había prometido a César dar un paseo con él la mañana siguiente. César le había pedido a su madre le llevase al bosque de Faulin, y ella se lo concedió. Carolina y Pulqueria estaban constipadas, por lo que no pudieron ir a paseo. A las diez en punto Mad. de Clemira

(1) M. Gaillard, en su *Historia de Carlomagno*, tomo I, pág. 279.

(2) El mismo, *Historia de Carlomagno*, tomo II, pág. 460.

y su hijo salieron a pie, y un coche los seguía, porque, siendo la distancia de tres cuartos de legua, era menester a la vuelta venir en coche para no atrasar la comida, que siempre era al mediodía. En todo el invierno había hecho frío tan fuerte como aquel día. César se quejó un poco al principio; después, al cabo de un cuarto de hora, dijo que era más soportable.—No obstante—le respondió su madre,—tan fuerte es ahora como cuando salimos de casa; pero te has acostumbrado a él, y no le sientes tanto. Lo mismo sucede con todos los males físicos. Fácilmente nos hacemos a todos los que no son mortales: el hábito nos familiariza con los objetos más espantosos, formidables y peligrosos; aún hace más: nos familiariza con el dolor mismo, o por mejor decir, embota y destruye lo más vivo de él; es muy provechoso convencernos de esta verdad, a fin de poder sufrir con valor y tranquilidad todas las penas anejas a la humana naturaleza.—Pero—dijo César interrumpiéndola—hay algunas personas naturalmente tan delicadas, que no pueden acostumbrarse a padecer. Me acuerdo de haberla a usted oído decir que Mad. de B.***, después de haber perdido sus bienes, jamás pudo acostumbrarse a la pobreza y a vivir en la aldea.—Es muy cierto; pero esto no es común: por tanto, se ha de mirar como una excepción, en la que sólo se hallan comprendidas las personas del todo pusilánimes. Además, que esta cobardía no es natural; siempre deriva de la corrupción, y es efecto de mala educación.—Según eso, mamá, muchas personas que nos parecen muy desdichadas no lo son tanto como juzgamos.—Querrás decir que padecen menos de lo que nosotros imaginamos; pero por esto mismo son más dignas de nuestra compasión y socorros. El infeliz que se sujeta con valor a su suerte y que sufre sin quejarse es, sin duda alguna, un ente tan respetable como interesante. Por lo cual sólo un alma vil e insensible podrá no tener compasión del hombre desdichado que a fuerza de sufrir se ha hecho insensible al dolor. Esta virtuosa resignación debe excitar nuestra admiración, y dar a nuestra compasión más viveza y actividad. En fin, es también muy natural compadecernos vivamente de los males que nosotros toleraríamos con facilidad. Este sentimiento, que tiene algo de sublime, es común a todos los pechos nobles, y vemos todos los días mil pruebas convincentes. Yo, por ejemplo, me veo sangrar, y me tengo yo misma la luz, lo que es muy natural, y no puedo sin algún sentimiento ver sangrar a otro. He visto a tu padre romperse un brazo y hacérselo curar sin quejarse; y lo he visto casi desmayado el día que le sucedió la misma desgracia a Cristóbal, el ayuda de cámara de tu tío.—Bien comprendo eso—dijo César;—yo caigo, me hiero y me corto sin afligirme, y no puedo ver correr la sangre de otro cualquiera sin sentir un dolor verdadero.—Bien ves, pues, que no es siempre natural preferirnos a los demás, y que el hombre constantemente personal, esto es, que prefiere todo a sí y que nada le mueve sino lo que directamente le toca, sólo puede ser un ente vil y corrompido.

Con esta conversación llegaron a una pradera cubierta de nieve que atravesaba un arroyo helado, sobre el cual César dió algunas escurridas; después empezó a correr hacia un bosquecito que estaba a un lado de la

pradera, se mete en él, y su-madre le pierde de vista. Al cabo de un instante vió que, saliendo del bosque, gritaba con toda su fuerza corriendo hacia ella:—¡ Ah; venga usted, venga usted; por Dios, aprisa! ¡ Puede ser que no estén muertos!—¿ Qué quieres decir? ¿ Qué es lo que has visto?— ¡ Dios mío, qué desgracia! ¡ Dos pobres muchachos que el frío ha penetrado, y que están allí sobre la nieve!—Oyendo esto la Marquesa apresuró el paso. César, penetrado de dolor y de compasión, la guió cerca de unas zarzas, donde vieron a los dos niños echados de modo que no podían verles la cara. La Marquesa de Clemira se acerca, y repara que el mayor de los dos muchachos está en camisa y echado sobre el otro.—¡ Oh cielos! —exclamó.—Sin duda son dos hermanos, y el más grandecito ha tenido la generosidad de despojarse de sus vestidos para abrigar a su hermanito.— ¡ Oh generoso niño! ¡ Si Dios quiere que no hayamos llegado tarde!...— Diciendo esto se adelanta, y manda a sus criados que metan en el coche a los dos niños. Al punto mismo César se quita su frac, y abriga con él al que estaba desnudo. Entonces Morel, el lacayo de César, levanta al primero diciendo:—Muy tieso está; me parece que ya está muerto.—Al hacer este movimiento descubre el rostro del muchacho. César le mira y exclama llorando:— ¡ Dios mío! ¡ Es nuestro Agustinito, y Nicolassito, su hermano!—Este incidente acrecentó también la caridad y ternura de su madre; mezcló sus lágrimas con las de César. Su corazón se despedazaba al ver la muerte retratada sobre la cara del generoso Agustín, y sobre todo representándose la desesperación que con su pérdida sentiría la desgraciada madre de este precioso niño. Entretanto Morel y otro lacayo tenían cada uno el suyo en los brazos, asegurando que estaban muertos.—No importa—les dijo su ama,—ponedlos en mi coche; sube con ellos, Morel, procura calentarlos poco a poco, y llévalos a casa lo más presto que puedas. Tu compañero se quedará con nosotros, y nos volveremos a pie.—En efecto; obedeciendo Morel prontamente a su ama, se metió en el coche con los dos muchachos, y al punto marchó. Al cabo de algunos minutos Mad. de Clemira y César perdieron al coche de vista. Apresuraron el paso todo lo posible, y entraron en la alameda de la quinta sumamente cansados, y sobre todo impacientes por saber de Agustín y de su hermanito. En fin, a la mitad de la alameda vió la Marquesa venir a M. Fremont y a sus dos hijas, las que luego que pudo oírlas gritaron que Agustín y Colás vivían. Al oír esta noticia lloró César de alegría y corrió a abrazar a sus hermanitas. Entran todos con prisa en la casa, y la Marquesa, acompañada de sus hijos, se encaminó al cuarto en donde estaban Agustín y Colás. Los encontró algo animados: pero aún no habían recobrado el habla. Hizo que fuesen a llamar a su madre, la que llegó a tiempo que Nicolassito empezaba a abrir los ojos y a pronunciar algunas palabras. Al cabo de una hora empezó Agustín a querer hablar, conoció a su madre, y balbuciendo llamó a su hermanito. En fin, aquella noche llegó un médico que se había enviado a llamar, el que dijo que aunque los niños estaban de bastante cuidado, los creía, no obstante, fuera de peligro. Magdalena se consoló algún tanto con esto, y pregun-



Vieron a los niños echados...

tándola la Marquesa la causa de aquel triste suceso, la refirió que sus dos hijos habían salido a las ocho de la mañana de su casa para recoger ramas en el monte, pero que se habían alejado algo más de lo que acostumbraban; que a las nueve y media, viendo que no volvían, había enviado a buscarlos a su marido, y que éste, equivocado por las pisadas de otros muchachos, había ido por otro sendero distinto del que iba al sitio donde habían encontrado sus dos hijos.

César y sus dos hermanos no se apartaron en toda la noche de Agustín; toda la familia había cobrado igualmente mucho afecto a esta amable criatura, y nadie de la casa se acostó hasta las doce para ver el efecto de los remedios que le hacían; algunos criados pasaron la noche entera en el cuarto de Agustín. Al amanecer ya estaba César a la puerta del cuarto, y supo con mucha alegría que los dos hermanos estaban casi enteramente restablecidos, que hablaban y estaban del todo despejados. Después de comer se levantó Agustín; César obtuvo permiso de entrar en su cuarto, le vió, y le abrazó con indecible alegría: en fin, al día siguiente pudo Agustín contar él mismo las circunstancias de su aventura.

Toda la familia hizo rueda alrededor de Agustín, que sentado entre su madre y hermanito fué todo el asunto de la velada. Refirió del modo más ingenuo e interesante "Que Colás, en vez de recoger ramas, se había querido sentar, y que de allí a poco le penetró el frío tanto, que le privó el sentido; dijo que entonces había procurado, pero en vano, volverlo a calentar con el aliento y frotándole con las manos; en fin, viéndole amaratado y sin movimiento, empezó a dar gritos llamando repetidas veces a sus padres, y que, no respondiéndole nadie, se echó a llorar; que sus lágrimas caían sobre el rostro de Colás y se helaban al instante, lo que le hizo llorar mucho más; que, sin embargo, no desanimándose, procuró levantar a Colás y llevárselo a cuestras; pero que, ya entumecido con el frío, no pudo, y se cayó a su lado; que en este apuro, por último recurso se quitó el vestido, después la chupa, y después todo lo demás para tapar a Colás. Que abriendo en este instante Colás los ojos, fijó la vista en Agustín y apartó de sí el vestido, como si se lo hubiera querido volver... Luego, prosiguió Agustín, *me sentí todo como que tenía una especie de sueño; ya casi no sentía nada, y me caí sobre Colás: esto es lo que ha pasado, señora, y no me puedo acordar de otra cosa.*"

No bien había acabado su relación Agustín, cuando César, levantándose, se arrojó a él y le abrazó. Mucho extrañó a Agustín esta demostración, porque, creyendo que lo que había hecho era muy natural y regular, no comprendía de qué se admiraban. De allí a poco su madre le llevó a acostarse, y luego que se fué dijo la Marquesa de Clemira:— Este suceso, hijo mío, esta acción heroica de una criatura es la mayor prueba de lo que te decía ayer: que no es tan natural como se piensa comúnmente el preferirnos a los demás. Agustín se despoja de toda su ropa porque siente menos el frío que padece que el que ve padecer a su hermano. ¡Oh; qué admirable sentimiento es el de la compasión, puesto que es origen de semejantes virtudes! Lejos de apocar el ánimo, le eleva,

hace olvidar los peligros, despreciar la muerte y el dolor. Nunca, pues, te resistas a tan dulce sentimiento. Conserva cuidadosamente esta compasión activa y tierna propia del corazón humano, y que sólo corrompiéndose la pierde.—Al acabar estas palabras se levantó para irse a recoger; pero César la detuvo para decirle que sentía mucho el pensar que dentro de dos días Agustín se volvería a su casa.—Pues bien; por darte gusto diré a sus padres que me le dejen; me encargaré para siempre de él, y se criará contigo.—Al oír esta promesa empezó a saltar de alegría César, diciendo:—; Yo le enseñaré todo lo que sé!—Pero—dijo Pulqueria—¿cómo es posible que sus padres consientan en separarse de un hijo tan querido?—No dudo que lo hagan—respondió la Marquesa,—y que prefieran a su propia satisfacción el bienestar de su hijo; éste es el modo de querer, o por mejor decir, los padres que no piensan así no quieren a sus hijos.—En efecto; al día siguiente habló la Marquesa a los padres de Agustín, los que convinieron en ello gustosos y agradecidos. Agustín lloró mucho cuando supo que iba a dejar a sus padres y Colasito: no obstante, agradeció mucho el cariño que le manifestaba César, y tenía muchos deseos de instruirse y de saber, como él decía, tantas cosas buenas que sabía el señorito César.

De tal modo ocupó el suceso de Agustín a los niños tres o cuatro días, que habían olvidado en ellos las veladas; pero al fin recordaron a su madre que les había prometido una historia.—Habéis—les dijo—admirado justamente la nobleza y virtud de Ambrosio; os imagináis sin duda alguna que no es posible encontrar más generosa lealtad y elevación de ánimo: para desengañaros, os contaré una historia en la que hallaréis el ejemplo de una conducta mucho más sublime. Os he dicho mucho mal de las criadas en general, porque, en efecto, tales son por lo común. No obstante, os aseguro que hay algunas de mucho juicio y virtud, y para convenceros os contaré la siguiente historia, que pudiera intitularse el *Heroísmo de la lealtad*, y que casi he presenciado.



EL HEROÍSMO DE LA LEALTAD

IIISTORIA VERDADERA

—En una de las provincias septentrionales de la Francia hay un rincón de tierra en el cual el honor y la virtud sirven de leyes y son causa de que los dichosos moradores de esta pacífica región gocen de una felicidad tan pura como inalterable.—¡Oh mamá; qué país tan hermoso! ¿Cómo se llama?—Se llama S.**—¿Y ha estado usted alguna vez en él?—Estuve siendo niña, y tuve el gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí vi a los cultivadores sencillos y laboriosos, en cuyos modales y lenguaje no se nota lo tosco y grosero de los aldeanos de otras partes. Allí vi todas las madres, tiernas y cuidadosas; todos los hijos, agradecidos y obedientes; todas las jóvenes, modestas; allí, en fin, la ambición y la envidia son vicios no conocidos, y sólo se encuentran la concordia, la unión, la pureza de costumbres y las virtudes que hacían la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El Señor de esta tierra tenía una esposa digna a todas luces de habitarla. Mad. de S.** tenía mucho juicio, un alma benéfica y un talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo; bordaba, tejía y cultivaba flores. Tenía en su jardín varias colmenas (1), las que cuidaba, criando también gusanos de seda.

(1) * La especie de abeja común es del número de las que viven en sociedad trabajando en común. En la antigüedad todas eran bravías; habitaban en las selvas de Polonia y Moscovia y de otras regiones del Norte, donde se alojaban en los huecos de árboles o de peñascos. Luego que las abejas se establecen en una colmena, su primera ocupación es tapar todos sus agujeros o rendijas con

Encargada además del gobierno de su casa, se empleaba en él con mucho esmero, no omitiendo ninguna atención, por pequeña que fuese, por ser parte de las obligaciones de una mujer, y que por sí mismas son de bastante interés, sobre todo viviendo en un lugar. Visitaba con gran gusto su corral, su palomar y la lechería, y hallaba en estos pormenores económicos diversión, instrucción y medios para tener conveniencias, a pesar de una renta muy corta.—Instrucción, mamá—interrumpió Carolina;—¿qué instrucción podía ser?—Una muy sólida. Ya sabes que la Historia Natural es una ciencia muy dilatada; tiene, pues, esta ciencia gran número de cosas, y no son las menos útiles y curiosas, cuya inteligencia naturalmente y sin estudio se adquiere: con sólo vivir en el campo y ocuparse en el cuidado del menaje se puede conseguir. La experiencia y los objetos nos instruyen mucho mejor que los libros. Muchas veces los libros sólo nos dejan los nombres impresos; los hechos, por el contrario, nos presentan ideas, y las estampan para siempre en la memoria. He conocido una señora en París que después de haber estudiado un año la Historia Natural no hubiera podido distinguir las flores de un manzano de las de un guindo. Cualquiera que no haya vivido en el campo es por lo regular sumamente ignorante en muchos asuntos. En efecto; ¿cómo es posible estudiar las maravillas de la Naturaleza en París, en donde sólo se ven las frutas y legumbres en la plaza o en nuestras mesas, y tal cual flor en tiestos? No es posible formar en las ciuda-

una materia glutinosa, blanda cuando la ponen, pero que después se endurece.

Esta materia es absolutamente diferente de la cera y de la miel, y se llama *propolis*; es una especie de resina, y sirve en la medicina. Además de la abeja común hay muchísimas otras especies: la abeja de aldea, la abeja albañil, etc. Una de las más curiosas es la abeja tapicera; es muy pequeña, más peluda que las comunes, pero de su mismo color, a poca diferencia. El primer trabajo de la abeja tapicera cuando quiere hacer su nido consiste en cavar en la tierra un agujero perpendicular, de tres pulgadas de hondo, que desde la entrada hasta siete u ocho líneas de profundidad va con igual diámetro, y después lo ensancha a modo de nuestras jarras. Cuando queda cavado este agujero se trasporta la abeja sobre una flor de amapola, donde con mucha destreza corta en una hoja de la flor un pedazo que tiene la figura de un semióvalo; entra la tapicera en su agujero con la pieza cogida y la mantiene doblada por medio entre sus patitas; necesariamente se ha de ajar dicha hoja al entrar en una cavidad tan estrecha; pero luego que la tiene introducida a la profundidad que quiere, la desdobra y la extiende quitándole todas sus arrugas; aplica sobre el fondo y a los lados muchas de estas hojas, que une con arte; las últimas piezas, que terminan el revestimiento hacia la boca del agujero, sobresalen siempre algunas líneas, formando un ribetillo de color de fuego. Paseándose en un campo de trigo, se puede algunas veces observar en la tierra o en los senderos unos agujeritos adornados en su circunferencia con una hermosa cintilla colorada, y éstos son los nidos de las abejas tapiceras.

Las abejas de la Isla de la Guadalupe dan una cera de un color morado muy fuerte, a la cual no se puede quitar este color, y es demasiado blanda para poder hacer velas con ella.

des una idea cabal de la labranza y trabajo del campo, de sus diversiones pacíficas e inocentes, despreciadas solamente de aquellos que no las han disfrutado. Por esto ha dicho uno de los mejores escritores de estos tiempos: "Todo lo que apetecemos fuera de aquello que la Naturaleza nos puede dar es trabajo, y no hay cosa gustosa fuera de aquello que ella misma nos ofrece" (1).—Pero, mamá—dijo Pulqueria,—hay no obstante muchas personas que aman con pasión a París y el gran mundo: es regular, pues, que hallen gusto en esto.—Esas personas están en continua agitación y en una especie de delirio que las priva no sólo de la facultad de pensar, sino también de la de sentir; no es posible en semejante estado lograr felicidad alguna, porque esa situación es efecto de una imaginación desarreglada, que entrega nuestro corazón a las pasiones más violentas e impetuosas.—¿Qué es pasión, mamá?—Es mirar alguna cosa u objeto con una preferencia absolutamente exclusiva, que es como entregarse a un deseo desordenado.—Pero, mamá, algunas pasiones hay razonables y legítimas.—Algunas veces podrá no ser este exceso criminal, pero siempre será imprudente. Una mujer, por ejemplo, que quiere a su marido con pasión, se halla en este caso.—Pues qué, ¿esta mujer obrará sin juicio?—Seguramente; y será muy infeliz, porque no hay felicidad donde falta la razón.—No obstante, mamá, se ha de amar a su marido de todo corazón.—Es muy cierto.—¿Como usted quiere a papá?—Sin duda alguna.—Pues bien; usted le prefiere a todo.—¿Qué llamas preferible a todo? ¿Preferencia exclusiva, como he dicho poco hace?—Pero más quiere usted un cuarto de hora de conversación con papá que no tocar el clave, leer, pasearse...—No lo niego: prefiero su conversación o el solo gusto de verle a todas las diversiones del mundo; y aún digo más: aprecio más su felicidad que la mía.—Pues qué, ¿eso no es pasión?—No por cierto.—¿Pues qué más haría una pasión?—Haría hacer extravagancias. Para daros una idea de esto, ¿no conocéis a Mad. de Orgimon?—Sí, señora. ¿No es aquella señora cuyo marido hizo un viaje a Rusia el año pasado, y que usted fué a consolar porque estaba mala en la cama de pesadumbre?—Esa misma; y eso es lo que llamo pasión. Esta pasión quita el valor y la fuerza, y es causa de que no se puedan tolerar los trabajos.—No obstante, no podemos impedir tener calentura.—No; pero cuando no nos dejamos dominar de una pasión, una ausencia no da calentura, porque nos valemos de la razón y nos resignamos con nuestro estado. Mad. de Orgimon quiere a su marido con preferencia verdaderamente exclusiva: no sólo prefiere su trato al de otro cualquiera, sino que no hay sociedad ni trato que pueda gustarla sin su marido. No abandonará el gusto de verle por emplearse en la crianza de sus hijos.—No es usted así, mamá mía: no obstante, tiene usted tanto amor a papá como Mad. de Orgimon puede tener a su marido, puesto que prefiere usted el bien de papá al suyo propio. Mad. de Orgimon quiere más; pero usted quiere mejor. Veo también por este ejemplo

(1) El Conde de Buffon.

que una pasión, aun siendo legítima, nos puede hacer estar enfermos..., no cuidar de los hijos, y después tener calentura. Todo eso no vale nada.—Toda pasión, sea la que fuere, nos priva de la razón, y, por consiguiente, nos extravía más o menos, según las circunstancias.—Mamá, ¿podemos estorbar el tener pasiones?—Seguramente, y aun todas ellas son obra nuestra; como sólo se fortifican poco a poco, fácil nos sería destruirlas en sus principios. Cuando conocemos que una inclinación nos domina demasiado, es menester al punto vencerla, y...—Pero ¿en qué se conoce una pasión en sus principios?—Se conoce cuando nos sentimos inclinados a preferir un objeto, una diversión o un gusto a alguna de nuestras obligaciones.—Conque, según eso—dijo Pulqueria—estoy llena de pasiones, porque si pudiera, muchas veces dejaría mis lecciones por irme a pasear, a jugar con la muñeca, con mi canario, con mi perrita, con...—Eso solamente prueba que algunas veces te fastidia el estudio, lo que a tu edad no es extraño; pero si en vez de tu canario, tu perra, etc., te dieran otras diversiones, no los echarías de menos. No tienes aún para estas cosas verdadera preferencia y, por tanto, tampoco pasión: eres inconsciente, alborotada y perezosa, y nada más.—¡Ah; ya lo entiendo! Es preciso un principio de preferencia, y además un deseo determinado de faltar a nuestras obligaciones.—Así es.—Si por casualidad, siendo ya grande, prefiriese el estudio a toda otra diversión, ¿tendría que vencer esta preferencia?—No por cierto, porque esa preferencia sería muy fundada.—Pues bien, mamá; vea usted ya una pasión lícita.—No por cierto: no es lo mismo una mera preferencia que una pasión.—Es verdad; se me había olvidado que la pasión es causa de olvidarse de las obligaciones precisas.—Si el deseo de aprender y de instruirnos fuese a causa del descuido en las obligaciones y deberes de la sociedad, entonces sería vituperable; la inclinación más legítima, más útil y pura, en llegando a ser pasión deja de ser virtuosa. Las pasiones nos ciegan, nos hacen débiles, injustos y extravagantes.—¡Eso es malo! Conque así, cuando usted dice: quiero a mi Pulqueria con pasión, ¿es un modo de hablar?—Y cuando digo: la quiero como una loca, ¿desearías que fuese así?—No por cierto, mamá: yo no quisiera que se volviese usted loca.—Por consiguiente, fácilmente comprendéis por todo lo dicho que es incompatible tener una pasión y tener juicio, y que no hay pasión que no sea una especie de locura. Por tanto, decir amo como una loca, amo con pasión, son frases del todo sinónimas; por consiguiente, ¿no serías cruel si deseases que te quisiera con pasión? Perdería yo en esto el juicio y la virtud, y tú no lograrías ningún aumento en mi ternura. Si me pidiesen mi vida para salvar la de cualquiera de vosotros tres, sacrificaría sin dudar esta vida que vosotros hacéis tan feliz. Ejecutaría por vosotros todo lo que la pasión pueda inspirar de más heroico; pero no faltaré por vuestro respeto a ninguna de mis obligaciones: esto es, que mi afecto sólo puede elevarme, pero nunca extraviarme o envilecerme. ¿Podrías acaso, hijos míos, exigir de mí otros sentimientos?—¡Ah, no por cierto, mamá mía!—exclamaron a un tiempo todos los niños arro-

jándose en los brazos de su madre, la que apretándolos tiernamente contra su pecho, no pudo contener sus lágrimas al sentir correr por sus manos las de Pulqueria. Después de un poco de silencio causado por el enternecimiento, se volvió a la conversación.—Mamá—dijo César,—aún tengo una pregunta que hacer a usted acerca de las pasiones. Cuando por desgracia nos abandonamos a una pasión y ésta es muy violenta, ¿se puede destruir?—No hay duda, porque no hay victoria que no podamos alcanzar de nosotros mismos cuando la deseamos de corazón. Pero en el caso de que hablas el esfuerzo es muy penoso. Es muy fácil preservarnos de las pasiones; pero una vez arraigadas cuesta mucho el vencerlas.—¿Cuáles son los medios para preservarnos de ellas?—Se logra esto acostumbrándonos desde luego a consultar la razón, y venciéndonos en todas las cosas leves que le son contrarias, pensando a menudo que estamos continuamente a la vista de nuestro Creador, de ese Creador soberanamente sabio, a quien todo exceso desagrada; y pensando, en fin, que con los auxilios de la Religión, el dominio sobre nosotros mismos y la afición al trabajo y al estudio estamos para siempre libres de pasiones violentas.—Mamá, puesto que todo exceso, sea el que fuere, es vituperable, ¿es de admirar la conducta de M. de Lagaraye, aquel hombre extraordinario de quien nos dijo M. Fremont que se retiró del mundo e hizo de su quinta un hospital para los pobres enfermos y los asistió toda su vida?—Se debe admirar sin duda alguna esa conducta y reputarla como el dechado de la perfección.—Pues, no obstante, M. de Lagaraye llevaba la caridad hasta la pasión.—Comúnmente sólo se llama pasión a aquellos sentimientos interesados que tienen por principio nuestra propia satisfacción: tales son la inclinación que nos arrastra hacia ciertos objetos, o el atractivo que hallamos en la posesión de otros (1), o el placer que disfrutamos en ciertas diversiones (2) o, en fin, varios vicios a los cuales con bastante impropiedad se da el nombre de pasión, como, por ejemplo, la cólera. Pero el amor a la Humanidad es el más desinteresado de todos los sentimientos; tanto es más sublime cuanto es más general e indeterminado. Enajenarse de todos sus bienes a favor de una persona que se ama es hacer una acción noble y laudable, porque este sacrificio siempre es meritorio; pero dar todo lo que se posee a unos desdichados por los cuales ningún sentimiento particular nos interesa, excepto el de la compasión; dedicar a su servicio la vida, privarse por ellos de toda conveniencia y comodidad, tratarlos como hijos queridos únicamente porque padecen y son infelices, éste es el objeto de una virtud verdaderamente heroica y divina. Llevada la beneficencia a este extremo, puede muy bien llamarse *pasión*; pero es una pasión muy distinta de todas las demás, porque es absolutamente desinteresada, puesto que sólo produce acciones sublimes, y que, en fin, sólo Dios puede inspirarla; porque sin la Religión es imposible alcanzar este grado admirable de perfección.—Mamá, si M. de Lagaraye hubie-

(1) Como la avaricia, que se deleita en amontonar riquezas.

(2) Tal es la pasión del juego.

se tenido hijos, ¿habría podido dar toda su hacienda a los pobres?—No, por cierto, porque antes de todo se ha de cumplir con las obligaciones que nos impone la Naturaleza; sólo hubiera podido dar a los desdichados su sobrante, además de que, obligado a educar a sus hijos, se hubiera visto en la imposibilidad de dedicarse al servicio de los pobres.

—Mamá—dijo Carolina,—ya que ha tenido usted la complacencia de responder a todas nuestras preguntas, espero que proseguirá la historia de Mad. de S.**—Con mucho gusto; pero no me acuerdo en qué estábamos.—Nos había usted dicho que Mad. de S.** era feliz porque era benéfica; nos dijo usted también que vivía gustosa en el campo, que cultivaba flores, leía, trabajaba y tenía colmenas, gusanos de seda... En esto estaba usted.—Pues esta señora, contenta con su suerte, pasaba una vida tan inocente como tranquila. Siendo su marido poco acomodado de bienes de fortuna, no la podía dar mucho para socorrer a los desdichados: no obstante, nunca se pasaba día sin que hiciese alguna buena obra. No había en el lugar ni médico ni cirujano; sabía algo de Botánica, había leído con atención la historia de las plantas usuales de M. Chomel (1), y sabía de memoria el *Aviso al Pueblo* (2). No por estos conocimientos ejercía Mad. de S.** la Medicina, porque, siendo una ciencia que exige los mayores conocimientos prácticos y teóricos, ejercitarla sin ellos hubiera sido imprudencia y locura; pero a lo menos visitaba a los enfermos, les estorbaba que hiciesen remedios peligrosos, y solía indicarles otros que no podían ser nocivos; les llevaba caldos, buen vino, ropa limpia, y los consolaba con su presencia, sus razones y humanidad; veía por experiencia que, aunque con cortos medios, se puede hacer mucho bien, y que cuando se ha hecho todo el que se puede, se goza de toda la felicidad que la beneficencia puede dar de sí.

Tenía Mad. de S.** una criada llamada Mariana, que la servía hacía ya doce años. Esta mujer era apreciable por su mucha honradez, su desinterés y mucho afecto a su ama, cuyas virtudes y vida ejemplar imitaba. Bien es verdad que nunca había estado en París, y que nada había podido corromper ni alterar su buen fondo y natural bondad. Mad. de S.** la amaba tiernamente, y el deseo de hacerla feliz era uno de sus mayores cuidados. Mariana, de alguna más edad que su ama, se lisonjeaba de acabar sus días sirviéndola; pero la Divina Providencia lo dispuso de otro modo. Cayó enferma Mad. de S.** de una dolencia que era leve en sus principios, pero que, mal curada, se hizo mortal. Consideró la muerte no sólo sin horror, sino también con la serenidad propia de un alma virtuosa y penetrada de las verdades de la Religión; y al mismo tiempo que todos los que la conocían se entregaban al justo dolor que les inspiraba

(1) En la que se explica el uso de estas plantas, sus dosis, sus propiedades y las principales composiciones de Farmacia en que se emplean, obra excelente en tres tomos y que todos los que viven en lugares que carecen de médicos deberían tener.

(2) Por M. Tisot, obra igualmente útil y apreciable por su utilidad como por los principios de humanidad que la han dictado.

la certeza en que estaban de perderla, ella manifestaba una tranquilidad inalterable. El régimen provechoso que seguía exactamente la alargó la vida algunos meses: el valor la prestaba fuerzas; no hizo cama; al contrario, se paseaba, leía, hacía venir como siempre varias niñas del lugar a las que gustaba de instruir y hacerlas trabajar, y conversaba con su querida Mariana. Recibía a menudo visitas de su párroco; su dulzura e igualdad de genio no la abandonaron jamás.

Una mañana de los hermosos días del mes de Mayo se levantó al amanecer, y acompañada de Mariana fué a pasearse al campo. Luego que llegaron a un cerro desde el cual se descubría una llanura deliciosa, se recostó sobre la hierba, y Mariana se sentó a su lado. A poco rato, levantándose y apoyándose sobre el brazo de Mariana, la dijo:—¡Cuánto me gusta este sitio! ¡Qué hermosa campiña! Mira, Mariana; mira aquel hermoso prado que tantas veces hemos paseado: en él fué cuando un día encontramos a la pobre abuela Verónica agobiada con el peso de un haz, y trayendo en la mano una pesada cesta llena de manzanas; tú la quitaste el haz, y yo, a pesar de su resistencia, la tomé la cesta, y de ese modo la acompañamos a su choza. ¿Te acuerdas de lo alegres que íbamos hasta llegar a ella, del agradecimiento de la buena vieja y del almuerzo que nos dió? Vuelve la vista a la derecha: mira allí la arboleda del estanque, adonde en nuestra juventud íbamos tantas veces a pescar con la caña. Allí mismo hemos ido también muchas veces con María y la Isabelita, y hemos hecho tantas cestas de mimbres, que después llenábamos de violetas, alélies y avellanas. ¿No reparas allí abajo una cabaña? ¿Es la de Francisca? ¿Te acuerdas que hiciste en dos días el vestido de novia que la regalé? Un poco más allá, a la izquierda, descubro la entrada del bosque que en los días de fiesta y por las hermosas noches de verano era el sitio de mi escuela. ¡Oh; qué ratos tan deliciosos he pasado allí rodeada de las niñas del lugar! ¡Bien te acordarás de los cuentos tan largos que con tanta gracia nos refería Margarita, y de los romances que Honorina cantaba con tanta dulzura! Aquí cada objeto me representa aquellos venturosos días. ¡Y qué gratos me son en la situación en que me hallo!

Al decir Mad. de S.** estas últimas palabras volvió Mariana la cabeza para ocultarla el llanto que no podía reprimir. Después de un instante de silencio Mad. de S.** jurando las manos y levantándolas al cielo:—¡Oh Dios mío!—exclamó.—¡Tú, a quien creo ver por entre esas nubes brillantes que adornan los cielos; Tú, que me oyes y que lees en mi corazón, yo te doy gracias como a mi Creador, mi Padre y mi Bienhechor; te doy gracias de que me has puesto en un estado libre de las persecuciones del odio, de los horrores de la envidia, del contagio de los malos ejemplos y de la seducción de consejos peligrosos! Nada ha podido alterar mi razón ni corromper mi alma. No he conocido ni la corte ni la ciudad; he sabido que existían aduladores ambiciosos, filósofos falsos y hombres envilecidos por la ambición o pervertidos por el orgullo; he llorado sus errores; este sentimiento ha alterado algunas veces el gusto



Desde el cual se descubría una llanura deliciosa...

de mis reflexiones; he tenido lástima de los perversos, y he vivido siempre lejos de ellos. Exenta de pasiones violentas, de diversiones falsas y tumultuosas, he pasado mi vida en la feliz oscuridad; mi felicidad ha sido tanto más pura, cuanto nadie la ha envidiado; la inocencia, la paz, la amistad fiel, los tiernos sentimientos de la humanidad han llenado todas las horas de mi vida; he poseído los verdaderos bienes..., y en este tremendo instante en que la memoria de lo pasado es el mayor tormento del perverso, los más dulces recuerdos se presentan de golpe a mi imaginación; considero con sumo gozo que sólo a la virtud he debido la felicidad tan pura que he gozado. ¡Oh buen Dios; qué grande es tu bondad inmensa! Mandándonos que aborrezcamos y huyamos del vicio, nos enseñas el único medio de ser felices en la Tierra, prometiéndonos además después de esta frágil vida una inmortal recompensa.

Al acabar estas razones Mad. de S.** se dejó caer en los brazos de Mariana; el ardor con que había hablado extenuó sus fuerzas. Mariana la miró, y al verla pálida, inmóvil y con los ojos cerrados, prorrumpió en dolorosos gritos. Su ama volvió a abrir los ojos, y apretándola tiernamente la mano le dijo:—¿A qué viene ese temor? Pues qué, Mariana mía; tú, cuya piedad es tan sincera, ¿acaso no estás resignada? Ya nos juntaremos, hija mía, para nunca más separarnos. Sírvate de consuelo el ver mi tranquilidad. Espero que siempre tendrás un asilo en casa de mi marido. ¡Infeliz! Ojalá yo hubiera podido dejarte otra cosa. Además de éste, muero también con otro sentimiento: es menester que te lo diga.—Aquí Mariana miró atentamente a su ama, y la atención con que se preparaba a escucharla detuvo y suspendió sus lágrimas.

—Bien sabes—continuó—que hay en el lugar una maestra de niñas para enseñarlas a leer. La mayor parte de los vecinos pueden pagarla; pero hay bastantes pobres que no están en estado de dar el corto estipendio que exige por su trabajo. Si hubiese vivido algunos años más, hubiera juntado el dinero necesario, esto es, cien escudos, para señalar una corta renta a esta maestra a fin de que enseñase de balde a las niñas más pobres del lugar. Pero pues que Dios no ha querido que yo tenga esta satisfacción, debo someterme sin réplica a su voluntad.—Al oír esto Mariana, como enajenada, cogió la mano de su ama y exclamó diciendo:—¡Oh señora mía!...—Y no pudo proseguir, atravesándosele el llanto; y levantándose Mad. de S.** apoyada en su brazo dió la vuelta al lugar.

Pocos días sobrevivió a esta conversación. Llegando su abatimiento y debilidad al último extremo, tuvo que hacer cama. Mariana, entregada al mayor dolor, no se apartó un instante de su cabecera; todos los criados de la casa se deshacían en lágrimas. El patio estaba siempre lleno de la gente del lugar, que venía a saber cómo estaba su señora y su bienhechora, y no se apartaba de la casa sino para ir a la iglesia a pedir a Dios con ansia la conservación de una vida tan pura y preciosa. Finalmente, siempre tranquila y resignada, vió Mad. de S.** acercarse su última hora con aquella entereza que sólo la religión puede dar, y Mariana recibió su último suspiro.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Pulqueria llorando.—¡Qué será de la pobre Mariana!—Las vigiliass, el cansancio y la pesadumbre causaron una funesta revolución en su salud: cayó gravemente enferma; pero apenas estuvo convaleciente, cuando resolvió marcharse de S.**. Dispuesto ya su viaje, fué a la iglesia en donde estaba enterrada su ama, regó con lágrimas su sepulcro, y después se fué a Charleville, su patria (1), con mucho sentimiento del cura y vecinos de S.**. No se oyó por espacio de dos años hablar de ella; pero pasado este tiempo recibió el cura de su parte una cajita con cien escudos, y una carta en estos términos: “Charleville, 24 de Setiembre de 1775.—Señor cura: Remito a usted por fin los cien escudos que mi querida y digna señora deseaba, como usted sabe, en sus últimos instantes. Gracias a Dios, su postrera voluntad y la buena obra que había proyectado tendrán efecto. Si me hubiese quedado algún dinero de más, hubiera yo misma ido a llevar los cien escudos de mi ama; pero no me ha quedado ni con qué pagar la mitad del viaje. Y con todo, estoy tan contenta cuanto puedo estarlo después de haberla perdido, y me siento aliviada de un peso terrible que me oprimía día y noche. Suplico a usted, señor cura, que forme lo más presto que pueda la pequeña renta a esa maestra. Me servirá de mucho consuelo que esté en estado de enseñar a leer *gratis* a las niñas pobres, y que todas las madres del lugar, y aun del contorno, que no pueden pagarla la envíen sus hijas. Espero que todas esas inocentes y sus familias rogarán a Dios por mi ama y su bienhechora, y que usted, señor cura, les dirá cuánto la deben. Ahora ya sólo pido a Dios que me conceda medios para volver a S.**. Luego que haya visto por mis ojos la escuela de caridad fundada por mi querida señora, no me quedará nada que desear en este mundo.—Quedo de usted con el mayor respeto.—Señor cura.—Su más humilde criada, *Mariana Rambour*.”

Quedó el cura penetrado de admiración leyendo esta carta: su alma era de aquellas que saben apreciar la grandeza de una acción semejante. Al día siguiente después de la misa mayor leyó en público la carta de Mariana. Su contenido hizo verter lágrimas a todos los vecinos, y el mismo cura, no pudiendo detener las suyas, tuvo que interrumpir varias veces la lectura.—Bien lo creo—dijo entonces César.—¡Oh; cómo hubiera yo llorado si me hubiese hallado allí! Pero, mamá, ¿se ha verificado la fundación?—Seguramente. El cura ha puesto a ganancias los cien escudos: esta cantidad, fruto de las vigiliass y trabajos de Mariana durante dos años, ha producido una renta para la maestra de niñas, que actualmente enseña *gratis* a todas las pobres de S.**.

—Ahora decídmee, hijos míos, si esta acción no equivale a la de Ambrosio.—Yo—dijo César—prefiero Mariana a Ambrosio, porque la compasión movió a éste a obrar naturalmente, y además el agradecimiento

(1) Charleville es una ciudad hermosa, a cincuenta y dos leguas de París, en la Champaña, en el partido de Rete. Esta ciudad está sobre el río Mosa, y sólo la separa un puente y una calzada de la ciudad de Mézières.

de Mad. de Varonne le iba recompensando al mismo tiempo.—Es muy cierto; en vez de que la sola veneración que Mariana tenía a su ama la obligó a todos los sacrificios que Ambrosio había hecho para mantener a Mad. de Varonne. La conducta de Ambrosio es digna de admiración; pero la de Mariana es superior a cualquier elogio. Finalmente, para comprender todo el mérito de ella habéis de pensar: por lo que Mariana ha hecho por su ama ya difunta, ¿qué no hubiera sido capaz de emprender por darla la vida? ¿Pero creéis, hijos míos, que la historia de Mariana se ha acabado?—Pues qué, ¿aún falta algo, mamá?—¿No echáis de ver que falta el desenlace? ¿No hemos convenido en que es imposible que una acción heroica tarde o temprano no sea recompensada?—¡Ah; tanto mejor! Veremos a Mariana premiada, y aún no se ha acabado la velada. ¡Qué gozo! ¿Y qué falta, mamá?—Falta que Mariana, después de haber dado cuanto poseía, se puso a trabajar de nuevo; pero no con tanto ardor, porque sólo trabajaba para mantenerse. Poco después murió uno de sus parientes, que, movido de la virtud de Mariana, la dejó doscientas y sesenta libras de renta. Con esta corta herencia y trabajando siempre, se halló Mariana rica en un país libre de toda imposición y que produce todo lo necesario a la vida; pero sólo gastó para ella lo puramente indispensable, a fin de poder socorrer mejor a los pobres.—Pues qué, mamá—interrumpió Carolina como pesarosa;—¿doscientas y sesenta libras de renta componen todo el premio de la virtuosa Mariana?—Pero has de considerar que una persona de la clase de Mariana con su trabajo y doscientas y sesenta libras de renta es más rica en Charleville que con veinticinco mil en la corte una madre de familia. En general, toda fortuna superior a nuestra clase no nos puede hacer felices.—¿Y por qué razón?—dijo César.—Supón que tu lacayo Morel gane mañana dos millones a la lotería.—Pues bien, mamá; Morel será del todo feliz: si tiene buen corazón, hará mucho bien y buenas obras.—Aun suponiendo que este suceso no le trastorne la cabeza, que no le haga vano, orgulloso e insensato, no por eso dejará de ser infeliz. Morel sabe leer y escribir: es de los mejores de su clase; pero ¿qué figura hará en el gran mundo? ¿A qué mofa no se verá expuesto? ¿Cómo podrá cumplir con el trato de las gentes? ¿Cuál será su conversación y su porte? ¿Podrá cuidar de su hacienda? ¿Podrá conocer si su administrador es inteligente, hombre de bien o no? Morel querrá casarse: no buscará seguramente ni una hija de un mercader ni una labradora; escogerá una mujer amable y bien criada en la apariencia; esta mujer tan sólo se casará con él por su dinero; por consiguiente, no será estimable, y sólo le servirá de tormento; por lo que bien ves que Morel con cien mil libras de renta sería igualmente infeliz y despreciado. Supón, por el contrario, que no gane más que doce mil libras. Con ellas compraría algunas tierras, se casaría con una graciosa labradora, honrada y laboriosa y que llevase en dote algún poco de hacienda. Amado y obedecido de su mujer, viviendo con toda conveniencia, estimado de todos sus vecinos, porque es bueno, caritativo y tiene más instrucción de la que se halla regularmente en su clase, Mo-

rel sería el más feliz de los hombres.—Verdad es, mamá; pero si Morel ganando los dos millones no quisiese vivir en ciudad ni salir de su clase, y emplease la mayor parte de su fortuna en hacer buenas obras, nadie se burlaría de él y sería feliz.—Morel es muy hombre de bien, y en lo que supones le haces un filósofo y un héroe: no creo que sea ni uno ni otro. Es menester también, para seguir tu idea, que su mujer e hijos sean también filósofos, sin lo cual no les dará gusto que pudiendo Morel conservar setenta mil libras de renta a lo menos, sólo se quede con tres o cuatro mil, y el infeliz Morel no oirá en su familia sino quejas.—¿Y quién le obliga a casarse?—¿Y si él lo desea?—Supongamos que no lo desee.—Nunca tendrá hijos. ¡Si supierais de qué gusto le priváis!—¡Ah, mamá mía! Démosle una buena madre, y será feliz!—¡Amable criatura! Pero bien está, sea así; te concedo todo lo que dices. Supongo contigo que Morel tenga una tierna madre, y que con ella se retire a un lugarcito, que no conserve sino dos o tres mil libras de renta y que dé todo lo demás a los pobres; aun con todo esto, no le faltarán pesadumbres.—¿Y cuáles serán?—No puede Morel conocer a los hombres ni estar impuesto en los negocios; algún tramposo, diestro y sagaz, se apoderará de su confianza con pretexto de aconsejarle y dirigir sus miras benéficas. Morel se verá engañado, burlado y arruinado por semejantes gentes; al paso que procurará hacer bien, no conseguirá sino enriquecer a estos hombres astutos y perversos.—¿Pero si sólo se fía de gente de juicio y de bien...?—El número de éstos, por nuestra desgracia, es muy corto. Por todo esto, considerad cuántas suposiciones extraordinarias, y aun extravagantes, hemos tenido que hacer para convenir en que Morel pueda ser feliz si el día de mañana se hallase con cien libras de renta.—No tiene réplica: ahora conozco que para hacer bien no basta ser bueno, es menester además tener talento e instrucción; comprendo también, por lo mismo, que cualquiera que sale de su clase debe ser infeliz.

Al día siguiente a esta conversación César y sus hermanos hablaban entre sí, como tenían por costumbre, acerca de la historia de la última velada. No se cansaban de repetir el elogio de la virtuosa Mariana Rambour; pero a pesar de todo lo que les había dicho sobre este punto su madre, no podían menos de pensar que Mariana no era tan feliz como se merecía.—Porque—decía Pulqueria—esta pobre muchacha con sus doscientas y sesenta libras de renta no tiene sino lo absolutamente necesario para mantenerse; y así, para socorrer a los pobres se ve obligada a trabajar continuamente, y, como mamá dice, a ceñirse a lo puramente preciso. Esto me causa disgusto; yo hubiera querido que a lo menos pudiese hacer limosnas sin incomodarse.

Aquella noche a la hora de la tertulia la Marquesa de Clemira, hablando con Pulqueria, la dijo:—He oído esta tarde todá vuestra conversación tocante a Mariana Rambour. ¿Por qué te pones colorada, Pulqueria?—Mamá...—Si sientes que yo oiga lo que hablas, no lo has de hacer otra vez tan alto a diez pasos de mí.—¡Ah, mamá; nunca tendré nada oculto para usted!—¿Por qué, pues, te has puesto colorada? Vaya; ¿qué

respondes?—Es porque, a pesar de las reflexiones que usted nos hizo hacer ayer, me he mantenido en que la acción de Mariana no estaba bastante premiada, y ahora comprendo que he hecho mal en tener una opinión contraria a la de usted.—En efecto; debes creer que tu opinión nada vale cuando es distinta de la mía. Cuando no quedés convencida de la verdad de los principios en que procuro instruirte, me debes exponer tus dudas: siempre estoy pronta a oírlos y a responderlos. Por tanto cuando no eres de mi parecer, apruebo que me lo digas; y no sólo lo apruebo, sino que te lo mando. Pero diciéndolo a otros, faltas al amor y al respeto que me debes. Además, si no me has comprendido bien, no podré hacerte conocer tu error si no me hallo presente a la crítica que haces de mis discursos.—La crítica... ¡Oh mamá mía: qué expresión! Quizá es demasiado fuerte. Pero, en fin, ¿no has dicho que no te parecía que Mariana había logrado la recompensa que merecía, y que en esto no podías ser de mi opinión? ¿Quieres ahora escuchar mis razones?—Con mucho gusto, y procuraré comprender bien lo que usted diga para pensar como usted.—Lo que te desazona es que crees que Mariana no es del todo feliz; ¿no es esto?—Eso mismo, mamá.—Lo que hace feliz a una persona verdaderamente piadosa, sencilla y laboriosa, a una persona cuya virtud llegue hasta el grado del heroísmo más sublime, no es el dinero, porque la satisfacción que produce una buena acción no consiste en la cantidad, sino en la intención con que se da. Un buen corazón está del todo satisfecho cuando socorre a los pobres con lo que le es posible. El rico benéfico da con mucho esplendor; el que es benéfico también, pero con pocos medios, da con más gusto, porque aquél sólo se ha privado de algunas vanas superfluidades, y este sacrificio, tan brillante como poco penoso, hace que logre la estimación general. Es feliz sin duda, y es digno de serlo. Pero el pobre benéfico goza de una felicidad superior con mucho a la suya. Figuraos a Mariana de Rambour con sus doscientas y sesenta libras de renta; figuraos a esta celestial criatura obrando solamente por Dios y por su conciencia; vedla trabajar todo el día para poder a la noche llevar a casa de un enfermo o de una madre de familia la corta cantidad que ha ganado, y que debe suministrar el caldo para aquel pobre, o el pan para cuatro o cinco criaturas. Seguidla después de esta acción, y la veréis volver a su casa humedecidos aún los ojos con las dulces lágrimas que ha vertido. Entrad en su cuarto: su cena quizá consista en unas sopas; pero se dirá a sí misma: *El plato de que hoy me he privado ha dado el pan a cinco desdichados*. Esta reflexión llena su corazón de un placer delicioso. Trae a la memoria los agradecimientos de la pobre madre de familia: se figura que la está oyendo; aún la parece estar viendo a las pobres criaturas arrojarse con ansia sobre el alimento que en vano pedían hacía ya dos días. ¡Oh; cuánto debe estimar Mariana con semejantes recuerdos la frugalidad de sus comidas! Acabada su cena, ¡con qué confianza irá a pedir a Dios, a aquel Ser soberanamente bueno que ha dicho: “Guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que las vean, pues si así lo hacéis, no recibiréis la recom-

pensa de vuestro Padre, que está en el Cielo!" (1). No ha tenido Mariana la felicidad y la gloria de sustraer a la miseria gran número de infelices; no ha formado establecimiento alguno útil o permanente; no ha fundado ningún hospital, pero ha dado en secreto, y lo que ha dado ha sido parte de lo que la era necesario. No ha buscado ni alabanzas, ni la aprobación de los hombres; sólo ha tenido por norte la Religión y la humanidad; sus reflexiones, su interior, el recuerdo de lo que ha hecho, y sobre todo las cosas de que se ha privado, son para ella un manantial inagotable de felicidad: en una palabra, disfruta en la Tierra parte de la inmortal felicidad de los bienaventurados en el Cielo; está contenta de sí misma, y segura de que Dios la aprueba y la protege.

—Por lo dicho podréis comprender que si Mariana hubiera tenido suficientes medios para socorrer a los pobres sin cercenar algo de lo que la era necesario, no la hubieran causado sus limosnas tanta satisfacción, puesto que su mérito en este caso hubiera sido menor; podréis juzgarlo por vosotros mismos. El otro día te enviaron una cestita de manzanas, que repartiste con tu hermano y tu hermana. Anteayer Magdalena te trajo un corderito blanco; tu hermana tuvo ganas de él, y tú se lo diste. ¿Cuál de estas dos acciones ha sido lo que te ha dado más gusto?—La de dar el cordero a mi hermanita.—No obstante, sentías mucho quedarte sin él.—Sí, señora; pero por eso mismo infería el placer que tendría mi hermana. Carolina, decía yo entre mí, no cabrá en sí de gozo si la llevo el corderito: con esto me figuraba su sorpresa, su alegría, y juzgaba que esto me daría más gusto que no el guardarle para mí. Pedí a mi aya un cordón de color de rosa, adorné con él mi corderito, y después fuí corriendo a buscar a mi hermana. En todo este tiempo el corazón me palpitaba con fuerza...; pero era de alegría. ¡Estaba tan contenta!...—Ese dulce sentimiento es el que se experimenta al hacer un sacrificio generoso: cuanto más grande es éste, tanto mayor es nuestra satisfacción; y por la alegría que experimentabas figurándote la que tu hermana recibiría con el regalo del corderito, puedes juzgar del placer que se experimenta socorriendo a una familia infeliz próxima a perecer de hambre y de miseria.—Bien lo conozco, mamá; pero ¿cuándo nos dará usted el gusto de ir a socorrer a los desgraciados?—El invierno que viene, cuando estemos en París, si de aquí a entonces os portáis bien.—¡Oh mamá; esta recompensa nos dará más gusto que otra cualquiera! Pero no habiendo en Champceri nadie reducido a ese extremo de miseria, ¿cómo es posible que se encuentre en París, una ciudad tan hermosa y donde hay tanta gente rica?—Eso mismo es la causa de haber infinitos: tales son los funestos efectos del lujo o de la vanidad más despreciable, queriendo lucir con loca magnificencia en vez de procurar distinguirse por la virtud. Esta manía con que sólo se logra ser aborrecibles a todos, y no nos produce ningún placer verdadero, es precisamente la causa por que se encuentran más desdichados, más infelices en las grandes ciudades que en

(1) Evang. de San Mateo, cap. v.

los lugares más pobres.—Sólo esto debería hacernos odiosas las ciudades y preferir la vida del campo.—Pero, mamá, ¿cómo se ha de hacer para conocer a esos infelices de que usted habla, pues bien sé que no son los más dignos de lástima los que piden limosna, sino los que están enfermos, que no pueden salir y se están en sus casas?—¡Ay, hija mía! Todo París está lleno; apenas se hallará una calle en que no se puedan encontrar infinitos.—¡Oh Dios mío! ¿Es posible?—Se pasa continuamente por delante de sus puertas, y los tenemos por vecinos.—¡Ah, mamá! ¿Cree usted que los haya en nuestra calle, en París? Si esto fuera, no podría dormir. ¿Cómo es posible dormir sosegadamente pensando que quizá en la casa inmediata estará un pobre enfermo echado sobre un poco



Pedí a mi aya un cordón, y adorné con él mi corderito...

de paja?—Conserva esa humanidad, hija mía, y cuando tengas dinero, si te sientes con deseos de emplearlo en superfluidades, acuérdate de la piadosa reflexión que acabas de hacer. Díte a ti misma: con el dinero que emplearía en esta bagatela, de la que dentro de dos días ya no haré caso, puedo quizá salvar la vida de una criatura moribunda y la de su afligida madre.—¡Ah; nunca emplearé el dinero en bagatelas!—No hagas esa promesa, porque verosímilmente no la cumplirás. Ceñirse a lo único necesario y dar lo demás a los pobres, es efecto de una virtud que no es propia de vuestra edad. Contentaos con saber que esta virtud existe, y que ella sólo puede dar la única felicidad verdadera que se halla en este mundo. Acostumbraos desde ahora a reflexionar sobre la vanidad de los juguetes y chucherías, que regularmente en vuestra edad son

el objeto de vuestros deseos. Considerad que el gusto que causan sólo es momentáneo, gusto tan falso como poco permanente. Cuando, por el contrario, la sola relación de una bella acción os conmueve, os admira y os hace verter lágrimas, ¿qué sería, pues, si vosotros mismos la ejecutaseis? Parad de cuando en cuando la consideración en la multitud de infelices a quienes falta el pan al tiempo mismo que vosotros arrojáis o desperdiciáis el que se os da para merendar; en los que padecen todo el rigor del frío por falta de vestidos, cuando vosotros hacéis pedazos los vuestros para vestir una muñeca. Estas reflexiones, abriendo vuestros corazones a la compasión, os harán también ser económicos; y sin la economía, es imposible ser generosos: por tanto, acostumbraos desde luego a no desperdiciar cosa alguna; después imponeos de tiempo en tiempo algunas cortas privaciones voluntarias; conseguid algún dominio sobre vosotros mismos; tened bien presente que sólo la virtud nos puede distinguir, y que ella sola puede hacernos estimables, felices y queridos; finalmente, tened presente estas conversaciones y las historias de nuestras VELADAS, con lo cual insensiblemente vuestras almas se elevarán, se perfeccionará vuestro juicio, os haréis verdaderamente benéficos, y seréis la delicia y la gloria de vuestra madre.—Desde ahora quisiera yo hacerla a usted feliz, querida mamá mía. Pero ¿es posible que no pueda yo ser bastante buena para sacrificar a los pobres todos mis caprichos?—No es regular en tu edad ni en la juventud ser capaz de una reflexión bastante sólida para poder llegar al punto de perfección que dices. Hasta ahora nada has visto: todo es nuevo para ti, todo te gusta; pero cuando sepas ocuparte con solidez, la mayor parte de las frioleras que ahora te agradan y te incitan te parecerán insípidas; sólo apreciarás lo que llega al corazón, y nada le satisface tanto como el uso constante de la beneficencia. Fuera de que no estamos obligados a dar a los pobres todo lo que nos sobra. El Evangelio nos manda que demos limosnas (1), pero no que nos despojemos enteramente para dar a otros. Es cierto que el que se penetrase perfectamente del espíritu del Evangelio daría a los pobres cuanto posee; pero la Religión no exige que sacrifiquemos a la humanidad todas las conveniencias de la vida, y sí sólo el que pongamos freno a nuestros caprichos para que así podamos expiar nuestros deseos desordenados con acciones de bondad y beneficencia.—Ya he comprendido todo esto—dijo César.—El que es medianamente bueno, da una corta porción de su sobrante; y el que es perfecto, lo da todo.—Tu definición es muy propia; y ahora, si me dejáis, acabaré la historia de ayer.—Pues qué—exclamaron a un tiempo los tres niños,—la historia de Mariana Rambour...—No he dicho que se hubiese concluído: siempre me habéis interrumpido, y con vuestras preguntas no me habéis dado lugar a finalizarla. He procurado haceros comprender que, en general, las personas sin crianza son dignas de lástima cuando un suceso imprevisto mejora,

(1) Dá a aquel que te pida, y no huyas del que te quiere pedir prestado.—Evang. San Mateo, cap. v.

al parecer, su suerte. Creo haber hecho ver a Pulqueria que Mariana Rambour debía ser feliz con doscientas y sesenta libras de renta; pero no he dicho que esta corta herencia fuese el único premio que el Cielo había dado a su virtud. Os he recordado aquella máxima de que *jamás una acción heroica queda sin premio, aun en este mundo*. Sobre esto no tasteis todos la cortedad de una renta de doscientas y sesenta libras, sin informaros si no había en efecto logrado otra recompensa.—Ahora comprendo que no se debe precipitar el juicio, y que antes de dar su parecer es menester hacerse cargo de las cosas. En castigo, mereceríamos que nos privase usted de lo restante de la historia de Mariana: no obstante, lo sentiríamos mucho.—No temáis que lo haga, hijos míos. Me basta que forméis la resolución de juzgar en lo sucesivo con menos precipitación y ligereza.

Pero, volviendo a Mariana, supo en su retiro que el cura de S.** había leído su carta en público. Lejos de alegrarse, lo sintió infinito. Escribió sobre este particular al cura diciéndole: “Me ha sido muy sensible que haya usted hecho pública una acción que yo deseaba que sólo Dios y usted la hubiesen sabido.” A pesar de lo sincero de su sentimiento, todo Charleville supo la historia de Mariana. Las personas más distinguidas de la ciudad quisieron verla, conocerla y llevarla a sus casas. Varios procuraron por todos los medios imaginables obligarla a recibir algún socorro, que en su situación debía serla necesario. Pero Mariana lo rehusó constantemente, respondiendo siempre que nada la hacía falta y que estaba del todo contenta con su suerte. Finalmente, el cura de S.** hizo un viaje a París, en donde habló varias veces de Mariana Rambour; contó su interesante historia a una señora, a quien también dió algunas cartas de Mariana y una copia del auto de fundación que hizo ejecutar. Esta señora entregó estos papeles a un literato amigo suyo para que los insertase en una obra curiosa que iba a dar al público (1).—Pues qué: ¿la vida de Mariana Rambour está impresa?; Cuánto me alegro que Mariana logre reputación!—Ya ves que, a pesar de su modestia, sale ya de la oscuridad que tanto amaba; pero escucha lo que falta.—Esto es lo mejor; el corazón me palpita. ¿Y bien, mamá?...—Existe un joven príncipe, poco más o menos de tu edad, César; sólo tiene nueve años, y ya su genio promete la esperanza feliz de que sea un día tan distinguido por sus virtudes y beneficencia como lo es por su augusto nacimiento; como vosotros, hijos míos, su mayor gusto es oír contar historias útiles, las escucha con ansia, hacen profunda impresión en su corazón, y quedan grabadas en su memoria. Un día el sujeto encargado de su educación le refirió la historia de Mariana Rambour. Luego que acabó de contarla exclamó el Príncipe llorando:—*¡Ah, y cuánto siento ser tan niño!*—¿Por qué, señor?—Le preguntaron.—Daría una pensión a esa virtuosa mujer.—Pero tiene V. A. un padre que le ama tiernamente.—¿Le parece a us-

(1) Intitulada *La fiesta de la Rosa*, que se sigue a la graciosa novela de *Les amours de Pierre de Long*.



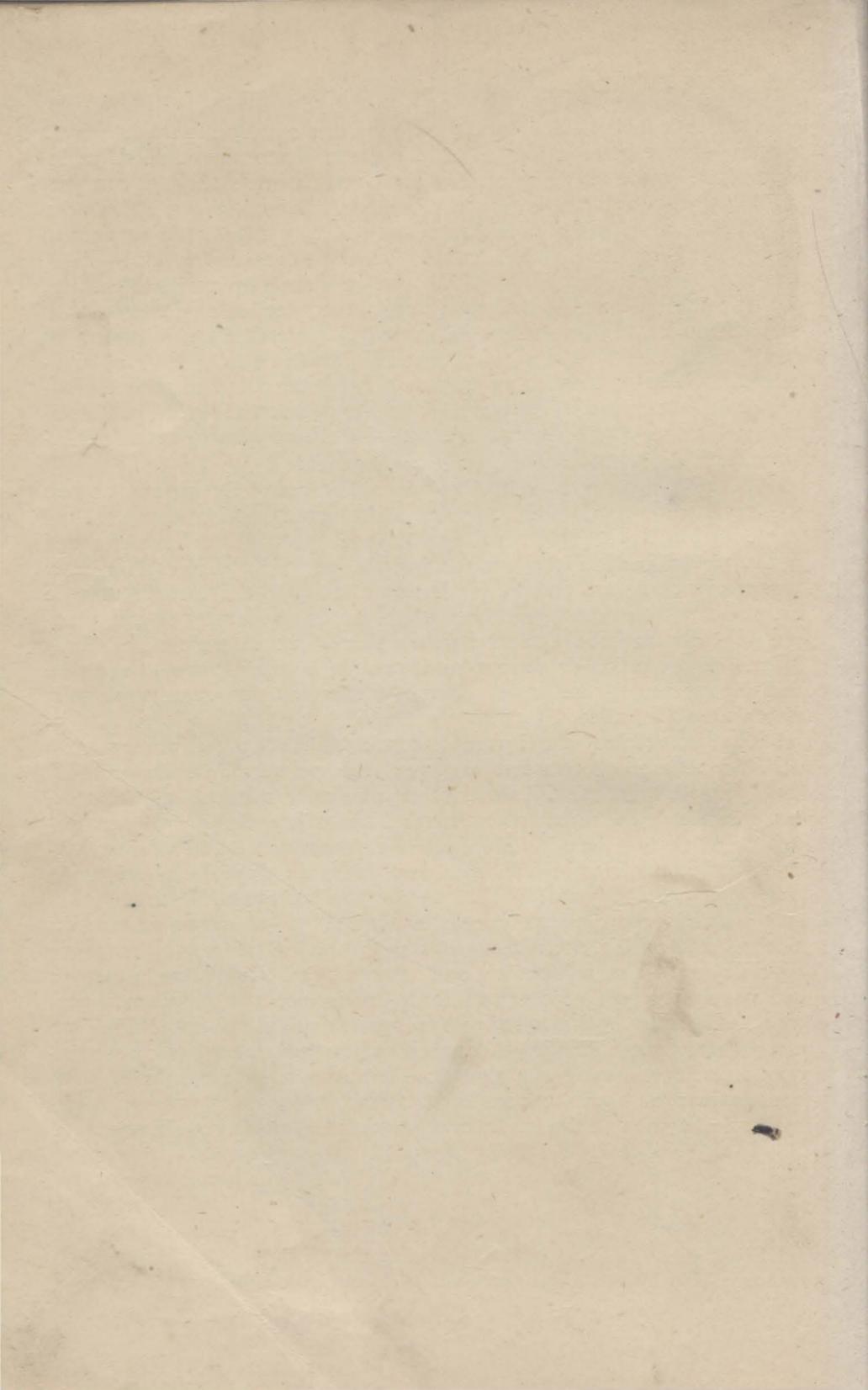
Expresó su petición del modo más tierno...

ted que se la pida?—Sin duda alguna, y con eso le causará la mayor alegría.—Sin esperar a más el Príncipe, enajenado, fuera de sí, se levanta, sale corriendo de su cuarto, atraviesa un corredor, baja con precipitación las escaleras, llega a una sala de billar en la que había ocho o diez personas; pero sólo repara en su padre, y a pesar de su natural encogimiento se arroja en sus brazos, diciéndole con voz trémula:—*Papá, tengo que pedirle a usted una gracia.*—Le conduce a un cuarto inmediato, y allí expuso su petición del modo más tierno. Recibió en premio de su sensibilidad los tiernos abrazos de su padre, que estrechándole contra su pecho le dijo:—*Voy a dar orden que se extienda en tu nombre el libramiento de una pensión de seiscientas libras para Mariana Rambour.*—¡Ahora sí—interrumpió Pulqueria—que estoy contenta!—¡Oh; qué Príncipe tan bueno, y qué contento estaría!—Él mismo quiso escribir a Mariana para darla esta noticia, y esta es su carta:

“S. L.**, Agosto, 2 de 1782.—Me cuento por feliz, señora, de que me hayan referido la acción que ha hecho usted movida de su lealtad para con Mad. de S.**, puesto que tengo el gusto de decirla hasta qué punto me ha penetrado. Querían hacerme ver cuán bella es la virtud, cuán digna es de ser amada, y para esto me han contado su historia de usted. La soy deudor de una lección que jamás olvidaré, y de que siempre me acordaré con enternecimiento. Reciba usted, señora, el libramiento de la pensión de seiscientas libras que la envió como una prueba de mi admiración y del vivo y tierno interés con que contribuiré toda mi vida a su felicidad.

“Hago incluir en ésta el pago de doscientas libras por el primer tercio de dicha pensión, que empieza a correr desde primero de Julio pasado.”

—Juzgad, hijos míos, del efecto que esta carta produciría en el corazón sensible de Mariana; tanto mayor, cuanto la orden que la acompañaba estaba puesta en los términos más honoríficos y lisonjeros. Mariana en la actualidad se halla rica para su clase y goza de la estimación general debida a su virtud.—¡Ah, mamá; qué historia tan bella!—¡Cuánto quiero a este joven príncipe que ya es tan bueno!—Creo que no tendréis menos gusto en la velada de mañana; pero ya es tarde, y es menester concluir ésta.—Una palabra tan sola, mamá. ¿Qué título tiene la historia que nos quiere usted contar mañana?—*Eglantina, o la indolente corregida.*—Eglantina! ¡Qué nombre tan bonito! ¿Era indolente? Pero no es un defecto muy grande.—Ya veréis cuáles pueden ser sus consecuencias. Entretanto vámonos a acostar.—Estas pocas palabras de la Marquesa avivaron en gran manera la curiosidad de los niños, que esperaban con ansia la nona velada, en la cual su madre contó la novela siguiente.





EGLANTINA, O LA INDOLENTE CORREGIDA

Doraliza, mujer de un director de Rentas, gozaba de una fortuna cuantiosa; pero tenía demasiado talento y buen corazón para amar el fausto y quererse distinguir con vana magnificencia. Sabía que el lujo, siempre digno de vituperio, lo es mucho más en aquellos sujetos que no están obligados por razón de su clase a lucimiento alguno. No tenía joyas; su casa era sencilla y cómoda; no daba funciones, pero hacía buenas obras, y sus riquezas, lejos de exponerla a la envidia de los necios y al desprecio de las gentes de juicio, hacían que lograse las bendiciones de los infelices y la general estimación. Nada en su casa aparentaba ostentación ni el pueril deseo de lucir; aunque no era de aquellas personas que no pueden estar solas, amaba la sociedad. Y con el fin de formarse o de tener una verdaderamente agradable, no había dado preferencia exclusiva a una clase sola; no determinó sus visitas, diciendo: no quiero ver sino gentes de tal o tal empleo, o no veré gentes de tal clase o de tal empleo; antes por el contrario, se había determinado a recibir todos los sujetos verdaderamente distinguidos por las prendas de su corazón o agradables talentos, de cualquiera clase que fuesen.

Tenía Doraliza una hija única. Esta niña, de edad de seis años, manifestaba ya buen corazón; era humilde, obediente y sincera; no carecía ni de memoria ni de inteligencia, pero era muy indolente: por consiguiente, ni tenía actividad ni aplicación. Todo lo hacía con lentitud y dejadez, y era tan negligente como perezosa.—¿Conque la indolencia—interrumpió Carolina—causa todos esos efectos?—Reflexiónalo, y no lo extrañarás. ¿Qué es la indolencia? Es cierta flojedad que causa tedio para todo lo que podría fatigar, por poco que fuese, al espíritu o al

cuerpo. Con esta disposición, ni se quiere correr, ni saltar, bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones fatigan. Por la misma razón se huye del estudio, por no tomarse el trabajo de estar aplicado. No se reflexiona ni se piensa en nada, y en este caso se vive sin gusto ni conocimiento. Tal era la situación de Eglantina, hija de Doraliza. Daba sus lecciones con mucha docilidad, pero a nada atendía de cuanto la enseñaban; de lo que resultaba que no sacaba provecho alguno de las lecciones. Por otra parte, su aya se quejaba continuamente del poco cuidado que tenía con las cosas. En efecto; en todos los rincones de la casa se hallaban los pañuelos, los guantes, las tijeras y las muñecas de Eglantina. Más quería perder que no arreglar y guardar las cosas de su uso. Todo estaba en desorden en su cuarto, todo con la mayor porquería. Precisada a pasar una parte del día buscando sus libros, su labor y sus juguetes, se fatigaba y disgustaba sumamente, gastando en esta desagradable tarea el tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, o a lo menos en sus diversiones.

Todas las mañanas era menester reñirla para obligarla a levantarse; después otro sermón sobre la torpeza con que solía estarse más de una hora después de levantada, y que se daba a conocer por sus repetidos bostezos; otro sermón sobre el tiempo que gastaba en almorzar; y después el paseo, en donde se renovaban las reconvenciones, porque Eglantina quería sentarse en vez de andar, y se quejaba o del frío o del calor. Lo mismo sucedía con las lecciones: nunca las daba Eglantina sin llorar o sin tener ganas de ello; las diversiones no la daban gusto, porque era menester buscar los juguetes extraviados o perdidos, y oír reprensiones por estos descuidos.

Tenía Doraliza todos los talentos necesarios para dar una excelente educación; pero no tenía experiencia. La educación de Eglantina era la primera a que había presidido. En todas las cosas hay que pagar con faltas el aprendizaje, y en esta ocasión cometió Doraliza una muy grande. No previó todas las malas consecuencias que podían resultar del defecto dominante de su hija, defecto, a la verdad, el más dificultoso de destruir. Se lisonjeó de que la edad y la razón darían insensiblemente a Eglantina la actividad de que carecía; se contentó con reñirla de tiempo en tiempo, en vez de castigarla, y no conoció su error sino cuando era imposible remediarlo.—¿Usted cree, mamá, que si hubiesen impuesto a Eglantina penitencias la hubieran corregido?—Raras veces es necesario emplear medios violentos para corregir a los niños que son activos y sensibles, porque todo lo toman con viveza: un nada os conmueve, una palabra basta para castigaros; pero los genios indolentes y fríos difícilmente se alteran; es menester de cuando en cuando darles algún castigo para sacarlos de su entorpecimiento habitual.—Mamá, ¿qué penitencias hubiera usted impuesto a Eglantina?—Las más rigurosas para ella, y, no obstante, muy suaves. Cuando no hubiera querido correr o andar a buen paso, hubiera hecho durar el paseo una hora más. Cuando hubiese dado una lección de mala gana, se la habría hecho dar otra vez, y así de lo

demás. Para evitarse Eglantina este trabajo doble se hubiera aplicado, hubiera usado de actividad aparente, que con el tiempo habría sido verdadera, e insensiblemente hubiera mudado de genio.

No siguió este método Doraliza, y la pesó amargamente con el tiempo no haberlo hecho. No obstante, viendo que la negligencia de Eglantina se aumentaba cada día, la ocurrió formar un diario en el que cada noche sentaba todas las cosas que Eglantina había perdido en el discurso del día, y el precio de ellas. Ponía en esta lista los libros rotos o desencuadernados, los vestidos nuevos manchados o echados a perder de modo que no pudiesen volver a servir, los pedazos de pan que arrojaba por los rincones y los juguetes hechos pedazos: todo este desbarato, junto a las cosas perdidas, compuso al cabo de un mes la cantidad de noventa y dos libras; esto es, cuatro luises y tres libras.—¡Oh, Dios mío!—exclamó Pulqueria.—¡Es increíble! Yo, gracias a Dios, en todo el año no he perdido sino el valor de cuarenta libras.—Es cierto, pero no cuentas sino lo que has perdido, y no lo que has echado a perder o gastado inútilmente. Además, yo no soy rica, y no usas muselinas bordadas ni encajes, y, por consiguiente, no puedes perder sino cosas comunes. No tienes por alhajas sino alfileros de paja y cajas de bergamota, y todos tus juguetes no valen seis libras.—Mamá, tanto mejor: me parezco a Enriqueta, la hija de Mad. Steinhausse; conozco que los adornos me incomodarían. Un hermoso delantal guarnecido de encajes me daría pesadumbre, porque quiero, como Delfina, coger rosas sin temor de las espinas.—Ese deseo es natural. Pero hazte cargo que Enriqueta, tan amante de las cosas sencillas como tú, tenía mucho más juicio, porque no perdía nada. Considera también que, según la proporción de riquezas, me ocasionas un gasto tan grande perdiendo tu dedal de marfil y tijeras inglesas, etc., como Eglantina a su madre perdiendo su dedal de oro y sus tijeras esmaltadas.—Pero, mamá, ¿por qué no criaba Doraliza a su hija con menos aparato de riqueza? Dándola todas esas bagatelitas tan caras, no empleaba bien sus riquezas.—Doraliza era muy rica; no gastaba casi nada para ella misma, por lo que podía lícitamente emplear algunas superfluidades en su hija.—Pero ¿no era eso inspirarla gusto a todas esas frioleras?—No; porque si las hubiese guardado para sí en vez de dárselas, entonces podía haber sucedido lo que dices.—Mamá—decía Eglantina a Doraliza,—¿por qué no lleva usted más que un reloj de oro liso y llano con un cordoncito de seda?—Hija mía—respondía Doraliza,—porque un reloj liso es más cómodo, y, por consiguiente, le prefiero a otro magnífico.—Pero, mamá—replicaba Eglantina,—el que usted me ha dado está esmaltado, guarnecido de brillantes y con una cadena de oro.—Eso es porque a tu edad hay poca sustancia, se carece de juicio y de reflexión; todo lo que brilla seduce: sólo se tienen aficiones pueriles. Se apetecen las perlas, los diamantes, los juguetes y las joyas. Por tanto, cuando te doy todas esas frioleras te trato como a niña.—Hablando Doraliza de este modo decía la verdad pura. En efecto; toda persona que a cierta edad tiene aún gusto a todas esas vanas superfluidades no tiene

más juicio y solidez que una criatura de seis años. Pero volvamos a nuestra historia.

Al cabo de un año enseñó Doraliza a su hija la cuenta de todo lo que había perdido o disipado en el discurso de él: la suma de esto era de mil doscientas libras. Poca impresión hizo este cálculo en Eglantina, que sólo tenía siete años. Creyendo su madre que la harían más fuerza cuando llegase a conocer el precio del dinero, continuó siempre su diario con la misma exactitud, ayudándola en esta tarea el aya de Eglantina, que todas las noches entregaba a Doraliza en un papel suelto la relación circunstanciada de los desperdicios que notaba. Guardaba Doraliza estos papelillos en una gaveta, sin juntarlos al diario que por su parte escribía; y en breve tiempo las cuentas del aya aumentaron de tal modo, que hubiera sido menester bastante tiempo para sacar en limpio las cantidades que contenían. Lo cual, visto por Doraliza, determinó irlos guardando y no hacer la cuenta de ellos hasta que Eglantina tuviese más edad.

Entretanto el tiempo se pasaba, y el diario de Doraliza manifestaba claramente que la indolencia de Eglantina, en vez de ir a menos, se aumentaba. Solía irse a pasear al bosque de Bolonia (1); en cuatro meses perdió en él el valor de sesenta luises en alhajas: unas veces una sortija o un pomito de agua de olor, otras un medallón: esto sin contar los pañuelos y guantes olvidados entre la hierba. Además de esto, todos los días rompía un abanico, el muelle real y el vidrio de su reloj, o bien le desbarataba la repetición, y era preciso estar pagando continuamente al relojero. En tiempo de invierno el gasto era mucho mayor. Eglantina, como todas las personas indolentes, era sumamente friolera: se arrastraba en la ceniza de su chimenea, se quemaba el guardapiés, las batas, el manguito, y era preciso renovar todos los meses su vestuario. Fuera de esto, cuando venían los maestros casi siempre estaba con un dolor de cabeza que no la permitía dar lección. Se daba una tarjeta al maestro (2) y se iba.—Pues qué, mamá—dijo César,—¿no eran verdaderos los dolores de cabeza?—No. Eglantina los fingía únicamente por no dar lección.—¡Pero eso es muy feo, es mentira!—Estas consecuencias tiene la indolencia, que a primera vista parece un defecto tan leve; y por esto no hay vicio, por pequeño que sea, que si llega a dominar no ocasione las más fatales consecuencias. Naturalmente era Eglantina sincera; pero era aún más perezosa, y para ahorrarse el menor trabajo se valía de mentiras, aunque la costaban disgusto y remordimientos; pero regularmente la pereza los superaba. Entretanto Eglantina llegó a tener diez años; su madre le dió nuevos maestros.

Fastidiada del clave, y no adelantando cosa alguna, confesó que tenía natural aversión a este instrumento, y dijo que aprendería de buena gana

(1) Paseo muy frecuentado en París.

(2) Método con que se paga por lecciones a los maestros dándoles una tarjeta con su sello; esta costumbre está generalmente admitida en Francia, y se debería imitar en Madrid para evitar los fraudes de los maestros.

a tocar la guitarra. Consintió Doraliza en que dejase el clave, aunque hacía cinco años que aprendía, y la dió un maestro de vihuela. Con esto, lo que se había pagado al maestro de clave, lo que había costado la música, el precio del clave, del forte piano, la afinación de estos instrumentos, todo este dinero era perdido, puesto que Eglantina nada había aprendido y lo dejaba enteramente; de modo que Doraliza puso en su diario este gasto, que subía a ocho mil libras (1). Eglantina tomó lección de guitarra un año; su maestro la dejó, aburrido de su poca aplicación. Entonces aprendió la cítara, con el mismo éxito que la guitarra. Finalmente, la dejó, como había hecho con la vihuela y el clave, y el arpa reemplazó estos tres instrumentos.

Tenía Eglantina además otros varios maestros. Aprendía el dibujo, la Geografía, el inglés, el italiano. Tenía también maestro de baile, de canto, y un músico que la acompañase con el violín, y maestro de escribir; todos estos maestros costaban veinte luises al mes. No por esto sabía más la indolente Eglantina, y el gasto que ocasionaba ya no tenía límites. Cada dos o tres meses su música, sus libros, sus mapas puercos y hechos pedazos tenían que renovarse y comprar otros; no tenía ningún cuidado con su arpa; la dejaba expuesta a la humedad con las ventanas abiertas, y era preciso encordarla casi todos los días; gastaba en cuerdas, en lápices, en papel, etc., cuatro veces más de lo que hubiera gastado una persona cuidadosa.

Como su excesiva pereza la hacía enemiga de toda sujeción, era puerca a más no poder. En dos años se habían tenido que mudar dos veces todos los muebles de su cuarto; se despeinaba sobre todas las sillas, llenándolas de polvos y pomada, y esparciendo por el suelo todos los alfileres; sus vestidos estaban siempre llenos de manchas de lápiz, tinta y gotas de cera. Este desaseo echaba a perder la más bonita figura del mundo; era eterna en el tocador, porque nada hacía sino con suma lentitud; pero no por eso se peinaba ni vestía bien, porque veía sin mirar, obraba sin pensar, y no tenía gusto para cosa alguna. Además, para nada tenía gracia; no habiéndose querido sujetar nunca a llevar guantes, tenía las manos ásperas y amoratadas; tenía los pies feos y andaba muy mal, porque siempre llevaba los zapatos en chancleta.

Esto era Eglantina a los trece años. Doraliza se había esmerado en formarla una bonita librería, con la esperanza de que tomaría afición a la lectura. Por obedecer a su madre leía Eglantina mientras se peinaba o por las tardes; quiero decir que tenía un libro abierto, porque leía con tan poca atención, que era imposible adquiriese la menor instrucción; y así, a los dieciséis años era tan ignorante, a pesar de que nada se había

(1) Lo que es muy creíble al cabo de cinco años. Un maestro de clave cuesta en París tres luises al mes, dando lecciones por semana, y mucho más siendo diarias. Un buen clave cuesta cincuenta luises; un piano forte, veinte; un afinador para estos dos instrumentos, doce o quince libras al mes. La música copiada se vende muy cara, etc.



Este desaseo echaba a perder la más bonita figura...

omitido para su educación, que no sabía ni la Historia, ni la Geografía, ni aun la Ortografía; no podía ni hacer un extracto, ni escribir una carta, y aunque había tenido diez años maestro de Aritmética, cualquier niño de ocho años contaba mejor que ella. En este tiempo un caballero, llamado el Vizconde de Arzelle, se hizo presentar en casa de Doraliza; tenía veintitrés años, y era tan distinguido por sus talentos, virtudes y reputación como por su nacimiento, sus bienes y mérito personal. Manifestó el más vivo deseo de agradar a Doraliza y merecer su amistad; supo apreciar su sencillez, dulzura e igualdad; igualmente le agradaban a Doraliza su modo, su tono noble y natural, y su conversación a un tiempo sólida, gustosa y agradable; la había visto varias veces en casa de una parienta suya y la había visitado en su casa, sin haber podido ver aún a Eglantina. En fin, un día convidó Doraliza al Vizconde a cenar, y a las nueve de la noche salió Eglantina a la sala. Aquel día había su madre asistido a su tocador; no tenía Eglantina cosa particular en su adorno, pero a lo menos no estaba desgreñada ni tenía las orejas llenas de polvos y pomada y se había lavado las manos. El Vizconde la examinó con mucha atención; al pronto le pareció muy hermosa; de allí a poco notó que no tenía gracia, y al cabo de un cuarto de hora no la miró más, y aun se olvidó de que estaba en el cuarto.

No obstante, continuaba siempre visitando a Doraliza. Un día que estaban solos la habló con un género de confianza que dió pie a Doraliza para preguntarle si pensaba en casarse.—Sí, señora—respondió el Vizconde;—pero aunque mis padres dejan enteramente a mi arbitrio esta elección, conozco que me será dificultoso determinarme. No lo haré por interés o ambición: una pasión ciega no me hará hacer locuras. Quiero casarme, no para ser más rico o más estimado, sino para ser más feliz: por tanto, será preciso que encuentre una persona perfectamente bien criada, que reúna la virtud con la hermosura y talentos; será también preciso que sus padres sean dignos de que yo los respete y ame, y que su madre, por ejemplo, tenga todas las prendas que en usted se hallan, para que así pueda ser el mentor y guía de mi mujer.—Algunas visitas que entraron interrumpieron esta conversación. Pocos días después supo Doraliza que el Vizconde había encargado a uno de sus criados se informase con maña de los de Doraliza acerca de Eglantina, y que además el Vizconde por sí mismo se había dirigido a varios maestros de ésta, los que sin dificultad le dijeron la pura verdad, por lo que supo con la mayor certeza que Eglantina no había sacado fruto alguno de la educación esmerada y costosa que su madre la había dado. Desde entonces el Vizconde frecuentó menos la casa de Doraliza, y no tardó mucho en dejar de ir del todo. Convencida Doraliza de que se hubiera casado con su hija si ésta hubiese sido más aplicada, sintió mucho que Eglantina no hubiese logrado este casamiento tan lucido como ventajoso, y que el solo mérito personal del Vizconde hacía preferible a otro cualquiera.

Pero aún la quedaban que pasar otras penas mayores. Cada día más indolente, Eglantina la daba nuevas pesadumbres. A los diez y siete años

tenía aún todos los maestros que se dejan regularmente a los catorce; no tenía gusto para ocupación alguna. No obstante, como su corazón era bueno y amaba a su madre, procuraba a veces vencer su natural dejamiento, y entonces todos se admiraban de la inteligencia y disposiciones que mostraba; renacían en el amante corazón de Doraliza el gozo y la esperanza. Pero esta mutación duraba poco: al cabo de cinco o seis días volvía Eglantina a su natural, y cuando su madre la representaba los perjuicios que se la seguían de este vicio, la escuchaba con más disgusto que arrepentimiento.

Con la edad fué adquiriendo nuevos defectos, sin haber perdido los de la niñez. Cumplió, en fin, los diez y ocho años, época feliz para ella, puesto que se habían despedido todos los maestros para siempre. El día mismo en que se despidieron fué Doraliza por la mañana al cuarto de Eglantina; llevaba un libro en la mano; lo puso sobre una mesa, y sentándose al lado de su hija:—Hoy cumples diez y ocho años—la dijo;—a esta edad comúnmente la educación está perfeccionada. He hecho por ti hasta este punto todo cuanto me ha sido posible: aquí te traigo la prueba. Este es el diario de que varias veces te he hablado; contiene el pormenor de todas las cosas que has perdido desde tu niñez y de todos los gastos inútiles que me has hecho hacer; he añadido las Memorias de tu aya, y hecha la suma de estas diferentes cantidades, componen la de ciento y tres mil libras.—¡Ah mamá!—exclamó Eglantina.—¿Es posible?—Muy posible—replicó su madre,—y has de pensar que no incluyo en este cálculo los gastos necesarios, ni el de los maestros que han logrado hacerte aprender algo; por ejemplo: escribes bastante bien, y lees música regularmente; no he incluido estos dos maestros en mi diario, aunque ha sido preciso conservarlos mucho más tiempo que el que hubiera sido regular si hubieses tenido aplicación. He tenido que poner entre los gastos inútiles lo que han costado los maestros de instrumentos, de dibujo, de Geografía, de Historia, de blasón, de Aritmética, etc., sin olvidar la maestra que por espacio de dos años te ha enseñado a bordar, y la prodigiosa cantidad de seda, brichos, lentejuelas, rasos y terciopelos que has gastado, sin haber hecho cosa que pudiese servir.—¡Pero ciento y tres mil libras!; ¡No puedo creerlo!—Fácilmente lo creerás si quieres acordarte de lo que te he dicho varias veces; esto es, que no hay gasto, por pequeño que sea, que si es continuo no sea exorbitante y, por consiguiente, ruinoso. Un ejemplo te lo hará ver mejor: tienes dos relojes; desde la edad de ocho años hasta ahora no se han pasado quince días sin haberlos enviado al relojero o al joyero, ya para echarles vidrios, muestras nuevas, o hacerles componer la repetición, o ya para hacerles poner manos o algunos diamantes, etc. No ha habido mes en que estos relojes no hayan costado a lo menos siete u ocho libras de composturas; ha habido muchos en que han costado tres o cuatro luises; de modo que al cabo de diez años sube sólo este renglón a ciento y ocho luises. Es muy sensible desperdiciar de este modo el dinero, sobre todo considerando que se hubiera podido emplear mucho mejor. Ciento y tres mil

libras que tú has desperdiciado, hija mía, hubieran podido hacer la felicidad de veinte familias desdichadas.

Esta última reflexión de Doraliza hizo verter lágrimas a Eglantina; tomó una mano de su madre, y apretándola entre las suyas exclamó: —¡Oh; qué culpada me veo! Pero, querida mamá, aunque me hallo sin talentos y sin instrucción, no obstante, conservo los elementos de lo que me han enseñado.—No hay duda; y si quisieras aplicarte a estudiar de veras, podías recuperar parte del tiempo y dinero que has perdido; pero era menester que en adelante tuvieses tanta perseverancia y actividad como hasta ahora has mostrado inconstancia y pereza.—Oyendo esto Eglantina suspiró, y se quedó suspensa.—Bien sé—prosiguió Doraliza—que tus riquezas y las alabanzas que dan a tu hermosura te persuaden a que te son menos necesarios los talentos y habilidad que a otras muchas personas; pero aunque poseas estas ventajas, las más frágiles y menos estimables de todas, ¿es acaso motivo suficiente para despreciar la instrucción y a los que la tienen? ¿Es acaso la hermosura la que nos hace amables? Cree, hija mía, que si no la acompaña el talento, a nadie gusta. ¿Son las riquezas quienes nos hacen felices? ¿No te ves morir de tristeza, siempre descontenta de los otros y de tí misma? Además, ¿sabes acaso el estado de los negocios de tu padre? ¿Y si se arruinase?—Estas últimas palabras avivaron la atención de Eglantina. Se quedó mirando a su madre como aterrada. Dejó de hablar Doraliza, levantó los ojos al cielo; y al cabo de un instante de profundo silencio, viendo que Eglantina no hablaba, tomó la palabra mudando de conversación, y al cabo de un cuarto de hora se fué, dejando a su hija llena de tristeza y sobresalto.

No eran infundados los temores de Eglantina. Mondor, su padre, tan insaciable como Doraliza moderada, no había podido contentarse con tener doscientas mil libras de renta; por tener más se hubiera metido en algunas empresas arriesgadas, y estaba próximo a perderse. No estaba del todo cierta Doraliza de esta desdicha; pero sospechaba alguna cosa, y esto era lo que había querido dar a entender a su hija. Mondor, que sabía mejor su situación, procuraba, con la esperanza de conservar el crédito, encubrir el mal estado de sus cosas; pero varias quiebras de sus asociados hicieron patentes sus alcances. No era Mondor capaz de tolerar con valor los infortunios: cayó enfermo, y no pudieron librarle de la muerte los cuidados de Doraliza y Eglantina; murió detestando su ambición y codicia, funestas causas de su ruina y muerte. Muerto Mondor, se ocupó Doraliza en satisfacer a todos sus acreedores; no eran suficientes todos los bienes del difunto para cubrir los alcances. Doraliza tenía una hacienda de quince mil libras de renta, a la que no tenían los acreedores derecho alguno; pero con la mira de completar la cantidad necesaria para pagar las deudas de su marido, cedió por seis años las rentas de esta hacienda, único bien que la quedaba. Eglantina sacrificó al mismo fin todos los diamantes que su madre le había dado.

Arregladas de este modo las cosas, no la quedaba a Doraliza para

vivir en estos seis años más que sus alhajas y alguna poca plata; las vendió, y sacó de ellas veinte mil libras.—Nos es preciso—dijo Doraliza a su hija—irnos a un país en donde se pueda vivir seis años con la cantidad que nos queda. Mi intención es que nos vayamos a la Suiza hasta que recobre la posesión, cuyas rentas he cedido.—¡Oh madre mía—exclamó dolorosamente Eglantina;—veinte mil libras! ¿Esto es lo que ha quedado a usted? ¡Qué cruel reflexión para mí cuando me acuerdo de todo lo que he desperdiciado!—No pienses en ello—la dijo su madre abrazándola;—si yo hubiese previsto las desgracias que nos aguardaban. nunca hubieras sabido el pormenor cuya memoria tanto te aflige; ya he quemado aquel diario, y cuanto contenía se ha borrado para siempre de mi memoria.—¡Ah!—replicó Eglantina arrojándose a los pies de su madre.—¡Mi arrepentimiento es demasiado sincero para que pueda olvidar jamás estas culpas que usted con tanta generosidad me perdona! El deseo y la esperanza de recuperarlas y de contribuir a su felicidad pueden sólo en adelante hacerme amar la vida. ¡Oh, mamá! Conozco que una hija digna de usted podría aliviarla en sus trabajos; yo, pues, me corregiré, adquiriré las virtudes que me faltan. Necesita usted una amiga; yo quiero serlo, y para obtener este precioso título seré capaz de los mayores esfuerzos.

En tanto que Eglantina, bañada en lágrimas y abrazada a sus rodillas decía esto, Doraliza la contemplaba fuera de sí de gozo; la levantó, la tomó en sus brazos, y apretándola contra su pecho:—Me haces sentir en este instante—la dijo—todo el gozo de que es capaz el corazón de una madre; no llores ya mi desgracia.—Al pronunciar estas palabras no podía Doraliza contener sus lágrimas; pero éstas eran las más dulces que había derramado en su vida.

La noche que se siguió a esta conversación se quejó Eglantina de un fuerte dolor de cabeza. Al día siguiente por la mañana estaba con calentura. Envió Doraliza a buscar un médico, el que después de haber examinado atentamente a la enferma declaró que todas las señales eran de viruelas. No se engañaba: esta enfermedad se declaró con los peores síntomas. No ocultó el médico a Doraliza que las viruelas eran malignas, y de las peores. Oprimida Doraliza de dolor, no se apartó ni un punto de la cabecera de su hija, y pasó cuatro días en medio de las más crueles inquietudes. Eglantina, en los arrebatos de un furioso delirio, hablaba con su madre sin conocerla, estaba en sus brazos, y la llamaba exclamando dolorosamente:—*¡Mi madre me abandona!... ¡Lo merezco!... ¡No he contribuído a su felicidad!... ¡Muerdo sin recibir su bendición!... ¡Oh Dios mío; perdonadme!*

Estas razones, interrumpidas con suspiros y sollozos, traspasaban el corazón de Doraliza. En vano la respondía, y en vano la bañaba con sus lágrimas: Eglantina no la oía, y continuaba sus lamentos y quejas. Creciendo por instantes la enfermedad, cargó sobre todo al rostro, y en pocos días la cubrió los ojos, privándola enteramente de la vista. No dió cuidado al principio este accidente, bastante común en las viruelas;

pero después se aumentó en tanto grado, que el médico entró en cuidado, y no pudo menos de decir a Doraliza que temía que Eglantina quedase ciega para siempre.—¡Oh Dios mío—exclamó esta afligida madre;—ciega mi hija!—No me parece—replicó el médico—que el mal es aún del todo sin remedio, y voy a proponer a usted uno que ha surtido efecto en iguales circunstancias: se trata de dar curso al humor que carga a los ojos. Con dinero no hay socorro que no se pueda lograr, sobre todo en París. No sería dificultoso encontrar alguna mujer pobre que consintiese en hacer esta operación, que quizás conservaría la vista a esta señorita; pero es preciso que esta mujer esté del todo sana (1).—¿Qué operación?—dijo Doraliza interrumpiéndole vivamente.—¿Qué quiere usted decir?—Sería menester—respondió el médico—que alguno consintiese en chupar poco a poco el humor que carga a los ojos de esta señorita.—¡Oh Dios mío!—exclamó Doraliza juntando las manos.—¡Os doy mil gracias por haberme dado sangre pura y salud! ¡Ah; sólo en esta ocasión conozco todo el precio de ella! ¡Vamos, señor—continuó, dirigiéndose al médico;—no perdamos tiempo; vamos al cuarto de mi hija; venga usted!—Pues qué, señora—dijo el médico,—¿sería posible que usted quisiese encargarse de semejante operación, cuando por medio del dinero podría usted...?—¿Quién, yo? ¿Yo abusaría de la miseria de una infeliz violentándola a superar un asco invencible para ella, cuando a mí me es tan fácil hacerlo? Pudiendo hacer una acción de madre, ¿incurriré en esa inhumana cobardía? Pudiendo servir a mi hija en cosa tan importante, ¿me dispensaría de esta obligación tan sagrada?—Pero, señora, ¿tendrá usted valor?—Soy madre; mi hija está en peligro; no dude usted de mi valor.—Pero expone usted su salud.—¡Venga usted; no lo dilatemos más!—Diciendo estas palabras Doraliza, sin escuchar al médico, le llevó al cuarto de su hija.

A este punto de su narración llegaba la marquesa de Clemira, cuando la Baronesa, mirando su reloj, se levantó: en vano pidieron los niños se prolongase la velada; fué preciso irse a acostar.

La noche siguiente la Marquesa prosiguió la historia de Eglantina en estos términos:—Ayer la dejamos en el instante en que Doraliza se

(1) Si el caso que se va a referir fuese fingido, no tendría mérito alguno. Siempre es mal hecho en un asunto inventado presentar circunstancias que choquen la imaginación y repugnantes a los sentidos; pero estas mismas circunstancias aumentan el interés, y son sublimes, cuando no se puede dudar de su certeza. Una persona muy conocida, *Mad. de R...* (porque no puedo por menos de poner siquiera la letra inicial del apellido de tan buena madre), es quien ha sido capaz de ejecutar acción tan heroica. Sólo ésta hubiera sido suficiente para justificar la confianza que una gran princesa ha manifestado tener en esta señora, verdaderamente estimable, encargándola de la primera educación de los príncipes, sus hijos.

Como Doraliza era excelente madre, no he podido menos de atribuirle esta acción, pues creo seguramente, por todas las circunstancias de su historia, que hubiera sido capaz de ejecutarla.



¡ Oh Dios mío—exclamó la afligida madre ;—ciega mi hija !...

disponía a entrar al cuarto de su hija. Había recobrado ésta desde el día antes todo su conocimiento. Persuadiéndola Doraliza a que consintiese se ejecutase el remedio que el médico había dicho, la ocultó que ella misma se encargaba de él.—He hablado—la dijo—a una mujer que se conviene en hacerte este favor, y su recompensa será tal, que no la debes tener lástima.—¡Oh cielos!—interrumpió Eglantina.—¿Cómo no he de tener lástima de una persona tan infeliz que se puede determinar a encargarse de esta asquerosa operación? Pues qué, ¿no hay otro medio de darme la vista? ¡Me estremezco sólo en considerar lo que esta pobre mujer va a padecer! ¡Ah! ¿La humanidad puede acaso permitir que se admita semejante socorro?—Piensa en tu madre, considera la mortal inquietud que la está despedazando. Además, que habiendo esta mujer pasado ya las viruelas, no puede temer el contagio de esa enfermedad, y puedes creer que únicamente ocupada en tu curación y en su recompensa, no hallará nada penoso en el empleo a que se dedica. En fin, hija mía, yo exijo de ti esta prueba de sumisión.—Obedecer a usted es mi primera obligación, y pues usted lo manda, no puedo yo rehusarlo.

Dicho esto se hizo entrar a una mujer, que acercándose a la cama de la enferma la aseguró con entereza de su celo y valor.—Vamos, pues—dijo Doraliza;—empiece usted esta operación; yo me voy, y volveré cuando haya usted acabado.—Diciendo estas palabras hizo como que se salía del cuarto; pero acercándose poco a poco a la cama de Eglantina, se puso en el lugar de la mujer, la que se mantuvo detrás de ella, a fin de que la enferma oyese de cuando en cuando la voz incógnita que al principio la había hablado. Creyendo Eglantina que su madre había salido, suplicó al médico difriese la operación un instante: entonces, juzgando que hablaba con la mujer, tomó la mano de su madre, y apretándola entre las suyas:—¡Ah, desgraciada mujer!—la dijo.—¡Perdóneme usted el cruel estado a que la reduce la suerte! ¡Ah; está usted temblando!... ¡Me aprieta la mano! ¡Oh cielos! ¿Me pide usted la dispense de este asqueroso servicio? Esta acción es superior a sus fuerzas... ¡Bien lo comprendo!—¡Ay, Dios mío—prosiguió Eglantina;—me abraza! ¡Está llorando!—Las razones y la humanidad de usted—interrumpió el médico—la enternecen; usted ha mudado su celo en cariño.—Entonces la voz incógnita habló, diciendo que su resolución era inalterable, y que la costaría mucha menos repugnancia de la que podía imaginarse Eglantina. Luego que dejó de hablar mandó el médico a todos los que estaban en el cuarto que callasen, e hizo comenzar la operación, que duró cerca de seis minutos. Al cabo de este tiempo despidió el médico a la mujer, encargándola que volviese a la noche, lo que ella prometió, y se fué después de haber recibido los más tiernos agradecimientos de Eglantina, y la promesa de una eterna gratitud.

Esta operación, renovada varias veces, produjo notable efecto. En fin, al tercer día dijo el médico que no se emplearía más de una vez aquel remedio que tanto afligía a Eglantina. Durante esta última operación, creyéndose Eglantina entre los brazos de aquella mujer, de repente dió

un grito de alegría, diciendo:—¡Ya veo la luz! Al mismo tiempo levanta la cabeza para mirar a la persona a quien debía la vista; pero en vez de la cara desconocida que buscaba, ¿cuál sería el exceso de su admiración y enternecimiento al ver el rostro querido de la más tierna de las madres?—¡Justo Dios—exclamó,—es mi madre! El llanto la quita el habla, y estrechando entre sus brazos a Doraliza, no pudo por entonces expresar lo sumo de su ternura. El médico la aseguró que a nadie había debido aquel socorro sino a Doraliza.—¡Oh madre mía; cuánto estimo ahora la vida! ¡Ah, y qué sensible me sería perderla antes de haber podido manifestar a usted mi amor y agradecimiento!—Sólo quiero vivir para hacerla a usted feliz, y sólo lográndolo puedo serlo. Hablaba Eglantina con tanto calor y vehemencia, que, temiendo el médico los efectos de una conmoción tan violenta, la interrumpió, haciendo cesar la conversación, que hubiera podido aumentar la calentura.

Desde este día la enfermedad fué cediendo; pero el médico declaró que la dejaría muy desfigurada. En efecto; perdió Eglantina toda su hermosura; aunque no quedó señalada de las viruelas ni de costurones en la cara, apenas era conocida: había perdido el pelo más hermoso del mundo, y no tenía ya aquella tez tan blanca y delicada que antes se admiraba en ella. Sabiendo cuánto se había desfigurado, no tuvo deseos de mirarse al espejo; pero la primera vez que se levantó no pudo menos de verse. Su madre la daba el brazo, y al ir a sentar en un canapé pasó por enfrente de un espejo. Poniendo en él la vista, no pudo menos de enternecerse, y parándose dijo:—¿Es ésta aquella belleza que tanto se alababa hace quince días?—¡Qué desgraciada serías—replicó Doraliza,—si hubieses tenido la locura de estimar en mucho esa frágil hermosura, que en un instante se puede perder, y que precisamente en el corto espacio de algunos años se ha de acabar!

—Mamá—interrumpió Carolina,—yo creo que Doraliza exageraba un poco para consolar a Eglantina; porque aunque no sea una persona muy joven, puede conservar la hermosura.—No; la hermosura no puede hallarse sino en una persona joven.—Pero, no obstante, Mad. de Palmis, que todos dicen es tan hermosa, no es ya joven: tiene ya treinta y seis años.—Por tanto, no es ya bonita; se conoce solamente que lo ha sido. Es cierto que todos la dicen que está más hermosa que nunca y que sólo representa diez y ocho años. Cuando era de esa edad muchas mujeres criticaban su figura; ahora todas convienen en alabarla, únicamente porque conocen que ya no es lo que ha sido. Las personas jóvenes saben muy bien que las solas gracias de la juventud son siempre preferidas a cualquiera hermosura de treinta y seis años, y las mujeres que se acercan a los cuarenta prefieren constantemente la hermosura de treinta y seis años a la de veinte. Esta es la causa por que tantas personas sostienen que Mad. de Palmis es más hermosa que la Condesa Rosalía. Aquélla ya ha pasado; a nadie hace mala obra; la otra empieza a brillar, y excita la baja y ridícula envidia de todas las mujeres bastante limitadas y locas para reputar la belleza como la más preciosa de todas las ventajas. Yo,

por mí, no he visto nunca mujer que pasados los treinta años fuese tan bonita como a los diez y ocho, y que fuese verdaderamente hermosa sin los auxilios del arte; esto es, sin arreboles, sin adornos y sin la ilusión de las luces.—Ahora conozco—dijo Carolina—que Doraliza no exageraba, y que tenía mucha razón en decir que sólo una persona loca puede apreciar en mucho una ventaja tan vana y de que se disfruta tan poco tiempo.—Pero háganos usted el gusto de proseguir la historia. Creo de cierto que Eglantina se ha corregido para siempre y que hará feliz a su madre.

—En efecto—replicó Mad. de Clemira;—instruída Eglantina por la desgracia y por el agradecimiento, supo vencer todos sus defectos, y se hizo tan juiciosa, tan activa y tan digna de ser amada, cuanto había sido antes indolente, perezosa, inconstante y vana. Luego que estuvo del todo buena partió Doraliza con ella a la Suiza. Las dos viajeras fueron primero a Lyon; de allí tomaron el camino de Ginebra; pasaron por el *Fuerte de la Exclusa* (entre Chatillon y Coulonges), sitio muy notable por su extraña situación. Se detuvieron en Bellegarde para ver lo que las gentes del país llaman *la perdición del Ródano*. Este es un sitio cerca del puente de *Luse*, en donde se ve, en efecto, ocultarse el Ródano entre unos enormes peñascales y cuevas, y después volver a salir, precipitándose en torrente desde otros peñascos. Este paraje, circundado de montañas, de enormes cimas y de peñascos cubiertos de ovas siempre verdes, es suficiente para disgustar a cualquiera que le vea de los jardines a la inglesa, en donde se ha querido imitar, pero en vano, semejantes efectos. Después de haber estado algunos días en Ginebra recorrió Doraliza las hermosas riberas del Lago, con la intención de buscar una casa donde establecerse, y resolvió hacerlo en Morges, bonita ciudad entre Ginebra y Lausanne (1), en las orillas del Lago, y que goza de la más bella situación. Alquiló Doraliza una pequeña casa en este agradable sitio: las ventanas de la sala daban por un lado sobre unas campiñas vistosas y fértiles, y por el otro se veía todo el Lago de Ginebra y las inmensas montañas cargadas de nieve que le terminan.

No podía Eglantina cansarse de contemplar aquellas vistas tan hermosas.—¡Qué mal me parecería ahora—decía—lo que hasta aquí he admirado! ¡Con qué indiferencia volveré a ver las cercanías de París, sus insípidas llanuras y sus jardines tan alabados! Ya para siempre desprecio *los ríos artificiales, los peñascos y las montañas*.—Si hubieses estado en Italia—añadió Doraliza,—no te parecerían mejor *las ruinas* (2).—Me parece que los poetas no debieran celebrar las maravillas de la Naturaleza, ni los pintores dibujar países sin haber visto la Italia y la Suiza.—Soy de tu parecer—respondió Doraliza. *Auteuil y Charenton* (3) pue-

(1) A diez leguas de Ginebra y a dos de Lausanne.

(2) Hace alusión el autor a los jardines ingleses, en que se imitan todas estas cosas naturales.

(3) Dos lugares muy amenos cerca de París.

den inspirar algunos versos buenos; pero no las ideas magníficas que en esta clase hacen las obras inmortales. Luis Bakhuisen, famoso pintor holandés, se expuso muchas veces al mar alborotado con violentas borrascas para observar el movimiento de las olas, el choque y los naufragios de las embarcaciones zozobradas contra los escollos, y el trabajo y sobresalto de los marineros atemorizados. El célebre Rugendas, pintor de batallas, vió el sitio, el bombardeo, la toma y saqueo de Ausbourg. Varias veces arrostró la muerte para considerar de cerca los efectos de las balas y bombas y todos los horrores de un asalto. Se le ha visto dibujar en lo más sangriento de ellos, y sacar sus diseños con el mismo cuidado y perfección que si los hubiese hecho en su cuarto. Wander-Meulen siguió a Luis XIV en todas sus conquistas, dibujando las situaciones de las ciudades fortificadas y sus cercanías, todas las diversas marchas del ejército, los campamentos y las escaramuzas, a fin de formar los cuadros que después hizo de la historia de este Monarca. Esta es la actividad y el valor que puede dar el noble deseo de sobresalir; pero cuando se prefieren a esta gloria verdadera los aplausos cortos y momentáneos, no es precisa ni mucha instrucción ni gran talento.

Escuchaba Eglantina a su madre con una satisfacción que nunca había experimentado: insensible en otro tiempo a lo ameno de su conversación, su indolencia y distracción la impedían hallar gusto en ella; pero las desgracias habían producido en su natural una revolución tan súbita como admirable. Había mudado enteramente de genio: reflexionaba, sentía con viveza, y tenía un gusto indecible en conversar con su madre; queriendo además recompensarla de las pesadumbres que la había causado por su indolencia, se ocupaba con suma actividad, y lo que al principio la fué molesto, a poco tiempo la sirvió de gusto. La lectura, la música y el dibujo ocupaban todo su tiempo. Como se aplicaba de veras, lejos de serla fastidiosos el estudio y el trabajo, la interesaban y la servían de recreo. A los principios sólo la había movido a aplicarse el deseo de dar gusto a su madre y hacerla ver de este modo su agradecimiento; pero después, admirada y sorprendida ella misma de la rapidez de sus progresos, estudió por su propio gusto, y a fuerza de afición, de paciencia y aplicación consiguió recuperar todo el tiempo que había perdido. Adquirió conocimientos sólidos y luces muy superiores, y cada día se la hacía más agradable su nuevo domicilio.

Como dos personas pueden con mil escudos al año vivir en Morges con mucha decencia, no echaban mucho de menos la pérdida de sus bienes; tenían una casa muy cómoda, y principalmente el estudio de Eglantina era precioso. Desde su bufete descubría el Lago y las montañas, y hallaba que esta vista era más agradable que la del Sena y de los Baluartes (1). Comía mucho mejor que en el tiempo de su mayor opulencia; las excelentes frutas, la caza y ricas leches de la Suiza y los excelentes pescados del Lago de Ginebra no las dejaban nada que desear en este

(1) Paseos muy frecuentados en París.

particular, además de que Morges, sus cercanías y Lausanne las ofrecían todos los recursos de trato y sociedad que podían apetecer.

En aquel feliz país, que el lujo aún no ha podido corromper, se encuentra toda la sencillez de las costumbres más puras; y las mujeres son igualmente amables, instruídas y virtuosas. Doraliza y su hija iban a menudo a Lausanne; hicieron conocimiento con una joven viuda, llamada Isabela, que reunía con un bello exterior muchas habilidades, un talento fino y cultivado, un corazón sensible, y todas las prendas más estimables y atractivas. Se hizo muy amiga de las dos; iba a menudo con ellas a Morges o a los viajecillos que hacían en las inmediaciones de Ginebra. Unas veces se paseaban por las dilatadas riberas del Lago; otras veces, juntándose en Morges una sociedad selecta de doce o quince personas, se tenía concierto, o bien se armaba un baile campestre debajo de una verde enramada adornada con guirnaldas de flores naturales. Eglantina era el principal adorno de estas pequeñas funciones con su gracia, alegría y habilidades. No era ya hermosa, pero agradaba mucho más que en el tiempo en que se admiraba justamente en ella lo perfecto de sus facciones y hermosos colores. Conservaba siempre un talle delicado y airoso, había adquirido las gracias y el despejo sin el cual esta ventaja de nada sirve; no se vestía con magnificencia, pero se sabía poner con gusto. Se la miraba sin admiración, pero cuanto más se la miraba, más agradaba su figura. Su semblante estaba lleno de expresión; en una palabra, no tenía ya aquella hermosura que deslumbra los ojos. Tenía otra mejor: poseía las gracias que los atraen y fijan.

Hacía ya cerca de diez y ocho meses que habitaba Doraliza en Morges sin haberse podido resolver a dejar su casa por algún tiempo para recorrer la Suiza como había pensado al principio. No obstante, queriendo hacer conocer a su hija aquel país tan celebrado, se determinó por fin a ausentarse de su casita y de la compañía de la amable Isabela. Marchó con Eglantina a fines de Junio, y fué primeramente a Berna, ciudad hermosa por la simetría y belleza de su situación. Sus calles son muy anchas, y por el medio de todas pasa un pequeño arroyo de agua corriente y cristalina. A los dos lados de las calles hay hermosos arcos que forman galerías cubiertas y enlosadas de sillería; en el fondo de estas galerías, tan cómodas para la gente de a pie, están todas las tiendas con suma curiosidad y adorno. Los paseos de Berna son deliciosos, y el terraplén que domina sobre el Aar ofrece por todos lados una vista admirable (1).

Estuvo Doraliza algunos días en Berna, y después de haber visto a

(1) En un ángulo de este terraplén hay una inscripción que conserva la memoria de un suceso extraordinario. Un estudiante, yendo a caballo, cayó desde lo alto del terraplén abajo, dando una caída de ciento veinte pies de altura; el caballo quedó muerto, pero el estudiante sólo se quebró las piernas. Ha vivido después cuarenta años; ha sido ministro o párroco, y murió el año de 1694.

Indelbank, lugar en donde se ven magníficos sepulcros (1), marchó de Berna, y se dirigió hacia las neveras de Grindelwal, a veinte leguas de Berna.

De todas las neveras que se hallan en los Alpes, la más notable es la de Grindelwal, cerca de un lugar de este nombre. En lo más alto de la montaña hay un espacioso lago de agua helada. El peñasco que sirve de estanque a este lago es de un mármol negro con vetas blancas; la parte que baja en cuesta menos rápida es de mármol hermoso y matizado. Las aguas sobrantes del lago al caer sobre este plano inclinado forman lo que particularmente se llaman las *neveras*; esto es, un conjunto de carámbanos en pirámides que cubren toda la cuesta de la montaña. No hay cosa que se pueda comparar a la hermosura de este magnífico anfiteatro cubierto de torres u obeliscos, que parecen ser del cristal más puro, y que se levantan a más de cuarenta pies de altura. Este espectáculo es admirable, sobre todo en el verano, cuando el Sol hiere aquel grupo de pi-

(1) * Entre otros, el de Mad. Lagnans. Este monumento, del cual no he visto la descripción en ningún libro, es, no obstante, igualmente apreciable por la hermosura de la composición como por la de su ejecución. M. Lagnans, ministro en Berna (y que aún vivía en 1775), tenía una mujer hermosísima, que murió de parto a la edad de veintiocho años; el niño la sobrevivió solamente algunos minutos. M. Laal, célebre escultor alemán, se encargó de hacer el túmulo que debía ser común a la madre y al hijo. Imaginó representar a Madame Lagnans en el instante de su resurrección. Después de haber cavado en el templo un foso de competente profundidad para contener una estatua, colocó sobre esta cavidad una grande piedra, rajada desigualmente de cabo a cabo, y dejando un hueco por el que se ve a la madre tendida en su ataúd, en ademán de despertarse, con una mano tiene asido a su niño, y con la otra solevanta la piedra desprendida que toca a su cabeza. La nobleza de su figura, el candor e inocencia que la caracterizan, la alegría pura y celeste que brilla en su rostro, dan a su semblante una expresión de sublime ternura. No le falta a este mausoleo sino el haber sido ejecutado en piedra mármol. El epitafio es digno del monumento; está grabado en la piedra, y a pesar de la quiebra que corta lo escrito se puede leer fácilmente; está en el idioma alemán, y se finge que Mad. Lagnans es quien habla. La traducción literal es la siguiente:

“Oigo la trompeta; su sonido penetra hasta la profundidad del sepulcro. ¡Despiértate, niño de dolores! El Salvador del mundo nos llama; el imperio de la muerte se destruye; una palma inmortal coronará luego la inocencia y la virtud.

Señor, aquí me presento con el hijo que me habéis dado.”

El túmulo de la madre de Le Brum en San Nicolás *du chardonneret*, en París, representa la misma idea; pero no es tan sobresaliente la composición. Aquí el artista (Colignon) ha colocado sobre un altar bastante elevado una gran urna de color algo rojo, cuya tapa está volcada. Se ve salir de esta urna una mujer vieja, de aspecto venerable, juntando las manos y levantando los ojos al cielo; está envuelta en su mortaja, la que con sus pliegues cubre el borde o labios de la urna; se ve todo el busto de su figura, que es de mármol blanco, así como el lienzo de la mortaja. Detrás de ella, contra el nicho del altar, está el Angel del Juicio con la trompeta en la mano.



Nada hay que se pueda comparar con la hermosura de este magnífico anfiteatro...

Velas de la Quinta.

rámides. Entonces todos empiezan a humear, y esparcen un resplandor insufrible a los ojos. El valle está circundado por entrambos lados de dos montañas cubiertas de hierba, y de un bosque de pinos.

Después de haber visto Doraliza y su hija estas maravillas, continuaron su viaje por el interior de la Suiza, y queriendo conocer al autor del poema de Abel (1), fueron a Zurich. Allí vieron a este gran poeta, tanto más estimable, cuanto debe la mayor parte de sus talentos a la sensibilidad de su alma y pureza de sus costumbres. Si no hubiese sido amante del campo, si no hubiese habitado el país más delicioso del mundo y sido tan buen padre y buen esposo, no hubiera compuesto los bellos idilios, en los que la virtud se presenta con tan hermosos coloridos y bajo un aspecto tan halagüeño. ¿Por qué causa esta clase de obras, tan sencillas en sí, tienen tan grande atractivo? ¿Por qué se han traducido en todas las lenguas? La causa es que el autor sentía todo lo que expresa y había visto todo lo que pinta. Gesnero acompañó a Doraliza todo el tiempo que estuvo en Zurich. Cuando paseaban las deliciosas riberas del lago de Zurich, del Sil y del Limmant, Gesnero enseñaba a Doraliza los sitios amenos que había dibujado (2) o descrito en sus versos, y Doraliza admiró sobre todo el bosquecillo de las parras, en donde Gesnero compuso el delicioso idilio de *Mirtilo*.

Doraliza y Eglantina pasaron ocho días en su compañía. Le contemplaron en medio de su familia y ocupaciones, y vieron siempre en él un sabio feliz, un verdadero filósofo y un digno pintor de la Naturaleza.

Después de una ausencia de dos meses Doraliza y su hija volvieron con sumo contento a su casita de Morges. Isabela las dobló el gusto yendo a pasar con ellas gran parte del invierno. La primavera renovó los placeres, las funciones del campo y los paseos. Hacía dos años que Doraliza había salido de París. Eglantina iba a cumplir veinte; era la delicia de su madre, y no conocía la felicidad sino desde que habitaba en Morges.

Una tarde que Eglantina y Doraliza se paseaban por las riberas del lago encontraron a un joven vestido de negro que, paseándose lentamente, parecía sumido en tristes reflexiones. Al pasar al lado de Doraliza levantó los ojos, se quedó sorprendido y se acercó. Entonces Doraliza conoció con admiración que era el Vizconde de Arzelle. Después de los primeros cumplidos el Vizconde la dijo que le había sucedido la mayor de las desgracias perdiendo a un padre querido; y añadió que, siéndole por esto odioso el vivir en París, había resuelto viajar; que pensaba estar dos meses en Suiza, y pasar después a Italia. Concluida esta relación, viendo Doraliza que anochecía, dió la vuelta a su casa. El Vizconde la pidió permiso para acompañarla, y la dió el brazo. En este instante se acordó que Doraliza tenía una hija, y vió que estaba con ella: la saludó, pero no pudo verla, porque iba al otro lado de su madre, y

(1) Gesnero.

(2) Gesnero dibuja tan bien como hace versos.

además con la oscuridad no hubiera podido distinguir sus facciones. Llegados que fueron a la puerta de la casa, llamó, y una criada bajó a abrir. Entraron en el patio, y el Vizconde dijo a Doraliza con enternecimiento: —¿Es ésta, señora, su casa de usted?—Al decir esto se acordó de las inmensas riquezas de que en otro tiempo gozaba Doraliza, del buen uso que de ellas hacía, y de que sólo se veía pobre por pagar todas las deudas de su marido. Subieron la escalera, entraron en un gabinete adornado con muy bonitos dibujos y alhajado con gusto.—¿No es muy precioso este gabinete?—dijo Doraliza.—Pues todo lo que contiene es obra de mi hija. Ella ha bordado todo esto y ha dibujado esos países. No pudo menos el Vizconde al oír esto de manifestar una admiración que parecía incredulidad; al mismo tiempo miró a Eglantina, y sorprendido de la mudanza que advirtió en ella, se quedó contemplándola atentamente sin poderla conocer. Eglantina se sonrió poniéndose colorada, y esta sonrisa hermoseó tanto su rostro, que el Vizconde manifestó nueva admiración. Al principio había mirado a Eglantina con curiosidad; pero ya la contemplaba con afición. Notó que había crecido; admiró su hermoso cuerpo, su aire noble, la expresión de su fisonomía, y conoció que las gracias que había adquirido valían mil veces más que la hermosura que había perdido. Su admiración creció al oírla hablar: no podía creer al escucharla que fuese aquella misma persona que le había parecido en otro tiempo tan insípida y poco amable; no podía concebir que tres años hubiesen producido tan notable y extraordinaria mudanza. Al despedirse de Doraliza la suplicó que le permitiese volverla a ver, y al día siguiente pasó con ella gran parte de él. Tenían concierto aquella noche; oyó el Vizconde cantar a Eglantina y acompañarse con el arpa. Creía estar soñando, acordándose que aquella señorita tan amable era la misma Eglantina con quien a pesar de su riqueza y hermosura no se había querido casar, por parecerle entonces tan presumida como ignorante.

El Vizconde vivía en Lausanne; oía que todos alababan a Eglantina: habíase ésta granjeado todos los corazones por sus gracias, su entendimiento, y sobre todo por su dulzura, igualdad de genio y mucho amor a su madre. Oía el Vizconde con sumo gusto estas alabanzas. Isabela, como amiga de Eglantina, era la que más sobresalía en esto; por tanto, el Vizconde prefería su trato a otro cualquiera. Hacía ya dos meses que el Vizconde estaba en Suiza, y no hablaba ya del viaje de Italia; pasaba en casa de Doraliza todo el tiempo que ésta le concedía. Tímido y receloso con Eglantina, apenas se atrevía a hablarla; pero la escuchaba y observaba sus acciones con una atención de la que nada podía distraerle, y manifestaba a Doraliza la veneración y afecto del hijo más amante. Estuvo aún un mes en Lausanne. En fin, conociendo ya perfectamente a Eglantina, tanto por su fama como por el estudio que de su genio había hecho, dejó de encubrir sus ideas, que la razón aprobaba. Se explicó con Doraliza, y la pidió su hija.—Usted la merece—respondió Doraliza:—cuando era hermosa y rica la ha rehusado, y ahora que ha perdido una cosa y otra, la quiere. El mérito, la instrucción y la virtud podían sólo ins-

pirar a usted una pasión verdadera, por lo que debo creer será ésta eterna en usted. No obstante, como es posible alucinarnos nosotros mismos, exijo que haga usted serias reflexiones antes de contraer un empeño que debe decidir su felicidad y la de mi hija. Quiero que parta usted a viajar por espacio de seis meses. Si al cabo de este tiempo piensa del mismo modo, puede volver; Eglantina será suya.—A esto respondió el Vizconde arrojándose a los pies de Doraliza, y la suplicó no dilatase su dicha. Pero ella, firme en su resolución, no se dejó ablandar con sus ruegos y promesas; y el Vizconde, desesperado, tuvo que marchar al día siguiente. No pudiendo separarse del país en que habitaba Eglantina, anduvo vagando por la Suiza, y pasó así todo el tiempo de su destierro. Cumplidos los seis meses, fué volando a Morges: cuando llegó, Doraliza estaba sola en su gabinete con su hija. De improviso se abre la puerta, entra el Vizconde, y se precipita a los pies de Doraliza: entonces por la primera vez habla de su amor delante de Eglantina; pide su mano, protesta de que nunca la separará de su madre. Eglantina le declara que sólo con semejante condición puede determinarse a cambiar una suerte que colmaba todos los deseos de su corazón, y el Vizconde la asegura que un sentimiento tan natural la hace más amable a sus ojos. Aquella noche misma Doraliza, la más feliz de las madres, firmó el contrato de casamiento de su hija, y de allí a tres días, colmadós los deseos del Vizconde, casó con la amable Eglantina.

—¡ Ah, mamá—dijo Carolina;—qué historia tan bonita! ¡ Vamos! De aquí en adelante prometo a usted no perder mis pañuelos, mis guantes, ni arrojar mi merienda en el jardín; prometo también ser cuidadosa y aplicada, para no ser a los diez y siete años sosa y necia, y sobre todo para no dar a usted pesadumbres.—Y si en adelante te dijese que eres hermosa, acuérdate también, hija mía, de la historia de Eglantina. Considera que la hermosura por sí sola es un mérito tan vano como de poca duración, y que sólo las prendas del corazón y del entendimiento nos hacen dignos de estimación y capaces de inspirar un amor verdadero.—Con este documento se concluyó la décima velada.

Al otro día no hubo tertulia por la noche, porque M. Fremont se había quejado de la poca aplicación de César aquella mañana. Resentido César de este castigo, se amohinó, y se acostó sin pedir perdón al abate, contentándose con sólo darle las buenas noches. Hacía ya media hora que estaba en su cama, cuando la Marquesa entró en su alcoba.—¿ Duermes, hijo mío?—le dijo en voz baja.—No, señora; aún no—respondió César como afligido.—No lo extraño; y si es verdad, como no lo dudó, que tienes buen corazón, es imposible que puedas pasar la noche con sosiego. ¿ Cómo te has acostado, hijo mío, con cierto rencor y mal humor contra un hombre a quien debes amar tanto? ¡ Le has dejado salir de tu cuarto sin procurar que te perdonase, cuando le dejabas para no verle en doce horas! ¡ Ah, César! Escucha un caso que he leído esta mañana: El Duque de Borgoña, padre del difunto Rey, siendo muy niño, riñó un día con uno de sus ayudas de Cámara; pero luego que se hubo acos-

tado dijo al tal, que dormía en una alcoba inmediata: “Perdóneme usted lo que le dije esta tarde, para que me pueda dormir” (1). Juzga tú ahora, hijo mío, si hubiera sido capaz de acostarse sin haber pedido perdón a su ayo. No obstante, este Príncipe no tenía entonces más que siete años, y tú has cumplido diez.—¡Ah, mamá; bien sabía yo también que no podría dormir! Pero permítame usted que me levante y vaya al punto a pedirle perdón.—Con mucho gusto; vámos, hijo mío.—Al decir estas palabras, Mad. de Clemira le dió una bata, y él se la pone de prisa; salta de su cama, y acompañado de su madre va al cuarto del abate, llama a la puerta, y M. Fremont, ya en gorro de dormir, viene a abrir, y da muestras de admiración al ver a César. Este se acerca, y arrasados los ojos en lágrimas, le pide perdón en los términos más humildes y expresivos. Luego que acabó, M. Fremont, en vez de responderle, se dirigió a la Marquesa, diciendo:—Usted, señora, es demasiado buena; pero me basta que lo quiera: yo procuraré olvidar lo que ha pasado.—Al oír esto César extrañó que el abate no le hubiese hablado a él. Pero éste le replicó:—Yo no tengo respuesta que dar a usted. Esta visita y todo cuanto me ha dicho lo debo únicamente a su señora madre.—Aseguro a usted que no me ha aconsejado mi madre que me levantara y viniese aquí.—Pero, dígame usted: ¿estaría ahora en mi cuarto si la señora no le hubiera hecho conocer su mal proceder para conmigo?—A esta pregunta César bajó los ojos y echó a llorar.—Créame usted—continuó M. Fremont—que si de su propio motivo, sin ser aconsejado ni excitado hubiese venido; crea usted, le vuelvo a decir, que le hubiera recibido amistosamente, aunque siempre era su culpa muy grande en haberme dejado salir de su cuarto sin manifestarse arrepentido de ella. Pero, no obstante, repito que por su señora madre le perdono de buena gana; esto es, que no le impondré a usted penitencia por el mal humor y enfado que ha tenido.—Pues bien—dijo César;—yo mismo me la impongo. Prometo no asistir durante quince días a la velada, que es el mayor sacrificio que puedo hacer; pero, a lo menos, no me trate usted, por Dios, con tal cruel indiferencia, y sufriré de buena gana mi penitencia.—Al acabar estas palabras, M. Fremont, con semblante cariñoso, le abrió los brazos, y César se arrojó en ellos llorando de alegría por haber alcanzado su perdón, y mucho más por haber hecho una acción que le reconciliaba consigo mismo.—Ya ves, hijo mío—le dijo Mad. de Clemira,—lo que cuesta cuando dilatamos la enmienda de nuestros yerros: no sólo se hacen mayores y no se halla indulgencia, sino que también es preciso para repararlos dar pasos extraordinarios y hacer sacrificios penosos. Si al acostarte hubieses pedido perdón, M. Fremont te lo hubiera concedido, y no estarías privado por quince días de la velada.

Como los tres niños se habían impuesto la ley de renunciar a las veladas siempre que uno de ellos no pudiese asistir a ellas, Carolina y Pulqueria hallaron que César se había impuesto una penitencia demasiado

(1) En la vida del Delfín, Padre de Luis XV, por el abate Proyart, tomo 1.

larga; le hicieron varias reconvenções acerca de los inconvenientes del mal humor, y le dieron excelentes consejos sobre este particular, de los que César prometió aprovecharse en adelante.

Iba ya entrando la primavera; se estaba en los últimos días del mes de Marzo; los paseos eran más agradables, y comenzaba el campo a cubrirse de flores. Agustín, que conocía perfectamente todas las cercanías de Champceri, conducía todos los días a los tres niños a parajes en donde encontraban flores con que hacer hermosos ramilletes. No daban aún sombra los bosques; se disfrutaba en ellos, lo mismo que en los prados, del aire templado que reina en los primeros días de Abril, y en tanto que los árboles, desnudos de hojas, traían a la memoria los rigores del invierno, el cielo puro y sin nubes y el campo cubierto de flores anunciaban la llegada de la primavera y sus delicias.

César y sus hermanas poseían en común un jardinito que era sus delicias. Estaba dividido en dos partes: en la una tenían la hortaliza, y en la otra las flores. En un rincón del jardín había un pozo; esto es, una cuba enterrada, pero que tenía, como un pozo verdadero, su brocal para precaver las caídas, y una polea para sacar el agua que se traía a ella todos los días. Los niños, ayudados de Agustín, sacaban el agua y cultivaban ellos mismos su jardín. Tenían cubos, carretillas y demás instrumentos de jardinero, proporcionados a sus fuerzas. Esteban, el jardinero de la casa, dirigía sus operaciones y los abastecía de plantas y semillas. — ¡Qué ganas tengo — decía Carolina regando un jacinto — de verle en flor! ¡Qué gusto tendré en cogerlo para llevárselo a mamá! — Pero esperarás, hermanita, a que yo le pueda dar al mismo tiempo un ramillete de alelíes. — Y yo, una ensalada.

El día 12 de Abril fué un gran día: la penitencia de César se había acabado. Los niños se levantaban diciendo: *Nuestras veladas empezarán esta noche*; y en el jardín se encontró con qué llenar una cesta de ensalada, jacintos, alelíes y violetas. La cesta, adornada con muchas cintas, se llevó en triunfo y repartió entre Mad. de Clemira y la abuelita. Las flores se pusieron con cuidado en algunos vasos para que durasen más tiempo. La ensalada se comió al mediodía, y nunca ensalada supo mejor ni se alabó tanto como ésta. Por la tarde la Baronesa avisó que tenía una historia preparada, y acabada la cena contó la siguiente.



EUGENIA Y LEONCIO, O EL VESTIDO DE BAILE

—Mad. de Palmene, joven aún, y viuda ya desde hace algunos años, se dedicaba enteramente a la educación de una hija única que tenía, objeto de toda su ternera y esmero. Su marido al morir había dejado muchas deudas, que Mad. de Palmene no había podido pagar sino yéndose de París y retirándose a unas posesiones que tenía en Turena, a una legua de Loches (1). El castillo es antiguo y muy espacioso; sus puentes levadizos, sus fosos y torreones, recuerdan los siglos memorables de los Duguesclin, de los Bayard, tiempos famosos de la Caballería, y que se deberían echar de menos si la lealtad y esfuerzo de algunos valerosos caballeros pudiesen servir de policía y leyes. Lo interior del castillo correspondía a su exterior. Todo traía a la memoria la noble sencillez de nuestros antepasados. No se veían en él molduras doradas, ni la ridícula profusión de porcelanas, figuras de china y demás adornos de que están llenas nuestras casas modernas; en lugar de estas superfluidades, se veían hermosas tapicerías que representaban los lances más singulares de la Historia. Había espaciosas galerías adornadas con retratos de familia,

(1) La ciudad de Loches está situada en las riberas del Indro, cerca de un monte elevado. Se ve en esta ciudad un castillo en donde estuvo preso el Cardenal de la Balue. En la Iglesia Colegiata, edificada en el recinto del castillo, está el sepulcro de Agueda Sorel. Loches dista cinco leguas de Amboise, pequeña ciudad, célebre por sus manufacturas y por la conjuración que aun hoy día conserva su nombre. Esta última ciudad está situada sobre el Loira.

y se descubrían desde las ventanas de éstas y de las salas, por un lado un bosque espacioso, y por el otro las amenas riberas del Indro. En este sitio fué en donde Eugenia, que así se llamaba la hija de Mad. de Palmene, pasó la niñez y los primeros años de su juventud. Allí fué en donde se aficionó a las diversiones del campo, a la vida quieta y retirada. En los hermosos días de la primavera y verano daba con su madre largos paseos, y en la fuerza del calor buscaban la sombra y el fresco en lo espeso del bosque; en él Eugenia unas veces corría, otras cogía hierbas, de las que su madre le explicaba los nombres y virtudes. Las más veces daba allí sus lecciones, o bien oía leer a su madre, y por la tarde, dejando el bosque, iban a pasear por las amenas riberas del río. Luego que Eugenia tuvo ocho años se hizo más sedentaria. Mil ocupaciones diversas la obligaban a estar en casa; pero se levantaba al amanecer, y se iba a almorzar al parque o al campo, y por la tarde daba con su madre un paseo de una o dos leguas. Tenía por compañera en sus diversiones a la hija de su aya. Esta niña, llamada Valentina, tenía cuatro años más que Eugenia. Era de muy buena índole, de mucha aplicación y de buen corazón. Asistía a todas las lecciones que daban a Eugenia, y se aprovechó de ellas; de modo que ésta la miró siempre, con razón, no como criada, sino como amiga. Entretanto Eugenia llegó a los diez y seis años; a esta edad su natural era tan bueno como sensible su alma. Reunía a la alegría y a las gracias ingenuas de la edad, mucho talento, discreción, dulzura inalterable y la igualdad de genio más perfecta. Su ternura y agradecimiento para con su madre eran sin límites: no pensaba sino en ella todos los instantes de su vida, y aprovechando todos los medios para agradarla, no había ocupación alguna que no le fuese grata. Si aprendía algunos versos de memoria, se decía a sí misma: *Mamá me los oírás decir con gusto; esta tarde en el paseo se los recitaré; alabará mi memoria y mi aplicación.* Si estudiaba el inglés o el italiano: *¡Cuál será, decía, la admiración y alegría de mamá cuando vea que en vez de la hoja que me ha mandado he traducido dos!* Si escribía, dibujaba, o tocaba algún instrumento, hacía las mismas reflexiones: *Este dibujo adornará el gabinete de mamá; siempre que lo mire se acordará de su Eugenia. Esta sonata que ahora estoy aprendiendo, en sabiéndola bien encantará a mamá,* etc. Esta idea que aplicaba a todo, la hacía mirar con sumo gusto cualquier estudio, la facilitaba todas las dificultades, y hacía que reputase como diversión todas sus obligaciones.

Para acabar de perfeccionar la educación de Eugenia tomó Mad. de Palmene la resolución de ir a pasar dos años en París. Se separó de su agradable soledad hacia fines de Septiembre, y luego que llegó a París alquiló una casa, en la que Eugenia echó de menos muchas veces las deliciosas riberas del Indro y del Loira. Mad. de Palmene volvió a ver con sumo gusto a diferentes sujetos que había tratado en otros tiempos. Entre estos distinguió sobre todos a un antiguo amigo de su marido, llamado el Conde de Amilly, digno, en efecto, de esta preferencia por su mérito y virtudes. Viudo ya de muchos años, no tenía más que un hijo

único, de edad de diez y ocho, y del que se acababa de separar por dos años. Este joven, llamado Leoncio, había ido a Italia, y debía seguir viajando por el Norte.

El Conde de Amilly iba todas las noches a cenar con Mad. de Palmene. A las diez y media Eugenia se iba a acostar. Luego que se retiraba, el Conde hablaba de ella, y era siempre haciendo su elogio. Admiraba igualmente su talento, su modestia, su reserva y un cierto aire de dulzura, y de franqueza que daba un realce indecible a todas sus acciones. Después solía hablar de su hijo, alababa su talento, su genio y su buen corazón. Mad. de Palmene escuchaba con deleite el elogio de Eugenia. No oía pronunciar tan a menudo el nombre de Leoncio sin sentir alguna emoción, y en estas conversaciones se olvidó varias veces de la hora que era. El conde de Amilly continuó siempre sus visitas con la misma frecuencia, pero sin explicarse más. Solamente un día dijo:—Mi hijo será rico, pues que yo lo soy; pero antes de partir con él mis riquezas le quiero enseñar a usar de ellas. A su vuelta tendrá veinte años. Le casaré, dándole una mujer amable, cuyas gracias, ejemplo y dulzura puedan hacerle cumplir con gusto todas sus obligaciones y hacerle amar la virtud.—Bien conocía Mad. de Palmene que este retrato se parecía al de Eugenia; pero considerando la gran distancia que había entre su fortuna y la del Conde, no podía persuadirse que éste pensase realmente en su hija.

Hacía ya cerca de dos años que Mad. de Palmene estaba en París, y Eugenia rayaba en los diez y ocho. Una noche, entrando el Conde de Amilly a ver a Mad. de Palmene, la pidió permiso para presentarle su hijo, que acababa de llegar: al mismo tiempo entró un joven cuyo aspecto era el más noble, y acercándose a Mad. de Palmene, la hizo su cumplido de un modo al mismo tiempo afectuoso y tímido que daba nuevo realce a su gracia natural. El Conde y su hijo se quedaron a cenar. Leoncio habló poco; pero miró mucho a Eugenia, y no dijo una palabra en que no manifestase el vivo deseo que tenía de agradar a madama de Palmene. Al día siguiente volvió el Conde con su hijo, y madama de Palmene dijo sin rodeos al Conde que se había hecho una ley irrevocable de no recibir en su casa ningún sujeto de la edad de Leoncio.—Pero, señora—respondió el Conde,—es menester, no obstante, que examine usted si puede convenirla...—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?—Pues qué, ¿no conoce usted que mi dicha y la de mi hijo dependen de eso? Tómese usted tiempo para conocerle, y si tiene la fortuna de agradaarla, se verán colmados nuestros deseos.—No podía decirlo más claro. Manifestó Mad. de Palmene al Conde el agradecimiento que sus ofertas la inspiraban. No se empeñó positivamente hasta haber hablado a Eugenia y tomar algunas informaciones particulares acerca del genio de Leoncio. Todo lo que la dijeron acerca de éste sólo sirvió para aumentar el deseo que tenía de adoptarle por hijo; e instándola nuevamente el Conde a que le diese una respuesta positiva, no dudó en dársela. Arreglado todo, se firmó el contrato de casamiento; al día siguiente



Marcharon los novios y sus padres...

Leoncio obtuvo gozosisimo la mano de la amable Eugenia, y al punto marcharon los novios y sus padres a una hermosa posesión que tenía el Conde a diez leguas de París, y convinieron en no volver a la ciudad hasta fines del otoño.

Mad. de Palmene estuvo tres meses con sus hijos; al cabo de este tiempo se vió precisada a dejarlos, porque, queriendo establecerse para siempre en París, la era forzoso hacer un viaje a Turena para arreglar sus cosas. Aunque debía volver antes del invierno, hubo de valerse Eugenia de toda su razón para tolerar esta dolorosa separación. Su pesadumbre y melancolía después que su madre partió, la hicieron aún más estimable a los ojos de Leoncio. Encontraba cierto gusto contemplándola en aquel estado de abatimiento y de tristeza. Al ver correr sus lágrimas se decía:—¡Qué grande será de aquí a algún tiempo el amor que me tendrá este corazón tan sensible y agradecido!—No obstante, Eugenia, por temor de afligir a Leoncio, procuraba ocultarle su pesadumbre; pero se desquitaba de este esfuerzo con Valentina, aquella muchacha de que ya he hablado, y que había sido la compañera de su niñez. El consuelo mayor de Eugenia era hablar de su madre y escribirla todos los días largas cartas que contenían el pormenor más circunstanciado de sus sentimientos, ocupaciones y recreos.

Ya hacía cerca de dos meses que Mad. de Palmene estaba ausente. En este espacio de tiempo no había hecho Eugenia ni un solo viaje a París: en compañía de su suegro y marido, sólo deseaba la vuelta de su madre. Era Eugenia el único objeto de todos los pensamientos de Leoncio, y ella por su parte cada día le quería más. Iban con frecuencia a pasearse mano a mano por los bosques y campos; Eugenia hacía preguntas a Leoncio acerca de sus viajes, y tenía el gusto de instruirse escuchándole. Otras veces, sentados en el margen de un arroyo, solía Eugenia cantar algún romance; su voz suave y armoniosa atraía a los pastores y segadores. Los unos dejaban sus trabajos, los otros desamparaban sus rebaños, y todos iban corriendo a oírla. Suspendía las labores, y hacía olvidar la fatiga. Una tarde reparó Eugenia entre aquel auditorio campestre en un anciano que aún no había visto. Su aspecto era tan venerable y sus canas tan largas y blancas, que Eugenia entró en deseo de saber su nombre. Supo que se llamaba Jerónimo y que tenía setenta y cinco años, que mantenía a una hermana paralítica, y que era abuelo de cinco criaturas huérfanas a quienes sustentaba con su trabajo. La pensión que Eugenia tenía para sus alfileres era muy limitada. Su suegro poseía bienes cuantiosos, era noble y benéfico, pero queriendo hacer que su hijo y su nuera tuviesen arreglo y economía, tenía la prudencia y valor de no repartir sus riquezas con ellos.—Cuando conozca—les decía—que sabéis emplear bien el dinero, entonces haremos bolsa común. Dentro de cinco años, por ejemplo, si de aquí a entonces estoy contento de vuestra conducta, me despojaré con sumo gusto a favor de un hijo económico y razonable; pero no abandonaré a un insensato y a un disipador mis riquezas, fruto de mi aplicación y fatigas, y de que puedo

disponer a mi gusto.—¡Ah, padre mío!—respondía Leoncio.—Si me ha dado usted a Eugenia, ¿qué más puede usted darme?

Eugenia por su parte no deseaba una pensión mayor que la que tenía. Cuando hay juicio y economía, con poco dinero se hace mucho. Por tanto, siempre tenía Eugenia algún dinero con que satisfacer su generosidad y beneficencia. Pensando continuamente en el pobre viejo Jerónimo, al acostarse aquella noche dijo a Valentina que la enviaría a llevarle algún socorro. Al día siguiente por la mañana el Conde de Amilly fué, como acostumbraba, a desayunarse al cuarto de su nuera.—Aquí tengo—la dijo—un billete de baile de máscaras. Dentro de quince días hay en París una soberbia función, y te han convidado. Yo quiero, hija mía, que vayas a ella: necesitas un vestido de baile, y aquí te le traigo.—Al decir esto dejó el Conde encima de la mesa un bolsillo con sesenta luises. Luego que se fué llamó Eugenia a Valentina, y enseñándola el regalo que acababa de hacerla su suegro, la dijo:—Con cincuenta luises me podré hacer un vestido bastante hermoso, y así, voy a tomar de esta cantidad diez luises para dárselos al pobre Jerónimo; tú, Valentina, irás a informarte al lugar si todo lo que me han dicho de este anciano es cierto, y si es así, yo misma iré a llevarle este socorro.

Por la tarde volvió Valentina del lugar, y dijo a su ama que no sólo se había informado en casa del cura y en la de varios aldeanos, sino que también había ido a la del buen viejo; que había visto a su hermana parálitica, que la estaba cuidando la mayor de los nietos de Jerónimo, niña de edad de doce años; que la enferma estaba en un cuartito bastante aseado, en una cama tal cual; que el pobre viejo dormía en el portal sobre un poco de paja, y que, finalmente, Jerónimo era el vecino de todo el lugar más hombre de bien y más infeliz, como también el mejor hermano y abuelo.—Vamos—dijo Eugenia:—aquí llevo el bolsillo que me ha dado mi padre; llevémosle al punto diez luises.—Al acabar estas palabras Eugenia agarró del brazo a Valentina y salió con ella, haciendo decir a Leoncio, que estaba jugando, que iba a pasearse hacia la isleta de los Alamos a ver trabajar a los segadores. Llegaron al campo en donde Jerónimo trabajaba regularmente hasta puesto el Sol. Viendo que por ninguna parte parecía, preguntaron dónde estaba, y las dicen que, rendido del calor y cansancio, había ido a descansar un rato a la sombra y estaba durmiendo a la orilla del arroyo, junto a la cerca de los escaramujos. Eugenia y Valentina se encaminan hacia aquel lado; al cabo de un instante descubren de lejos un anciano dormido y rodeado de sus nietos. Se acercan poco a poco para no despertarle, y se detienen a alguna distancia para contemplar el espectáculo más interesante y tierno. El pobre anciano dormía profundamente; una pulida niña de ocho a nueve años ataba con mucho tiento su delantal a las ramas de los escaramujos para hacer un toldo que le resguardase del ardor del Sol; uno de sus hermanos la ayudaba en este trabajo, en tanto que los otros dos, con unas ramitas de álamo en las manos, puestos de rodillas cada uno a un lado del abuelo, se ocupaban en espantar las moscas y mosquitos que se

acercaban a su cara. Luego que la niña vió a Eugenia la hizo seña con la mano que no metiese ruido. Eugenia se sonrió, y acercándose de puntillas abrazó a la chiquita y la dijo en voz baja:—Tengo que hablar con tu abuelo luego que despierte. Vete allá abajo a jugar con tus hermanitos, y volverás cuando yo te llame.—La chica puso alguna repugnancia en apartarse, como también los chicos, que no quisieron irse hasta que Eugenia y Valentina les prometieron que espantarían con todo cuidado las moscas, como ellos hacían.

Hecho este convenio, las entregaron las ramas de álamo, y sentándose cada una a un lado del abuelo, en un instante desapareció la familia menuda. Entonces Eugenia, sacando de la faltriquera el bolsillo, le puso sobre sus rodillas para sacar los diez luises. Después, temiendo hacer demasiado ruido al contar el dinero, se paró, y echando la vista sobre el anciano, le miraba enternecida. — ¡Con qué descanso duermo! — dijo. — ¡Pobre viejo! ¡Qué presencia tiene tan venerable! ¡Setenta y cinco años! ¡Qué edad! En todo este largo espacio de años, ¡qué fatigas no habrá tolerado! Y aun ahora que le van faltando las fuerzas, se ve obligado a trabajar sin cesar.—Al decir esto Eugenia dejó caer algunas lágrimas. —Piense usted, señora—la dijo Valentina,—en la alegría que le va usted a dar con esos diez luises.—El don de esta corta cantidad—replicó Eugenia—no puede hacer su felicidad. ¡Oh; qué dulce me sería asegurar la tranquilidad de los días que le quedan que vivir! ¡Con qué placer se despertaría! Diez luises sólo serán un alivio momentáneo; pero cincuenta le remediarían del todo. ¡Cincuenta luises! ¡El precio de mi vestido! ¿Y qué gusto tendré con él? Apenas repararán en él; veré ciento mejores que el mío. ¿Crees acaso, Valentina, que cuando esté con un vestido guarnecido de franjas de oro y de talcos pareceré más hermosa a Leoncio? Hoy mismo le he parecido tan bien, y, no obstante, sólo tengo puesto un baquero blanco y algunas flores que él mismo me dió esta mañana. Valentina mía, con diez luises podré hacerme un vestido nuevo, sencillo, a la verdad, pero que me sentará mejor que otro mucho más costoso; algunas flores y gasas son más propias de mi edad. ¿Qué te parece?—Yo, señora, confieso a usted que tendría mucho gusto en verla bien compuesta.—¡Ah, Valentina! Repara en este anciano y abandonarás esa idea tan vana. Figúrate, pues, la satisfacción que yo tendría en librar de la miseria a este buen padre de familia. Valentina, ¡con qué contento cenaría esta noche rodeado de sus nietos! ¡Con qué gozo tan puro los abrazaría y recibiría sus caricias! Y yo mañana por la mañana podría escribir todo esto a mi madre. ¡Oh madre mía; qué feliz sería al leer esta carta!—Pero, señora, será usted notada por la única de la función que vaya vestida tan sencillamente; esto podrá desagradar al señor Conde, y puede ser que a mi amo también.—No obstante, son tan buenos y benéficos... Vamos, Valentina: yo consultaré a Leoncio; nada debo hacer sin su consentimiento. Pero apartémonos de aquí, porque la vista de este buen viejo me causa unas tentaciones a las que no podría resistir. Ven; vamos a buscar a Leoncio, y después volveremos.—Al de-

cir estas palabras iba Eugenia a levantarse, cuando oyó detrás de sí ruido en las hojas, y volviendo la cabeza vió a Leoncio, que, saliendo de entre las zarzas, se arrojó en sus brazos. Al poco que Eugenia había salido de casa había él hecho lo mismo, yéndola a buscar; y sabiendo que Eugenia andaba en busca de Jerónimo, no dudó que sería para darle algún socorro. Leoncio, pues, siguiéndola, había estado escondido detrás de la cerca para escuchar la conversación de Eugenia y del anciano, y desde allí, aunque Eugenia hablaba en voz baja, como el espacio que los separaba era muy corto, no había perdido ni una sola palabra de cuanto había dicho.—¡Oh adorada Eugenia—exclamó arrojándose en sus brazos;—todo lo he oído! Pensando en los medios de asegurar la felicidad de este anciano, has hecho también la mía, puesto que la conversación que acabo de oír me hace conocer hasta qué grado mereces ser querida.

Aún la estaba hablando Leoncio cuando Jerónimo despertó. Al punto Eugenia se desase de entre los brazos de Leoncio y se acerca al anciano. Este la mira con admiración, y por respeto quiere levantarse. Eugenia le insta a que se esté quieto. El lo rehusa, añadiendo:—Tengo que ir a trabajar.—No—dice Eugenia;—descanse usted hoy.—¿Y mi jornal?—Yo le pagaré. Tome usted este bolsillo. ¡Ojalá le sirva de igual satisfacción a la que yo experimento al dárselo!—Al decir esto Eugenia, enterrecida y con cierto género de respeto, se inclina y pone en las manos temblonas de Jerónimo la bolsa, que contenía cincuenta luises. Leoncio, de pie enfrente de Eugenia, la contempla como arrebatado. Jamás le había parecido tan hermosa. Nunca había hecho en su corazón una impresión tan dulce y profunda.

Entretanto el anciano mira y vuelve a mirar con pasmo el bolsillo abierto puesto sobre sus rodillas. En su vida había visto una suma tan fuerte. Se restriega los ojos, teme aún estar dormido, o juzga que está soñando. Eugenia, callando, disfruta deliciosamente de lo sumo de la admiración de aquel pobre hombre. En fin, Jerónimo, juntando las manos y levantándolas al cielo:—Pero, Dios mío—exclamó con voz trémula,—¿qué he hecho yo para merecer premio tan grande?—Al decir esto levanta la cabeza, y mirando a Eugenia con los ojos arrasados en lágrimas:—¡Ah, señora—continuó.—¡Dios quiera para recompensar a usted darla hijos que se la parezcan!—No pudo continuar; sus lágrimas embargaron la voz. A este tiempo todos los nietos de Jerónimo volvieron corriendo. Eugenia le pidió que escondiese el bolsillo y a nadie dijese lo que había pasado hasta que ella le diese licencia para ello. Después de esto volvió Eugenia a abrazar a Simonita, y después de haberse despedido del buen viejo se encaminó con Leoncio hacia su casa. No quiso dar parte a su suegro de lo que había pasado hasta después de haber ido a la función arriba dicha, por temor de que el Conde no la regalase otro vestido de baile. Llegó en fin el día de éste. El Conde se quedó en el campo, y Eugenia, acompañada de una de sus parientas y de su marido, fué a París. Sólo ella atrajo y se llevó la atención de todos en el baile, no sólo por su hermosura, sino también por la graciosa sencillez de su



El anciano mira y vuelve a mirar con pasmo el bolsillo abierto.

vestido, que la distinguía de todas las demás; no había en su adorno oro, perlas ni diamantes; no la incomodaba el vestido, y así alcanzó los premios del baile y de la hermosura. El dulce recuerdo del anciano aumentaba su alegría y su gracia natural; y considerando a menudo la loca y excesiva magnificencia de las jóvenes de su edad, se decía a sí misma: —¡Oh; cuánta lástima me causan! ¡No conocen éstas la verdadera alegría!

Al amanecer se retiró del baile con Leoncio, y se volvieron a la quinta. Este deseaba que su padre la viese con el vestido de baile, y no veía la hora de contarle el suceso de Jerónimo. Como le conocía bien, disfrutaba de antemano el gusto que le causaría esta narración. En efecto: el Conde la oyó con igual alegría y enternecimiento. Dió repetidos abrazos a la amable Eugenia, y desde aquel instante la estimó más que si hubiese sido su hija. Leoncio y Eugenia fueron al día siguiente a ver a Jerónimo; díjole Leoncio que tomaba a su cargo la colocación de sus dos nietos Simonita y su hermanito mayor; la primera la pusieron en París en casa de una costurera, y al segundo en la de un ebanista; y para completar la felicidad del buen viejo, el Conde le regaló una vaca y una fanega de tierra inmediata a su choza.

La madre feliz de Eugenia, Mad. de Palmene, que ya venía de camino de vuelta de la Turena, recibió en él la carta que contenía estos pormenores.

—No es posible, hijos míos, que a vuestra edad podáis comprender el gozo que causaría semejante carta en el tierno corazón de una buena madre. En fin, la sensible y hermosa Eugenia se volvió a ver en los brazos de Mad. de Palmene, que acabó sus días en compañía de una hija tan digna de su amor. Siempre fué Eugenia la delicia de su madre, esposo y familia; su corazón y la estimación pública la daban la justa recompensa debida a sus virtudes y conducta. Y para colmo de sus dichas, oyó el Cielo las oraciones del buen Jerónimo, dándola hijos que se la parecieron, y que la hicieron disfrutar de toda la felicidad que ella había hecho sentir a su buena madre.

Aquí calló la Baronesa, y la Marquesa dijo:—Decidme, hijos míos: ¿os ha gustado esta historia?—Muchísimo, y yo procuraré parecerme con el tiempo a la amable Eugenia.—Y yo también, porque hizo feliz a su madre.—Y yo—dijo César,—imitaré a Leoncio... Pero, ahora que le nombro, permítame usted, mamá, que la pregunte una cosa: Leoncio, escondido detrás de la cerca, escuchaba lo que hablaba su mujer. ¿No es ésta una indiscreción?—Mucho me alegro de que pienses así; tu reparo es muy justo, porque, aunque es cierto que Leoncio sabía muy bien que Eugenia no hablaría sino cosas relativas al anciano y que no tenía secretos que comunicar a Valentina, con todo, siempre hizo mal en ocultarse para oír la conversación. Cuando una acción es mala por sí, no debemos hacerla, por fuertes que sean las razones que tengamos para ello. Procuraré, hijos míos, haceros conocer *lo que es bueno y lo que es malo*; y cuando hayáis adquirido este precioso conocimiento, sé fijamente

que amaréis la virtud, porque no hay cosa más amable que ella, y aborreceréis el vicio; entonces, si queréis ser felices y estimados, debéis deciros: "Nunca haré una mala acción, sea el que fuese el motivo, la intención y las circunstancias que puedan disculparme para conmigo mismo."

Diciendo esto se levantó la Marquesa, y cada uno se fué a su cuarto. No pensaba Mad. de Clemira cuando se acostó en la pena cruel que la esperaba a la mañana siguiente. Las noticias que en los dos meses últimos había recibido de París y del ejército la persuadían de que se haría la paz antes de empezarse la campaña. ¡Pero cuál fué su dolor cuando a las ocho de la mañana recibió cartas en que le decían que los dos ejércitos estaban al frente uno del otro y que se daría la batalla sin remedio!

Luego que los niños supieron esta noticia acompañaron a su madre en su pena e inquietud: todos los juegos se olvidaron, se acabaron las diversiones, y las horas de recreo se pasaron entre la aflicción y el llanto. Quince días duró esta cruel situación. En fin, el día último de Abril, estando los niños oyendo leer al abate un capítulo del Evangelio, de improviso oyeron ruido de voces interrumpidas y gritos confusos. Conocen entre ellos la voz de la Marquesa, y al instante se arrojan hacia la puerta trémulos y despavoridos, y al abrir se hallan en los brazos de su madre, que a voces les dice:—*¡Hemos ganado la victoria, y vuestro padre está bueno!*—Al oír esta nueva los niños, bañados en llanto, se abrazan a un tiempo a su madre, y sin hablar, con sus lágrimas, manifestaban el gozo que esta nueva les causaba. La Marquesa, apoyada sobre su madre y estrechando a sus hijos contra el pecho, presentaba a la familia, que había acudido a oír la noticia, el más dulce espectáculo.

Después de un poco de silencio, interrumpido a veces con las lágrimas que hacía verter el gozo, se sentó la Marquesa en medio de su feliz familia, y leyó en alta voz las cartas que acababa de recibir. Las noticias individuales que contenían dieron nuevo fomento a la alegría que todos disfrutaban, pues por ellas se podía creer que la paz sería el fruto de la victoria.

La tranquilidad y la dicha hicieron renacer en la quinta la alegría, los juegos y las diversiones. Este día tan feliz era justamente el señalado para *plantar el Mayo*. Se determinó que esta función se hiciese en la plaza misma de la quinta, y se aguardó con impaciencia la hora en que debía comenzar esta fiesta campestre. Al irse a levantar de la mesa se oyeron los instrumentos del lugar; al punto bajaron corriendo los niños a la plazuela, en donde estaban ya los músicos y toda la gente joven de la aldea; los mozos, con chupas blancas atacadas y adornadas con cintas, se pusieron alrededor del *Mayo*, tendido en el suelo, y teniendo en la mano las cuerdas con que le habían de levantar cuando se hiciese la señal de plantarle. A este tiempo se acercaron las mozas, cada una con su cesta llena de flores para adornar el *Mayo*: una le pone un ramillete, otra una guirnalda; en un momento quedó el árbol cubierto de mil clases de flores y lleno de coronas de violetas, narcisos y anémonas. Hecho

esto, los dos labradores más antiguos del pueblo se acercaron con mucha gravedad, cada uno con su botella en la mano, y regaron con vino el pie del árbol. Después de esta ceremonia brindaron a la salud del señor; César, según costumbre, hizo las veces de su padre, y, por consiguiente, hizo los honores a los brindis; se acercó a ellos con mucha seriedad, tomó un vaso medio lleno, y después de haberlos saludado se lo bebió con mucha gracia. Al punto empinaron el *Mayo*, y seguidamente, agarrándose los mozos y mozas de las manos, bailaron haciendo rueda y cantando mil coplillas en alabanza del *florido mes de Mayo*. César, Carolina y Pulqueria se mezclaron en el baile, y repetían los estribillos de las coplas con mucha fiesta. Después del baile en rueda se ejecutó la danza de las *saltadoras* (1), y se dió fin a la función jugando al marro.

Como era César más ágil y robusto de lo que se podía esperar de su edad, lució muchísimo en este juego, porque sus lances proporcionan la ocasión de manifestar ligereza en alcanzar a los contrarios, habilidad y maña engañando al que persigue, buena fe condenándose a sí propio en los lances dudosos, y, finalmente, valor y generosidad exponiendo su libertad para darla a los prisioneros de su bando. Para completar el júbilo de este día no faltaba más que una velada; pero la Marquesa prometió una para el día inmediato, y antes de acostarse se dispuso que a la mañana siguiente todos se levantarían al rayar el alba para dar un buen paseo por el campo. En efecto; apenas empezó a amanecer cuando se vistieron los niños, y al punto salieron con su madre de la quinta sin más comitiva que el fiel Morel.

Después de una hora de paseo se acordaron los niños de que aún no habían almorzado; estaban distantes de la quinta tres cuartos de legua, y el hambre les apretaba, por cuyo motivo se resolvió buscar alguna choza o casita en donde hubiese leche. Morel dijo que allí cerca había una, y al punto siguieron los niños con prisa y alegría el camino que les indicaba. Al cabo de media hora llegaron a la choza, en donde extrañaron ver mucho bullicio y regocijo, y unos treinta labradores, todos con sus vestidos de día de fiesta. Aquella misma mañana se había casado una hija del labrador dueño de la casa; acababan de llegar de la iglesia, y estaban preparando la comida. La Marquesa y sus hijos entraron en el huerto, y se sentaron sobre la hierba; inmediatamente vino la novia con un tarro de nata de leche y rico pan casero. Carolina, después de haber sabido por una seña que su madre lo permitía, se quitó una cruz de oro que tenía puesta al cuello, y la puso en el de la novia a tiempo que se inclinaba para presentarla el tarro de nata. La muchacha se puso colorada, y mirando a la Marquesa, rehusaba admitir el regalo; pero madama de Clemira la dijo:—Mariquita, no des que sentir a Carolina no tomando esa corta expresión, y ve a decir a tu padre que para el domingo convidó a toda la gente de la boda a comer en mi casa.—Loca de

(1) * Baile rústico muy común en la Borgoña, como en Vizcaya las *Carri-danzas*, y el *Periquito* en tierra de Toledo y parte de la Mancha.

contento con esta noticia, y mucho más impaciente por enseñar su cruz de oro a todos, echó a correr Mariquita, sin acordarse de dar las gracias a Carolina. No tardó en volver con su padre, y después de mil expresiones de agradecimiento, se volvieron a la choza.—Mamá—dijo entonces Carolina,—me parezco a usted en lo mucho que me gustan los aldeanos. ¡Qué graciosa es Mariquita! ¡Qué modesta! ¡Y qué bonita está cuando se pone colorada! La leche que nos ha dado es muy buena, y el pan también. ¡Qué alegría tan grande han recibido con el convite de usted! —Creo seguramente que echarán mil bendiciones a la casualidad que nos condujo a su casa. Este suceso me recuerda un caso que he leído en la historia de Rusia.—¡Ah, mamá; cuéntenosle usted!—Con mucho gusto; es como sigue:

—El Zar Iwan (1) se disfrazaba algunas veces para saber de un modo cierto lo que el pueblo pensaba de su gobierno. Un día que se paseaba solo por los alrededores de Moscow llegó a una aldea, y fingiendo hallarse sumamente fatigado, pidió le hospedasen: iba cubierto de andrajos, y toda su traza anunciaba la mayor miseria; pero lo que hubiera debido excitar la compasión y obligar a recibirle sólo sirvió para que se lo negasen. Lleno de indignación por la dureza de aquellos perversos habitantes iba a dejar la aldea, cuando advirtió que había una casa a la cual no había llegado. Era el hogar más pobre y más reducido de la aldea. Acercóse allá el Emperador, y llamó a la puerta: al instante salió un hombre a preguntar al forastero lo que quería.—Yo me muero de hambre y de cansancio—respondió el Zar;—¿puede usted recogerme por esta noche?—¡Ay!—dijo el aldeano cogiéndole por la mano.—Usted lo pasará muy mal, porque me encuentra en un lance muy crítico: mi mujer está con dolores de parto, y sus quejidos le impedirán el reposo; pero venga usted, que a lo menos se libertará del frío, y partiremos nuestra cena.—Al concluir estas palabras el aldeano hizo entrar al Zar en una salita llena de muchachos: en una misma cuna había dos que dormían profundamente; una niña de tres años dormía también sobre una estera inmediata a sus hermanos, mientras que sus dos hermanas mayores, la una de seis años y la otra de siete, estaban de rodillas rogando a Dios con lágrimas que sacase con bien a su madre, la cual ocupaba el cuarto inmediato, y cuyos quejidos y clamores se oían distintamente.—Estese usted aquí—dijo el buen hombre al Emperador,—que voy a buscarle que cenar.—Salió, en efecto, y dentro de un instante volvió, trayendo meloja, pan y huevos.—Vea usted—le dijo—toda nuestra cena; cene usted con mis hijas, que yo voy a cuidar de mi mujer.—La buena acción que usted ejecuta en recibirme tan bien—dijo el Zar—le hará feliz: yo no

(1) * Por los años 1550. Se ha sacado este lance de una obra intitulada *Fastos de la Polonia y de la Rusia*, tomo II, pág. 40.

Este rasgo le hice poner en el *Correo de Madrid*, núm. 44, pág. 173; pero no por eso me ha parecido que se debía omitir. ¡Ojalá éste y otros semejantes que se hallarán en esta obra inspirasen a los grandes y ricos el deseo de experimentar la deliciosa sensación que causa una acción benéfica!



Al instante salió un hombre...

dudo que el Cielo recompensará su caridad.—¡ Oh amigo—replicó el aldeano;— pida usted a Dios que mi mujer salga con felicidad, que es cuanto tengo que desear!—¿ Conque usted se tiene por feliz?—¡ Feliz! Júzguelo usted: yo tengo cinco hijos que se crían bien, una mujer a quien amo, un padre y una madre que se mantienen buenos, y mi trabajo basta para atender a la subsistencia de todos.—¿ Y sus padres de usted viven aquí?—Sí, señor; allá adentro están con mi mujer.—¡ Es tan chica esta cabaña!—Bastante grande es, puesto que todos cabemos en ella.—Dicho esto, entró a ver su mujer, la cual parió felizmente una hora después. El huésped, arrebatado de gozo, llevó su hijo al Zar, y le dijo:—Vea usted el sexto que Dios me da. ¡ Dios me lo conserve como los otros! Vea usted—añadió—qué robusto y qué hermoso.—El Zar tomó en sus brazos al niño, y mirándole con ternura dijo:—Yo entiendo algo de fisonomía, y la de este niño es bastante feliz; apostaré que hace una gran fortuna.—El aldeano se sonrió, y las dos niñas se acercaron a besar al recién nacido, a quien la vieja abuela vino a recoger. Las dos niñas la siguieron, y el aldeano, extendiendo en el suelo un poco de paja, convidó al huésped a acostarse con él, y se quedó dormido al instante en el más pacífico sueño.

Un pequeño candil alumbraba escasamente la pieza. El Zar, incorporándose, tendió la vista alrededor de sí, y consideró con atención al aldeano y a sus tres hijos dormidos. Reinaba en la casa un profundo silencio.—¡ Qué tranquilidad—decía el Emperador,—qué calma! ¡ Hombre sencillo y virtuoso, con qué paz duerme sobre esta estera! Los remordimientos, las sospechas, los proyectos ambiciosos no turban su sosiego; su sueño es delicioso, porque es el sueño de la inocencia.—Estas reflexiones ocuparon al Emperador toda la noche. Luego que amaneció despertó el aldeano, y despidiéndose de él el Zar, le dijo:—Yo me vuelvo a Moscow. Allá conozco a un hombre benéfico: voy a hablarle de usted; estoy seguro de que le obligaré a servir de padrino a su hijo recién nacido, y déme usted palabra de esperar para la ceremonia del Bautismo: a las tres de la tarde, a lo más, estaré aquí de vuelta.—El aldeano no hizo mucho aprecio de esta promesa; pero por complacer consintió en lo que pedía el forastero, y con esta seguridad partió el Zar inmediatamente.

Pasada la hora de las tres, y viendo el aldeano que no volvía su huésped, se dispuso con su familia para llevar a su hijo a la iglesia. Estando para salir de casa, se oyó de repente un gran ruido de caballos y de coches. Asómase el buen hombre a la ventana, ve el camino lleno de caballos y de soberbias carrozas, y reconociendo las guardias del Emperador, llama inmediatamente a su familia para que viesen pasar al Zar: salen todos en tropel, y se colocan delante de la casilla; muchos coches desfilaron, y al fin paró la carroza del Zar delante de la puerta. Al instante se detienen las guardias, apartan y separan el tropel de aldeanos atraídos por la esperanza de ver a su Soberano. Abren la puerta de la carroza, baja de ella el Zar, ve a su huésped, se dirige a él, y le dice:—Yo te prometí un padrino, y vengo a cumplir mi promesa: dame a tu hijo,

y sígueme a la iglesia.—Inmóvil el aldeano, y sorprendido de oír estas palabras, mira al Zar con un pasmo igual a su alegría, y contempla como aturcido su magnífico vestido, las brillantes pedrerías de que estaba cubierto y la lucida corte que le rodeaba. Entre este pomposo aparato no pudo conocer al pobre andrajoso con quien había pasado la noche sobre la estera. El Emperador disfrutó un rato de su incertidumbre y del exceso de su admiración, y después continuó diciéndole:—Tú cumpliste ayer con las obligaciones que imponen la Religión y la humanidad, y hoy vengo yo a pagar la más dulce deuda de un soberano, que es recompensar la virtud: yo te dejaré en un estado que honras, y del cual envidia yo la inocencia y la tranquilidad; pero te daré los bienes que te faltan: tendrás numerosos rebaños, buenos vergeles, y una casa en que puedas cómodamente ejercer la hospitalidad: finalmente, yo me encargo para siempre del niño que vi nacer anoche; porque te acordarás, añadió sonriéndose, que te dije que haría una gran fortuna.—A estas palabras, penetrado el buen hombre de agradecimiento y bañado en lágrimas, no dió otra respuesta que ir a traer el niño y ponerle a los pies de su Soberano. El Zar, enternecido, tomó al niño, le llevó en sus mismos brazos a la iglesia, y le tuvo en la pila del bautismo. Después, no queriéndole privar de la leche de su madre, le volvió a su cabaña, diciendo que se le llevaría luego que le hubiesen destetado. El Zar cumplió fielmente todas sus promesas: se encargó de la educación del niño, le crió en su Palacio, hizo su fortuna, y colmó de beneficios al buen aldeano y a su virtuosa familia.

—¡Qué grande — dijo César — sería el dolor de los demás aldeanos cuando supieron que el que habían despedido era su Soberano!—Este cruel recuerdo fué la justa pena de su delito; la vergüenza y los remordimientos son consecuencias precisas de una mala acción.—¿Pues cómo es que los malvados—dijo Pulqueria—no se hacen estos cargos?—Porque un mal corazón ahoga y mata todas las luces naturales de la razón.—¡Qué infelices son los malos!—Por eso en las obras de *Sadi*, poeta persa, se halla esta oración en boca de un sabio: *¡Gran Dios, ten lástima de los malos, porque por los buenos has hecho todo lo posible haciéndolos lo que son!*

Diciendo esto, la Marquesa se levantó, y saliendo de la huerta tomaron todos el camino de la quinta: no se habló en todo el tiempo que tardaron en llegar a ella sino del Zar Iwan.—Mamá—dijo Pulqueria,—yo deseara que usted prometiese contarnos un caso de historia las veces que tenemos el gusto de venir con usted a paseo.—¡Sí, por Dios, mamá!—dijeron César y Carolina.—Ya entiendo vuestra intención; es preciso que para contentaros haya historia por la mañana y novela por la noche: me parece que tenéis mucha confianza en mi memoria.—Y mucha más en la bondad de usted, mamá, y tenemos razón.—Ya veo que será preciso no desmentir ese buen concepto.—Con esta conversación llegaron a las puertas de la quinta: la Marquesa se fué a su cuarto con sus hijas, y César, con M. Fremont, se fué al suyo. Después de comer tenía la Marquesa



El Zar le tuvo en la pila del bautismo...

que escribir unas cartas, por lo que dejó a sus hijos en la sala en compañía del abate; esta hora, después de comer, estaba señalada para el descanso. Luego que acabó sus cartas volvió Mad. de Clemira a la sala. y vió a sus dos hijas juntas en un rincón leyendo.—¿Qué libro es ese?—las preguntó.—Nos le ha prestado Julieta.—Pues qué; ¿es Julieta quien debe dirigir vuestras lecturas? Y además, ¿es bien hecho tomar libros prestados sin mi consentimiento?—Eso mismo he dicho yo a las señoritas—dijo el abate, que estaba jugando al ajedrez al otro extremo de la sala con el cura;—pero no han hecho caso. Su hermano tiene más juicio; nos ve jugar, y al mismo tiempo lee el *Diario de París*.—Pero al fin—dijo la Marquesa,—sepamos qué libro es ese.—Mamá, es... *El Príncipe Percinet y la Princesa Graciosa*. ¡Un cuento de encantadoras! ¿Cómo es posible que semejante lectura os agrade?—Mamá, bien conozco que hago mal; pero, con todo, confieso que estos cuentos me gustan mucho.—¿Y por qué causa?—Porque me divierte mucho lo que es maravilloso y extraordinario; las metamorfosis (1), los palacios de cristal, de oro y plata me encantan y me divierten.—Pero, ¿no conoces que todo es una ficción?—Sí, señora; bien sé que son cuentos.—¿Cómo, pues, esa certeza no te los hace parecer insípidos?—Por eso me gustan mil veces más las historias que usted nos cuenta: estaría oyéndolas noche y día; por el contrario, conozco que estos cuentos me fastidiarían pronto.—Y mucho más cuando con leer libros útiles y de instrucción podías disfrutar más completamente de la diversión que te causa *lo maravilloso*.—¿De qué modo?—Tu ignorancia sola te persuade que los prodigios y maravillas no se hallan sino en los cuentos. La Naturaleza y las artes ofrecen fenómenos más admirables, con mucho, que las aventuras más raras *del Príncipe Percinet*.—Pero, mamá, me parece casi imposible.—Al contrario, y en prueba de ello, te ofrezco hacer un cuento más singular e increíble que cuantos has oído hasta ahora, no obstante que todas sus maravillas serán ciertas.—Al oír esto César, dejando la partida de ajedrez y el *Diario de París*, se acercó a su madre, diciendo:—¿Será eso posible, mamá?—Vosotros lo veréis. Yo no haré más que inventar personajes y situaciones.—¿Pero todo lo maravilloso será cierto?—Sí; todo lo que os parecerá *prodigio y encantamiento* será efecto de la Naturaleza, habrá sucedido, y quizás existirá actualmente.—¡Parece increíble!—Pero, mamá, yo creo desde luego que no habrá en su cuento de usted *palacios de cristal ni columnas de diamantes*.—Ya que lo deseas, habrá en mi cuento *palacios de cristal y columnas de diamantes*. Aún pondré más: pondré toda una ciudad de plata.—¿Y eso sin hablár de encantadores ni de magia?—Sin encantadores y sin magia se hará todo eso

(1) * No he querido mudar este nombre, pues es bastante común en nuestros autores; sólo me ha parecido necesario explicar su significado a favor de los que le ignoren: *Metamorfosis* significa transformación de figura; se aplica a los encantadores que en sus cuentos se vuelven pájaros, culebras, piedras y cuanto quieren.

y mucho más.—Apenas puedo creerlo.—¡Ay, mamá; qué deseos tengo de oír ese cuento!—Necesito para componerlo lo menos tres semanas; porque me es preciso volver a leer muchas obras de Historia Natural y algunos viajes.—Pues qué, ¿en esos libros instructivos se hallan cosas más maravillosas que las de Percinet? ¿Pues cómo hay quien lea todavía los cuentos de encantadores?—Porque para entenderlos se necesitan algunos conocimientos preliminares que cuestan algún estudio.—Pero ¿podremos sin *conocimientos preliminares* comprender su cuento de usted?—Sí, porque no me valdré de términos científicos: os diré los efectos, sin explicar las causas. Y así os aseguro que, si no lo hubiese prevenido, os parecería mi cuento todo encanto y hechicerías.—¿Y será menester esperar tres semanas?—Y en todo este tiempo no habrá veladas por las noches, ni casos de historia por la mañana.—¡Cómo! ¡Válgame Dios!—Si lo consideráis, hijas mías, aún es poco castigo para vuestra desobediencia. ¿No os tengo dicho que no leáis libro alguno fuera de los que vuestra abuelita y yo os demos?—Es verdad; aún merecíamos más castigo.

Para consolarse en lo posible de la privación de las veladas pasaron los niños aquel día todo el tiempo de recreo en su jardín: al ponerse el Sol bajó con ellos su madre, y Pulqueria, haciéndola admirar un arriate lleno de jacintos, exclamó:—¡Todas estas flores son mías! ¡Oh mamá mía; qué feliz me ha hecho usted dándome este pedacito de tierra! Si a más de esto me acordase continuamente de no desobedecerla, sería mi dicha completa. Usted, que es buena como aquel sabio que pedía a Dios por los malos, ruégole que me dé juicio, que me quite la curiosidad, y que ninguno de mis jacintos se me muera.—¿Conque no te cansas de tu jardín?—Al contrario, cada día me gusta más.—No lo extraño: los placeres sencillos e inocentes son los únicos que duran. Los palacios cansan, cansa el trono mismo; pero nadie se fastidia de un jardín que cultive con sus propias manos.—Rogado Diocleciano por su antiguo colega Maximiano a fin de que volviese a ocupar el trono imperial que había abandonado algunos años antes, le respondió lo siguiente:—*Amigo mío, ven a ver las famosas lechugas que he plantado en mis jardines de Salona* (1).—¿Pues qué hubiera dicho si hubiese tenido mis jacintos?—Sin embargo, guárdate de no apasionarte demasiado con tus flores; nada se ha de apreciar con *preferencia exclusiva*: en nada conviene el exceso.—Pues qué, mamá, ¿la afición a las flores podría llegar a ser pasión?—No hay cosa de que el hombre no abuse cuando no oye la voz de la razón y deja de refrenar sus *caprichos*. ¿Podrás creer que hay personas tan locas que pagan trescientos o cuatrocientos luises por una cebolla de tulipán o jacinto?—¡Qué locura!—Yo he visto en Harlem, ciudad de Holanda, varias cebollas de jacintos que habían costado lo que te he dicho (2).—Pero

(1) Historia de Carlomagno, por M. Galliard, tomo 1, pág. 287.

(2) * Un famoso florista de Holanda me dijo había pagado por una cebolla 6.800 libras (que son 27.200 reales vellón), y añadió haber visto otras de

¿por qué causa puede valer tanto una flor?—Por la nimia delicadeza de los apasionados. Se esmeran, por ejemplo, en buscar los colores más raros; quieren que un jacinto, para ser perfecto, tenga en sólo un tallo quince, veinte o más florones; quieren que los florones sean grandes, cortos, unidos, de hojas largas, etc.—Según eso, cuentan los florones y miden las hojas. Más niños que yo son los tales aficionados. Sus flores, a pesar de ser tan caras, no tienen mejor olor que las mías; y para conocer su hermosura es preciso mirarlas muy de cerca; y así, tanto estimo yo mis jacintos como ellos las más hermosas platabandas de Harlem.—Y tienes razón.

A este tiempo avisaron a la Marquesa que había entrado en la quinta un coche. Esta visita era M. y Mad. de Luzane, con su hija Sidonia, de edad de quince años. No los conocía aún la Marquesa, aunque eran muy vecinos, porque pasaban todo el invierno en Autum. Creyendo por el mes de Abril que ya habrían llegado, pasó a verlos, y no los encontró: por esta razón venían ahora a pagarla la visita. M. Luzane era de edad de cuarenta años, y tenía una bella presencia; pero envanecido de esta ventaja y de la de haber hecho en su juventud algunos viajes a París, despreciaba extremadamente a todos los *provinciales* (1); trataba con desprecio a su mujer, y a su hija con indiferencia, creyéndose muy superior a todos sus iguales. Se consolaba de la desgracia de verse precisado a vivir con sus *inferiores*, con la idea de que a lo menos la superioridad de su mérito era evidente y generalmente conocida. Nunca había frecuentado el *gran mundo*, por lo cual unía a una total ignorancia de sus usos y costumbres la ridícula pretensión de saberlos todos: creíase muy urbano, y se había formado un diccionario de frases que había recogido en algunas novelas y cuentos morales, cuyos autores, creyendo pintar en ellas algunas escenas del *gran mundo*, no han hecho más que copiar las de la gente sin crianza ni honor (2). Este género de erudición daba a

mayor precio; los curiosos no cuentan sino seis especies de flores que realmente valen la pena de ser cultivadas, y son: el *jacinto*, el *tulipán*, la *oreja del oso*, el *clavel*, el *ranúnculo* y la *anémona*. El jacinto es casi la más hermosa, pero la menos rica en colores, y es menos común que las otras. Se cree que el ranúnculo nos vino de la Asiria en el tiempo de las Cruzadas. M. Bachelier, en el siglo anterior, trajo la anémona de América, y pretenden que el jacinto vino del Cabo de Buena Esperanza. El más hermoso jacinto es el *ophir*; su color es amarillo, y por dentro está matizado con manchas de color carmesí.

(1) *Építeto con que distinguen en París a los que, viviendo de sus rentas, las administran por sí propios establecidos en las ciudades o lugares donde las tienen.

(2) * Esta reflexión la dirige la señora Condesa de Genlis principalmente contra Crebillon, el hijo, y M. de Marmontel. En efecto; cualquiera que a ciegas y sin saber las costumbres de París leyere los cuentos de Marmontel formará de ellos un concepto malísimo, pero al tiempo injusto. El cuento en que más se ha excedido M. de Marmontel es en el de la *Bonne mère* o de la

M. de Luzane cierto tono libre y confiado, cierta jerigonza ridícula y unos modales igualmente desagradables e impolíticos. Al contrario, su mujer no tenía ninguno de estos defectos: era buena, sencilla y amable; aunque se veía despreciada de su marido, le amaba en extremo, y obligada a confesar su mal genio y corazón, en virtud de sus procedimientos, la ceguedad en que su amor la tenía la hacía que apreciase como gracias todas sus necias afectaciones. Sidonia, su hija, dócil, moderada, ingenua y sensible, hablaba poco, respondía con timidez, y se ponía colorada a cada paso. Pero su encogimiento no era grosero ni su reserva tenía nada de adusta, y en cualquiera concurrencia su porte, su modo, persona y razones hubieran agradado a todos.

Mad. de Clemira, acompañada de sus tres hijos, entró en la sala, en donde encontró a M. y Mad. de Luzane y a su hija. M. de Luzane, que pretendía agradar a una dama de *París*, manifestó desde luego toda su fatuidad y extravagancia. Después de los primeros cumplidos:—Señora—dijo dirigiéndose a la Marquesa,—no imagino que podamos tener el gusto de que usted pase aquí el invierno próximo.—Espero, no obstante, no volver a París sino de este otoño que viene en un año.—¡Usted lo espera, señora! ¡Oh! Esa frase es muy política.—Me agrada mucho el campo.—Sin embargo, es preciso confesar que cuando se ha vivido en la *capital* (1) no se puede tolerar el trato de las *provincias*, porque *sólo en París se vive propiamente; no estando en él, la vida es fastidiosa*. Pero, señora, a propósito: ¿cómo está Verglan?—¿Es mi hermano por quien usted me pregunta?—Sí, señora. ¡Oh; le conozco infinito! ¡Qué deliciosas meriendas hemos tenido juntos! Entonces era un tanto calavera. El lance que tuvo con Bleinville dió mucho que decir; después se casó: esto hace sentar mucho la cabeza.—Está muy contento; su mujer es muy amable.—En efecto; me han dicho que es muy rica. He sabido *que un tío de ella acaba de morir, y que la ha dejado diez mil ducados de renta. ¡Ese tío era un verdadero caballero!* No son tales los de provincias.—Mi cuñada ha sentido muchísimo la pérdida de su tío. ¡Un buen

Buena madre. Se puede decir con certeza que si el original de su Verglan se presentase en cualquiera casa de forma de París y en ella produjese las indecencias y majaderías que pone en su boca y los modales con que le pinta, no tardaría en salir de ella más que de paso. No hay duda que en París hay casas de la primera distinción en donde se nota mucho desorden y libertinaje; pero cuatro o cinco casas no son todo París; y si en las demás concurren sujetos algo parecidos a Verglan, se guardan de manifestar en ellas sus vicios y ridículo modo de pensar. Sirva esta nota de antídoto al veneno que podría verter en los pechos de los jóvenes el cuento citado, que se ha publicado, traducido, poco hace. Me ha parecido que debía vindicar aquí, pues se me ofrecía la ocasión, el nombre francés, y dar a conocer que no siempre se ha de creer a los mismos nacionales cuando escriben de su nación, ni tampoco juzgar de toda ella por algunos de sus individuos.

(1) * Los franceses, cuando hablan de París, suelen decir solamente *la ciudad*. Los cultos, como M. de Luzane, dicen *la capital*.

pariente es un amigo tan precioso y seguro!...—*Con todo, es muy triste amistad la de un tío viejo y machucho, y es muy puesto en razón que cada uno viva su tiempo: los jóvenes serían harto desdichados si los viejos caducos fuesen inmortales.* Pero, señora, permítame usted que la pregunte si Blandford es tan aficionado como antes *al champagne*.—¿Quién, mi tío? No lo sé.—Tenía una casita de campo divina, divina. Mi señora la Marquesa es muy joven para haber podido alcanzar en toda su hermosura a la Condesa de Blane. En mi tiempo era la belleza que privaba; tenía palco en la Opera.—Para ver la Marquesa si podía hacer general la conversación, empezó a hablar con Mad de Luzane. Entonces M. de Luzane, reparando en Carolina y Pulqueria, exclamó:—*Estas hermosuras no son comunes. ¡Qué facciones, qué talles, qué ojos! Ciertamente, estos ojos no merecen que se entierren en la provincia; sería un hurto, una traición privar de ellos a la capital.*—¿Qué edad tiene esta señorita?—le preguntó la Marquesa.—La señora lo sabe—respondió él con mucha frialdad:—a mí siempre se me olvida.—Conociendo la Marquesa que quería decir su mujer, empezó a hablarla haciéndola un elogio de Sidonia, que su madre escuchó con sumo gusto, en tanto que su marido, entre distraído y caviloso, registraba algunos libros que estaban sobre la cornisa de la chimenea. De repente, acercándose a la Marquesa:—¿Qué piensa usted, señora—la dijo,—de nuestro vecino el viejo la Paliniere? ¿Es posible que ese hombre haya pasado toda su juventud en París? Tal es el efecto que causa la provincia: en ella se pierden aquel *barniz* y aquellas gracias que sólo se hallan y se conservan en la corte o en la *capital*; y usted, señora, debe confesar que la parecemos muy poco civilizados.—Estas últimas palabras, dichas con un tono de suficiencia, iban a caza de una expresión lisonjera; pero no lo lograron: sólo dijo la Marquesa lo que debía, haciendo justicia al mérito y talentos de M. de la Paliniere. Después habló de cosas indiferentes, y al cabo de un cuarto de hora M. de Luzane hizo una seña a su mujer, y se acabó la visita. En el camino madama de Luzane y su hija dijeron que la Marquesa de Clemira era muy amable; pero M. de Luzane las hizo callar, respondiendo de un modo seco y descontento que la Marquesa no tenía nada de *espíritu*, discernimiento ni figura.

—¿Válgame Dios—dijo César a su madre,—qué singular y raro es este caballero!—¿Y por qué razón?—No puedo explicar lo que siento; solamente digo que me hace reír el acordarme de él. Sus modales, su sonrisa y sus gestos tienen un *no sé qué* de violento y extraordinario: parece que estudia lo que dice y hace.—Eso se llama no tener naturalidad.—Y además no usa de buenos términos en la conversación.—¿Qué entiendes por *no hablar en buenos términos*?—Por ejemplo: por decir París, siempre dice *la capital*; al vino de Champagne le llama *el champagne*.—Tu crítica es justa, pero nimia. Es cierto que las gentes han convenido en llamar a estos modos de hablar *expresiones ordinarias*; y como es preciso conformarse con la costumbre admitida, os he mandado que no empleéis semejantes expresiones. Bien conoceréis que en esto, como

en otras cosas, no está fundado el uso en ninguna razón de *gusto o congruencia*. Decir *me gusta el champagne, vivo en la capital*; o decir *me gusta el vino de Champagne, vivo en Paris*, son frases indiferentes por sí mismas: por tanto, sería una crítica muy ridícula la del que notase seriamente el vicio de no usar de estas frases consagradas por la costumbre, y mucho más si la crítica recayese sobre sujetos que, no habiendo vivido en el gran mundo, deben, por consiguiente, ignorarlas. Hay muchos que, teniendo un conocimiento profundo del trato de las gentes, no por esto son menos necios: esta verdad la veréis demostrada a menudo cuando tengáis más edad. Se puede ignorar enteramente los usos recibidos, y, sin embargo, tener un talento superior, y aun gracias personales, porque éstas son hijas del feliz conjunto del talento y del natural. No déis, pues, mucho valor a esas frioleras y, por consiguiente, a todo lo que no es más que exterior y frívolo. Por el alma y por los talentos se debe juzgar de los sujetos, y no por sus vestidos, su figura, gestos y modo de hablar. ¿Qué importan, pues, las expresiones o la elección y arreglo de las frases, si en sí mismas son decentes y juiciosas?—Pero, mamá, ahora me acuerdo que he oído a otros muchos decir el *Borgoña, la capital*, y no me ha pasado por la imaginación extrañar en ellos estas voces; no he hecho alto en ellas, y, con todo, confieso que M. de Luzane me ha parecido muy extravagante.—Pues procura encontrar la causa de esa diferencia.—Ya la he hallado—interrumpió Pulqueria:—creo que es porque quiere aparentar que sabe mucho no siendo así; quería hacer creer a usted que era amable.—Esa es la verdadera causa; tiene pretensiones infundadas de parecer instruído y *culto*, y no hay cosa más ridícula que esta idea. No ha vivido nunca en el *gran mundo*, y quiere hacer creer que sabe todos sus usos y que conserva sus modales. Ha leído algunos libros en los cuales ha creído encontrar una pintura verídica del mundo y de sus costumbres, y bajo la palabra de sus autores, muy ignorantes en este particular, se ha llenado de todas las ridiculeces que habéis notado.—Pero, mamá, es imposible que haya visto en un *libro impreso* que sea costumbre cuando se habla a una señora de su hermano, nombrar a éste por su apellido a secas. Cuando preguntó a usted por mi tío, dijo M. de Luzane: ¿cómo lo pasa Verglan?—Ha visto, no lo dudes, esta falta de urbanidad en *libros impresos*. También ha visto que los hombres se *tutean* continuamente delante de las señoras, y aun en las concurrencias más numerosas y respetables; ha visto que se llama a los petimetres calaveras *muebles de tocador*. También ha visto que un hombre, hablando de su mujer, la llama *señora* a secas, y que cualquiera, hablándole de su mujer al marido, dice: *he ido a ver a ustedes; ni usted ni la señora estaban visibles*; y, finalmente, ha visto otras muchas necedades y groserías parecidas.—Lo que más me ha chocado ha sido todo lo que ha dicho acerca de mi tía.—¿Sobre la muerte de su tío?—Sí, señora; y cuanto ha dicho me ha escandalizado.—Pues también ha leído eso en los *libros impresos*. Ha visto que es muy común hablar de este modo al

heredero mismo en presencia de señoras muy respetables (1) a quienes se pretende dar gusto afectando descaradamente un modo de pensar tan odioso.—¿Es posible? Pero ¿se dice en esos libros que los que hablan así son amables?—Se repite que son despreciables; pero al mismo tiempo se asegura que tienen *gracia* y mucha viveza de imaginación, y los representan como causa del trastorno de todas las cabezas y conquistando a las jóvenes de más juicio y virtud.—Pero eso es imposible.—Es verdad: gracias al Cielo, todas esas pinturas son enteramente falsas. No está el mundo lo bastante corrompido, no digo para reputar por *gracia* y *atractivo* semejantes groserías en sujetos que desprecian la mutua decencia, pero ni tampoco para que aun las personas menos delicadas toleren un exceso tan grande de sandez y perversidad.—¿Pues de dónde han sacado los autores de esos libros unas ideas tan falsas?—Con el tiempo os lo diré, porque ahora no estáis aún en estado de comprender mi explicación. He compuesto para cuando seáis mayores un cuento cuyo título es *Las dos reputaciones*; en él hallaréis la respuesta de esa pregunta.—Según eso, mucho tenemos que esperar, mamá.—¿A qué edad no seré ya niña?—A los catorce o quince años, si de aquí a entonces te portas bien.—¿Si me porto bien! Ya lo comprendo: para ser joven es menester ser juiciosa; esto me da miedo.—Sí, porque es preciso, por ejemplo, no ser atolondrada ni curiosa.—¿*Las dos reputaciones!* ¡Qué título tan raro! Mamá, si a los doce años ya no fuese curiosa y alborotada, ¿me dejaría usted leerle?—No, porque aún no puedes tener en esa edad bastante reflexión para comprenderlo.—¿Critica usted en su cuento las obras cuyos autores pintan tan mal las costumbres?—Adivina tú si debo criticarlos; pero has de pensar que nunca se han de criticar defectos frívolos: por tanto, juzga por lo que te he dicho de ellas si pueden ser o no ser peligrosas.—Desde luego veo que lo han sido para M. de Luzane, que ha creído cierto cuanto ha leído en ellas y que por parecer hombre a la moda y trastornar las cabezas de las mujeres imita el lenguaje de los *muebles del tocador*.—Y no sólo resulta de su lectura el inconveniente de afectar poca crianza y ridículos modales, sino también otro mayor, que es, como ya hemos dicho, pintarse el mundo más depravado de lo que en realidad está; finalmente, resulta que se cree (lo que nunca ha sido ni será) que el vicio sin disfraz puede agradar, y que la depravación de costumbres más groseras pueda conciliarse con las gracias, alucinando a la multitud y seduciendo los corazones inocentes y virtuosos.—Pues ya veo que las habrá usted criticado.—Y más cuando en las tales obras hay pasajes mucho más chocantes que los que he citado: en mi cuento veréis algunos de ellos.—¿Qué deseos tengo de ver esos pasajes! Por Dios, mamá, díganos usted algunos.—No podríais conocer el exceso de inverosimilitud.—Sí lo entenderé, mamá mía, porque ya no me gusta

(1) * El que quiera convencerse de lo justo de esta crítica, lea los cuentos de M. de Marmontel, y en particular el citado de la Buena Madre, que su traductor ha publicado con el título de *Ardides de buena madre*.

sinó lo verosímil.—No es esa la disposición que yo deseo que tengas para leer mi cuento.—Ya veo que será preciso esperar; pero creo seguramente que no hablará usted en él de aquellas expresiones que tanto criticó mi hermano, puesto que dijo usted que sus observaciones eran nimias.—Me es preciso hablar de ellas para hacer ver que sus autores no han conocido el mundo, y lo pruebo demostrando que ignoran del todo su tono y sus usos.—Es verdad; pero, siendo así, nos prohibirá usted en su cuento la lectura de esos libros.—Solamente la de algunos, pues no he tenido otro fin en componer mi cuento más que el de que lo leáis, no sólo sin riesgo, sino también con fruto.—¿Conque hay algunos buenos?—Seguramente: leeréis algunos que sólo tienen el defecto de que estamos hablando; por lo demás, admiraréis en ellos mucha sensibilidad y expresión, excelentes máximas, ideas ingeniosas, hermosísimas pinturas, y casi siempre un diálogo muy vivo y lleno de sales y finura. ¡Qué lástima es que con un mérito tan superior haya el autor tomado sus pinturas del *gran mundo* en algunas obras que él mismo debía despreciar con más motivo que otro alguno! Si sólo hubiese consultado a su corazón y a la razón, no se hubiera separado tanto de la verdad.

—Hablemos ahora de Mad. de Luzane y de su hija—continuó la Marquesa.—¿Qué os han parecido?—A mí me ha parecido Mad. de Luzane muy amable, y Sidonia muy preciosa.—Tienes razón: son muy atentas, prudentes y naturales; éstas son prendas apreciadas de todos y en todo país.—Yo he hablado en voz baja con Sidonia, y me respondía con tanta complacencia y dulzura... ¿Qué sería si la hubiesen dado una educación buena?—Pero dime: ¿qué entiendes por una buena educación?—Mamá... la nuestra.—Te estimo mucho la lisonja; pero no pido un elogio, sino una definición.—Una buena educación es tener muchas habilidades. Sidonia, según ella misma me ha dicho, no sabe ni música ni dibujo; nunca ha tenido maestro de baile.—¿Te acuerdas de haber oído hablar de la señora Flora, actriz de la Opera?—Sí, señora. ¿No es aquélla que mi tía no quiso que fuese a la función que dió?—La misma; y aquella aria que cantaron tan mal, la señora Flora la hubiera cantado perfectamente.—Es verdad; pero no es persona decente.—Pues, no obstante, la señora Flora canta divinamente, toca muy bien varios instrumentos, baila perfectamente; en fin, *tiene muchas habilidades*: por tanto, según tu definición, ha tenido una educación perfecta.—¡Oh; no por cierto, pues que no es persona decente!—Ya conocerás ahora que no siempre una educación brillante se debe llamar buena.—Es verdad, mamá.—¿No te he dicho mil veces que no hagas mucho aprecio de las cosas que no son verdaderamente importantes? Las habilidades nos ofrecen mil recreos agradables: cuantas más se poseen, más adorno se tiene, más gracias y medios de agradar a todos y de contentarse a sí propios; pero las gracias y habilidades no pueden, sin la virtud, hacernos dichosos.—No, ciertamente—dijo César,—puesto que para serlo se ha de lograr ser querido y estimado. El baile, el dibujo y la música no nos hacen estimables y amados.—¿Conque no son sino unos pasatiempos frívolos?—Pero mucho menos

frívolos que la hermosura y las gracias exteriores; porque, además de las infinitas diversiones que las habilidades nos proporcionan, cuesta algún trabajo adquirirlas; y se debe suponer, con razón, que una joven que tiene muchas ha sido dócil y capaz de aplicación y perseverancia: miradas de este modo, siempre merecen algún aprecio.—¿Y la instrucción?—Todo lo que pueda ilustrar el entendimiento y extender la imaginación debe perfeccionar nuestra razón y hacernos virtuosos. La lectura continua, la Geografía, las lenguas y la Geometría, etc., son conocimientos que ilustran el entendimiento: por consiguiente, la erudición y las ciencias no son cosas frívolas.—Es muy cierto, porque son causa de que seamos estimables; y por eso son muy superiores a los talentos puramente de diversión.—Es fijo, y sólo las cualidades del alma son superiores a la ciencia y a la instrucción.

—Decidme ahora, hijos míos: si conocieseis a una señorita sin habilidades, no sabiendo más lengua que la suya y sin elementos de ciencia alguna, pero amante de la lectura y del trabajo, nunca ociosa y además modesta, buena, siempre igual, agasajadora, natural y prudente, desconfiada de sí propia, deseando y pidiendo consejos, y reuniendo la prudencia y la discreción con la franqueza, dime tú, Pulqueria: ¿dirías que esta señorita *no había tenido una buena educación?*—; Ah, mamá! Ya confieso mi error. Si, como lo creo, Sidonia es todo eso, aseguro a usted que ahora pienso verdaderamente que su educación ha sido excelente.—Y es así, puesto que el objeto principal de un padre o de una madre es el de reprimir los defectos de su hijo y perfeccionar su genio. Si le hace ser bueno, virtuoso y sociable, ha desempeñado dignamente las sublimes funciones de su cargo.—Ya lo he comprendido. Pero, mamá, si además de la virtud y el buen genio hiciese adquirir a su hijo habilidades e instrucción, entonces la educación sería perfecta; y esto me parece muy posible.—Es cierto, y yo espero que algún día seréis vosotros la mejor prueba de esto: fuera de que me sería fácil citaros varias personas jóvenes que reúnen las prendas de corazón con los talentos, y la instrucción con las habilidades; esto sin contar a Delfina, Eglantina y la amable Eugenia.—; Ah, mamá! No olvidaré en mi vida esta conversación; me acordaré siempre de que no se deben apreciar en mucho sino las cosas esenciales, y en adelante no equivocaré las educaciones que no son más que aparentes con las sólidas y buenas; esto es, las que hacen ser buenos y virtuosos.—Todo esto debe hacerte conocer también que una madre amante y celosa puede en una aldea, sin riquezas y sin maestros, ayudada solamente del juicio y de la vigilancia, dar a su hija una crianza muy buena: para lograrlo no necesita más que cariño, paciencia y algunos libros escogidos.

La noche misma de esta conversación se les escaparon a los niños en la cena algunas burlas contra M. de Luzane. Su madre les dió por esto una seria reprehensión.—¿Qué es esto?—les dijo.—Yo creía que me habíais dado una prueba muy grande de vuestra confianza; pero ya veo que lo que yo atribuía a vuestro cariño para conmigo sólo procede de

vuestra malignidad.—¡Mamá; oh Dios mío!—Es natural que me consultéis, que me deis cuenta de vuestro modo de pensar, de los efectos que causan en vosotros estos o aquellos objetos, para que así aprendáis a conocer cuándo juzgáis mal o bien. Por tanto, apruebo que me digáis claramente lo que pensáis de las personas que vienen a vernos, con tal que vuestras observaciones no recaigan sobre frioleras. Si en la conversación se dice algo que os parezca contrario a las reglas de buena crianza, siempre aprobaré que me comunicéis los reparos que habréis hecho. Esta franqueza la reputaré como confianza; pero cuando la hagáis no siendo conmigo, ya no será más que indiscreción o murmuración.—Mamá, es verdad: hemos faltado.—Y gravemente. La murmuración, vicio odioso en cualquiera, en la juventud es aún más ridículo, repugnante y aborrecible. No digo en vuestra edad, pero aun a diez y ocho, a veinte años, ¿quién es capaz de juzgar y decidir cuando se trata de censurar las acciones de otros? En esa edad nadie ha conseguido todavía un buen concepto; ¿y cómo podrá pretender lograrle el que hace patente su ligereza, indiscreción y malignidad? Nadie más que un joven necesita de la indulgencia de todos; ¿y quién querrá tenerla con aquel que es considerado y de mala intención? El que se acostumbra a murmurar pierde todas las gracias apreciables de su edad, y hace conocer que carece igualmente de discernimiento, de juicio y de buenos principios.

Esta reprensión afligió mucho a los niños, y sobre todo cuando oyeron decir a su madre que esta falta atrasaría las veladas.—¿Y cuánto tiempo?—preguntaron muy desconsolados.—Voy a comenzar el *cuento maravilloso* que os he prometido.—Y luego que se acabe, ¿tendremos veladas?—No; solamente se empezarán quince días después.—¡Qué dilatación tan larga!—Debíais llorar, no este atraso, sino la culpa que le ha causado; porque ya sabéis que si no os conformáis, se doblará la penitencia.—¡Pues podríamos quejarnos, mamá mía! Conocemos que usted es la misma justicia: lo que más nos aflige es el arrepentimiento.—Esto costó lágrimas; pero la ternura maternal las enjugó, y las dulces caricias de tan buena madre sirvieron de consuelo a aquel castigo tan amargo.

La Marquesa principió a componer su obrita, como lo había ofrecido, y el 15 de Junio avisó que su cuento estaba concluído y copiado. Esta noticia causó sumo regocijo: sin embargo, costó suspiros el pensar que se habían de pasar quince días antes de oírle; pero las diversiones tan varias de la estación más hermosa del año hicieron esta privación menos sensible que si hubiese sido en las prolijas noches del invierno. Ya empezaban a pintar las cerezas, y los bosques estaban llenos de fresas. Agustínico enseñaba a César a subir a los árboles; muchas veces traía nidos con jilgueritos o verdicillos en cañones. ¡Feliz la hermanita a quien destinaba este regalo! ¡Qué gozo tan puro, qué agradecimiento le causaba! No obstante, al tomarlos se enternecían considerando el dolor de la *pobre madre* privada de sus hijitos; pero los nidos se guardaban y se buscaban jaulas. También se divertían haciendo canastillos de mimbres y cestos de juncos *para coger todas las flores de los campos y todas las*

fresas de los bosques. Todas estas diversiones no hacían que se olvidase el *jardín*: los narcisos y los claveles habían ocupado el puesto de los jacintos; ya no tenían flor las lilas, pero el deseo de ver las primeras rosas hacía su falta menos sensible.

Una mañana que la Marquesa se paseaba con el abate y la familia menuda cerca del jardinito de los niños, la pidió licencia Pulqueria para ir a dar una vista a sus rosales. Concedido el permiso, echa a correr, entra en su jardín, y ve una rosa hermosísima ya del todo abierta. Quiere cortarla para presentársela a su madre; pero no tiene ni tijeras ni navaja. La rama de la rosa era bastante gruesa, toda cubierta de espinas, y Pulqueria no tenía ni maña ni fuerza. Apurada, determina envolverse la mano en su delantal; y creyendo que con esta defensa no la picarían las espinas, agarra la rama con fuerza. Al punto da un chillido, retira prontamente sus dedos ensangrentados, sacudiendo con tal violencia la rama, que la rosa quedó medio deshojada. Esta desgracia hizo saltar las lágrimas a Pulqueria; y a pesar de su dolor, sólo piensa en el rosal. Aparta la mano, temiendo que la sangre que chorrea de sus dedos aje sus hermosas hojas; pero siente algún consuelo en llorar sobre la rosa medio deshojada.

En este instante la Marquesa, pálida y toda temblando, entra apresuradamente en el jardín, seguida del abate, de Carolina y de César: había oído el chillido de Pulqueria, y toda asustada venía a ver lo que había sucedido. Al ver Pulqueria a su madre tuvo vergüenza de su poco ánimo, y corrió a echarse en sus brazos. Después de haberla contado el lance prosiguió:—Mamá, era la más hermosa de todas mis rosas, y yo la guardaba para usted.—¿Conque el chillido que tanto me ha asustado ha sido por eso, y no por una ridícula delicadeza?—Mamá, no creí haber gritado tanto.—Pues a mí me parece que en mi vida he oído un chillido más penetrante.—Es porque conoció usted mi voz. ¡Ah, mamá! Apenas puede usted estar en pie; sentémonos.—En fin, ya estoy contenta: tú no llorabas sino porque tu rosa se había deshojado y porque me la querías dar; eso es mucha generosidad.—Mamá...—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué te turbas?—Mamá, es que también lloraba un poco por las picaduras.—Esta graciosa ingenuidad la valió mil cariñosas ternezas de su madre y muchos elogios.—Conserva, hija de mi alma—la dijo,—conserva toda tu vida ese candor y generosidad; dí siempre la verdad, y nunca admitas alabanza alguna que esté fundada en un error. Es bajeza, es injusticia disfrutar de la aprobación de los demás sin merecerla; es una infame usurpación. Un alma grande es feliz por el bien que hace, no por los aplausos que recibe.

—Es cierto—dijo el abate—que esta señorita tiene una ingenuidad natural que no se puede alabar bastante; pero sería mejor que fuese tan animosa como sincera.—A bien—dijo Pulqueria—que el valor no es prenda necesaria en una mujer.—Es verdad—replicó el abate—que no teniendo la mujer las fuerzas del hombre, no puede ser tan valiente como él: no ha nacido para manejar una espada ni mandar un ejército, y, por



En este instante la Marquesa, pálida y toda temblando, entra apresuradamente...

tanto, puede sin nota de deshonra no tener valor; pero si absolutamente no tiene nada, es muy digna de lástima, y no lo será de estimación. No se la pide que tenga un valor heroico; pero no se la perdona la pusilanimidad, porque ni en hombre ni en mujer hay excusa para la cobardía. —Además de que—prosiguió la Marquesa—si lloras por una picadura, ¿qué harías si te sacasen una muela? ¿Cómo podrías tolerar una infinidad de males propios de nuestra débil naturaleza, como, por ejemplo, un fuerte dolor de cabeza, un cólico o una convulsión de nervios?—Yo bien quisiera ser animosa.—De ti depende.—¿Pues cómo?—Imita a tu hermano, aprende a sufrir sin quejarte: en esto está todo el secreto.—Pero es muy difícil.—No lo creas: con sólo un poco de dominio sobre ti misma y algunas reflexiones lo conseguirás muy fácilmente. El que se queja, exagera sus males y los aumenta; el que procura violentarse para no hablar de ellos, se suele distraer. El otro día, por ejemplo, en el paseo tenías sed. ¿De qué te sirvió repetir cien veces: ¡*Qué sed tengo!* ¡*Dios mío!* ¡*Qué sed tengo!* ¡*Me muero de sed!* Estabas muy impertinente, nos aburríste, no atendiste a la conversación, y todas tus enfadosas lamentaciones no te hicieron lograr una sola gota de agua.—Es verdad: tengo esa mala costumbre; pero por lo que más lo siento es porque la importuné a usted, mamá mía. Pero si yo la viese a usted padecer, no me causarían enfado sus quejas.—Tus quejas me enfadaban y me afligían, porque, siendo tu madre, no puedes tener pena o dolor alguno, ya sea real, ya sea imaginario, de que yo no participe; pero si no hubieses sido hija mía, esas mismas quejas no me hubieran inspirado sino desprecio, porque comúnmente no se compadecen los males de poca entidad sino cuando se sufren con paciencia.—La prometo a usted que me corregiré.

A los cinco o seis días después de esta conversación, y finalizada la penitencia de Pulqueria, la Marquesa dijo que aquella noche les comenzaría a leer el cuento que había compuesto. Después de cenar fueron los niños corriendo a la sala, y la Marquesa, después de haberse sentado junto a una mesa, sacó el manuscrito de la faltriquera. Antes de empezar a leer dijo:—Quiero recordaros que me obligué a no contar sino cosas que os parecerían increíbles, pero que habrán sucedido o podrán suceder: en dos palabras, fenómenos cuya existencia pasada o actual sea del todo cierta. No he inventado más que los lances, y es la única cosa que os parecerá creíble. Todo lo que os ha de parecer *maravilloso* y todo lo que se asemejará a los cuentos de encantos será exactamente verdadero y natural.—¡Qué cosa tan linda! ¡Verdades increíbles! ¡Cuánto mejor es eso que las verdades que saltan a los ojos!—Pero, mamá, ¿es posible que hemos de creer a cada paso lo que no podemos comprender?—No lo sientas ni te cause vergüenza, hijo mío: esa es pensión común al niño y al hombre instruído y curioso. Nuestras luces son muy limitadas para poder comprender todas las verdades que están demostradas. Sería un absurdo creer un hecho tan sólo, porque es maravilloso, y también sería necio el que negase la existencia de una cosa porque a primera vista le pareciese incomprensible. No hemos de creerlo todo fácil-

mente; pero no por eso nos hemos de entregar a la vana y ridícula presunción que desprecia y niega neciamente todo lo que nuestra débil razón no puede concebir.—Pero como todas las maravillas del cuento de usted son ciertas, podremos creerlas a ciegas: eso me basta.—Pues yo quisiera entenderlas. ¿Me las explicará usted, mamá?—Te explicaré lo que sé, que es muy poco. Tengo muy cortos conocimientos, y sobre todo de Física; y además, te vuelvo a decir que hay infinitos fenómenos que aun los hombres más sabios no podrán explicar jamás.—De esa suerte, a cada cosa maravillosa tendrá usted que interrumpir su narración para explicarla.—No por cierto, pues bien podéis conocer que semejantes interrupciones quitarían toda la gracia a mi cuento. Tengo hechas unas notas, que leeremos con atención y cuidado cuando repasemos segunda vez este cuento. Ahora, ¿queréis escucharlo, que voy a empezar?—Con mucho gusto, mamá mía.—Diciendo esto, cada uno acerca su silla a la Marquesa, la que, tomando otra vez el manuscrito, leyó en alta voz lo siguiente.



ALFONSO Y DALINDA, O LOS ENCANTOS DEL ARTE Y NATURALEZA

“No se pueden conocer los grandes efectos de las variaciones de la Naturaleza paseándose por nuestros campos cultivados, ni tampoco se conseguirá aunque se corran todas las tierras del dominio del hombre: solamente se pueden conocer esos efectos pasando desde las abrasadas arenas de la zona tórrida a los inmensos hielos y nieves de los Polos, etc.

EL CONDE DE BUFFON.”

Alfonso, héroe de mi cuento, nació en Portugal. Su padre, don Ramiro, debía sólo al valimiento sus empleos y riquezas. Hijo de padres humildes, pero dotado de mucha sagacidad y astucia, el gusto de la intriga y la ambición le facilitaron los medios de introducirse en la Corte, y él supo hacerse parciales, formar sus cábalas y llegar, finalmente, a ser privado de su rey. El joven Alfonso se crió en Lisboa en el suntuoso palacio de su padre. Como hijo único del hombre más rico y poderoso del reino, desde la cuna le rodearon la adulación y vil lisonja, y corrompieron su primera juventud. D. Ramiro, ocupado en grandes proyectos y en pequeñas trazas, no pudiendo ser a un mismo tiempo cortesano continuo y padre vigilante, se creyó obligado a descargar en manos ex-

trañas la educación de su hijo. Tuvo Alfonso de toda clase de maestros: las lenguas extranjeras, la Historia, las Matemáticas, la Música, el dibujo, todo se lo enseñaban, y todos sus maestros alababan su maravillosa disposición, su ingenio y superiores luces. No obstante, sólo aprendió Alfonso a dibujar algunas flores y a tocar la guitarra bastante bien. No era menester más para ser el ídolo de las damas de la Corte, y tanto más, cuanto él las daba a entender que era geómetra profundo, físico excelente y gran químico. Alfonso lo aseguraba de buena fe, porque su ayo, sus maestros, sus criados y toda la turba de aduladores de su padre le habían dicho tantas veces que era un *prodigio*, que no podía dejar de creerlo. No solamente se juzgaba el joven más distinguido en la Corte por su talento, su persona y su instrucción, sino que también creía que su nacimiento era tan ilustre como grandes sus riquezas; porque don Ramiro, luego que se vió en el candelero, se compuso en los ratos ociosos una soberbia genealogía, en la cual hacía llegar su origen hasta los tiempos fabulosos de Luso (1). Este fruto de las recreaciones de D. Ramiro a nadie engañaba sino a su hijo. El mundo y los áulicos no creen con tanta facilidad en las ejecutorias antiguas, que sólo se vuelven a encontrar cuando se tienen riquezas y valimiento. Pero Alfonso, demasiado vano para no ser crédulo en este punto, no creía que ninguno fuese más ilustre que su padre y él, exceptuando al Rey y a los Príncipes de la Real familia. Mas aunque estaba desvanecido con su orgullo, lleno de ignorancia, de presunción, de fatuidad y corrompido por el fausto, las lisonjas y la privanza, con todo, no estaba enteramente pervertido: era valeroso, tenía buen corazón y bastante talento. La inconstancia de la fortuna le tenía preparada la más útil de todas las lecciones.

La elevación y privanza de D. Ramiro eran hijas, no de su mérito, sino de sus artificios: otro más astuto que él hizo que se trocase su suerte. En efecto; cayó de la privanza, y se le despojó de todos los cargos y honores que obtenía. Contaba Alfonso en este tiempo diez y siete años. Esta repentina revolución despojaba a D. Ramiro, no sólo de cuanto podía lisonjear su vanidad y orgullo, sino que también le quitaba la mayor parte de sus riquezas. Tenía el mismo modo de pensar que aquellos subalternos ambiciosos que echan de menos igualmente los empleos y los sueldos. Además, tenía muchas deudas. Su desgracia hizo que sus acreedores se mostrasen tan importunos y molestos como antes de ella habían sido sufridos y moderados. Fué preciso que para pagarles vendiese sus haciendas en mucho menos de lo que valían. Finalmente, sólo le quedó a D. Ramiro de todos sus bienes el suntuoso palacio de Lisboa; bien que éste contenía inmensas riquezas en pinturas, muebles, vajillas, y sobre todo en diamantes. Precicado también a venderle, aguardaba una ocasión favorable, cuando un terrible contratiempo puso el colmo a sus in-

(1) Antiguamente se llamaban los portugueses *lusitanos*, nombre que, según una tradición fabulosa, les venía de *Luso* o *Lisias*, uno de sus reyes, hijo o compañero de Baco.

fortunios. Aún no había dicho a su hijo que su situación le obligaba a vender el palacio y a irse lejos de la capital. En fin, una mañana le envió a llamar, determinado a decirle claramente el estado de sus cosas y a manifestarle sus ideas.

Luego que quedaron solos: — Alfonso—le dijo, — quisiera saber el efecto que han causado en ti mi desgracia y la pérdida de mis bienes. —Padre mío—respondió Alfonso,—siempre he oído decir en el tiempo de su privanza de usted que ningún Ministerio había sido tan glorioso como el suyo, y que la nación admiraba y amaba sus prendas: por tanto, he pensado que el amor de los pueblos y la gloria debían consolarle en una injusta desgracia. Además de esto tenemos muchos amigos: cuando usted quiera recibirlos, no lo dude, inmediatamente volverán. Nuño, don Alvaro y otros muchos a quienes he hablado me lo han asegurado; me han dicho también que muchos de ellos han fingido apartarse de usted para mejor servirnos ocultamente. Y sin eso, aún le quedan a usted muchas riquezas y un nacimiento ilustre, y por más que la envidia le persiga, siempre será usted el primer señor del reino.

—Muy engañado estás, Alfonso—interrumpió D. Ramiro.—¿Ignoras acaso que el nombre de mi padre apenas era conocido?—Ya lo sé; pero también sé que aquellas antiguas ejecutorias que usted encontró hace algunos años nos igualan con el más noble de Portugal. Usted mismo me ha enseñado estos preciosos papeles que están guardados en su gabinete de usted en un cofrecito.—Al oír esto suspiró D. Ramiro. Había tenido, en efecto, la ridícula vanidad de comprar un árbol genealógico, y no había conocido sino después de su desgracia cuán despreciable e inútil es esta indigna superchería. Ya conocía lo que hasta entonces le había ocultado la lisonja; a saber: que, excepto su hijo, todos conocían su nacimiento, y se burlaban de sus locas pretensiones y tretas para ocultarlo. Bien hubiera querido desengañar a Alfonso; pero no podía resolverse a confesarle una falsedad tan indigna. En medio de esta perplejidad estaba triste y taciturno, cuando de repente se estremece, y ve que Alfonso está para caerse. Pálido y atemorizado, se levanta.—¡Huyamos de aquí, padre mío!—exclama Alfonso.—¡Agárrese usted a mí; huyamos!—Diciendo esto tira de su padre y huye con él. En el mismo instante oyen mil confusos gritos: se precipitan hacia la escalera; una parte del piso se abre debajo de los pies de Alfonso, quien para no llevarse a su padre tras sí abandona su brazo, y cayendo envuelto con las ruinas del suelo que se hunde, desaparece a vista de D. Ramiro consternado.

Algo herido Alfonso se levanta, y se halla en el gabinete del cuarto bajo de su padre. Entre los escombros y ruinas advierte dos cofrecillos: en el uno estaban todos los diamantes y joyas de D. Ramiro, y en el otro, las ejecutorias tan estimadas en otro tiempo. Queriendo Alfonso en aquel horrible desastre salvar lo que le parece más precioso, no duda en coger el cofrecillo de las ejecutorias. Entonces corre hacia la puerta y huye al jardín; pero, deseando saber la suerte de su padre, iba, no sin riesgo de perecer, a entrar otra vez en la casa, a tiempo que oyó su voz,

y un instante después le vió al otro cabo del jardín. No sin mucho trabajo pudo juntarse con él, porque la tierra en que pisaba se hundía y se levantaba como el mar en tiempo de una furiosa borrasca. Oía al mismo tiempo un ruido subterráneo parecido a los bramidos de las olas cuando se estrellan contra los escollos. Bamboleáse Alfonso, cae, se levanta, vuelve a caer, y, no pudiendo mantenerse en pie, se echa en tierra, y arrastrándose hace esfuerzos para llegar adonde está su padre. Ve que por todas partes se abre la tierra, y que de estas hendiduras arroja fuego voraz y llamas resplandecientes que se elevan con rapidez y desaparecen en el aire; cubierto el cielo de humo denso, no presta a esta escena de horror más luz que la de los relámpagos que penetran por entre sus tinieblas. Lo espantoso de los truenos y el furor de los rayos que de continuo se desgajan acaban de completar este tremendo espectáculo. Mira Alfonso en las nubes el rayo abrasador que amenaza sobre su cabeza; ve entreabiertos a sus pies los abismos; más de una vez, cuando ya creía llegar a su padre, un nuevo vaivén le arroja lejos de él bañado en sangre y sudor, cubierto todo su vestido de polvo y arena, pero sin haber soltado en medio de tan horroroso conflicto su precioso cofrecito: se imagina que su padre le recibirá con sumo gozo, y esta sola idea le da fuerzas y valor. Ya por fin va a llegar a su padre, que le espera con los brazos abiertos.—¡Oh padre mío!—exclama Alfonso.—¡Vea usted este cofrecito!—¿Son mis joyas?—interrumpió D. Ramiro.—No, no; he escogido mejor: lo que traigo aquí y que he puesto en salvo son sus papeles de usted.

Al oírle, consternado D. Ramiro levanta los ojos al cielo:—¡Cruel castigo, pero justo, de mi necia vanidad!—No pudo decir más: el llanto de embargó la voz. No estaba Alfonso en estado de comprender el sentido de estas palabras, y así, no pudo salir de su error, y acercándose a D. Ramiro, éste le recibió en los brazos. Un instante de calma les dejó considerar los tristes objetos que se ofrecían a su vista. Estaban sentados enfrente del palacio medio arruinado. Aquel soberbio palacio construído diez años antes; aquel palacio tan nuevo, tan brillante el día anterior, no era ya más que una ruina: al verle todo demolido y desplomado se hubiera creído que sólo el tiempo había podido producir tan terrible revolución. Parecía que sólo el transcurso de muchos siglos era capaz de destruir un edificio construído con tanta solidez y magnificencia; y, no obstante, su total destrucción había sido obra de algunos minutos. Aquel jardín, obra maestra de la Naturaleza y del arte, ya no ofrecía a la vista más que la espantosa imagen del caos; ya no era sino una inmensa mole informe de arena, lodo y hojas secas. Aquella misma mañana se admiraba en él una hermosa cascada, y ya no había quedado ni rastro de ella; en el sitio que ocupaba una montaña artificial levantada a costa de inmensos caudales, sólo se veía una espantosa sima. ¿Qué se ha hecho de los bosques de limones y naranjos, las estatuas de mármol y los tiestos de alabastro y pórfido? Ya no se ve sino tal cual vestigio; sólo se encuentran algunos fragmentos: lo demás se ha sepultado.

Atónito vuelve D. Ramiro la vista a todas partes. Está sentado cerca de un bosquecillo cuyos árboles ha visto nacer, y que ahora yacen arrancados y sepultados en el cieno. Aquellos árboles que debían sobrevivir a la mano que los plantó han perecido con la misma rapidez que las hierbas y flores que crecían al amparo de su sombra.—¡Oh, día para siempre horroroso!—exclamó D. Ramiro.—¡Cuánto trabajo perdido! ¡Cuántos tesoros sepultados en este desdichado sitio! ¡Ah! ¡Si yo hubiese empleado mejor mis riquezas y todo el dinero que me ha costado ese desventurado palacio! Pero ya parece que el terremoto ha cesado (1): veamos

(1) * Hubo en Lisboa un espantoso terremoto en 1755; muchas casas fueron consumidas por las llamas que salían de la tierra, fenómeno bastante común en los temblores de tierra, y que ya se había visto en el que se experimentó en Remiremont, a cuatro leguas de Plombieres, en el año de 1682. Lo que hubo de más singular es que los sacudimientos acontecían siempre de noche, y no de día; los acompañaba un ruido que salía del centro de la tierra, semejante al de un trueno, y se veían salir llamas de la tierra. En América ha habido temblores de tierra que han durado más de un año, con sacudimientos muy violentos cada día. Bajo el imperio de Tiberio trece ciudades considerables del Asia fueron totalmente destruídas. La célebre ciudad de Antioquía experimentó la misma desgracia el año de 115. Allí pereció el cónsul Pédon; y el emperador Trajano, que se hallaba entonces en ella, se salvó con mucho trabajo.

En 742 hubo un temblor de tierra universal en Egipto y en todo el Oriente; en una misma noche seiscientas ciudades fueron arruinadas; las provincias meridionales de Francia limitadas por los Pirineos han experimentado algunas veces sacudimientos muy violentos. En 1660 todo el país comprendido entre Burdeos y Narbona fué asolado por un temblor de tierra, y, entre otras devastaciones, sepultó la montaña del Bigorre y puso una laguna en su lugar. Esto fué causa de que un gran número de baños minerales se enfriaran y perdieran sus virtudes salutíferas. En los temblores de tierra del año 1755 también fué esta parte de Francia la que experimentó mayores daños.

Lima, capital del Perú, distante solamente dos leguas del Callao, puerto del Mar Pacífico, después de haber experimentado en diferentes tiempos temblores de tierra muy violentos, fué casi enteramente destruída en 1746, y el mar cubrió todos los edificios del Callao, sumergiendo a todos sus habitantes: sólo una torre quedó en pie, y de veinticinco navíos que había en el puerto, cuatro fueron echados una legua dentro de las tierras, y los demás zozobraron.

Hasta ahora, dice M. de Bomare, se atribuyen los temblores de tierra a dos causas: La primera, a la elasticidad del aire interno, excesivamente rarefacto (a) por la inflamación de las piritas (b), causada por la humedad de las aguas que alteran estos mixtos, los descomponen, oxidan (c) y los inflaman; la se-

(a) Rarefacto significa dilatado.

(b) Las piritas son unas sustancias mineralizadas compuestas por la Naturaleza, más o menos compactas, pesadas y cristalizadas en diversas formas, y muchas veces formando vetas muy profundas en las minas. Llámense sustancias mineralizadas aquellas cuyos intersticios o poros se han llenado por infiltraciones o vapores minerales o metálicos.

Se llama cristalización en la Historia Natural a todas las sustancias minerales que de por sí toman una figura constante y determinada, y así, hay tantas cristalizaciones como sustancias que adquieren una figura regular.

(c) *Mohecer*. Por este término se entiende aquella materin que a modo de copos se forma en la superficie de ciertos cuerpos cuando se descomponen por el contacto del agua. Véase M. de Bomare.

si se puede entrar en él. Si a lo menos pudiésemos sacar mis diamantes...—No había aún acabado de decir esto, cuando una espantosa conmoción le derriba en el suelo; al mismo tiempo se desploman y reducen a cenizas las paredes del jardín, y el palacio se hunde y desaparece; del sitio en que estaba sale un torbellino semejante a un volcán de fuego y polvo. Repara D. Ramiro al instante que varios facinerosos con hachas encendidas se encaminaban a las ruinas del palacio con intento de robar lo que hallasen (1). Quiso Alfonso embestirlos; pero su padre le detuvo, y estrechándole en sus brazos:—¡Oh, hijo mío!—le dijo.—¡Huyamos de esta mansión del horror y espanto! Las paredes arruinadas del jardín nos facilitan la salida; no estamos lejos de las riberas del Tajo. ¡Vamos, pues, a buscar un asilo en los navíos!

Alfonso, sosteniendo a su padre con un brazo y llevando en el otro su cofrecito, salió con D. Ramiro del jardín, y se hallaron en una plaza, cuyas casas, enteramente demolidas o consumidas por las llamas, les hicieron ver que el estrago era general. Después de haber estado expuestos a mil riesgos espantosos fueron recibidos a bordo del navío que mandaba el valiente y generoso Fernández: Fernández, a quien D. Ramiro había ofendido en el tiempo de su privanza; pero el cual en esta pública calamidad no ve en su antiguo enemigo sino al hombre desventurado que necesita de su amparo. Recibe a D. Ramiro, le abraza y le consuela, porque la compasión de las almas benéficas es tan expresiva y poderosa, que dulcifica las mayores penas. Viendo D. Ramiro que Fernández no se quejaba de daños propios en tan común desastre, le preguntó de este modo:—Usted tenía muchos bienes: ¿les ha cogido la destrucción general?—Mi casa de Lisboa se ha quemado.—¿Es muy grande esta pérdida?—No, porque mi casa era reducida y de poco valor.—¿Ha conservado usted sus joyas y diamantes?—No les tengo.—¿Tenía usted jardín?—Sí le tengo; pero es en una posesión distante de Lisboa, en donde paso la mitad de mi vida, en la provincia de Alentejo (2).—He oído hablar de ella. ¡Quié-

gunda, a la fuerza prodigiosa de estas aguas mismas reducidas en vapores. Este sistema parece muy verosímil, puesto que la rarefacción del agua es infinitamente mayor que la del aire, y así, el fuego, el aire y el agua concurren para conmover la tierra que los comprime. Véase el *Diccionario de Historia Natural*, por M. de Bomare, en el artículo "Temblor de tierra", y la misma palabra en la obra intitulada *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza*.

(1) En efecto; los incendiarios destruyeron más casas de Lisboa que el temblor de tierra, porque con el fin de robarlas impunemente las incendiaban. Los infelices habitantes de Lisboa, víctimas de esta inaudita maldad, hallaron algún consuelo en la humanidad de una nación generosa. Luego que los ingleses tuvieron la noticia de esta terrible desgracia se esmeraron al instante en enviarles todos los socorros que podían necesitar; beneficio que costó a los ingleses seis millones de libras esterlinas (a), pero que les granjeó y aseguró nuevo derecho a la pública estimación de toda la Europa.

(2) Provincia de Portugal entre el Tajo y el Guadiana; la capital de ella es Evora.

(a) *Qua son 540 millones de reales.*

ra el Cielo que el terremoto no haya asolado aquella provincia! ¿Es grande la quinta que usted tiene?—No, pero es muy linda.—Creo que ha hecho usted algunos establecimientos ventajosos.—Sí; por lo menos son útiles.—¿Y qué cosa?—Una fábrica y un hospital.—¿Produce mucho la fábrica?—Lo suficiente para mantener un crecido número de obreros, y para pagar una parte de los gastos del hospital.—Conozco que emplea usted dignamente sus riquezas. El Cielo las conservará. ¡Ah! ¡Qué sensible le sería a usted, con un alma tan generosa, el verse arruinado y precisado a abandonar esos piadosos establecimientos!—Entonces me serviría de consuelo la memoria del bien que habría hecho.—Estas últimas palabras atravesaron el corazón de D. Ramiro: ya conocía y lloraba el vano empleo que había hecho de sus riquezas; sus ojos se abrieron, pero tarde para su quietud y gloria.

Las generosas solicitudes de Fernández consiguieron del Rey una corta pensión para D. Ramiro, que absolutamente no tenía con qué subsistir, y con la cual a lo menos podría mantenerse. Determinó irse a establecer a la provincia de Beira (1). En efecto; partió con su hijo, y se fijó en un asilo oscuro y campestre cerca de las agradables riberas del Mondego. Allí, seguido de importunas memorias y de crueles remordimientos no pudo encontrar la quietud que iba buscando.

Alfonso, devorado de ambición, y cuya presunción y orgullo no se habían corregido con las desgracias, se consolaba en su estado con la esperanza de hacer con el tiempo una fortuna más brillante y permanente que la de su padre. Formaba mil proyectos extravagantes y quiméricos que, aunque imposibles y absurdos, su ignorancia y vanidad hacían que le pareciesen muy fundados. Incapaz de reflexionar y de ocuparse en cosas útiles y de importancia, gastaba gran parte del día en leer novelas. Esta lectura vana y peligrosa exaltaba e inflamaba su imaginación, dándole al mismo tiempo las ideas más falsas del mundo y de los hombres. Cerca de la casa que habitaba estaba la famosa fuente del Amor, nombre que le viene de dos amantes desgraciados que, guiados en otro tiempo por una ciega pasión, se juntaban en ella. Estos fueron D. Pedro y la hermosa Inés de Castro, que en sus márgenes se hablaron mil veces de su amorosa pasión (2). Dos antiguas palmas hacen sombra a esta fuente: están unidas la una a la otra con una guirnalda flexible de pámpanos y yedras: el agua que se precipita desde un alto peñasco vuelve a caer formando una cascada natural, y formando un arroyo se pasea lentamente con blando murmullo por un prado siempre verde y cubierto de mirtos, laureles y naranjos.

Iba muy a menudo Alfonso a leer o a cavilar en este apacible sitio.

(1) Coimbra es la capital.

(2) Esta es, en efecto, la tradición vulgar: aún se ve hoy día dicha fuente cerca del Mondego, con el nombre de *la Fuente del Amor*. Camoens, en su poema *Os Lusíades*, hace nacer esta fuente de las lágrimas que a la muerte de la desgraciada Inés derramaron las ninfas del Mondego.

Una mañana que fué algo más tarde de lo que acostumbraba, oyó al acercarse a la fuente a dos personas que hablaban en una lengua extranjera. Alfonso distinguió una de las voces, tan dulce y atractiva, que entró en deseos de ver a la persona que hablaba. Turbado, se acerca por entre unos mirtos, aparta un poco las ramas, y sin ser visto mira el objeto más digno de fijar su atención y sus ojos. Era una joven de edad apenas de quince años y hermosa en extremo, sentada junto a la fuente al lado de un hombre que, al parecer, era su padre. Estábase escuchando con una atención tan grande, que fácilmente comprendió que la estaba contando alguna cosa particular; la enseñaba las palmas y la fuente. Por sus acciones juzga Alfonso que la está refiriendo la historia de la infeliz Inés. La joven, con los ojos fijos en el rostro del extranjero, calla y escucha; pero la expresión de su semblante hace que se comprenda fácilmente lo que la está diciendo. La curiosidad, el temor y la compasión se pintan sucesivamente en su rostro; pero con tanta energía, que Alfonso cree que está viendo lo mismo que a ella la cuentan. De allí a poco ve correr sus lágrimas, y llora con ella la muerte de Inés. Pero en breve cesa el llanto; la joven se estremece; el terror, la indignación, ocupan el lugar del enternecimiento. Alfonso se horroriza con ella, y detesta los excesos que cometió el infeliz D. Pedro, arrastrado del deseo de vengarse. Ya se ha acabado la historia de Inés. No obstante, el extranjero sigue hablando: sin duda que está haciendo algunas reflexiones acerca del peligro de las pasiones y sobre la fatal y criminal imprudencia de las jóvenes que dan entrada en su pecho a una pasión sin el parecer y consentimiento de sus padres. A este punto la hermosa extranjera se arroja en los brazos del hombre con las más tiernas y afectuosas expresiones de cariño, y después, volviendo a la fuente sus ojos bañados en llanto, a aquella fuente testigo en otro tiempo de los indiscretos juramentos de amor, suspira, y arrodillándose, juntando sus hermosas manos y levantándolas al cielo, parece que promete al autor de sus días una eterna sumisión. Su hermosura en esta actitud tenía algo de angélica y celestial.

Al verla en aquella postura no pudo Alfonso contener su admiración, y sin poderlo remediar hizo una grande exclamación; pero al mismo instante, temiendo ser descubierto, se apartó de allí con ligereza. Llena su imaginación con lo que acababa de ver, y sin reflexionar, tomó el primer sendero que se le presentó. Pero a poco rato volvió hacia la fuente; mas ya no estaba allí su hermosa extranjera. Triste y pensativo contempla Alfonso el sitio donde había estado: se le figura que la está viendo de rodillas delante de su padre, cree que la oye hablar, y, con todo, no le quita esta ilusión el dolor que le causa su ausencia; siente su corazón oprimido, y sus ojos arrasados en lágrimas. En este arrobamiento estaba sumergido, cuando de improviso oye un grito que penetra hasta lo íntimo de su corazón: corre, vuela, y, ¿qué ve? A la hermosa extranjera sola, pálida y aterrada, huyendo de un toro furioso que la persigue. Arrójase Alfonso a ella, la coge en sus brazos, y la salva en el mismo instante en que, postrada del susto, acababa de caer en el suelo a diez pasos del



Arrodillóse y juntó sus hermosas manos

toro. Cargado Alfonso con tan preciosa alhaja, huye con velocidad del animal furioso, y lleva a la incógnita desmayada a lo más alto de una peña. A este tiempo ve al padre que llega corriendo todo asustado, y que al ver a su hija en salvo bendice al Cielo y a su libertador; pero cuando iba a llegar a ellos, el toro se revuelve y le embiste. No tuvo tiempo de subirse a un árbol para evitar la furia de aquella fiera: en vano Alfonso, sosteniendo con un brazo a la incógnita, que aún no había vuelto en sí, le alarga una mano para que suba; el extranjero le grita en portugués que no abandone a su hija sobre aquel peñasco, y se esconde detrás de la palma más gruesa. Va el toro a pasar por entre las dos palmas, y, aunque el paso era estrecho, se arroja; la cabeza y los cuernos se le enredan entre los festones de yedra; las palmas le oprimen por los ijares, y forcejeando por desasirse cae en el suelo. El extranjero se aprovecha de este instante: saca de la faltriquera un estuche, coge una aguja, y se la mete al toro por las espaldas. ¡Cuál es la admiración de Alfonso al ver que el toro da un espantoso bramido, procura levantarse, se estremece, vuelve a caer y muere!

—¡Esto sí que es imposible!—exclamaron al mismo tiempo los tres niños.—Pues es muy cierto.—¿Pues cómo, mamá? ¿Un toro muerto con una aguja?—Sí.—Vea usted—dijo Pulqueria—si tenía yo razón de llorar cuando me piqué con las espinas del rosal.—No eran aquellas espinas tan peligrosas como la aguja del extranjero.—¿Y era muy larga la aguja?—No tanto como los alfileres con que se prenden los sombreritos.—¡Parece increíble! ¿Y explica usted en sus notas ese prodigio?—Seguramente.—¡Qué curiosas serán esas notas!—Pues aún tengo cosas más admirables que contar.—¡Qué historia tan hermosa! Mamá, háganos usted el gusto de continuar: ya no la interumpimos más.

—Alfonso—prosiguió la Marquesa—se quedó tan espantado como vosotros de la repentina muerte del toro. El asombro le tenía sin movimiento, cuando el extranjero subió a la peña y tomó a su hija en los brazos, a tiempo que ésta, vuelta en sí, abría los ojos. No fué Alfonso testigo insensible de la alegría del padre y de la hija. Como ésta no sabía el portugués, no pudo dar las gracias a Alfonso; pero en breves palabras refirió a su padre el terrible peligro de que la había librado. El incógnito manifestó el más vivo agradecimiento al generoso libertador de su querida Dalinda (así se llamaba la extranjera), y en tanto que él hablaba Dalinda arrojó a Alfonso una tímida mirada, mucho más expresiva que todas las razones de su padre. Penetrado, arrebatado de admiración, Alfonso hizo varias preguntas al extranjero con mucha distracción, sin otro fin que el de dilatar más una conversación tan grata para él. Entre otras cosas, le preguntó cómo se había separado de su hija: el incógnito le satisfizo diciendo que se había puesto a coger algunas plantas medicinales, que Dalinda hacía lo mismo, y que se habían separado divertidos en esta ocupación, pero sin dejar de verse; que de allí a poco levantó la cabeza, y vió que corría con una ligereza indecible y distante de él más de seiscientos pasos; que entonces solamente vió

al toro que la seguía, y que, precipitándose a socorrerla, había tropezado en un árbol que estaba caído, por cuyo accidente no pudo alcanzar a Dalinda. Luego que hubo acabado esta narración le preguntó Alfonso si pensaba estar algún tiempo en Portugal.—No—replicó el extranjero,—porque nos vamos ahora mismo a España, cuyas provincias veremos muy despacio. Consternado Alfonso, bajó la cabeza y enmudeció, y el incógnito, volviendo a darle las gracias en los términos más afectuosos, se levantó y, despidiéndose de él, se fué con Dalinda.

Algunos minutos permaneció Alfonso como inmóvil y petrificado. Después, volviendo en sí, se aparta prontamente de la fuente, quiere volver a encontrar al incógnito, hacerle mil preguntas, y, sobre todo, saber su nombre y patria: no comprende cómo ha podido dejarle ir sin tomar unas informaciones tan importantes. Corre, busca como un insensato, pero todo en vano. Oprimido por el cansancio y la pena, vuelve a la fuente, y cuando ya está cerca ve relucir cierta cosa a un lado del camino: se acerca, y reconoce que es una banda azul bordada de oro. Su corazón palpita: conoce la banda de Dalinda. En aquel sitio fué en donde, rendida del susto, cayó desmayada y Alfonso, al tiempo de cogerla en sus brazos, había desatado la banda que ceñía su delicado talle. Enternecido y fuera de juicio recoge Alfonso con ansia aquella prenda tan preciosa para él. El ceñidor de Dalinda es el de las gracias e inocencia. Suspirando, jura llevar siempre consigo aquel precioso despojo que la casualidad le regala. Entretanto, las horas se pasan sin poder Alfonso apartarse de la fuente, y hubiera pasado la noche sepultado en sus cavilaciones si D. Ramiro no hubiese ido a buscarle.

Como no había D. Ramiro educado a su hijo, no había deseado tener su confianza, y, en efecto, no la lograba. Alfonso le calló este suceso y puso gran cuidado en ocultarle su turbación y desasosiego. Entregado a las ideas de que se había llenado con sus novelas, no conocía más gusto que el de pasar las horas y los días en la fuente en donde había visto a Dalinda. Allí todo le representaba el objeto que su razón debía desterrar de la memoria. Fijando el pensamiento en su hermoso retrato, le parece que está viendo y admirando a la hermosura más adornada de todos los encantos de la inocencia y de la virtud. Cerca de aquel bosque le debió la vida..., sobre esa peña volvió en sí, y Alfonso mereció una mirada. Debajo de estas palmas estuvo sentada Dalinda; esta agua cristalina ha servido de espejo a su hermoso rostro. De este modo se consumía Alfonso entre vanos recuerdos. Al modo que la fábula nos pinta al desventurado Narciso víctima de una loca pasión, así Alfonso, pálido, abatido y sin fuerzas, clava sus ojos anegados en llanto en la *Fuente del Amor*. Los ecos de aquellas peñas solitarias que tantas veces resonaron con el nombre de *Inés*, ya no repiten más que el de Dalinda. La corteza de los árboles sirve de lápida a este nombre idolatrado; en las palmas en donde se leía el de *Inés*, ya no se ve más que *Dalinda*. Al són de su guitarra cantaba Alfonso los romances que había compuesto a Dalinda, y grababa en las peñas los versos que le dictaban el amor y la

tristeza. Todas estas locuras de sus novelas le ocuparon enteramente algunos días. Pero como no es posible que sean permanentes los gustos contrarios a la razón, a poco tiempo se sosegó su imaginación; el disgusto y tedio ocuparon el lugar del entusiasmo, cesaron las canciones y las endechas, enmudecieron los ecos, la fuente y los prados perdieron la virtud que tenían de inspirarle versos, romances y amorosas melancolías.

Cuidadoso D. Ramiro de la alteración que notaba en su semblante y humor, le hizo algunas preguntas. Alfonso le confesó que el tedio y la ociosidad le consumían; y como se acordaba de que el extranjero le había dicho que estaría en España, bastante tiempo, añadió que tenía muchos deseos de ver a España. D. Ramiro, que por su parte no tenía ningún recurso de los que hacen amable la soledad, aceptó gustoso esta proposición, y de allí a dos días se pusieron en camino para España. Pasaron primero por la provincia de Tras-os-Montes, y de allí entraron en España por Galicia; después atravesaron toda la parte septentrional de España, las Asturias, la Vizcaya, Navarra, Aragón, y llegaron a Cataluña (1). Luego que Alfonso entró en España, la pasión que le ocupaba recobró su primera actividad; la esperanza y el deseo de encontrar a Dalinda volvieron a encender un fuego que sólo era fruto de una imaginación exaltada. Estaba Alfonso impaciente de llegar a Madrid, creyendo que no podría dejar de hallar a Dalinda en la capital de España; pero D. Ramiro quiso pasar algún tiempo en Cataluña; tuvo la curiosidad de ver el famoso Monserrate. Esta montaña es tan elevada que cuando se ha llegado a lo más alto, todas las montañas circunvecinas parecen al nivel de la llanura, lo que es causa de que se descubra una inmensa extensión de terreno (2). "Al pie de unos peñascos se halla un antiguo Monasterio (3). Pero lo más digno de verse es el desierto; en él se encuentra un gran número de ermitas, asilos apreciables a los ojos de la verdadera filosofía. Cada habitación de estas tiene su capilla, una cel-

(1) * He visto en una obra inglesa, igualmente instructiva y curiosa, una anécdota singular y poco conocida relativa a Cataluña. Después de muchas revoluciones, el conde *Wifredo*, llamado *el Velloso*, obtuvo para sí y sus descendientes el gobierno de Cataluña. Habiendo este Wifredo recibido una herida muy peligrosa en una batalla contra los normandos, fué a verle el Emperador, y mojado su dedo en la sangre que salía de la herida, pintó con ella cuatro líneas sobre el escudo de oro de Wifredo, diciéndole: *Conde, de aquí en adelante estas serán tus armas*. Desde entonces cuatro barras encarnadas sobre campo de oro fueron las armas de Cataluña, después de Aragón, cuando Ramón Berenguer casó con Petronila, heredera de Ramiro II, rey de Aragón.

Travels through Spain in the years, 1775 and 1776, by Henry Swinburne, esq. Un tomo en 4.º

(2) Se descubre (según dicen) desde lo alto del Monserrate hasta las islas de Mallorca y Menorca, distantes más de sesenta leguas. Véase el *Nuevo viaje de España hecho en los años 1777 y 1778*, tomo 1.

(3) En él se dedicó San Ignacio a la penitencia y formó el proyecto de fundar la Compañía de Jesús.

quita, un aljibe cavado en la misma roca y un jardín. Los ermitaños que viven en ellas son casi todos caballeros que, disgustados del mundo, van a entregarse enteramente a la meditación en aquella pacífica soledad" (1).

Al ser de día fueron D. Ramiro y su hijo a Monserrate. Sólo el aspecto de la montaña es capaz de quitar las ganas de subirla; la prodigiosa elevación y las enormes puntas de peñascos que la cubren no hacen esperar un paseo muy agradable; pero entre sus breñas se hallan unos valles deliciosos, cubiertos por todas partes de hierba y de flores silvestres y mil bosquecillos, obra todo de la Naturaleza; las cascadas que se precipitan desde lo alto de los peñascos, su variedad de figuras, movimiento y ruido, hacen alegre y agradable aquella soledad (2), feliz morada de la paz y de la virtud.

Al entrar en el desierto encontró D. Ramiro a uno de los ermitaños, que se estaba paseando con un libro en la mano. Su aspecto noble y venerable le hizo impresión. Al pasar junto a él iban hablando D. Ramiro y su hijo, y apenas oyó el ermitaño hablar en portugués, cuando se acercó a ellos. Manifestó la alegría que tenía de haberse encontrado con unos paisanos y los convidó a descansar en su celda, oferta que los dos admitieron con mucho agradecimiento. El anciano presentó a sus huéspedes algunas frutas y legumbres. Después de esto, Alfonso, que quería continuar su paseo, salió de la ermita, diciendo a su padre que le esperaría en el desierto. El ermitaño llevó a D. Ramiro a su huerto, en donde se sentaron junto a una fuente sobre una peña.

Entonces D. Ramiro, tomando la palabra:—Padre mío—dijo,—

(1) Véase la obra citada, tomo 1.

(2) * Copiaré aquí lo que dice el viajante francés acerca de las cascadas de que hablo:

"No se puede dejar de admirar cuando se anda por entre aquellos peñascos que amenazan ruina el ver unos valles tan deliciosos, tanta sombra y amenidad en el seno de la esterilidad, y el considerar aquellas cascadas naturales precipitarse desde las puntas de las peñas no interrumpiendo el silencio que reina en aquella soledad sino para hacerle más grato."

Veamos ahora lo que dice acerca de esto el viajero inglés:

"La peor circunstancia del Monserrate es la falta de buena agua. A excepción de una fuente que se halla cerca de la parroquia y otra en el convento, no tienen los ermitaños sino agua de aljibe, que es cosa intolerable en el verano, y desmiente todas las agradables descripciones que he leído de arroyos que murmuran y de hermosas cascadas que se precipitan de la cumbre de los peñascos entreañados. La falta de agua es tal, que nunca se han visto en esta montaña ni lobos, ni osos, ni otra especie alguna de fieras."

Esta contradicción es bastante singular. Si alguno se tomase el trabajo de confrontar así todas las relaciones de viajes, juzgo que se hallarían otras muchas. Cuando escribí mi cuento hice lo que muchos historiadores: escogí lo que me pareció que podía darme asunto para hacer una pintura agradable; pero no disimulé los motivos de mi preferencia, y confieso sin dificultad que el nombre, la fama y las obras del viajante inglés deben inspirar la mayor confianza en su relación.

¿cuál ha sido la revolución o el revés de la fortuna que le ha sacado a usted de nuestra común patria y le ha fijado en esta soledad? Conozco en sus modales y conversación que no había usted nacido para acabar sus días en un desierto.—En efecto—respondió suspirando el anacoreta;—demasiado he conocido, por mi desgracia, el mundo y la Corte.—Estas palabras avivaron más la curiosidad de D. Ramiro, y el anciano se con vino en satisfacerla.—Muy poco le importa a usted saber mi nombre—le dijo.—Doce años hace que vivo en esta soledad; ya en Portugal deben creer que he muerto; me he consagrado al olvido, y así, nada diré de mi nacimiento, pero en pocas palabras le referiré a usted mi deplorable historia.

Iba a continuar la Marquesa; pero la Baronesa hizo la seña para acabar la velada. En vano pidieron todos que se prolongase un cuarto de hora; no hubo remedio; fué preciso irse a acostar.

A la noche siguiente prosiguió la Marquesa contando la historia del ermitaño del modo siguiente:

“Mi familia es de las más antiguas de Portugal. Me dieron buena crianza y heredé unos bienes regulares. Algunos servicios que hice en campaña me granjearon la gracia y premios de mi soberano. Casé con una mujer a quien amaba, y tuve un hijo: nada faltaba a mi felicidad. Esta fué mi suerte hasta la muerte del Rey, padre del actual. Este suceso me quitaba un soberano que yo amaba, un protector, un padre; porque para el fiel vasallo y hombre de bien, un rey bueno reúne en sí estos títulos sagrados. Dejé la corte, y retirándome a una posesión distante de Lisboa, me dediqué enteramente a la educación de mi hijo. Este objeto único de mi cariño se aprovechó de mis cuidados aún más de lo que yo hubiera acertado a desear. Cuando tuvo edad suficiente para presentarse en la Corte, le confié a un pariente que le llevó a Lisboa, quedándome yo en mi retiro. Esta fué la primera vez que me había separado de mi hijo, y con todo, nunca fuí más feliz que entonces. Me figuraba sus adelantos, y esta idea me llenaba del mayor regocijo y de halagüeñas esperanzas: bien frágil y engañoso; pero, con todo, el mayor quizá que se nos ha permitido, y cuya dulzura nadie la siente como el corazón de un padre. Cuando el interés personal produce esta lisonjera ilusión, la reflexión la debilita, la modera o la disipa. Pero, ¿qué padre ha podido nunca limitar las esperanzas de las ventajas que desea su hijo? ¡Infeliz! Al principio creí que las mías se viesan cumplidas; mi hijo, en efecto, logró muy buena acogida. Su nombre, mis servicios pasados, que revivieron con su presencia, y más que todo, su talento, su persona y genio, le consiguieron algunas distinciones que la baja emulación de los áulicos y el amor de su padre fácilmente atribuyeron a principios de favor. Vió en Lisboa a una señorita que unía a las habilidades, a las virtudes y a todas las gracias de su sexo las ventajas de un nacimiento ilustre y crecidos bienes. Mi hijo aspiró a su mano; yo aprobé su elección, y esta inclinación autorizada del consentimiento paternal debía decidir de su suerte. Los padres de la señorita consintieron en la unión que debía hacer

feliz a mi hijo, con el conque de que obtendría un empleo en la Corte. Solicitó este empleo y se lo prometieron para antes de tres meses; pero se le encargó el mayor secreto hasta tanto que lo lograrse, pero permitiéndole, no obstante, que lo participase reservadamente a los padres de la que debía ser su esposa. En efecto; al instante les dió parte de tan feliz noticia, y ellos le presentaron en calidad de marido a su hija, la que le manifestó en esta ocasión un afecto que puso el colmo a su felicidad. Como no debía casarse hasta conseguir el empleo, se ausentó de Lisboa con el fin de hacerme saber él mismo las circunstancias de su fortuna. Gocé, pues, de la inexplicable satisfacción de estrechar entre mis brazos a este hijo idolatrado y de la de ver cumplidos sus deseos. Mas ¡oh infeliz! Al tiempo mismo que yo me juzgaba el padre más venturoso, un bárbaro, un monstruo, urdía la execrable trama que me privó de mi esposa e hijo.

”Lleno de candor y franqueza, no había podido mi hijo dudar de la probidad de un traidor que sólo deseaba lograr su confianza para perderle con más seguridad; este pérfido, levantado desde el cieno a la privanza por un capricho de su soberano, temió en mi hijo un rival peligroso; pero disimulando su envidia, le hizo mil demostraciones de amistad y obtuvo a poca costa toda su estimación.” A este punto de la narración del ermitaño, D. Ramiro se turbó enteramente; pero su huésped no lo advirtió, y prosiguió diciendo:—“Cuando mi desgraciado hijo solicitó el empleo que tanto deseaba, se lo confió a ese hombre abominable, que no pudiendo por entonces dañarle, fingió que participaba de su regocijo, pero la ausencia de mi hijo le facilitó los medios de ejercer su rabia. Tenía mucho poder con el Rey. Levantó a mi pobre hijo una atroz calumnia, y supo persuadir a un príncipe joven, débil y sin experiencia. La gracia concedida fué revocada; el empleo, dado a una vil hechura del indigno favorito, y mi inocente hijo desterrado a mi casa. Sólo supe esta cruel noticia cuando recibí la orden del Rey que mandaba a mi hijo no saliese de la provincia, al mismo tiempo que él recibía una carta de la señorita, en que le decía lo siguiente:

“Usted nos ha engañado del modo más indigno; mis padres y yo sabemos por muy cierto que nunca se le prometió a usted el empleo que acaban de dar a otro. Por tanto, olvide usted hasta el nombre de la infeliz que jamás podrá consolarse de haberle podido estimar un solo instante.

”Luego que hubo acabado mi hijo de leer esta fatal esquela, exclamó:—¡Conque ya he perdido para siempre el honor y lo que más idolatro!—Al acabar estas palabras pierde el color, le faltan las fuerzas, cae, y extiende sus brazos hacia mí. Me arrojo a sostenerle. ¡Horroroso recuerdo! Le abrazo, le estrecho contra mi pecho. ¡Padre infeliz! ¡Ya no tenía hijo! (1). Su desgraciada madre, testigo de esta horrible esce-

(1) * Son muchos los ejemplares de muertes repentinas causadas por un movimiento súbito de dolor. Por los años de 930 Gormundo III, llamado el

na, cae desmayada como si hubiese recibido el mismo golpe. Vuelve en sí; pero, trastornado su juicio, pierde el uso de él, y conserva a pesar de esto el sentimiento de su desgracia. En fin, víctima sensible del amor materno, a los tres días siguió a su hijo al sepulcro. Y yo, padre y esposo desgraciado, condenado a sobrevivirlos, no podía tolerar mi existencia sino por el deseo de vengarlos.—¡Oh tú—exclamé,—Arbitro soberano de la suerte de los mortales infelices, Supremo Sér que has descargado sobre mí tu riguroso brazo; dignate a lo menos oír desde el profundo abismo en que me ha sumergido tu cólera la voz de mi desesperación! Los gritos del inocente oprimido llegan a Ti; nunca has desechado sus oraciones. ¡Infeliz! No te pido felicidad; he perdido la mía para siempre. Venganza es lo que te pido: lo puedo hacer, pues que imploro tu justicia. Te pido que el cobarde y pérfido enemigo cuyos artificios han causado la muerte de mi esposa e hijo..., sí, pido que ese monstruo pierda a un mismo tiempo su privanza y su fortuna. Hijo tiene: ¡pues que llore

Viejo, rey de Dinamarca, había tenido en Tyra, su mujer, dos hijos: Canuto y Harald. Canuto, el mayor, era por sus virtudes la delicia de su padre y de la nación. La ferocidad de Harald le había concitado el odio de los daneses. Este monstruo, lleno de envidia contra su hermano, lo asesinó. No sabiendo Tyra cómo anunciar esta funesta noticia al Rey, hizo enlutar todo el palacio. Al ver esta lúgubre decoración exclamó el Rey: *¡Sin duda, mi hijo ha muerto!*, y en el mismo instante expiró de dolor.

Hay quien dice que Guillermo, obispo de Roschil (el año de 1050), tenía tanto amor a Suenon II, rey de Dinamarca, que en el discurso de la última enfermedad de este príncipe sentía disminuirse sus fuerzas al paso que el Rey perdía las suyas, y que, finalmente, estando ya Suenon agonizando, hallándose él mismo del propio modo y cierto de no poder sobrevivirle, hizo su ataúd, lo hizo llevar con el del Rey, y mandó le llevasen ya medio muerto al entierro de dicho príncipe, a cuyo tiempo expiró y fué enterrado con él.

Erico III, llamado el Bueno, rey de Dinamarca, repudió en el año de 1104 a la reina Batilda, su esposa. Hizo después voto de visitar los Santos Lugares. Amándole siempre Batilda, aunque repudiada, quiso acompañarle. Erico murió en la isla de Chipre, y Batilda expiró a la violencia del dolor.

En el año 1208 Felipe, primer emperador de Alemania, fué asesinado. La emperatriz Irene, su mujer, expiró al tiempo de darla la noticia de su muerte.

Dos criados de Carlos VIII murieron de repente asistiendo al entierro de este monarca.

El año 1501 Luis de Borbón, conde de Montpensier, llegó a Nápoles después de la toma de Capua, en donde había dado pruebas del mayor valor. Su primera acción fué ir a Pouzzolo, lugar de la sepultura de su padre: se arrojó sobre su sepulcro, y expira de dolor. Este joven Príncipe fué justamente llamado *El héroe del amor filial*.

Es notorio que muchas personas murieron de repente recibiendo la noticia del asesinato de Enrique el Grande; y en nuestros días, cuando el desgraciado almirante Bing fué condenado a muerte, escuchó la sentencia con entereza: era injusta, le quitaba la vida, mas no el honor. Pero su hermano, que perdiéndole perdía no sólo un hermano, sino también su mayor amigo, quiso despedirse de él por la última vez, y echándose en sus brazos, expiró en ellos.

como yo, y que, sobre todo, sea su hijo el instrumento de tu justicia y mi venganza!”

Calló el ermitaño al ver que D. Ramiro, consternado y temblando, hizo un movimiento para levantarse.—Se horroriza usted—le dijo:—tanto odio y deseo de venganza son causa, ya lo veo, de que tema usted oír el resto de mi historia. No tema usted; no hay nada de trágico en lo que queda de mi narración. El Cielo trocó mi corazón, y a poco tiempo abjuré los sentimientos violentos que la Religión-condena.—No pudo D. Ramiro responder en un rato: el espanto y el terror, embarzándole el movimiento y la voz, le habían convertido en estatua. En fin, levantándose de repente, exclamó:—¿En dónde estoy? ¿A qué sitio he venido?—¡Ah, señor! ¿Qué me indica la turbación y espanto que noto? ¿Hablé imprudentemente? ¿Conocería usted a mi cruel perseguidor? ¿Será usted, por ventura su amigo?—Ese perseguidor, ese bárbaro, en fin, D. Ramiro...—¡Sí, él es! Sí, señor; confieso que ha nombrado usted al autor de mis desgracias.—D. Ramiro...—¡Ah! ¡No repita usted ese funesto nombre! ¡No puedo oírle sin horror!—¡Oh desgraciado Alvarez! Pero a lo menos sepa usted que el justo Cielo ha tomado por su cuenta el castigo.—¿Qué dice usted? ¿No es él ya quien manda en Portugal?—Arruinado, despojado de todos sus honores y riquezas, sin parientes ni amigos, ya no tiene más que tardos arrepentimientos y remordimientos que le despedazan.—Si es cierto que padece, le tengo lástima.—¿Usted compadecerle? ¿Será posible?—No hay duda. Pero, señor, usted llora. ¿Qué rayo de luz me alumbra? ¡Gran Dios! Si fuese...—¡Sí; yo soy ese infeliz!—exclamó D. Ramiro arrojándose a los pies de Alvarez, quien, sobrecogido de un horror involuntario, se hace atrás estremeciéndose.—¡Oh padre mío!—prosiguió D. Ramiro.—¡Dígnate revocar la funesta imprecación que ha hecho caer sobre mi cabeza todas las venganzas del Cielo! Confieso que debes aborrecerme: no hay expresión que explique el horror que mi presencia te debe causar; pero considera que soy el más desgraciado de los hombres. Un hijo me queda: él puede consolarme. ¡Ah, padre mío! ¡Deja ya de maldecirme; no desees que mi hijo haga completas mis desventuras!—Levantando el ermitaño los ojos al cielo, exclamó:—¡Gran Dios; D. Ramiro en mi celda! ¡D. Ramiro suplicando a mis pies y dándome el sagrado nombre de padre! ¡Este dulce nombre que era en otros tiempos mi gloria y mi felicidad! ¡Este nombre... que él mismo me ha robado!—Pero no temas: sosiégate—prosiguió, arrojando a D. Ramiro una mirada compasiva.—Ha mucho, vuelvo a decirte, que no abrigo en mi pecho la venganza. ¿Lloras? ¿Te quejas de tu suerte? ¿Te persiguen? Habla, díme. ¿Estás proscrito? Esta ermita será tu asilo: partiéndola contigo, sabré cumplir con las leyes santas de la hospitalidad. No tienes que temer que te haga indignas reconvenciones, no; si necesitas de mi amparo, no hallarás en mí sino un amigo, un padre.—¡Oh grandeza de ánimo que confunde! ¿Es posible que el hombre pueda llegar a un grado tan sublime de virtud?—No, Ramiro; no busques en el corazón del hombre una generosidad de que no es capaz:



¡Gran Dios! ¡D. Ramiro a mis pies, dándome el sagrado nombre de padre!

no admires al flaco y débil Alvarez, pero adora y reconoce la obra del Poder Supremo y de la Religión.—Diciendo esto, el ermitaño extendió los brazos hacia D. Ramiro y se adelantó para abrazarle. Las lágrimas de D. Ramiro corrieron en el seno del virtuoso Alvarez, en aquel seno que él había despedazado cruelmente.

Un cuarto de hora después de esta tierna reconciliación volvió Alfonso a la ermita. Despidióse D. Ramiro del anciano, y se fué, llevando en su corazón los remordimientos más crueles y los más funestos presagios. No podía apartar de su memoria la maldición que Alvarez le había echado: parte de ella se había verificado con la pérdida de sus bienes y honores, y a pesar del generoso perdón de Alvarez se sentía demasiado culpable para no temer que el Cielo cumplierse enteramente la súplica que en los primeros raptos de su dolor hizo el desdichado anciano oprimido tan injustamente.—¡Desgraciado de mí!—decía D. Ramiro.—En su mayor infortunio encargó al Cielo el cuidado de su venganza; ésta será terrible. ¡Oh hijo mío! ¡Tú vendrás a ser el instrumento de la Divina justicia! ¡Sólo Alfonso puede ya completar la venganza de Alvarez!

Lleno de estas funestas ideas, siempre estaba D. Ramiro triste, taciturno y pensativo: cada vez que miraba a su hijo se le arrasaban los ojos en lágrimas; sentía al verle una inquietud no conocida y una opresión de corazón inexplicable. En una palabra, ya no disfrutaba sino a medias de la dicha de ser padre.

Después de haber visto Tarragona y Tortosa (1) salieron D. Ramiro

(1) * Entre los combates de los españoles y moros se encuentra uno en el cual se distinguieron las mujeres de Tortosa. Se presentaron sobre los muros de la ciudad, e hicieron tales proezas, que Ramón Berenguer, último conde de Barcelona, instituyó para ellas en 1770 la Orden Militar de la Hacha. Consiguieron además muchos privilegios honrosos, que ya no existen; pero han conservado el derecho de preferencia de puesto, de cualquier calidad que sean, en las ceremonias del matrimonio.

La historia de Alemania ofrece un lance semejante. En el año 1015 los polacos sitiaron la ciudad de Meissin, la que se hubiera entregado a no haber sido por el ánimo heroico de las mujeres que se encargaron de su defensa y desempeñaron todos los trabajos del sitio. El emperador Enrique II, para perpetuar la memoria de esta acción de las mujeres de Meissin, que en esta ocasión se habían distinguido con ánimo superior al de sus maridos, mandó que se celebrase el aniversario de la conservación de la ciudad y que las mujeres fuesen solas en procesión a la iglesia, para indicar que a ellas solamente debía la ciudad de Meissin su salvación.

Esta procesión se hizo con la mayor pompa hasta el siglo XVI; los luteranos la abolieron proscribiendo el culto romano. *Historia general de Alemania*, por M. Montigny, tomo IV.

Durante la guerra que se hicieron Juan I, rey de Castilla, y Juan I de Portugal, habiendo los ingleses puesto sitio a Palencia, en el reino de León, desprovista entonces de hombres, pues toda la Nobleza había seguido al Rey a campaña, las mujeres, acaudilladas por las principales damas, defendieron la ciudad, rechazaron el asalto del enemigo, le molestaron con salidas y le obligaron a retirarse. Para recompensar su valor Juan I les permitió llevar la banda de

y su hijo para Madrid. Alfonso esperaba que en Madrid hallaría a Dalinda; pero fué vana su esperanza. No obstante, por las señas que dió supo de algunos que, en efecto, había estado en Madrid; supo asimismo que su padre se llamaba Thelismar, que era sueco, que aún debía estar algún tiempo en España, y que había ido a Granada.

Estas noticias que Alfonso adquirió a escondidas de su padre le inspiraron un deseo vivísimo de ir a Granada. D. Ramiro, que llevaba siempre consigo sus pesares y tristezas, convino sin dificultad en salir de Madrid antes de lo que había pensado. Pasaron primeramente por Toledo; vieron en esta ciudad el Alcázar o Palacio antiguo de los moros (1), cuya arquitectura es un compuesto de la romana, gótica y morisca. Lo que más los prendó en el Alcázar fué el Hospicio establecido para los pobres de la ciudad y sus cercanías por el arzobispo de Toledo. En este Hospicio se hallan manufacturas y escuelas de dibujo; se mantienen en él cerca de doscientos niños, y se les procura inspirar la afición al trabajo y el amor a la virtud. Las mujeres y los viejos hallan también un asilo en este antiguo Palacio, consagrado hoy día por el celo y religión de un digno prelado, a la Humanidad desventurada (2)“

Después de haber estado algún tiempo en Toledo tomaron nuestros viajeros el camino de Córdoba; pasaron por Sierra Morena (3), lugares en algún tiempo incultos y abandonados a las fieras, y ahora convertidos en agradables poblaciones y fértiles campiñas gracias al amor y probo beneficio del Soberano (4). Córdoba, situada en las orillas del Gua-

oro, y las concedió todos los privilegios de los caballeros de la banda. La fecha de esta Orden es incierta; colocan su institución entre 1383 y 1390. *Enciclopedia, palabra Echarpe.*

(1) Hay también en Sevilla otro Alcázar, pero no tan bueno como el de Toledo.

(2) * También es digna de atención en Toledo la Casa del Ayuntamiento, cerca del Palacio del Arzobispo. Su arquitectura en columnas está reputada por muy perfecta. En la pared de la escalera de esta Casa Consistorial están estos versos castellanos, que dicen en lenguaje antiguo:

Nobles, discretos varones
Que gobernáis a Toledo,
En aquestos escalones
Desechad las aficiones,
Codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
Dejad los particulares;
Pues os hizo Dios pilares
De tan riquísimos techos,
Estad firmes y derechos.

(3) Llámase así porque está cubierta de varios árboles y arbustos que siempre están verdes, por lo cual desde lejos parece del todo negra.

(4) * La capital de las colonias de Sierra Morena se llama la *Carolina*. Los dos viajeros inglés y francés hacen hermosas descripciones de estas nuevas poblaciones; la del inglés está llena de ideas y sentimientos excelentes; hubiera adornado esta nota con ellos si no hubiera temido deslucir su descripción traduciéndola.

dalquivir, está a la falda de unas sierras que son parte de Sierra Morena. Esta ciudad, tan célebre en tiempos pasados, no conserva de su grandeza antigua más que un recinto muy vasto, y la soberbia Mezquita que Abderramán hizo edificar antiguamente (1).

Tres días se detuvo D. Ramiro en Córdoba, y después siguió su viaje. No pudo Alfonso menos de conmoverse cuando descubrió a Granada (2). Creía encontrar en esta ciudad a Dalinda; pero esta esperanza le duró muy poco: sin embargo, a pesar de su preocupación e impaciencia no pudo menos de admirar la hermosa y brillante situación de Granada y sus soberbios edificios (3), monumentos antiguos y curiosos cuyas ruinas traen a cada paso a la imaginación la magnificencia de los árabes. Admiró principalmente la Alhambra y el Generalife; se deleitaba en aquellos lugares llenos de inscripciones y versos, que le hacían acordarse de los amores de los antiguos reyes de Granada, de las desgracias de los Abencerrajes, de las persecuciones y triunfo de una hermosa y virtuosa reina (4), y de todas las demás cosas admirables que había leído en las novelas.

(1) * Esta mezquita, en el tiempo de los musulmanes, era un edificio de figura cuadrilonga, con un tejado chato que estribaba sobre unos arcos. No tenía proporción alguna; su altura era de treinta y cinco pies no más; su anchura, de cuatrocientos veinte pies, y su longitud, de quinientos diez, incluso el grueso de las paredes. El techo estaba sostenido, según algunos, por mil columnas, y según otros, por ochocientas, poco más o menos; tenía entonces esta mezquita veinticuatro puertas; más de cuatro mil lámparas continuamente ardían en ella, y consumían, según dicen, cerca de veinte mil libras de aceite al año.

Ahora sólo existe una porción de la mezquita, la cual se ha convertido en iglesia; se entra en ella por diez y siete puertas; tiene esta iglesia quinientos diez pies de longitud, con doscientos cuarenta de ancho (a); hay en ella gran número de columnas de mármol de diferentes especies. *Travels through*, by Henry Swinburne esq.

(2) * Granada está situada al pie de la Sierra Nevada, y edificada sobre dos colinas separadas por el Darro. El Genil baña sus murallas. Estos dos ríos se forman de las nieves derretidas que cubren siempre la Sierra.

(3) * Los monumentos más notables de Granada son: la *Alhambra*, antiguo palacio de los moros, en cuyo interior se ve otro más moderno y, no obstante, ya destruído, que Carlos V hizo construir; hoy día no tiene éste más que las cuatro paredes. Se le dió poca extensión para conservar el palacio moro, que se destinaba para habitación de verano. En la Alhambra se hallan reliquias de la mayor magnificencia, columnas de mármol, fuentes, bajo-relieves, una prodigiosa cantidad de inscripciones, etc.; se admira, entre otros monumentos, el soberbio patio de los Leones. El *Generalife* es otro palacio moro que comunica con el de la Alhambra; está edificado sobre una montaña muy elevada; por todas partes se ven surtidores de agua; los jardines están dispuestos en anfiteatro; su situación es deliciosa, y mejor que la de la Alhambra. *Ensayo sobre la España*, tomo I.

(4) * En el tiempo de Boabdíl o Abdali, último rey de Granada, los Aben-

(a) El viajante francés dice que la iglesia tiene 600 pies de largo y 250 de ancho. Tomo I, página 285.

Pero pensando más que nunca en Dalinda y Thelismar, no tardó en saber que quince días antes de llegar él habían salido de Granada para Cádiz, que habían determinado estar en aquella ciudad seis semanas, y embarcarse después para viajar por las costas del Africa. Mucho sintió Alfonso estas noticias: no intentó obligar a su padre a que fuese a Cádiz, porque éste había dicho positivamente al llegar a Granada que desde allí se volvería sin más detención a Portugal.

El deseo de viajar y de ver a Dalinda, la esperanza de hacer fortuna, la ambición, el amor, y sobre todo el orgullo, el ocio y curiosidad, inspi-

cerrajes y los Zegríes eran las dos familias más poderosas de esta ciudad. Albin-Hamet, uno de los Abencerrajes, llegó a ser privado del Rey, y entonces los Zegríes se conjuraron para perderle. El uno de ellos, hallándose un día solo con el Rey, empleó la más atroz calumnia, y dijo que había visto a Albin-Hamet a los pies de la Reina en los jardines del Generalife, y a ésta coronándolo con una guirnalda de rosas. El Rey, con esta relación, se entregó a todo el furor que los celos y los Zegríes pudieron inspirarle: determinó llamar a todos los Abencerrajes, unos después de otros, al patio de los Leones (a) para degollarlos allí, lo que se ejecutó. Cada víctima admitida en aquel funesto recinto se entregaba a los Zegríes, que la llevaban a un gran pilón de alabastro (b), y allí la degollaban. Treinta y seis de los Abencerrajes perdieron así la vida. Un paje de uno de ellos, que entró con su amo sin ser visto, alcanzó a ver la escena, y halló modo de salir y de ir a avisar al corto resto de la desgraciada familia de los Abencerrajes. Al instante todo el pueblo tomó las armas: hubo muchos combates; y habiéndose apaciguado este tumulto por la prudencia de Muza, hermano natural del Rey, Abdali dió públicamente cuenta de su conducta, manifestando el supuesto delito de la Reina, y después condenó a ésta a ser quemada si en el término de un mes no presentaba cuatro caballeros para defender su causa contra cuatro acusadores. Entretanto la Reina estuvo presa en una torre (c). Muchos caballeros moros ofrecieron su brazo a la Reina, que los rehusó, y no quiso deber su libertad a otros, sino a ciertos caballeros españoles que por su mucha fama habían merecido toda su confianza. Ella les escribió, y llegaron en el momento en que próxima a perder la vida iba al suplicio. Sobre sus escudos se leían estas palabras: *Por la verdad*. Entraron en la lid contra los Zegríes, y quedaron vencedores. El malvado que había calumniado a la Reina recibió una herida mortal, y antes de expirar confesó su delito. La Reina fué llevada en triunfo a Palacio. Abdali se arrojó a sus pies; pero no pudo alcanzar su perdón, y la Reina dejó la Corte, retirándose a una quinta solitaria. El resto de las familias de los Abencerrajes abandonaron a Granada, y dejaron a Abdali privado de sus mejores generales y a la merced de sus enemigos; algunos meses después le derribaron de un trono que había manchado con tanta sangre inocente.

Aunque esta historia se halla referida como verdadera en muchos autores, no se debe reputar sino como una novela, cuyo asunto es verdadero (d), pero muy ornado con circunstancias inciertas. *Travels through Spain*, by Henry Swinburne esq.

(a) En la Alhambra.

(b) Aún enseñan este pilón, en el cual estuvieron todas las cabezas de los Abencerrajes.

(c) Todavía existe esta torre en la Alhambra, y conserva el nombre de cárcel de la Reina.

(d) Sea falso o cierto este caso, nuestra comedia *La mejor luna africana* está sacada de él.

visto. Atravesó prontamente la ciudad; a cien pasos de las puertas halló al criado que le esperaba, y montando a caballo tomaron el camino de Cádiz.

No podían andar muy aprisa a causa de estar la noche muy oscura: el temor de que le siguiesen, las dolorosas reflexiones que se le presentaban en tropel, la inquietud, su conciencia y el arrepentimiento despedazaban alternativamente su corazón y le infundían una especie de terror invencible, que hacían mucho mayor las tinieblas de la noche. Dos horas habría que caminaban, cuando un espectáculo pasmoso le sacó de estas tristes reflexiones: ve que de repente desaparece la noche, y en su lugar amanece un día tan claro que le deslumbra. Levanta la cabeza, y advierte en el cielo un globo resplandeciente de fuego que parecía iba a precipitarse sobre la Tierra, y que se aumentaba al paso que se iba acercando. Presentaba a la vista mil colores muy brillantes, y dejaba tras sí un rastro de luz que señalaba su curso; remontándose después poco a poco, arrojó por todos lados innumerables chispas y centellas parecidas a las de los fuegos de artificio; reventó finalmente, y salieron de su inmensa mole dos volcanes, que separados de él tomaron la figura de dos grandes arcos iris; uno fué a apagarse hacia el Norte, y el otro hacia Levante. Entonces pareció que el globo iba a menos; de allí a poco rato desapareció del todo, y sucedieron las densas sombras de la noche a la luz más resplandeciente (1).

(1) * Este globo de fuego era un meteoro. Dan este nombre a cierta clase de fenómenos que nacen y aparecen en la atmósfera; esto es, en la masa del aire que nos rodea y en la cual respiramos. Tales son las nubes, los truenos, la lluvia, el granizo, la nieve, las nieblas, el rocío, los fuegos fatuos, los relámpagos, los vientos, los huracanes, las tempestades, etc. Los físicos hacen tres divisiones de los meteoros, a saber: ígneos, aéreos y acuosos. Los primeros son los truenos, el fuego de San Telmo, los globos de fuego y otros fenómenos que pertenecen a la electricidad (a). Los meteoros aéreos son los vientos. Y los acuosos son los que nos ofrece el agua en sus diversos estados, como las nubes, el granizo, el rocío, etc. *Diccionario de Historia Natural*, por M. de Bomare.

Los globos de fuego se han observado en los tiempos más remotos. Su aparición causó diversas veces grandes terrorés a los romanos. Aristóteles, Séneca y Plinio hicieron varias descripciones de ellos. A este meteoro llamaba en tiempos pasados, y aun hoy día, el vulgo *Espadas de fuego*, y *dragones que vuelan*.

No he inventado las circunstancias del globo de fuego que describo en mi cuento, como se verá por la relación siguiente:

El globo de fuego de que habla el papel de M. Le Roi se observó el día 17 de Julio de 1771, cerca de las diez y media de la noche. Se vió aparecer de repente hacia el Noroeste un fuego semejante a una gruesa estrella de las que el vulgo cree que caen en la tierra, la cual, aumentando de tamaño al paso que

(a) *Electricidad*. Esta palabra significa en general los efectos de una materia muy flúida y sutil, diferente por sus propiedades de todas las materias flúidas conocidas, que se ha reconocido capaz de unirse a casi todos los cuerpos, pero con preferencia a algunos, que parece moverse con una grande velocidad según sus leyes particulares, y que produce por sus movimientos fenómenos muy singulares. Como no se conoce aún la esencia de la materia eléctrica, es imposible poder definirla de otro modo que por sus principales propiedades, etc. (*Enciclopedia*.)

Todos son agüeros infaustos para una conciencia turbada, y, por tanto, no bastó el ánimo de Alfonso a resistir la impresión que este prodigio le había causado: se acrecentaron su tristeza y miedo, arrimó las espuelas al caballo para distraerse al menos con el movimiento, y siguió galopando todo lo restante de la noche. Conoció su criado al amanecer que había errado el camino, y mirando Alfonso a todas partes, descubrió un terreno árido y cubierto de peñascos. No pudiendo hallar ningún camino o senda trillada, se apeó, y atando el caballo a un árbol, fué con su criado hacia la peña más elevada que alcanzó a ver, con ánimo de probar si desde su altura descubriría la ciudad de Loja, de la cual no podían estar muy distantes. No había andado Alfonso veinte pasos, cuando de improviso se paró sobre una peña: una fuerza incontrastable le detiene a pesar suyo; el palo que llevaba en la mano se clava en la piedra, y parece que ha echado raíz (1).—¡ Oh

se acercaba, tomó después la forma de un globo con una cola sumamente grande. Habiendo este globo atravesado parte del cielo, pareció que su movimiento rápido se minoraba, y tomó la figura de una *lágrima batávica*; esparció entonces una vivísima luz; su cabeza parecía rodeada de llamas de fuego, y su cola, ribeteada de un color encarnado, estaba matizada con los varios colores del arco iris; en fin, reventó esparciendo un gran número de partículas luminosas semejantes a las chispas brillantes de los cohetes.

El día 12 de Noviembre de 1761 el Barón de Andretz vió a una legua de Villefranche, en el Beaujolois, un globo de fuego muy luminoso que parecía precipitarse hacia la Tierra, y se aumentaba al paso que se aproximaba; dejaba tras sí un grueso rastro de fuego que señalaba su camino. Después que corrió a poca diferencia la octava parte del horizonte, apareció del grandor de una gruesa cuba cortada horizontalmente por medio; se volcó, y salió de él una prodigiosa cantidad de chispas y llamas semejantes a las que se ven en los fuegos artificiales.

En la ciudad de Beaune había producido este meteoro una luz igual a la del mediodía.

El día 3 del mes de Noviembre de 1777, a las nueve y media de la noche, se observó en Salart (a) un meteoro extraordinario. Fué tanta la claridad que esparció, que todos creyeron que iba a amanecer. Se vió aparecer un globo de fuego muy luminoso; las chispas que esparcía eran semejantes a las estrellas artificiales, y el cerco que lo rodeaba se componía de rayos de diversos colores. Cuando este enorme globo llegó a la altura como de seis toesas (b) salieron de él dos especies de volcanes, los que separados de la masa común tomaron la figura de dos grandes arcos iris, de los cuales el uno se perdió hacia el Norte y el otro hacia Levante. Entonces se vió que el globo disminuía insensiblemente, etc. *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza*, tomo II.

(1) * Es menester acordarse de que las suelas de los zapatos de Alfonso estaban ribeteadas de clavos, y que el regatón o chuzo del palo que llevaba era de hierro.

“Los antiguos, dice M. de Bomare, conocían la virtud que tiene el imán de atraer el hierro; y si se cree a Plinio, fué por el acaso de un pastor, que

(a) Pequeña ciudad de Perigord, distante 120 leguas de Paris.

(b) Que son treinta y seis pies de rey.

padre mío!—exclama.—¿Acaso es éste castigo del Cielo, que quiere vengarnos con este inaudito prodigio?—No pudo decir más: el espanto, el terror y los remordimientos que le oprimen aniquilan sus fuerzas y le

sintió que los clavos de sus zapatos y la contera de su bastón, que era de hierro, se agarraban a un peñasco de imán, sobre el cual estaba entonces; pero no conocían la que tiene de dirigirse hacia los polos del mundo.”

Alfonso, lleno de ignorancia, de remordimientos, y espantado por el meteoro que acababa de ver, sintiéndose preso sobre este peñasco, se cree detenido por el Cielo mismo, irritado con su fuga: esta idea redobla su terror, le quita todas sus fuerzas, le hace quedarse inmóvil y lo fija sobre la peña.

“El imán es una piedra de calidad férrea que se halla en las minas de hierro. Su color no es siempre el mismo. En las Indias Orientales, en la China y en todos los países del Norte, es de color de hierro; en nuestros países su color ordinariamente tira a negro; la de Devonshire es de un pardo algo colorado, y la de Lorena tiene algo de gris.”

El imán tiene cinco propiedades muy notables: 1.^a, la de atraer el hierro, lo que llaman *atracción*; 2.^a, la de transmitirle su virtud, esto es, la *comunicación*; 3.^a, la de dirigirse hacia los polos del mundo, que es la *dirección*; 4.^a, la de dirigirse con cierta variación, que se llama *declinación*; 5.^a, finalmente, la propiedad de inclinarse, al paso que se aproxima, del uno u otro polo, y se dice *inclinación*. Todas estas singulares propiedades anejas a la naturaleza del imán dependen de alguna propiedad general, origen de las demás, y que hasta ahora ignoramos.

Se sospecha que reina alrededor del imán una especie de atmósfera, a la cual dieron el nombre de materia magnética, y que forma a modo de una niebla que circunda a esta piedra: se conoce sensiblemente esta niebla por sus dos polos, que producen efectos contrarios; el uno de atraer y el otro de rechazar el hierro. La fuerza atractiva de un imán al salir de la mina es muy poca, y por esto es necesario armarlo con hierro para aumentar su fuerza. Es de observar que el hierro no tenga la virtud de un verdadero imán; algunas veces, en llegando a tomarse de orín, suele adquirirla.

En el gabinete de curiosidades de la Sociedad Real de Inglaterra hay una piedra imán del peso de sesenta libras, que no levanta mucho peso a proporción de su magnitud, pero atrae una aguja a la distancia de nueve pies. La Historia de la Academia de Ciencias de París habla de una piedra imán del peso de once onzas, que levantaba veintiocho libras de hierro; esto es, más de cuarenta veces su peso. *Diccionario de Historia Natural*, por M. de Bomare.

Magnetismo es el nombre general que se da a las diferentes propiedades del imán. Había en el Asia Menor dos ciudades llamadas *Magnesia*. La una cerca del río Meandro, la otra cerca del monte Sípilo. Esta última, que pertenecía particularmente a la Lidia, y que también se llamaba Heráclea, era la verdadera patria del imán. El monte Sípilo abundaba sin duda en metales y, por consiguiente, en piedra imán; así, el imán llamado *magnes*, del primer lugar de su descubrimiento, conservó su antiguo nombre. (*Enciclopedia*.)

He colocado el lance de la peña de imán en España porque tiene más novedad y la fuerza en los primeros momentos de la huida de Alfonso. En efecto; la verosimilitud que se puede desear en el asunto parece bastante natural, puesto que las cercanías de Loja están llenas de peñascos y que hay muchas minas en España.

dejan inmóvil y mudo; los cabellos se le erizan y una palidez mortal cubre su rostro.—¡Ah, mamá—exclamó Pulqueria;—se ha convertido en estatua!—No del todo—replicó sonriéndose la Marquesa;—pero él se lo temió, porque le ocurrió el mismo pensamiento que a ti.—Lo creo muy bien: la fuerza invencible que le tenía clavado sobre la peña le debía hacer temer cualquier desgracia.—Y, con todo, esa fuerza invencible era una cosa muy natural.—Usted nos ha prevenido que *todo lo maravilloso sería cierto*. Mas aquel globo de fuego, este fatal peñasco...; todo parece tan fuera de lo regular... Pero, mamá, volvamos al pobrecito Alfonso.—Estaba en la situación que acabo de pintaros, cuando vió que el Cielo se cubría de nubes; levantóse una ventisca furiosa y comenzó a llover. Pero; cuál fué el pasmo de Alfonso al ver el horroroso color de aquella lluvia! Repara que sobre las peñas blanquecinas que le circundan caen unas gotas disformes de color casi morado. Muy pronto se halla casi empapado en aquella agua sangrienta que inunda sus manos y vestido, y que chorreando de las peñas forma alrededor un espantoso arroyo de sangre (1). Penetrado de horror, hizo Alfonso un esfuerzo para apartarse, si era posible, de aquel sitio fatal. Soltó el palo, que se quedó derecho como si le hubieran clavado en la peña; entonces se arroja y consigue desprenderse del peñasco, cayendo en la arena casi sin

(1) * “La supuesta lluvia de sangre sucede solamente en tiempo de tempestades, y sobre todo en verano. No es extraño que la mayor parte de los insectos que buscan sus pastos en las ramas de los árboles sean arrebatados y hechos pedazos con la violencia del aire, lo que ocasiona que al caer aparecen ensangrentados, y así llueve sangre de insectos.” *Diccionario de Historia Natural*, por M. de Bomare, en la palabra *Lluvia*.

Confieso que esta explicación no me satisface, porque si para producir este fenómeno no se necesitase más que un viento impetuoso, en los meses de Julio y Agosto no habría persona alguna que no hubiese visto diferentes veces en su vida llover sangre, lo que seguramente no es así.

Se ha visto, dice también M. de Bomare, en 1703 las aguas de la laguna de Zurich volverse repentinamente coloradas, como sangre. Por el examen se reconoció que lo habían producido las aguas bituminosas de los arroyos, llenas de ocre colorado de hierro, las cuales vinieron entonces a mezclarse con las de aquella laguna.

También se dice lluvia de azufre. Se llama así esta lluvia por causa de unos granos amarillos que, al parecer, caen de las nubes con el agua misma. El polvo amarillo de los estambres (a) de varias especies de plantas cuando están en flor, es la verdadera causa de estas supuestas lluvias de azufre imaginarias que caen con tanta frecuencia en las cercanías de las montañas. Este fenómeno sucede a menudo en Burdeos, en el mes de Abril, tiempo en que los pinos están en flor.

(a) Se llaman *estambres* los hilitos que se hallan en el centro de las flores; los botoncitos que terminan estos hilitos se llaman *remates*; la envoltura que contiene la flor se llama *cáliz*, y las hojas de la flor, hojas principales; en fin, el *pistilo* es la parte de ciertas flores que suele ocupar su centro, como se puede ver en la azucena: es un caño destinado para recibir el polvo de los estambres y para fecundar las simientes.

sentido. A este tiempo llegó su criado asustado con la lluvia de sangre; le ayudó a levantarse, le dijo que había encontrado el camino, y al punto, montando a caballo, huyeron de aquel paraje.

Alfonso descansó dos horas en Loja; allí tomó mulas y un mozo, y prosiguió su camino; atravesó el monte Orospeña (1), pasó por la antigua ciudad de Antequera y fué sin detenerse hasta Málaga. En lo restante de su viaje no le sucedió cosa particular. Llegó a Cádiz bueno y sano y se hospedó en la primera posada que le indicaron.

Al subir la escalera para ir a su cuarto llegó a sus oídos la voz de una mujer que cantaba acompañándose con el arpa: se estremeció al oírla, y guiado por la voz se paró a la puerta del cuarto de la que cantaba; escuchó desde allí el tono más dulce y el estilo más agradable. No pudo desconocer la voz, cuyos acentos habían penetrado hasta lo más íntimo de su pecho. Enajenado y fuera de sí, bajó precipitadamente la escalera, encuentra al huésped; supo que su corazón no le había engañado; que, en efecto, Dalinda y Thelismar vivían en aquella posada, adonde los había guiado la casualidad. No es posible explicar la alegría que le causó a Alfonso esta noticia. Al punto hizo que por el patio le enseñasen las ventanas del cuarto de Dalinda, y después se encerró en el suyo para entregarse libremente al exceso de su contento.

Después de cenar hizo que le buscasen una vihuela; bajó al patio, y poniéndose debajo de las ventanas de Dalinda, con mano trémula tocó varias frioleras. Oyó que habían abierto la ventana, y recelando que Thelismar le entendiese, porque sabía el portugués, no se atrevió a cantar los romances que había hecho para Dalinda en la *Fuente del Amor*; pero cantó con voz tímida y poco firme los tormentos de la ausencia. Al cabo de un cuarto de hora cerraron la ventana. Al día siguiente Alfonso cantó en vano; no abrieron la ventana, y este rigor le afligió tanto como si hubiera destruído alguna bien fundada esperanza. Entretanto, Alfonso formaba mil proyectos relativos a su pasión; pero ninguno le agradaba. Abrasábase en vivos deseos de volver a ver a Dalinda. Su primera idea cuando huyó de su padre había sido la de venirse a ofrecer a Thelismar por compañero de sus viajes, no dudando que, vistos sus talentos

(1) * Al salir de Loja se atraviesa el monte *Orospeña*, y desde las cercanías de Archidona, ciudad edificada en medio de peñascos en las fronteras de Andalucía, se descubre la Sierra de los Enamorados. Es un peñasco famoso por un suceso trágico.

Un joven caballero francés fué apresado por los moros en el tiempo en que aún reinaban en Granada. El rey moro le puso en libertad, le detuvo en su corte y le colmó de gracias. El caballero sedujo a la hija del Rey, y la hizo consentir en huir secretamente de la corte de su padre. Se escapó con ella a media noche; pero el Cielo castigó a este vil robador y a una hija ingrata y cruel. A la punta del día avistaron una tropa de moros que los seguían, y subieron a un peñasco prodigiosamente elevado. No tardaron los moros en rodearlos: entonces, turbados por los remordimientos y reducidos a la desesperación, se precipitaron de lo alto del cerro, que aún conserva el nombre de la *Peña de los Amantes*. *Ensayo sobre la España*, tomo 1.

e instrucción, aceptase esta oferta como igualmente ventajosa y agradable, y además, juzgaba que el solo agradecimiento al favor que le debía de haber salvado la vida a Dalinda podría obligarle a que admitiese su propuesta con sumo gusto. Cuando las pasiones del hombre forman un proyecto, cierran los ojos a las dificultades, apartan las reflexiones útiles, temen todo aquello que podría separarlas del fin que se proponen, y no conocen su imprudencia y locura sino cuando ya es irremediable.

Lleno Alfonso de temor y dudas, no sabía qué partido tomar, y entretanto huía con mucho cuidado de que Dalinda o su padre le viesan, cuando una tarde le dijeron que Thelismar prevenía todas sus cosas para marchar, y que al día siguiente se embarcaría al amanecer a bordo del *Intrépido* (1), que debía llevarle a Cèta. Esta novedad fijó las dudas y

(1) * El arte de la navegación comprende tres partes: 1.^a, el arte de construir navios, que se llama *construcción*; 2.^a, el arte de cargarlos, que se llama *lastre o arrumaje*; 3.^a, el arte de conducirlos sobre el mar, que es propiamente el arte de la navegación.

Los egipcios, griegos y romanos llamaban *navios sagrados* a unos buques dedicados a los dioses; tales eran en Egipto: 1.^o, el navio que todos los años dedicaban a Isis; 2.^o, aquel sobre el cual mantenían durante cuarenta días el Buey Apis antes de trasferirlo desde el Valle del Nilo a Menphis, al Templo de Vulcano; 3.^o, el barco llamado vulgarmente *el barco de Caronte*, y que solamente se empleaba en llevar cuerpos muertos; de este uso los egipcios tomó Orfeo ocasión de imaginar el trasporte de las almas al Infierno al otro lado del Aqueronte.

Entre los buques sagrados que tenían en Grecia, los autores hablan principalmente de dos galeras sagradas de Atenas, destinadas a las ceremonias de la religión, o para llevar noticias en las grandes urgencias del Estado. La una se llamaba la *Párala* o la galera *Paraliana*: tomó su nombre del héroe Páralo, que junto con Teseo se distinguió contra los tebanos; los que tripulaban este navio se llamaban *paralianos*. El otro navio, dicho el *Salaminnio* o galera *Salaminia*, tomó, según el parecer de algunos, su denominación de la batalla de Salamina, y según otros, de Nausitóo, su primer piloto, natural de Salamina. En esta célebre galera, de treinta órdenes de remo, volvió Teseo victorioso de la isla de Creta. Se llamó después Deliaica, porque fué consagrada yendo todos los años a Delos para llevar los regalos de Teseo a Apolo Delio. La una y la otra de estas galeras sagradas servían también para traer los generales depuestos, y en este sentido llamaba Pilotao a la galera Paraliana la *Clava del Pueblo*.

Los atenienses conservaron más de mil años la galera *Salaminia*; esto es, que la renovaban añadiendo tablas a medida que se iban pudriendo las viejas.

A más de estos dos navios sagrados tenían los atenienses aún otros muchos. La *Antígona*, el *Demetrio*, el *Ammón* y la *Minerva*: este último era de una especie singular, puesto que estaba destinado para andar, no en el mar, sino por tierra; se conservaba cerca del Areópago para no servir sino en la fiesta de las *Grandes Panateas*. Servía entonces para llevar al templo de Minerva el vestido de esta diosa, sobre el cual estaban representadas la victoria de los dioses contra los gigantes y las acciones las más memorables de los grandes hombres de Atenas. Lo más admirable de este navio era que bogaba en tierra con velas y remos por medio de ciertas máquinas que Pausanias llama

temores de Alfonso. Sin detenerse un punto, vende la sortija que le quedaba, habla con el capitán del *Intrépido*, y le determina que le reciba a bordo. Al ser de día se embarcó, y se mantuvo oculto en su camarote; al cabo de un cuarto de hora oyó la voz de Thelismar, y a poco rato se hizo el navío a la vela. Como debía Alfonso comer con el Capitán y estaba cierto de ver en su mesa a Dalinda y Thelismar, se resolvió en fin a ir a ver a éste. Hízole decir que deseaba hablarle, y con su respuesta pasó a verle. Al ruido que hizo al entrar volvió Thelismar la ca-

“sotarráneas”; esto es, que tenía en su interior muelles ocultos que hacían moverle; y la vela, según Suidas, era el mismo vestido de Minerva.

Todos los navíos de los antiguos armados en guerra iban con remos y velas; pero en los combates se recogían las velas y solamente se empleaban los remos. Los navíos peleaban entonces como los pájaros: con su pico; sus remos les servían de alas, y procuraban romper los del navío enemigo. En el remo consistía toda la fuerza de un navío, y por esto tomaba su denominación del número de sus remos.

Copiando Lilia Gerardi a Máximo de Tiro, dió la descripción de un navío del cual se sirvió un rey fenicio para hacer un viaje a Troya. Era un palacio flotante, dividido en varias habitaciones ricamente alhajadas; contenía jardines bastante espaciosos, llenos de naranjos, perales, manzanos, parras y otros árboles frutales. El cuerpo del bastimento estaba pintado de diversos colores; el oro y plata brillaban por todas partes. Los navíos de Calígula eran aún más magníficos que éste; el oro y las pedrerías adornaban sus popas; el cordaje era tal, que contenían salas y jardines llenos de flores y árboles. Calígula entraba algunas veces en estos navíos y recorría en ellos las costas de Italia (a).

El uso muy antiguo de dar a los navíos el nombre de los animales representados en la popa enriqueció la mitología; no dice que Perseo viajaba sobre un navío, sino que montaba un caballo con alas. Dédalo huyó de Creta sobre un navío con velas, y éstas son las alas con las cuales voló por los aires, etcétera. *Enciclopedia*.

La quilla es la primera pieza por la cual se comienza la construcción del navío, y sobre la cual se ponen las *varengas* o *costados*. La parte posterior de un navío, y la más levantada, se llama la *chopeta*; la otra, que es la más baja, el *castillo de popa*. También hay en el otro extremo una parte llamada *castillo de proa*. La artillería se coloca sobre los puentes. *Estribor* significa la derecha del navío, y *babor* la izquierda. Las aberturas de los lados del navío por donde salen los cañones se llaman *sabordes*, y lo que sirve para cerrar estas aberturas, *portas de artillería*. El mástil más próximo a la parte posterior del navío se llama *palo de mesana*; el del medio, *palo grande* o *mayor*; el que sigue después, *palo de trinquete*, y el que se halla más adelante, *palo de bauprés*. La *popa* es la parte de atrás del navío. La *proa* es la parte que entra primero en el mar.

(a) Pero ninguno de éstos llega a la magnificencia de la galera sobre la cual pasó María de Médicis desde Génova a Marsella. Esta galera tenía setenta pasos de largo, con veintisiete remos de cada lado. Todo lo exterior estaba dorado; las orillas de la popa, embutidas con ébano, nácar, marfil y lapizlázuli. Estaba guarnecida con veinte grandes cercos de hierro enriquecidos de topacios, esmeraldas, otras piedras preciosas y gran número de perlas. El interior correspondía al exterior; se veía una grande decoración que representaba las armas de Francia y de Médicis, trabajadas con diamantes, zafiros, rubíes y perlas; las cortinas de las ventanas, de vidrieras, de lunas y cristales eran de paños de oro con franjas semejantes, y los cuartos, entapizados de lo mismo. *Memorias históricas y críticas v Anécdotas de Francia*, tomo VIII.

beza, y mirándole atentamente, al instante reconoció al libertador de su hija. Se levantó prontamente, y corriendo hacia Alfonso, le abrazó con las mayores demostraciones de amistad y cariño. Alfonso, lleno de gozo, sintió renacer en su pecho la esperanza; pero respondió a las preguntas de Thelismar con más empacho que verdad.—Mi padre—le dijo—ha sido muy rico; actualmente no tiene más que lo preciso: con ello vive como filósofo en las pacíficas riberas de Mondego. Ha dado su aprobación al deseo que yo tenía de viajar, esperando que con la educación que me ha dado podré quizás, dándome a conocer, adquirir algún nombre y...—¿Qué edad tiene usted, y cuáles eran sus miras cuando salió de su casa?—Yo sabía que usted estaba en España; supe después que debía pasar al Africa, y esperé que usted me permitiría acompañarle en sus viajes.—Ha pensado usted muy bien. Yo debo visitar las cuatro partes del mundo: si usted quiere asociarse a mis fatigas, vengo en ello muy gustoso.—Fuera de juicio Alfonso al oír estas palabras, abrazó a Thelismar, y le juró que no se apartaría de él jamás.—Pero sepa usted que mis viajes durarán tres o cuatro años lo menos: quizás no aprobará su padre una ausencia tan larga.—Yo sé de cierto que vendrá en ello gustoso.—Pues, siendo así, gustando usted del estudio y teniendo, como creo, nobleza en su modo de pensar y propensión a la virtud, hallará en mí un fiel amigo y un segundo padre; me tendré por dichoso si puedo de este modo manifestarle una parte de mi agradecimiento. Dalinda le debe a usted la vida. ¡Contemple usted si debo estimarle! Enternecido Alfonso, se inmutó al oír el nombre de Dalinda, y no acertando con las palabras tuvo que callar, y Thelismar prosiguió diciendo:—Necesito de consuelo; en su amistad de usted espero encontrarlo.—Consuelo... ¿Pues qué penas puede usted tener?—Me he separado por cuatro años de las prendas que más quiero: de mi mujer e hija.—¡Cómo! ¿De Dalinda?—No podía exponerlas a los riesgos inseparables de una larga navegación: han visto conmigo la mayor parte de la Europa; en Cádiz nos hemos separado, y en tanto que nosotros navegamos hacia el Africa, ellas se vuelven a Suecia.—¡Oh cielos!—exclamó dolorosamente Alfonso.—¡La Suecia y el Africa! ¡Oh; qué inmensa distancia entre Dalinda y... usted! ¡Cuánto lo siento!—No pudo Alfonso al decir esto reprimir el llanto.—Mucho le agradezco a usted la parte que toma en mi dolor.—La llegada del Capitán interrumpió esta conversación. Alfonso se fué a encerrar en su camarote para ocultar su pena y desasosiego. Se desesperaba cuando pensaba que en cuatro años no había de ver a Dalinda: no obstante, sentía mucho alivio con el afecto que Thelismar le manifestaba, y se propuso emplear todos los medios posibles para merecer su amistad y confianza.

Aquella misma noche Thelismar le hizo varias preguntas, y una de ellas fué si sabía los elementos de alguna ciencia.—¡Pues no!—respondió Alfonso sonriéndose de un modo orgulloso.—No carezco de instrucción: no hay cosa que no me hayan enseñado.—¿Sabe usted algo de Geometría?—Diez años he tenido maestro de Matemáticas.—¿Tiene usted al-

gunos principios de Física e Historia Natural?—Nada de eso ignoro; y tengo además mucha pasión a las nobles artes: la música y el dibujo son mi delicia.—¿Conque sabe usted dibujar? ¿Y qué cosa?—Dibujo flores.—¿Gusta usted de leer?—Muchísimo.—El idioma portugués no es muy abundante en buenos autores; pero usted sabrá el latín.—¡Oh; perfectamente! Vea usted si lo sabré, cuando há diez años explicaba superiormente (ésta era la expresión de mis maestros) a Horacio y Virgilio.—En ese caso, acabaría usted sus estudios a los doce años.—Justamente; y así, desde entonces no he vuelto a ver libro alguno en latín, a fin de adquirir otros conocimientos.—Y yo apostaré que a los trece años era usted ya bastante geómetra para dar de mano al estudio de las Matemáticas.—Sí, señor: entonces fué cuando me dediqué al gusto que tenía a la literatura; empecé a componer versos.—¿Cómo? ¿De sabio se volvió usted poeta? No siempre suele ser afortunada esa transformación.—Mis versos tuvieron un aplauso que debió animarme.—Entiendo que sería un aplauso de tertulia, casero.—No por cierto: puedo decir que fué un aplauso universal.—¿Cómo lo pudo usted hacer?—Todos los que iban a casa de mi padre me lo decían.—Esta respuesta hizo sonreír a Thelismar. Mudó de conversación, y un rato después se fué Alfonso a acostar, persuadido de que Thelismar había concebido la opinión más ventajosa de sus talentos e instrucción. Al día siguiente se acordó Alfonso del lance del toro en la *Fuente del Amor*, y le preguntó a Thelismar la explicación de un suceso tan raro. Thelismar le respondió que aquel mismo día había encontrado a un amigo que volvía de América; que éste traía de allá un veneno tan activo, que producía el efecto que Alfonso había visto; que aquel amigo le había regalado un estuche con algunas agujas mojadas en este tósigo, y que queriendo hacer aquella misma noche la prueba, había guardado el estuche en su faltriquera (1).—Lo que me admira—dijo Alfonso—es que nunca haya yo oído hablar de ese veneno.

(1) * El veneno que algunos salvajes de las montañas del Perú conocen le trajo a Europa M. de la Condamine. Este veneno es el más activo que se conoce: su efecto es tan pronto, que una mona o un papagayo heridos de modo que salga sangre, con una flechita de las que tiran los indios con una cerbatana, mueren al instante. M. de Reaumur tenía en su casa un oso de dos años que empezaba a ser feroz, por lo que resolvió matarlo, y se hizo en este animal la experiencia del veneno referido: se mojó en él la punta de una flechita para dispararla con una cerbatana. El oso recibió la primera flechita en la parte superior de la espalda sin ser herido al parecer; se le disparó otra: entonces el animal dió un salto, se puso convulso, tembló, echó espumarajos, y cayó muerto al cabo de un minuto y medio. Es de observar que los monos y papagayos muertos con este veneno, y que se comen en el Perú, no contraen por esto ninguna calidad perniciosa y se comen sin precaución alguna. El azúcar es el contraveneno más eficaz de este terrible tósigo. Se hizo comer azúcar a unos perros y gatos un cuarto de hora antes de picarlos, y no tuvieron ninguna mala resulta.

El autor debe esta nota a un sujeto que ha presenciado la experiencia arriba dicha.

—Puede ser—replicó Thelismar—que haya otras muchas cosas de las cuales no tiene usted noticia.—Muy bien lo creo—replicó Alfonso;—pero me atrevó a decir que no serán muchas, porque no soy ignorante: he tenido maestros de todas ciencias. Además de esto he leído mucho, y pensado mucho más.—No se alababa Alfonso a sí mismo sino porque creía poderlo hacer sin riesgo. No advertía en Thelismar más que un hombre sencillo y sin pretensiones de sabio, al cual no le conocía más gusto o estudio que el de la Botánica, y no dudaba que en todo lo demás fuese Thelismar muy ignorante. Este, unas veces de intento y otras por su natural modestia, le confirmaba a cada instante en su opinión.

Llegaron por fin a Ceuta: Thelismar dijo a Alfonso que se encargaba de buscar alojamiento para los dos, y se acomodó con él en una de las mejores casas de la ciudad.

Aquí llegaba la Marquesa cuando dieron las diez. Se guardó el manuscrito, y se acabó la velada.

A la noche siguiente, habiendo la Marquesa prevenido a sus hijos que no la interrumpiesen con sus preguntas, prosiguió su lectura en estos términos:

—La primera diligencia que hizo Alfonso luego que llegaron a Ceuta fué escribir a su padre una carta llena de demostraciones de arrepentimiento y sumisión. En ella le declaraba el verdadero motivo de su huída y le pedía perdón de ella: asimismo, le suplicaba le concediese el permiso de acompañar a Thelismar en sus viajes; y como éste debía permanecer en Ceuta bastante tiempo para que Alfonso pudiese recibir respuesta de su padre, le rogaba encarecidamente le manifestase su voluntad, prometiéndole sujetarse a ella, cualquiera que fuese. Dirigió su carta a Portugal, no dudando que D. Ramiro se habría vuelto a la provincia de Beira. Algo más sosegado Alfonso luego que dió este paso, volvió a sus acostumbradas diversiones: cantaba y tocaba la guitarra la mayor parte del día, o dibujaba algunas flores, que a su parecer eran otras tantas obras maestras, y se las enseñaba a Thelismar, a quien él juzgaba encantado de su habilidad.

Una mañana le hizo llamar Thelismar, y luego que Alfonso entró en su cuarto le dijo:—Como sé la gran afición que usted tiene a la música y al dibujo, he creído que tendrá mucho gusto en conocer dos niños que ciertamente le dejarán admirado. El uno es un muchacho de cinco años que dibuja primorosamente en la misma clase que usted, y el otro es una niña que toca el clave bastante bien; uno y otra están en mi gabinete: vamos a verlos.—Diciendo esto, Thelismar conduce a Alfonso al cuarto inmediato; entran, y se paran a observar desde la puerta. Ve Alfonso al otro lado del cuarto una joven que tocaba el clave, y junto a ella un niño de cinco años dibujando.—Parémonos aquí—dijo Thelismar:—la muchacha es muy tímida, sabe que usted es inteligente, y se turbaría demasiado si se acercase usted a ella.—En efecto—replicó Alfonso;—se ha puesto colorada cuando nos ha visto entrar.—Y también debe usted haber notado—añadió Thelismar—que está tan agitada, que respira con



Alfonso la aplaudió con repetidas palmas.

dificultad. ¿No repara usted cómo se le levanta el pecho?—En efecto—respondió Alfonso, quien, lleno de satisfacción de que su vista pudiese producir semejantes efectos, se dignó animarla gritando varias veces: ¡*Bravísimo, bravísimo!* con todo el orgullo y pedantería de un necio que juzga que semejantes palabras deben colmar de satisfacción y gloria a la persona a quien las dirige. Luego que la muchacha hubo concluído la sonata que tocaba, hizo una gran cortesía, y Alfonso la aplaudió con repetidas palmadas. Entonces, adelantándose Thelismar:—Vamos—le dijo—a ver dibujar al niño: pongámonos detrás para ver mejor lo que hace. Al acercarse reparó Alfonso que el muchacho dibujaba con guantes y sin original.—¿No le parece a usted muy singular—le dijo Thelismar—que en su edad pueda dibujar de memoria? ¡Vea usted con qué perfección va sacando su flor!—¡Oh; es un pasmo!—exclamó Alfonso.—Un dibujo muy exacto. ¡Animo, hijo mío! Redondea un poco ese contorno. ¡Eso es; como un ángel! ¡En verdad, que yo mismo no lo haría mejor!—No causaban ninguna distracción estos elogios al niño, que proseguía dibujando con la mayor aplicación, y de rato en rato apartaba la manecita para contemplar lo que había hecho, y soplabla el papel para quitar el polvillo que dejaba el lápiz. Luego que acabó su flor, Alfonso, lleno de admiración, se arroja al cuello del niño; pero al punto mismo da un grito como espantado.—¡Poco a poco!—dijo Thelismar, riéndose.—Vaya usted despacio, porque si no, puede hacer pedazos a este joven artífice.—¡Oh cielos!—exclamó Alfonso.—¿Conque es una muñeca?—Sí; es lo que llaman un autómeta (1).—¿Y la muchacha?—Es la hermana del dibu-

(1) * La voz griega *automaton* significa: *me excitan*, o bien *estoy pronto*.

Descripción de diversas obras de mecánica, inventadas y ejecutadas por M. H. L. Jacquet Droz, artista de la Chaud-Defond en el Condado de Neuchatel, en la Suiza.

Desde los dos autómetas, el Flautero y el Anade del célebre M. de Vaucanson, de la Real Academia de Ciencias, no se ha visto cosa más hermosa, admirable y perfecta en mecánica que las obras siguientes:

La primera es una figura que representa un niño de dos años sentado en un taburete y escribiendo sobre una mesa. Este autómeta moja su pluma en el tintero, sacude la tinta que hay demás, y escribe correctamente todo lo que se le dicta, sin que nadie lo toque. Coloca como corresponde las letras iniciales, y deja el intervalo conveniente entre los vocablos que escribe. Cuando ha acabado un reglón pasa a otro, observando la distancia debida. Mientras escribe, sus ojos están fijos en lo que hace; pero cuando ha acabado un vocablo dirige la vista a un alfabeto que tiene puesto a su izquierda, como para querer imitar sus caracteres. Este mecanismo es incomprendible. Pudiera tal vez adivinarse si el número de vocablos que este autómeta puede escribir fuese limitado; pero no es así: al contrario, escribe sin distinción todas las palabras de cualquier idioma, y aun si ha comenzado un vocablo que le han dictado y se quiere que lo deje y que escriba otro, abandona el primero y sigue con el que se le manda.

La segunda figura es semejante a la primera en cuanto al tamaño. Representa un niño, también sentado en un taburete, dibujando con un lápiz algunos di-

jante.—Pero yo la he visto respirar.—Y también es cierto que toca efectivamente con sus dedos el clave. Por lo cual, querido Alfonso, no sería justo estimar en mucho dos habilidades que se hallan en unas máqui-

Este autómatas ejecuta con mucha propiedad y limpieza algunas piezas, de las cuales pone primero las principales trazas observando los llenos y delgados. Hace después las sombras, retoca y enmienda las imperfecciones de su dibujo. A este fin aparta de cuando en cuando la mano como para ver mejor lo que tiene hecho. Sopla el polvo que ha dejado la presión del lápiz sobre el papel. Finalmente, los diversos movimientos de ojos, brazos y mano imitan exactamente a la Naturaleza.

La tercera pieza representa una niña de diez a doce años sentada en un taburete y tocando el clave. Este autómatas, cuyo cuerpo, cabeza, ojos, brazos, manos y dedos tienen los movimientos naturales, ejecuta diversas piezas de música de dos o tres partes con mucha perfección. Como su cabeza y ojos se mueven a todos lados, mira alternativamente a sus manos, a su música y a los asistentes. Su cuerpo flexible se inclina a veces para ver más de cerca las notas; su pecho se levanta y baja alternativamente para indicar la respiración.

Finalmente, la cuarta pieza ofrece un contraste del arte y de la Naturaleza, un conjunto de peñascos, de jardines, de chozas y piezas de Arquitectura. Esta obra, inmensa por la multitud y variedad de objetos que representa y de los efectos que produce, no ocupa más que una extensión de cuatro pies y medio en cuadro, sobre dos a tres pies de elevación. La delantera de esta pieza representa un jardín terminado por la fachada de un edificio primoroso. Más lejos se ve una campiña de la Suiza rodeada de montes y peñascos, detrás de los cuales sale un sol, llega a su mediodía, y se pone de un modo que concuerda exactamente con las revoluciones de este astro sobre nuestro horizonte según las diferentes temporadas del año. La campiña, llena de plantas, arbustos y malezas, contiene una cabaña de aldeano, un molino, un arroyo y diversos ganados pasciendo. El fondo se termina por una cadena de riscos escarpados, con diversas grutas y cavernas, en cuya cumbre se ven pacer algunas cabras. La parte pastoril se compone de un pastor y una pastora, ovejas y cabras que se ven pacer y que se oyen balar, de una vaca que brama y de un becerro al que amamanta, y de un perro que guarda el ganado.

Las funciones y juego de esta pieza principian por un rústico que sale de su cabaña montado en un burro, atraviesa así el prado, pasa la puente del arroyo, y va al molino para cargar su harina. Mientras pasa delante del ganado, el perro del pastor ladra tan naturalmente, que muchos perros al oírle se han engañado y le han respondido. Un instante después se ve salir al pastor de su choza; se para, saca su flauta y toca algunos preludios, que en un eco repite suavemente. Continúa después su camino; advierte a la pastora durmiendo cerca de sus ovejas con la cabeza reclinada sobre un brazo; se arrima a ella, toca una sonata patética. Despierta la pastora, se sienta, mira al pastor, toma su guitarra y hace concierto con él, hasta que, interrumpidos inopinadamente por la vuelta del aldeano que sale del molino, al instante hace su cortesía el pastor y se esconde en la choza de la pastora; ésta vuelve a tomar con disimulo su primera postura, y entonces se ve al rústico dirigirse a su cabaña a pie y llevando delante de sí el burro cargado con un saco de harina.

El jardín rodeado de rejas ofrece en su extensión unas líneas regulares de árboles labrados con arte, estatuas, surtidores de agua y muchos naranjos, sobre los cuales se ven nacer capullos, después flores que se abren, y a las

nas.—Ah!—dijo Alfonso.—Voy ahora mismo a romper mi guitarra y mis lápices.—Haría usted muy mal. Es vituperable el hombre que pasa su vida tocando la guitarra y dibujando flores; pero nadie le puede a

cuales se sigue la fruta. La pieza de Arquitectura está adornada de estatuas, de dos fuentes cuyo juego hace ilusión, y de una pajarera donde se ven diversos pájaros revolotear y modular sus cantos naturales. En el medio del edificio se ve una portada, encima de la cual está un reloj con adornos de medio relieve. A la puerta se ve una labradora que toca diversos minués con un salterio, mientras dos niñas bien vestidas bailan con mucha gracia y perfección. Aunque todas las figuras que componen esta cuarta pieza tengan movimientos muy complicados, y no más de cuatro pulgadas de alto, obran con tanta facilidad y suavidad, que cualquiera cree ver la obra de la Naturaleza misma.

M. Jacquet Droz, joven de veinticuatro años a lo más, es verdaderamente un prodigio. M. de Vaucanson, que ha visto (a) sus piezas de mecánica, se quedó atónito, y le dijo que empezaba por donde él quisiera haber acabado.

El jugador de ajedrez que se ha enseñado al público en varias capitales de Europa ha parecido aún más admirable en sus principios. Este jugador es una estatua de tamaño natural, vestida a la turca y sentada detrás de un buró o papelera, sobre la cual está colocado el tablero y piezas del ajedrez. Antes de empezar el juego se abre la papelera para hacer ver a los circunstantes que en su interior no hay más que ruedas, resortes y palancas. Igualmente se abre una portezuela que tiene el autómeta en el pecho, por la cual se ve que sólo tiene en el cuerpo alambres, cuerdas y garruchas; toda la máquina se conduce por medio de cuatro ruedas al paraje del cuarto que señalan los espectadores, para hacer ver que no tiene comunicación alguna con las piezas inmediatas. No es posible después de esta prueba creer que la estatua tenga otro movimiento más que el de sus resortes; pero al ver que aunque juegue con los mejores jugadores casi siempre gana la partida, no se puede dudar que sus movimientos son efecto de unos razonamientos sumamente profundos y bien combinados, pues que, siendo el juego del ajedrez el más difícil y variado de todos, se ve precisada con frecuencia a hacer jugadas muy irregulares para sorprender a su adversario en la marcha arbitraria que se ha propuesto.

Cualquier lector que sepa jugar al ajedrez dirá seguramente que la perfección de esta máquina supera a la de cuantas se han visto hasta ahora, sin poder comprender, no obstante, de qué modo ejecuta tan singulares movimientos. La explicación siguiente se ha sacado de una obrita intitulada *La magie blanche dévoilée*, par M. Decremps; esto es, *La magia blanca descubierta*: su autor M. Decremps.

Un enano, diestro jugador de ajedrez, pone la máquina en movimiento y está oculto en la papelera o buró: no se le puede ver cuando se abre éste, a causa de que entonces tiene las piernas y muslos hasta la cintura metidos en un grueso cilindro o cañón de hierro, que al parecer contiene ruedas y otros instrumentos; lo restante del cuerpo del enano está entonces fuera del buró, escondido entre las faldas del turco. Luego que se ha cerrado el buró se da vueltas a una cigüeña con pretexto de dar cuerda a los resortes, operación que causa un ruido bastante fuerte, y que al tiempo que da un viso verosímil a la experiencia, facilita al enano el poder entrar al buró sin ser sentido. En tanto que se muda de un sitio a otro toda la máquina, cierra el enano la

(a) En Noviembre de 1774.

usted censurar cuando repunte estas dos habilidades, no como ocupaciones serias, sino como recreos y diversiones que usted cultivará a ratos perdidos, sin envanecerse con el corto mérito de hacerlo bien.

Esta lección hizo algún efecto en Alfonso; pero era preciso que recibiese otras muchas para conseguir su total enmienda.

Ya estaba pronto Thelismar a marchar de Ceuta sin que Alfonso hubiese recibido noticias de su padre, por lo cual se imaginó que convenía en su propuesta, puesto que no le había respondido inmediatamente mandándole que volviese, siendo este juicio causa de acabarse de resolver a no abandonar a Thelismar. Algunos días antes de salir de Ceuta para las islas Azores, Alfonso, que había ya visto que se estaba trabajando en hacer una máquina al cabo del jardín, y cuyo uso ignoraba, supo que esta obra se hacía por orden de Thelismar. Preguntó Alfonso a éste a qué uso destinaba aquel artificio.—El dueño de esta casa—le respondió Thelismar—me ha dicho que de veinte años a esta parte han caído dos rayos sobre ella, y yo le he prometido que no volverá a caer ninguno más.—Pues ¿cómo podrá usted impedirlo?—Por medio de la máquina que usted ha visto.—Pero yo no comprendo...—Bien lo creo. No obstante, no es menos cierto que en adelante no caerá ningún rayo en esta habitación, sino al extremo del jardín.—En efecto; cuatro o cinco días después hubo una tronada muy fuerte. Thelismar se puso a la ventana, y mostrando a Alfonso con su bastón la nube espesa que estaba sobre la casa:—Mire usted—le dijo—esa nube; advierta usted cómo se va a apartar de nosotros y a seguir la dirección que yo la señalo. Quiero que vaya

portezucla por donde había pasado el medio cuerpo; después se alzan las faldas del autómatas y se manifiesta hasta su estómago, para que se vea que no hay superchería alguna, todo lo cual aumenta la admiración de los circunstantes, que atribuyen al mecanismo lo que solamente puede provenir de una cabeza bien organizada.

Resta saber el modo con que el enano oculto en el buró puede conocer el juego de su contrario, para lo cual hay varios medios. Primero, se puede poner en cada pieza del juego un pedazo de hierro tocado al imán, y debajo de cada cuadro del tablero una pequeña aguja de brújula, muy sensible, para que por su movimiento señale el cuadro que se ocupa con alguna pieza y el que queda vacío. Segundo, se puede señalar mentalmente cada pieza y cada cuadro con un número para distinguirlo de los demás, indicando este número a la persona oculta, ya sea por señas, o ya por ciertas palabras. Tercero, se puede hacer, finalmente, un tablero medio trasparente, el cual, sirviendo de cubierta al buró, deje oscuro lo interior de él para que nadie pueda ver lo que hay; pero que, no obstante, deje entrar suficiente claridad para que el enano pueda ver lo que se hace fuera del buró.

En cuanto al medio practicado para que el autómatas haga los movimientos necesarios, fácilmente se comprenderá que su brazo y la palanca interior que le mueve deben considerarse como un pantógrafo, cuya extremidad se mueve a todas partes para recorrer el tablero exterior, en tanto que la otra se mueve interiormente para darle en pequeño los mismos movimientos, señalando los cuadritos de un tablero interior mucho más pequeño.

a reventar al extremo de aquella calle de árboles.—Hablando así, Thelismar extiende su bastón hacia la nube: parece que ésta obedece a su voz sin atreverse a separarse del camino que le había señalado por los aires. En esta ocasión parecía Thelismar un encantador que por medio de su varilla de virtudes mandaba como soberano a los elementos.—¡Gran Dios—exclamó Alfonso;—qué veo! ¡Usted dirige a su arbitrio todas esas nubes! ¡Ya se reúnen en el sitio que usted las ha señalado!—Pues ahora que están juntas—replicó Thelismar.—quiero que se disipen y que caiga un rayo a treinta pasos de la tapia del jardín.—No bien había dicho estas palabras, cuando se oyó un horroroso estampido, y cayó el rayo en el sitio mismo que había señalado (1). Al punto cerró Thelismar la ventana y se salió del cuarto, dejando a Alfonso petrificado de admiración.

Al día siguiente entregaron a Thelismar delante de Alfonso una carta de Dalinda, la cual leyó en alta voz, porque Alfonso había aprendido el idioma sueco, habiéndole comenzado a estudiar desde que supo en España que Dalinda era de Suecia, y desde que estaba con Thelismar había hecho los más rápidos progresos en él. La carta de Dalinda le encantó, y no pudo disimular el enternecimiento que experimentaba al oír la leer. Sentía un deleite inexplicable en comprender las palabras escritas por la mano de Dalinda, y escuchando el pormenor ingenuo de sus pensamientos y afectos juzgaba que la oía hablar; conocía, finalmente, su corazón, y este conocimiento fijó para siempre en el pecho de Alfonso la más frágil de todas las pasiones, puesto que reunía el aprecio y estimación al amor. Bien hubiera querido Alfonso tener en sus manos la carta de Dalinda para ver su letra; pero Thelismar, después de haberla leído, la cerró en un cajón de su buró. Alfonso, con los ojos fijos en el cajón, dejó de escuchar a Thelismar, y se quedó caviloso y sepultado en su amoroso delirio: entonces Thelismar tomó un libro, se puso a leer, y Alfonso, vuelto en sí, salió del cuarto. Al anocheecer volvió a él, y Thelismar se levantó, diciéndole:—Como mañana nos hacemos a la vela para las islas Azores (2), tengo que disponer varias cosas: espéreme usted aquí, que dentro de media hora volveré.—Diciendo esto sale del cuarto y deja a Alfonso solo, sentado enfrente del escritorio donde estaba la carta de Dalinda, y la llave había quedado en la cerradura. Alfonso se ve acometido de una tentación, que al principio resiste. Tenía grandísimos deseos de abrir el cajón y de leer una vez siquiera la

(1) *Todos conocen esta experiencia del doctor Franklin, fundada en la electricidad.

(2) Las islas Azores están situadas entre Africa y América a unas doscientas leguas de Lisboa. Gonzalo Vello las descubrió a mediados del siglo XV, y las llamó Azores a causa de las muchas aves así llamadas que hay en ellas. Otros atribuyen a Martín Behem el honor de este descubrimiento. Estas islas son nueve entre todas. La mayor se llama Tercera, por lo cual comúnmente las entendemos a todas bajo este nombre. La capital de todas es la ciudad de Angra, que lo es también de la isla Tercera.

carta de Dalinda. Bien conocía que esta acción era mala: no obstante, se decía a sí mismo, no es mi intención descubrir los secretos de Thelismar. El me ha leído la carta; yo no sabré más de lo que sé, y así, no pretendo más que verla y contemplar la letra. Finalmente, después de haber luchado algún tiempo en su interior vence todos sus escrúpulos. Se acerca al escritorio, echa su mano trémula a la llave; pero no bien la toca, cuando recibe en el brazo y en el pecho un golpe tan terrible, que casi le priva de sentido. Atónito y espantado se hace atrás; y dejándose caer en una silla:—¡Justo Dios!—exclama.—¿Qué mano invisible es la que me ha herido? (1).—Al punto mismo se abre la puerta, y ve a Thelismar.—¿Qué ha hecho usted, Alfonso?—le dice éste con mucha severidad.—¡Ah!—le respondió éste.—¡No sólo el arte sobrenatural de usted produce tantos prodigios, sino que también creo que descubre los más ocultos pensamientos! ¡Lea usted en mi corazón!—Veo en él un motivo que no puede servirle de disculpa, porque no hay ninguna que sirva de excusa suficiente a una deslealtad tan vituperable. Acuérdesse usted, Alfonso, que no se debe abusar de la confianza que se nos manifiesta, y que otra falta de esta clase le haría perder para siempre mi estimación. Pero esa llave—prosiguió Thelismar—no ofende sino a los imprudentes: solamente rechaza de este modo a los que quieren usar de ella sin mi consentimiento. Ahora que yo se lo permito a usted, puede abrir sin riesgo alguno.—Luego que Alfonso oyó esto se acercó al escritorio, y después de haber abierto el cajón, dijo:—No hay duda, ¡oh Thelismar!; nada le es a usted imposible: todas sus razones son sabias y prudentes, y sus hechos maravillosos. Dígnese usted de ser siempre mi protector y guía: mi sumisión, mi afecto y mi agradecimiento me harán digno de esta dicha.—Al decir esto se acercó con aire enternecido y respetuoso a Thelismar, quien le recibió con un abrazo cariñoso.

La mañana siguiente, Thelismar y su joven compañero de viaje se embarcaron e hicieron a la vela para la isla Tercera; después de una feliz navegación tomaron tierra en la isla de San Jorge (2), donde descansaron algunos días.

Thelismar se alojó en la casita de un sueco establecido en la isla hacía ya seis años. Como no había en esta casa más que una habitación cómoda, partió con Alfonso su cuarto y le hizo poner una cama inmediata a la suya. Una noche que Alfonso y Thelismar estaban en el primer sueño, se despertaron despavoridos los dos a un mismo tiempo: creyeron haber sentido un violento temblor de Tierra, y huyeron a un jardinito, en el cual encontraron al amo de la casa y a algunos criados, que, habiendo sentido la misma conmoción, se habían refugiado en él. Trajeron hachas de viento—porque la noche era oscura,—y con el temor de experimentar un desastre parecido al de Lisboa, pasaron todos con la mayor inquietud cerca de tres horas en el jardín. Pero no ha-

(1) La llave estaba electrizada.

(2) A doce leguas de Angra.

biendo sentido en todo este tiempo el más leve movimiento, se determinaron a entrar en la casa: no obstante, Thelismar y Alfonso no se quisieron acostar, y esperaron en conversación a que amaneciese.

Alfonso, que no ocultaba ya a Thelismar el nombre de su padre, y que le había contado ya mil veces todo lo que le había sucedido cuando el terremoto de Lisboa, no quiso perder la ocasión que se le ofrecía de volverle a hablar de ello. Esta narración siempre iba acompañada de una pomposa descripción del palacio magnífico de D. Ramiro y de una prolija y abultada enumeración de las joyas y diamantes que poseía antes de aquella desgracia. Luego que empezó a amanecer se asomaron a una ventana de donde se descubría toda la isla. Pero ¿cómo se quedarían al ver su casa y el jardín enteramente separados de la tierra, toda la habitación circundada de agua, y formando una isleta en medio del mar? (1) Se estremecieron al considerar el riesgo en que habían estado, y no podían comprender cómo había podido la casa, arrojada al mar y a mucha distancia de la tierra, resistir a una conmoción tan violenta sin haberse arruinado enteramente.—Sin duda—dijo Thelismar,—esta humilde habitación es de un hombre virtuoso: la Divina Justicia es quien se ha dignado salvar y conservar esta frágil habitación con tan estupendo prodigio.

Aún hablaba Thelismar, cuando entró en su cuarto el dueño de la casa. Este anciano venerable se acercó a él, y arrojando un profundo suspiro:—Yo vengo, señor—le dijo,—a implorar la protección de usted, no para mí, sino para mi hijo. Aunque desterrado seis años hace de mi patria, no dejo de acordarme de los hombres grandes que la ilustran. Conozco, señor, el nombre y virtudes de usted. Sé que nuestro Soberano, protector de los grandes talentos y de las ciencias, le honra con particular aprecio, y vengo a suplicarle me dé cartas de recomendación para mi hijo.—¿Conque vuelve usted a nuestra patria?—Sí, señor.—¿Pues qué contratiempo le hizo a usted salir de ella?—Yo he nacido en una clase oscura; pero a pesar de la medianía de mi suerte, pude proporcionar a mi hijo una educación muy superior a mi estado. Este hijo querido correspondió tan bien a mis ideas, que a los veinticinco años obtuvo por su mérito y talentos un empleo igualmente honorífico y lucrativo. Algún tiempo después se enamoró de una joven amable y rica. Iba ya a casarse con ella, cuando una cruel desgracia me precisó a ausentarme

(1) * En el mismo año de 1755 en que sucedió la destrucción de Lisboa padecieron también mucho las islas Azores. En la isla de San Jorge, distante doce leguas de Angra, tembló la Tierra con tanto furor, que la mayor parte de los habitantes fueron sepultados entre las ruinas de sus casas; el espanto creció a la mañana siguiente a vista de diez y ocho islas nuevas que salieron del mar. Por otra parte, se sintió un sacudimiento que echó al mar diversas porciones de tierra, de las cuales una conservó una casa rodeada de árboles; los que la habitaban entonces no conocieron hasta la mañana la mudanza de su local. Véase el *Diccionario de Historia Natural* por M. de Bomare, en la palabra "Temblor de Tierra".

de mi patria. Vivía en mi casa un negociante poderoso: una mañana encontraron a este infeliz cosido a puñaladas en su cama, y robadas todas sus riquezas. Prendieron a todos sus criados, y yo mismo me presenté también en la cárcel. El malvado autor del delito me lo imputó a mí. Yo tenía varios enemigos, cuyas tramas hicieron que el asunto se pusiese en los peores términos: no obstante, gracias a las solicitudes y a los protectores de mi hijo, conseguí que por falta de pruebas me pusiesen en libertad; pero no recuperé mi honor perdido, y no pudiendo tolerar el vivir con ignominia en la misma ciudad en donde antes había gozado de la pública estimación, determiné expatriarme. Oculté este proyecto a mi hijo; pero él observaba demasiado todos mis pasos para dejar de penetrar mis ideas. Vendí lo poco que me quedaba, y salí de Estokolmo a la media noche.. Sólo echaba de menos a mi hijo: no obstante, le dejaba gozando de un empleo que le suministraba los medios de vivir con mucha decencia, y yo sabía de cierto que a pesar de nuestros infortunios, la persona que él amaba le conservaba el mismo afecto. Estas ideas me consolaban algún tanto, y me hacían soportable lo sumo de mi desgracia. Iba corriendo en mi silla de posta, cuando al amanecer advertí que un hombre a caballo me seguía a toda prisa. Saco la cabeza; pero ¡qué fué de mí cuando conocí a mi hijo! No puedo pensar lo que sentí en mi alma. Me arrojo de la silla y me abrazo a él. ¿Qué has hecho?—exclamé.—Lo que debía.—Pero ¿cuál es tu designio?—le repliqué, bañándole con mis lágrimas.—Acompañarle a usted y consagrarle la vida que le debo.—¿Y tu empleo, tu fortuna?—Todo lo he abandonado por usted; sí, todo; ¡hasta lo que más amaba! Sin embargo de que ve correr mis lágrimas, crea usted que sacrifico gustoso el amor a la Naturaleza.—Pues si sabías mi fatal determinación, ¿por qué no te oponías a ella? ¿Acaso dudabas del poder que tienes sobre mí?—Las apariencias fatales le hacían a usted reo: esta funesta desgracia le hace más digno de mi amor y veneración. Pero, en fin, se hallaba usted deshonorado, era preciso huir. Conserva usted en realidad la inocencia y la virtud, y esto debe servirle de consuelo.—¿Y podrá no llorar continuamente tu desgraciada suerte?—¡Mi suerte! ¿Quién en el mundo la ha logrado mejor que yo? Puedo manifestar a mi padre mi agradecimiento y mi afecto; puedo recompensarle de todo lo que ha perdido. Mi mano enjugará sus lágrimas, y mi celo y ternura harán cesar la causa de ellas. ¡Oh padre mío! ¡El respeto y amor de su hijo le harán a usted olvidar con el tiempo una patria injusta, unos parientes ingratos y unos amigos desleales! El Cielo me destinaba a cumplir en toda su extensión las santas leyes de la Naturaleza. No, no llore usted ni repunte por desgracia la mía: antes bien, usted, hasta aquí modelo de padres, disfrute de la gloria y de la felicidad tan pura de haber formado por sus cuidados y ejemplos un hijo digno de serlo de usted.

—Usted es padre, señor—continuó el anciano,—y, por tanto, comprenderá fácilmente que en medio de mi desgracia me resigné con ella con paciencia. En fin, después de haber viajado durante dos años nos es-

tablecimos aquí. Mi hijo entró en algunas empresas de comercio, y habiendo logrado tal cual ganancia, compró esta casa, y en ella hemos vivido con quietud y sosiego. En ella contaba acabar mis días, cuando hace dos meses recibimos noticias de Estokolmo que nos han hecho mudar de dictamen. Mi inocencia está plenamente reconocida: el perverso asesino había sido puesto en libertad; pero otros delitos le han hecho volver a la cárcel. Convencido de las mayores maldades, ha confesado públicamente antes de expirar que él había sido el verdadero autor del homicidio que se me imputaba. Hemos sabido al mismo tiempo que la joven que debía casarse con mi hijo se mantiene soltera. Entonces no aspiré a otra cosa más que a volver a mi patria. Debíamos marchar dentro de seis meses; pero la desgracia que acabamos de sufrir y la pérdida de esta casa que, aunque no del todo arruinada, ya no está en estado de habitarse, nos precisa a adelantar nuestra partida, y así, he venido a suplicaros, señor, que nos dé cartas...

—Sí; yo se las daré a usted—interrumpió vivamente Thelismar,—y tan buenas como las podría dar a un hermano mío o al más querido de mis amigos. Sí: no dude usted que nuestro Soberano, justo y benéfico, sabrá recompensar dignamente la virtud de su hijo.—¡Ah, señor!—exclamó el anciano llorando de alegría.—Permita usted que vaya a buscarle para que le vea.—Diciendo esto salió apresuradamente sin esperar respuesta. Volviéndose entonces Thelismar hacia Alfonso, le vió apoyado tristemente contra una silla y tapándose la cara con las manos. Thelismar advirtió que lloraba.—¿Por qué, pues—le dijo,—quererme ocultar esas lágrimas? Déjelas usted correr sin empacho, pues son prueba de la sensibilidad de su corazón.—En esto se engañaba Thelismar, porque atribuía al enternecimiento el llanto cruel que le hacían derramar su culpa y los remordimientos de ella. ¡Cuán delincuente no se juzgaba Alfonso comparando su conducta con la de aquel joven cuya historia acababa de oír! Aquella sencilla narración había traspasado su pecho, y le hacía cruel y doloroso el sentimiento más dulce de todos, que es la admiración que causa la virtud.

Volvió el anciano conduciendo a su hijo por la mano. Thelismar estrechó entre sus brazos a aquel virtuoso joven, le ratificó las promesas que había hecho a su padre, y los despidió a entrambos henchidos de alegría y agradecimiento.

Entretanto, varios habitantes de la isla vinieron en barcos a informarse de la suerte de los que estaban en la casita que al romper del día habían visto en medio del mar. Estos informaron a Thelismar de cómo todas las casas inmediatas a la suya habían sido arruinadas, y que sólo la de Zulaski (que así se llamaba el virtuoso joven de quien se ha hablado) se había conservado de un modo tan milagroso. Thelismar y Alfonso entraron en uno de los barcos, y se hicieron llevar hacia la parte de la isla que había padecido menos del terremoto; pero no habían aún caminado un cuarto de legua, cuando se quedaron absortos al ver salir de improviso del fondo del mar diez y ocho islas distintas.—¡Oh nueva

creación de un Dios justo y benéfico!—exclamó Thelismar.—¡Qué gozo tan dulce siente mi corazón al veros! La industria humana dentro de poco os fertilizará. ¡Dios quiera que vuestros futuros habitantes sean todos virtuosos!—Después de haber costeadado algunas de estas islas saltaron a tierra, y hallaron albergue en una de las habitaciones de la isla, adonde aquella misma noche fué Zulaski a verlos. Para volver a Suecia debía Zulaski embarcarse en una nave portuguesa, por lo cual Alfonso le entregó dos cartas: la una para su padre, en la cual le decía todos los parajes por donde debía pasar, suplicándole le escribiese a ellos y le hiciese saber su voluntad; la otra carta era para un amigo suyo habitante de la provincia de Beira, al que rogaba le diese noticias de D. Ramiro; asimismo le enviaba un itinerario exacto de su viaje. Luego que Zulaski hubo recibido estas y las que le dió Thelismar, emprendió su viaje sin más detención, y de allí a pocos días Thelismar y Alfonso se embarcaron para las islas Canarias (1).

En la isla de Tenerife permaneció bastante tiempo Thelismar. Lo primero que hizo fué ir a ver el delicioso distrito situado entre Orotava y Realejo (2). En este sitio se hallan reunidas las producciones más agradables, majestuosas y útiles que la Naturaleza ha podido formar. Por una parte se ven altas montañas continuamente verdes; por otra, fértiles praderas y dilatados campos de caña dulce; más allá, peñascos de los cuales se precipitan arroyos de agua cristalina, y por otra se descubren viñas y bosques cuyos árboles siempre están cubiertos de hojas (3). No podían Thelismar y Alfonso apartarse de sitios tan deliciosos. Un día entero se estuvieron en ellos, unas veces paseándose, y otras sentados a la sombra de los plátanos leyendo algunos pasos de las *Metamorfosis*, de Ovidio, o algunos versos de *Camoens*. Llena la imaginación de Alfonso con las ideas que le sugerían estas lecturas, quiso antes de apartarse de allí escribir sobre la corteza de un árbol cuatro versos que acababa de componer. Se acerca a un árbol robusto, bastante parecido al pino, y sacando su navaja, quiere escribir sobre la corteza. Pero luego

(1) Estas islas son siete, y sus nombres, *Tenerife, la Gran Canaria, la Gomera, Palma, Isla de Hierro, Lanzarote y Fuerteventura*. El primer descubrimiento de ellas causó grandes disputas entre los españoles y portugueses, que pretendían atribuirse exclusivamente este honor. Pero lo cierto es que los españoles, ayudados de los ingleses, fueron sus primeros conquistadores. Además de estas siete islas ya nombradas hay otras seis más pequeñas alrededor de la de Lanzarote. Los antiguos conocían las islas Canarias, y las llamaban las *islas Afortunadas*.

(2) Dos ciudades de la isla. *Laguna* es la capital; está situada a las orillas de un lago, del cual ha tomado su nombre. Los españoles en el tiempo de la conquista, por los años de 1417, llamaron a sus isleños *guanches*. Casi todos los habitantes de la ciudad de Guimar en dicha isla son descendientes de aquellos antiguos *guanches*.

(3) Véase el *Compendio de la Historia General de los Viajes*, por M. de la Harpe, tom. I.

que la punta hubo penetrado algún tanto, advierte que sale sangre por la abertura (1). Casi estuvo para creer que había herido a alguna ninfa trasformada: se retira amedrentado, y arroja al suelo el cuchillo sangriento. Al verle Thelismar se sonríe, y le aquieta asegurándole que aquel supuesto prodigio nada tiene de siniestro ó extraordinario. Algunos días estuvieron en Laguna, hermosa y grande ciudad, cuyas casas tienen por lo común grandes jardines y alamedas de naranjos y limones: sus fuentes, sus jardines, sus bosques, su lago, su acueducto y la suavidad de los vientos que templan lo caluroso del clima, hacen que sea una morada deliciosa.

Otras varias ciudades visitaron después de ésta, y finalmente llegaron a Guimar, cuyos moradores son casi todos descendientes de los antiguos guanches, primeros habitantes de la isla. Los descendientes de aquel pueblo salvaje, no obstante que han renunciado a la idolatría, conservan las costumbres agrestes y gran parte de los usos de sus mayores.

Un día que Alfonso se paseaba solo por las inmediaciones de Guimar, sus continuas cavilaciones le condujeron a un bosque poco frecuentado, en el cual se perdió. Queriendo volver al camino, se metió en lo más intrincado del bosque, del cual salió no sin mucho trabajo, y se halló en una especie de desierto despojado de árboles y de hierba, que sólo ofrecía a la vista una gran llanura árida cubierta de piedras, y al fin de ella una alta montaña. Al verse Alfonso en aquel sitio se acordó suspirando de que Thelismar le había encargado repetidas veces que no se pasease nunca sin guía; pero venía ya tarde este recuerdo. Entretanto, se iba acercando la noche. Sigue caminando algún tiempo; pero al fin, rendido de cansancio, se para sobre una eminencia rodeada de zarzales y de gruesas piedras mal colocadas las unas sobre las otras. Al sentarse sobre una de ellas descomponen el equilibrio de las demás, que caen rodando con mucho estrépito. Huye a la otra parte para evitar que le hiriesen; pero al volver a mirarlas, repara que su caída ha dejado patente un agujero bastante capaz para entrar por él un hombre: se acerca más, y mirando hacia abajo, distingue admirado unos escalones. Movido entonces de su mucha curiosidad, entra en la gruta y baja una escalera muy pendiente; a lo último de ella levanta la cabeza, y ya no ve luz. Determina volverse; pero mirando hacia lo último de la gruta, advierte distintamente una luz muy a lo lejos. Esto le determina a concluir una empresa que le ofrece

(1) * Este árbol se llama vulgarmente *árbol drago*: es un árbol grande, del cual distinguen los botánicos cuatro especies. Se cría en las islas Canarias, y es parecido, visto de lejos, al pino. Su fruta es redonda, del tamaño de un guisante gordo, amarilla y un poco ácida. Su tronco, que es áspero, se abre en diversos parajes, y vierte en la canícula un licor que parece sangre, y que se condensa en forma de una lágrima colorada, blanda al principio, y después seca y fácil de reducirse a polvo. Este surco es verdadera y natural *sangre de drago* de las boticas, y su uso muy frecuente en la Medicina. Luego que se hace una incisión en el tronco o en las ramas de este árbol, empieza a gotear este licor. M. de Bomare, en la palabra *Sangre de drago*.



Tiende Alfonso la vista por todas partes...

algún suceso extraordinario, y prosigue su camino. Atraviesa un largo corredor muy oscuro, y al salir de él se halla en una espaciosa caverna alumbrada con varias lámparas colgadas de sus bóvedas. Tiende Alfonso la vista por todas partes: se encuentra en medio de más de doscientos cadáveres colocados en pie contra las paredes de aquel lúgubre subterráneo.

—¡A qué funesto sitio me ha conducido mi imprudencia!—exclama el infeliz Alfonso.—Esta cueva, semejante a la de Polifemo, es sin duda alguna el asilo de algún bandido inhumano: estos muertos son—no hay que dudar—las víctimas de la crueldad horrible de este monstruo. Pero pues no he tenido la prudencia de Ulises, tendré al menos su valor.—Diciendo esto, desenvaina su espada y se prepara a vender su vida a buen precio. No quiso tentar la huida por temor de ser sorprendido en el callejón estrecho y oscuro, única salida que él conocía: juzgó que le sería más fácil defenderse de la cueva, fuera de que creyó fijamente que los asesinos habrían ya cerrado la entrada. Entretanto, reinaba siempre un silencio profundísimo. Tuvo Alfonso sobrado tiempo para considerar despacio los tristes y raros objetos que le rodeaban. Advirtió que ninguno de aquellos cadáveres daba indicios de corrupción, que no despedían mal olor, y que todos habían conservado la piel y las facciones. Loco se volvía Alfonso cavilando sobre todo esto, cuando creyó oír pasos: aplica el oído con mucha atención, y al instante distingue varias voces que hablaban en una lengua que él no conocía.

No queriendo Alfonso comenzar el combate, caso que no tuviesen intención de ofenderle, va a colocarse entre dos cadáveres, esconde su espada, e imita el silencio de sus dos colaterales. Al poco rato ve entrar en la cueva doce hombres vestidos de un modo muy raro, que se le iban acercando dos a dos. Su porte grave y pacífico no le anuncia ninguna intención dañina; pero al punto que ven a Alfonso prorrumpen en espantosos gritos: el furor y la indignación se pintan sobre sus rostros; se hacen todos a un tiempo a una parte de la gruta, y sacando cada uno un puñal, embisten todos de golpe a Alfonso, que con su espada los recibe con valor. El combate fué largo y sangriento; pero la industria y valor de Alfonso triunfaron por fin de la fuerza, y aunque solo contra doce hombres furiosos, quedó por suyo el campo de batalla. Recibió dos heridas; pero costaron la vida a la mayor parte de sus contrarios, y los demás, atemorizados, huyeron precipitadamente. Luego que se vió solo en la cueva pensó en curar sus heridas, lo que hizo rasgando su pañuelo y atándole sobre ellas con sus ligas; después cortó con la espada la correa de que estaba pendiente una de las lámparas, y salió con ella sin detenerse un punto; atravesó corriendo la galería oscura, llegó a la escalera, la subió aceleradamente, y hallando franca la puerta, se arroja con ansia fuera de aquella horrorosa sima. Al verse en el campo creyó que salía del Infierno y que empezaba a vivir de nuevo. Viendo los cielos y respirando un aire puro, exclama:—¡Oh padre mío! ¡Oh Dalinda! ¡Oh querido amigo Thelismar! ¡Ya espero que disfrutaré de la

dicha de veros ! ; Solamente vosotros hacéis que me sea preciosa la vida !

Cuando Alfonso entró en la cueva iba anocheciendo, y cuando salió de ella era media noche. Guiado por el resplandor de la Luna y de las estrellas, se apartó de aquel funesto sitio, y después de haber andado perdido más de tres horas, llegó al romper el día a las márgenes de una laguna toda rodeada de árboles. Atormentado de una sed ardiente, la vista del agua pura y clara le hizo recobrar sus fuerzas y valor: mitigó su sed con ella, y comió algunas frutas silvestres; pero se sintió tan débil y cansado, que no le fué posible volver a emprender su camino, y así, se tendió sobre la hierba enfrente de una montaña cubierta de ellas y sembrada de árboles por una y otra parte. Haría tres cuartos de hora poco más o menos que descansaba en aquel sitio solitario, cuando el cielo empezó a cubrirse de nubes; al instante mismo se levanta un viento recio, y empieza a lloviznar; de allí a poco cesa la lluvia, pero sigue el viento con más furia. Procura Alfonso levantarse, y extendiendo la vista hacia la montaña, advierte una extraordinaria novedad: ve que de lo más alto de ella se va levantando una enorme columna de color de oro en su base y todo lo demás de un hermoso color de violeta; esta columna se desprende impetuosamente de lo alto, rompiendo y destrozando cuantos árboles encuentra en su camino; arranca los matorrales, destroza hojas, plantas y troncos, y luego que llega a lo bajo de la montaña pasa sobre un barranco, y lo deja lleno de piedras y de tierra; abre por todas partes profundos surcos en el suelo, y en su rápida y horrosa carrera hace un ruido semejante a los bramidos de un toro. Dirigese hacia la laguna, y al atravesarla se sorbe toda el agua y la deja enteramente seca; camina después hacia el Norte, desaparece, y se pierde en un monte inmediato (1).

A este espantoso fenómeno siguió un pedrisco horroroso: los grani-

(1) * Una tromba no es otra cosa más que una nube densa, comprimida y reducida a un corto espacio por vientos opuestos, que soplando a un mismo tiempo dan a la nube la forma de un torbellino cilíndrico, y ocasionan la caída de esta agua de golpe en la misma forma cilíndrica. La cantidad de agua es tan considerable, y la caída tan rápida, que si una de estas trombas viniese a caer sobre un navío, lo echaría a pique sin remedio. En el mes de Julio de 1755 un trueno desplomó en Baviera una nube entera, que se enderezó perpendicularmente y formó como una tromba marina. Este torbellino, al pasar encima de un estanque, se sorbió toda el agua y la levantó a una altura prodigiosa, y la despidió después con tanta fuerza, que apareció como un humo espeso: esta nube derribó en su tránsito muchas casas y árboles. Otro meteoro casi semejante sucedió cerca del Báltico el día 17 de Agosto de 1750: era éste una columna de agua pegada a una gruesa nube, y que el viento traía hacia la tierra. Atraía a sí todo lo que encontraba: haces de trigo, zarzas, ramas de árboles; todo lo levantaba a la altura de 30 pies, y lo dejaba caer después hecho mil pedazos. Dicen que disparando cañones contra dichas trombas se rompen y se disipan. Hay también otra especie de tromba que se llama *tifón*: ésta no baja de las nubes, sino que se levanta del mar hacia el cielo; estos tifones no tienen otras causas que los fuegos subterráneos, pues el mar enton-

zos, de un tamaño formidable, tenían la figura de una estrella, cuyos rayos eran largos pedazos de hielo muy parecidos a la hoja buída de un puñal (1). Alfonso se acogió bajo un árbol: procuraba guarecerse la cabeza con el sombrero, teniéndole levantado a alguna distancia sobre ella; con todo, recibió varias heridas en las manos. Al fin cesó la tempestad y el pedrisco. De allí a poco volvió a quedarse el cielo claro y sin nubes, y Alfonso, lleno de espanto y de temor, herido, aporreado, muerto de hambre y de cansancio, prosiguió su camino tristemente. Al cabo de un cuarto de hora descubre, con una alegría inexplicable, una casa: el deseo de llegar a ella le hizo recobrar parte de sus fuerzas, ya exhaustas. La

ces parece que está hirviendo, y el aire lleno de exhalaciones sulfúreas. Véase M. de Bomare en la palabra *Viento*.

Se lee en las Memorias de la Academia de Estocolmo que el día 17 de Agosto de 1746 se vió cerca de Nystad una columna que se levantaba de la tierra y arrastraba tras sí los rastrojos y los haces, desarraigaba los arbutos, etc. Otra más singular se vió en 1727 en Beziers: era esta columna de un color algo morado; arrancaba gran cantidad de hijuelos de olivos, desarraigaba los árboles, trasportó un grueso nogal a 40 ó 50 pasos, y señalaba su camino por una traza muy honda, en la que tres coches de frente hubieran podido pasar; la acompañaba un humo espeso y un ruido semejante al mar alborotado. Otra tromba apareció en el mismo año en la Bria. Al pasar sobre un foso lo llenó de tierra y piedras, y señaló su tránsito con especies de surcos como hubiera podido hacer un trillo.

En el año de 1776 se vió en Carcasona una columna de una altura considerable: parecía bajar de una montaña; su color era amarillo oscuro desde la base hasta su medio, y lo demás parecía encendido. El ruido que hacía este meteoro era semejante al bramido de los toros. Fué a precipitarse en el río *d'Aude*, dejando a secas una porción de su cauce. *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza*, tomo II, en la palabra *Tromba*.

(1) * En 1740 cayó en Roma un pedrisco cuyos granizos eran del tamaño de un huevo. En la Turingia, provincia de Alemania, cayó otro pedrisco en 1738, y eran aquéllos de un tamaño mayor todavía. Vallado asegura en su descripción de las islas Orcadas que en el mes de Junio de 1680 cayeron en una tronada pedazos de hielo de un pie de grueso. Morton observó en Northampton en 1693 pedazos de hielo que tenían dos pulgadas de largo por una de grueso. A más de esto observó piedras esféricas de una pulgada de diámetro, sobre las cuales se veían cinco puntas salientes que formaban una especie de estrella. En 1720 cayó piedra en Crembs, de la cual algunos granos pesaban hasta seis libras. *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza*, tomo I, en la palabra *Piedra*.

La piedra es agua de lluvia que se condensa y cristaliza con el frío al pasar por la región media del aire antes de llegar a la Tierra. Nicephoro-Calisto refiere que después de la toma de Roma por Alarico cayeron en muchos parajes piedras que pesaban ocho libras. En 1824 cayó cerca de Autun, en Borgoña, entre el granizo una cantidad de pedazos de hielo de 16 pies de largo, siete de ancho y dos de grueso. En 1723 cayeron en Leicester pedazos de hielo que tenían cinco pulgadas. En la memorable tempestad que se experimentó en Picardía en el mes de Agosto de 1722 la menor piedra que cayó acompañada de centellas pesaba una libra, y las mayores ocho. Muchas tenían figura de agujas y de horquillas, etc. M. de Bomare, en la palabra *Piedra*.

casa era de un español, que le recibió con mucha amabilidad. Alfonso le dió a entender que le habían acometido unos salteadores, y el español le dijo que no estaba más que a dos leguas y media de Guimar.

No estaba Alfonso en estado de poder ir a la ciudad a pie, por lo cual resolvió descansar algunos días; pero antes de toda otra cosa escribió una esquila a Thelismar, y el español se encargó de hacérsela entregar. Hecho esto, aceptando las ofertas de su compasivo huésped, tomó un poco de alimento, dejó que le curasen las heridas, y se acostó en una buena cama que se le había preparado. Después de haber dormido tres o cuatro horas se levanta y viste deprisa, y saliendo de su cuarto, la primera persona con quien se encuentra es con Thelismar: al punto corre a abrazarle, y Thelismar le recibe con una ternura que acabó de colmarle de gozo. Iba a comenzar la historia de sus aventuras, cuando Thelismar, interrumpiéndole, le dijo:—No pensemos en otra cosa más que en su salud de usted. Mi coche nos está esperando: vamos a despedirnos del generoso español que le ha hospedado a usted, y volvamos a Guimar. A esta sazón llegó el español seguido del hombre a quien había encargado la carta de Alfonso para Thelismar: este propio se volvía con la carta, diciendo que al punto que él había llegado a Guimar, Thelismar acababa de salir de la ciudad.—¿Pues cómo ha podido usted—dijo Alfonso a Thelismar—saber que yo estaba aquí sin haber recibido mi carta?—Ya lo sabrá usted todo; pero ahora aprovechemos lo que queda de día, y marchemos.

Entonces Alfonso, dirigiéndose a su huésped y manifestándole todo su agradecimiento, entró en el coche con Thelismar, y tomaron el camino de Guimar. En todo el tiempo que tardaron en llegar a la ciudad no le permitió hablar Thelismar, y luego que llegaron le obligó a que se acostase. Durmió Alfonso doce horas seguidas, al cabo de las cuales despertó enteramente bueno. Entonces Thelismar le dijo que le contase sus aventuras. Antes de empezar Alfonso esta narración le previno que lo que iba a contarle era tan extraordinario y maravilloso, que se temía le había de acusar de exageración; pero a pesar de esta prevención Thelismar escuchó toda la historia de la cueva sin manifestar la más mínima admiración, cosa que excitó la de Alfonso, y no pudo menos de manifestársela.

—Querido Alfonso—dijo Thelismar,—si usted no fuese tan atolondrado y vano, no se hubiera usted visto en tan gran riesgo, y todo lo que ahora le confunde dejaría de admirarle.—Bien comprendo que con más prudencia hubiera seguido los consejos de usted, y que, por consiguiente, no me hubiera ido a pasear sin guía en un país no conocido. Pero ¿cómo es posible que mi vanidad pueda contribuir a aumentar la extrañeza que me causa este suceso?—Sin ella, repito, no hubiera usted corrido riesgo alguno. En cuantas partes hemos estado no le he visto a usted ocupado hasta ahora más que en una sola idea, que es la de aparentar mucha instrucción y dejar a todos admirados con la narración de las cosas singulares que ha visto. En nuestros viajes hemos encon-

trado varias personas de mucho mérito: entre ellas, buenos maquinistas, geómetras, botánicos y astrónomos; a todos les ha hablado usted mucho, sin permitirles que hablasen ni un solo instante. Lo primero que hace usted cuando llega a alguna parte y puede hacerse escuchar de alguno, es guardarse de hacerle preguntas: antes bien, se da prisa en instruirle de cuanto sabe. Esta especie de locura causa muy mala opinión en mi juicio, y le quita todo el fruto que podía sacar de nuestros viajes. Si desde que hemos llegado aquí, por ejemplo, en vez de entretenerse contando cuanto nos ha sucedido en las islas Terceras hubiese usted hecho algunas preguntas acerca de su terreno y de sus habitantes, sabría que esa cueva no tiene nada de maravilloso, y que no podía entrar en ella sino con gran riesgo de perder la vida.—Pues ¿cómo?—Esa cueva es una de las grutas sepulcrales de los guanches, que todas están dispersas en los lugares incultos y desiertos: ellos solos saben dónde están, y ocultan cuidadosamente sus entradas. Van a ellas con mucho secreto; y si encontrasen algún extranjero, le tendrían por sacrílego y por víctima destinada a la muerte, y guiados de una bárbara superstición, se crearían obligados a quitarle la vida (1).—A lo menos—dijo Alfonso algo

(1) * Edens, viajante inglés, refiere que, habiéndole proporcionado su profesión de médico ocasiones de hacer considerables servicios a los habitantes de las islas Canarias, obtuvo de ellos libertad de visitar sus cuevas sepulcrales, favor que conceden a muy pocos, y que no se puede lograr a pesar de ellos sin exponer la vida a los mayores peligros.

Tienen en suma veneración a los cuerpos de sus antepasados, y la curiosidad de los extranjeros es reputada entre ellos como una profanación. Estas cuevas son sitios antiguamente cavados en las peñas, o formados naturalmente. Están los cuerpos cosidos en pellejos de cabras con correas de lo mismo, y las costuras tan iguales y tan lisas, que no se puede admirar demasiado el arte; pero lo que causa aún más extrañeza es que todos los cuerpos están casi enteros. Se halla igualmente en los de ambos sexos los ojos (pero cerrados), los cabellos, las orejas, la nariz, los labios, los dientes, la barba... Un día que el autor de la relación estaba cazando conejos con hurón, este animalito, que tenía un cascabel al cuello, lo perdió en una madriguera, y desapareció también sin que se pudiese reconocer su rastro. Uno de los cazadores, amo del hurón, empeñado en buscarlo por medio de las peñas y malezas, descubrió la entrada de una de estas cuevas sepulcrales: entró en ella, etc.

Según la relación de los más antiguos guanches, había entre sus antepasados una tribu particular que tenía el arte de embalsamar los cuerpos, secreto que conservaban como un misterio sagrado. Esta tribu era la misma en la cual estaba establecido el sacerdocio, y no podían casarse sino con personas de la misma tribu. Pero después de la conquista de la isla los más fueron destruidos por los españoles, y su secreto pereció con ellos. La tradición no conserva más que un corto número de ingredientes que entraban en esta operación, etc. *Compendio de la Historia general de los viajes*, por Mr. de la Harpe, tomo 1.

De todos los pueblos antiguos, ninguno tuvo más común el uso de embalsamar los cuerpos que los egipcios. Se ven de estos cuerpos que se conservan desde más de dos mil años. En el pecho de uno de estos cadáveres se ha encontrado una rama de romero apenas desecada. El arte de embalsamar, como se

picado,—debo a mi mala cabeza o a mi ignorancia la ventaja de haber visto esas cuevas tan curiosas.—Yo no he tenido que pelear—interrumpió Thelismar,—no he padecido sed, ni hambre, ni las intemperies del cielo, y, finalmente, no he causado a mis amigos las crueles inquietudes que usted a mí, y también he entrado en una cueva de guanches.—Pues ¿cómo ha podido usted hacerlo?—Yo sabía que había estas cuevas, y tenía grandísimos deseos de ver una. Para conseguirlo trabé amistad con un guanche, le he servido en varias cosas, y al fin le he determinado a que me llevase secretamente a una de ellas.—No hallando Alfonso qué decir contra estas razones de Thelismar, bajó los ojos y calló.

De allí a poco prosiguió diciendo:—A lo menos, creo que lo que me resta que decirle a usted le hará alguna novedad. Después de haber salido de la cueva anduve bastante tiempo sin saber adónde iba: ya por fin llegué a una laguna...—No diga usted más, porque sé cuanto va a decirme.—¿Cómo es posible, si yo estaba solo y a nadie he dicho palabra?—Después de haber bebido agua, cogió usted algunas frutas silvestres; luego se tendió sobre la hierba. De allí a poco se levantó una terrible tormenta...—¡Válgame Dios! ¿De qué arte o encanto se ha valido usted para saberlo?—De lo alto de la montaña bajó una columna; al pasar sobre la laguna la dejó seca, y...—¡Qué oigo! ¡Explíqueme usted, por Dios, este nuevo prodigio!—En tanto que todo esto estaba sucediendo, yo le veía a usted.—Pero ¿adónde se hallaba usted entonces?—Aquí, en el terrado de casa.—Pero desde aquí adonde yo estaba hay cerca de tres leguas.—Es muy cierto; pero a pesar de esa distancia, vuelvo a decir que le estaba a usted viendo.—Ya no puedo dudar, ¡oh Thelismar!, de que es usted más que hombre natural.—Crea usted, querido Alfonso, que no soy sino un hombre muy común.—Explíqueme usted, pues, este extraño enigma.—No me es posible hacerlo en un día. Fácil me fuera hacerle a usted saber en un instante algunos nombres e instruirle de varios efectos; pero esto sería tratarle como a un niño. ¿Desea usted conocer las causas y adquirir una instrucción fundamental?—Sí, señor, con tal que sea una instrucción capaz de hacerme comprender todo lo que usted hace.—Pues bien; yo le daré a usted libros, y después que los haya leído con reflexión hablaremos y principiaremos a manifestarle los misterios que tanta admiración le causan.—Déme usted prontamente esos libros preciosos, que yo le prometo leerlos con el mayor cuidado: desde ahora renuncio a toda clase de lectura.—No pretendo tanto: antes al contrario. Usted es aficionado a la poesía: no deje, pues, de leer versos, pero que sean escogidos: en vez de leer novelas, lea usted libros morales; dedique cada día una parte de él a la lectura de los libros que le voy a dar; reflexione más, hable menos y escuche mucho: no le pido a usted más que esto.

practica hoy día, no fué conocido en Europa sino en estos últimos siglos. Antes se hacían grandes incisiones en los cuerpos, las que se empolvaban con aromas, y se envolvía el todo con una piel de buey adobada. *Enciclopedia.*

Inmediatamente condujo Thelismar a Alfonso a su estudio, y dándole una docena de libros, le dijo:—Cuando haya usted leído estas obras, le comunicaré un tesoro que acabará de instruirle perfectamente. Vea usted ese cofrecito: en él se halla el precio que pretendo dar a la tarea que le impongo.—¡Ah!—dijo Alfonso.—¿No debo esperar nunca otro premio?—Al decir esto, se detuvo, se le encendió el color, y los ojos se le arrasaron en lágrimas.—Alfonso—replicó Thelismar,—yo le quiero a usted y le estimo: no pretendo ocultárselo; pero para obtener el premio a que usted aspira es preciso que se haga digno de merecer todo mi afecto y confianza.—¡Oh padre mío!—exclamó Alfonso arrojándose a los pies de Thelismar.—¡Padre amado! Permítame usted darle este dulce nombre. ¡Espérela usted todo de mi amor! Sí; yo conseguiré esa preciosa confianza, ese afecto, sin el cual no podría vivir. Dígame usted: ¿qué he de hacer para conseguirlo?—Corregirse de mil defectos, y sobre todo de la ridícula vanidad de que está poseído, salir de la ignorancia vergonzosa en que se halla, y adquirir conocimientos sólidos.—Todo me será fácil.—Ya ha visto usted que le he hecho conocer que he leído su corazón. Apruebo sus esperanzas; pero me ha de prometer que nunca me hablará del sentimiento interior que le ocupa.—¡Oh cielos! ¿Ni del objeto?—Nunca ha de pronunciar usted su nombre.—¡Qué sentencia tan cruel!—No obstante, se ha de sujetar usted a ella, considerando que si quiere conseguir mi estimación, ha de empezar haciéndome ver que tiene algún dominio sobre sus pasiones.—Pues bien; yo me sujeto con gusto a todo. ¿Pero si usted me hablase de ella?...—Entonces podrá usted responder: fuera de esto, nunca diga usted delante de mí palabra alguna que pueda tener relación.—Obedeceré a usted puntualmente. A lo menos, no me prohíbe usted que piense en ella.—No; alguna vez que otra podrá usted hacerlo.—¡Alguna que otra vez! ¡Ah; en cada instante de mi vida!—Pues que, ¿ya se vuelve usted atrás?—¿Cómo?—¿No acaba usted de prometerme que estudiará con aplicación y actividad?—Sin duda.—Pues ¿cómo ha de ser esto si piensa usted continuamente en Dalinda?—¡Dalinda! ¡Gracias a Dios que no soy yo quien ha pronunciado su nombre!—¡Alfonso!...—¡Ah; perdone usted, que no me acordaba!—¿Conque se obliga usted a apartar a Dalinda de su imaginación siempre que lea o que hablemos?—No hablar ni pensar en ella, ¿cómo he de poder cumplirlo?—Valiéndose de la razón: no hay nada imposible al hombre.—¡Pero este esfuerzo será tan penoso, tan cruel!...—¿Conque no quiere usted prometérmelo?—¡No quiera Dios que yo piense así! Mi sumisión para con usted no tiene límites. No hay cosa que usted pueda mandarme que yo deje de cumplir.

En este paso concluyó la Marquesa su velada y se separó de sus hijos, que en toda la noche no dejaron de soñar con *columnas ambulantes* y *cuevas encantadas*. Creyeron al día siguiente que su madre había agotado en la última velada todo lo que había podido encontrar de más extraño y maravilloso; pero ella les aseguró que cuanto habían oído hasta entonces era nada en comparación de lo que les quedaba por oír, por-

que había dejado para el fin las cosas más admirables. Esta noticia acrecentó en gran manera la curiosidad de los niños, la cual satisfizo su madre aquella noche prosiguiendo su cuento en estos términos:

—A pesar de la ley que le había impuesto Thelismar, se contemplaba Alfonso el más feliz de los hombres: veía su pasión aprobada por el padre mismo de Dalinda. Ya, en fin, podía entregarse al deleite de una esperanza bien fundada, y no le faltaba para ser del todo feliz sino una carta de D. Ramiro que le asegurase el perdón que había implorado.

Antes de salir Thelismar de las islas Canarias quiso ver el famoso Pico de Tenerife (1). Después se embarcó para Cabo Verde. Durante la navegación siguió Alfonso con mucho ardor el nuevo plan de estudio que Thelismar le había señalado; pero le costaba mucho trabajo reprimir el deseo que continuamente le agitaba de hablar de su pasión. El temor de disgustar a Thelismar le detenía: sin embargo, de cuando en cuando soltaba algunas frases indirectas, y Thelismar hacía como que no entendía su verdadero sentido.

Finalmente, no pudiendo Alfonso tolerar más tiempo esta sujeción, halló para librarse de ella un medio que le pareció exquisito. Guardaba siempre como un precioso tesoro el ceñidor de Dalinda: imaginó volvérselo a Thelismar, y aunque este sacrificio le era muy penoso, fácilmente se determinó a hacerlo, considerando que tendría el gusto de hablar de su amor y de Dalinda, y que Thelismar, que no vería en este procedimiento más que una delicadeza estimable, quizás no querría tomarle. Ocupado en esta idea, entra una mañana en el cuarto de Thelismar, y muy satisfecho le dice:—Vengo a hacer una confesión que me costará un grande sacrificio.—¿De qué se trata?—Es preciso primeramente que me permita usted hablar de ella... No lo deseo sino para acusarme y enmendar mi yerro.—Concedido: explíquese usted ya. Sin embargo, apostarí a que el delito no es muy grave.—A mí al menos me lo parece. El sentimiento más vivo, el más tierno, un sentimiento que debe decidir para siempre de mi suerte.—¡Al caso! ¿Qué tiene usted que decirme?—Ya sabe usted con qué extremo amo a Dalinda.—Alfonso, ese preámbulo no me gusta.—Pero es preciso.—No hay tal cosa: no se trata sino de confesarme una falta.—Pues bien; el día que vi a Dalinda la primera vez, aquel día en que empecé a vivir, después que se ausentaron ustedes, enajenado, oprimido de dolor, andaba sin saber por dónde, como un demente, buscando en vano las pisadas de Dalinda; en fin, arrastrado de un secreto encanto, me volví atrás, acercándome a la fuente del Amor. La casualidad, o más bien la divinidad de la fuente,

(1) Pico de Tenerife, por otro nombre, montaña de *Teide* o de *Theyte*. Esta montaña, cuya figura se asemeja a la de un pan de azúcar de Holanda, se levanta en medio de la isla de Tenerife. Su elevación es tan prodigiosa, que tiene más de quince leguas de camino. No obstante, se dice que el monte llamado *Chimborazo*, que forma parte de la cordillera de los Andes, en el Perú, tiene aún mucha más elevación.

compadecida de mi pena, hizo que cayese en mis manos la prenda más preciosa, la más...—Sería el ceñidor de Dalinda, porque ahora me acuerdo que después lo echó de menos.—Esa es—replicó Alfonso con afectación sacándola de su faltriquera,—esa es la prenda, único consuelo de un amante desdichado. Estaba en mi poder sin el consentimiento de usted: no me creo digno de poderla conservar. Un escrúpulo bien fundado me obliga a sacrificársela a usted.—Y está muy bien hecho—replicó Thelismar.—Démelo usted—añadió, tomando el ceñidor:—yo me obligo a devolvérselo luego que me dé una prueba de sinceridad y de verdadera confianza.—¿Pues acaso—replicó Alfonso enteramente cortado—tiene usted motivo para dudar de una y otra?—Y muy grande, al ver que se vale usted para conmigo de artificios.—¡Artificios!—Se avergüenza usted, Alfonso, y con razón; pero me atrevo a creer que si usted hubiera conseguido engañarme, su confusión sería mucho mayor. ¿Con qué cara hubiera usted tolerado en esta ocasión mis elogios si me hubiese admirado de su candor y generosa escrupulosidad?—¡Ah!—dijo Alfonso enternecido.—¡Ya veo que conoce usted mi corazón mejor que yo mismo. Es cierto que buscaba un pretexto para hablar libremente de Dalinda.—¿Y creía usted poderme engañar y que yo le dejaría el ceñidor?—Yo mismo me engañaba.—Tampoco eso es verdad. No nos es posible alucinar nos acerca de lo malo que puede haber en los motivos que nos hacen obrar. En vano busca nuestra razón pretextos especiosos para excusarnos. En vano nos decimos: *esta acción es noble, es justa*: el corazón y la conciencia dicen que no.—¿Qué he hecho yo? ¡Ah, Thelismar! ¿Me habrá hecho perder para siempre su estimación de usted esta falta, cuya gravedad conozco ahora tan claramente?—No por cierto. La ingenuidad con que usted la conoce, el arrepentimiento que noto, la educación descuidada que le han dado y la poca reflexión de que aún es capaz, me inclinan a disculparle. Si yo le creyese artificioso, no esperarí nada bueno de usted; pero a pesar de la falsedad de que acaba de valerse, conozco en usted franqueza y candor: su corazón es sensible y generoso, y creo firmemente, querido Alfonso, que conseguirá usted corregirse de todos sus defectos.—Esta conclusión consoló algún tanto a Alfonso, que se prometió desde luego no dejar pasar ocasión de manifestarle la mayor sinceridad y confianza.

Desembarcaron nuestros viajeros primeramente en la isla de Gorea (1); de allí se dirigieron a Rufisco (2), y desde Rufisco fueron por tierra hasta el fuerte de San Luis, en el Senegal. Vieron a los *sereres*, nación de indios negros cuyas costumbres puras y sencillas, juntamente con su hospitalidad, no dejaron de admirarles. Estas virtudes las deben sin duda a su amor al trabajo y a la agricultura; lo que los distingue más que todo de los demás indios, que en general son perezosos y menosprecian el cultivo de las tierras.

(1) Esta isla pertenece a los franceses. Está a seis leguas del Cabo Verde.

(2) Rufisco está a tres leguas de la isla de Gorea.

Una tarde que Thelismar, Alfonso y otros varios que caminaban con ellos pasaban por un desierto árido, vieron un árbol maravilloso, cuya altura, a la verdad, no era más de setenta u ochenta pies; pero su tronco enorme tendría unos noventa de circunferencia. Las primeras ramas de ese árbol se extendían casi horizontalmente; y como eran sumamente gruesas y muy largas, su propio peso hacía que sus extremos llegasen casi al suelo, de manera que este árbol sólo formaba un dilatado toldo capaz de contener bajo su sombra trescientas o cuatrocientas personas (1). Después de haber admirado aquella rara producción de la Naturaleza continuaron su viaje. A poco trecho del árbol encontraron un león tendido en el suelo, que al parecer estaba muerto. Empeñóse Alfonso en ir a verle de cerca, y Thelismar le acompañó. Al acercarse conocieron que el animal estaba vivo, pero casi expirando: estaba tendido sin movimiento alguno; tenía la boca entreabierta, ensangrentada y llena de hormigas. Alfonso se compadeció de él, le limpió con su pañuelo la boca, quitándole todas las hormigas que le atormentaban, y después, sacando de su faltriquera una botella llena de agua, se la hizo beber toda, en tanto que Thelismar tenía una pistola amartillada puesta contra una oreja del enfermo, por si acaso recobraba con demasiada prontitud su salud y fuerzas. Algo más aliviado el león, volvió los ojos a Alfonso, el que creyó notar en ellos alguna expresión de agradecimiento, y no le abandonó hasta que le hubo franqueado todos los socorros que pudo darle.

Yendo Alfonso y Thelismar a juntarse con su caravana, atravesaron un campo cubierto de hierba sumamente alta. Al salir de él, Thelismar, que iba delante y que no advirtió un barranco bastante profundo, cayó en él y desapareció enteramente a los ojos de Alfonso. Llega éste co-

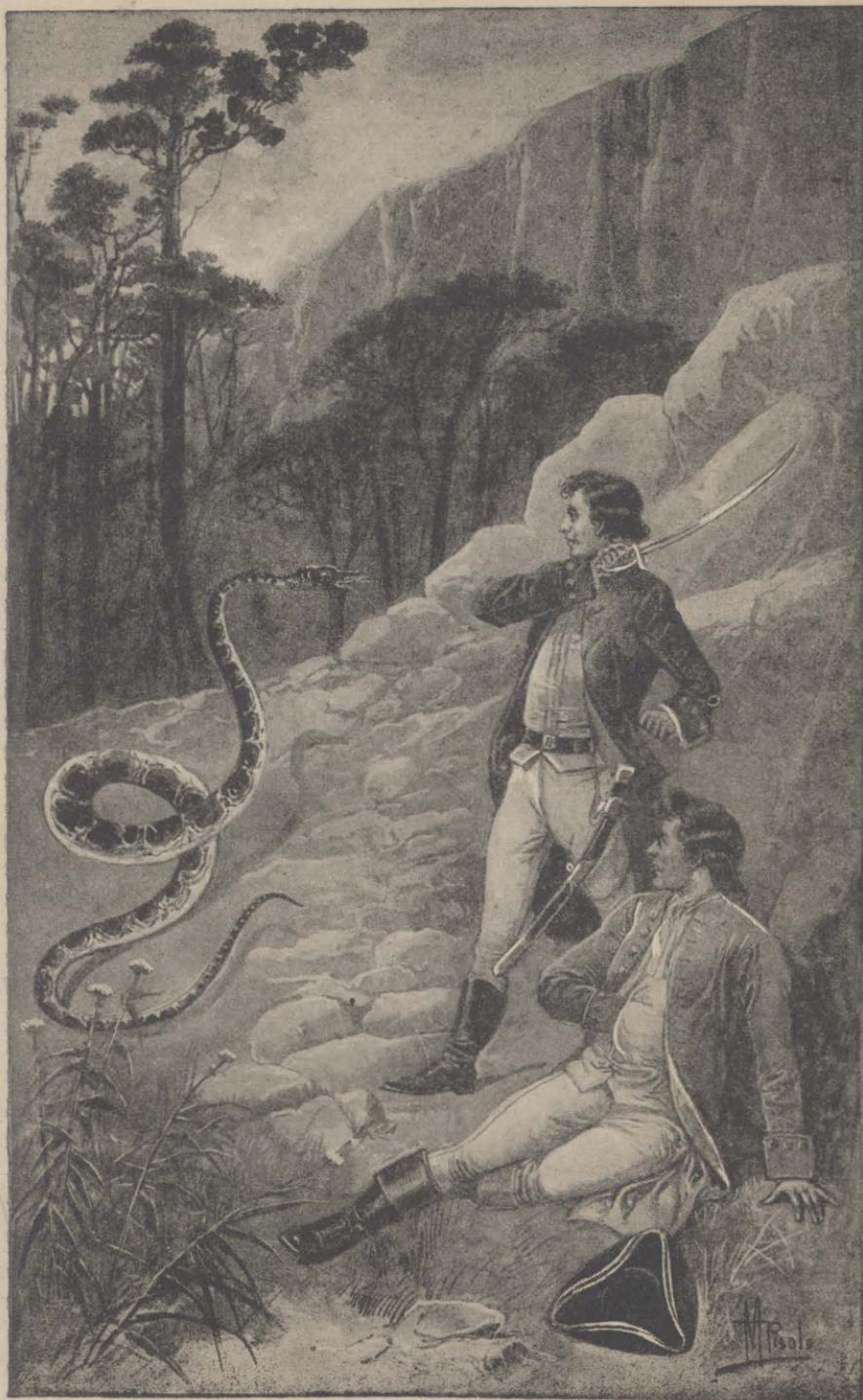
(1) * Los franceses llaman a este árbol *calabacero*, y su fruta *pan de monos*. Crece en el Senegal, en donde la gente del país le llama *goui*, y su fruto *boui*. Su verdadero nombre es *baobad*. Sus primeras ramas, que se extienden casi horizontalmente, tienen por lo común sesenta pies de longitud, y su tronco cerca de setenta y ocho de circunferencia; pero muchos viajeros han visto otros más gruesos. Rai dice que entre el Níger y el Gambia se han medido algunos tan monstruosos, que diez y siete hombres podían apenas abrazarlos juntando sus brazos extendidos, lo que daría a estos árboles, poco más o menos, ochenta y cinco pies de circunferencia. El *baobad*, añade M. de Bomare, es verosíblemente el más grueso de los vegetales conocidos en el Universo. No obstante, se citan en obras de diversos naturalistas otros ejemplos de árboles muy conocidos, y cuyo grueso era tan prodigioso, que se deben mirar como monstruos en los vegetales. Rai cita la relación de viajeros que han visto en el Brasil árboles de ciento veinte pies de circunferencia. En las últimas historias de la China se hace también mención de otros árboles más maravillosos. El primero se halla en la provincia de *Suchie*, cerca de la ciudad de Kien: se llama *sucunich*, que significa árbol de mil años. Es tan grande, que una de sus ramas puede servir de cubierta a doscientas ovejas. Otro árbol de la provincia de Chekiang tiene cerca de 400 pies de circunferencia.

riendo, y ve a Thelismar sentado, que le dice que al caer se ha dado un golpe, y que no puede sin su ayuda levantarse ni seguir andando. Acércase Alfonso para cogerle en brazos: al mismo tiempo oye un silbido horrible, y repara al otro extremo del barranco, enfrente de Thelismar, una serpiente monstruosa matizada de varios y vivos colores, que tenía cerca de veinte pies de largo (1). Este monstruo se adelantaba serpenteando y levantando la cabeza hacia Thelismar, el que, haciendo un esfuerzo para levantarse y huír, no pudo tenerse en pie, y cayó tendido sobre la hierba. Alfonso se arroja al barranco, se pone entre Thelismar y la serpiente, y desenvainando su sable, se precipita sobre el formidable reptil, dándole una cuchillada tan firme y segura, que lo divide en dos partes. Entonces, acercándose a Thelismar, le ayuda a levantarse y le saca del barranco. Thelismar le abraza, diciéndole:—Acaba usted de darme la vida, porque yo no podía ni defenderme ni huír: la serpiente iba a arrojarse sobre mí, y su mordedura es mortal. Yo le prometo a usted que Dalinda sabrá este suceso.—Alfonso, demasiado enternecido para poder responder, le dió un estrecho abrazo.—¡Poco a poco!—dijo Thelismar sonriéndose.—¡Mire usted que tengo roto el brazo derecho!—¡Oh Dios mío!—exclamó Alfonso.—Pues a no ser esto, ¿no me hubiera yo valido de mis armas?—¡Y no se ha quejado usted nada!—No es usted, Alfonso mío, quien debe extrañar el valor en otros.—¡Oh padre mío! ¡No le tengo para verle a usted padecer! Vamos a alcanzar a los demás caminantes.—Diciendo esto, levanta con cuidado a Thelismar, le pone sobre sus hombros, y a pesar de su resistencia, le lleva sin pararse hasta el sitio en donde esperaban los demás viajeros.

(1) Hay una serpiente que se llama *serpiente del Reino de Damel*. Estos animales son muy comunes en aquella región del Africa occidental. Cuando muerden a algún negro, al instante pone el herido pólvora sobre la llaga y la pega fuego: por poco que tarde, el veneno se introduce, y se sigue la muerte muy prontamente. Los sereres, nación de negros, las cogen con lazos para comerlas. Hay serpientes que tienen quince o veinte pies de largo, y medio pie de grueso. Las hay del todo verdes; otras hay negras, salpicadas y ondeadas de bellos colores.

La *boisiningua* o *boisininga*, o serpiente de cascabel, es común en las dos Indias. No tiene mucho más de cinco pies de largo; pero es del grueso de un muslo: tiene su campanilla al extremo de la cola; ésta es un conjunto de anillos huecos y sonoros unidos unos a otros, y pegados a un músculo de la última vértebra de la cola. La Naturaleza quiso que este peligroso animal no pudiese ocultar su marcha, pues no se puede mover sin que se oiga su campanilla. *M. de Bomare*.

En la costa de los Esclavos, en el reino de Juida y en el de Benin, todos los salvajes adoran una especie de serpiente, que llaman *serpiente fetiche*. Estas serpientes son muy dóciles, y no tienen veneno. En aquel país sería grave delito el matarlas. Los negros las miran como dioses bienhechores, y las tributan un culto muy particular, al mismo tiempo que destruyen con el mayor cuidado las otras serpientes nocivas y ponzoñosas.



Desenvainando su sable, se precipitó sobre el formidable reptil...

Veladas de la Quinta.

Thelismar se vió precisado a detenerse en una choza de negros que le hicieron buena acogida. Llevaba en su compañía un cirujano que le curó el brazo, y al cabo de diez días siguió su viaje. Llegaron al país de los fulis. El rey de estos salvajes se llama Siratick; algunos viajeros dan también este nombre a sus estados. El Siratick acogió a los europeos con mucha humanidad, y les propuso si querían acompañarle a la caza de un león que pocos días antes había hecho grandes estragos en las inmediaciones. El Rey, joven y valeroso, queriendo hacer alarde delante de los extranjeros de su destreza y ánimo, quiso combatir con el león. Luego que le descubrieron hizo detener a su comitiva y a los forasteros; les dió orden de estarse quietos en sus puestos, y montando en un excelente caballo sale al encuentro del animal furioso, que al verle se arroja hacia él precipitado. El Siratick le dispara una flecha. Sintiendo el león herido, se adelanta dando un espantoso rugido. Entonces Alfonso olvida la orden del Rey, parte como un rayo, y, creyendo a Siratick en gran riesgo, vuela a socorrerle; llevaba el sable en la mano, y corriendo a escape, al pasar cerca de un árbol chocó con él con tanta violencia, que el sable se le hizo mil pedazos. Alfonso, casi fuera de la silla con este violento golpe, cae, y su caballo con él; a este tiempo el león, que al ver venir hacia sí un hombre armado había abandonado al Siratick para abalanzarse a este nuevo contrario, embiste a Alfonso, y clava sus temibles garras en el cuerpo del caballo. Al verse Alfonso desarmado y sin defensa, creyó su muerte inevitable. Los negros no se atrevían a disparar sus flechas contra el animal, por no herir a Alfonso. Thelismar había querido seguir a Alfonso cuando partió corriendo; pero los negros, ya irritados del atrevimiento de su compañero, se habían opuesto con violencia a su intento y le detenían a pesar de sus voces, su furor y desesperación. ¡Cuál se quedó al ver que el león se arrojaba a Alfonso! —¡Infeliz muchacho!—exclamó. ¡Pero qué pasmo, qué alegría no esperada! Apenas mira el león su presa, cuando al punto pierde todo su furor; se acerca a Alfonso, y levantando una de sus manos ensangrentada, la pone con suavidad sobre la de Alfonso, y parece que le enseña la herida pidiéndole socorro. Se estremece Alfonso, acordándose del suceso del león moribundo que había encontrado algunos días antes.—¡Noble animal!—exclama;—ya te conozco! ¡Ojalá que tu ejemplo sirva eternamente de confusión a los ingratos que borran de su memoria el recuerdo de un beneficio! Sí; ya que tu agradecimiento me da la vida, yo quiero salvar la tuya otra vez y defenderla, si es preciso, a costa de la mía.—Entretanto réstañaba la sangre que corría de la herida del león, y rasgando su pañuelo, compuso unas vendas con que le sujetó y ató la mano herida. Thelismar y los indios consideraban este espectáculo con igual espanto y admiración. En fin, Alfonso se levanta; el león se vuelve a acercarse a él, lame los pies de su bienhechor y le hace mil caricias. Después Alfonso se aparta poco a poco; el león se detiene, le mira un instante, y volviendo la espalda de improviso, se mete corriendo en un monte in-

mediato y desaparece dejando atónitos a todos los espectadores de tan extraño suceso (1).

Thelismar, después de haber estrechado entre sus brazos a Alfonso, de haberle abrazado con el afecto del padre más amoroso, le reprendió su

(1) * Los franceses del fuerte de San Luis tenían una leona que guardaban encadenada; sobrevinola un tumor en una quijada, y a poco tiempo estaba en las últimas. Los del fuerte le quitaron la cadena y arrojaron su cuerpo a un campo inmediato. En esta situación estaba cuando el Sr. Compagnon, autor del *Viaje de Bambuk*, la vió volviendo de caza: tenía los ojos cerrados, la boca abierta, y ya llena de hormigas. Tuvo compasión de este pobre animal: le lavó la garganta con agua y le hizo tragar un poco de leche. Un remedio sencillo produjo efectos maravillosos; volvieron a traer la leona al fuerte, y poco a poco se restableció, pero sin olvidar a aquel a quien debía tan grande beneficio. Cobró tanto cariño a su bienhechor, que no quería tomar nada sino de su mano, y cuando estuvo del todo curada, le seguía en la isla con un cordón al cuello, lo mismo que un perro de los más mansos.

Habiéndose escapado de su jaula un león del Gran Duque de Toscana, entró en la ciudad de Florencia causando mucho espanto. Entre los fugitivos se halló una mujer con su niño en brazos, al cual, con el susto, dejó caer. Lo cogió el león en ademán de devorarlo, cuando la madre, llevada del más tierno movimiento de la naturaleza, vuelve atrás, se arroja a los pies del león y le pide su niño. Este la mira con atención, y movido al parecer de sus gritos y lágrimas, se aparta del niño sin haberle hecho el menor mal. ¿Sería acaso porque las desgracias y desesperación tienen en sí una expresión que se hace comprensible a las fieras más bravas? Pero lo más admirable en este lance es, sin duda alguna, aquel movimiento ciego y sublime que precipita a la madre a los pies del feroz bruto, terror de toda la Naturaleza: este olvido de la razón, muy superior a la razón misma y que hace recurrir a esta mujer desesperada a la compasión del monstruo que no anhela más que morranda y estragos, indica bien el instinto de los grandes dolores que suponen siempre la imposibilidad de no mover a piedad.

Lo cierto es, dice M. de Buffon, que el león, cogido joven y criado entre animales domésticos, se acostumbra fácilmente a vivir y aun a jugar inocentemente con ellos; que es dócil para con sus amos, y aun cariñoso, principalmente en su primera edad, y que si algunas veces su natural ferocidad se manifiesta, raras veces la emplea contra los que le hicieron bien. Pudiera citar muchos sucesos particulares, en los cuales confieso haber hallado alguna exageración, pero que, no obstante, están bastante fundados, para que reunidos prueben, a lo menos, que su cólera es noble, su ánimo magnánimo, y su natural sensible. Muchas veces se le ha visto desdeñar el acometer a débiles enemigos, menospreciar sus insultos y perdonarles libertades ofensivas; se ha visto a este animal cautivo estar triste sin enfadarse; tomar, al contrario, costumbres dóciles, obedecer a su amo, acariciar la mano del que le alimenta, dar lado por este acto generoso, continuarles después la misma protección, vivir quietamente en su compañía, repartir con ellos su alimento, y aun dejárselo quitar enteramente, y padecer más bien extremo del hambre, que perder el blason de su primera generosidad.

La descripción de la caza del león se ha sacado de la *Historia general de los viajes*.

temeridad e imprudencia.—Si hubiese usted tomado informes—le dijo—acerca de esta caza, o por mejor decir, si hubiese escuchado los pormenores que de ella nos han contado, habría sabido que el Siratick no corría riesgo alguno; que, ejercitado en esta clase de luchas, aguardaba al león para meterle un chuzo por la boca, y que después, apeándose del caballo, le habría acabado a sablazos.—Yo le prometo a usted—dijo Alfonso—informarme mejor en adelante y ser más prudente. Pero al fin, por lo menos he salvado la vida a mi león, a ese generoso animal.—Sí; pero el Siratick está ofendido del poco caso que ha hecho usted de sus órdenes, y a pesar del motivo que para ello ha tenido, no le perdona el haberle quitado el honor de la victoria: por tanto, me parece que haremos bien en dejar cuanto antes su Corte (1).

En efecto; y a la mañana siguiente Thelismar, Alfonso y los demás viajeros salieron de Ghiorel y continuaron siguiendo el curso del Senegal hasta el Lugar del Embakane, próximo a las fronteras del reino de Galam. Pasaron después el río Gambia, atravesaron el reino de Farim (2), y después de haber recorrido gran parte de aquellas tierras llegaron a Guinea.

En este país tuvo Alfonso un encuentro que le sorprendió en gran manera. Atravesaba un bosque, e iba hablando con Thelismar acerca de la inmortalidad del alma.—¿Podrá usted creer—dijo Thelismar—que hay hombres tan irracionales que afirman que no tenemos más ventaja sobre los brutos que la de una conformación exterior más perfecta, y que han dicho expresamente que si el caballo (animal tan inteligente) tuviese en vez del casco que termina sus brazos, una mano ágil como la nuestra haría todo cuanto nosotros hacemos? (3).—Pues qué; ¿podría dibujar y pintar?—¿Qué le parece a usted?—Yo no lo creo; podría cuando más conformar o hacer algunas imitaciones imperfectas.—El papagayo, las urracas, los tordos y otras muchas aves pueden hablar, y repiten bien algunas palabras que han aprendido; pero no pueden ni comprenderlas, ni, por consiguiente, aplicarlas en sazón: fuera de que hay animales cuya conformación, tanto exterior como interior, es perfectamente semejante a la del hombre, que andan como nosotros, tienen manos como las nuestras, y que no sólo no fabrican palacios ni cabañas, sino que aún son menos industriosos que otros muchos animales.—Usted quiere decir los monos. En efecto; tienen sus manecitas parecidas a las nuestras, y muy diestras. ¿Y qué dicen a eso los autores que desean que el caballo tenga manos?—Conviene en que el mono por su figura sería capaz de hacer todo lo que hace el hombre; pero añaden que su natural desasosiego se lo estorba, que está en continuo movimiento, y que a no ser por esta inquietud y viveza, sería igual al hombre (4).—No obstante, no habla-

(1) Véase el *Compendio de la Historia de los viajes*, tomo II.

(2) O de Santo Domingo.

(3) Este extraño racionio se encuentra en una obra titulada: *De l'Esprit*.

(4) Todo lo que acaba de decir Thelismar se halla exactamente en la misma obra intitulada *De l'Esprit*.

ría.—No, aunque en ciertas especies la lengua y los órganos de la voz sean los mismos que en el hombre, y el cerebro sea absolutamente de la misma figura y tamaño que el nuestro.—¡El cerebro del mismo tamaño! ¿Cómo es posible siendo el mono tan chico?—¿Y usted cree que conoce todas las especies de monos?—Creo que sí.—¿Y todos los que usted ha visto eran vivos y turbulentos?—Seguramente; y, por tanto, este reparo de los autores de que estamos hablando me parece bastante justo. Porque, en efecto, tengo casi por cierto que unos entes que están siempre en movimiento continuo, por más bien conformados que sean, siempre serán incapaces de aprender.—¿Y si yo le hiciese a usted ver que esa objeción que tanta fuerza le hace es hija sólo de una profunda ignorancia de las cosas que todos saben?—¡Pues cómo! ¿Hombres que componen un libro podrán ignorar cosas generalmente conocidas?—Esa duda, querido Alfonso, es la mayor prueba de que usted ha leído muy poco.—No bien había dicho Thelismar estas palabras, cuando Alfonso hizo un gesto de admiración, y dándole con el codo le dijo:—Vea usted allá abajo: repare usted la extraña figura que está sentada al pie de aquel árbol.

—Concluyamos aquí la velada—dijo Mad. de Clemira dejando de leer:—esta noche me siento el pecho algo cansado.—Estas palabras taparon la boca a todos, aunque de buena gana hubieran oído alguna explicación acerca de la *extraña figura*.

Al día siguiente a la hora acostumbrada la Marquesa prosiguió leyendo su manuscrito como sigue:

Levantó Thelismar la cabeza, y después, mirando a Alfonso, le dijo:—¿Qué piensa usted de aquella figura?—Pienso que es un salvaje—replicó Alfonso.—Pero es muy feo. ¡Ahora se levanta! Tiene un palo en la mano..., parece que huye de nosotros.—¿Conque usted cree de cierto que es un hombre?—No hay duda.—¿Y si fuese un mono?—¡Un mono tan alto! Es mayor que yo, anda naturalmente como nosotros, y sus piernas son en todo parecidas a las nuestras.—Pues a pesar de todo eso, es una bestia irracional (1). *Pero tan singular, que no puede el hombre verle sin entrar en su interior, conociendo y convenciéndose de que su cuerpo no es la parte más esencial de su naturaleza* (2).—¡Me deja usted admirado! Y aquel mono que estaba sentado con tanto sosiego al pie de aquel árbol, ¿tiene como los monos chicos el movimiento continuo y precipitado?—Nada de eso: *su modo de andar es lento, sus movimientos mesurados, su natural dócil, y muy diverso de las otras especies de monos* (3).—Pues a fe que no dirán de éste los autores de que hablábamos antes *que tiene casco en las manos como el caballo*: antes al contrario, es más

(1) El orangután; los hay que tienen más de seis pies de alto.

(2) El Conde de Buffon.

(3) Hablando de un mono de otra especie llamado gibón, dice el mismo autor: *Este mono nos ha parecido muy quieto, y su natural muy dócil; sus movimientos no son ni muy vivos ni precipitados, y tomaba suavemente lo que se le daba para comer, etc.*

alto que nosotros, y su estructura, igual en todo a la nuestra.—*No ha querido el Creador hacer para el cuerpo del hombre un modelo del todo distinto del de cualquiera otro animal; pero al tiempo mismo que le ha concedido esta forma material semejante a la del mono, ha penetrado este cuerpo animal con un soplo divino: si hubiese concedido el mismo dón, no digo al mono, pero aun a la especie o al animal más imperfecto y torpe, esta especie o este animal, hubiera competido con el hombre, y, vivificada con el entendimiento, hubiera adelantado a todos los demás animales, puesto que hubiera podido pensar y hablar. Así es que, por mucha semejanza que haya entre el hotentote y el mono, el espacio que los separa es inmenso, siendo así que el interior de aquél está adornado con la facultad de pensar, y el exterior con la del habla (1).*

Estas razones admiraron a Alfonso.—Yo quisiera—dijo a Thelismar—saber qué responden a esto los autores que pretenden que sólo somos superiores a los animales por razón de nuestra figura.—No conocen el animal que usted acaba de ver, como tampoco otras muchas especies semejantes que varios viajeros han descrito: no obstante, sus obras son modernas, y, como ya tengo dicho, estas cosas son casi generalmente conocidas.—Al pronunciar Thelismar estas palabras se hallaron a las orillas de un lago rodeado de peñascos, y el guía que los acompañaba les propuso que se parasen para aguardar a los demás caminantes, que se habían quedado algo atrás. Thelismar se sentó a la sombra de algunos árboles, y sacando dos libros de su faltriquera, dando uno de ellos a Alfonso, le indicó un capítulo, diciéndole que lo leyese con atención. Díjole éste que así lo haría, añadiendo que iba a sentarse a corto trecho de allí para leer con menos distracción. En efecto; se aparta, y después de haber andado doscientos pasos se sienta a la orilla del lago; pero en vez de leer empieza a cavilar. El murmullo de las aguas, los peñascos y lo fresco de la hierba, todo le trae a la memoria un recuerdo que no puede desechar de su imaginación. Cree que se halla en la fuente del Amor; cree que está viendo a Dalinda, y sólo piensa en ella: finalmente, no puede ya resistir al deseo de pronunciar un nombre tan querido, y cierto de que Thelismar no puede oírle, canta en voz baja una canción que había compuesto para Dalinda. Al acabar el último verso de su canción oye pasos, vuelve la cabeza, y ve a Thelismar que se le acerca: calla inmediatamente, y vuelve a abrir su libro. Pero en el mismo instante una voz dulce y sonora, que al parecer salía de los peñascos, vuelve a cantar, palabra por palabra, la copla que él acaba de cantar. Al acercarse Thelismar oye repetir el nombre de Dalinda, y crece su admiración al ver que no es Alfonso quien canta. No es menor el pasmo de Alfonso. Apenas hubo acabado la voz de cantar, cuando, yendo a preguntar a Thelismar acerca de este prodigio, otra voz se lo estorbó, volviendo a repetir la propia canción con la misma exactitud. No bien la segunda había acabado, cuando otra, que al parecer venía de distinta parte, volvió a hacer

(1) El mismo Conde de Buffon.

lo mismo que las dos antecedentes, aunque en tono más bajo, y luego que ésta concluyó se acabó el concierto (1).—¿Qué encanto es éste?— exclamó Alfonso. — Convengamos — dijo Thelismar riendo— en que los faunos y silvanos de estos peñascos son muy malos confidentes: las ninfas de la fuente del Amor eran más calladas. Pero vuélvame usted mi libro, y dígame, si le ha gustado el capítulo que le dije que leyese.—Turbadó Alfonso, no dió más respuesta que un suspiro, y Thelismar, mudando de conversación, fué con él a juntarse con sus compañeros de viaje.

Pasaron por la costa de Oro, el reino de Juida y el de Benin, en el cual hallaron que los naturales eran menos crueles y más civilizados que sus comarcas. Atravesaron el Congo, y en este país fué en donde Alfonso estuvo a pique de perder la vida por un efecto de su impetuosidad y natural imprudencia. Iba caminando la tropa de viajeros, y Alfonso solo delante de ellos a unos trescientos pasos de distancia. Se iban acercando a una gran laguna rodeada de cabañas de negros, cuando Alfonso, levantando los ojos, creyó ver al otro lado del estanque una larga pared de ladrillos a la orilla de él. No pudiendo comprender con qué fin ha-

(1) * Era un eco.

Se halla un eco muy particular cerca de Rosneath, hermosa casa de campo en Escocia, al Oeste de un lago de agua salada que se pierde en el río Elyde, diez y siete millas más abajo de Glasgow. Este lago está rodeado de colinas; unas son áridos peñascos, otras están cubiertas de bosques. Si se pone un trompeta diestro sobre una punta de tierra que el agua deja descubierta, y vuelto hacia el Norte toca un aria, al instante un eco repite el aria con la mayor exactitud, pero con tono más bajo que el trompeta. Luego que este eco cesa, otro repite más quedito la misma aria con la propia puntualidad. Síguese a éste otro tan fiel como los antecedentes, aunque mucho más débil, y luego que éste concluye cesa el concierto. Se ha repetido diversas veces la misma experiencia, y siempre resulta igual efecto.

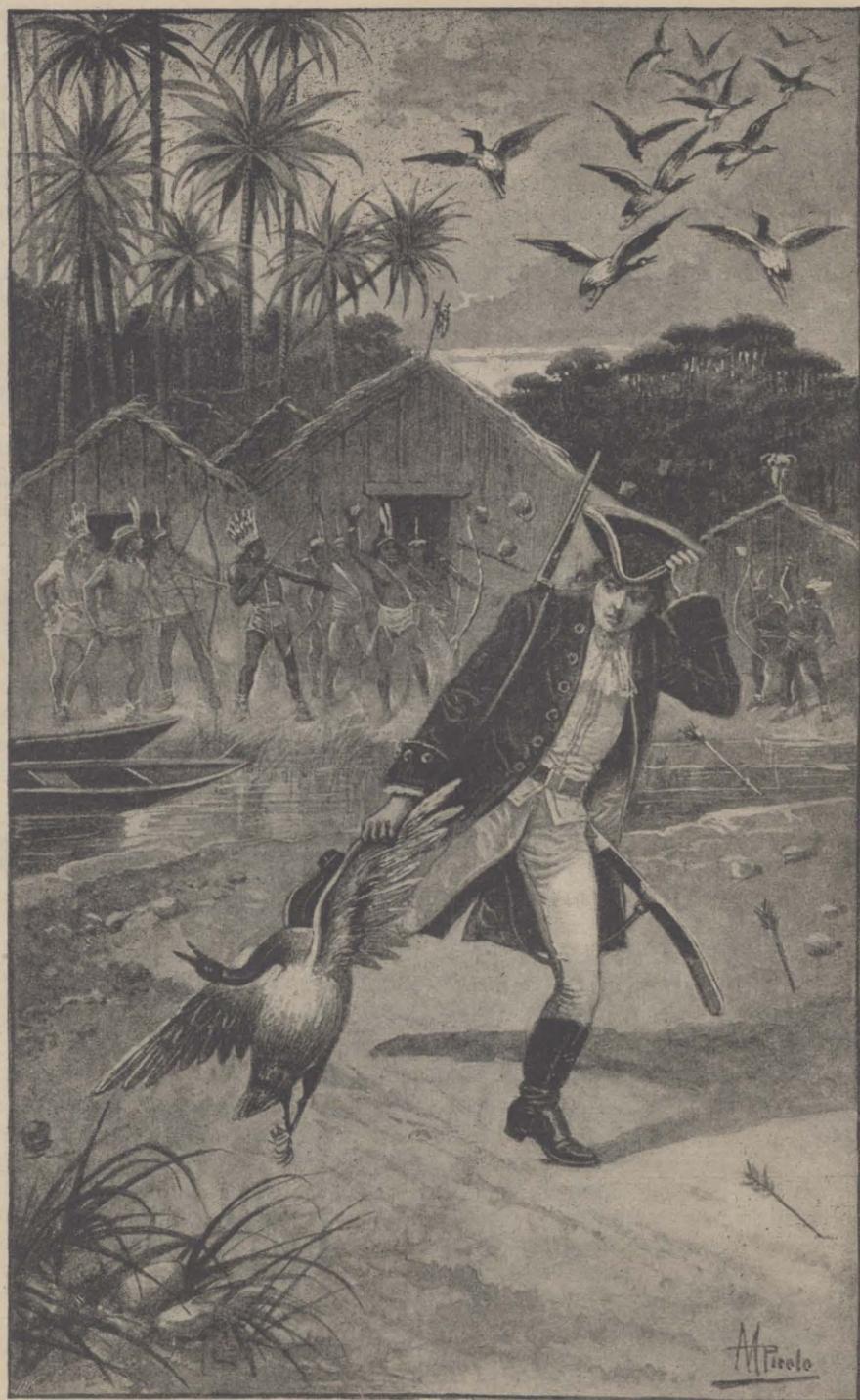
Antiguamente hubo en el castillo de Simoneta una pared desde la cual se oía repetir cuarenta veces lo que se decía. Addison y otras personas que han viajado por Italia hacen mención de un eco que repite cincuenta y seis veces un pistoletazo, aun cuando la atmósfera esté cargada de niebla. En las Memorias de la Academia de Ciencias de París del año 1692 se hace relación del eco de Genetay, a dos leguas de Rohan, que tiene de particular que la persona que canta no oye la repetición del eco, sino solamente su voz; al contrario, los que escuchan no oyen sino la repetición del eco, pero con variaciones singulares, pues aparenta el eco aproximarse a veces, y otras alejarse. Algunas veces se oye su voz; muy distintamente, y otras veces no se percibe; uno no oye más que una voz, otro distingue diversas; a uno le parece salir de la derecha; a otro, de la izquierda, etc. Este eco subsiste todavía, pero ha perdido mucho de lo que era antes, por haber plantado en las cercanías gran cantidad de árboles.

Eco es palabra griega que significa sonido. En la teoría de los ecos se llama el paraje donde se pone el que habla *Centro-fónico*. y el objetivo o sitio que devuelve la voz, *centro-fonocántico*; esto es, *centro que rechaza el sonido*.—*Enciclopedia*.

brian levantado allí aquella pared, apretó el paso para ir a verla de cerca; pero al llegar advirtió que aquella supuesta pared se meneaba: entonces creyó distinguir claramente, en lugar de una pared, muchos soldados vestidos de encarnado y puestos en orden de batalla. Reparó en algunas centinelas avanzadas, y conoció también que le habían visto, porque al punto que le atisbaron avisaron a su tropa, y el aire retumbó con un sonido parecido al de muchas trompetas. Detúvose Alfonso, y estaba dudoso en si se adelantaría o volvería atrás, cuando vió que toda aquella tropa se conmovía, se levantaba del suelo y, finalmente, echaba a volar. Entonces conoció que aquel formidable escuadrón no era sino una bandada de pájaros grandísimos, de color encarnado, pero tan brillante, que cuando empezaron a volar sus alas parecían de fuego. Llevaba Alfonso su escopeta, y deseando que Thelismar viese alguno de aquellos pájaros extraordinarios, disparó al montón y mató uno. Al estruendo del tiro salieron de sus cabañas algunos negros, y al ver que Alfonso se llevaba arrastrando el pájaro que había muerto, prorrumpieron en horribles gritos, a los cuales salieron los demás, y reuniéndose todos, acometieron a Alfonso, que en un instante se vió cubierto de una nube de piedras y de flechas. Era su muerte inevitable a no haber llegado al mismo tiempo Thelismar y el resto de los viajeros. Los negros echaron a correr, y Alfonso se vió libre a costa de algunas leves heridas y de una fuerte repretensión de Thelismar, de quien supo que aquellos negros tenían en tanta veneración al pájaro que había muerto, que no permitían se le hiciese daño alguno, y que asimismo se creían obligados a vengar la muerte de aquellos animales, sagrados para ellos. Supo asimismo que lo que él había juzgado sonido de trompetas no era sino el grito de estos mismos pájaros, tan fuerte y penetrante, que se oía a más de un cuarto de legua de distancia. Este último suceso fué causa de que en adelante tuviese más circunspección y de que comprendiese que la prudencia es prenda tan precisa como apreciable (1).

(1) * Este pájaro se llama *flamenco*, *fenicóptero* o *becarudo*. Los griegos le llamaban *phenicópteros*, voz que en su idioma significaba *pájaro con alas de llama*, porque, en efecto, cuando vuela opuesto al Sol aparece ardiente como un ascua. El plumaje de los jóvenes es de color de rosa, y cuando tienen diez meses sus plumas adquieren el color de fuego. Nuestros más antiguos naturalistas franceses llamaban a este pájaro *flambant*, y poco después, dice M. de Buffon, olvidada la etimología, se acostumbraron a escribir *flammant*, y de un pájaro de color de fuego o de llama hicieron un pájaro de Flandes, y aun le supusieron algunas relaciones con los habitantes de aquellas provincias, donde nunca se ha visto. No es el único distintivo de esta ave su hermoso color; su pico de una figura extraordinaria, sus piernas de excesiva altura, su cuello largo y delgado, su cuerpo montado a mayor altura, bien que más pequeño que el de la cigüeña, presentan una figura de extraña belleza y de una especie distinguida entre los grandes pájaros acuáticos.

Este pájaro se halla en el antiguo continente, desde las costas del Mediterráneo hasta la punta más austral del Africa. Se hallan en gran número en las provincias occidentales del Africa, en Angola y en el Congo, en donde por



En un instante se vió Alfonso cubierto de una nube de piedras y flechas.

Prosiguiendo Thelismar su viaje, se detuvo en algunas tribus de salvajes cuyas costumbres deseaba conocer; pero de todos los pueblos bárbaros del Africa, la nación que le pareció más apreciable fué la de los hotentotes. Sus virtudes exceden a sus vicios: cumplen exactamente con las obligaciones de la amistad y hospitalidad; finalmente, su amor a la justicia, su valor, su bondad y su continencia los hacen superiores a todos los demás salvajes (1). Es de notar que la juventud entre los hotentotes hasta los diez y ocho años está enteramente fiada al cuidado de las madres. Cuando llegan a esta edad comienzan los muchachos a tratar con los hombres, y hasta entonces no tienen comunicación alguna con ellos, ni aun con su propio padre (2).

En el tiempo que estuvieron entre los hotentotes una mañana se paseaba Thelismar con Alfonso. El guía llevaba en un saco las provisiones, porque habían determinado comer en el campo. Al pasar por un tronco que servía de puente a un riachuelo dejó el guía caer en el agua el saco con todo lo que estaba dentro, y, temiendo sin duda el enojo de los dos, al instante echó a correr y desapareció. Este azar contristó muchísimo a Alfonso, que ya iba teniendo hambre.—Sé fijamente—le dijo Thelismar—que volveré a encontrar el camino; pero antes será mejor que descansemos un rato a la sombra de estos árboles.—En efecto; se sentaron sobre la hierba, y Alfonso se quejaba amargamente de la precisión en que se hallaban de andar una legua antes de comer, cuando Thelismar le hizo callar diciéndole:—Escuchemos.—Al instante oyó Alfonso un grito muy agudo, al cual respondió Thelismar con otro, aunque algo menos fuerte, y levantándose:—Venga usted, Alfonso—le dijo:—ya que tiene tanta hambre, voy a darle de comer.—Dicho esto dió tres o cuatro gritos seguidos, y Alfonso ve un hermoso pájaro de color verde y blanco que volaba delante de ellos.—Sigamos a este nuevo guía—dijo Thelismar,—que me parece nos ha de desquitar de la pérdida del que nos ha dejado.—A todo esto no, sabía Alfonso qué pensar; callaba y andaba, mirando atentamente al pájaro, el cual al poco rato se paró sobre un árbol cuyo tronco estaba hueco.—Parémonos también—le dijo Thelismar:—el pájaro vendrá a buscarnos si tiene algo de bueno que descubrirnos.—Así sucedió, porque, viendo el pájaro que tardaban en acercarse, vuelve a dar gritos, se acerca a ellos, se pone otra vez en el árbol,

respeto supersticioso no permiten los negros que se mate ninguno de estos pájaros. El flamenco es ciertamente ave trasmigrante; se ve gran cantidad de ellos en la isla de Santo Domingo, una de las Antillas. Siempre van a bandadas, se forman naturalmente en fila, lo que, visto a cierta distancia, parece como una pared de ladrillos, y de más cerca, soldados puestos en fila. Establecen centinelas, y cuando éstos descubren algo que los asusta, dan un graznido retumbante que se oye de lejos y parecido al sonido de una trompeta; entonces, toda la bandada echa a volar. Su carne es comida estimada. Los antiguos hablaron de ellos como de una caza exquisita, etc.

(1) Véase el *Compendio de la Historia general de los viajes*, tomo III.

(2) Véase la misma obra, en el mismo tomo.

y después revoloteando se lo indica de un modo particular.—Vamos, pues—dijo Thelismar;—él nos convida a comer de tan buena gana, que no es posible dejar de admitir su convite.—Diciendo esto se acerca al pájaro, y Alfonso se queda pasmado al encontrar en el hueco del árbol una colmena llena de miel. En tanto que los viajeros trabajaban en coger la miel, el pájaro se había puesto sobre un árbol inmediato, y parecía que observaba con suma atención lo que se hacía.—Es muy justo—dijo Thelismar—que tenga parte en la presa.—En efecto; habiendo Alfonso puesto medio panal sobre unas hojas, no bien se habían ellos apartado del árbol, cuando el pájaro fué a comérselo. El mismo pájaro les enseñó en media hora de tiempo otras dos colmenas, y Alfonso, harto de miel, emprendió alegremente su camino (1).

(1) * Este pájaro se llama el *cuco indicador* (a). En lo interior del Africa, dice M. de Buffon, a cierta distancia del cabo de Buena Esperanza, es en donde se halla esta ave, conocida por su natural instinto de indicar los nidos de las abejas silvestres. Al salir del Sol y al anochecer es el tiempo en que se oye su grito *cherrs, cherrs*, que es muy agudo, y parece llamar a los cazadores y otras personas que buscan la miel en los desiertos. Estos le responden con tono más grave, arrimándose siempre. Luego que los descubre comienza a volar alrededor del sitio donde sabe que hay alguna miel, y si tardan los cazadores en llegar, redobla sus gritos, les sale al encuentro, y después vuelve a su puesto; se para en un árbol inmediato y revolotea, indicándoles de un modo muy perceptible el lugar que oculta la miel. No omita ninguna diligencia para incitarlos a aprovecharse del pequeño tesoro que ha descubierto, y del cual no puede verosimilmente gozar sin el auxilio del hombre, sea porque la entrada de la colmena es demasiado angosta, sea por otras circunstancias que no explica el observador (b).

“No es esto un cuento de viajante; es la observación de un hombre instruído que asistió a la destrucción de muchas repúblicas de abejas, víctimas de la traición de esta pequeña espía, y que da cuenta de lo que ha visto a la Real Sociedad de Londres. He aquí la descripción que hizo de la hembra después de haber logrado los dos solos individuos que pudo adquirir habiéndolos muerto, causando el mayor escándalo a los hotentotes, puesto que en todo país la existencia de un ser útil se mira como objeto precioso. Tiene la parte superior de la cabeza gris, la delantera del pecho blanquecino, con un matiz verde que va perdiéndose y queda casi insensible sobre el pecho; tiene el vientre blanco; el pico, pardo en su base, amarillo en su punta; los pies, negros; la longitud total, seis pulgadas y media, y el pico, unas seis líneas.”

Añade M. Buffon en una nota que a veces ha sucedido que siguiendo el cazador la voz de este cuco, ha sido devorado por las fieras, lo que ha sido causa de que se diga que el pájaro se entregaba con ellas para entregarlas su presa. *His. nat. de las aves*, tomo XII; edición en 12.º

(a) Los holandeses lo llaman *Honing Wizer*; esto es, *cazador de miel*.

(b) El Dr. Sparrman, en su obra del *Viaje al Cabo de Buena Esperanza*, lo explica muy bien; «Este pájaro (que él ha tenido en sus manos) es muy pequeño; por consiguiente, no puede arriesgarse contra los crueles agujones de las abejas; fuera de esto, suelen estar los panales debajo de tierra o en un tronco, obstáculos que él por sí no puede superar, y así llama al hombre para que le ayude, y más comúnmente a una especie de zorra pequeña que hay en aquel país muy amante de la miel, y que Sparrman llama *Ratels*».

Al irse Thelismar del país de los hotentotes se embarcó para la isla de Madagascar; después recorrió toda la costa oriental del Africa, y dejando esta parte del mundo, después de una corta mansión en la isla de Socotora, desembarcó en la Arabia feliz. Vió la Meca (1), Medina (2); atravesó una parte del desierto, y volviendo a entrar en Africa por el istmo de Suez, llegó al Cairo (3). Admiró las famosas pirámides de Egipto (4). De allí fué a Alejandría, y hallando un na-

(1) *La Meca, ciudad de Asia en la Arabia feliz, es, a poca diferencia, grande como Marsella. Su templo magnífico atrae allí un concurso prodigioso de todas las clases de sectas mahometanas que van en romería: es la patria de Mahoma.

(2) *Medina, ciudad de la Arabia feliz. La palabra *Medinach* significa en árabe una ciudad en general, y aquí, la ciudad por excelencia, porque Mahoma estableció allí la residencia del Imperio de los musulmanes y murió en ella. Antes se llamaba Lotreb. En medio de Medina está la famosa mezquita que van a visitar los mahometanos, y en sus esquinas están los sepulcros de Mahoma, de Abubeker y de Omar. Medina está gobernada por un scherif, quien se dice de la estirpe de Mahoma, y es soberano independiente.—*Enciclopedia*.

(3) *El Cairo es la capital de Egipto. El sultán Selim la tomó a los mamelucos en 1517, y desde aquel tiempo está sujeta a los turcos; el antiguo Cairo dista de él tres cuartos de legua sobre la orilla del Nilo (a). Los coptos tienen allí una iglesia magnífica.

(4) *Las pirámides de Egipto fueron edificadas para servir de sepulcro a los soberanos que las mandaron hacer. Los egipcios de menor esfera, en vez de pirámides, se hacían aquellas cuevas que se descubren cada día, en las cuales se hallan momias.

Todas las pirámides tienen una abertura que da paso a un corredor bajo muy largo, que conduce a un cuarto en donde los antiguos egipcios ponían los cuerpos de aquellos para quienes se habían hecho las pirámides. Todas estaban colocadas con mucha regularidad; cada una de las tres grandes que aún existen están situadas a la cabeza de otras pequeñas, que apenas se ven por estar cubiertas de arena; todas están fundadas sobre un peñasco liso escondido debajo de arena blanca. En todas hay pozos hondos cuadrados y abiertos en la peña viva. Las paredes de algunas tienen figuras jeroglíficas abiertas también en el peñasco. Las tres principales pirámides conocidas de los viajeros están a cerca de nueve millas del Cairo. La más hermosa de todas está colocada en la cima de un peñasco en el desierto de las arenas de Africa, a distancia de un cuarto de legua hacia el Oeste de las llanuras de Egipto.

Este peñasco sobrepuja cerca de cien pies el nivel de dichas llanuras, pero con un declive suave y fácil de subir. Esta posición contribuye mucho a la majestad de la fábrica. En esta pirámide se hallan cuartos, corredores, etc. Para visitarla por afuera se sube tomando aliento de rato en rato; hacia la mitad de su altura se halla un cuartito cuadrado que sólo sirve para descansar. Cuando se ha llegado arriba se encuentra una azotea o plataforma desde la cual se goza de la vista más agradable, bien que mirada de abajo parece terminar en punta; está construída con diez o doce gruesas piedras que for-

(a) Se llaman coptes o coptos los cristianos de la secta de los jacobitas, El origen de este nombre tiene oposiciones diversas: algunos quieren que sea copte o coptas, ciudad de Egipto.

vío que iba a hacerse a la vela, se embarcó para la isla de Thera (1).

En los dos meses anteriores había Thelismar leído varias veces con Alfonso las traducciones de la *Iliada* y *Odisea*. Apartándose Alfonso con gusto del abrasado y bárbaro clima del Africa, se volvió a ver con inexplicable contento bajo el hermoso cielo de la Grecia, y en sitios donde todo le traía a la memoria las agradables ficciones de la fábula y las costumbres puras y sencillas que pinta Homero. Al desembarcar en la isla de Thera supieron que el volcán que había en ella causaba mucha inquietud a sus habitantes, a causa de que parecía que iba a hacer alguna erupción; que echaba humo, y de cuando en cuando algunas piedras. Al amanecer del día siguiente hicieron nuestros viajeros que los guiasen hacia el volcán. Ya estaban a una legua de él, cuando el guía que los llevaba se paró, diciéndoles que oía un ruido extraordinario: paráronse ellos también, y escuchando con atención, oyeron una especie de bramidos que al parecer salían de lo hondo del mar. A pesar de esto prosiguieron andando aún otro cuarto de legua; pero a medida que se acercaban eran los bramidos más fuertes, y acompañados de horrosos silbidos. En el mismo instante observaron que el humo del volcán se condensaba y se volvía encarnado.—Volvámonos atrás—dijo Thelismar.—Y apenas hubo dicho esto, cuando oyó un ruido espantoso, y volviendo la cabeza al mismo tiempo que huían hacia el mar, ven la montaña abrasada, cubierta de llamas que se levantaban por los aires hasta perderse de vista, y arrojando por todas partes un sinnúmero de centellas y chorros de fuego resplandeciente.

Atemorizado el guía, se pierde, y los encamina por una senda que los hizo acercarse más al volcán. Entonces se hallaron enfrente de la formidable montaña, en medio de una pradera rodeada de árboles: miran con horror desprenderse de la montaña varios torrentes de fuego, que corriendo impetuosamente desde lo alto se esparcen por la llanura y abrasan y talan cuanto se les presenta. A su llegada veían marchitarse la hierba y las flores; las hojas se secaban y caían de los árboles; desaparecían los arroyos, secábanse las fuentes, y los pájaros, atolondrados, caían al suelo desde las ramas ya medio quemadas. Al mismo tiempo las nubes

man un cuadro de 16 a 17 pies de lado; no se puede bajar sino por de fuera, y la bajada es bastante peligrosa. Mediando esta pirámide de una esquina a la otra, por delante, encontró el P. Vansleb que tenía 300 pasos; habiendo después medido la misma cara con una cuerda, se hallaron 128 brazas, que hacen 704 pies. La entrada de la pirámide no se halla en el medio. Su altura, medida con una cuerda por delante, es según el mismo viajero, de 112 brazas de cinco pies y medio cada una, que componen 616 pies (a). No se puede saber, con todo, de cuánto excede su anchura a su altura, porque la arena impide que se pueda medir bien la base.—*Enciclopedia*.

(1) Isla del archipiélago, al Norte de Candía. Es una de las que se llaman *Santorino* o *Santorini*, a causa de ser Santa Irene patrona de ellas.

(a) San Pedro, en Roma, no tiene más que 443 pies de alto.

abrasadoras, de cenizas espesas y blanquecinas, esparciéndose en forma de lluvia, oscurecían el aire, y una tempestad de piedras que caían por todas partes destrozaba y arrancaba los árboles, despeñándose con un estrépito espantoso desde los montes y los valles y retumbando a lo lejos sobre los peñascos circunvecinos. Huyeron Alfonso y Thelismar precipitadamente de aquellos sitios asolados, y después de haber andado perdidos algún tiempo por sendas no conocidas, llegaron por fin a la orilla del mar. Al acercarse a la playa juzgaron por el movimiento de las olas que el mar estaba violentamente agitado. En efecto; a pesar de que no soplaba viento alguno, les presentó el espectáculo de una furiosa borrasca. Estaban considerando este fenómeno con una admiración que fué mucho mayor cuando vieron de improviso aparecerse en medio de las olas una multitud de llamas que, apartándose y desapareciendo al instante, hicieron lugar a una innumerable cantidad de peñascos ardientes desprendidos y arrojados desde los profundos abismos de la tierra y que se levantaron sobre las olas (1). Entonces se aplacó el mar y quedó sereno; varios

(1) * La isla de Thera, en el archipiélago, que tiene doce leguas grandes de Francia de circuito, se levantó desde el fondo del mar por la violencia de un volcán, que desde entonces produjo otras seis islas en su golfo. Aún no se ha extinguido este volcán, pues en 1707 se volvió a encender con mayor furia que antes, y produjo una nueva isla de seis millas de circunferencia. El mar se vió entonces muy agitado, cubierto de llamas; entre las cuales salieron con un estrépito espantoso cantidad de peñascos ardientes; toda la costa en las cercanías de la isla de Thera ha padecido tan fuertes conmociones, que ya no se halla fondo para el anclaje de los navíos.—*M. de Bomare.*

Una de las más violentas erupciones del Vesubio (la 22 de este volcán) fué la del 20 de Mayo de 1737. La montaña vomitaba por varias bocas grandes torrentes de materias metálicas derretidas y ardientes, que se esparcían por los campos e iban a parar al mar (a). El Sr. Montealegre, que comunicó esta relación a la Academia de París, observó con horror uno de estos ríos de fuego, y vió que su curso era de 6 o 7 millas desde su origen hasta el mar; su anchura, de 50 o 60 pasos; su profundidad, de 25 a 30 palmos, y en ciertos hondos o valles, de 120.—*M. de Bomare.*

Las erupciones de los volcanes se anuncian ordinariamente con ruidos subterráneos semejantes a los truenos, con silbidos espantosos, con un rasgamiento interior, etc. Sabemos por la Historia que en dos erupciones del Vesubio echó este volcán tan grande cantidad de cenizas, que volaron hasta el Egipto, la Libia y la Siria. En 1600 hubo en Arequipa una erupción de un volcán que cubría todos los terrenos vecinos hasta treinta o cuarenta leguas de arenas calcinadas y de cenizas; algunos parajes quedaron cubiertos de

(a) Las producciones del volcán son sustancias formadas por la destrucción de otros cuerpos fósiles, que por la actividad de un fuego subterráneo se calcinan como las piedras de volcán propiamente dichas, o liquefactas medio vitrificadas y llenas de poros, como las pómeceas, o bien totalmente vitrificadas, como el vidrio de volcán o piedra obsidiana; en una palabra, todas las especies de lavas son obras de volcanes. Se llaman lavas las materias de volcanes, como son las diferentes especies de pómeceas, la piedra del Vesubio o de Nápoles, la puzolana, la piedra obsidiana o gallinácer, etc. Todas estas materias han sido las unas calcinadas, otras medio derretidas, y otras totalmente petrificadas. Se hallan lavas de color negrozco o encarnado, a veces blanquecinas, amarillas o pintadas de partículas vidriosas, etc.—*M. de Bomare.*

isleños que habían venido a la playa hicieron saber a Thelismar que ya no vomitaba llamas el volcán y que todo se había acabado. Thelismar y Alfonso hicieron que los guiasen a su posada, y dos días después de este memorable suceso abandonaron aquella isla desventurada.

Fueron de allí a la isla de Policandro, en donde encontraron a un viajero sueco muy amigo de Thelismar, que se ofreció a servirles de guía y acompañarlos a todas partes. Llevólos a su casa, en la cual quiso que se hospedasen, y por la noche, después de cenar, encaminando sus razones a Alfonso, le dijo:—Ya ve usted que esta casa es sencilla y sin adornos; pero si usted gusta del fausto y magnificencia, fácilmente le dejaré satisfecho: he tenido tanto gozo en ver a Thelismar, que al instante he formado el proyecto de darles una función en un palacio, cuya riqueza y extraños adornos los dejarán a ustedes admirados. Al decir esto Federico (que así se llamaba el amigo de Thelismar) llama a sus criados, que vienen con hachas, y salen todos juntos de la casa. Al cabo de media hora se hallan enfrente de una enorme multitud de peñascos.—Este es mi palacio—dijo Federico.—Su fachada es tosca; pero no siempre hemos de juzgar por las apariencias: parémonos aquí un instante, y dejemos que entren primero mis criados.—Entonces éstos distribuyeron hachas a una docena de hombres que llevaban consigo: cada cual encendió la suya y se apartó de los caminantes. Cuando Federico los vio a cierta distancia prosiguió andando, y después de haberse adelantado como cien pasos, advierten una bóveda inmensa y quedan deslumbrados del vivo resplandor que despedía.—Entremos—dijo Federico:—éste es el atrio de mi palacio. ¿Qué le parece a usted?—Esta pregunta se dirigía a Alfonso; pero estaba demasiado embebido en considerar el espectáculo brillante que se ofrecía a su vista para poder responder a ella. Las paredes de aquel atrio espacioso le parecieron todas embutidas de oro, rubíes y diamantes, y la bóveda toda, adornada con primorosas guirnaldas y flores de cristal. Hasta el pavimento que pisaban le parecía em-

una capa de lava de tres metros de espesor. La lava que el Etna vomitaba formó a veces arroyos que tenían hasta 18.000 pasos de longitud.

Muchas veces se han visto volcanes hacer salir de su seno arroyos de agua hirviendo, peces, conchas y otros cuerpos marinos. En 1631, en una erupción del Vesubio, el mar quedó seco, y apareció que este volcán se lo había sorbido; pero a poco tiempo, despidiendo el agua del mar, inundó con ella los campos. Se hallan volcanes en las regiones las más frías, así como en las más cálidas (a).—*Enciclopedia*.

(a) Los betunes son materias oleosas y minerales que se encuentran en el seno de la tierra en forma flúida, y a veces nadando en la superficie de las aguas, o en forma glutinosa, y a veces sólidas. Una sola especie se conoce de betún líquido, y es el *petróleo*, o aceite de piedra así llamado porque se destila por las rendijas de las peñas: parece, pues, que lo que llaman *nafta* es lo mismo que el petróleo, aunque algo más líquido, más blanco y más puro: los betunes sólidos son el succino, el azabache, el asfalto y el carbón de piedra; los hay algo blandos, como la pez asfalta. Siendo los betunes muy inflamables y abundantísimos, se miran como las causas de las llamas perpetuas de los volcanes.—*M. de Bomare*.

pedrado de lo mismo (1).—¡Ah, mamá!—exclamó Carolina.—Perdone usted que la interrumpa; pero ya no lo puedo resistir. ¿Todos aquellos diamantes eran finos?—No: no eran finos, sino en la apariencia; pero ésta era tan perfecta que el más diestro se hubiera engañado con ella.—¡Qué cosa tan singular! ¿Y es cierto que haya habido un palacio semejante?—Aún existe hoy día.—¿De veras?—Sin duda alguna.—¿En la isla de Policandro? ¡Qué isla tan bonita! Mamá, nos la ha de enseñar usted mañana en el mapa.—Sí; yo te lo prometo.—Si usted me lo permite, en la primera lección de Geografía que demos señalaré en los mapas todos los viajes de Alfonso, porque me acuerdo de ellos perfectamente, como también de las cosas extraordinarias que vió.—Con mucho gusto; pero ahora prosigamos el cuento. Federico hizo admirar a Alfonso la extensión de aquel soberbio palacio, y después de haberle recorrido y examinado salieron de él y se volvieron a casa de Federico. Thelismar informó a Alfonso de que el supuesto palacio de Federico era obra sólo de la Naturaleza, lo que fué causa de que Alfonso le admirase aún mucho más.

No había hecho ánimo Thelismar de ir a Italia, porque ya había

(1) * La boca de la caverna de Policando (a) es muy grande; todo el fondo de ella está cubierto de congelaciones formadas por las gotas de agua que destilan de la parte superior; pero son de naturaleza férrea, puntiagudas por arriba y duras, capaces de herir los pies. El techo presenta grandes y variadas bellezas. Estas congelaciones tan primorosas no son los únicos adornos que esta caverna haya recibido de la Naturaleza; se halla también en ella una especie de mina de hierro en figura de estrellas, brillantes como acero pulido. Los pedazos en algunos parajes están algo colorados y brillantes como diamantes. En otro sitio de bóveda se ven grandes grupos de cuerpos redondos, colgando como racimos de uvas (b). Algunos son encarnados, otros de un negro oscuro, pero muy relucientes; el mayor adorno del techo consiste en la misma especie de congelaciones en forma de cristales. Muchas son puntiagudas, como si se hubiesen amolado sus extremos; pero lo más notable es que algunas están doradas naturalmente de un modo tan regular como si saliesen de las manos del más hábil dorador, etc. *Maravillas de la Naturaleza*, tomo 1.

(a) En los mapas se lee *Policanaro* en lugar de *Policanao*.

(b) Son las *estalactitas*; éstas y las *estalagmitas* están compuestas de sustancias terrestres o lapídeas que se formaron en el agua, o que han sido acarreadas por este fluido en concavidades subterráneas, donde se reúnen y se endurecen tomando varias figuras. Si se imaginan gotas de agua que por filtración a través piedras porosas se cargaron de partículas lapídeas, (sin que por esto pierda el fluido su transparencia) y que después han sido arrastradas con una rapidez relativa a su fluidez, a su gravedad y al declive del suelo en unos canales abiertos por la Naturaleza entre peñascos y subterráneos, se tendrá una idea de su formación. El agua de estas partículas lapídeas se separa fácilmente por la evaporación; estos cuerpos se pegan entonces íntimamente a las paredes humedecidas por el agua, unas veces a las bóvedas, otras veces a los muros, etcétera. Se da propiamente el nombre de *estalactitas* a las cristalizaciones ramificadas que tienen la figura de bolos o de fondos de lámparas piramidales con una barra ancha que las pega a las peñas de abajo arriba. Se llaman *estalagmitas* las concreciones abultadas, esto es, que son globosas o apezonadas a modo de coliflores ó criadillas de tierra. Las *estalagmitas* están casi siempre en la base del suelo o piso subterráneo, esto es, de arriba abajo, o contrapuestas a las *estalactitas*, bien que igualmente formadas por el agua que va goteando. Cuando la concreción es hueca y en forma de tubos ramosos se llama *ostéocola*.—*M. de Bomare*.



Se convirtieron en una multitud de palacios...

estado otra vez en ella; pero habiéndole rogado Federico que le acompañase hasta Reggio, convino en ello, por ser esta parte de la Italia la única que no había visto. Salieron, pues, los tres de la isla de Policandro y se embarcaron para la Morea (1). Vieron las ruinas de Epidauro y las de Lacedemonia. De la Morea pasaron a la isla de Cephalonio; de ésta, volviéndose a embarcar, fueron a Reggio (2).

Al día siguiente de su arribo estaban los tres viajeros almorzando en el cuarto de Thelismar, cuyas ventanas daban al mar, cuando de improviso oyeron mil voces de alegría que resonaban por todas partes. Salió Alfonso prontamente para inquirir la causa de tan vivas y ruidosas aclamaciones. Encuentra a varias personas que bajaban en tropel y corriendo la escalera. Empieza a preguntarlas, y sin dejar de correr le responden:—Vamos a la playa a ver *los palacios de la encantadora Morgana*.—Vuelve Alfonso a entrar en el cuarto y cuenta a los compañeros esta extraña respuesta. Movidos de la curiosidad abren las ventanas y presencian un espectáculo cuya hermosura y singularidad excedía a cuanto hasta entonces habían visto. “El mar que baña las playas de Sicilia, hinchándose y levantándose poco a poco, forma en breve una perfecta figura de una dilatada y oscura sierra de montañas, en tanto que las olas que azotan las costas de Calabria, quietas y unidas, no presentan más que una superficie lisa: esta última parte del mar se parece a un espacioso y brillante espejo algún tanto inclinado hacia las murallas de Reggio. Entonces apareció en este espejo la pintura más maravillosa. Se vieron claramente muchos millares de pilastras de exquisita proporción, colocadas con simetría y despidiendo todas de sí los vivos colores del arco iris. A breve rato estas pilastras mudaron de figura doblándose a manera de magníficas arcadas, que desvaneciéndose poco a poco se convirtieron en una multitud innumerable de palacios, todos perfectamente iguales; a estos palacios sucedieron otra multitud de torres, obeliscos y columnas, y a éstas, unas selvas inmensas de cipreses y de palmas” (3).

(1) Península grande; antiguamente se llamaba Attica.

(2) En el reino de Nápoles, en la Calabria ulterior. Hay también otra ciudad de este nombre en Italia, en el Ducado de Módena.

(3) * M. Swinburne, autor de un excelente viaje de España, que ya he citado, hizo otra obra igualmente apreciable, que tiene por título: *Travels in the tow Sicilies. Viaje de las Dos Sicilias*. He copiado de esta obra la descripción del fenómeno que los naturales llaman, en efecto, la *fata morgana*, nombre derivado, dice M. Swinburne, de la opinión establecida entre los pueblos de que este espectáculo es producido por una encantadora o por un mago. El vulgo queda pasmado a la vista de este fenómeno, y para verlo corren por las calles con aclamaciones de alegría. Este curioso fenómeno aparece en Reggio raras veces. M. Swinburne no lo vió; pero dice que se hallarán las causas documentalmente señaladas en *Kirker Minazi*, y otros autores. M. Swinburne trae una exacta descripción de él sacada de una relación del P. Angelucci, testigo ocular de este fenómeno, y es la misma que he traducido literalmente y colocado en mi cuento sin mudar nada ni añadir ningún adorno. Como este artículo

Acabada esta última decoración desapareció aquella brillante escena, volvió el mar a su estado natural, y el pueblo que cubría la playa apiñó la decoración con infinitas palmadas, repitiendo con festivas aclamaciones el nombre de la encantadora Morgana.

—¿Conque ya hemos dado—interrumpió Pulqueria—en los cuentos de encantadoras?—No por cierto; este fenómeno, como todos los demás que habéis oído, está tomado de la Naturaleza.—Pero es verdad que ha habido una encantadora Morgana.—Os he referido lo que decía el pueblo de Reggio: el vulgo en todas partes es amante de fábulas y prodigios, y, por tanto, los cree fácilmente.—Pero aquellas pinturas mágicas...—Son efecto de causas naturales.—Ahora sí que no comprendo cómo hay quien no emplee toda su vida en viajar, leer e instruirse para saber o para ver cosas tan curiosas y agradables.—Alfonso empezaba a pensar como vosotros: la admiración que le causaban tantos sucesos extraordinarios avivaba su curiosidad, y le hacía desear con ansia una cabal instrucción. Insensiblemente iba perdiendo la afición a todas las frioleras de que antes gustaba: reflexionaba más, hablaba con reserva, y escuchaba con atención; pero al paso que su reflexión se perfeccionaba, notaba en su conducta pasadas culpas cuya memoria le penetraba de un amargo y cruel arrepentimiento. No podía comprender cómo había podido abandonar a su padre; el largo silencio de D. Ramiro le atormentaba, causándole una inquietud y desasosiego continuos. Deseaba con ansia llegar a Constantinopla, en donde esperaba hallar cartas de Portugal, y aunque amaba con extremo a Thelismar y tenía casi certeza de obtener algún día la mano de Dalinda, se resolvió a separarse de Thelismar en Constantinopla si no tenía en ella noticias de su padre, con intento de volver a Portugal, sacrificando de este modo sus esperanzas y toda su dicha a la obligación más sagrada de todas. Esta resolución le sepultó en una melancolía cuya causa en vano procuraba indagar Thelismar, y sólo vió que se la aumentaba cuando para disiparla le trataba con más amor y cariño. Para distraerle de ella hablaba de Dalinda varias veces delante de él con Federico; pero estas conversaciones, lejos de mitigar la oculta pena de Alfonso, hacían que fuese mayor y más intensa. En fin, Thelismar se despidió de Federico, y saliendo de Reggio volvió a Grecia; atravesó gran parte de ella, y a últimos de Abril llegó a Constantinopla.

Tuvo allí Alfonso una carta de Portugal. Abrióla con un sobresalto indecible. No era de D. Ramiro; pero le avisaban que su padre había vuelto a Portugal y que también había estado algún tiempo en Lisboa,

es bastante largo me contentaré con indicarlo, en el caso de que se dudase de la fidelidad de la traducción. M. Swinburne explica las causas y razones de este fenómeno. Esta explicación sobrepuja mi inteligencia; para comprenderla sería necesario tener algunas nociones de Optica y Geometría, que me faltan enteramente, y, por tanto, no traduzco este artículo.

Se hace mención (aunque superficialmente a la verdad) de este fenómeno en una obra francesa, en cuatro tomos, intitulada *Retablo del Universo*.

de donde acababa de salir, diciendo que iba a emprender un viaje de año y medio. Añadían que no se dudaba que D. Ramiro hubiese tenido varias conversaciones particulares con el Rey y que su viaje tuviese por objeto algunas negociaciones secretas; que se creía volviese a ocupar el Ministerio, a causa de que ocho días después de su marcha había sido depuesto su sucesor y enemigo. El que escribía la carta concluía diciendo que no había podido ver a D. Ramiro, como Alfonso le había encargado, porque habiéndose detenido bastante tiempo en Francia, no había vuelto a Lisboa sino tres semanas después de la partida de don Ramiro.

Contando Alfonso por la fecha de esta carta que su padre no volvería a Portugal sino dentro de quince o diez y seis meses, renunció al proyecto de volver a su patria hasta entonces; y en efecto, falto enteramente de posibles, no hubiera podido vivir en Portugal todo el tiempo de la ausencia de D. Ramiro. Determinó, pues, continuar sus viajes, mayormente sabiendo que antes de un año habrían vuelto a Europa. Mucho le afligía el silencio de su padre; pero, ya cerciorado de su suerte, se sujetó con valor a la suya, no dudando que el tiempo y su conducta le volverían al amor y ternura de su padre por medio de su sumisión y arrepentimiento. Menos triste y caviloso volvió a seguir con Thelismar sus acostumbradas conversaciones, y éste se manifestó tan contento de la mudanza que notaba, que Alfonso creyó poderse arriesgar a hablarle de Dalinda. Al principio Thelismar se contentó con recordarle blandamente la promesa que le había hecho. Animado Alfonso con esta tolerancia reincidió varias veces en la misma culpa; pero viendo que Thelismar se enfadaba de veras, se vió obligado a callar, aunque no sin buscar continuamente las ocasiones de hablar de su pasión y de quejarse de la estrecha ley que se le imponía.

Había dado Federico a Thelismar una carta para un griego amigo suyo que tenía una casa hermosa sobre el canal del mar Negro. No estaba en ella cuando Alfonso y Thelismar llegaron a Constantinopla, por lo cual se fueron a Buyuk-Deré, lugar a ocho millas de Constantinopla, en donde Nicandro (que así se llamaba el griego) pasaba parte del verano con su familia. El día 1.º de Mayo, a las diez de la mañana, llegaron los dos viajeros a Buyuk-Deré. Al entrar en el lugar vieron las calles llenas de jóvenes vestidos con primor y coronados de flores, cantando y tañendo varios instrumentos; todas las casas estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas, y las ventanas mucho más; con hermosas doncellas griegas rodeadas de esclavas y ricamente vestidas. Al ver tan hermoso espectáculo se quedó Alfonso embelesado, y Thelismar, que sabía las costumbres de la Grecia, le dijo que de aquel modo celebraban todos los años el primer día de Mayo, que en aquel día solemne los amantes adornaban con coronas de flores las puertas de la casa de sus amadas y cantaban debajo de sus ventanas (1).—¡Qué felices son

(1) * “Los amantes, dice Ateneo, antiguo autor griego, adornan con flores las puertas de sus amadas como si fuesen puertas de un templo. De allí viene



Vieron las calles llenas de jóvenes vestidos con primor y coronados de flores...

—dijo Alfonso;—sus dueños los escuchan.—Este favor de nada sirve aquí.—¿Pues qué sucede cuando dos rivales se hallan a la misma puerta o debajo de la misma ventana?—Ponen juntos sus coronas y cantan alternativamente.

Después de haberse detenido bastante tiempo en la primera calle prosiguieron su camino, y viendo Alfonso a lo lejos una casa mucho más adornada que las demás, dijo:—Aquella es, sin duda, la habitación de alguna hermosura celebrada.—En efecto; al acercarse vió en un balcón dos damas hermosísimas, y cuando estuvieron enfrente de él el que los guiaba dijo a Thelismar que aquella era la casa de Nicandro. Alfonso y Thelismar entraron en ella. Nicandro salió al punto a recibirlos, y después de haber leído la carta de Federico los abrazó a entrambos con mucho afecto, manifestándoles el mayor deseo de que se estuviesen en su compañía mucho tiempo. Nicandro y toda su familia hablaban bastante bien el francés; Thelismar le sabía perfectamente, y Alfonso, lo bastante para hacerse entender. Nicandro llamó a sus esclavos, que llevaron a los dos viajeros a una hermosa sala revestida de mármol de Paros, en donde les estaba prevenido el baño. Después de bañarse (1) los fué a buscar Nicandro y los llevó al cuarto de Glaphira, su mujer. Estaba ésta sentada en un sofá con sus dos hijas, Glyceria y Zoe, y una anciana venerable, nodriza de Nicandro, a quien, según el uso de los griegos modernos, llamaban en la familia *Paramana*, dulce nombre justamente concedido por el agradecimiento, pues significa *segunda madre* (2). Las dos doncellas estaban magníficamente vestidas: una y otra

sin duda el uso de los griegos actuales de coronar con flores el día primero de Mayo las puertas de sus casas y de las personas que aman; van a cantar y a pasearse delante las habitaciones de sus amadas para atraerlas a lo menos a las ventanas, y tales eran también los festejos que se practicaban en tiempo de Horacio.

”Las jóvenes adornan sus cabellos con flores naturales, con las cuales se coronan; los mozos que se pican de amantes finos hacen lo mismo” *Viaje literario de la Grecia*, por M. Guys, tomo I.

(1) * “Había antiguamente una fiesta instituída en honor de Hecate porque había hospedado a Teseo. Hecate hizo también votos, y aun ofreció víctimas para que consiguiese victoria y volviese con felicidad. De allí vino el establecimiento de la fiesta que la puso en la clase de las diosas. En la antigua Grecia, luego que un forastero llegaba, el dueño de la casa lo tomaba de la mano en señal de confianza. La primera obligación era llevarlo al baño y darle vestidos para mudarse. Entre los griegos modernos, cuando un forastero llega el dueño de la casa sale a recibirlo y le abraza; le conduce al cuarto, el más cómodo de la casa, y mientras le hace preguntas sobre los sucesos de su viaje, los esclavos previenen el baño, halla ropa blanca y vestidos para mudarse, y los criados se llevan los que traía, para lavarlos o componerlos mientras se mantiene en la casa.” M. Guys, tomo I.

(2) * “Se ve aún hoy, como antiguamente, en todas las casas acomodadas de Grecia la nodriza del amo o del ama hacer parte de la familia. Entre los antiguos, una mujer que había criado una niña nunca la dejaba, ni aun

tenían unas batas largas; en la cabeza, unos velos blancos adornados con franjas de oro, y ceñidores costosamente bordados sujetos con hebillas de esmeraldas (1). Glaphira y Nicandro hicieron varias preguntas a Thelismar acerca de sus viajes; le obligaron a referirles parte de sus aventuras. A mediodía pasaron a otra sala en donde estaba puesta la mesa, y se sentaron a comer. A los postres fué Zoe a buscar su lira,

después de casada. Entre los griegos modernos, así como entre los antiguos, la nodriza es la más de las veces una esclava que se compra en vísperas del alumbramiento. El cariño de las nodrizas griegas a los niños que han criado está de tal manera ligado a sus costumbres, que el nombre moderno de nodriza es *paramana*, término muy dulce, y aún más expresivo que el antiguo, puesto que significa *segunda madre*. Los griegos tratan a las doncellas esclavas, como antiguamente, con mucha dulzura y humanidad; después de un cierto tiempo se tiene cuidado de darlas la libertad, y aun adoptan a veces algunas, y las llaman *hijas de su alma*. Las criadas o esclavas trabajan, como antiguamente, en bordar con sus amas, y hacen todo el trabajo de la casa. Cuando sale el ama no se quedan en casa las criadas: tienen que acompañarla; esta costumbre es también muy antigua entre los griegos. El legislador Zalueco, para reprimir la vanidad y el lujo de su tiempo, mandó que ninguna mujer libre se hiciese acompañar más que de una criada, a menos que no se hubiese embriagado." M. Guys, tomo 1.

(1) * "Siempre han gustado las damas griegas de adornarse con joyas. Sus hebillas de cintura, sus collares y sus brazaletes están enriquecidos de piedras preciosas, y, bien que se complacen en coronar su cabeza con las más bellas flores de la primavera, los diamantes brillan siempre al lado de los jazmines y rosas. Se adornan con frecuencia aunque no tengan que salir de su casa y sin el motivo de ser vistas. Sólo por algún grave motivo de dolor se privan del uso de estos adornos. Casi todas las mujeres griegas dejan constantemente de adornarse en la ausencia de sus maridos. Las de hoy día cuando van algo lejos, no queriendo ostentar sus joyas, las hacen llevar consigo para adornarse con ellas antes de entrar en la casa donde van, y se las quitan del mismo modo para la vuelta finalizada la visita. El uso del velo es muy antiguo; es, como antiguamente, una parte esencial del traje de las griegas, y distingue las condiciones: se diferencian el del ama, de la criada, de la mujer libre y de la esclava. Los griegos atribuyen el origen del velo a la modestia y al pudor, virtudes igualmente tímidas."

El velo de las damas griegas hoy día es de muselina, tejida de oro en sus extremos. Véase M. Guys, tomo 1.

El uso de tener la cabeza cubierta o descubierta en los templos ha sido muy vario entre los diferentes pueblos del orbe. Los antiguos romanos tributaban su culto a los dioses con la cabeza cubierta. Según la antigua usanza, en los sacrificios y otras ceremonias sagradas el sacrificador inmolvaba la víctima con la cabeza cubierta con un velo. No obstante, los que sacrificaban al honor y a Saturno como amigo de la verdad tenían la cabeza descubierta. En las preces que se hacían ante el altar grande de Hércules era costumbre presentarse con la cabeza descubierta, o sea a imitación de la estatua de Hércules, o sea porque este altar y el culto de Hércules existían antes del tiempo de Eneas, quien introdujo el primero la costumbre de hacer el servicio divino con un velo sobre la cabeza.—*Enciclopedia*.

y, acompañándose con ella, cantó varios dúos con su hermana (1). Acabado este agradable concierto, Nicandro propuso a sus huéspedes si querían dar un paseo, y salió con ellos de casa.

Condújolos a un espacioso prado en donde vieron una multitud de zagales y zagalas vestidos de blanco y adornados con guirnaldas de flores; casi todos tenían en las manos ramas de mirto y de naranjo. Los unos bailaban al són de la lira, y otros cogían flores, cantando las delicias y el nacimiento de la primavera.—¿Ven ustedes—dijo Nicandro—aquella muchacha coronada de rosas y más adornada que sus compañeras? Aquélla es la reina de la función: representa a la Diosa de las flores, y con el nombre de Flora recibe los tributos y homenajes de toda la gente del campo. Pero su imperio es parecido al de la juventud y belleza: durará poco, y su reinado debe acabar con el día. Diciendo esto Nicandro, la reina de la función hizo una seña, a la cual se reunieron alrededor de ella todos los zagales. Entonces una de sus compañeras cantó un himno en alabanza de Flora y de la Primavera, y a cada copla repetían todos en coro este refrán: *¡Bien venida seas, Ninfa y Diosa de Mayo!* Y después prosiguieron bailando (2).

Después de haber dado algunas vueltas por la pradera Nicandro volvió con sus huéspedes a casa: encontraron a Glaphira y a sus hijas en medio de todas sus esclavas, ocupadas en bordar y contando alternativamente algunas historias y fábulas morales (3). A pesar de que Alfonso

(1) * “Los banquetes de los griegos, por poco alegres que sean, siempre acababan con canciones. La lira de los griegos modernos se parece a la que Orfeo, según la describe Virgilio, tañía unas veces con los dedos, otras veces con un arco. La guitarra y la lira son los principales instrumentos que usan los griegos. Los pastores tocan igualmente la gaita, flauta o lira.” M. Guys, tomo 1.

(2) * Los griegos modernos han conservado los bailes campestres en honor de Flora. “Las mujeres y muchachas del lugar van el primer día de Mayo a bailar en los prados, a coger y esparcir flores, y se adornan con ellas de pies a cabeza. La que lleva el baile está siempre más adornada que las demás, y representa la Diosa Flora y la Primavera. Una de las bailadoras canta:

¡Bien venida seas, Ninfa, Diosa del mes de Mayo!...

En las aldeas griegas, así como entre los búlgaros, se observan todavía las fiestas de Ceres. Cuando se acerca la cosecha se va, bailando al són de la lira, a visitar los campos; vuelven del mismo modo, con la cabeza adornada de espigas enlazadas entre los cabellos.

(3) * El bordado es la principal ocupación de las mujeres griegas; debemos a los griegos este arte, que es muy antiguo entre ellos, y el cual han perfeccionado hasta lo sumo. Si se entra en el cuarto de una doncella griega, se ven las ventanas con celosías, y los muebles se reducen a un sofá, un cofrecito embutido de marfil, en el cual están las sedas y las agujas, y un bastidor para bordar. Los apólogos, los cuentos, romances, etc., tienen su origen de la Grecia. Los griegos modernos siempre gustan de ellos: han admitido

no entendía el griego, gustó mucho de aquella diversión. Zoe era la que estaba hablando a la sazón; Thelismar la había suplicado que prosiguiese su historieta, y ella obedeció, continuando con mucha gracia, que se la aumentó con los vivos colores que la salieron al rostro y el modesto empacho que manifestaba. Contaba la historia de una joven próxima a casarse y a dejar la casa de sus padres; pintaba con mucha verdad y expresión el profundo dolor de una hija amante y agraciada que se separa de los brazos de una familia querida. Glyceria, su hermana, escucha esta relación con notable sobresalto: de improviso el llanto, que estaba reprimiendo inútilmente, se abre camino y riega hasta las flores que bordaba. Entonces su madre, que la miraba con atención, la llama enternecida; se levanta, y anegada en lágrimas corre a arrojarle a sus pies; suspéndese la historia; Nicandro se llega a Glyceria y la abraza amorosamente. Zoe, también enternecida, va corriendo a abrazar a su hermana. Las esclavas manifiestan en su semblante la parte que toman en la común alegría, y Nicandro, pasando luego a una pieza inmediata con Alfonso y Thelismar, les explica el motivo de todo lo que acaban de ver, refiriéndoles el asunto de la historia que Zoe había contado, y participándoles que Glyceria estaba en vísperas de casarse.

En efecto; aquella misma noche el joven escogido para ser su esposo envió a Nicandro varias bandejas ricamente adornadas en que iban las pedrerías y regalos de boda para Glyceria y su familia, y al día siguiente fué a su casa acompañado de todos sus parientes. Entonces se presentó la hermosa y modesta Glyceria. Traía una bata de tela de plata bordada de oro y perlas, sujeta con un ceñidor de diamantes. Sus hermosos cabellos recogidos en trenzas ondeaban sobre las espaldas, y una corona de siemprevivas adornaba su cabeza. Arrojóse llorando en los brazos de su madre: recibió de rodillas la paternal bendición, que Nicandro pronunció con sumo enternecimiento, pero en alta voz y con entereza, en tanto que la sensible madre, incapaz de poder pronunciar una sola palabra, apretaba entre sus manos trémulas las de su hija, levantando al cielo sus ojos anegados en lágrimas.

Después de esta tierna ceremonia, reunidas las dos familias y acompañadas de todos sus criados salieron de la casa para ir a la iglesia. El acompañamiento iba precedido de una tropa de músicas y cantores. Iba primero la novia sostenida de sus padres. Tímida y temblando caminaba lentamente con los ojos bajos y las mejillas cubiertas de lágrimas, que en vano procuraba reprimir. Llevaban delante de ella, según la antigua usanza de los griegos, la antorcha de Himeneo. Iban detrás sus esclavos, su esposo, los parientes y los amigos, y de este modo llegaron a la iglesia. Después de la celebración volvieron con mucha pompa los re-

los de los orientales con el mismo ardor con que en otros tiempos adoptaron las fábulas de los egipcios. Las mujeres viejas gustan siempre de contar cuentos, y las mozas se pican a porfía de repetir los cuentos que aprendieron, o que saben hacer por lo que ellas mismas han visto.

cién casados a su casa, cuya fachada estaba iluminada y adornada espléndidamente. Presentaron a todos los convidados copas de vino, y a los jóvenes solteros de ambos sexos, ramilletes atados con hilos de oro, diciéndoles: ¡*Casaos también!*, palabras que hicieron estremecer a Alfonso y poner los ojos en Thelismar. Después se pasó a la sala del banquete, en donde se bailó hasta media noche (1).

(1) * “Los griegos no tienen hoy día tiempo señalado para sus bodas como los antiguos, que se casaban ordinariamente en el mes de Enero. Antiguamente el novio compraba la posesión de la novia con servicios efectivos que tenía que hacer al padre de ésta. Después se suavizó esta obligación, y los servicios se permutaron en regalos que se hacían para obtenerla.

“Hoy día un griego que se casa hace regalos a los parientes de la novia; pero éstos son puramente arbitrarios: no está en obligación de comprar la mujer con quien se casa, puesto que, al contrario, no la tomaría sin una dote proporcionada a su nacimiento.”

Sobre el famoso escudo de Aquiles describe Homero la marcha de los novios: “Allí, dice, se ven bodas y festines. Las novias salen de sus casas y pasean las calles con una numerosa comitiva y mucho orden. Todo resueña con los cánticos de Himeneo; tropas de mozos preceden y siguen la marcha nupcial, bailando al són de las trompetas y flautas, etc.” Se ven hoy día en los acompañamientos de boda de los griegos la misma pompa, la misma comitiva y la misma música; a los novios preceden los bailarines, instrumentos y cantores, que entonan el epitalamio; la novia, adornada costosamente, los ojos bajos, y sostenida por mujeres o por dos de sus más cercanos parientes, camina con extrema lentitud, etc. “Antiguamente la novia llevaba un velo encarnado o amarillo, uso que los armenios han conservado: su destino era para ocultar el modesto rubor, el encogimiento y las lágrimas de la novia. No han olvidado los griegos modernos la brillante antorcha de Himeneo; la llevan delante de los novios y la ponen en el cuarto nupcial, donde arde hasta que se consume. Sería un presagio adverso si se apagase por alguna casualidad, y por esto se vigila con el mismo cuidado que las vestales lo practicaban con el fuego sagrado.”

Al llegar a la iglesia los novios llevan cada uno su corona, la que durante la celebración el sacerdote muda alternativamente, dando la del novio a la novia, y la de ésta al novio. También a los antiguos se debe esta corona. No debo olvidar una ceremonia esencial que los griegos han conservado: ésta es la copa de vino que se presenta al novio en señal de adopción, y era el símbolo del contrato y de la alianza; la novia bebía vino de la misma copa, que después se presentaba a todos los parientes y convidados. M. Guys, tomo, I.

M. Guys, hijo del que acabo de citar, hace la descripción siguiente de un casamiento griego que presencié:

“La hermosa novia, muy engalanada y adornada la cabeza con trenzas de hilo de oro entretejidas a sus hermosos cabellos (según costumbre de los griegos), bajó de su cuarto. Se adelantó con solicitud para abrazar a su padre y a su madre, que la esperaban rodeados de diez hijos que les quedaban. ¿Quién de nosotros hubiera podido ver sin enternecerse aquella amorosa y respetable madre, que no pudiendo apartarse de su hija la estrechaba entre sus brazos, y ésta la regaba con sus tiernas lágrimas, que un exceso de gozo y de ternura hacía derramar en el pecho materno? También lloraba el padre; pero, vuel-

Sacó Alfonso de esta función mucho pesar y tristeza. La memoria de Dalinda y el temor de no disfrutar acaso jamás de la felicidad que había presenciado llenaron su alma de amargura. Muchos días le duró esta melancolía; pero la novedad y gracia de los objetos que le cercaban, y más que todo el cariño de Thelismar, la desvanecieron insensiblemente.

Todos los días después del paseo iban Thelismar y Alfonso a la sala de labor. Glyceria y las amigas de Zoe iban regularmente a hacerla compañía. Nicandro explicaba en voz baja a los forasteros los asuntos de los cuentos que referían las muchachas; pero cuando hablaba Zoe, Alfonso estaba más atento. Varias veces mudaba de puesto con Nicandro y Thelismar para ver trabajar a las bordadoras, y siempre se detenía más tiempo junto a Zoe. Elogiaba la labor de todas; pero no miraba sino a la suya. Había vuelto otra vez a dibujar flores, y cada día la presentaba un nuevo dibujo de bordado. En fin, ałababa sin cesar el clima, las

tos los ojos al cielo, la dió con entereza su bendición, haciendo votos por la felicidad de los dos esposos, etc. Acabada la ceremonia, se reparten entre los jóvenes que han asistido ramos de flores enlazados con hilo de oro, diciéndoles en griego: ¡*Casaos también!*”

M. Guys acaba esta relación diciendo que la señora Vanlenep (así se llamaba la madre de la novia) condujo a su hija a un cuarto ricamente alhajado, cuya tapicería y la cama, adornada de las más hermosas flores bordadas sobre fondo blanco, eran obra de esta buena madre que diez años continuos había trabajado en ello sin que nadie lo supiese. M. Guys, tomo II.

Los griegos ofrecen en lo interior de sus familias un espectáculo capaz de producir el mayor enternecimiento. “Se ve en la Grecia (dice M. Guys) los niños abrazar las rodillas y besar respetuosamente la mano de su padre solicitando aquella bendición, de la cual no queda ya memoria en la Historia de los patriarcas.” M. Guys, tomo I.

Las casas de los griegos están divididas en dos partes por una sala grande que ocupa el centro y toda su anchura: en esta sala se dan las fiestas y se hacen todas las ceremonias que necesitan de espacio grande. Tal es el diván de los turcos, la galería de los italianos, el salón de compañía de los franceses (a). De un lado están los cuartos de los hombres, sus dormitorios y los comedores; el otro está destinado para las mujeres, y compone lo que llaman *gineceo*. En los cuartos bajos están las cocinas, las cocheras, las caballerizas, etcétera. No hay chimeneas en los cuartos de las casas griegas: no usan más que de un brasero que se pone en medio del cuarto. Esta práctica es muy antigua en todo el Oriente; no tenían otra los romanos, y los turcos la han conservado. Para preservar la cara de la incomodidad y ardor del brasero imaginaron lo que llaman el *tendur*: es una mesa cuadrada debajo de la cual se coloca el fuego. Esta mesa se cubre con un tapete que cuelga de todos lados hasta el suelo, y de otro de seda más o menos rico que cubre el *tendur*, alrededor del cual se sientan sobre sofaes o sobre almohadas. Se puede poner a un tiempo los pies y las manos debajo del cobertor, el cual, envolviendo el brasero por todas partes, mantiene un calor moderado y permanente. M. Guys, tomo I.

(a) Y el locutorio de los ingleses.

costumbres y usos de Grecia, y reputaba a Buyuk-Deré por el sitio más agradable y ameno que había visto hasta entonces.

Una mañana que estaba solo con Thelismar éste le alabó mucho su conducta actual.—Estoy encantado, querido Alfonso—le dijo,—de ver que ya empieza usted a dominar verdaderamente su pasión.—¿Pues cómo?—Sí; no puedo menos de manifestarle a usted el gusto que me causa. De tres semanas a esta parte no he visto en usted cosa reprehensible: sabe disimular y superar aquella tristeza que me afligía; le hallo en el trato más atento, solícito y amable, y lo que le debe a usted costar mucho más trabajo es que ya no me habla de Dalinda. Crea usted que sé apreciar todo el valor de un esfuerzo semejante.—Diciendo estas palabras Thelismar abraza a Alfonso, que lo permite con semblante triste y pensativo, sin responder palabra. Hubo un breve rato de silencio, en el cual Alfonso se paseaba por el cuarto cavilando, cuando de improviso, dirigiéndose a Thelismar, le dice:—No, no puedo engañar a usted: me contemplaría indigno de los favores que le he merecido si le dejase permanecer en un error...—Aquí se detuvo enteramente turbado.—¿Qué quiere usted decir con eso?—Lo que más siento es que quizás si me declaro me pierda.—¿Perderse usted usando de una noble sinceridad! ¿Es posible, Alfonso, que pueda tener ese temor?—Sepa usted, pues, que mi corazón no se ha mudado. Sí; Dalinda sólo le ha hecho sensible, y sin la esperanza de ser su hijo de usted, aborrecería la vida, y, no obstante..., si he dejado de hablar de ella y si he estado más alegre, no lo atribuya a mi razón: todo al contrario.

—¡Ven a mis brazos—interrumpió Thelismar;—ven, noble y querido Alfonso! Esta prueba de confianza y franqueza justifica del todo el grande amor que te tengo.—¡Oh padre mío!—exclama Alfonso.—¡Oh amigo, el más indulgente!—Ya ves, Alfonso mío—prosiguió Thelismar,—cuán frágil es el amor cuando va unido con la más tierna y sólida amistad. Dos ojos grandes, negros y hermosos, una fisonomía ingenua, una sonrisa graciosa y cinco o seis cuentecillos que no entendías han sido suficiente motivo para hacerte olvidar tres semanas enteras el objeto de una pasión que supones tan violenta.—Es cierto que Zoe me divertía y me gustaba; es cierto también que ha sido bastante causa para distraerme. No se ofrecía a mi imaginación Dalinda tan a menudo, pero siempre reinaba en mi interior.—No, Alfonso; te engañas: no tienes aún a Dalinda un amor verdadero, porque no conoces de ella otra cosa más que su figura.—Pero esa figura es tan hermosa y anuncia un alma tan pura, tan sensible... También la conozco por sus cartas, por sus gracias, por su amor a usted: en una palabra, Dalinda es hija de Thelismar. ¿No es esto suficiente para que yo la ame con pasión?—Todo eso no basta para establecer una inclinación profunda y durable, porque no puede haberla tal sin la confianza y la amistad. Pero, volviendo a Zoe, ¿cómo no has echado de ver la impresión que te hacía?—No me paraba a considerarlo.—Conoce, pues, cuáles puedan ser las consecuencias de la falta de reflexión. Más de dos veces he advertido que Nicandro y Glaphira

desaprobaban el exceso de tus obsequios a Zoe. Además, tanto esmero y una preferencia tan notoria hubieran en breve causado grave perjuicio a la reputación de la joven a quien la dedicabas. Poco ha faltado para que hayas llenado de confusión y dolor esta casa, en donde nos tratan con un amor y confianza que exige todo nuestro agradecimiento.—¡Oh cielos!—interrumpió Alfonso.—¡Me horroriza pensarlo! En adelante reflexionaré más; haré cada día un examen, el más severo, de mis acciones y dé mis sentimientos; y, lo que valdrá mucho más, le consultaré a usted, le comunicaré todos mis pensamientos, y este corazón no tendrá ni por un solo instante nada oculto para usted.

—Ahora—dijo Thelismar—debo cumplir una promesa que no he olvidado.—Diciendo esto abre una gaveta, saca el ceñidor de Dalinda, y presentándosele a Alfonso le dice:—Esta prenda es tuya; tú la has conquistado, puesto que prometí volvértela luego que me dices una prueba de sinceridad.—¡Ah, Thelismar!—interrumpió Alfonso enternecido.—¡Qué ocasión elige usted! ¿Acaso me es posible recibir en esta casa una prenda tan preciosa?—Sí, con tal que la estimes siempre lo mismo y conserves los mismos sentimientos.—Pues, siendo así, puedo tomarla—exclama Alfonso arrojándose a los pies de Thelismar; y recibe de rodillas el ceñidor de Dalinda, besando enajenado de gozo la mano que se lo da.—Alfonso—prosiguió Thelismar,—este regalo de la mano de un padre no es un dón frívolo. En este instante hemos contraído los dos una obligación sagrada. Sí; ahora mismo te adopto por hijo y te prometo una compañera amable y virtuosa: en ti pende hacerte digno de merecerla empleando para ello, no una pasión extravagante, sino virtudes sólidas. Acaba, pues, de ilustrar tu entendimiento y de perfeccionar tu razón y genio: de este modo harás ver a Dalinda que sabes amar, y a mí me manifestarás el agradecimiento que debes a mi cariño.

La llegada de Nicandro interrumpió esta conversación. Alfonso se retiró, y fué a encerrarse en su cuarto para entregarse sin estorbo al exceso de su alegría. Parece inútil decir que desde entonces ya no dibujó flores para Zoe, que no se detuvo tanto tiempo a verla trabajar, y que todas las veces que la buena crianza se lo permitió dejó de ir a la sala de labor.

A este tiempo tuvo la familia de Nicandro un gran pesar. Uno de sus amigos, de vuelta de un corto viaje que había hecho a la isla de Calki, al llegar a Buyuk-Deré cayó malo, y murió a los cuatro días. Nicandro hizo a Thelismar el retrato del amigo que acababa de perder. Le refirió que había renunciado a todos los honores a que por su estado y parentesco podía aspirar, para entregarse a las delicias del estudio y de la amistad.—Este sabio—continuó Nicandro,—retirado en una casa deliciosa inmediata a la mía, daba a los pobres la mayor parte de sus rentas, y lo restante lo empleaba en el adorno y conveniencias de su habitación. Sus inclinaciones eran virtuosas, y sus gustos sencillos. Cultivaba él mismo su jardín: tener gran variedad de flores, criar pájaros, formando de ellos una inmensa pajarera; éstas eran sus inocentes diversio-



Se adelantó con ímpetu y cayó de rodillas junto al féretro...

nes. Finalmente, querido de sus amigos y adorado de sus esclavos, tenía una hermana digna de ser su amiga, que vivía con él, le acompañaba a todas partes y que nunca podrá consolarse de su pérdida. Mañana es el día señalado para el entierro de mi desgraciado amigo. Su hermana desventurada hará el duelo durante las exequias.—Pero ¿cómo podrá—dijo Thelismar—tener bastante valor para presenciárlas?—¡ Ah!—replicó Nicandro.—Usted que quiere conocer nuestras costumbres y la Naturaleza, venga y asista a esta triste ceremonia: verá la fuerza que puede dar la desesperación cuando se exhala. El dolor entre nosotros nunca está oculto: antes al contrario, se manifiesta en toda su fuerza. En un pueblo esclavo de las etiquetas y de las costumbres el dolor debe ser triste y mudo; pero acá siempre es elocuente y sublime.

Esta conversación excitó la curiosidad de Thelismar, y no faltó el día siguiente acompañado de Alfonso y Nicandro a las exequias del amigo de éste. Fueron primeramente a casa de Eufrosina (que así se llamaba la hermana del difunto): entraron en una sala toda enlutada, en donde estaba el muerto en su ataúd, con el rostro descubierto y ricamente vestido. Varios esclavos estaban de rodillas alrededor del féretro, expresando su dolor con lágrimas y gemidos. Thelismar distinguió entre ellos un anciano que manifestaba mucha más aflicción que los demás. Nicandro se acercó a él y le habló. Preguntóle Thelismar quién era.—Se llamaba Zaphiri—respondió Nicandro:—ha visto nacer al que ahora lloramos; y como está casi tullido de las piernas, la imposibilidad en que se mira de acompañar el cuerpo hasta el sepulcro aumenta su aflicción. Acaba de decirme que ya no le queda más consuelo en este mundo que el de cuidar de los pájaros y cultivar las flores que eran las delicias de su señor.

Aún hablaba Nicandro, cuando Alfonso y Thelismar se estremecieron al oír acentos interrumpidos y gritos tan dolorosos, que los penetraron hasta lo íntimo del corazón.—¡ Ah—exclama Nicandro;—ésta es la desventurada Eufrosina!—Al mismo instante entró una mujer, suelto el cabello, cubierta de luto, pálida y bañada en llanto; se adelanta con pasos lentos, asida de algunos esclavos que la sostienen y llevan casi arrastrando. El carácter augusto de un dolor profundo hace parecer su natural belleza más majestuosa, y la da nuevo realce; y sus gritos, sus lamentables gemidos, tienen una expresión tan penetrante y verdadera, que no es posible oírlos sin experimentar a un tiempo la admiración, el terror y la compasión más dolorosa.

Entretanto llega el patriarca con su comitiva. Levantan en alto el ataúd, empieza el canto fúnebre, y salen de la casa. Después de haber atravesado el lugar y haber andado un cuarto de legua llegan a un sitio lleno de mausoleos, columnas sepulcrales y cipreses. Luego que Eufrosina advierte el sepulcro preparado para su hermano se estremece, da un doloroso grito y se cubre el rostro con el velo. Llegan por fin a la sepultura, y hace alto la comitiva: el patriarca pronuncia las oraciones acostumbradas, y después abraza al muerto. Entonces se aparta, y Eu-

frosina, quitándose el yelo, se adelanta con ímpetu y cae de rodillas junto al féretro. — ¡Oh hermano mío! — exclama. — ¡Recibe el postrer adiós de tu desventurada hermana! ¡Conque no he de volver a verte, oh amigo el más fino y leal de todos! ¡Hermano mío! ¿Es éste mi hermano? ¡Infeliz de mí! Reconozco todavía sus facciones. Mas, ¡oh inhumano espectáculo!, cuando mis lágrimas corren por su rostro, cuando le llamo y cuando el dolor me acaba, veo en su semblante las inalterables señales de una triste tranquilidad. ¡Ay de mí! ¡Esta calma horrosa es... la calma de la muerte! ¡Hermano mío! ¡Sí; ya no eres más que una sombra! ¡La desgraciada Eufrosina no abraza sino tu imagen! ¿Y será posible que te pierda para siempre? ¿Desaparecerás de mi vista, y no he de volver a verte? ¡Para siempre me dejas! ¿Para siempre? ¡No; no me puedo sujetar a tan horrible separación! ¡No consentiré que una mano cruel te arranque de mis brazos para arrojarte al sepulcro! ¡Deteneos, bárbaros, deteneos! ¡No prosigáis en labrar ese asilo tan funesto! ¡Compadecedos de mi dolor, o temed mi desesperación!—A este tiempo se adelantó el patriarca para hacer enterrar el cuerpo. Eufrosina prorrumpió en un grito espantoso, y sus esclavos, corriendo a detenerla, la apartan del sepulcro a pesar de su resistencia; pero, ya fuera de juicio, rasga sus vestiduras, se arranca los cabellos y los arroja en el hoyo. Después, de repente, deja de llorar: inmóvil y como insensible, mira atentamente el ataúd, puesto ya en el hoyo; pero al ver levantar la losa para cubrirle, comienza a temblar.—¡Oh Dios!—exclama.—¡Conque ya mi hermano... para siempre...?—No puede proseguir: el dolor le embarga la voz y los sentidos, y cae desmayada en los brazos de sus esclavas. Inmediatamente la apartaron de aquel triste lugar, y luego que hubo vuelto en sí, sus amigos y parientes la acompañaron hasta su casa, según costumbre. Para llegar a ella era preciso atravesar el jardín de su hermano. Lo primero que ve al entrar en él es al anciano esclavo Zaphiri con una podadera en una mano y en la otra una regadera. Este objeto hace que Eufrosina se estremezca, y arrojándose a él le dice:—¿Qué haces, Zaphiri?—Estoy cuidando de las flores que mi señor estimaba tanto.—¡Oh desventurado viejo! — interrumpió Eufrosina arrancándole la podadera de la mano.—¡Mi hermano ha muerto! ¡En adelante esta casa sólo será para nosotros una mansión de llanto y de tristeza! ¡Desaparezcan todos sus adornos y primores! ¡Abre esas pajareras: gocen de la libertad esas avecillas, cuyo canto y alegría despedazan mi corazón! Y estas flores que mi hermano ha cultivado... ¡perezcan también con él!—Al acabar estas palabras comienza a correr como furiosa por el jardín cortando y destruyendo todas las flores que hallaba al paso (1).

(1) * “Una mujer griega llora a su marido, a su hijo, etc.; con sus amigas, durante algunos días, cantan sus alabanzas, y solemnizan su pérdida con lágrimas. Las expresiones de dolor son aún hoy día las mismas que antiguamente, como arrancarse los cabellos y rasgarse los vestidos. Los padres y madres siguen a sus hijos cuando los llevan al sepulcro; los griegos observan

Esta dolorosa escena hizo mucha impresión en el corazón de Alfonso. Luego que volvieron a casa de Nicandro suplicó a Thelismar le explicase de qué modo podían resultar de un mismo sentimiento dos ideas tan

la antigua costumbre de lavar los cuerpos antes de amortajarlos. Si es una joven, la ponen sus mejores vestidos y la coronan de flores; las mujeres echan desde sus ventanas rosas o aguas sobre el ataúd cuando pasa. Los antiguos adornaban a los muertos con coronas de flores, para indicar que finalmente habían vencido las miserias y pesadumbres de la vida. La comida funeral no ha sido omitida por los griegos modernos. El pariente más cercano está encargado de este cuidado, y con esto se da fin a las exequias. Los padres y madres en la Grecia llevan el luto de sus hijos (a), luto que dura mucho, y este uso es también antiguo entre ellos. Han conservado también el uso de vestir a los muertos con sus mejores vestidos, y de llevarlos a enterrar con la cara descubierta (b).

Se halla en esta misma obra de M. Guys una carta de Mad. Chenier al autor (c), que me ha dado la idea del episodio de Eufrosina. No referiré de esta carta mas que los pasos de que me he aprovechado: todos los demás que he suprimido no tienen relación alguna con mi episodio.

“Una señora griega, distinguida por su calidad como por la hermosura de su alma, y que a las bellas prendas de su sexo juntaba el mérito de una buena educación, vivía con un hermano menor, el cual por un exceso de virtud había renunciado a los honores y empleos que hubiera podido pretender en virtud de su nacimiento y enñaces; tenía para con su hermana toda la ternura de un hermano y todo el afecto de un amigo virtuoso. Este hermano querido contrajo una fiebre maligna, y murió. Su hermana acompañó a la comitiva fúnebre, precedida y seguida de una porción de la Nobleza griega. Todo manifestaba el abatimiento de esta alma sensible: el desorden de su velo, de sus vestidos, la descompostura de su peinado, añadían nueva fuerza a todas las señales de su dolor. Después de las oraciones acostumbradas se hizo la ceremonia que los griegos conservan, y que se llama *el último adiós*. Después que el patriarca hubo abrazado el cuerpo, los parientes y convidados hicieron lo mismo. Esta escena, que la idea de una eterna despedida hace sobradamente dolorosa, produjo mucho mayor efecto cuando la hermana, deshecha en lágrimas y no consultando sino a los impulsos de su intenso dolor, desgarró sus vestidos y arrancó sus cabellos para cubrir con ellos el féretro de un hermano que en breve dejaría de ver para siempre. Procuraron abreviar esta escena lúgubre, y volver a llevar a la hermana afligida a su casa: entonces sus sentidos estaban más sosegados, y su dolor algo calmado.”

Después de esta narración se detiene Mad. Chenier para hacer la descripción del jardín del difunto: desde él se descubría el mar, y estaba adornado, como he dicho, con una pajarera llena de diferentes avecillas, con hermosas flores y árboles frutales; a más de esto había un estanque que contenía toda clase de peces. “Este jardín (continúa Mad. Chenier), estos pájaros y estos peces eran la diversión del sabio que la muerte acababa de arrebatár a su hermana y amigos. Fácilmente se puede conocer cuánta expresión daría a la escena siguiente el sitio referido. ¿Dónde está mi hermano?—decía aquella

(a) También en Italia.

(b) Lo mismo se estila en Italia.

(c) Tomo I, pág. 283.

opuestas. ¿Por qué aquel anciano se deleitaba en cultivar las flores de su amo, cuando, por el contrario, Eufrosina hallaba algún género de consuelo en destruirlas? Entonces le preguntó Thelismar cuál de las dos acciones le había parecido mejor.—Me parece—respondió Alfonso—que la del anciano es más natural: no obstante, la otra me ha causado una sensación inexplicable. — Una sensibilidad común — dijo Thelismar—no

hermana, arrebatada de dolor y recorriendo con la vista todo el jardín—¡ Ya no existe! ¡ Pasó como sombra! ¡ Oh vosotras, flores que cultivaba con tanto gusto! ¡ Ya no tenéis la frescura que debíais a sus cuidados! ¡ Pereced, pues, con él, y séquense vuestras raíces! Y vosotros, peces, que no tenéis ya amo ni amigo que atienda a vuestra conservación, ¡ volveos al mar, corred tras de una vida incierta! Y vosotros, pajaritos, si sobrevivís a vuestra tristeza, ¡ que no sea sino para acompañar mis suspiros con vuestros cantos lúgubres! ¡ Mar tranquilo: tus olas están ahora alborotadas! ¿ Acaso tomas también parte en mi dolor? Representétese el lector el efecto que produciría sobre los oyentes este doloroso apóstrofe hecho con aquella tranquilidad que solamente presta el dolor a las grandes almas. Volviéndose después esta dama hacia sus esclavos: ¡ Llorad, hijos míos! les decía. ¡ Ya no tenéis padre, ya no existe mi hermano! ¡ La muerte cruel nos le ha llevado! ¡ Desapareció como una sombra, y ya no le veremos más! Estos sitios que su presencia hacía agradables, ya no deben ser para nosotros sino una mansión de tristeza y de aflicción. No es posible dar a la Naturaleza mayor expresión, más fuerza y sencillez. El lector verá con gusto este bosquejo de elocuencia griega, etc.

”Los sepulcros de los griegos están colocados, como los de los turcos y demás naciones del Oriente, cerca de los caminos de las ciudades y lugares. No están cerrados con paredes, pero no por eso dejan de ser asilos sagrados. Los sepulcros de griegos y armenios están adornados de álamos. Los antiguos habían escogido este árbol como el más conveniente a los muertos, porque no produce fruta alguna, y lo mismo es el ciprés. A más de las lápidas que se ponen sobre los sepulcros, se encuentran columnillas sepulcrales, las que, como antiguamente, sólo tienen los nombres de los que allí se han enterrado. Los griegos van en ciertos días a llorar sobre los sepulcros. Durante las fiestas de la Pascua, que los griegos celebran con mucho regocijo y esplendor con festines y bailes públicos, hay un día señalado en que van en tropas a los sepulcros: allí lloran a sus parientes, y quizás también su antigua libertad. Antiguamente las mujeres griegas se cortaban sus largas trenzas sobre la tumba de sus parientes y amigos”.—M. Gluys, tomo I.

De todos los pueblos del orbe, ninguno emplea mayor magnificencia en sus funerales que los chinos. La idea de la muerte, dice M. Sonnerat, no cesa de atormentarlos. No obstante, les parece menos cruel si pueden comprar un ataúd y colocar su sepulcro en la ladera de una colina en una situación agradable; gastan sumas excesivas para las exequias, que a veces se ejecutan seis años después de muertos, con una magnificencia incomparable; alquilan hombres, que visten de blanco para hacer el duelo y llorar detrás de la comitiva. Durante algunos días consecutivos pasean al difunto sobre el río al son de muchos instrumentos. El barco que lo lleva, así como la comitiva, están iluminados, de modo que los fuegos de diversos colores representan dibujos hasta el extremo de los mástiles, etc. *Viaje a las Indias Orientales y a la China hecho de orden del Rey*, por M. Sonnerat, tomo II.

produce sino efectos comunes; pero una sensibilidad profunda produce, naturalmente, ideas y acciones extraordinarias. Si esta mujer, por ejemplo, reuniese a un corazón tan sensible, ingenio, gusto y discernimiento, y quisiese escribir, no hay duda que sus producciones serían originales: se hallarían en ellas pensamientos nuevos, mucha energía y efectos verdaderos.

Thelismar y Alfonso permanecieron aún algunos días en Buyuk-Deré: después se despidieron de Nicandro y de su amable familia, salieron de Grecia, y entraron en el Asia por la Natolia. Estuvieron algún tiempo en Bagdad (1) y en Bassora (2), y deteniéndose en la isla de Bahrein en el golfo Pérsico, vieron la famosa pesquería de perlas (3). De

(1) *Bagdad*, ciudad populosa situada sobre la ribera oriental del Tigris: los turcos la tomaron los años de 1638.

(2) *Bassora*, hermosa ciudad situada un poco más arriba del sitio en donde se unen el Tigris y el Eufrates: los turcos la poseen desde el año de 1668, y dista cien leguas de Bagdad.

(3) * La concha que produce las perlas es una ostra con cáscaras nacaradas que se pesca en los mares orientales y en la isla de Tábago. Hay cuatro pesquerías grandes de perlas en el Oriente. La primera, en la isla de Bahrin, en el golfo Pérsico; la segunda, sobre la costa de la Arabia feliz, cerca de la ciudad de Cátifa: esta pertenece a un príncipe árabe; la tercera, cerca de la isla de Ceilán, y la cuarta, sobre la costa del Japón. Hay también cuatro pesquerías de perlas en Occidente, que todas están situadas en el golfo Mejicano, a lo largo de la costa de Nueva España. También se pescan perlas en el Mediterráneo y en las costas del Océano, en Escocia y otras partes. La pesquería cerca de la isla de Ceilán es la más considerable, y produce un gran beneficio a la Compañía Holandesa. Esta Compañía no hace pescar por su cuenta, pero permite a los habitantes del país que tengan para esta pesca tantos barcos cuantos quieran, y cada barco paga a lo menos sesenta pesos. En el día que debe empezar se ve llegar una afluencia extraordinaria de gentes y barcos. La pesca se principia desde la mañana y se anuncia con un cañonazo: al instante salen todos los barcos y se adelantan en el mar, precedidos de dos gruesas chalupas holandesas que se anclan una a derecha y otra a izquierda, para señalar a cada uno los límites que no puede pasar. Los buzos de cada barco se hunden a la profundidad de tres, cuatro y cinco brazas. Cada barco tiene diferentes buzos que van al agua alternativamente: luego que sube el uno, el otro se hunde. Están atados a una cuerda fija por su extremo a la verga del bastimento, y dispuesta de modo que los marineros del barco por medio de una polea la pueden tirar o aflojar como quieran, según la urgencia. El que se zambulle tiene atada al pie una piedra de unas treinta libras de peso, a fin de hundirse más deprisa, y una especie de saco atado a la cintura, en el cual mete las ostras que va pescando. Luego que ha llegado al fondo del mar recoge prontamente las ostras que encuentra y las mete en un saco. Para volver a respirar hace seña tirando fuertemente de una cuerdecita diferente de la que abraza el cuerpo. Raras veces sucede que un buzo pueda detener el aliento más de un cuarto de hora: tienen la precaución de ponerse algodón en los oídos y narices. Como a veces están pegadas las ostras a los peñascos, entonces con un instrumento que llevan consigo las arrancan. Aseguran que ven claramente a sesenta pies de profundidad. La pesca

allí fueron por mar al reino de Visapur. Durante esta navegación una noche en que Thelismar y Alfonso sentados sobre la cubierta del navío hablaban de las maravillas de la Naturaleza:—Ya por fin—decía Alfonso—creo que las conozco todas.—Puesto que eres tan sabio—replicó Thelismar,—explicame el fenómeno que actualmente se nos presenta: vuelve la vista a esta parte, y dime la causa de lo que verás.—Entonces Alfonso se acerca a Thelismar, y mirando al mar, repara que el navío iba navegando en un círculo de fuego, que con la oscuridad de la noche parecía aún más brillante. Toda la superficie del mar parecía cubierta de estrellitas resplandecientes. Cada ola que se estrellaba contra el navío esparcía una luz clarísima, y el surco de la embarcación, de color plateado y luminoso, estaba sembrado de puntos brillantes y de color azul celeste (1).—Confieso—dijo Alfonso—que este espectáculo es magnífico, y absolutamente no sé lo que es.—Vamos a acostarnos—interrumpió Thelismar;—y si esta noche te despiertas, me persuado que harás algunas reflexiones saludables acerca de la presunción, que a ti más que otro ninguno te persuade que sabes mucho, siendo así que esa presunción carece de fundamento. No respondió Alfonso, y dando un abrazo a Thelismar, entrambos fueron a acostarse. Media hora habría apenas que Alfonso

dura hasta mediodía, y entonces todos los barcos vuelven a la costa. Al llegar, cada dueño de un barco hace trasportar sus ostras a fosos cavados en la arena. Allí las tienden al aire, y se espera a que se abran de por sí (lo que sucede al cabo de dos o tres días), a fin de sacar las perlas sin estropearlas. Después de sacadas y lavadas tienen cinco o seis cribas que se encajan unas dentro de otras, dejando alguna distancia entre sí: Los agujeros de la segunda criba son más pequeños que los de la primera, y así a proporción de las demás. Las perlas que no pasan de la primera criba son del primer orden, las que se quedan en la segunda son del segundo orden, y así hasta la última, la cual, no teniendo agujeros, se queda con toda la semilla de perlas. Los holandeses se reservan siempre el derecho de comprar las más gruesas: a lo menos, tienen la preferencia en el precio que se ofrece por ellas.

(1) * *Mar luminoso* es un fenómeno común en ciertos mares. La proa del navío que surca las aguas del mar las hace borbollar y parece encenderlas; en medio de la oscuridad de la noche boga la nave en un círculo luminoso, del cual queda en el surco un rastro grande de luz; el mar es mucho más luminoso en las cercanías de las islas Maldivas y de la costa de Malabar que en cualquier otro paraje del mar Océano, y así M. de Godeheu, hallándose en aquellos mares, observó el fenómeno siguiente: Le pareció el mar cubierto de estrellitas; cada ola al romperse esparcía una luz muy brillante. El rastro del navío era de un blanco vivo y luminoso, salpicado de puntos brillantes azulados. Le dijeron que el mar, en los parajes donde aparecía más luminoso, abundaba de animalejos no solamente luminosos, sino que también despedían de su cuerpo un licor oleoso que, nadando sobre la superficie, esparcía aquella luz viva y azulada. No son visibles dichos animales sino mirados con una lente de mucho aumento, y el licor que despedían se queda en el filtro por el cual se hace pasar el agua del mar, que de este modo deja de ser luminosa.—M. de Bomare.

se había quedado dormido, cuando oyó en su camarote un ruido que le despertó. Había apagado la luz, y se asustó mucho cuando al abrir los ojos vió fuego en las tablas que estaban enfrente de su cama. Se levanta apresurado, y entonces crece su admiración al ver estas palabras escritas sobre la tabla con letras grandes de fuego: *¡Sabio Alfonso, tu miedo es vano, porque este fuego no quema!* (1). Alfonso, tan avergonzado como lleno de admiración, tocó aquellas letras, y no sintiendo calor alguno, exclamó:—¡Ah, Thelismar! Lo que más me admira es que usted sabe hacer amables aun las mismas lecciones que ofenden al amor propio.—A este tiempo entró Thelismar riéndose en su cuarto con una luz en la mano, y después de haberle explicado la naturaleza de aquellos supuestos caracteres de fuego, se fué, y Alfonso volvió a dormirse.

—Es tiempo también de que nosotros hagamos lo mismo—interrumpió la Baronesa,—porque esta noche la velada ha sido mucho más larga que otras.

A la noche siguiente la Marquesa prosiguió la lectura de la historia de Alfonso de esta suerte:

Luego que los dos viajeros hubieron llegado a Visapur, fueron a ver las minas de diamantes (2). Después fueron a la corte del Gran Mogol. Thelismar obtuvo una audiencia del Emperador, y fué a Palacio con Al-

(1) * Reciben el nombre de fosforescentes aquellos cuerpos que aparecen luminosos en la oscuridad. Los hay naturales y artificiales. Los primeros son los gusanos luminosos, las ostras, los dailos, la madera podrida, el pescado corrompido, los ojos del gato, el gusano luminoso, el mar luminoso, etc. Muchas veces la carne, la sangre, los pelos y una infinidad de otras materias procedentes de plantas o animales suelen ser noctíluas (a). El arte produce también fósforos; para ello basta calentar y frotar fuertemente los diamantes, pedernales, maderas duras y resinosas, etc., como también calcinar la piedra de Bolonia, echar espíritu de nitro sobre la piedra caliza, o cocer alumbre con miel, etc. Los fósforos producidos por estas últimas operaciones se llaman pyróforos, y son tanto más singulares, cuanto con ellos se puede encender yesca, quemar papel o escribir letras de fuego.—*M. de Bomare.*

(2) * Hasta este siglo no se conocían minas de diamantes fuera de las Indias Orientales, pero después se encontraron en el Brasil, en América, como también de rubíes, topacios y otras piedras preciosas. Las mejores minas de diamantes y las más ricas se hallan en los reinos de Golconda, de Visapur y de Bengala. El diamante es la piedra preciosa la más pura, la más dura, la más pesada y la más diáfana. Ordinariamente no tiene color; sin embargo, se encuentran de todos colores, bien que nunca se ha visto diamante de un color tan hermoso como el rubí, de tan bello verde como la esmeralda o de un azul tan fino como el zafiro, etc.—*M. de Bomare.*

En la ciudad de Génova hay una copa hecha de una sola esmeralda, de un verde hermoso (b). He visto también en La Haya, en el Gabinete de Historia Natural de Stadhouder, un topacio que no está labrado. Me dijeron que pesaba catorce libras.

(a) *Noctiluca* quiere decir que brilla en la oscuridad.

(b) Si es verdad, como todos lo aseguran, que esta copa sea de esmeralda, es cierto que no es ni más brillante ni más hermosa que lo pueda ser una de vidrio.

fonso. Atravesaron varios salones, y en todos vieron gran número de hermosas mujeres magníficamente vestidas y armadas con lanzas, que componían la guardia interior de Palacio; finalmente, llegaron a una espaciosa galería tapizada con tisú de oro. El Monarca estaba sentado en un trono de nácar, de perlas, sembrado de rubíes y esmeraldas. Cuatro columnas enteramente cubiertas de diamantes sostenían un dosel de tela de plata bordado de zafiros y adornado con festones y borlas de perlas. De una de las columnas pendía un soberbio trofeo compuesto de las armas del Emperador, que eran su arco, aljaba y cimitarra, todo guarnecido de pedrerías y pendientes de una cadena de topacios y diamantes. El Emperador tenía un vestido de tela de oro; en medio de su turbante se veía un diamante de un resplandor que deslumbraba, y tan grande, que le cogía casi todo lo ancho de la frente; varias sartas de gruesas perlas formaban sus brazaletes y collar, y una infinidad de piedras preciosas de varios colores enriquecían su tahalí y borceguíes. Delante de él había una mesa de oro maciza, y todos los magnates de su corte, costosamente vestidos, estaban de pie a un lado y otro del trono. Thelismar le presentó algunos instrumentos de Geometría, cuyo uso le explicó por medio de un intérprete. El Emperador se manifestó muy contento de los regalos y conversación de Thelismar: le dijo que aquel día era el de su cumpleaños, que en todo el Imperio se hacían grandes fiestas, y convidó a los dos a pasar la tarde en su compañía.

Varios criados entraron y presentaron a todos vino en copas de cristal de roca. Todos se sentaron, y entró en la sala una tropa de músicos que tocaron varias sonatas por espacio de media hora. Acabado el concierto, se sirvió un magnífico banquete en vajilla de oro. El Emperador hizo llenar una copa de vino y se la envió a Thelismar: esta copa era de oro guarnecida de turquesas, esmeraldas y rubíes. Luego que Thelismar hubo bebido, el Emperador le rogó que se quedase con ella en prueba de su amistad. A los postres se hizo traer el Emperador dos grandes bandejas llenas de rupias que esparció por el cuarto, y los palaciegos se arrojaron con ansia a recogerlas. Poco después le volvieron a traer otras dos bandejas de almendras de oro y plata mezcladas, que arrojó lo mismo que las primeras, y que fueron recogidas con igual prontitud. Bien podéis juzgar que Thelismar y Alfonso no quisieron participar de esta generosidad, porque la codicia y vileza de los magnates mogoles los llenó de indignación. También repartió el Emperador entre los músicos y algunos palaciegos varias piezas de tela de oro y otras alhajas, y después continuaron bebiendo. Thelismar y Alfonso fueron los únicos que no se emborracharon. El Emperador, que ya no podía sostenerse, torció la cabeza y se quedó dormido: entonces cada uno se fué a su casa.

Cuando Thelismar y Alfonso estuvieron solos:—¿Qué piensas de esta Corte?—le dijo Thelismar.—Pienso—respondió Alfonso—que el Gran Mogol es el soberano más rico y magnífico de todo el orbe.—¿Y crees que sea igualmente feliz y respetado?—No puedo saber si es fe-

liz, puesto que ignoro si sus vasallos le aman y si reina con gloria y tranquilidad; pero confieso que su persona nada tiene de augusta, ni cosa que infunda respeto. No hay soberano alguno de Europa que no le exceda en majestad.—Sin embargo, el Gran Mogol ostenta un fausto y magnificencia a la cual ningún príncipe de Europa puede llegar. De esto puedes inferir que el oro, los diamantes y todo el pomposo aparato de lujo asiático no pueden por sí mismos inspirar respeto alguno. ¿Y qué pensarás de aquellos vanos europeos que estiman en mucho todas estas brillantes frioleras? Yo quisiera que la mujer de Europa que posee más diamantes pudiese en el espacio de veinticuatro horas hallarse aquí. ¿Qué diría al ver que toda su magnificencia no igualaba a la de una esclava de las mujeres del Emperador?—Yo, por mí—replicó Alfonso algo corrido,—conozco que no volveré a hablar más de los diamantes que mi padre perdió en el terremoto de Lisboa. Pero explíqueme usted—prosiguió:—¿por qué razón los grandes de esta Corte, al parecer tan ricos, son al mismo tiempo tan codiciosos? ¿Con qué vileza se arrojan a recoger el oro y las pedrerías que el Emperador les tiraba!—La causa es porque fundan toda su vanidad en lucir con soberbios vestidos y costosos adornos, y no procuran distinguirse de los demás sino por el fausto y la riqueza, y ya ves que esta especie de vanidad, llevada al extremo, es capaz de hacer cometer las mayores bajezas. Pero, volviendo al Emperador, no ha mucho que decías que ignoras si es feliz. ¿Acaso crees que un soberano tan poco respetable y tan ignorante pueda serlo?—Pero si es bueno, podrá ser querido.—No se puede amar a un soberano que se desprecia. ¿No era preciso que para hacer a sus vasallos felices fuese instruido, justo y amable? Además que éste no tiene vasallos: no reina sino sobre viles esclavos; en una palabra, es déspota, ejerce un poder tiránico, y padece todos los temores y sobresaltos que serán para siempre el justo castigo de los tiranos. Las adoraciones que le tributan son violentas, y al tiempo mismo que la lisonja le ofrece incienso, el odio trama en secreto su ruina. Pasa su vida temblando, o descubriendo conspiraciones; desconfía de cuantos le rodean, y, para colmo de horrores, sus mismos hijos le son sospechosos.

Al día siguiente a esta conversación Alfonso y Thelismar fueron por la mañana a Palacio. Estaba entonces el Mogol en guerra con el rey de Decan, y quiso aquel mismo día visitar el campamento de su ejército. El acompañamiento que llevaba era en extremo numeroso: Thelismar contó más de ochenta elefantes ricamente enjaezados en que iban sus concubinas; las torrecitas que dichos elefantes llevaban estaban cubiertas de planchas de oro y nácar. El enrejado de las ventanas de estas torres era del mismo metal. Un dosel de tela de plata con cordones y borlas guarnecidas de rubíes las servían de techo. El Emperador iba sobre unas andas de oro y nácar cubiertas de perlas y pedrería; otras muchas andas iguales en la magnificencia iban a prevención detrás de la del Emperador. Delante de esta pomposa comitiva iba un crecido número de trompetas, tambores y otros instrumentos mezclados entre una multitud de

oficiales que llevaban parasoles de tisú de oro, bordados de rubies, perlas y diamantes.

Después de haber admirado nuestros viajeros la magnificencia del campamento, salieron de la Corte del Mogol (1), y continuaron su viaje tomando el camino de Siam. En este reino vieron el famoso elefante blanco, animal tan venerado en todas las Indias orientales. Su cuarto, o, por mejor decir, el templo en que habita, es de una magnificencia pasmosa: sólo a él se le sirve de rodillas y con vajilla de oro (2). "Las atenciones—dice un ilustre filósofo (3),—los regalos, ofrendas y adoraciones le gustan sin corromperle: prueba de que no tiene alma racional. Esto sólo debería ser suficiente para desengaño de los indios."

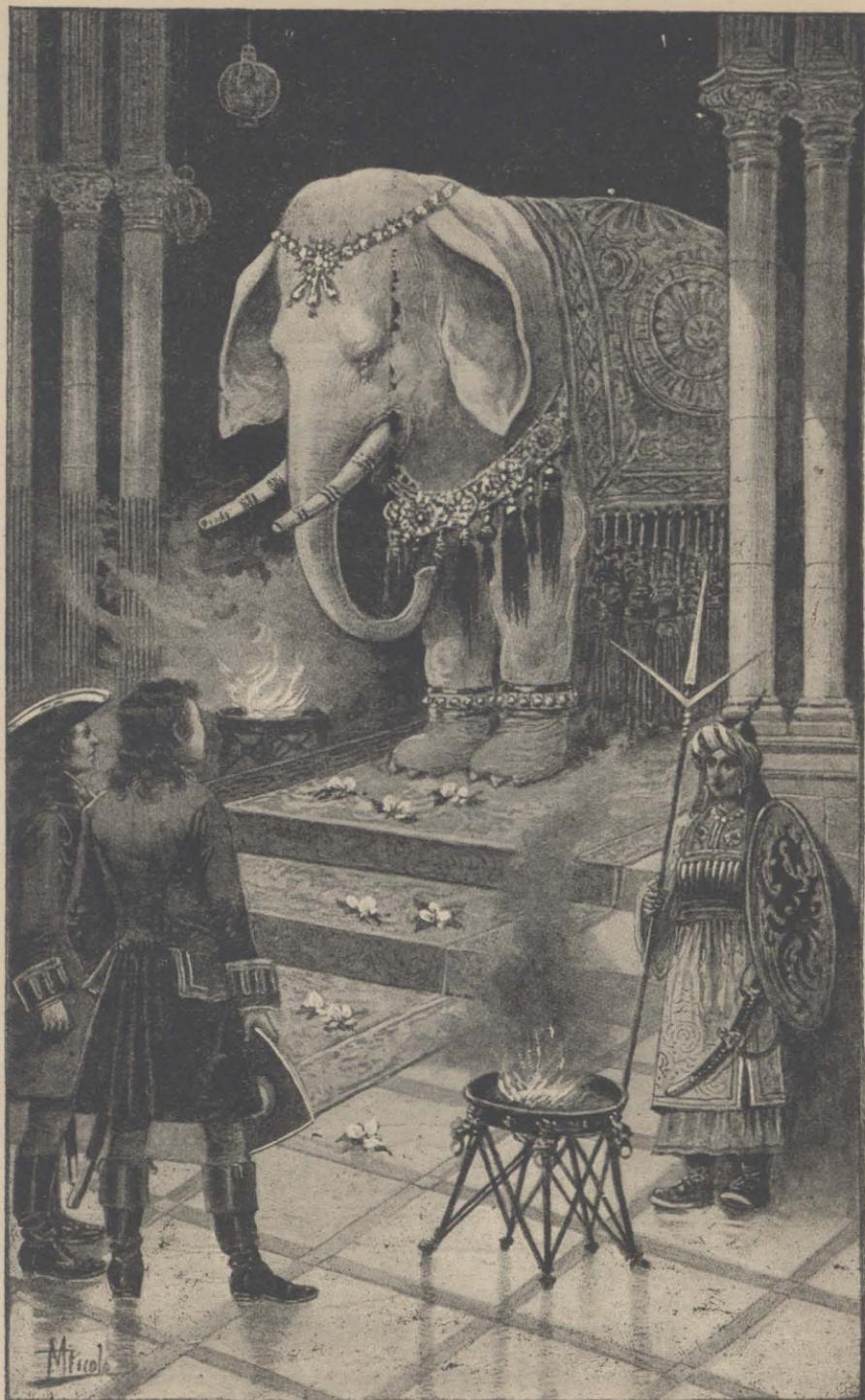
Ya no les quedaba por ver a los viajeros más que una parte del mundo. Pasaron finalmente a la América, y desembarcaron en California: de allí se encaminaron a México. Estando en camino para llegar a Tlascala, habiendo Thelismar mirado su reloj, hizo parar las literas, y apeándose, dijo a los criados que esperasen y cuidasen de los caballos—porque—añadió—va a hacerse de noche.—; Bueno es eso!—dijo Alfonso, riéndose.—; Cómo es posible que se haga de noche, si aún no son las doce del día?—No le respondió Thelismar; pero, buscando alguna sombra, se encaminó hacia unos árboles poco distantes. Siguiéndole Alfonso, atisbó un animal cuya extraordinaria figura llamó su atención: tenía de largo, poco más o menos, diez y nueve o veinte pulgadas, sin contar la cola, que tenía otras doce. Las orejas eran parecidas a las de la lechuza; el pelo, todo erizado, y la cola, semejante a la de las culebras y enteramente cubierta de escamas. Como estaba parado, tuvo Alfonso la curiosidad de examinarle, y advirtió que estaba esperando a sus hijos, que corrían hacia él. Luego que el animal los vió juntos los fué metiendo uno tras otro en una gran bolsa que tenía debajo de la tripa, y hecho esto se encaminó hacia los árboles. Deseoso Alfonso de examinar más despacio un animal tan extraño, y viendo que corría poco, le persiguió. Iba ya a cogerle, cuando, viéndose el animalejo al pie de un árbol, trepó a él con indecible ligereza, y enroscando la cola en una de las ramas más elevadas, se colgó de ella y quedó inmóvil (4). Prepará-

(1) * Toda esta relación de la magnificencia del Gran Mogol se halla en todos los *Viajes*. He copiado particularmente el *Viaje* del inglés Rhoe, tomo del *Compendio de la Historia general de los Viajes*, por M. de la Harpe. La copa de oro enriquecida de turquesas, esmeraldas y rubies fué regalada por el Gran Mogol a Rhoe, quien vió distribuir *los dos azafates llenos de rubies y almendras de oro y plata*. Las descripciones del trono del Emperador, de su vestimenta y de su marcha al campamento se han sacado de la misma obra. He añadido a estas descripciones algunos pormenores tomados del *Viaje* de Tavernier, que se halla en el mismo tomo.

(2) En Laos y el Pegú logran los elefantes blancos el mismo culto y adoración.

(3) El Conde de Buffon.

(4) * Este raro animal se llama *sariga* u *opossum*. "La sariga, dice M. de Buffon, es únicamente originaria de las provincias meridionales del Nuevo



Vieron el famoso elefante blanco...

base Alfonso a subir al árbol, cuando de repente oye un estampido fuerte y continuado, parecido a una descarga de artillería, y en el mismo instante se halló cubierto por todas partes de un sinnúmero de granitos negros que le habían disparado (1). Se hizo atrás con precipitación, poniendo sus manos sobre los ojos, heridos con la descarga que acababa de recibir. El dolor que sentía le obligó a tenerlos cerrados algunos minutos. Pasado el primer dolor los abre; pero al punto prorrumpe en un grito doloroso exclamando:—¡Oh, Cielos; he cegado! ¡Oh Thelismar; oh Dalinda! ¡Ya no volveré a veros! Thelismar, Thelismar, ¿en dónde está usted?—Al mismo tiempo oyó bastante cerca de él una gran carcajada, y conoció la voz de Thelismar.—¿Pues qué—prosiguió,—es capaz Thelismar de alegrarse de mi desgracia? ¡No, no es posible!—Iba a proseguir; pero, acordándose que Thelismar había advertido a los criados que iba a ser de noche, comenzó a tranquilizarse y a sospechar la verdad del caso. A pesar de las densas tinieblas que le cercaban, se encaminó hacia la parte de donde venía la voz de Thelismar: al fin le encontró, y le agarró del brazo.—Alfonso—le dijo Thelismar,—no puedo servirte de guía en esta ocasión, porque yo mismo la necesito tanto como tú.—¡Gracias al Cielo—replicó Alfonso,—me veo libre a costa de un buen susto! Ahora comprendo que la causa de mi espanto no ha sido más que un eclipse de Sol; pero no creía que pudiese causar tan grande oscuridad,

Continente. Se halla, no solamente en el Brasil, en la Guayana y en Nueva España, pero también en la Florida, en la Virginia, etc. La hembra tiene debajo del vientre una cavidad ancha, en la cual recibe y da de mamar a sus hijos. Estos salen de ella y vuelven a entrar diversas veces al día, etc”.

La América abunda en animales extraordinarios: entre otros, hay tres especies de hocico largo, boca estrecha y sin diente alguno, con la lengua redonda y larga para introducirla en los hormigueros y conseguir una copiosa caza de hormigas. Estos animales se llaman el *tamador*, el *tumandúa* y el *oso hormiguero*.

El *Pangolin* y el *fatagin* son también dos animales muy singulares. Son cuadrúpedos, están en gran parte cubiertos de conchas. Los *tatuejos*, otros animales cuadrúpedos de la América, están cubiertos como las tortugas, los cangrejos, etcétera, de una sola corteza o concha muy sólida.

La *jirafa*, que es el cuadrúpedo más alto que se conoce después del elefante, tiene los brazos mucho más largos que las piernas (a).

(1) * Se llama *árbol del Diablo* un árbol que crece en América. Su fruta cuando está madura es elástica. Cuando la cáscara de ella se deseca con el calor del Sol, se abre con estrépito y despidе a lo lejos sus pepitas, y por esta operación de la Naturaleza le dieron dicho nombre. En el tiempo de la perfecta madurez de sus simientes la fruta produce el efecto de una pequeña artillería, cuyo ruido continúa algún tiempo rápidamente, y se oye de bastante lejos. Estas mismas frutas trasportadas antes de su madurez en un paraje seco, o expuestas sobre una chimenea a un calor moderado, se desecan poco a poco, y después producen el mismo fenómeno.—*M. de Bomare*.

(a) Las *gerboisas*, pequeños cuadrúpedos, tienen, al contrario, los brazos mucho más cortos que los pies.

y no puedo concebir de qué modo ha previsto usted el instante de él con tanta exactitud.—Aún hablaba Alfonso, cuando empezó a descubrirse el Sol, disipando la temerosa oscuridad que ocultaba todos los objetos. Aquel silencio profundo, aquella calma majestuosa de la noche desapareció repentinamente: pareció que toda la Naturaleza revivía, y las aves, creyendo celebrar la venida de la aurora, anunciaron con su armonioso canto el renacimiento del día (1).

Volvieron Thelismar y Alfonso a subir en sus literas; y el eclipse, el animal singular que Alfonso había visto, juntamente con la descarga de artillería que le había causado tanto espanto, dieron motivo a una conversación que aún no se había acabado cuando llegaron a Tlascalá.

Después de haber estado en México se embarcaron para la isla de Santo Domingo. Esperaba Alfonso encontrar en aquella isla alguna carta de su padre: halló una de Portugal, pero no era suya, y las nuevas que contenía le afligieron en sumo grado. Le avisaban que D. Ramiro no había vuelto a Portugal, que era falso cuanto se había dicho de que había recobrado parte de su antiguo valimiento, como también que se le hubiese enviado con alguna comisión secreta; y que antes bien, muchos creían que estaba desterrado, pero que se ignoraba enteramente el lugar de su destierro. Estas nuevas llenaron de dolor a Alfonso. Nuevamente inquieto por el paradero de su padre, el remordimiento de su culpa le atormentaba con más fuerza que nunca. Véase sepultado en estas dolorosas reflexiones cuando Thelismar fué a buscarle.—Vengo a anunciarte —le dijo—que verás a Dalinda mucho antes de lo que esperabas: está en París con su madre, y nos están aguardando. Mañana salimos de aquí para Surinam, y de allí nos embarcaremos directamente para Francia. Pero en tanto que veas a Dalinda quiero enseñarte un regalo que me envía. Toma: abre esa cajita. ¿Conoces esa pintura?—¡Qué veo!—exclamó Alfonso.—¡El retrato de Dalinda. ¡Qué pintura tan divina! ¡Qué semejanza! ¡Y qué destreza en la mano del pintor!—Pues aún te gustará más esa pintura cuando sepas que Dalinda misma la ha hecho.—¡Dalinda! ¿Conque todo lo tiene, bellezas, gracias, y habilidades? Permitame usted que vuelva a mirarla otra y otra vez. ¡Sí; éstas son sus mismas facciones, ésta es aquella sonrisa encantadora! ¡Ah, Thelismar; qué feliz es usted en poseer esta preciosa joya!—No obstante, deseo otro retrato. Quiero que Dalinda se vuelva a retratar; pero ha de ser al lado de su esposo, y cuando ella me haya hecho esa pintura prometo darte

(1) * La palabra *eclipse* viene de una voz griega que significa desfallecimiento. Refiere Tito Livio que Sulpicio Galo, teniente de Paulo Emilio en la guerra contra Perseo, predijo a los soldados un eclipse que sucedió al otro día, evitando de este modo el terror que hubiera causado. El espectáculo de un eclipse total de Sol es cosa muy singular. Clavio, que fué testigo del de 21 de Agosto de 1560 en Coimbra, nos dice que la oscuridad era casi más grande, o a lo menos más sensible que la de la noche. No se veía dónde se ponía el pie, y las aves caían al suelo por el espanto que les causaba una oscuridad tan triste.—*Enciclopedia*.

ésta.—La respuesta de Alfonso fué apretar entre sus manos las de Thelismar y regarlas con sus lágrimas.

Muy lejos estaba Alfonso de experimentar una alegría pura y sin mezcla de pesar: miraba como una obligación indispensable la de volver a Portugal con la esperanza de tomar algunas luces acerca del destino de su padre. Estaba enteramente resuelto a declarar esta determinación a Thelismar; pero este proyecto afligía demasiado su corazón para que no le causase las más violentas agitaciones. Además de esto, nunca había tenido valor para confesar a su amigo y protector la culpa que ahora lloraba tan amargamente de haber abandonado furtivamente a su padre. Este primer disimulo le había obligado a disfrazar la verdad con otros muchos; pero finalmente tomó la firme resolución de expiar todos sus yerros con una sinceridad sin reserva, y, si era preciso, con los sacrificios más dolorosos. Con estas disposiciones se embarcó para Surinam (1).

Llegaron los dos viajeros a este país ya de noche, y al tiempo de desembarcar presenciaron un espectáculo enteramente nuevo para ellos. Les pareció que toda la costa estaba cubierta de una infinidad de luces colocadas sin simetría a distancias desiguales. Contemplaban esta agradable iluminación, cuando advirtieron que varias de aquellas luces se movían adelantándose hacia ellos. De allí a poco vieron claramente diez o doce hombres que andaban con mucha ligereza, sin embargo de que, al parecer, tenían el cuerpo cubierto de candelillas. Las llevaban en los gorros, en los pies y en las manos. Esta visión causó mucha novedad a Alfonso. Bien hubiera querido acercarse a ellos; pero pasaron con mucha ligereza sin detenerse, y como no entendía el idioma de los conductores que los acompañaban, no pudo satisfacer su curiosidad. Luego que llegaron a la casa en donde debían hospedarse, notó Alfonso que las luces estaban puestas debajo de algunos vasos, y queriendo examinarlas de cerca, se quedó admirado al ver que aquellas luces no eran otra cosa más que unas moscas o escarabajos de un verde de esmeraldá que despedían de sí una luz muy viva.

—Esta es—dijo Thelismar—la explicación que deseabas: algunos árboles cubiertos de estas moscas se parecen desde lejos a una araña suspendida en el aire. Los hombres que hemos encontrado habían atado algunos de estos insectos en sus gorros y zapatos, y los llevaban también en la mano encerrados en un tubo de vidrio. Aquella misma noche supo Alfonso que aquellas moscas tan hermosas eran útiles de varios modos. Luego que se acostó quitaron los vasos en que las tenían presas, diciéndole que no le incomodarían, y que, antes al contrario, matarían todos los mosquitos que encontrasen en el cuarto (2).

(1) Surinam es una colonia holandesa que tiene de extensión treinta leguas a lo largo del río de Surinam, en la Guayana.

(2) * La *acudia* es un insecto que vuela y es luminoso: se halla en América. Algunos creen que el *eucajú* o *cocojus*, que tiene las mismas propiedades, es el mismo insecto que la *acudia*. Este insecto, de la clase de los esca-

Lleno Alfonso de inquietud y de pesar, no pudo dormir en toda la noche. Se levantó antes de amanecer, determinado a no dilatar más su declaración con Thelismar, y resuelto a confiarle en aquel mismo día su culpa y su pena. En tanto que Thelismar despertaba fué a pasearse solo a la orilla del mar, y después de haberse paseado mucho tiempo se sentó al pie de un árbol, e insensiblemente fué perdiendo la vista, el conocimiento y las fuerzas: de allí a poco cerró los ojos y se quedó dormido. El eco de un grito penetrante y doloroso le despierta: abre los ojos, y se halla en los brazos de Thelismar, que, estrechándole entre ellos fuertemente, le arranca de allí y le lleva cien pasos más allá en la misma playa. Quiere Alfonso hablar; pero no puede articular sino algunas voces inte-

rabajos (a), es del grueso del dedo pequeño, y largo de dos pulgadas. Es tan luminoso de noche, que cuando vuela esparce mucha luz. Pretenden que cualquiera que se frotase la cara con la humedad producida por las manchas relucientes de este fósforo viviente, aparecería resplandeciente todo el tiempo que durase la humedad. Antes de la llegada de los españoles no usaban los indios de velas: se servían de estos insectos en sus casas para alumbrarse de noche. Con uno de ellos se lee y escribe tan fácilmente como con una vela. Cuando los indios viajan de noche atan uno de estos insectos a cada dedo pulgar del pie y llevan otro en la mano. No viven estos insectos después de cogidos sino tres semanas a lo más. Mientras están sanos son luminosos; pero en enfermado se debilita su luz, y se extingue al punto que mueren. Estos insectos tienen otra utilidad: si se dejan volar en las casas, destruyen los mosquitos. No se sabe de cierto si la acudia es el mismo insecto que la luciérnaga. Mad. de Morian, que observó estos insectos en Surinam, dice que su luz es hermosa, y que uno solo la bastaba cada noche para dibujar las figuras que están grabadas en su obra de los insectos de aquel país. Se hallan en Italia moscas relucientes, o por mejor decir escarabajos del grueso de una abeja, a corta diferencia, cuyo vientre es bastante luminoso para que tres de estos insectos puestos en un tubo de vidrio sean suficientes para distinguir de noche todos los objetos de un cuarto. El abate Nollet experimentó que la luz de este insecto se extendía en los parajes en donde se habían esca-

chado (b).—*M. de Bomare*.
El escarabajo más singular es el que M. Rodanler describe. La primera vez que cogió este insecto, que es fosforescente, salió de su cuerpo un ruido semejante al de una arma de fuego y de un humo azulado. En otra ocasión, acostumbrado ya el autor a la artillería de estas moscas, imaginó hacer cosquillas a una de ellas con un alfiler, y disparó hasta veinte tiros seguidos. Admirado M. Rolander al ver salir tanto aire de cuerpo tan pequeño, abrió el insecto, y halló en su cuerpo una vejiguita aplastada; pero no pudo descubrir si era el reservatorio del aire o algún intestino. Se pudiera (añade el autor que cito) llamar a este insecto *el artillero*. *Diccionario de las Maravillas de la Naturaleza*, tomo II.

(a) Se comprenden comúnmente bajo el nombre de escarabajos aquellos insectos cuyas alas membranosas están resguardadas debajo de unos estuches a modo de cáscaras. Estos estuches se llaman *élitros*. Todos los insectos cuyas alas están resguardadas de este modo se llaman también *coleópteros*.

(b) Los fosos de Mantua están llenos de estos insectos: la hierba y los árboles están cubiertos de ellos, lo que produce de noche el más vistoso espectáculo.

rrumpidas con dolorosos quejidos. Thelismar le deja sobre la hierba, y corriendo a la orilla del mar, llenó su sombrero de agua, y trayéndola a Alfonso, hizo que la bebiese toda. Ayudado después de algunos criados, pudo llevarle a su posada. Poco a poco fué recobrando el conocimiento y las fuerzas, y, finalmente, pudo decir:—¿En dónde estoy?—¡Ay, hijo mío!—le dijo Thelismar.—¡Ya te había yo hablado de aquel árbol fatal! ¿No te dije que debajo de su pernicioso sombra al sueño se sigue la muerte? (1).—Es verdad—replicó Alfonso en voz baja y débil:—ahora me acuerdo.—Gracias al Cielo estás fuera de todo peligro; pero si mi inquietud no hubiese guiado mis pasos hacia aquel sitio en el mismo instante que te encontré, ya te habría perdido para siempre.—¡Oh, padre mío; usted llora! ¡Oh, amigo el más tierno! ¡Oh, el más querido de los bienhechores! ¡Ah! ¿Por qué me ha librado usted de la muerte? Hubiera a lo menos conseguido llevar al sepulcro su aprecio y estimación. ¡Infeliz de mí! ¡Llorando Thelismar la desgracia del desventurado Alfonso, hubiera ignorado eternamente sus delitos!—¿Y a qué viene todo eso?—Me considero colmado de los beneficios de usted, penetrado de sus bondades; mi agradecimiento y ternura es el afecto que reina en mi corazón,

(1) * Este árbol se llama *manzanillo*. Crece a la altura de nuestros nogales. Al abrir su corteza con una navaja, sale de ella una sustancia láctea que es un veneno mortal. Los indios mojan en ellas las flechas que quieren emponzoñar. No se corta este árbol sin tomar las mayores precauciones. Su fruta se parece a nuestras manzanas: su olor es agradable; pero su sustancia interior está impregnada de un zumo blanco tan peligroso como el de la corteza y hojas. El manzanillo crece en la mayor parte de las islas Antillas a la orilla del mar. A cualquiera que duerme a la sombra de este árbol se le encienden los ojos y se le hincha el cuerpo, etc.; y si no se apartase prontamente, podría morir. Dicen que el agua del mar bebida al instante es el remedio más eficaz contra los efectos del veneno de este árbol; otros dicen que una cucharada de aceite.

Hay también en América otro arbusto cuya raíz produce un veneno muy sutil: se llama *manioque*, crece desde tres hasta ocho y nueve pies de alto. Su raíz, comida cruda, sería un veneno mortal; pero cuando está seca y se ha preparado, se la saca una harina con la cual se hace una especie de pan llamado *casavé*. Lo esencial es quitar a esta raíz su leche, que es un verdadero tósigo. Esta leche tiene la blancura y el olor de la leche de almendras. Aunque es veneno, en dejándola deponer se saca una sustancia blanca y de buen alimento que se halla en el fondo de la vasija, que se lava muchas veces con agua. Este sedimento tiene todas las apariencias del almidón más blanco: llámanlo *musache*, y lo emplean para el mismo uso que nuestro almidón; pero estos polvos quemar los cabellos con el tiempo, lo que no quita que se hagan con aquellos una especie de roscas muy gustosas. Este arbusto es muy común en la isla de Santo Domingo (a).—M. de Bomare.

(a) Es muy singular que se pueda comer con tanta seguridad un pan que no es otra cosa sino el extracto de un veneno mortífero, cuando se reflexiona que este peligroso alimento puede dar la muerte. Esto prueba claramente que no hay riesgo con el cual el hombre no se pueda familiarizar con la costumbre.

y, sin embargo, soy el más infeliz de todos los hombres!—¡Oh, cielos! ¿Qué capricho es ése?—Thelismar, una palabra solamente le hará a usted conocer mi situación. No puedo ir con usted a Francia...—¿Pues cómo?—Una obligación sagrada me manda volver a Portugal. ¡Ah; si a lo menos, compasivo el Cielo, admitiese ese doloroso sacrificio en satisfacción de mi culpa!—¿Cuál es, pues, el cruel remordimiento que te oprime? ¡Pero no, no es posible que tú hayas cometido ni delito ni bajeza! ¡Háblame, tranquilízate, abre tu corazón a tu mejor amigo!—A estas razones, Alfonso, derramando lágrimas de agradecimiento y alegría, calla algún tiempo; y después, tomando la palabra, confiesa sin rodeos a Thelismar que le había engañado asegurándole que D. Ramiro aprobaba su viaje: le cuenta asimismo sin disfraz alguno todas las circunstancias de su fuga, y pinta del modo más tierno y expresivo sus remordimientos, y las vivas inquietudes que le causa la incertidumbre en que se halla acerca del paradero de su padre.

Luego que acabó su discurso, Thelismar mirándole con ternura le dice:—No pienses que he de abandonarte: yo mismo te llevaré a Portugal. Estas palabras inspiraron a Alfonso un movimiento de gratitud tan vehemente, que no pudo expresarle sino arrojándose a los pies de su generoso amigo.—Si—replicó Thelismar;—espero que hemos de encontrar a ese padre infeliz: gozaré de la dicha de verte en sus brazos, y me atreveré a asegurarle que le vuelvo un hijo capaz ya de hacerle dichoso. Tardaremos más en llegar a Francia; pero Dalinda no te verá sino reconciliado ya con el Cielo, contigo mismo, y, en fin, honrado con la bendición paternal.

No pudo Alfonso responder a tan cariñosas razones sino con un torrente de lágrimas.—Me parece—prosiguió Thelismar—que D. Ramiro vendrá gustoso en tu casamiento con Dalinda. Mi hacienda no es inmensa, pero es más que regular; y como todos los vínculos que le sujetaban en Portugal están ya rotos, no será difícil persuadirle a que mire la Suecia como su patria, y mi casa como la suya.—¡Ah; ya esto es demasiado!—exclamó Alfonso.—¡Ah, Thelismar; déjeme usted respirar! Mi corazón no puede resistir a las sensaciones que experimenta: con un bienhechor como usted, el agradecimiento se convierte en pasión. ¿y cómo es posible que pueda yo explicar todo lo que mi alma siente en este instante?

Esta conversación libertaba a Alfonso de la mayor parte de sus pesares: la indulgencia y amor a Thelismar mitigaban sus crueles remordimientos y hacían renacer en su alma las más lisonjeras esperanzas. Antes de partir de Surinam quiso Thelismar ver una pesquería a que había sido convidado. El día señalado para ello salieron de casa los viajeros muy de mañana; para llegar a la playa del mar tuvieron que atravesar una laguna medio seca cubierta de árboles muy extraños. De sus ramas flexibles se desprendían varios pelotones de filamentos, que bajando hasta la tierra, tomando raíz y creciendo de nuevo, formaban otros árboles tan grandes y robustos como aquellos de donde salían, multipli-

cándose así sucesivamente; de suerte que un solo árbol puede producir un bosque entero. Pero lo que más extrañó Alfonso fué el ver que todos aquellos árboles estaban cubiertos de conchas: aun en sus ramas más altas se veían pegadas una multitud de ostras (1). Acababa Thelismar de explicar a Alfonso las causas de esta singularidad cuando llegaron a la playa. Comienza la pesquería, echan las redes al mar, y las sacan llenas de pescados. Entre otros, advirtió Alfonso uno semejante en todo a una anguila, pero de un tamaño monstruoso. Queriendo examinarle de cerca se llega a él, y al hacer este movimiento tropieza la punta de una varita que tenía en la mano en el pez: en el mismo instante sintió Alfonso en todo el brazo un dolor tan vivo, que no pudo menos de prorrumpir en un grito involuntario. Todos los pescadores se echaron a reír, y Alfonso, espantado y corrido, se quedó algún tiempo inmóvil. Volviéndose a acercar después al pez:—No puedo comprender—dijo—cómo con solamente haber tocado a este animal con la varita me ha causado una conmoción tan fuerte; pero a lo menos haré ver a todos que si su efecto me ha sorprendido, no es capaz de poderme acobardar.— Diciendo esto se baja, y agarra el pez con la mano. Esta vez no gritó, pero experimentó un entorpecimiento general, acompañado de un golpe tan violento, que hubiera caído en tierra a no haberle sostenido Thelismar. Quedó Alfonso tan aturdido de la violencia del golpe, que en algún tiempo no supo dónde estaba. Luego que volvió del todo en su acuerdo le dijo Thelismar:—Quiero hacerte ver otro efecto de este pez aún mucho más admirable. Aquí estamos catorce personas: hagamos rueda cogiéndonos de las manos: yo seré el primero, y tú el último; y tocando yo el pez con una varita, tú sentirás la misma conmoción que yo, a pesar de que median entre los dos doce personas. En efecto; la experiencia confirmó cuanto había dicho Thelismar (2).

(1) * El *mangle* es un árbol que crece en las Indias Orientales, principalmente en las islas Antillas y hacia la embocadura de los ríos. De sus ramas flexibles, dice M. de Bomare, salen paquetes de filamentos que bajan hasta el suelo, donde se arraigan, y producen otros árboles tan gruesos como aquel del cual han salido, y de este modo se reproducen. Un árbol solo puede producir toda una selva. En la isla de Cayena los pantanos están cubiertos de mangles. Las ostras se pegan al pie y a las ramas que cuelgan.

(2) * Este pez extraordinario es el *torpedo* o *tremielga*; tiene la propiedad de causar un entorpecimiento doloroso a los que le tocan. Las tremielgas más grandes de los mares de Francia no tienen dos pies de largo; África y América tienen tremielgas semejantes a las nuestras por sus efectos, pero de figuras diferentes. Este pez es muy conocido en Surinam; sus efectos son mucho más vivos que el de la verdadera tremielga, y se parecen en un todo a la conmoción eléctrica. La causa, pues, parece debe atribuirse a un fluido que se exhala del animal. Cuando este pez huye con velocidad se puede sentir la conmoción metiendo la mano en el agua a quince pies de distancia de él. Cuando se reciben conmociones violentas el entorpecimiento es general, y aun la cabeza queda un poco turbada. La especie de torpedo que des-

Al día siguiente salieron los viajeros de Surinam y se embarcaron para Portugal. En esta travesía correspondió Thelismar a la confianza de Alfonso satisfaciendo a una curiosidad que tenía mucho tiempo antes. No concebía Alfonso cómo había podido resolverse Thelismar a expatriarse durante cuatro años apartándose por tanto tiempo de su amada familia. Thelismar le dijo que su soberano, protector de las ciencias y las artes, le había obligado a hacer este sacrificio.—Finalmente—continuó Thelismar,—los favores que debo a mi rey, mi amor a las ciencias y la particular inclinación que tengo a la Historia Natural me han determinado a encargarme de esta empresa, y tu amistad me ha hecho llevar con paciencia las fatigas que me han resultado de ella. El cuidado de corregirte e instruirte y el afecto que te profeso han podido solos dulcificar las pesadumbres e inquietudes que varias veces he padecido, y que son anejas a una expatriación tan larga.

Después de una feliz navegación llegaron a Portugal. De cuantas informaciones tomó Alfonso acerca de D. Ramiro no pudo saber cosa fija. Sólo sí le aseguraron que hacía ya dos años que no había vuelto a Portugal, y por algunos indicios, frutos de una infinidad de pesquisas, se persuadió que su padre se hallaba en Inglaterra o en Prusia. Sabía Alfonso que Thelismar debía ir a Inglaterra a tratar asuntos propios: por lo que al salir de Portugal tuvo el consuelo de creer que no estaría mucho tiempo en Francia, y que iría en compañía de Thelismar y Dalinda a un país en el cual se lisonjaba que encontraría a su padre.

Antes de llegar a Francia Thelismar hizo prometer a su alumno que ocultaría con cuidado a Dalinda su amor y esperanzas.—Ahora vas a viajar en compañía de Dalinda—le dijo:—sabes muy bien, Alfonso, que el deseo que reina en mi corazón es el de unir con un nudo sagrado dos personas que casi amo igualmente; pero bien sabes que no puedes disponer de ti mismo sin el consentimiento de tu padre; y aunque no dudo que te le conceda, sin embargo, como no es imposible que pueda oponerse...—¡Oh, Cielos! ¿Qué dice usted?—Si yo te presentase a Dalinda a título del esposo que la destino, desde luego comenzaría a tenerte inclinación, por lo cual sería muy mal hecho exponernos (en medio de la incertidumbre en que nos hallamos) a turbar su reposo.—¿Yo, yo inquietarla y afligirla? ¡Ah! ¡Más quisiera no volver a verla en mi vida! Pero estoy cierto de que mi padre vendrá en ello con sumo gusto.—Mas, en fin, puede no querer.—Pues qué, ¿será capaz mi padre de pronunciar

cribe el Dr. Firmin en su *Historia Natural de Surinam* hace experimentar un entorpecimiento sumamente doloroso en los brazos hasta las espaldas cuando se toca con las manos o con un palo, y se comunica con fuerza a catorce personas asidas de las manos. Este animal parece ser el mismo que la anguila que M. de la Condamine describe en su *Viaje* del río de las Amazonas. M. Adason vió otro semejante en el río Senegal. La anguila temblona de Cayena es también una especie de torpedo; llega a veces a tener el grueso de un muslo con cuatro o cinco pies de largo; se diferencia poco del torpedo de Surinam.—*M. de Bomare.*

la sentencia de mi muerte?—No, Alfonso: o he perdido todo cuanto he trabajado por ti, o espero que tolerarás con valor este contratiempo. ¿Y qué desgracia es capaz de abatirnos cuando conservamos la virtud y poseemos un amigo verdadero?—¡Ah, Thelismar; usted será siempre el árbitro soberano de mi suerte, usted dispone a su arbitrio de mis acciones, opiniones y sentimientos! La razón, la virtud, el agradecimiento y la amistad le aseguran a usted que jamás perderá el dominio que tiene sobre mí. Sí; yo prometo cumplir exactamente la ley que usted me impone: verá a Dalinda, y callaré. No obstante, ¿qué esfuerzo tan violento! Pero, ¿puedo dudar que soy capaz de él cuando usted me lo manda?

Inmediatamente que llegaron a Burdeos se pusieron en camino. El carruaje se quebró a treinta leguas de París, y se vieron precisados a detenerse allí. Thelismar escribió a su mujer diciéndola que llegaría a París sin falta alguna al día siguiente a las cinco de la tarde, y dió la carta a un correo que marchaba en el mismo instante. Antes de ser de día tomaron la posta para París. Al amanecer, Alfonso, loco de contento, abrazó a Thelismar diciéndole:—¡Qué día tan hermoso! ¡Antes que se acabe verá a Dalinda!—Acuérdate de lo que me has prometido, y ten mucho cuidado en los primeros instantes que la veas.—No tema usted, y cuente con mi prudencia.—Sí; pero no te fíes mucho, y si quieres creermé, modera desde ahora ese gozo y el exceso de alegría que dentro de algunas horas tendrás que ocultar enteramente. Hablemos de otras cosas.—¿Y cómo podré?—No lo dudes. Si deseas conseguir un dominio entero sobre ti mismo, acostúmbrate a disponer a tu albedrío de tu imaginación y apartar de ella cualquiera idea, sea la que fuere.—Pero con tal que mi proceder sea juicioso, nada importa que mis pensamientos se ocupen en una cosa u otra.—¿Y cómo es posible que dé pruebas de valor el que habitualmente es débil y pusilánime? Cualquiera que se deja dominar de su imaginación, que no tiene medios para desechar un recuerdo peligroso ni distraerse de una idea que le agrada, nunca será capaz de poder consultar la razón para obrar con acierto en cualquiera circunstancia. Hay dos clases de ideas: las unas que se presentan espontáneamente a nuestra imaginación, y las otras son aquellas que la ciencia y reflexión nos sugieren. Las primeras casi siempre son vanas o peligrosas, y son fruto de nuestras pasiones, de nuestras sensaciones y de aquellos objetos que nos hacen más impresión. Aquel que nunca desecha o aparta de sí esta clase de ideas deja de ser libre, puesto que renuncia a la facultad de elegir sus pensamientos: en este caso el que tiene las pasiones fogosas se extravía, y el que no, vive a medias. No es menester, pues, detenerse en un pensamiento sólo porque nos es grato o porque nace de un objeto presente; antes bien, se debe desechar si es fútil o reprehensible. Finalmente, debemos elegir los asuntos de meditación y encaminar nuestra elección a objetos útiles. Cuando hablamos es en beneficio de otros y, por tanto, hemos de procurar que nuestra conversación sea agradable; pero la facultad intelectual nos ha sido dada para perfeccionar nuestro entendimiento y corazón, por lo cual, cuando paramos la

imaginación en cosas poco dignas de ocuparla pervertimos el uso de esta facultad tan noble, y también se puede afirmar que los pensamientos ocultos de un sabio son aún más puros y sublimes que sus discursos y documentos.—Calló Thelismar, y Alfonso, dando un suspiro, calló también algún tiempo, y después, haciendo un esfuerzo, comenzó a hablar. Thelismar sacó la conversación de sus viajes e hizo una recapitulación de cuanto en ellos había visto Alfonso. A breve rato le escuchó éste con gusto y, por fin, hablaron de Física y de Química.—¡Qué feliz es usted! —le decía a Thelismar.—No hay cosa que usted ignore, y es imposible que nada le parezca ya nuevo y le cause admiración.—¡Qué engañado estás! Los Cielos, la Tierra, todo cuanto nos rodea, el Universo, en fin, es obra de un Ser Supremo, y un libro eterno en donde el hombre hallará siempre, hasta el fin de los tiempos, objetos nuevos y secretos impenetrables: en cada siglo descubrirá sublimes misterios, sin que por eso pueda llegar jamás a conocerlos todos.—Con esta conversación se iban acercando a París, y a breve rato cesaron los dos de hablar, igualmente conmovidos. Después de un gran rato de silencio:—Confiese usted—dijo Alfonso a Thelismar—que en este instante no elige usted sus pensamientos, y que se ve precisado a detenerse en el que se presenta naturalmente.—A este tiempo el postillón gritó a Thelismar que se notaba en el aire una cosa muy extraña. Sacó Thelismar la cabeza por la portezuela, y vió, en efecto, en medio de las nubes, hacia París, un cuerpo opaco y redondo que parecía se iba acercando poco a poco a la pradera. Admirado Thelismar, consideraba atentamente este fenómeno, creciendo su asombro al ver que aquel cuerpo se aumentaba y se volvía luminoso. Viendo que el postillón, asustado, había detenido los caballos, se bajó de la silla para examinarle mejor. Hallábanse a la sazón en una pradera deliciosa, a seis leguas de París. Entretanto, el bulto del globo del fuego iba creciendo por momentos.—Este—decía Alfonso—es un meteoro semejante, con corta diferencia, al que yo vi en España, en las inmediaciones de Loja.—No es un meteoro—replicó Thelismar.—¿Pues qué será?—No lo alcanzo. Cada vez se acerca más: mira qué resplandeciente está ahora. ¿Tienes ahí tu anteojo?—Sí, señor.—Pues dámele.—Diciendo esto coge Thelismar el anteojo que Alfonso le presenta, y volviendo a mirar aquel globo, exclama:—¡Es increíble lo que veo! Me parece que distingo en la parte inferior de ese globo una especie de barco... ¡No hay duda; esto será una ilusión! Toma: mírale tú también.—Vuelve Alfonso a tomar el anteojo, y grita diciendo:—Veo un hombre.—¡Ya está todo explicado! —dijo Thelismar dando una carcajada.—Este es, sin duda, el escita Abaris, que va de viaje (1).—No extraño su incredulidad de usted—replicó Alfonso;—porque yo que lo estoy viendo apenas puedo creerlo. Pero aún hay más... ¡Dios mío, qué encanto es éste! Ahora veo claramente dos personas.—Al acabar estas palabras se restriega los ojos, se le cae

(1) Según los griegos, Apolo había dado al filósofo escita Abaris una flecha sobre la cual iba volando por los aires.

el antejo de las manos, y mira a Thelismar, el cual, inmóvil y atónito, había enmudecido.

Algunos minutos después el globo, que cada vez se acercaba más, se dejó ver encima de la pradera.—Ya no puedo dudar—exclamó Thelismar;—ese globo de oro y púrpura contiene en sí almas vivientes. ¡Ya los veo! ¡Oh prodigio incomprensible que confunde la razón! ¡Triunfo feliz del valor y de la industria! ¿Es posible que el Cielo haya ya permitido al hombre que se atreva a poner ese inmenso espacio entre él y el elemento de que fué formado, y en cuyo seno la Naturaleza ha colocado su sepulcro?—De este modo hablaba Thelismar, cuando el globo que se paseaba por los aires empezó a bajar majestuosamente. Entonces distinguen en el carro resplandeciente que pendía del globo dos figuras celestiales, dos mujeres: la una tiene la belleza noble y venerable de Juno o de Minerva; la otra, vestida de blanco y coronada de rosas, se parece a la Aurora o la Diosa de las flores y de la primavera. Arrójase Alfonso hacia el globo; los violentos latidos de su corazón le obligan a detenerse.—¡No, no es posible—exclama—que estas sean criaturas mortales! ¡Ya se acercan! ¡Se abrazan! ¡Ah! ¡No hay duda; estas son la virtud y la inocencia que desde el Cielo bajan a la Tierra para volvernos la edad de oro! Pero ¡gran Dios! ¿Qué nueva ilusión es ésta? ¡Oh, Dalinda! ¡Esa joven deidad, para encantarnos mejor, ha tomado tu figura! Apenas creo lo que veo; pero mi corazón no puede engañarme. ¡No hay duda; es Dalinda, ella misma!—Enajenado Alfonso, llama a voces a Thelismar. En aquel instante el globo y el carro tocan a la tierra. Thelismar da un grito penetrante; pálido, temblando, enajenado de alegría, y al mismo tiempo helado de asombro y pasmo, apresura el paso. Las dos deidades le salen corriendo al encuentro, y se arrojan en sus brazos. Alfonso, fuera de sí, llega también apresurado: no se atreve a arrojarle a los pies de Dalinda, y el exceso de su turbación y sobresalto le obliga a apoyarse contra un árbol, porque sus piernas trémulas no podían sostenerle. En el primer arrebató de una alegría tan viva e impensada se olvidó del globo mágico, el carro y todo aquel prodigio: no veía Thelismar más que a su mujer e hija, y su curiosidad estaba suspensa en fuerza del amor superior a todos los encantamientos. Alfonso, aunque testigo de esta dulce reunión, estaba bien lejos de disfrutar de un gozo sin mezcla de dolor; porque aunque contemplaba como encantado a Dalinda, aunque disfrutaba del delicioso placer de oír lo que hablaba y decir a Thelismar las expresiones más tiernas y cariñosas que el afecto de hija podía inspirarla, esta misma escena tan dulce y deliciosa le traía a la memoria el recuerdo de su padre, y conocía que un remordimiento tan sólo basta para emponzoñar la felicidad más pura. Pasada aquella primera alegría se siguió la admiración y curiosidad, y Thelismar hizo varias preguntas a Dalinda y a su madre acerca del maravilloso modo con que habían salido a recibirle. Ellas respondieron que no se habían servido del *globo aerostático* sino después de haber visto varias experiencias que eran prueba del ningún peligro que había en él; que sabiendo el día de su lle-



El globo que se paseaba por los aires empezó a bajar majestuosamente.

gada, y teniendo además el aire favorable, no habían podido resistir al deseo de causarle una admiración que por otro lado adelantaba el instante de verle, y que estando alojadas en casa de un físico que tenía un globo pronto, habían aprovechado con ansia una ocasión tan favorable para volar a los brazos de un esposo y de un padre tan amado. Después de esta corta explicación se acercaron al globo para examinarle, y la mujer de Thelismar hizo en breves palabras una agradable descripción de las experiencias hechas en los jardines de la *Muerte* y de las *Tullerías*. Enterneciósese Thelismar al oír el entusiasmo general producido por estas sublimes experiencias, la admiración que toda la nación tributaba al inmortel autor de este descubrimiento y a los ilustres físicos a cuyo heroico valor debía la Francia aquel espectáculo tan nuevo y tan pomposo. Supo asimismo Thelismar que todos los sabios participaban del entusiasmo bien fundado de la nación. Extrañó Alfonso que la triste y negra emulación no hubiese emponzoñado el triunfo del autor de un descubrimiento tan brillante.—Con un poco de reflexión, no lo extrañarás—replicó Thelismar.—Siempre se recibe con gusto la luz que puede guiar al fin que cada uno se propone: considera que un físico o un químico cuando hace algún descubrimiento abre un nuevo camino a todos los sabios y les da asunto para un sin fin de especulaciones útiles y curiosas, como también para muchas ideas nuevas, y, finalmente, les proporciona nuevos medios para distinguirse y adquirir fama. Y así, lejos de procurar disminuir el mérito de la primera invención, sólo emplean su talento y estudio en hacerla más útil y, por consiguiente, más gloriosa. Después de esta breve digresión se pasearon un rato por la pradera, y después continuaron su viaje hasta París.

Poco tiempo se detuvo Thelismar en esta capital, y marchó sin tardanza con toda su familia y Alfonso a Inglaterra. En todo el tiempo que estuvieron en Londres no pudieron adquirir noticia alguna de D. Ramiro, y pasaron al Condado de Darby. Luego que llegaron a Auxton, Thelismar los llevó a dar un paseo, diciéndoles que iba a enseñarles una fuente que por las virtudes fabulosas que se le atribuían debería colocarse más bien en Sicilia o en Grecia que en aquella provincia. Afirman que sus aguas no corren sino para los corazones constantes, y que todo amante que ha cometido alguna ligera infidelidad no puede beber de ellas, porque al instante que se acerca se detienen. Há mucho tiempo que he oído contar esta patraña, cuyo asunto hace que me acuerde de la fuente Acadina y de la historia de Argyro (1).—A este tiempo, los que guiaban a The-

(1) * La fuente Acadina se hallaba en la Sicilia, y estaba consagrada a los hermanos Paliscos (a), divinidades particularmente honradas en aquella isla; atribuían a esta fuente una propiedad maravillosa para dar a conocer la sinceridad de los juramentos. Los escribían sobre tablitas que después se

(a) Los Pálicos o Paliscos eran gemelos, hijos de Júpiter y de Talía. Esta Musa, temiendo la cólera de Juno, rogó a la Tierra que la tragase. La Tierra se abrió y la ocultó en su centro. Los Paliscos nacieron en él: en este sitio se formaron dos lagunas temibles a los perjuros y a los delincuentes. Otros dicen que en este sitio empezaron entonces a verse los fuegos del monte Etna.

lismar le hablaron en inglés, lengua que Alfonso no entendía.—Me dicen—prosiguió Thelismar— que estamos a cien pasos de la fuente; pero como la senda que va a ella está llena de zarzas y de piedras, van a adelantarse para facilitarnos el camino: entretanto descansen un rato a la sombra de estos árboles, que ya nos llamarán luego que hayan limpiado la senda. Hiciéronlo así, y al cabo de medio cuarto de hora los avisaron y llegaron a la fuente.—Voy—dijo riendo Thelismar a su mujer—a darte una prueba de mi fidelidad, de la cual espero que nunca habrás dudado; además que esta hermosa fuente tan clara y abundante convida a beber, y así, consiento gustoso en sufrir la prueba de una constancia perfecta.—Diciendo esto se acercó a la fuente, y bebió dos o tres veces.—¡Que digan ahora—exclamó después de haber bebido—que los hombres son inconstantes! Ya habéis visto. ¿Y tú, Alfonso—prosiguió,—no tienes sed?—No, señor—respondió éste, sonriéndose:—no obstante, no tengo reparo alguno en beber.—¡Ea, pues; llégate!—Al tiempo que Alfonso iba a bajarse para beber, le detuvo Thelismar, diciéndole al oído:—¿Cómo tienes cara para exponerte a esta prueba? ¡Acuérdate de la Grecia y de aquella Zoe!—¡Ah, Thelismar; qué cruel es usted!—En fin, ya te has empeñado, aunque temerariamente, y no es tiempo de decirte: es preciso que bebas.—En tanto que hablaban se había acercado Dalinda, y temiendo Alfonso no oyese las chanzas de Thelismar, se determinó a beber. Se inclina, aplica la boca al caño; pero en aquel mismo instante se detiene el agua y deja de correr. Confundido Alfonso y fuera de sí, se queda inmóvil sin hablar palabra. Dalinda se puso colorada, sonriéndose con algún género de empacho, y Thelismar, callando, los contemplaba maliciosamente.

En fin, tomando la palabra y hablando con Alfonso, le dijo:—¡Huye, profano, huye lejos de esta agua sagrada!—¡Esta fuente debe de ser artificial precisamente, pues si no, era imposible!—Te afirmo que es muy natural.—A lo menos, lo parece; pero usted que tiene tantos secretos maravillosos, tendrá seguramente alguno para detener cuando quiera el agua de las fuentes.—¡En efecto; sería un secreto estupendo!—Le he

echaban al agua, y si no sobrenadaban, estaban persuadidas de que su contenido era un perjurio.

Argira era una ninfa de Tesalia. Celeno, su esposo, viéndola próxima a morir, iba también acabando con una languidez mortal. Complacida Venus de su ternura, los metamorfoseó al uno en río y a otra en fuente, que, como Alfeo y Aretusa, se reunieron mezclando sus aguas. No obstante Celeno llegó a olvidar a Argira, y desde entonces tuvo la virtud de hacer perder a los amantes la memoria de sus amores cuando beben de sus aguas o se bañan en ellas.

La Grecia tiene además otras muchas fuentes maravillosas, como la fuente *Castalia*, ninfa que Apolo metamorfoseó en fuente y la consagró a las Musas, a la cual dió la virtud de inspirar a los poetas.

La fuente *Aganipe*, la *Hipocrene* o la fuente *Cabalina* tenían la misma virtud. La fuente *Acidalia* era en donde se bañaban las Gracias. Juno se bañaba en la fuente de *Canatos*, cerca de Nauplia.—*Diccionario de la fábula.*

visto a usted hacer otras muchas cosas tan prodigiosas.—Sin embargo, ésta excede los límites de mi poder: afirmo que no tengo influencia alguna en esta fuente, y que el prodigio que te admira es enteramente efecto de la Naturaleza. Esta noche procuraré explicarte este fenómeno. Entretanto, cédeme el puesto, que, como tengo la conciencia limpia, le ocupo sin temor, a pesar de la desgracia que te ha sucedido. Repara, y verás cómo ahora vuelve a correr el agua.—En efecto; al irse a llegar brotó con ímpetu, y después de haber gozado algún tiempo de su triunfo tomó a Alfonso del brazo, y todos juntos se apartaron de aquella fuente maravillosa (1).

No era ya Alfonso tan ignorante que creyese haber algún encanto en aquella fuente: al contrario, a fuerza de pensar en ello adivinó poco más o menos la causa de un efecto tan singular. Pero las chanzas de Thelismar le habían turbado de manera que en todo el tiempo del paseo no pudo volver en sí. Thelismar fingió que no hacía alto en su tristeza y distracción, y por la noche, luego que estuvieron solos:—¿Has notado

(1) * La fuente de Buxton en el Condado de Darby, de la cual habla Childrey en las curiosidades de Inglaterra, corre solamente todos los cuartos de hora.—*Diccionario de las Maravillas de la Naturaleza*, tomo 1. pág. 339.

Es menester suponer que Thelismar, instruído de este fenómeno, contaba con atención los minutos en su reloj sin que Alfonso lo advirtiese, a fin de aprovechar exactamente los instantes en que la fuente debía parar y volver a correr, como sucede en todas las fuentes intermitentes.

En la Provenza se halla una fuente que corre y se para ocho veces en una hora. La fuente de Frougatches, diócesis de Nimes, corre y se para regularmente dos veces en veinticuatro horas. Las fuentes de las cercanías de Paderbosrn, que llaman *Bullerbares*, dicen que corren doce horas y descansan otro tanto. La de Haute-combe, en Saboya, corre y se para dos veces en una hora, etc., etc. *Diccionario de las Maravillas*, tomo 1.

La fuente caliente de Bozeley, en la provincia de Shrop, ofrece el fenómeno más admirable. Hará cincuenta y cinco años que brotó por la primera vez, habiendo precedido un fuerte huracán. Apenas hubo cesado la tempestad, cuando a media noche un ruido terrible despertó a todos los habitantes, que viendo la Tierra conmovida y trastornada, creyeron hallarse en el instante de la destrucción general. Muchos salieron de sus casas huyendo hacia un montecillo cerca del río Severne. Allí se levantaba y bajaba la tierra muchas veces en un minuto. Uno de los habitantes hizo en la tierra un agujero de algunas pulgadas de diámetro. Al instante salió un chorro de agua con tanta violencia, que le derribó en el suelo: un instante después, habiendo pasado el mismo hombre con una luz cerca de dicho surtidor, se encendió el agua vomitando llamas. Se interceptó la comunicación del aire, y desaparecieron las llamas. Desde aquel tiempo conserva la fuente las mismas propiedades: se enciende luego que se le arrima una luz, y la actividad de este fuego es tal, que en un instante reduce a cenizas gruesos troncos de árboles verdes. A pesar de la violencia de la llama, el agua no tiene el menor grado de calor, y está tan fría como la de las otras fuentes. “Cerca de Velleva, en Italia, hay un manantial cuya agua se enciende en arrimándola una pajuela o mecha encendida”.—*M. de Bomare*.

—le dijo—qué colorada se puso Dalinda al ver que la fuente se detuvo cuando tú ibas a beber? Aquella turbación, efecto del primer movimiento, me hace temer que tiene algunas sospechas de nuestros proyectos, y para desvanecerlas la he dicho...—¡Oh Cielos! ¿Y qué le ha dicho usted?—La he contado que tienes una inclinación que yo sé; la he dicho, en fin, que amabas a una hermosísima portuguesa.—¡Ah, Thelismar! ¿Es posible?—He mezclado la verdad con la mentira, diciéndola que una hermosa doncella griega te había causado alguna distracción, y que por eso había imaginado la burla de la fuente.—¡Ay, Dios mío! ¿Y qué ha dicho Dalinda?—Me ha hecho una pregunta muy extraña: ha querido saber el nombre de aquella griega, y yo he nombrado buenamente a Zoe.—¡Es posible, Thelismar, que haya usted tenido la crueldad!...—¿Cómo crueldad? Te aseguro que Dalinda me ha escuchado sin turbación ni pesar: sólo me ha parecido que me oía atentamente y que lo extrañaba algo.—¡Ah; no dudaba yo de su indiferencia! En vez de llamarle a usted cruel, no debo quejarme sino de mi desgracia.—Eso es no ser consecuente, Alfonso: ya sabes que hemos convenido en que Dalinda no debía sospechar cosa alguna de nuestro trato.—Sí; me ha mandado usted que la oculte mi amor.—Y hasta ahora estoy muy contento de tu obediencia.—¡Ah! ¡Si usted supiese cuán doloroso es el esfuerzo que me cuesta! Cuando me obligué a un silencio tan cruel, aún no conocía del todo a Dalinda. Hace ya dos meses que la oigo y la veo a cada instante; usted me ha permitido aspirar a su mano, y, con todo, me obliga a callar.—Es cierto que te la he prometido; pero con condición de que sabrás merecer todo mi aprecio. El esposo de Dalinda no ha de ser un hombre común.—Si para aspirar a ese título es preciso ser digno de ella, ¿quién sería capaz de mercerla? Perdone usted, ¡oh Thelismar!, mis quejas imprudentes. No puedo merecer el precio que usted se ha dignado prometerme; pero a lo menos para alcanzarle haré gustoso cualquier sacrificio: mande usted, dígame qué quiere que haga.—Tan solamente una cosa: ésta es que tengas un imperio absoluto sobre ti mismo.—De nuevo le prometo a usted ocultar a Dalinda el amor que me abrasa, y que cada vez que la veo se aumenta al parecer, porque en realidad ha mucho que no puede ser mayor.—Eso no basta: Dalinda tiene talento y penetración; ella ve el amor que te tengo, y si no te cree amante de otra, no tardará en sospechar la verdad. Por lo cual es preciso que me jures no decir delante de ella palabra alguna que pueda disuadirla de la idea de que amas en Portugal...—Pues qué, ¿quiere usted que la engañe?—No por cierto; bien puedes discurrir que ella no te preguntará nada, y así, no te verás apurado para disfrazar la verdad acerca de este punto. Ya te he confiado cuanto a ella la he dicho: no te pido más sino que no me descubras, y que no destruyas con razones indirectas la opinión que la he infundido de ti.—Dalinda imagina que yo amo y que amo a otra. ¡Oh Cielos!—Deja que lo crea: yo lo pido, y espero que lo harás.—¡Obedeceré; pero me despedaza usted el corazón!—¡Qué expresión tan exagerada! ¿Acaso por eso podrá pensar Dalinda que eres inconstante o falso? Lo que yo

te mando no puede disminuir la estimación que te tiene: ese exceso de dolor no es, pues, otra cosa más que flaqueza.—A estas palabras no pudo Alfonso reprimir sus lágrimas. Thelismar le abrazó, y al punto mudó de conversación.

Al salir de Buxton Thelismar acompañó a su mujer e hija hasta las fronteras de Escocia (1). Allí se separaron. Dalinda y su madre tomaron el camino de Edimburgo. Se convino en que irían a Escocia a casa de un pariente antiguo bienhechor de la mujer de Thelismar, y que esperaba con impaciencia; que en este tiempo Thelismar y Alfonso harían el viaje de Islandia. Esta separación fué tanto más cruel para Alfonso, cuanto dejaba a Dalinda persuadida de su indiferencia, y al apartarse de ella le era preciso violentarse ocultando el dolor que le oprimía. Se portó en esta ocasión con tanto valor y entereza, que apenas pudo creerlo Thelismar: temiendo manifestar su interior, apenas se atrevió a mirar a Dalinda y a decirla cuando se despidió lo puramente indispensable que la buena crianza exige en tales casos.

Luego que se halló solo con su amigo empezó a lamentarse; pero las alabanzas y elogios de Thelismar le consolaron en breve. Se embarcaron, y habiendo llegado a Islandia, fueron a Skalhor y de allí a Geizer. Lo primero que admiraron en aquellos parajes desiertos e incultos fué una cascada natural de una elevación prodigiosa; pero otro espectáculo más nuevo fijó toda su atención.—Vuelve los ojos a esta parte—dijo Thelismar,—y mira aquellas soberbias columnas de rubíes, de marfil y de cristal que adornan esa inmensa llanura.—Vuelve Alfonso, y advierte que en la extensión de un vasto terreno lleno de barrancos y peñascos se levantan en el aire una multitud de chorros de agua de diversos colores a distancias y alturas desiguales: los unos eran de color encarnado, pero muy vivo; otros, de una blancura que deslumbraba; algunos, de agua pura y cristalina, y casi todos llegaban, al parecer, hasta las nubes (2).

(1) * En Escocia hay una montaña, llamada de *Cor-kead*, que tiene la singularidad de ser el meridiano (a) más elevado del Universo; su altura perpendicular tiene, según dicen, más de cuatrocientas (b) toesas. Esta montaña está rajada y entreabierta hasta su cumbre con una hendidura que mira al Mediodía, y las dos cimas sirven para hacer como una especie de cuadrante que indica las horas por la sombra que hacen sobre las peñas opuestas. *Compendio de Historia Natural*, por el abate Saury, tomo 1 (c).

(2) * He aquí el extracto de una carta en la cual el Dr. Troil da cuenta de un viaje que hizo a Islandia para examinar el monte Hecla:

“El cielo estaba raso, y el agua de la laguna parecía una luna de espejo; ocho surtidores de agua se levantaban en el contorno de esta laguna: observé particularmente uno cuya columna de agua, que tenía de seis a ocho pies de diámetro, subía a la altura de diez y ocho a veinticuatro pies. Estaba el

(a) Debía decir *gnomon*, y no meridiano.

(b) Esto es, novecientas treinta y tres brazas y media.

(c) Se halla en la Suiza un fenómeno de esta clase, llamado el *agujero de San Martín*. Este es una especie de meridiano natural en un peñasco taladrado, por el cual en Marzo y Septiembre, a mediodía, alumbra el Sol el campanario del lugar de Elm, en el cantón de Glaris.

No se cansaban Alfonso y Thelismar de contemplar aquel espectáculo tan hermoso; asimismo admiraron en esta misma isla otros varios fenómenos igualmente curiosos, y después de haber visto todas las curiosidades de la Islandia se volvieron a embarcar, y dieron la vuelta a Inglaterra. Volvió Alfonso a ver a Dalinda, y con su vista olvidó todos los pesares de la ausencia; pero la penosa atención que tenía que emplear para ocultar su alegría se la hacía mucho menor. Salió Thelismar de Inglaterra, y se embarcó con inexplicable gusto para ir a Suecia. Después de tantos trabajos y largos viajes, consiguió por fin la felicidad de volverse a ver en su patria, en medio de su familia y amigos. Tuvo el placer de volver a ver a aquel virtuoso Zulaski en cuya casa se había alojado en las Islas Terceras, y que había sido arrebatada tan milagrosamente al medio del mar. Supo Thelismar con indecible gozo que la piedad filial de aquel buen hijo le había hecho el objeto de la admiración pública; que su soberano le había llenado de beneficios; que, para colmo de sus dichas, la persona a quien amaba le había sido fiel; que, en fin, se había casado con ella y era enteramente feliz. Deseoso Thelismar de contemplarle en medio de su familia, fué a visitarle: le halló sentado entre su padre y esposa y teniendo en sus brazos a su hijo, apenas de edad de dos años.—¡Oh Zulaski!—le dijo Thelismar.—¿Qué dicha puede compararse a la de usted? Esta esposa, ese niño que usted ama, su fortuna, su reputación, todos los placeres que ahora disfruta, su gloria y felicidad, todo lo debe a la virtud. Esta felicidad es tanto más pura, cuanto no puede excitar la envidia de nadie: las prendas del entendimiento, envidiadas de todos, hacen que el que las posee tenga más enemigos que admiradores; pero las que nacen del corazón consiguen una aprobación general. ¡Y qué no debe usted esperar de ese hijo, tierno objeto de sus más lisonjeras esperanzas! Para hacerle conocer la extensión de las sagradas leyes de la Naturaleza y para hacerle digno de su padre, no hay más que referirle su historia de usted.

agua muy caliente, y nos hizo cocer en seis minutos a lo más, un pedazo de carnero y algunas truchas que pusimos en ella. Reikum nos ofreció un espectáculo semejante. El surtidor que vimos allí se levantaba hace algunos años a sesenta o setenta pies de altura; pero habiéndose desmoronado, las tierras cubrieron una porción de su orificio, y el agua no subió cuando le vimos más que a cincuenta y cuatro o sesenta pies. Habiendo llegado a Geizer, cerca de Skalthot, vimos el agua levantarse con ímpetu por una boca ancha y formar una cascada, a la cual no son comparables las de Marli, de Saint-Cloud, de Cassel ni d'Herrenhause. Observamos en la circunferencia de cerca de una legua larga cuarenta o cincuenta surtidores de agua hirviendo, que sin duda provienen de un mismo depósito. El agua de los unos era muy clara, y en otros era turbia y arcillosa. En unos tenía color hermoso de ocre, del cual se llena el paso sobre estas tierras férricas, y en otros salía con un color de leche. Unos de estos surtidores eran continuos, otros interrumpidos más o menos, etc. Sentimos temblar la Tierra en mucho; parajes, se levantó una columna de agua de noventa y dos pies, etc." *Noticias de la República de las Letras y Artes*, año 1783, núm. 9, miércoles 26 de Febrero.

Alfonso, cada vez más devorado de inquietudes acerca del destino de su padre, y conservando todavía la esperanza de encontrarle en Rusia, declaró a Thelismar que estaba resuelto a emprender el viaje de Petersburgo. Conociendo Thelismar cuán grande sería el dolor de Alfonso si este último paso saliese vano, no quiso abandonarle, y marchó con él. Hallaron en Petersburgo a Federico, aquel antiguo amigo de Thelismar que habían visto en la isla de Políçandro.—Parece que estoy nombrado—les dijo Federico—para hacer ver a ustedes y ver en su compañía cosas extraordinarias. Si quieren acompañarme, los llevaré a un palacio de cristal.—Ya sabemos—interrumpió Alfonso—que usted da ese nombre a una cueva formada por la Naturaleza.—Pues esta vez a lo menos—replicó Federico—no es un modo de hablar, porque van ustedes a ver un verdadero palacio de cristal, construído por mano de hombres y según las reglas de arquitectura más perfectas.—No bastó esto para persuadir a Alfonso, y Federico, para hacérselo creer, se encaminó con ellos a aquel maravilloso palacio. Luego que le vieron prorrumpió Alfonso en una exclamación de asombro al ver, con efecto, un palacio trasparente, construído con mucho primor y compuesto, al parecer, de cristales de varios colores.—Acerquémonos—dijo Federico:—su admiración de ustedes empieza ahora. Vea usted con cuidado esa batería de cañones.—¡Qué veo!—exclamó Alfonso.—¡Cañones de cristal!—En aquel mismo instante oyeron un golpe de música soberbio.—Esta armonía—prosiguió Federico—sale del palacio encantado: la entrada está franca.—¿Tendrá usted valor para entrar en un sitio que no puede tener otros habitantes sino encantadores?—Seguramente—respondió Alfonso:—estoy ya muy familiarizado con los encantamientos para temerlos.—Diciendo esto atravesó los brillantes pórticos del palacio, y guiado por los dulces ecos de una música celeste, llegó a un magnífico salón, cuyas columnas y paredes, compuestas de lo mismo que lo demás del palacio, estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas. Varias arañas de cristal colocadas en los ángulos del salón estaban cubiertas de un sinnúmero de luces que, reflejando por todos lados, producían una claridad que deslumbraba; pero lo que más sorprendió a Alfonso fué la hermosura de las damas que halló en aquel palacio encantado. Fácilmente creyó que eran deidades: sus vestidos eran semejantes, con corta diferencia, a aquellos con que nos pintan a Calipso o a las ninfas de Diana, o ya como el de Aretusa o el de la hermosa Atalanta. Los adornos que llevaban se componían de mantos de armiño y martas sujetos con broches de diamantes, y en este traje su belleza y gracias ofuscaban el resplandor de la brillante mansión que habitaban.

Antes de salir Alfonso del palacio supo finalmente de qué materia estaba compuesto. Supo que los hielos del río Neva habían suministrado los materiales para su construcción (1).—¿Pues cómo, mamá—exclamó

(1) * Durante el riguroso invierno de 1740 construyeron en San Petersburgo según las reglas de la más primorosa arquitectura un palacio de hielo de cincuenta y dos pies y medio de largo sobre diez y seis de ancho con



Pero lo que más sorprendió a Alfonso fué la hermosura de las damas.

César,—un palacio de hielo? ¿Es posible que esto sea verdad?—No tienes que dudarle.—¿Pues cómo no se derretía estando lleno de luces? ¿De dónde han podido sacar un hielo tan grueso y en tanta cantidad para construirle? Además, que usted nos ha dicho que aquel hielo era de varios colores.—Mis notas responderán a todas tus preguntas.—¿Qué deseo tengo de verlas! Razón tenía usted, mamá, en asegurar que no hay cuento de encantadores tan maravilloso como el de usted; pero prosígale si gusta, que ya no la interrumpiremos más.—Es ya muy tarde—replicó la Marquesa:—mañana daremos fin a la historia de Alfonso.

Al día siguiente prosiguió Mad. de Clemira la lectura de su manuscrito en estos términos:—Todas las pesquisas de Alfonso relativas a su padre fueron tan inútiles como las que había hecho en Inglaterra. Oprimido de dolor, halló en el afecto de su generoso bienhechor los únicos consuelos de que era capaz entonces.—No puedes—le dijo Thelismar—casarte sin el consentimiento de tu padre: tu obligación y las leyes te lo prohíben; es preciso, querido Alfonso, que te sujetes con valor a tu destino. Has hecho de tu parte todo lo posible para encontrar a tu padre: ahora es preciso que esperes con resignación el tiempo en que las leyes te permiten disponer de ti mismo. Desde aquí a entonces estarás sepa-

veinte de altura. El Neva, río inmediato, en el cual el hielo tenía dos o tres pies de grueso, había suministrado los materiales. Al paso que se sacaban los pedazos de hielo del río se labraban y adornaban con dibujos, y después de colocados se regaban por un lado con aguas de diversos colores. Se colocaron enfrente de dicho palacio seis cañones de hielo hechos a torno, con sus cureñas y sus ruedas de la misma materia, y dos morteros de bombas con las mismas proporciones que los de fundición: estos cañones eran de calibre de los que admiten tres libras de pólvora; no se les puso, no obstante, más que un quarterón, y después se les metió una bola de estopas y una bala de dicho calibre. La prueba de uno de estos cañones se hizo delante de toda la Corte, y la bala atravesó a sesenta pasos de distancia una tabla de dos pulgadas de grueso. Este hecho puede hacer creíble lo que refiere Olaus Magnus, el historiador del Norte, acerca de las fortificaciones de hielo de las cuales aseguran que las naciones septentrionales saben servirse en las ocasiones. Un físico de Inglaterra hizo en 1763 una experiencia curiosa: tomó un pedazo de hielo circular de dos pies y nueve pulgadas de diámetro y cinco pulgadas de grueso, con el cual formó una lente que expuso a los rayos del Sol, y pegó fuego a siete pies de distancia a pólvora, papel, lienzo, etc. Algunos autores hacen mención de los hielos de Irlanda y de algunos parajes de los Alpes, que tienen mal olor y que arden en el fuego en lugar de apagarlo; pero semejantes aguas concretadas no producen inflamación por otra causa que el betún que contienen. Antiguamente no se creía que el agua del mar helada se convirtiese en agua dulce. M. Adanson quedó admirado al ver que unas botellas que había llenado de agua salada se hallaron llenas de agua helada y dulce sin haber depuesto salmuera ninguna. Este hecho ha sido demostrado después por M. Oward-Nairne y por las experiencias de M. Cook. Es fijo que cuanto más hielo, tanto más el hielo aumenta de volumen, y, no obstante, más disminuye de peso, cosa contraria a lo que sucede en los demás cuerpos.

rado de Dalinda, y no la volverás a ver hasta que recibas su mano. Todo este tiempo le pasarás en Suecia en una casa mía, en donde yo viví antes de mis viajes: ahora voy a llevarte a ella. Te dejaré solo, y volveré a Stokolmo con mi familia. Estaremos separados, es verdad; pero a lo menos viviremos en el mismo país, con la certeza de juntarnos para siempre dentro de dos años.—¡Ah—dijo Alfonso;—qué destierro! ¡Qué separación! ¡A lo menos, si Dalinda supiese mi amor! ¡Si a lo menos tuviese yo el consuelo de merecer su compasión! En fin, me someto a todo. ¡Ojalá las penas que voy a padecer fuesen parte para que expie las culpas de mi juventud! ¡Quiera el Cielo, movido de mi arrepentimiento, volverme un padre que me ha costado tantas lágrimas!

Thelismar salió inmediatamente de Petersburgo y condujo a Alfonso al retiro que le había destinado: era éste un antiguo palacio situado en un despoblado en las inmediaciones de Salseberitz.—¡Conque ésta es—dijo Alfonso—la soledad donde debo pasar dos años! A no ser por el cruel recuerdo de mis culpas y de mi padre, toleraría con valor este riguroso destierro; ¡pero solo, sin más compañía que mis remordimientos!—Conserva este justo arrepentimiento; pero no te dejes abatir por la tristeza. Emplea el tiempo de tu retiro en perfeccionar los conocimientos cuyos principios he procurado enseñarte. Bien debes acordarte de que en otro tiempo te prometí un *tesoro* que ahora estás en estado de apreciar. Repara en aquel estante: aquella es, querido Alfonso mío, la obra inmortal que acabará de manifestarte los secretos de la Naturaleza (1). Algunos días estaré en tu compañía: en este tiempo visitaremos juntos estas inmediaciones, y hallarás en ellas objetos dignos de excitar tu curiosidad.

Al día siguiente Thelismar y el triste Alfonso tomaron un coche muy de mañana. Thelismar le prometió un paseo divertido; pero Alfonso estaba harto apenado para creer hallar algún motivo de distracción. Después de haber caminado cerca de tres millas llegaron a un sitio árido e inculto rodeado por todas partes de ásperas montañas:—¡Apeémonos—dijo Thelismar, y prosiguió:—Si no conociese, Alfonso, lo animoso que eres, no te hubiera traído a este desierto, porque vamos a emprender una aventura harto peligrosa. ¿No adviertes entre esos peñascos varias simas? Pues ahora vamos a bajar por ellas hasta el centro de la Tierra.—Al acabar Thelismar estas palabras se acercaron a ellos dos hombres de horrible aspecto. Estaban envueltos en unas largas túnicas de color oscuro; tenían los brazos desnudos, y cada uno su hacha de viento encendida.—Estos son nuestros guías—dijo Thelismar:—es preciso ahora separarnos; abajo nos volveremos a ver.

Diciendo esto, se aparta con una de aquellas dos visiones, y Alfonso sigue a la otra, que camina delante de él sin hablar palabra. Después de haber dado algunos pasos se halla al borde de una sima: se detiene, y advierte a la entrada de ella una cuba, al parecer suspensa en el aire. Arrójase a ella el guía de Alfonso, y éste con intrepidez se pone a su

(1) *La Historia Natural*, del Conde de Buffon.

lado. Entonces el conductor, siempre con el hacha encendida, hace resonar el aire con su triste voz. En el mismo instante se sepulta la barca en aquel abismo: parece que una mano invisible la precipita en el oscuro centro. Levantando Alfonso los ojos, no ve ya el cielo sino como un punto imperceptible: de allí a poco le pierde enteramente de vista, y no ve otra cosa más que a su extraño camarada, cuya figura le trae a la memoria al adusto barquero de los Infernos.

Al cabo de un cuarto de hora empieza Alfonso a extrañar lo largo del camino y la inmensa profundidad de aquel precipicio. De improviso oye alrededor de sí varios torrentes impetuosos que se precipitan con estrépito por todas partes. Aquel ruido de las aguas que no puede ver hace que se acuerde de los formidables ríos del Tártaro. Su curiosidad crece al paso que su asombro: un interior presentimiento le altera y le conturba. Se siente enternecido, y ni él mismo conoce lo que siente en el pecho. Párase, en fin, la barca, y sale de ella apresuradamente. En el mismo instante corre Thelismar a juntarse con él, y Alfonso, después de haber andado un corto trecho, advierte un resplandor que casi le ciega. A pesar de que la novedad de los objetos que nota le embargan todas las acciones, se adelanta, y se halla en un espacioso y soberbio salón de plata, sostenido de columnas del mismo metal y rodeado de cuatro espaciosas galerías. Un arroyo de agua cristalina corre por medio del salón y galerías. Este suntuoso edificio está alumbrado con una infinidad de lámparas y blandones. Todo brilla, todo deslumbra en aquellas regiones subterráneas. Las luces reflejan y se multiplican en la plata de las paredes y bóvedas y en las aguas puras y cristalinas que atraviesan el salón. Entran Alfonso y Thelismar en las galerías, y encuentran una multitud de personas ocupadas en varios trabajos. A lo último de las galerías descubre Alfonso algunas casas: ve pasar caballos, carros, y su admiración llega al extremo reparando en un molino de viento.—Pues qué, mamá—interrumpió Carolina,—¿una ciudad de plata debajo de tierra, y en ella caballos, carruajes y un molino de viento?—Todavía existe esa ciudad del mismo modo que acabo de pintarla; pero dejadme acabar mi cuento, y no me volváis a interrumpir.

Volvió Thelismar con Alfonso a las galerías. En el instante en que entraban se estremece Thelismar, y advirtiéndole que las luces se iban apagando, levanta la cabeza, y ve en lo alto una especie de velo blanquecino. Inmediatamente agarra a Alfonso por el brazo, y le obliga a tenderse boca abajo en el suelo. Al mismo tiempo un grito terrible y general hizo retumbar las bóvedas del subterráneo: se apagan todas las luces, y a la más brillante iluminación se siguen unas espantosas tinieblas. Un profundo silencio aumenta el horror de aquella tenebrosa escena. En fin, a breve rato se oye un ruido semejante a un cañonazo. Entonces todos se levantan del suelo gritando que ya ha pasado el peligro. Vuelven a encender todas las luces, y Thelismar, volviéndose a Alfonso, le dice:—La muerte ha pasado sobre nosotros. Tal es el riesgo formidable a que se está expuesto a menudo en estos profundos abismos, frutos de la humana

codicia. ¡Ah; no es este pueblo infeliz privado de la luz del Sol quien disfruta los tesoros que arranca del seno de la Tierra! La pobreza los obliga a bajar en vida a este funesto sepulcro. En medio de las riquezas que los circundan, carecen aun de lo necesario: se consagran al trabajo más penoso, pierden la salud, y apresuran el término de una vida infeliz.

—¡Oh cielos!—interrumpió Alfonso.—¡Cuánta lástima me causan estas desgraciadas víctimas! (1). Pero ¿qué habrá sucedido allá abajo?

(1) * La mina de plata de Salseberitz, en Suecia, ofrece uno de los más hermosos espectáculos. Se baja a esta mina por tres bocas anchas semejantes a pozos, de los cuales no se ve el fondo; la mitad de un tonel sostenido de un cable sirve de escalera para bajar a estos abismos por medio de una máquina movida por el agua; no se tiene más que la mitad del cuerpo en el tonel estribando sobre una pierna sola; se tiene por compañero un satélite negro como nuestros herreros, quien entona luego una canción lúgubre con un hacha encendida en la mano; al llegar a la mitad de la profundidad se empieza a sentir mucho frío; se oyen los torrentes que caen por todas partes; finalmente, después de media hora se llega al fondo del abismo; entonces se disipa el temor, ya no se ve nada de espantoso; al contrario, todo es brillante en aquellas regiones subterráneas. Se entra en una especie de salón sostenido por dos columnas de mineral de plata; concurren allí cuatro espaciosas galerías. Los fuegos, que sirven para alumbrar a los trabajadores se repiten por reflexión sobre la plata de las bóvedas y sobre las aguas de un arroyo, que corre en medio de la mina. Allí se ven gentes de todas naciones: los unos arrastran vagonetas, los otros mueven o levantan piedras; todos tienen su ocupación. Finalmente, es una ciudad subterránea; hay hosterías, casas, caballerizas, caballos; pero lo que hay más singular es un molino de viento que una corriente de aire mueve; el molino anda continuamente en esta caverna, y sirve para levantar las aguas que incomodarían a los mineros.

En 1478 se halló en Hartz un pedazo de plata tan grande, que después de batido se hizo con él una mesa donde podían sentarse a comer veinticuatro personas. En tiempo de Olaus Wormius se sacó de las minas de Noruega una masa de plata que pesaba 130 marcos. La plata disuelta por el ácido nítrico produce cristales, que derretidos y echados después en moldes dan la piedra infernal, que sirve como cauterio. Se encuentran ordinariamente seis metales: 1.º, el plomo; 2.º, el estaño; 3.º, el hierro; 4.º, el cobre; 5.º, la plata; 6.º, el oro. He aquí el orden de su dureza: 1.º, el hierro; 2.º, el cobre; 3.º, la plata; 4.º, el oro; 5.º, el estaño; 6.º, el plomo. Y prosigue el orden de su ductilidad: 1.º, el oro; 2.º, la plata; 3.º, el cobre; 4.º, el hierro; 5.º, el estaño; 6.º, el plomo. El oro es el más dúctil de todos los metales. Se lee en las Memorias de la Academia de Ciencias que una onza de este metal puede ser estirada en un millón noventa y cinco mil pies de largo, esto es, en una línea de setenta y tres leguas de largo, cada legua de dos mil quinientas toesas.

De los parajes profundos de la tierra, como de las grutas, y sobre todo de las venas metálicas en las minas, y principalmente de sus galerías y subterráneos de donde se saca el carbón de piedra, salen exhalaciones de diferentes especies (a) que producen asimismo diversos efectos. A estas exhala-

(a) Se deben llamar propiamente *vapores* los humos húmedos que se levantan del agua y de los otros cuerpos líquidos; y *exhalaciones*, los humos secos que se exhalan de los cuerpos sólidos, como la tierra, el fuego, los minerales, las sales, etc.

¿No ve usted la gente que se junta? Iban acercándose a ver lo que había sucedido, cuando encontraron a un hombre que les dijo que en el instante que el vapor mefítico se había esparcido por el subterráneo había herido

ciones dan los mineros diversos nombres según la naturaleza: las unas se llaman propiamente *exhalaciones*; las otras, *fuego grisú*; otras, *mofetas* o *pusel*, y otras, *gas*. Hay también en las minas que han estado largo tiempo abandonadas unos vapores subterráneos que llaman emanaciones, que contribuyen infinitamente a la composición y descomposición de los minerales, puesto que por su medio se hacen continuamente disoluciones, a las cuales se siguen nuevas combinaciones. El *fuego grisú*, o *terú*, o *fuego stivestre*, se eleva a veces a ciertas minas de carbón, de metales, etc. Este vapor sale con una especie de silbido por las rendijas de los subterráneos en que se trabaja, y aparece con la forma de aquellas telas de araña que vuelan por el aire en el otoño. Cuando este vapor no está bastante dividido por el aire, se enciende en las lámparas o linternas de los trabajadores, y produce efectos semejantes a los truenos o a la pólvora. Para precaver estos efectos peligrosos atienden los mineros a estos hilos blancos que oyen y ven salir de las rendijas, los agarran antes que se puedan encender en sus lámparas y los escachan entre las manos, y cuando es grande la cantidad, apagan la luz que los alumbraba, se echan boca abajo en el suelo, y por sus gritos avisan a sus compañeros que hagan lo mismo: entonces la materia que se encendió antes de que hayan podido apagar sus luces pasa por encima de sus espaldas, y solamente daña a los que no tomaron la misma precaución, que están expuestos a ser muertos o heridos. Se oye salir esta materia con ruido, etc. El fenómeno más singular que las exhalaciones minerales nos ofrecen es aquel que los mineros llaman *globo*: aparece en la parte superior de las galerías de las minas con la forma de una especie de faltriquera redonda, cuya envoltura es parecida a una tela de araña. Si este saco llega a reventar, la materia que estaba encerrada dentro se esparce en los subterráneos, y mata a cuantos la respiran. Se llaman *gas* unas exhalaciones más o menos visibles y producidas por subterráneos profundos, como son las galerías de las minas. Algunas veces salen de ciertas cavidades, grutas o hendiduras de la tierra, etcétera. El supuesto duende de las aguas minerales es una especie de gas. Hoy día se da también el nombre de gas a toda especie de vapor invisible que es capaz de destruir la elasticidad del aire, que apaga las llamas, etc. Todos los vapores que resultan de sustancias vegetales y animales cuando se queman, los de los cuerpos putrefactos y de las detritas, son también especies de gas. El aire fijo propiamente dicho, o *gas mefítico*, es un fluido elástico, trasparente, sin color, y miscible al agua en toda proporción, etc.; no se diferencia del aire común por ninguna de sus propiedades, pero este gas difiere del aire: 1.º, en que su peso específico es mayor; 2.º, en que es incapaz de servir a la vida y respiración de los animales. Luego que se pone cualquier animal debajo de un recipiente (a) lleno de gas mefítico, perece al instante; 3.º, el gas mefítico no sirve para mantener la combustión de ningún cuerpo, porque esta facultad, como la de mantener la vida de los animales terrestres, es propia y privativa del aire, con exclusión de toda otra sustancia; y así, no solamente no se puede encender en el gas mefítico ningún cuerpo combus-

(a) Recipiente se llama la campana de cristal que se adapta a la máquina pneumática, en esta campana se hace el vacío.

a un trabajador que tardó en apagar su luz, y que aquella gente acudía a su socorro.—Aquí tengo—dijo Thelismar—un frasquito que podrá servirle: vamos pronto a socorrerle. Llegan al montón de gentes, y penetrando entre todos se acercan al herido. Estaba aquel infeliz tendido en el suelo y sin sentidos.—Ya está muerto—dijo uno de sus compañeros al ver llegar a Thelismar.—Penetrado Alfonso de compasión se acerca, le mira, se estremece, se retira, se arroja a él, vuelve a mirarle como espantado; la sangre se le hiela en las venas, se le erizan los cabellos, y como si le hubiese herido un rayo, cae desmayado sin poder proferir una palabra al lado del desventurado, cuya vista ha producido en él una revolución tan terrible.

Acude volando Thelismar a socorrerle. Encarga el herido al cuidado de los que le cercan entregándoles el frasquito y su bolsillo, y hace llevar a Alfonso a otra galería. Al cabo de un cuarto de hora hace Alfonso un movimiento y abre los ojos dando un doloroso grito. En su semblante y facciones desfiguradas se ve retratado el exceso de la desesperación más horrible. Finalmente exclama:—¡Mi padre! ¡El es! ¡Ese es mi padre! ¡Bárbaros, volvedme mi padre! ¡Quiero que me lleven a sus pies! ¡Quiero volverle a ver! ¡Quiero morir con él! ¡En qué sitio, en qué estado le encuentro! ¡Ya es muerto, y yo aún vivo! ¡Yo gozaba de la luz del día, y mi padre gemía en este espantoso abismo! ¡Déjeme usted!—prosiguió, desviando a Thelismar con aire feroz.—¡Déjenme todos! ¡Huyan de un monstruo indigno de volver a ver el día! ¡Renuncio al mundo, a la dicha, a la luz! ¡Esta sima será mi sepulcro! ¡Ay de mí, que ya es el de mi desgraciado padre! ¡A lo menos la muerte va a juntarnos!

Pronunciando Alfonso estas razones con voz interrumpida, hacía vanos esfuerzos por desasirse de los brazos de su amigo.—¡Detente—le decía Thelismar,—detente, Alfonso! ¿No conoces ya a tu amigo, o no atiendes a su voz?—¡Ah! ¡No veo más que a mi padre; no oigo ya sino los gritos de la Naturaleza, que clama en lo íntimo de este corazón despedazado!—Sosiégate, vuelvo a decirte; tranquilízate si puedes un solo instante, y escúchame. Si es cierto que una semejanza engañosa no te ha alucinado, aún puedes conservar alguna esperanza.—¡Oh Cielos! Pues

tible, sino que los cuerpos más inflamables encendidos primero en el aire y metidos en el gas mefítico se apagan tan prontamente como si se metiesen en agua, con la sola diferencia que la extensión sucede en el gas mefítico sin ningún ruido ni estremecimiento, y como no moja los cuerpos, pueden al instante volverse a encender en el aire común; la cuarta propiedad en que se diferencia el gas mefítico del aire común es en mezclarse con el agua en cantidad mucho mayor que el aire puro. Conviene observar que aunque el gas mefítico haga morir al instante a los animales cuando lo respiran, se puede beber agua llena de este gas sin peligro ninguno; y al contrario, es saludable y apta para curar varias enfermedades. Esto demuestra que no es por ninguna calidad cáustica o corrosiva particular que dicho gas mata a los animales, sino porque, no siendo aire, no puede equivaler a este fluido, el único apto para la respiración, así como para agente del fuego.—*M. de Bomare.*

qué, ¿vive todavía?—Y su herida puede que no sea peligrosa.—¡Dios mío!—exclamó Alfonso arrodillándose y levantando los brazos al cielo.—¡Dios mío, ten piedad de mis remordimientos y desesperación; vuélveme a mi padre! ¡Corramos, amado Thelismar, lléveme usted a verle!—No; dilatemos algún tiempo una visita que podrá ocasionarle resultas muy fatales.—Pero ¿me asegura usted que vive?—Sí, y te afirmo que el hombre que has visto aquí sin sentidos no tiene más que una herida. He mandado que luego que volviere en sí le sacasen del subterráneo, y ya está lejos de aquí.—¿Conque ha recobrado el sentido? ¿Ha hablado? ¡Oh Thelismar! ¿Me engaña usted?—Si no quieres creerme, quédate aquí y pregunta a todos los trabajadores, que yo voy al punto a cuidar de él, porque he mandado que le llevasen a casa.—¿En casa? ¿Mi padre? ¿Es posible?—Le han llevado en nuestro mismo coche.—¡Ah! ¡Vamos corriendo; no tardemos!

Inmediatamente salieron Alfonso y Thelismar de la galería, y acompañados de los mismos guías con que bajaron salieron del subterráneo. Tuvieron que volverse a pie al castillo: no obstante, a la mitad del camino hallan un criado que les traía dos caballos. Hizole Alfonso mil preguntas acerca de su padre; pero no pudo averiguar nada de cierto. Sus sospechas y dudas volvieron a revivir, y la inquietud que le devoraba era tanto más insoportable cuanto no se atrevía a manifestársela a Thelismar. Llegaron por fin a la casa. En vano quiso Alfonso acompañar a Thelismar al cuarto del enfermo.—No podrías contenerle—le dijo Thelismar.—Si es cierto que es tu padre, mañana te llevaré a sus pies; pero déjame antes el tiempo preciso para prepararle.

Precisado Alfonso a obedecer, pasó todo el día en una turbación y desasosiego indecibles. Finalmente, no pudiendo aguantar más tiempo una incertidumbre tan cruel, tomó el partido de ocultar a Thelismar su pensamiento e introducirse aquella misma noche en el cuarto de su padre. En efecto; luego que se acostó Thelismar se encaminó hacia el cuarto del enfermo. Ya sabía en el que le habían puesto, y que podía entrar sin que le viesen. Abre poco a poco la puerta, y entra en el cuarto con pasos trémulos: en el mismo instante oye la voz de D. Ramiro. Enajenado y fuera de sí, se pára a escuchar; pero ¡qué grande fué su dolor al conocer por sus razones que estaba delirando!—¡Alvarez!—gritaba el infeliz D. Ramiro.—¡Alvarez! ¡Ven a sacarme del horroroso abismo en que me has precipitado! ¡Ten lástima de mis penas! ¡Mírame con ojos compasivos! Pero ¿qué digo? ¿Acaso podrán penetrar tus ojos desde las celestiales moradas que habitas hasta el centro de este abismo? ¡Oh; y qué horroroso es este abismo! ¡Por todas partes veo la tumba de tu esposa e hijo! ¿No dejarán de perseguirme sus sombras pálidas y amenazantes? ¡Oh Dios! ¡Qué veo! ¡Alvarez, tu hijo pone un puñal en la mano del mío! ¡Alfonso toma a su cargo tu venganza y quiere traspasarme el pecho! ¡Detente, hijo mío! ¿Eres tú quien debe castigarme? ¡Hijo mío! ¡Tú me das la muerte y me abandonas! ¡Ah; ven a lo menos a recibir mis últimos suspiros!—Al oír estas palabras Alfonso, cuya desespera-

ción pasa ya a furor, va a arrojarse a los brazos de su padre. En aquel mismo instante Thelismar, que le había seguido, se precipita corriendo hacia él, y a pesar de sus gritos y resistencia le arrastra fuera del cuarto.

Llegó por fin el médico que Thelismar había hecho llamar. Don Ramiro estaba algo más sosogado; pero el médico no quiso decir nada hasta ver el efecto que producían los remedios que le hizo. Cobró D. Ramiro el conocimiento, y al amanecer aseguró el médico que estaba ya fuera de riesgo. El exceso de la alegría de Alfonso al oír esta nueva igualó al del dolor que hasta entonces le había oprimido. Recobrando la esperanza de conservar a su padre, recobró también su ternura y obediencia para con Thelismar. Hacía ya algunas horas que Thelismar veía por la primera vez a Alfonso injusto, violento e intratable; pero tranquilo ya acerca del estado de su padre, volvió a ser sumiso, juicioso y más amante que nunca de su bienhechor.

Luego que D. Ramiro supo que estaba en casa de Thelismar hizo una exclamación, y al instante preguntó por Alfonso: ya no fué posible dilatar el que se viesen. Thelismar fué a buscar a Alfonso y le condujo al cuarto de D. Ramiro. Alfonso, bañado en lágrimas, azorado y atónico, corre a arrojarse de rodillas cerca de la cama de su padre, que le extiende los brazos.—¡Oh padre mío!—exclama Alfonso.—¡Oh amado autor de mi vida! ¿Es posible que vuelva a verle? ¿Y que usted se digna recibir en sus brazos a un hijo ingrato? ¡Ah; sin duda que ha leído en mi corazón mi arrepentimiento, mi dolor y mi ternura! ¡Padre mío! ¡Yo le consagro a usted mi vida; no la quiero sino para reparar mis yerros, para hacerle a usted feliz y para obedecerle! ¡Hábleme usted, padre mío! ¡Oiga yo el sonido de esa voz que tanto reverencio! ¡El perdón que imploro, confirmado con ella, me volverá el sosiego y la felicidad que sin usted no podía tener!—¿No es ilusión?—dijo al cabo de un rato D. Ramiro—¿Es éste Alfonso, mi hijo, el que estrecho entre mis brazos? ¡No; no atribuyas a nadie sino a mí la causa de tus culpas y de mis infortunios! Pero el Cielo se apiada, puesto que nos junta. Te vuelvo a ver, y cuanto he padecido nada significa.—La debilidad de D. Ramiro le impidió hablar más: perdió el color, y reclinó la cabeza contra el rostro de su hijo. Asustado Alfonso, se levantó apresuradamente y llamó al médico: éste le aseguró que no era nada; pero mandó al enfermo que no hablase más por entonces.

Este suceso retardó un poco el progreso de su convalecencia: no obstante, al cabo de cuatro días pudo levantarse. Entonces Alfonso le refirió cuanto le había sucedido. D. Ramiro manifestó a Thelismar la gratitud de que estaba penetrado, y luego que estuvo enteramente restablecido quiso también contar a Thelismar su historia en presencia de su hijo. Confesó enteramente todos sus yerros, y no ocultó ninguna circunstancia de la historia de Alvarez, aquel virtuoso ermitaño portugués que había encontrado en Monserrate. Luego que llegó al punto de la fuga de Alfonso prosiguió su narración en estos términos:

“La huída de mi hijo me penetró de un dolor tanto más vivo, cuanto

que me era imposible no mirar este suceso como un justo castigo del Cielo y el efecto de las maldiciones pronunciadas en otro tiempo contra mí por un padre desgraciado. ¡Ah!, me decía yo a mí mismo. ¡Qué justos, qué rectos son los decretos de la Providencia! Yo abusé de mis riquezas y privanza, y el Cielo me priva de ambas cosas. Mi detestable ambición quitó al infeliz Alvarez una esposa y un hijo. La divina venganza me arrebató, en fin, el único bien que podía suplirme todos los demás. ¡Mi hijo, mi sola esperanza! ¡Alfonso me abandona! Y cuando me veo en medio de este cúmulo de desgracias, no puedo quejarme de ellas. No puedo atribuir las a la suerte; yo, yo mismo me las he ocasionado. De este modo, gimiendo sobre mi suerte, me veía precisado a admirar la justicia del Cielo que me perseguía.

”Sin embargo, a fuerza de informaciones supe que mi hijo había tomado el camino de Cádiz; pero no pude seguirle al instante, como lo deseaba y había determinado. Tuve que detenerme en Granada seis semanas a causa de unas calenturas ardientes que me asaltaron. Al cabo de este tiempo, aunque ya seguro de no poder alcanzar a mi hijo, persistí en pasar a Cádiz, con la esperanza de que a lo menos tendría de él algunas noticias. Luego que llegué a Loja me detuve en una posada, en la cual, según las señas que di de Alfonso y las respuestas del huésped, supe, sin que me quedase duda de ello, que había estado algunas horas. Quise dormir en aquel mismo cuarto, y le registré con sumo sobresalto y curiosidad. Encontré debajo de una mesa un papel, y en él escritos dos versos portugueses en los cuales estaba repetido por tres veces el nombre de *Dalinda*. No pude dejar de conocer la letra de mi hijo; y como hallé escrito también el mismo nombre repetido en los versos y escrito sobre las paredes, me chocó, y le escribí en mi librito de memorias. Al llegar a Cádiz me informé de Alfonso, y aun de *Dalinda*. Estos nombres eran desconocidos a todas personas a quien hablé; pero al fin supe que un joven portugués que ocultaba con mucho cuidado su nombre y calidad había estado diez días en Cádiz en compañía de una joven, que al parecer había robado, y que estos dos fugitivos habían pasado a Francia con ánimo de establecerse en aquel reino. No dudé que mi hijo fuese el robador y la joven, aquella Dalinda de la cual ya había yo sospechado que estaba enamorado. Al punto mismo resolví pasar a Francia; pero antes volví a Lisboa para tomar algún dinero de lo que me había producido mi pensión, e inmediatamente marché a París. Después de mucho tiempo de pesquisas y trabajos conseguí encontrar a los fugitivos, cuyas señas me habían dado en Cádiz; y el fruto de tantos afanes fué hallarme con dos personas que me eran absolutamente desconocidas.

”Hasta entonces había conservado la esperanza de volver a hallar a mi hijo. Pero, perdida ya ésta, me hallé tan desanimado y melancólico, que determiné abandonar para siempre el mundo sepultándome en la misma soledad que el virtuoso Alvarez había elegido. Llegué a Monserate, y fui corriendo a la ermita de Alvarez. Pero, ¡infeliz de mí!, aquel venerable anciano se acercaba ya al término de sus trabajos. Le hallé pró-

ximo al sepulcro; me recibió, no obstante, con aquella afabilidad e inalterable dulzura que le caracterizaban. Le di parte de mi desgracia, me escuchó enternecido, diciéndome después:—¡Oh; cuánto me alegrara que hallases en este pacífico asilo algún alivio a tus males! Si quieres establecerte en esta gruta, en breve la poseerás solo. ¡Pluguiera al Cielo que del modo que te la cedo me fuese posible dejarte también la tranquilidad de que gozo!

”Tal fué la acogida que me hizo Alvarez. No me cansaba de admirar cada vez más una virtud tan perfecta. Lejos de que su presencia aumentase mi turbación y remordimientos, cuando estaba en su compañía me sentía más sosegado; hallaba una dulzura inexplicable en oírle, contemplarle y servirle; cada instante se aumentaba mi afecto, y en breve hubiera deseado prolongar sus días aunque hubiese sido a costa de los míos. No le había referido al principio mis desgracias por extenso: solamente le había dicho que mi hijo me había abandonado, y que guiado de algunos indicios le había buscado (aunque en vano) en Francia. Pero habiéndome instado Alvarez algún tiempo después a que le refiriese con más pormenores mis sucesos, le hablé de aquellos dos versos portugueses que había encontrado en el cuarto de la posada de Loja. No bien hube acabado de pronunciar el nombre de Dalinda, cuando Alvarez interrumpiéndome me dijo:—Tráeme de aquel armario el libro en donde de diez años a esta parte voy sentando los nombres de todos los extranjeros que han venido a visitar esta ermita.—Al punto voy volando al armario, le traigo el libro, y Alvarez me hace leer la nota siguiente: *Hoy 20 de Junio ha venido a verme una familia sueca: el padre, que se llama Thelismar, habla bastante bien el portugués; me ha encantado con su instrucción y sencillez; viene de vuelta de Portugal y va a Cádiz, en donde cuenta embarcarse para pasar al Africa. Su hija es sumamente hermosa y modesta. Su padre ha querido que me enseñase algunos de sus dibujos. Ha sacado de su faltriquera una cartera en que había varios países copiados del natural: uno sólo hay hecho de memoria, y es precisamente el más perfecto y gracioso. Este país representa la fuente del Amor, en la provincia de Beira. La hermosa doncella se llama Dalinda.* Esta nota aclaró todas mis dudas, y me causó el primer gozo que había experimentado desde que Alfonso me dejó. Aún me quedaban muchas inquietudes crueles; pero a lo menos ya había tenido algunos indicios ciertos que hacían revivir la esperanza de poder encontrar a mi hijo. También supe de Alvarez que Thelismar le había dicho que sus viajes durarían cuatro años antes de volver a su patria.—Por tanto—prosiguió Alvarez,—si tu hijo está con él, no puedes verle hasta que pasen dos años; pero sólo en Suecia podrás adquirir noticias ciertas de Alfonso.—No, Alvarez—le interrumpí;—no, yo no le abandonaré a usted en el estado en que se halla. ¡Oh, Alvarez! Usted ha franqueado un asilo a su perseguidor; usted le ha dado consejos, le ha consolado, y le permite servirle y aliviarle. Tanta magnanimidad, al mismo tiempo que aumenta mi arrepentimiento, disminuye, no obstante, los espantosos temores que me

causaban mis remordimientos. Al ver que Alvarez no está ya irritado contra mí, me parece que el Dios de las venganzas que me persigue debe aplacarse. Solamente a la Religión debo la sublime piedad que usted me manifiesta; pero si su corazón pudiese admitir parte de los sentimientos del mío, aún me atrevería a esperar la protección del Cielo.— En tanto que le hablaba de esta suerte mis ojos se llenaron de lágrimas. Mirándome Alvarez enternecido, me dijo:—Pues qué, ¿mi amistad podría disminuir tus infortunios y calmar la cruel agitación de tu alma? Ya puedes estar contento. Yo admito tu cuidado, tus socorros: tu mano, sí, la mano de D. Ramiro cerrará los ojos de Alvarez.

“Al pronunciar estas palabras no pudo el virtuoso anciano reprimir su llanto. Demasiado conocí el cruel recuerdo que le atormentaba el corazón. ¡Al tiempo mismo que me aseguraba de su amistad, el infeliz lloraba por su hijo! La noche que siguió a esta conversación, sintiéndose Alvarez más oprimido que lo regular, quiso levantarse. Se apoyó en mis brazos y pasó a su jardín, en donde se sentó. Los rayos de la Luna daban sobre su rostro; su luz plateada, haciendo mayor la palidez de él, aumentaba la dulzura de su fisonomía y la augusta serenidad retratada en su frente. Levantó los ojos y las manos al Cielo, se mantuvo en esta postura inmóvil y como arrobado algún tiempo; después, volviéndose a mí:—¡Oh, tú—me dijo—que tres meses hace me tributas todo el cuidado que un padre podría esperar del hijo más amante! ¡Recibe, en fin, todo lo que te puedo dejar! ¡Recibe la bendición paternal de Alvarez!—¡Oh, padre mío!—exclamé arrojándome a sus pies,—amado padre! ¡Ah! ¿Qué me anuncia usted?—Sí—replicó Alvarez con voz débil,—vas a perder un padre que la Religión te había dado. Dentro de un instante, hijo mío, compareceré delante del Ser Supremo, cuyos más sublimes atributos son la clemencia y bondad, ¡Oh, Dios—prosiguió Alvarez, arrodillándose junto a mí—Dios, mi Creador y mi Juez! Ya me veo inmediato a aquel tremendo instante en que el más virtuoso de los hombres debe temer tu justicia. ¡Me atrevo a esperar en tu misericordia! ¡He sabido perdonar! ¡Mira en qué brazos expiro! ¡Mira por quién corren mis lágrimas! ¡Mira a favor de quién te imploro! ¡Escucha, Dios mío, los gemidos de D. Ramiro! Su alma no está corrompida, es sensible, y puede elevarse hasta Ti. Acaba de purificar su corazón y de abrir sus ojos. ¡Vuélvele su hijo! ¡Vuélvele la paz y la felicidad! ¡Dígnate oír la postrer súplica de Alvarez!

“Al acabar estas palabras reclinó su cabeza en mi pecho, y mis lágrimas regaron su rostro venerable. ¡Infeliz de mí! ¡Yo acababa de recibir su último aliento! Ya no existía Alvarez. Experimenté con su pérdida toda la amargura que puede causar la muerte del padre más amado y más digno de serlo. No obstante, empezaba yo a gozar de los felices frutos de la solemne y dulce bendición que me había dado. Al acordarme de las últimas palabras de Alvarez, ya me parecía que no era yo una víctima destinada a las venganzas del Cielo: las más lison-



Levantó los ojos y las manos al cielo...

jas esperanzas expelían de mi corazón los funestos presentimientos que antes me inspiraban mis delitos.

"En el recinto de la humilde morada de Alvarez, al lado de una fuente a la que hacían sombra unos olivos, levanté con mis propias manos el túmulo silvestre que debía contener las preciosas reliquias del más virtuoso de los hombres. Al punto que cumplí con esta obligación no aspiré a otra cosa más que a ir a Suecia. Pero para emprender tan largo viaje necesitaba de dinero. Escribí a Portugal, suplicando que se me concediesen dos años adelantados de mi pensión, exponiendo los motivos que me obligaban a ello: se me concedió esta gracia. Fuí por la última vez al sitio en donde descansaban las cenizas de Alvarez, y regué con mis lágrimas la hierba y las flores que crecían sobre su tumba. Hecho esto salí de España y tomé el camino de Suecia. Mi primer cuidado luego que llegué a Stokolmo fué el de informarme de si Thelismar estaba de vuelta en su patria. Supe que no volvería sino dentro de un año, que su mujer y su hija no le habían acompañado, y que vivían en una quinta inmediata a Salseberitz; y cuando me disponía para ir las a ver, supe que estaba para llegar a Stokolmo un amigo íntimo de Thelismar llamado Federico, que había viajado algún tiempo en su compañía. Entonces, queriendo absolutamente ver a Federico, me quedé en Stokolmo. Le estuve aguardando algunos meses, al cabo de los cuales llegó. Fuí a verle, y le hablé sin darle a conocer. Le hice varias preguntas acerca de Thelismar, y supe, sin que me quedase duda, que Alfonso vivía y que la Providencia le había puesto bajo la custodia y entre las manos de un hombre tan sabio y virtuoso.

"Enterado ya del paradero de mi hijo, sentí más que nunca la desgracia de que me hubiese abandonado. Ignoraba yo su arrepentimiento y su dolor, e ignoraba asimismo que me hubiese escrito. No habiendo estado en Lisboa desde que me dejó más que una sola vez, y esa de paso, y no habiendo vuelto a la provincia de Beira, no pude recibir sus cartas, que, sin duda, se habrán perdido. No pudo decirme Federico en qué parte del mundo se hallaba entonces Thelismar, por lo cual me determiné a ir a Salseberitz. No hallé en esta ciudad ni a la hermosa Dalinda, que tanto deseaba ver, ni a su madre. Me dijeron que habían ido a viajar y que no volverían sino hasta venir con Thelismar. Vine después a esta quinta; hice varias preguntas a los criados, que me respondieron asegurándome que Thelismar había vivido siempre en ella, y que le esperaban dentro de tres meses. Esta certeza me obligó a establecerme en Salseberitz, en donde me mantuve oculto y desconocido. Mi proyecto era ponerme delante de mi hijo luego que llegase, ver el efecto que producía en él esta primera vista, y si su corazón no correspondía al mío, abandonarle para siempre, yendo a acabar mis tristes días junto al sepulcro de Alvarez.

"Entretanto, no llegaba Thelismar. Más de un año pasé en este estado, que cada día me era más insoportable. Iba a escribir a Portugal para avisar del sitio adonde me había retirado y pedir que me enviasen

mi pensión, cuando me asaltó una enfermedad. Unas calenturas ardientes me privaron algún tiempo del uso de la razón: en esta ocasión un traidor que me servía de criado huyó llevándose toda la ropa y dinero que me quedaban. El hombre en cuya casa estaba hospedado tuvo la humanidad de ocultármelo hasta que estuve enteramente restablecido. Entonces me hizo saber esta desgracia: me sujeté a ella con valor; miré este último revés como un medio que el Cielo me concedía para acabar de expiar mis culpas. Esta idea me alentó, y conocí que la dulce y piadosa resignación presta más auxilios a los infelices que la esperanza misma. Escribí a Lisboa, y en tanto que venía una respuesta, que aún no he tenido, solicité que me diesen que trabajar en las minas de plata: lo conseguí, y he vivido tres meses en aquellos profundos subterráneos.”

No bien había acabado D. Ramiro su narración, cuando Alfonso, cuyo llanto la había interrumpido varias veces, se arrojó a sus pies y le dijo las expresiones más tiernas que el arrepentimiento, la gratitud y el amor pueden inspirar a un alma noble y sensible. D. Ramiro, en el colmo de la dicha, apretaba a su hijo entre sus brazos y le bañaba con sus lágrimas, y Thelismar, encantado, los contemplaba en silencio.

Finalmente, D. Ramiro, Thelismar y Alfonso marcharon a Stokolmo. Thelismar presentó a Alfonso a la amable Dalinda. Alfonso se desquitó del penoso silencio a que Thelismar le había condenado tanto tiempo. Cuando Dalinda supo que era amada cinco años hacía, conoció el poder que el honor y la gratitud tenían en su amante. ¡Cuánto se congratuló Alfonso entonces de haber sido fiel a su promesa! Este virtuoso esfuerzo le había granjeado el aprecio y amor de Dalinda.

El virtuoso Alfonso recibió la mano de Dalinda; justificó con su conducta y virtudes la elección y afecto del generoso Thelismar, reparó sus culpas para con su padre con una sumisión y cariño sin límites, nunca se separó de él, fundó su gloria y felicidad en cumplir debidamente con las obligaciones de la Naturaleza, gratitud y amistad haciendo felices a su padre, a su bienhechor y a su esposa.

—Pues qué—dijo Carolina como apesadumbrada,—¿se ha acabado ya la historia de Alfonso?—Y la *velada* también—replicó su madre levantándose.—¡Oh; qué lástima! ¿Y las notas?—Mañana empezaremos a leerlas.—¡Qué deseo tengo de oirlas!—Y con razón, porque son mucho más curiosas que mi cuento; pero ahora vámonos a acostar.

Al día siguiente preguntó la Marquesa a sus hijos si había desempeñado bien la promesa que había hecho de componer un cuento que fuese tan maravilloso como los de encantos, y cuyos prodigios, no obstante, serían verdaderos.—Sí, señora—respondió Carolina;—y pues que en la Naturaleza hay cosas tan extraordinarias y curiosas, puede usted estar cierta que de aquí en adelante no iremos a buscar en los cuentos de encantadoras las cosas prodigiosas que tanto nos agradan.—Cuando leáis libros instructivos, sabréis otra infinidad de cosas tan admirables como las que os he contado. Si yo hubiese querido emplear todos los materiales que había juntado, hubiera sido la historia de Alfonso un tomo en

folio; hubiera sido también más divertida, porque para abreviarla todo lo posible he tenido que quitar varias descripciones y relaciones, varios fenómenos curiosos, y, no obstante, no había puesto en mis extractos sino hechos ciertos y comprobados. Si hubiese sido menos escrupulosa, os hubiera hablado de un lugar cuyos habitantes se vuelven locos a la edad de diez y ocho años; de una fruta de la Virginia (1) que no se puede comer sin padecer un delirio por tiempo determinado; de un árbol cuyas ramas, aunque verdes, despiden tanta luz como una antorcha (2); de un animal que tiene media legua de largo (3), etc. Os hubiera hecho la descripción de una cosa más atestiguada y menos fabulosa: hubiera pintado a Thelismar en medio de los mares agitados, mandando al parecer a los elementos y calmando a su arbitrio las borrascas (4). Pero no he querido poner estos prodigios dudosos, cuando, por el contrario, he tenido que omitir otros muchos del todo ciertos. A esto debéis añadir que hay muchos de estos últimos que yo no conozco, y así podéis juzgar del

(1) Esta fruta es una especie de manzana.

(2) Véase la *Geografía física* por el abate Saury, tomo 1.

(3) * Aunque se sepa que el mar produce masas de animales enormes, como las ballenas y los unicornios (a), no se puede asentir a la existencia de los *krakens*: “Dice que son animales que viven en los mares del Norte, cuyo cuerpo tiene hasta media legua de largo; parecen como un conjunto de peñascos flotantes de piedras cubiertas de algas.” Se discurre que será una especie de pólipo, cuyos brazos, para corresponder a la masa del cuerpo, son del tamaño de los mayores árboles de los navíos. “Añaden que atrae a los peces con los humores que despiden y colorean el mar; y como todo debe ser singular en semejante animal, dicen que se abre por la espalda, tragándose así todos los peces que están encima de él.”—*M. de Bomare*.

(4) * Plinio, y después de él diversos autores, han adelantado que el aceite calmaba las olas del mar. Si nos atenemos a las aseveraciones más respetables y multiplicadas, parece que no se podrá dudar del hecho; véase aquí el extracto de una carta sobre este asunto dirigida a un amigo de M. Franklin: “M. Gilfred Lawson, que sirvió mucho tiempo en las tropas de Gibraltar, me asegura que los pescadores de aquella plaza tienen la práctica de verter un poco de aceite sobre el mar a fin de que, calmando así su agitación, puedan ver las ostras, etc.” Plinio dice también que se aplaca una tempestad echando un poco de vinagre en el aire. M. de Bomare cita otra carta que es del célebre Franklin; en esta carta el filósofo inglés da cuenta de una experiencia que hizo sobre el estanque de Claphan: “El viento, dice, levantaba entonces crecidas olas en su superficie; fui entonces por el lado del viento, donde las olas empezaban a formarse; una cucharada de aceite que vertí allí produjo al instante en un espacio de muchas toesas en cuadro una calma que se extendió poco a poco hasta que hubo llegado a la costa de sotavento, y poco después se vió toda la porción del estanque, que era a corta diferencia de medio acre, tan lisa como una luna de espejo.” M. Franklin explica este fenómeno; no comprendo bastante esta explicación para referirla.

(a) El *unicornio de mar* es una especie de ballena de los mares de Groenlandia; llámase también *narval*.

gusto que os hubiera dado mi cuento si le hubiese compuesto una persona verdaderamente instruída.

—En efecto—dijo entonces el abate;—me parece que hubiera usted podido sacar más partido de los fenómenos de la electricidad, ya fuese en acción en el discurso del cuento, o ya en explicación en las notas.—Le aseguro a usted—replicó la Marquesa—que he hecho todo cuanto podía; y si no he puesto más, ha sido por una razón muy buena: ésta es que no entiendo una palabra de Física. He asistido, como *otra cualquiera*, a un curso de Física; pero me sucede lo que *a otra cualquiera*: que no por eso sabe ni entiende de Física.—Pero—replicó el abate—si usted me hubiese creído capaz, me hubiera encargado con gusto de esta parte de las notas.—Amigo mío—respondió la Marquesa,—nunca debe una mujer permitir que hombre alguno añada una sola palabra a ninguna obra que ella haya compuesto. El hombre a quien consulte pasará siempre por inventor, y a ella le acumularán que se honra con trabajo ajeno. Cualquiera puede ser virtuoso y mal autor; pero no puede ser estimable aquel que se apropia una obra que no ha hecho: por tanto, se debe evitar con el mayor cuidado todo lo que pueda ocasionar una acusación tan denigrante. Vaya usted contando las mujeres que han escrito con algún aplauso, y hallará que casi todas han padecido, aunque injustamente, la nota de esa vileza. Son tantos los ejemplos de esta clase, que deberían obligar a las mujeres literatas a no consultar nunca a los hombres que lo son, ni tener amistad estrecha con ellos.

Esta conclusión hirió vivamente el amor propio del abate.—Según eso—dijo sonriéndose, no sin algo de malicia,—si usted, señora, llega a ser autora y hace imprimir sus obras, ¿no consultará a nadie?—Sí, por cierto—respondió la Marquesa;—pero en este caso buscaría la verdad, y no alabanzas y vanas lisonjas. Para esto no me valdría de gentes extrañas ni literatas: juntaría solamente a mi familia, y la leería mis obras; y si se durmiese o se enfadase de la lectura, me aprovecharía prudentemente de esta crítica, que me parece la mejor de todas.

No respondió el abate; pero se le conocía en el semblante que no era de su gusto la decisión de la Marquesa. Mudó ésta de conversación, y a breve rato volvieron los niños a hablar del cuento.—¡Qué feliz era Alfonso—dijo César—en ver tantas cosas extraordinarias! Cuando yo sea grande iré también a viajar con papá; veré muchos árboles raros y animales singulares.—Pues en punto de animales extraños—interrumpió la Marquesa,—entre varios que había puesto en mis extractos y que no he podido incluir en mi cuento, me acuerdo ahora de uno muy singular. ¿Queréis que os lo pinte?—¡Ah; sí, señora!—Figuraos un monstruo velludo, amarillo, que tiene ocho piernas, cada una armada con dos uñas muy grandes, y entre ellas una esponja mojada; además de estas ocho piernas tiene este monstruo dos especies de manos con que agarra su presa; su rostro está cubierto de ojos, como el de Argos; tiene en la frente ocho, colocados en óvalo, y le salen de la boca dos tenazas formidables guarnecidas de agudos garfios.—¡Oh; qué monstruo tan feo y es-

pantoso!—Pues aún es más particular el animal de que voy a hablaros. ¿Creeréis que hay en la Naturaleza un animal que se multiplica haciéndole pedazos, y que este mismo animal, dividido en ocho, diez, veinte, treinta o cuarenta partes, se reproduce en cada una de ellas con entera perfección?—¿Y esto es cierto?—Fácil es adivinar—interrumpió el abate—el nombre de ese animal.—Y el otro que mamá nos ha pintado—dijo Pulqueria,—¿le conoce usted?—Confieso—replicó el abate—que la descripción que acaba de hacer la señora es para mí un enigma.—No obstante—dijo la Marquesa,—es muy exacta. Quizás habré omitido algunas particularidades; pero las señas que he dado son más que suficientes para que cualquiera que haya leído su descripción le conozca al instante.—Mamá, ¿en qué país se halla ese monstruo?—Es muy común en Francia.—¿En Francia?—Seguramente, y en Borgoña también: mil veces le habéis visto en Châmpceri.—Aseguro a usted, mamá, que no me acuerdo haber visto cosa que se le parezca. Pero díganos usted, por Dios, su nombre.—Pues bien; ese monstruo es la araña (1).—No creía yo que lo fuese.

(1) La descripción anterior conviene más particularmente a la araña casera.

* Esta descripción de la araña doméstica es exacta: la pelotilla, semejante a una esponja un poco mojada que tiene la araña entre sus dos uñas, la sirve como las moscas para andar y trepar sobre los cuerpos más lisos; estas esponjas suministran un licor pegajoso que basta para hacerlas adherir. En el extremo del vientre de la araña hay seis pezones musculosos y puntiagudos en sus extremos, que son otras tantas hileras, en las cuales se cuaja el licor que debe volverse seda cuando se ha secado, después de extraído de dichas hileras; cada uno de estos pezones está compuesto él mismo de mil hileras imperceptibles que dan paso a otros tantos hilos. Si se considera la finura de esta seda de araña de seis mil hilos, no alcanza la imaginación a comprender la excesiva sutileza de los hilos que salen de las pequeñas hileras. No todas las arañas tienen el mismo número de ojos, y además, están colocados de diverso modo en casi todas las especies. Cuentan ocho especies: la araña doméstica, la de los jardines, la negra de las cuevas, la tarántula común en Italia (a), la araña acuática, la albañil, la vagabunda y la de los campos. Se han hecho con la seda de las arañas guantes y medias; pero esta seda no vale tanto como la de los gusanos de seda.

En las islas de América hay arañas muy gruesas; suelen hallarse algunas gruesas como el puño, pero no son venenosas. Estas arañas, en siendo viejas, están cubiertas de un vello negro tan suave y tan tupido como el terciopelo; sus telas son tan fuertes, que los pajarillos tienen bastante que hacer para desprenderse de ellas, según el parecer de algunos habitantes de aquellas islas; sus pelos pican y queman como las ortigas. Hay en la Luisiana una especie de araña gruesa como un huevo de paloma, pero mucho más larga; su color es negro mezclado de color de oro. Este insecto hace en los árboles telas de una seda fuerte, retorcida y dorada, algunas veces del tamaño del hondo de una cuba, en los cuales muchas veces se prenden los pájaros. En la isla de Ceilán se halla una araña de color plata, etc.—*M. de Bomare.*

(a) La tarántula fué así llamada de Taranto, ciudad de la Pulla, donde es común: dicen que es venenosa; pero su picadura no hace bailar ni cantar.

Pues qué, ¿una araña tiene ocho ojos, una esponja mojada entre sus uñas y tenazas a los lados de la boca?—Si hubieses visto una araña con una lente, hubieras descubierto todo eso, y también podrías verlo sin ella en una araña algo gruesa.—Al instante encargaré a Agustín que traiga las arañas mayores que encuentre, porque quiero ver sin falta las esponjas, las tenazas y los ocho ojos.—Y yo os leeré la historia de las arañas francesas y extranjeras, y sé fijamente que os gustará mucho: hallaréis en ella mil particularidades curiosas.—Y el otro animal que se multiplica cortándole, ¿cómo se llama?—Ese es el pólipo de agua dulce (1).—No le conocemos: no debe haberle en Francia. Es lástima, por-

(1) * Los pólipos de agua se hallan en las lagunas y aguas detenidas; se diferencian en tamaño y color. M. Trembley hace mención de tres especies que llama de brazos largos. La primera especie es la más pequeña; no tiene más que cinco o seis líneas de largo, es muy fácil de hallar: no hay más que recoger algún puñado de lentejas acuáticas (a) y ponerlas en un vaso trasparente lleno de agua; a poco tiempo se ven los pólipos, que al principio no parecen sino puntos verdes, extender sus brazos; al menor movimiento el insecto retira sus brazos, y no parece más que un granito de materia verde. El número de los brazos de los pólipos es ordinariamente de seis a doce. Estos animales andan y mudan de lugar, pero hacen todos sus movimientos con una extrema lentitud. Cuando se quiere tener el gusto de ver la multiplicación de los pólipos es menester poner uno en la cavidad de la palma de la mano con un poco de agua, y cuando el animal ha salido de su estado de contracción se le corta por medio. La parte por donde está la cabeza andará y comerá el mismo día de la separación, con tal que sea en días de calor; en cuanto a la parte posterior, la crecerán brazos al cabo de veinticuatro horas, y en dos días quedará hecha otro pólipo perfecto, que armará sus redes agarrando y comiendo su presa. Córtese un pólipo de cualquier modo y en tantas partes cuantas sea posible, y siempre se verán reproducirse de cada pedazo un pólipo nuevo. Los pólipos se multiplican naturalmente por renuevos. Cuando se ve sobre un pólipo una ligera excrecencia que toma la forma de un botón, es la cabeza del joven pólipo. En los tiempos muy calurosos un pólipo se forma y separa de este modo veinticuatro horas; a veces se ven salir de un solo pólipo ocho o diez hijuelos.

El descubrimiento de los pólipos de agua dulce y el de los pólipos marinos arquitectos de los corales, de las coralinas y de muchas producciones *políperas* que se habían tomado por plantas marinas, son uno y otro conocimientos muy modernos. Los pólipos de mar son animales muy pequeños que escaparon a la vigilancia de buenos observadores, que los tomaron por flores. Son gusanos, de los cuales hay un gran número de especies diversas, que fabrican los sobredichos corales, las coralinas, litofitas, escartas, esponjas, las variedades de madréporas tan numerosas, y todas las demás sustancias que se habían tomado otras veces por plantas; pero las observaciones de los Sres. Poissonel, Reaumur, Bernard de Jussieu, etc., hicieron ver que no eran sino habitantes y celdas construídas por una especie de insectos que se multiplican en tanto número, que es imposible evaluarlos, y que estas habitaciones, edificadas cada

(a) Es una planta que se halla en las lagunas, en las aguas detenidas, etc.; sobrenada sobre las aguas; sus hojas orbiculares tienen la figura de una lenteja.

que aún es más curioso que la araña.—Puesto que tantos deseos tenéis de ver ese prodigio, os daré el gusto de que hagáis la experiencia vosotros mismos.—¿Conque los hará usted venir de fuera?—No; mañana los tendréis.—¿Es posible?—Los estanques de Champceri abundan de ellos.—¡Nuestros estanques! ¡Y ni aun el nombre sabíamos de un animal tan particular!—La Naturaleza ofrece con abundancia en todas partes fenómenos los más extraños. La ignorancia priva al necio del gusto de conocerlos y admirarlos, mientras que el hombre instruído halla a cada paso objetos dignos de excitar y satisfacer su curiosidad.—Mamá, de aquí en adelante preguntaremos, leeremos con reflexión, tendremos lentes para examinar todos los insectos de Champceri, y a lo menos conoceremos las curiosidades que nos rodean.

El abate, que estaba algo picado de no haber conocido la araña, habló en fin, y dirigiéndose a los niños les dijo:—Crean ustedes que, como su señora madre les ha hecho observar muy bien, el cuento de Alfonso no contiene sino un corto número de los fenómenos que nos ofrece la Naturaleza: por ejemplo, la señora no ha dicho nada de los castores y elefantes.—Quizás lo habrá hecho—dijo César—porque ya sabemos la historia de esos animales.—Tampoco os he dicho nada—dijo la Marquesa—de una infinidad de otros animales particulares y mucho menos conocidos, como son el tucán (1), el kami-

una por otros tantos individuos, son respecto a los pólipos lo que es el avispero para la avispa. Se quitó a estas producciones el nombre de plantas marinas; se llamaron políperos o producciones políperas. Además de todos estos pólipos hay aún los grandes pólipos marinos, que son la *sepia* o *jibia*, el *calamar*, la *liebre marina*, etc. Estos animales tienen los pies y los brazos colocados en la cabeza; tienen ordinariamente desde tres pulgadas hasta tres pies de largo; son ovíparos; se ignora si tienen para multiplicarse los medios de los pólipos de agua dulce. Parece cierto que sus brazos vuelven a crecer cuando se han cortado, así como los de los cangrejos. Los grandes pólipos marinos se servían en las mesas de los antiguos.—*M. de Bomare*.

(1) * El tucán es un pájaro muy singular, particularmente por lo grueso y largo de su pico, que, lejos de ser un instrumento útil, "al contrario, no es, dice M. de Buffon, sino un cuerpo en palanca que entorpece el vuelo del pájaro (a). El pico excesivo e inútil del tucán incluye una lengua aún más inútil; ésta no es un órgano carnoso o cartilaginoso; es una verdadera pluma

(a) Parece que esta expresión del ilustre Conde de Buffon es en algún modo contraria al espíritu de admiración y respeto que en toda su obra manifiesta para con el Autor del Universo; porque si en efecto le fuese inútil al tucán su pico, ya teníamos en las obras del Creador algo de inútil (lo que nunca será), y en prueba copiaré lo que dice del pico del tucán el autor del *Estudio de la Naturaleza*: «El pico tan grueso y tan largo del tucán, y su lengua en forma de pluma, eran necesarios a un pájaro que se mantiene de los insectos esparcidos en las costas del mar americano. Necesitaba no sólo de un almocafre para cabar y remover la arena, sino también de un instrumento o cuchara grande para recoger dichos insectos, y una lengua larga y sensible para sentir el contacto de ellos. Cada animal tiene los pies, el cuello o el pico formado de un modo admirable y apto para el terreno en que ha de estar y para los alimentos de que ha de sustentarse.» El Omnipotente, inmenso e incomprensible Creador del Universo, no ha hecho en flores, plantas y animales sino aquello más conveniente a los climas, aire, elementos y usos a que los destina. Nada hay de inútil en sus obras; todo es perfecto, y cada producción tiene en sí las señales o atributos de su Artífice: perfección y utilidad.

chi (1), los murciélagos de América (2), etc. El abate, que estaba devanándose los sesos para encontrar alguna de las maravillas que la Marquesa había omitido en su cuento, tomó la palabra diciendo: —Es cierto que sin hablar de los animales, los reinos mineral y vegetal ofrecen un sin fin de fenómenos de que no ha podido hablar mi señora la Marquesa en una obra tan corta. Me parece, no obstante, que hubiera podido colocar oportunamente en su cuentecito el árbol de cera (3), la planta llamada sensitiva (4), la que llaman fraxi-

muy mal colocada, como se ve, y encerrada en el pico como en un estuche. El nombre de tucán significa pluma en el idioma del Brasil”.

Los tucanes se hallan en todos los climas de la América meridional; su plumaje es muy hermoso.

(1) * El *kamichi* es un pájaro grande y negro de la América, “muy notable, dice M. de Buffon, por la fuerza de su grito y por la de sus armas. Lleva sobre cada ala dos poderosos espolones, y sobre la cabeza una corona de puntas duras de tres a cuatro pulgadas de largo, sobre dos o tres líneas de diámetro en su base, etc.”

(2) * Los *murciélagos* se hallan en diversos países; pero en la mayor parte de los climas cálidos se ven algunos de monstruoso tamaño; hay una especie muy común en la América, a la cual M. de Buffon dió el nombre de *vampiros*, “porque chupan la sangre de los hombres y animales cuando duermen”. El *vampiro* es de un aspecto feísimo. Los viajeros concuerdan en decir que estos *vampiros* chupan la sangre de los hombres y animales sin despertarlos.

M. de Buffon supone que no es ni con sus dientes ni con sus uñas con lo que abren el cutis de los animales, sino que se valen de su lengua para hacer en el pellejo aberturas suficientes para sacar sangre y abrir las venas sin causar dolor vivo. M. de Buffon no ha visto la lengua del vampiro. Cree que es puntiaguda y cubierta de pelitos duros muy finos y agudos.—*M. de Bomare*.

(3) * El árbol de la cera es un arbusto. Le hay de dos especies: el uno crece en Luisiana; el otro, en la Carolina. Este arbusto tiene el porte del mirto, y sus hojas tienen a poca diferencia el mismo olor; su fruta, que tiene el grueso de un grano de culantrillo, contiene huesos cubiertos de una especie de resina que tiene alguna semejanza con la cera; los habitantes de aquellos países hacen velas con ella. El *árbol del sebo* crece en la China y en la Guayana; se levanta a la altura de un guindo; su fruta consiste en granos blancos del grueso de una avellana, cuya carne tiene las calidades del sebo: se hacen velas con ella. El incienso es también producción de un árbol, y los chinos sacan igualmente de un árbol su hermoso barniz.—*M. de Bomare*.

(4) * Todos saben que al tocar las hojas de la *sensitiva* se marchitan al instante, y vuelven a recuperar su primera frescura un momento después. M. Adanson vió en Africa un arbusto sensitivo cuyas hojas se bajan cuando se pasa por debajo de él. También dicen que hay en Panamá un arbusto con hojas espinosas cuyas ramas se bajan cuando se pasa cerca de él: los naturales le dieron el nombre de *buenos días*.

Se ve en el jardín del Rey una nueva planta, descubierta poco há, originaria de Otahiti, que llamaron *planta oscilante*. Es del género de la sensitiva, pero mucho más extraordinaria.

nela (1), y la tela de amianto, etc. (2). Después de haber relatado esta nomenclatura, el abate, muy satisfecho de su memoria, se levantó y salió del cuarto. Pulqueria se echó a reír.—Y yo creo, mamá—dijo,—que M. Fremont se ha ido algo enojado contra usted.—Y en caso que así fuese—replicó su madre,—¿para qué hacérmelo advertir? Si fuese verdad que M. Fremont tuviese un poco de mal genio y de vanidad, sería tanto más excusable cuanto nunca ha vivido en el gran mundo, en el cual al tiempo mismo que las más veces se pierden algunas virtudes, se adquiere casi siempre un genio complaciente y la urbanidad, que nos enseña a ocultar nuestros defectos y esos ridículos enfados, hijos del amor propio mal entendido. Varias veces te tengo ya dicho el respeto y amor que debes al ayo de tu hermano. Te he repetido también muy a menudo que no solamente no nos es lícito, aun con las personas de mayor confianza, hacer observaciones maliciosas sobre aquellas con quienes tratamos íntimamente, sino que también debemos apartar de nuestra imaginación la memoria de sus faltas, y desechar los pensamientos que nos hacen acordar de sus defectos.—Esta lección afligió algún tanto a Pulqueria, y la hizo llorar; pero como no había dicho más que una palabra sin reflexión, la que lloraba sin enfado y se arrepentía de veras de su yerro, fácilmente obtuvo el perdón y volvió a su acostumbrada alegría.

La velada de aquella noche y las de otras siete se gastaron en leer las notas del cuento de Alfonso. Luego que se hubo acabado esta lectura advirtió César que había un prodigio de los del cuento que no estaba explicado en ellas.—En las islas Canarias—dijo,—después de la aventura de la cueva de los guanches, llega Alfonso a la orilla de una laguna: en aquel sitio ve una columna de aire, y después aquel granizo

(1) * La *fraxinela* o *díctamo blanco* es una planta vivaz que crece espontáneamente en las selvas de Languedoc, de Provenza, Italia y Alemania. Los extremos de sus ramas y los pétalos de las flores están llenos de una infinidad de caños llenos de aceite esencial, como se puede observar fácilmente con un microscopio. Esparcen en los días de verano por la noche y a la madrugada vapores etéreos inflamables, y en tanta abundancia, que si se pone al pie de esta planta una vela encendida, de repente se levanta una gran llama que se extiende sobre la planta entera, formando entonces una zarza ardiente muy vistosa.—*M. de Bomare.*

(2) * El *amianto* es una materia compuesta de hilos muy sutiles. Hay muchas especies de amiantos: los hay amarillejos, grises y blancos; también los hay verdes y colorados. Se hila el amianto, y se fabrica una tela que se echa en el fuego sin temor de que se consuma; al contrario, se blanquea con la acción del fuego del que sale pura y limpia. El fuego consume las materias crasas y combustibles sin poder alterarlas: no obstante, cada vez que se saca del fuego pierde algo de su peso. En el tiempo de los antiguos griegos y romanos se quemaban los cadáveres de los reyes en lienzos de amianto, a fin de que sus cenizas no se mezclasen con las de la hoguera. El amianto es muy apto para hacer mechas o torcidas, porque no experimentan ninguna mudanza que pueda ofuscar la luz. Los paganos le empleaban en sus lámparas sepulcrales.—*M. de Bomare.*

formidable; y después, cuando se halla con Thelismar, éste le refiere todo lo que ha sucedido, añadiendo que le ha estado viendo, sin embargo de estar separados a distancia de dos leguas.—En efecto—replicó la Marquesa,—no he aclarado ese punto en mis notas; pero si mañana queréis venir a almorzar en el terrado que está al cabo del jardín, os diré el secreto de Thelismar.—Admitieron los niños la cita con sumo gusto, y antes de las ocho de la mañana ya estaban todos en el terrado. Hallaron puesta en él una máquina que movió su curiosidad, y preguntaron lo que era.—Este es un telescopio—les respondió su madre.—Siéntate aquí, Carolina, y mira por este vidrio.—¡Qué veo!—exclamó Carolina.—¡Una casa que me parece que está dentro del jardín!—No obstante—replicó Mad. de Clemira,—hay dos leguas de distancia de aquí allá. La quinta que ves es la M. de Luzane.—¡Es increíble! Distingo claramente todos los que pasan por el corral que hay a la entrada. Ahora está dando de comer una criada a las gallinas. Ahora llevan las vacas a pacer. Una vieja entra por la puerta y pide limosna.—A este tiempo Carolina tuvo que ceder el asiento a su hermanita.

Luego que Pulqueria miró por el telescopio dió un grito de alegría.—¡Ah, mamá!—dijo.—¡Ahora veo a Sidonia! ¡No hay duda; ella es! Está hablando con las criadas. Apostaré a que el gobierno del corral está a su cargo, porque parece que las manda alguna cosa. ¡Cuánto gusto tendría yo, si fuera más grande, en cuidar con ella del corral! ¡Ahora se baja al suelo! ¡Ya se levanta! ¡Ahora vuelve a bajarse! Sin duda que está recogiendo huevos... Justamente. La dan una cesta en donde los va poniendo; ahora se vuelve hacia la pobre mujer que se está a la entrada; se acerca a ella... la está hablando... la hace entrar en el corral; la vieja se sienta sobre un banco. Sidonia le da su cesta, y después se va corriendo. La mujer se queda esperando.—¡Yo también quiero ver!—dijo César.—¡Déjame mirar otro poco, hermanito! Ya vuelve Sidonia; pero anda muy despacio... tiene en las manos una cazuela. ¿Si será leche? Seguramente; y se la da a la pobre. ¡Ah! ¡Cuánto quiero a Sidonia!—Al decir esto se levantó Pulqueria, y César ocupó su puesto. No vió ya cosa particular. Sidonia se entró en la casa; pero comprendió, finalmente, de qué modo Thelismar había podido ver claramente a Alfonso, a pesar de la distancia que los separaba.

En todo el día no se habló de otra cosa más que del telescopio y de Sidonia. Pulqueria admiró el raro modo con que había descubierto el genio benéfico de aquella amable joven.—No creería ella—prosiguió Pulqueria—que estábamos viendo todo lo que hacía.—La casualidad—dijo la Marquesa—y una infinidad de circunstancias imprevistas descubren cada día acciones mucho más ocultas que éstas. Por tanto, lo más seguro es obrar siempre del mismo modo que obraríamos delante de testigos, porque, además de que Dios nos ve y nos juzga en todos los instantes de nuestra vida, la casualidad, la curiosidad humana, la indiscreción de los criados y la deslealtad de los amigos falsos publican a cada instante nuestras acciones más ocultas.

Después de comer preguntó la Marquesa a su hijo qué le había parecido un libro que le había dado algunos días antes: era éste la vida del Delfín, padre de Luis XV (1). César respondió que lo que más le gustaba eran los pormenores en que entraba el autor hablando de la niñez de aquel príncipe, contra la costumbre de casi todos los escritores, que siempre hablan de los hombres, y nunca de los niños; dijo también que le había gustado infinito una fábula que el duque de Borgoña había compuesto siendo aún niño. La fábula se intitula *El caminante y sus perros* (2).—¿Cuál es el asunto de ella?—Se reduce a que *Licas* va de viaje llevando por compañía a sus tres perros, y por provisión cuatro panes. Llega a un monte espeso, y a la orilla de un arroyo le acomete una fiera. Sus perros la embisten y la matan. En recompensa, *Licas* da un pan a *Vorax* (que así se llamaba uno de los tres perros), y *Vorax* huye al punto; da otro pan a *Cerberero*, que también echa a huír. El tercero, llamado *Gargas*, se presenta con la esperanza de alcanzar igual premio; pero *Licas*, que era *prudente*, al ver que cada pan le costaba un perro, no dió a *Gargas* más que un pedazo, y *Gargas* no huyó, sino que se quedó con él para lograr lo restante. A esto se reduce.—Y dime: ¿cuál es la moralidad de esta fábula?—Mamá, no me acuerdo muy bien; pero aquí tengo el libro. Voy a leer a usted el fin de la fábula; dice así: “¡Oh príncipes! Cuando encontréis guías capaces de dirigiros y defenderos en el peligroso monte de este mundo, guardaos de ponerlos en estado de que no os necesiten, hasta tanto que vosotros no los necesitéis a ellos.”

—Me persuado—dijo la Marquesa—que no has penetrado el verdadero sentido de esa moraleja. Voy a explicártela en términos más claros, conservando el mismo pensamiento. Oye lo que significa:

“¡Oh príncipes! Si lográis tener ministros hábiles, generales diestros y amigos fieles, guardaos bien de cumplir con ellos como debéis; guardaos de recompensar dignamente su celo y servicios, no sea que después de haber alcanzado de vosotros cuanto podían esperar os abandonen. ¡Oh príncipes; sed injustos, sed ingratos para que os sirvan y sean útiles!”

—¡Ah, mamá!—exclamó César.—¿Es posible que sea ése el verdadero sentido de la fábula?—No hay duda en que es el sentido literal de la moralidad con que acaba: reflexiónalo bien, y lo verás tú mismo.—Es verdad. ¿Pues cómo no lo he conocido desde luego? ¿Cómo me ha podido gustar esta fábula?—Has admirado en este libro tan estimable la sola cosa que hay reprehensible. Si leyese con menos rapidez y con más atención, no incurrirías en unos errores tan crasos.

Aquella misma noche, a la hora de la velada, la Baronesa dijo a César:—Te has quejado de que los historiadores no hablen bastante de los niños; vamos a convencerte de que tu queja es infundada, porque toda la noche la emplearemos en referir casos históricos cuyos personajes serán todos niños.—¡Ay, abuelita mía; qué bueno es eso!—Verás

(1) Por el abate Proyart.

(2) Vida del Delfín, padre de Luis XV, tomo I, pág. 31.



Conociendo el Emperador que era mortal su dolencia, hizo llamar a sus hijos...

que los niños sobresalientes son más comunes de lo que imaginas.—¿Conque nos contará usted varios pasajes?—Tu madre, el señor abate y yo os contaremos alternativamente una historia hasta tanto que ya no nos acordemos de más, lo que seguramente llenará todo el tiempo de la velada. Yo empezaré—continuó la Baronesa;—escuchadme:

Chan-chi, emperador de la China, tenía tres hijos. Los dos primeros nada tenían de particular; pero el último, llamado *Kang-hi*, era la delicia de su padre y de sus maestros. Este niño era dócil, sensible, aplicado, sincero y activo; sabía dominarse; se podía fiar en sus promesas, porque su palabra era inviolable. Cuando había tomado una resolución útil y prudente, la mantenía con una perseverancia invencible. Se abrasaba en deseos de instruirse, de sobresalir, de merecer el afecto de su padre y de obtener la aprobación de todos los que le rodeaban. Siempre veía todos los rostros contentos. Cada lección que daba le ofrecía el gusto de oír alabar su aplicación y su ingenio: todos le amaban y se ocupaban con gusto en sus recreos y diversiones; encontraba en todos la indulgencia a que la virtud y buena conducta tienen tanto derecho. Si por casualidad incurría en alguna falta, no le reñían: antes al contrario, se afligían con él. En fin, este amable príncipe experimentaba que los niños más bien inclinados son también los más felices.

De allí algún tiempo cayó malo el emperador. El mayor de sus hijos no tenía entonces más que doce años, y el último (que era este amable *Kang-hi*) entraba en los nueve. Conociendo el emperador que era mortal su dolencia hizo llamar a sus hijos, y habiéndoles declarado que su fin se acercaba, les preguntó cuál de ellos se sentía con bastantes fuerzas para mantener el peso de una corona recién conquistada (1). El mayor se eximió disculpándose con su poca edad, y suplicó al emperador que dispusiese a su arbitrio del Imperio. Entonces *Kang-hi* se arrodilló delante de su padre, regó con sus lágrimas la mano que le alargaba, y después de un instante de silencio le dijo:—“Yo por mí, padre mío, me siento con fuerzas para imitarle a usted. Más quiero la gloria que los placeres y descanso. Si el Cielo nos priva de usted, y si su elección recae en mí, prometo tomar a usted por modelo y hacer felices a mis pueblos”.—Esta respuesta hizo tal impresión en Chan-chi, que al punto le nombró por su sucesor bajo la tutela de cuatro personas, por cuyos avisos debía dirigirse (2). *Kang-hi* justificó el amor y elección de su padre; se instruyó y acabó de perfeccionar sus luces y conocimientos. Apartó de su corte a los lisonjeros y chismosos; supo recompensar dignamente el mérito, los talentos y la virtud; fué justo, benéfico, amante de la paz, y mereció el renombre de bienhechor y padre de sus pueblos (3).

(1) *Chan-chi* era hijo de *Tsun-te*, fundador de la nueva dinastía tártaro-chinesca, que reina en el Imperio de Catay desde la mitad del siglo pasado.

(2) *Kang-hi* subió al trono el año de 1661.

(3) Véase el *Compendio de la Historia general de Viajes*, tomo VII, página, 158.

—No podré yo, hijos míos—dijo la Marquesa de Clemira luego que la Baronesa hubo acabado,—referiros un caso más singular que el que acaba de contaros vuestra abuelita, porque no puede haberle más extraño

* La China debe a este gran príncipe la abolición de una costumbre tan bárbara como insesata. Era un uso bastante común entre los tártaros que a la muerte de un hombre una de sus mujeres tenía que ahorcarse. Habiendo muerto en Pekín en 1868 un tártaro de distinción, una de sus mujeres, de edad de diez y siete años, se disponía a darle esta prueba de amor; pero sus parientes presentaron un memorial al Emperador para suplicarle que aboliese tan odiosa costumbre. Este príncipe mandó que se abandonase como un antiguo resto de barbarie. También estaba establecida esta costumbre entre los chinos; pero sucedían los ejemplos con menos frecuencia, y sus filósofos no la habían aprobado. En general, los chinos son de un genio suave y tratable, tienen mucha afabilidad en su modo, sin que se perciba ninguna mezcla de dureza, pasión o arrojó colérico. Esta moderación se observa en la plebe misma. Los europeos que tienen que tratar con los chinos deben evitar toda especie de prontitud y arrebato de cólera. Estos excesos están tenidos en la China por vicios contrarios a la humanidad; no porque los chinos sean menos vivos que nosotros, sino porque se enseñan desde luego a ser dueños de sí mismos.

La modestia de las mujeres chinas es extrema: viven constantemente en el retiro, con tanta precaución en cubrirse, que no se las ve ni las manos. Si presentan alguna cosa a sus parientes cercanos, la ponen sobre una mesa temiendo no las toquen con la mano. Las causas para divorcio entre los chinos, son: 1.º Una mujer habladora que se hace incómoda por este defecto se expone a ser repudiada aunque sea casada de mucho tiempo, y que haya dado muchos hijos a su marido. 2.º Una mujer que falta a la sumisión que debe a su suegro y a su suegra. 3.º La esterilidad es otro motivo de divorcio. 4.º Los celos, etc. La noche de las bodas conducen a la novia al cuarto de su marido, en donde halla sobre una mesa tijeras, hilo, algodón y otras materias para labores, dándola a conocer que debe amar la labor y huír del ocio.

Nada se puede comparar con el respeto que los hijos tienen a sus padres y madres y los discípulos a sus maestros; hablan poco, y siempre están en pie en su presencia. El uso les obliga, principalmente al principio del año, el día de su nacimiento y en otras ocasiones, a saludarlos de rodillas, pegando diversas veces con la frente en el suelo.

Aunque un primogénito nada haya heredado de su padre, no por eso tiene menos obligación de alimentar a sus hermanos y darles estado: debe reemplazar el puesto del padre que han perdido. Los que no tienen heredero varón adoptan un hijo de su hermano o cualquier otro pariente, y a veces un extraño. El niño adoptado logra todos los privilegios de hijo legítimo; toma el nombre del que le adopta, y queda su heredero. Si después nace otro hijo en la misma familia, siempre el adoptado entra en la repartición de la sucesión. Está permitido a los chinos tomar segundas mujeres, que están subordinadas a la esposa legítima; no obstante, la ley no concede esta libertad sino cuando la primera ha llegado a la edad de cuarenta años sin señal de fecundidad.

No se llevan todos los colores indiferentemente en la China; el pajizo pertenece solamente al emperador y príncipes de su sangre. El raso con fon-

que el de un niño de ocho años que por sus razones, conducta y bellas prendas sabe merecer el trono del Imperio más vasto del Universo; pero os contaré también los hechos de otro príncipe de su misma edad, y que

do colorado está destinado a cierta especie de mandarines en los días de ceremonia; los demás llevan ordinariamente el negro, azul o morado. El color del pueblo es generalmente azul y negro. La camisa es de diferentes especies de telas, según las temporadas. Es uso bastante común en los grandes calores llevar sobre el cutis una red de seda que impide que el sudor se comunique a los vestidos. El color que pertenece a las mujeres es encarnado, azul o verde; pocas mujeres usan del negro o morado, a menos que no sean de edad avanzada, etc.

En la China el luto de padre o madre debe ser de tres años. Pretenden que este uso se funda en el agradecimiento que debe el hijo a su padre y a su madre por los tres primeros años de su vida, en los cuales necesita de su continua asistencia. El color de luto es blanco; pero durante el primer mes después de la muerte de un padre o madre el vestido de los hijos es un saco de cáñamo de un color subido, que en la calidad no se diferencia de los sacos de mercancías. Su cintura es una cuerda floja; se permite a los chinos guardar todo el tiempo que quieran el cadáver en sus casas. Lo guardan a veces durante tres o cuatro años; su asiento durante este tiempo es un taburete, y su cama, una estera de caña cerca del ataúd. Se privan del uso del vino y de ciertos alimentos. Se dispensan de asistir a las fiestas y no frecuentan las concurrencias públicas: no obstante, es menester al fin que el cadáver se entierre, porque es para un hijo una obligación indispensable la de colocar el cuerpo de su padre y de su madre en el sepulcro de sus antepasados.

Hay entre los chinos dos fiestas célebres: la primera es la del principio de año, y la otra la de los faroles. En esta última fiesta toda la China está iluminada, cosa que parece un incendio general. Todos los habitantes del Imperio, en el campo como en las ciudades, encienden faroles pintados de diversos colores, y los cuelgan en sus patios, en sus ventanas y cuartos. Los ricos hacen inmensos gastos en faroles. Se ven faroles de diversas figuras, muy dorados y magníficamente adornados; pero nada realza más la fiesta que los fuegos artificiales que se ejecutan en todos los barrios de las ciudades: las fiestas duran cinco días. La opinión común sobre el origen de esta fiesta es que se estableció poco tiempo después de la fundación del Imperio por un mandarín, el cual, habiendo perdido su hija en la orilla de un río, fué él mismo en su busca con hachas y faroles, pero inútilmente, acompañado de un inmenso número de gente, de los cuales se había hecho querer por sus virtudes. Pero las noticias literarias dan otro origen a estas fiestas: pretenden que el emperador Kye, último monarca de la familia Hya, quejándose de la división de los días y noches, que inutiliza una parte de la vida, hizo edificar un palacio sin ventanas, donde juntó un cierto número de personas, y que para quitar la oscuridad dispuso una iluminación perpetua de faroles, lo que dió principio a esta fiesta. La magnificencia de los chinos brilla en sus obras públicas, como son las fortificaciones, los templos, las torres, los arcos triunfales, los puentes, caminos, canales, etc; cuentan cerca de tres mil torres a lo largo de la muralla grande. La tercera parte de los habitantes del Imperio se empleó en construirla. Esta famosa obra se conserva tan entera como el primer día que se edificó. El más famoso edificio es el de Nankin, que se

con el tiempo fué uno de los más grandes monarcas de su siglo. Reinaba en Polonia el duque Uladislao (1); tenía un hijo llamado Boleslao, de edad de nueve años, cuya actividad, aplicación, buen genio, paciencia y bondad prometían las mayores esperanzas. Acababa la Bohemia de declarar la guerra a la Polonia. Un día que Uladislao daba las órdenes convenientes al general de sus tropas en presencia de su hijo, éste, que había escuchado con suma atención cuanto habían dicho, se arrojó repentinamente a los pies de su padre suplicándole le permitiese ir a la guerra bajo las órdenes del general. Acompañó estas instancias con razones tan persuasivas, tan justas y tan extrañas en su edad, que el duque, igualmente admirado y enternecido, le concedió lo que pedía. Se le encargó al general, y al punto marchó con él para el ejército.

Luego que llegó el príncipe a él, se granjeó el afecto y admiración de todos. Siempre estaba atento a cuanto se hacía; pero manifestaba una inteligencia tan extraordinaria, que fácilmente se hubiera podido pensar que nada le era nuevo y que no aprendía, sino que se acordaba de cuanto veía ejecutar. Afable y liberal para con los soldados, lleno de política y urbanidad para los oficiales, cautivó todos los corazones. Su magnificencia no resplandecía más que en sus dones; sólo se la echaba de ver en su generosidad. Fuera de esto, su alimento era el ordinario de los soldados;

llama la *Torre grande*, o la *Torre de Porcelana*. Esta es un octógono de cerca de cuarenta pies de diámetro, de suerte que la longitud de cada cara es de quince pies; tiene nueve pisos; la pared al nivel del terreno no tiene menos de doce pies de grueso sobre ocho y medio de altura; está revestido de porcelana que se ha conservado muy bien, aunque tiene más de trescientos años. Dan a esta torre desde el pie hasta el remate del tejado doscientos pies de elevación. Cuentan en la China más de mil y cien arcos triunfales levantados en honor de príncipes, hombres y mujeres ilustres y personas célebres por su sabiduría y virtudes.

La agricultura está particularmente honrada en la China. Una lluvia favorable es una ocasión de visitas y de cumplimientos entre los mandarines. Siguiendo el uso antiguo, al principio de la primavera el emperador labra la tierra con un arado y siembra diversas especies de semillas; ceremonia que se hace con mucha pompa. Nombra doce grandes para servirle de comitiva y arar después de él; está, además, acompañado de cincuenta labradores respetables, y a los cuales el emperador mismo distribuye diversos regalos. Los mandarines observan la misma ceremonia en cada ciudad. El emperador Tongchin exigía de todos los gobernadores de las ciudades que le enviasen cada año el nombre de un aldeano de su distrito distinguido por su aplicación al cultivo de la tierra, por una conducta irreprochable, por la unión de su familia, por la paz mantenida con sus vecinos, y, en fin, por su frugalidad y sabiduría. En consecuencia de la certificación del gobernador ascendía a este virtuoso y diligente labrador al grado de mandarín del orden octavo, y le enviaba patentes de mandarín honorario, distinción que le daba el derecho de llevar el vestido de mandarín, de hacer visitas al gobernador de la ciudad, de sentarse en su presencia y de tomar el té con él. *Compendio de la Historia de los viajes*, tomo VIII.

(1) En el año 1094.

la tierra era su lecho; padecía alegremente las intemperies e injurias del tiempo. Siempre el primero en las mayores fatigas, ostentando un valor igualmente natural y brillante, parecía que no aguardaba el logro de la empresa sino de sus acciones. En una palabra, todo en él anunciaba las virtudes y hazañas con que había de llegar a ser un dechado de gloria para los príncipes que reinasen después de él. Su ejemplo, que, atendida su corta edad, tenía más eficacia, redobló el ardor y confianza de los polacos; los bohemios fueron derrotados en varios encuentros, y Uladislaw disfrutó de la inexplicable dicha de deber a su hijo, en la edad de nueve años, la mayor parte de las felices resultas de aquella campaña.

Lo restante de la vida de Boleslaw correspondió a tan gloriosos principios. Aunque guerrero y conquistador, fué humano, fué sensible, se ocupó en hacer la felicidad de sus pueblos, y supo merecer su amor haciéndolos felices. Este príncipe era demasiado virtuoso para no poseer en grado eminente el amor filial. Todos los historiadores se extienden notablemente en pintar el cariño que tenía a su padre. Cuando tuvo la desgracia de perderle fué su sentimiento tal, que acabó de manifestar toda la hermosura de su alma, y esto le hizo aún más amado de sus pueblos. Quiso Boleslaw llevar luto cinco años enteros por un padre, a quien lloró toda su vida; quiso que su imagen, grabada con caracteres indelebles en lo íntimo de su corazón, estuviese también presente de continuo a sus ojos. Día y noche tenía puesta al cuello una medalla en la cual estaba grabado el retrato de Uladislaw: la miraba incesantemente, para acordarse, decía, de las virtudes de un padre tan digno de su amor y de su llanto. Quiso, finalmente, que el hijo que más amaba le sirviese también de recuerdo, a cuyo fin le puso el nombre de Uladislaw (I).—Ahora, señor abate—añadió la Marquesa,—le toca a usted.—No referiré—respondió el abate—casos tan bellos como los que ustedes han contado, porque no me acuerdo por ahora sino de dos hechos absolutamente desnudos. César tiene diez años, y cuando su maestro de dibujo le dice que si de dos años a esta parte se hubiera aplicado más estaría actualmente en estado de dibujar cabezas al natural, da a entender que juzga ser mucho en su edad poder copiar con alguna exactitud: no será, pues, inútil decirle que el famoso pintor Pedro Mignard fué destinado al estudio de la Medicina por sus parientes. En los ratos ociosos se entretenía en dibujar. No tenía maestro, pero sí mucho gusto y aplicación, y a la edad de once años hacía retratos muy correctos y parecidos. Entonces sus parientes le pusieron en casa de un pintor. Se dedicó enteramente a este arte, y se hizo uno de los mejores pintores de la escuela francesa.

Otro pintor, llamado Juan Bautista Vanloó, empezó a pintar muy bien a la edad de ocho años. No pido yo tanto a César; pero quisiera que tuviese el deseo de sobresalir en cuanto hace y la noble ambición de no quedarse confundido entre la multitud de niños comunes.

(I) Véase la *Historia general de Polonia*, por el caballero de Soliñac, tomo I, pág. 313, y tomo II, pág. 9.

No merecieron estas dos citas del abate la aprobación de los niños. César, aunque ofendido personalmente, no se atrevió a manifestar su opinión, y calló. Pero Pulqueria tomó la palabra, y con más franqueza que urbanidad dijo sin rodeos que le habían gustado mucho más las historias de Kang-hi y de Boleslao.—Ya veo, señorita—replicó el abate,—que no la agradan las lecciones directas. Se parece usted en este punto a los tiranos, que no pueden tolerar la verdad a menos que se les presente dulcificada y encubierta bajo el agradable velo de alguna ingeniosa fábula.—¡Ah, señor abate!—interrumpió Pulqueria.—Yo no me parezco a los tiranos. Siempre me gusta la verdad, y aseguro a usted... Pero ya conozco que he hecho mal: perdóneme usted, M. Fremont, y no forme mal concepto de mí.—Mi opinión, señorita, es cosa poco importante.—Pues para hacerme ver que no está usted enojado contra mí, yo le suplico por Dios que tenga la bondad de darme una *lección directa*... a mí sola: me alegraré mucho.—Cuándo se desea oír la verdad tan de veras, es preciso condescender. Diré a usted, pues, señorita, que de tres semanas a esta parte, tiempo en que el calor excesivo nos ha obligado a dar las lecciones de la tarde en la sala baja, en la cual ustedes trabajan en compañía de su aya, más de cuatro veces he pensado que podía usted aprovecharse mejor de lo que oía decir a su hermanito; y acerca de esto la referiré un caso que nunca hubiera contado delante de usted, a no ser por la instancia tan viva que acaba de hacerme.

La hija de M. Dacier, que con el tiempo fué la famosa y erudita madama Dacier, no aprendió en su niñez más que a leer, escribir y hacer labores de mujer: esta fué su educación hasta la edad de once años. Su padre tenía otro hijo, al cual educaba con esmero, y en tanto que le daba lección, su hermana estaba delante ocupada en hacer labor. Un día que el muchacho respondía mal a las preguntas de su padre, su hermana, sin levantar los ojos de su labor, le sugería a media voz todo lo que debía responder. El padre la oyó con una alegría igual a su admiración, y desde entonces se dedicó enteramente a la educación de una niña tan digna de todo su esmero (1). Fácilmente convendrá usted, señorita, en que si esta niña en vez de atender a las lecciones se hubiese entretenido en hacer gestos y muecas a su hermano, ciertamente, no hubiera ocasionado a su padre un gusto tan grande.—No me acuerdo—dijo Pulqueria, poniéndose colorada—de haber hecho muchas muecas a mi hermano.—Pues yo me acuerdo muy bien que el lunes pasado le cosió usted con mucho primor el vestido a la silla; que el martes le pinchó dos veces con su aguja *para avivar*, según usted decía, *su atención*; y que ayer le causó mil distracciones haciendo mil gestos, entre otros un cierto *hocico de liebre* que hizo reír tanto a Carolina, que tuvo que salirse de la sala.

Al oír estas palabras, Pulqueria, medio llorando, confundida y temerosa, miró a su madre.—No temas, Pulqueria—la dijo la Marquesa:—

(1) Véase la *Historia literaria de las mujeres francesas*, compuesta por una Sociedad de literatos, tomo, II.

yo no hubiera sabido nada de eso si no hubieras deseado una lección directa, y, ciertamente, no te reñiré porque has pedido que se te dijese la verdad sin disfraces ni rodeos. Solamente te haré observar que todas esas bufonadas nada tienen de amable; que no hacen reír algunas veces sino porque son ridículas; que ese defecto es sobre todo chocante en una niña en cuanto la hace que pierda la dulzura y la modestia, que son el principal adorno de su sexo; y que, en fin, una criatura traviesa y revoltosa puede muy bien servir de diversión por algunos instantes a los de fuera de casa, pero necesariamente ha de ser insoportable a sus parientes y a todos los que viven con ella. También tengo que reconvénirte acerca de otro punto, Pulquería: tú me habías prometido tener confianza en mí; me habías asegurado que me confesarías siempre con claridad las faltas en que incurrieses, y, no obstante, no me has dicho que habías distraído a tu hermano mientras daba lección.

—Mamá mía—respondió Pulquería,—no he dejado de hacerlo por falta de confianza, sino porque no conocía, como ahora, lo mal que había hecho; y para que usted vea que no es falta de confianza, confieso que M. Fremont no lo ha dicho todo. Ha olvidado que habrá unos ocho o diez días hice como que estornudaba durante la lección, haciendo una gran cortesía a cada estornudo.—Mamá—añadió Carolina en tono triste,—yo también estornudé un poco e hice algunas cortesías.—Y yo también, señora—dijo el abate,—hice a lo menos quince cortesías, y, por tanto, no hice mención de esta ingeniosa travesura, porque me engañaron enteramente.—Mamá—replicó Pulquería,—perdóneme usted.—Sí, hija mía—dijo la Marquesa, abrazándola;—pero puesto que conoces ahora las consecuencias de todas esas malicias insulsas y pueriles, ten presente que no serías ya excusable si volviesses a incurrir en semejantes faltas.

—Prosigamos ahora—dijo la Baronesa—con las historias de niños: a ti te toca, hija mía.—Yo—respondió la Marquesa—referiré un rasgo de un niño de cinco años; por tanto, no se debe esperar gran cosa. Pero este niño era Gustavo Adolfo, que llegó a ser con el tiempo uno de los mayores monarcas de la Suecia. Se paseaba un día con algunas criadas en una pradera cerca de Nicoping. Iba el niño corriendo a entrar en unas zarzas, cuando una de sus criadas, para obligarle a volver, le gritó diciéndole que todo aquella maleza estaba llena de serpientes muy grandes y venenosas que le picarían.—Pues bien—respondió Gustavo;—dame un palo, y las mataré.—Quisieron, pero en vano, disuadirle de este intento: al modo que Hércules con su clava destruía todos los monstruos del bosque de Nemea, así el príncipe niño, armado de una varita, entró por entre las zarzas, determinado a acabar con todas las serpientes que hallase. Pero sus pesquisas fueron infructuosas: no se presentó a su vista monstruo alguno, y por aquel día se redujeron sus hazañas a un paseo igualmente largo y penoso (1).

(1) *Historia de Gustavo Adolfo*, tomo I, pág. 50.

—Este rasgo—dijo la Baronesa—es prueba de que el valor sale del alma, y no del conocimiento de las fuerzas ni de la reflexión. No se piden a un niño las prendas que por lo común son hijas de la experiencia y del juicio: por ejemplo, es muy natural que a veces sea inaplicado, inconsecuente y travieso; pero se quiere que manifieste aquellas virtudes que nacen del corazón, aquellas virtudes naturales que no necesitan del cultivo, y cuyas simientes tiene en su pecho todo niño bien inclinado. Y así, un niño que fuese cobarde, inhumano e ingrato sería un monstruo si sus vicios no procediesen de una mala educación.—Según eso, abuelita mía, nacen muchos monstruos, porque se dice que hay muchos ingratos, muchas personas de mal corazón.—La razón es porque hay muchas personas corrompidas. Raras veces produce la Naturaleza esta clase de monstruos; pero la mala educación hace muchísimos.—¿Conque el haber muchos malos es por culpa de los padres y de las madres?—Generalmente, sí: sin embargo, puede un niño corromperse sin ser mal inclinado, y no obstante que se le haya dado una educación muy buena.—¿Pues cómo?—Si no es dócil y si no tiene gran fondo de sinceridad, los padres más vigilantes e instruídos no podrán preservarle de una infinidad de vicios, a los cuales se entregará insensiblemente. ¿Os acordáis de aquel pobre Brunet, lacayo que fué de mi marido?—Sí, señora; aquel que murió hace dos años.—La herida que tenía en una pierna no era peligrosa; el mejor cirujano de París le asistía; continuamente le servía una persona que no se apartaba ni un instante de él. Se advirtió que se quitaba los medicamentos que se le ponían sobre la llaga, lo que me obligó a ponerle otra persona que le celase: nos vimos precisados, finalmente, a hacerle atar las manos; pero todas estas precauciones fueron vanas. Se restregaba las piernas unas con otras, y con un pie se quitaba la venda y el emplasto saludable que podía curarle. A esto se siguió la gangrena, y no bastaron para salvarle la habilidad y experiencia del cirujano, la vigilancia de los enfermeros ni la bondad misma de su complexión: murió. Un niño indócil y desobediente es la imagen más propia de aquel desdichado. ¿De qué sirven los cuidados de los padres, si el hijo no conoce el valor de ellos, si no comprende que solamente se le prohíbe lo que puede hacerle vicioso y, por consiguiente, aborrecible e infeliz, y que no se le manda nada que no sea para asegurar su dicha?—Pero es preciso que un niño sea muy negado para no comprender eso. Si nosotros desobedecemos alguna vez, es por falta de memoria y de reflexión, y cuando lo echamos de ver lo sentimos mucho.—Eso no basta: es preciso que me lo confeséis; debéis darme parte de todo de la misma suerte que se va a consultar a un médico cuando se ha hecho algún exceso cuyas resultas pueden ser dañosas a la salud. Bien creo que el temor *de los medicamentos* hace a veces dilatar la consulta; pero en esto mismo consiste precisamente la necesidad de que César acaba de hablar. En efecto; sólo un necio puede apetecer más bien no curarse que hacer los remedios convenientes a su situación: mayormente, sabiendo de cierto que los remedios que se le aplicarán serán igualmente suaves y provechosos.

Quiero poner un ejemplo: siempre os he encargado a las dos, Carolina y Pulqueria, que os acostumbréis a tener método y economía. En el tiempo de la larga enfermedad de vuestra aya habéis tomado la maña de no guardar ni poner en su lugar las cosas, y de perder vuestros pañuelos, guantes, etc. Lo he sabido al fin; pero ya muy tarde. Este hábito ha degenerado en un vicio, del cual os corregiréis con harta dificultad. Si desde el principio me hubieseis confesado estos descuidos, con sólo la historia de *Eglantina* os hubierais enmendado y hecho activas y cuidadosas.

Todos los circunstantes convinieron unánimemente en la verdad de estas reflexiones de la Marquesa, y los tres niños prometieron que en adelante no harían ninguna falta, por pequeña que fuese, de la cual no avisasen al punto a su madre con toda sinceridad.—Prevengo a usted, señora—dijo el abate a la Baronesa,—que si tiene algún rasgo que referirnos no queda ya tiempo para hablar, porque son cerca de las nueve y media.—Lo que me queda que contar—respondió la Baronesa—no es muy largo. No me acuerdo ahora de otra cosa más que de la batalla de Leucofóe, notable por una circunstancia quizás única. En esta batalla se hallaron tres reyes, el uno de edad de doce años (1), el otro de diez (2) y el otro de nueve (3), y mandaron en persona sus ejércitos (4).

—Yo también—dijo la Marquesa—voy a referir un caso sacado de la historia de Francia. El desgraciado Carlos VI, a quien una cruel enfermedad privó del uso de la razón, hubiera sido, a no ser esta desgracia, un gran rey. Carlos V de Francia, su padre, tuvo un cuidado muy particular en formar su corazón. Tenía gusto en sondear sus primeras inclinaciones. “Un día, habiéndole llamado a su cuarto, le permitió escoger una alhaja entre las muchas que había en él. Despreciando el príncipe niño todas las joyas y riquezas que veía, eligió, como Aquiles, una espada que estaba en un rincón del cuarto. En otra ocasión le presentó el Rey una corona de oro y una celada; el Príncipe escogió la celada, diciendo:—Padre mío, guarde usted para siempre su corona.—Estas frioleras, que anunciaban una índole noble y animosa, llenaban de gozo a aquel sabio monarca, tan amante padre como virtuoso político” (5).

—Hasta aquí—dijo el abate—no hemos citado sino niños distinguidos. Ahora voy a referir algunos cuantos que se pueden llamar prodigiosos. “*Chrisiél le Bereclh de Exter* murió a los diez años, en el de 1706. Era hijo de un médico: sus obras póstumas se han publicado en alemán, y son varios tratados ascéticos, en los cuales se nota un estilo sencillo y mucho fondo de religión.”

(1) Clotario.

(2) Teodoberto.

(3) Teodorico.

(4) Teodoberto y Teodorico eran hermanos. Véase la *Historia de Carlo Magno*, por M. Gaillard.

(5) *Historia de las disputas de Felipe de Valois y Eduardo III*, por M. Gaillard, tomo II, Carlos VI tenía doce años cuando empezó a reinar.

Santiago Marini, veneciano, defendió en Roma a la edad de siete años, en el de 1647, varias conclusiones públicas de Teología, Jurisprudencia, Medicina y otras ciencias.

El hijo de M. Baratier, llamado Juan Felipe, hablaba perfectamente latín a los cuatro años, y a los cinco sabía el griego. Después aprendió el hebreo, y a los seis años sabía cuatro lenguas, la Historia y la Geografía.

Se puede poner en el número de los niños célebres al *Barón Helmfeld*, sueco, que murió en 1674. Su juventud confirmó las esperanzas que había hecho concebir desde su más tierna edad. A los diez y siete años fué admitido en la Real Sociedad de Londres; a los veinte hablaba diez lenguas, era excelente matemático y gran juriconsulto.

Christiano Henrique Heinekein, natural de Lubeck, empezó a hablar a los diez meses. A los dos años tenía un conocimiento superficial, pero casi general, de la Historia antigua y moderna y de la Geografía. A los cinco años sabía además tres lenguas, que hablaba con igual perfección.

Finalmente, *Adriano Baillet*, a quien debemos un excelente tratado de los niños famosos por sus conocimientos, cita otros muchos, y hubiera podido contarse él mismo entre ellos. Nació en 1705 en el lugar de Nouvilles, cerca de Bellovaques. Su padre era labrador. El joven Baillet aprendió a leer y a escribir en un convento de franciscanos adonde iba a dar lección; y aunque su padre no se lo mandaba, andaba todos los días tres o cuatro leguas por el deseo de instruirse. A poco tiempo después un eclesiástico instruído y benéfico se encargó de este niño tan digno de aprecio, y le hizo seguir los estudios. Baillet fué con el tiempo un sabio distinguido, y murió en 1749. No es él solo que ha recogido noticias acerca de los niños célebres por sus tareas literarias: otros muchos autores se han ocupado en lo mismo, y nos han dado obras muy curiosas en esta clase (1).

—Me parece—dijo la Marquesa a M. Fremont—que por agradar a

(1) Entre otros, Goezio, Kleffeker, Wolff, Seelen, etc. Véase el *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza* en la palabra *Niños precoces*. Se puede también colocar entre los niños famosos a Eduardo VI, rey de Inglaterra, hijo de Enrique VIII y de Juana de Seymur. Empezó a reinar a la edad de nueve años, y ya sabía entonces el griego, el latín, francés e italiano. María Stuardo, reina de Escocia, pronunció públicamente en una sala del Palacio del Louvre en presencia de Enrique II, de la reina Catalina de Médicis y de toda la corte, un discurso latino que ella había compuesto, en que probaba (contra la preocupación tan generalmente arraigada) que es conveniente y muy útil al Estado el que las mujeres tengan instrucción; sabía también hacer versos franceses muy buenos para aquel tiempo; reunía además en sí todas las habilidades y gracias: bailaba, cantaba perfectamente, y tocaba con suma destreza varios instrumentos.

La historia del famoso *Pico de la Mirándola* es generalmente conocida, y asimismo es muy sabido que el célebre *Pascal* a los doce años era ya un buen geómetra.

nuestro auditorio dijo usted al principio que todos los niños de que iba a hablar eran prodigios. Es cierto que todos ellos son superiores a los nuestros: no obstante, no hallo más que uno solo que sea verdaderamente un prodigio, y es el que hablaba a los diez meses. Todos los demás no me parece que son más que unos niños muy aplicados.—En efecto—respondió el abate;—todo su mérito no consistía más que en una aplicación constante, juntamente con una suma docilidad. He leído con mucha atención todo lo que hay escrito acerca de ellos, y he visto que todos tenían un respeto sin límites y mucho afecto a sus maestros, y, por consiguiente, una obediencia ciega y una dulzura inalterable.—Pero—replicó César—la memoria tan prodigiosa que tenían... Era fruto, no del entendimiento ni de los talentos, sino solamente de las prendas que acabo de decir. Siempre se acuerdan los niños de lo que oyen con atención. La prueba de esto es que nunca se ha visto que un niño aplicado no tuviese una memoria muy singular. Además, calcule usted el tiempo que la impaciencia, el mal humor, las rabietas, las réplicas y razones fuera de tiempo hacen perder a un niño indócil y desobediente. Si se le reprende, en vez de poner más atención y escuchar con sumisión, gasta el tiempo en dar excusas inútiles, y entonces se ve el maestro precisado a hacerle callar. Si obedece, se enfada, murmura en su interior, ya no oye nada, está distraído, colérico: ya es ésta una lección perdida.—Pero no creo, M. Fremont, que usted me repunte por un niño *indócil y desobediente*.—No por cierto, y a no ser así, no estaría en su compañía. Usted es generalmente dócil y obediente, y no le falta aplicación; pero no posee todavía estas cualidades en un grado eminente: en dos palabras, no es lo que podía y debía ser.—¡Ah! Le aseguro a usted que nunca he tenido tanta emulación como ahora que sé que ha habido en todos tiempos tantos niños célebres; y puesto que para serlo no es menester más que ser dócil y tener buen corazón, voy a hacer cuantos esfuerzos pueda para conseguirlo, y espero que en adelante estará usted contento de mis adelantos.—Carolina y Pulqueria hicieron las mismas promesas a su madre, y todos se fueron a acostar muy contentos de una velada que había producido tan buenas resoluciones.

La llegada de algunos conocidos que vinieron a pasar algunos días en Champceri interrumpió las veladas; pero la noche misma del día en que se fueron, la Baronesa contó la historia siguiente:



LOS ESCLAVOS O PODER DE UN BENEFICIO

Snelgrave era un viajero inglés, capitán de un navío de su nación, y recomendable por su humanidad y virtudes. Hizo muchos viajes al Africa (1), empleándose en lo que llaman trato o comercio de negros, tráfico abominable, y que a pesar de lo admitido que está no es menos vituperable, puesto que ofende y ultraja a la Naturaleza, y que no se puede hacer sin exponerse a los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperación y el despecho. Por tanto, los europeos que se emplean en la compra y venta de carne humana se ven precisados a tener atados todo el tiempo de la navegación a los infelices negros todas las noches y la mayor parte del día, y a pesar de estas precauciones los esclavos hallan a veces ocasiones de juntarse y de tramar conspiraciones, cuyas resultas suelen ser no pocas veces la muerte de sus tiranos (2).

(1) Por los años 1722.

(2) * Aun suponiendo que los negros arrancados de su patria se hallen mejor tratados y con más medios espirituales que en ella (que lo primero es incierto, y lo segundo les sucede a muy pocos), nunca dejará de ser una violencia contraria, no sólo a las leyes del Cristianismo, sino también a las de la Naturaleza, la de sacarlos con engaño o fuerza de en medio de los suyos. Si Dios por sus altos fines los ha hecho nacer en un país en donde carecen de la luz precisa para salvarse, ¿tendremos por eso derecho de disponer de su libertad a nuestro arbitrio, o será que el hombre quiera enmendar las obras y disposiciones del Creador? Si el celo de su bien espiritual fuese el verda-

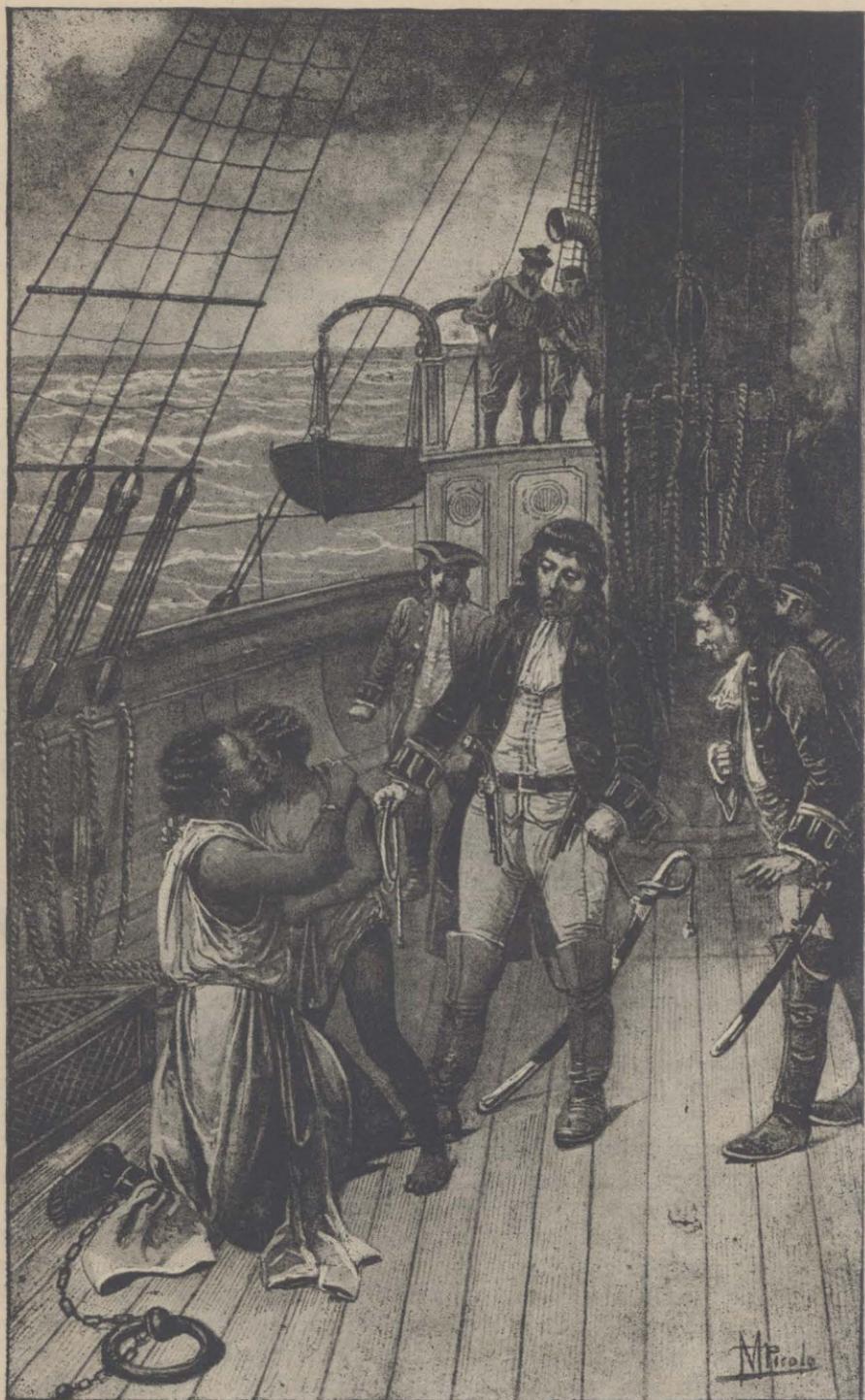
Snelgrave compró muchos negros cerca del río Callabar. Distinguió entre aquellos infelices a una mujer joven cuyo aspecto manifestaba suma angustia y dolor. Movido de las lágrimas que vertía, la hizo preguntar por su intérprete la causa de ellas, y supo que lloraba por un hijo único que se le había perdido el día antes. Lleváronla al navío con los demás esclavos. Aquel mismo día el cacique o rey de aquel territorio hizo decir a Snelgrave si gustaba ir a visitarle. Convino en ello Snelgrave; pero, conociendo la ferocidad de aquella nación, se hizo acompañar de doce marineros bien armados. Le llevaron a alguna distancia de las costas, en donde encontró al Rey sobre un asiento elevado a la sombra de algunos árboles. Era numeroso el concurso; varios de los principales de la nación le rodeaban, y su guardia, compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas con el sable al lado y la azagaya en la mano, estaba a espaldas del Rey a alguna distancia: los ingleses con los fusiles al hombro se colocaron enfrente del Rey.

Snelgrave le presentó algunas frioleras de Europa, y al tiempo que acababa su arenga oyó unos gemidos tan lamentables, que le hicieron estremecer: se volvió hacia la parte de donde venían, y vió a un negrito atado con una cadena a una estaca clavada en el suelo. A sus dos lados estaban dos negros de aspecto espantoso armados con hachas y vestidos de un modo extraordinario, al parecer guardando aquel niño que los miraba llorando y juntaba sus manecitas suplicándoles le dejasen. Viendo el Rey la alteración que aquel extraño espectáculo había causado a Snelgrave, le dijo para sacarle de cuidado que no tenía nada que temer de aquellos dos negros que tan sobresaltado estaba mirando. Luego le explicó con mucha gravedad que aquel niño era una víctima que iba a sacrificar al Dios *Egho* por la prosperidad del reino. Horrorizóse Snelgrave al oír tales razones. Sólo llevaba consigo doce hombres: la corte y guardia del príncipe africano se componía de más de cien negros; pero su compasión y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo que podía temer, atendido el número y feroci-

dero fin que mueve a los inhumanos opresores, podrían conseguirlo por medios menos violentos y más conformes al espíritu de la Religión, dictada por un Dios de paz y enemigo de la violencia. Procuren, pues, formar establecimientos entre ellos; denles con dulzura y con su ejemplo las primeras nociones del Cristianismo y de las virtudes, tan amables, que son consecuencias de nuestra verdadera Religión. De este modo conseguirán el bien espiritual y material de aquellos infelices; pues lo contrario es querer encubrir con el velo aparente de celo por la propagación de nuestra Fe y misión civilizadora su inhumana ambición y codicia. Y si acaso quieren de buena fe los representantes de aquellos pueblos más adelantados llevar la luz del progreso allí donde sólo tinieblas rodean la vida moral de tantos seres como habitan apartadas regiones sumidas en la mayor barbarie; si, en realidad, los modernos paladines del derecho sólo anhelan la redención y la felicidad humanas, deben necesariamente inspirarse en la conducta de Aquel que nos legó con su sangre el código inviolable de la conciencia, expresado en máximas sublimes de libertad, de amor y de justicia.

dad de los bárbaros que le cercaban.—¡ Oh amigos míos!—exclamó volviéndose a los suyos.—¡ Libremos a esta infeliz criatura!—Diciendo esto se arroja hacia el negrito: animados los ingleses del mismo sentimiento le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos, embisten de tropel a los ingleses. Snelgrave saca una pistola, y apuntando con ella al Rey, le dice que le oiga. Atemorizado el Rey, calma con una sola palabra el furor de sus negros, que al punto se quedaron inmóviles. Entonces Snelgrave, por medio del intérprete, explicó los motivos de su acción, y concluyó suplicando al Rey le vendiese la víctima. Este admitió la propuesta.

Snelgrave estaba determinado a no disputar sobre el precio; pero su fortuna quiso que el Rey negro no necesitara de oro ni plata: no conocía los diamantes y perlas, y así, creyendo pedir mucho, exigió un collar de cuentas de vidrio azul, que al punto se le entregó. Al instante vuela Snelgrave hacia la inocente criatura que acaba de librar de la muerte, y saca su sable para cortar la cuerda con que estaba atado. Espantado el niño, cree que Snelgrave va a matarlo y da un doloroso grito. Lleno de gozo, Snelgrave le toma en sus brazos y le estrecha contra su pecho: libre el niño de temor, se sonríe y acaricia a su libertador, el cual, enternecido y lleno de una deliciosa conmoción, se despide de los negros y vuelve a su navío. Al llegar a bordo vió Snelgrave sobre la cubierta a la negra que había comprado aquella misma mañana. La había dado una congoja, y estaba bañada en llanto, sentada al lado del cirujano del navío, que, no habiendo podido conseguir que tomase algún alimento, la obligaba a que estuviese al aire, por miedo de que no volviese a desmayarse. Al pasar Snelgrave con su gente junto a ella volvió la cabeza, y viendo al negrito que un marinero llevaba en brazos, da un grito penetrante, se levanta, corre precipitada hacia el niño, que por su parte la conoce, la llama y la tiende los brazos. Ella le recibe en los suyos. Las funestas resoluciones que ha formado, la pérdida de su libertad, los proyectos de desesperación y los males que ha padecido: todo lo olvida. ¡ Qué mucho, si es madre y vuelve a encontrar a su hijo! Después la informa el intérprete de todas las circunstancias de la acción de Snelgrave. Entonces, agarrada siempre de su hijo, corre a echarse a los pies de su bienhechor.—¡ Ahora sí—le dice;—ahora sí que soy tu esclava! Si no fuera por este niño, esta noche la muerte me hubiera librado de la esclavitud. Tú no eras para mí más que un tirano; pero me has vuelto a mi hijo: es darme más que la vida. Ya eres mi padre. ¡ Sí; puedes contar en adelante con mi obediencia: este hijo querido es prenda de mi palabra! En tanto que esta mujer hablaba con el fuego y expresión de la mayor gratitud, el intérprete explicaba sus razones a Snelgrave. No podía éste recibir un premio más dulce de su acción; pero no fué él sólo. Tenía a su bordo más de trescientos esclavos. La negra les refirió todo el caso. Después de haberla escuchado los negros, rodearon a Snelgrave, expresando su admiración con repetidas aclamaciones, y le prometieron una sumisión sin límites. En efecto; en lo restante del



Ella le recibe en los suyos...

viaje halló en ellos todo el respeto y obediencia que un padre podía esperar de sus hijos (1).

Si tal es el poder de los beneficios y de la virtud en unos salvajes los más feroces, ¿cuál debe, pues, tener entre nosotros este medio infalible de granjear y sujetar a los hombres? Esta historia, hijos míos, debe también confirmarnos en una verdad que nunca me cansaré de repetiros, y es que una acción virtuosa rara vez deja de ser útil a nuestros intereses personales.—César—dijo la Marquesa,—¿de qué clase es la acción de Snelgrave? ¿Es heroica?—¿Heroica?—No lo creo; pero voy a examinarla según las reglas que usted me ha dado.—Veamos si te acuerdas bien de ellas.—Para que una acción sea heroica es preciso que sea útil, que el que la ha hecho se haya expuesto a un gran riesgo, que le haya costado un gran sacrificio, y que le hubiese sido posible no hacerla sin incurrir en nota de desprecio.—Justamente: volvamos ahora a Snelgrave.—Se expuso a un gran riesgo.—Mucho menor de lo que crees. Es cierto que no llevaba consigo más que doce hombres, y que los negros componían una tropa de más de cien hombres; pero los salvajes más feroces son siempre también los más cobardes. Además de esto, todos los ingleses tenían fusiles; y si se hubiese trabado el combate, no hay duda en que los negros habrían huído a la primera descarga.—Por tanto, el peligro no era muy grande, y me parece que Snelgrave hubiera sido despreciable si, pudiendo impedirlo, hubiese dejado degollar a su vista aquel pobre niño: por consiguiente, no hizo más que una acción buena, y no una acción heroica.—Muy bien dicho; pero se debe estimar en mucho aquel primer movimiento tan generoso e independiente de toda reflexión que le hizo volar al socorro de aquel niño. Fué tan impetuoso este impulso, que no cabe duda en que hubiera despreciado los mayores riesgos; y esto es lo que califica su acción en gran manera. El hecho por sí mismo no es heroico: la humanidad se lo prescribía; pero el primer movimiento que le inspiró es sublime.

—Abuelita mía—dijo Carolina,—la historia que usted nos ha contado es muy buena; pero es tan corta...—Pues bien, hijos míos—respondió la Baronesa;—voy a contaros otra. La acción de Snelgrave no le ha parecido a César heroica: veamos qué le parece ésta:

El virtuoso duque de Borbón (cuñado de Carlos *el Sabio*) estuvo en rehenes por el rey Juan, y fué ocho años prisionero. Su ausencia ocasionó mucho desorden en sus Estados. Los barones usurparon parte de sus dominios; y Chauveau, su procurador general, se vió precisado por la obligación de su empleo a hacer informaciones contra ellos. Libre el Duque y de vuelta a sus Estados, cerró los ojos sobre las culpas pasadas, y no pensó más que en granjearse los corazones de sus vasallos. Instituyó la Orden de la *Esperanza*. En medio de la solemnidad de esta ceremonia se presentó el rígido Chauveau con los cuadernos de las in-

(1) Véase el *Compendio de la Historia general de los Viajes*, tomo III, página 39 y siguientes.

formaciones en la mano. Los presenta de rodillas al duque, y le dice:—Aquí hallaréis, señor, muchos reos: los unos merecen pena de muerte, los otros a lo menos merecen pena de confiscación de bienes; éste es el registro de sus delitos. Todos los prevaricadores estaban presentes, y temblaban de miedo.—Chauveau—dijo el Príncipe,—¿has tenido cuenta también con los servicios que me han hecho?—Coge él mismo los cuadernos, y sin leerlos los arroja al fuego. Aquellas palabras divinas, aquella acción generosa hizo verter a todos los circunstantes lágrimas de gratitud y gozo: no hubo alguno de aquellos señores, ya fuese reo o inocente, que no jurase sacrificar su vida por un príncipe tan magnánimo (1).—¡Ah!—exclamó César.—¡Esta acción sí que es heroica!—Ya veis, pues, hijos míos—prosiguió la Baronesa,—a qué grandeza de ánimo nos puede hacer llegar la bondad del corazón: si se supiese cuán dulce y útil es el saber perdonar, no serían tan raros estos ejemplos.

Aún estaba hablando la Baronesa, cuando se oyó un gran rumor en la casa: los niños corren hacia la puerta, y su madre los sigue precipitadamente. En el mismo instante oyen varias voces repetidas, y perciben claramente estas palabras: *¡Se han hecho las paces!* Mad. de Clemira se arroja aceleradamente fuera del cuarto; encuentra una posta que llegaba de París, y que le confirma esta feliz nueva.—¡La paz!—exclamó Mad. de Clemira.—¡Ah; bendigamos al Cielo y al Rey que nos la dan! No pudo decir más, porque las dulces lágrimas de la alegría le embargaron la voz. Abraza a su madre, a sus hijos, vuelve a leer veinte veces la carta, repitiendo a cada instante: *¡Se han hecho las paces!* ¡Y son paces ventajosas! ¡Dentro de dos meses a más tardar, veremos aquí a vuestro padre!—¡Ah, mamá!—dijo Pulqueria.—¡No nos envíe usted a acostar; permita usted que veamos esta noche para hablar de nuestra dicha! Se otorgó esta súplica, y, sabiendo la Marquesa que la posta al atravesar el lugar había gritado con toda su fuerza por todas las calles por donde pasaba: *¡se han hecho las paces!*, quiso saber si algunos aldeanos habían acudido al palacio. En efecto; estaba a las puertas de él casi todo el lugar. Hiciéronlos entrar. Al punto bajó la Marquesa; la rodearon con impaciencia, y ella les leyó la carta que acababa de recibir. Después de esta lectura todos a una voz empezaron a gritar: *¡viva el Rey!*, con aquel gozo tan natural a los vasallos que tienen la dicha de lograr un rey que se envanece de ser padre de sus súbditos. La Marquesa convidó a ber a todos los aldeanos, se iluminó de prisa todo el patio del palacio y parte de los jardines, el cocinero preparó algo de comer, y todos pasaron la noche bailando y cantando con la mayor alegría. Aquella noche César y sus hermanas se acostaron, por la primera vez en su vida, al amanecer.

Todos los vecinos de Mad. de Clemira vinieron a darle la enhorabuena de un suceso tan grato a todos en general, y más particularmente a ella. Fué preciso volver estas visitas, y empezó por Mad. de Luzane, que la hizo quedarse un día entero en su casa. M. de Luzane quiso en-

(1) *Historia de las disputas de Felipe de Valois, etc., tomo II.*

señalarla su jardín, que era a la inglesa, esto es, que ningún árbol estaba cuidado, al extremo de que las ramas azotaban la cara y se enredaban en los cabellos; los cardos y las ortigas crecían libremente en aquel sitio campestre; se veían dos o tres montones de tierra calificados con el honorífico nombre de montañas; algunos escombros figuraban una ruina; dos o tres casillas viejas y descuidadas componían el lugar, y algunos puentecillos de madera puestos sobre un arroyuelo de agua detenida, corrompida y sucia se llamaba el río. Por tanto, se ve que, a excepción de un peñasco, de un templo y de un sepulcro, este jardín tenía todas las partes esenciales que constituyen un jardín a la inglesa, cuando el que los forma tiene gusto, invención y talentos. Y así, esta agradable posesión, obra de M. de Luzane, daba mayor fuerza a su natural vanidad: disfrutaba de todos los privilegios anejos a la gloria de haber imaginado un jardín a la inglesa. Declamaba con fuerza contra toda la simetría y primer empleados en los jardines comunes, creyendo admirar a todos con la novedad de sus ideas y exquisito gusto.

Carolina y Pulqueria, que desde el lance del telescopio habían tomado sumo cariño a Sidonia, se pasearon con ella y fueron a merendar a su cuarto. Hallaron en él varias cestas llenas de hojas de rosa, y preguntándola a qué uso las destinaba, respondió que eran para hacer agua de rosas.—Pues qué—dijo Pulqueria,—¿usted sabè hacerla?—Es muy fácil—replicó Sidonia.—También hace la señorita—dijo entonces el aya de Sidonia—con esas mismas hojas un color encarnado que le sirve para pintar los ramilletes que ustedes ven puestos en esos cuadros.—Y las hojas verdes, ¿con qué las pinta?—Saca de algunas plantas el color verde.—¡Qué bueno es eso!—¡Oh; la señorita sabe hacer otras muchas cosas! También ha hecho el jarabe de horchata que ustedes han probado y han alabado tanto, y la mermelada de grosellas.—¡Cuánto diera yo por saber otro tanto!—Ahora mismo lo sabrá usted: voy a darla todas mis recetas, y sin trabajo hará lo mismo que yo.—¿Conque podremos hacer agua de rosas y colores?—Mañana mismo, si ustedes quieren.—Después que Sidonia les dió sus recetas, su aya abrió un armario, rogando a Carolina y Pulqueria que se acercasen.—Vean ustedes esos acericos, esos cofrecitos, esas bolsas bordadas y esos cordones de bastón. Sidonia ha trabajado todo ese almacén.—No hay nadie—interrumpió Sidonia—que no pueda hacer otro tanto: como no tengo habilidades, precurro a lo menos variar mis ocupaciones. Mi madre con su ejemplo me hace tomar la costumbre de no estar ociosa un solo instante.—Pulqueria, que registraba atentamente todo lo que había en el cuarto, atisbó debajo de la cama un cajón grande. Preguntó a Sidonia lo que era. Sidonia se puso colorada, y la respondió que aquel cajón no tenía nada de particular. Su aya se echó a reír.—No me atrevería—dijo—a desmentir a la señorita: no obstante...—¡Por Dios—la dijo Sidonia,—aya mía!...—Ciertamente—interrumpió el aya,—no es posible comprender la vergüenza de las señoritas; porque ¿quién no creería al verla a usted en este instante que tiene motivos justos para estar sonrojada? Y con todo...—¡Por Dios,

aya mía; calle usted, por Dios!—¡Vamos; callaré! No diré más que una cosa, y es que en ese cajón hay también labores de la señorita, y que su madre la ha reñido porque se ha levantado a las cinco de la mañana para acabarlas, lo que no ha podido hacer a causa de la llegada de mi señora la Marquesa de Clemira.

Este diálogo movió en gran manera la curiosidad de Carolina y Pulqueria. Esta sobre todo no pudo contenerse: la abrazó, quejándose tiernamente de su falta de confianza, y la suplicó la enseñase las bonitas labores que había en el cajón. Sidonia se sonreía, abrazaba a Pulqueria, y no la respondía. El aya, que estaba rabiando por ver el cajón abierto, tomó la palabra:—Es muy cierto—dijo—que la señorita no debe decirlo, ni debe alabarse, y por eso ha trabajado en secreto y sin que nadie la ayudase. En fin, todo se descubre: yo por mí no hace más que cuatro o cinco días que lo sé, y aun ha sido a pesar suyo. Vamos, hija mía—continuó, hablando con Sidonia;—dé usted gusto a estas dos señoritas: yo prometo que no dirán nada a nadie.—¡Oh; no por cierto!—dijo Pulqueria.—No puedo negarles cosa alguna—replicó Sidonia, algo triste;—pero en verdad que ese cajón no vale la pena.—Aprovechémonos del permiso—dijo el aya, sacando el arca en medio del cuarto. Carolina y Pulqueria se ponen de rodillas al lado de ella para ver mejor. Pero luego que el aya hubo abierto aquel misterioso cajón se quedaron heladas al ver que no había en él más que unos vestidos toscos de aldeana.—Aquí—dijo el aya—hay seis camisas: el lienzo es ordinario; ¡pero vean ustedes qué puntadas! También hay dos jubones y dos justillos, pañuelos, delantales y calcetas. Parece que se han quedado ustedes admiradas, señoritas—prosiguió el aya. Fácilmente adivinaron Carolina y Pulqueria que todo aquello estaba destinado para alguna pobre mujer, y, aunque muy niñas, supieron apreciar la resistencia que Sidonia había opuesto a su curiosidad. Igualmente movidas de la acción y del virtuoso empacho que aquella amable niña manifestaba todavía, se arrojaron en sus brazos, y la sensible Sidonia las estrechó repetidas veces en ellos con las más vivas expresiones de amistad y de cariño. Enternecida el aya, las contempla en silencio; pero por último refirió que, en efecto, aquel cajón estaba destinado para una pobre mujer de quien cuidaba Sidonia hacía ya un mes; y Pulqueria, a fuerza de preguntas, averiguó que era la misma que habían visto con el telescopio. Esta agradable conversación se acabó al volver la Marquesa de paseo: envió a llamar a sus hijas, y Sidonia, cogiendo a cada una de un brazo, las llevó a la sala. Por la noche, al volver a Champceri, Carolina y su hermana contaron a la Marquesa todo lo sucedido.—¡Ay, hijas mías; aprovechaos de un ejemplo tan bello! Considerad que las almas más insensibles y duras no pueden menos de admirar la virtud; pero se contentan con este tributo de admiración involuntaria y estéril: por el contrario, las personas virtuosas se abrazan en deseos de imitar todo lo que admiran.—Puede usted creer firmemente, mamá, que nosotras imitaremos a Sidonia; no lo dude, y, como ella, no estaremos un instante ociosas. En nuestros ratos perdidos haremos car-

teras, cofrecitos, agua de rosas, y trabajaremos para los pobres.—¿Sidonia no os ha dicho que estudia la Botánica, y que conoce perfectamente todas las plantas de los campos y sus propiedades?—No, señora. ¡Es tan callada! Pero ¿cómo ha podido aprender eso?—Paseándose con monsieur de la Paliniere, que, como ya sabéis, es un gran botánico. Sidonia, que no pierde ocasión de instruirse, siempre que M. de la Paliniere va a ver a su madre se pasea con él y recoge todas las plantas que encuentra.—Si nosotras hubiésemos tenido esta idea, ya pudiéramos conocer muchas, porque nos hemos paseado infinitas veces con M. de la Paliniere.—Si hablásemos menos y nos aprovechásemos más de la instrucción de las gentes que tratamos o con quienes vivimos, los hombres nos instruirían muchísimo más que los libros, y nadie nos parecería enfadoso. M. d'Ormont, por ejemplo, no es muy divertido.—¡Oh; es tan triste... con sus prados artificiales! Me acuerdo de esta palabra porque siempre que viene a casa se la oigo decir cien veces.—Sí; porque yo le hago hablar siempre de Agricultura, que es la única cosa que sabe a fondo y en que se ocupa. Le doy un gran gusto en sacar esta conversación, y al mismo tiempo me instruyo escuchándole.—Lo mismo que cuando M. Milet estuvo cinco días en Champceri, que siempre hablaba usted de Anatomía.—Porque M. Milet es excelente cirujano y muy buen anatómico, y de este modo no hay persona de quien no se pueda sacar fruto y cuya conversación no sea instructiva.

Después de estas reflexiones se volvió a hablar de Sidonia, y la Marquesa no se olvidó de decir a sus hijas que sólo su poca edad podía servir de excusa a la indiscreción con que habían abusado de la condescendencia de Sidonia instándola a que las descubriese una cosa que deseaba ocultarlas, y las hizo conocer cuán peligrosa es la curiosidad, puesto que hace incurrir en semejantes faltas.—¿Y habéis pedido licencia para comunicarme este secreto?—añadió la Marquesa.—Sí, señora, y al punto convino en ello muy gustosa.—Porque conoce todas las obligaciones de una hija para con su madre; pero si no tuviese tanto juicio y prudencia y os hubiese encargado ocultármelo, ¿qué hubierais hecho?—No sé, mamá. ¿Hubiéramos podido entonces hablarla a usted de ello?—Pero ¿no habíais dado palabra antes de abrir el cajón de no decirlo a nadie?—Sí, señora.—Y con esa condición habéis logrado lo que deseabais.—No hemos creído fuese necesario añadir: *a nadie, excepto a mamá*; porque eso ya se suponía.—No podemos ligarnos a una promesa sino por nuestras acciones y palabras: la intención no tiene fuerza respecto a esta especie de trato, cuando no se manifiesta en las expresiones. Por tanto, en este caso u otro semejante en que prometieseis guardar un secreto sin expresar la excepción que habéis hecho, os veríais obligadas, o a faltar a vuestra palabra dándome parte del secreto, o a guardarle faltando a vuestra obligación, que es no tener nada oculto para mí.—Ya lo comprendo: nos sería preciso, o engañar a usted, o faltar a nuestra palabra, y cualquiera de estas cosas es muy mala. Nunca nos veremos, mamá mía, en semejante alternativa, porque no admitiremos ningún secreto sin pedir

antes el permiso de comunicárselo a usted; y si no nos le quieren dar, rehusaremos saber el secreto.—Debéis hacerlo así; tanto más, cuanto que una persona que quisiera limitar vuestra confianza para conmigo carecería ciertamente de principios rectos y buen modo de pensar, y su secreto podría seros peligroso.

Como la Marquesa tenía muchas cartas que escribir, no se volvieron a empezar por entonces las veladas. César pidió permiso a su madre para leer la *Iliada*, de Homero.—No tienes aún bastante edad—le dijo la Marquesa—para conocer las bellezas de esa obra: no obstante, como su lectura es indispensable para la inteligencia de una infinidad de cuadros y pinturas, vengo en ello; pero no es libro que puedes leer a tus solas.—¿Y por qué, mamá?—Leyéndolo conmigo comprenderás mejor sus perfecciones, y sobre todo sus defectos.—Pero ya sé que Mad. de Dacier le ha puesto notas, y le prometo a usted que no las pasaré sin leerlas.—Esas notas son precisamente las que yo sentiría mucho que leyese solo.—¿Pues qué, mamá, no son juiciosas?—Tráeme la *Iliada*, que está en aquel estante.—Aquí la tiene usted.—Voy a leerte algunos pasajes. ¡Vaya; éste! Pero antes es preciso enterarte de lo que trata. En una batalla, Adrasto, joven guerrero troyano, pelea desde su carro; sus caballos se desbocan y hacen pedazos el carro. Adrasto cae en el suelo boca abajo: entonces Menelao se abalanza a él con intención de atravesar con su pica a un enemigo tendido en el suelo e indefenso; pero Adrasto le pide la vida, prometiéndole un fuerte rescate. Iba ya Menelao a darle la vida, cuando Agamenón llega corriendo y le reprende con enojo su piedad.

—“¡No perdonemos a los troyanos!—dijo.—Ninguno de ellos se escape de entre nuestras manos. ¡Mueran hasta los niños que están en los vientres de sus madres! ¡Perezcan todos con Ilión!, etc.

”Esta exhortación llena de fuerza y de prudencia cambió la intención de Menelao, que al instante desvía de sí al infeliz Adrasto, al mismo tiempo que Agamenón le atraviesa el pecho con su lanza. Queda aquel joven príncipe tendido en el suelo, y Agamenón, poniéndole un pie sobre la garganta, retira su lanza.” (*Iliada*, lib. 6.)

—Y bien, hijo mío—dijo la Marquesa;—¿qué te parece esta acción?—Me parece horrible: matar a un enemigo sin defensa es asesinarle.—Tales son, no obstante, los héroes del poema. Pero veamos la nota de Mad. Dacier acerca de esto; dice así:

“Homero alaba esta crueldad de Agamenón porque, como hay cierta especie de compasión nociva, hay también una crueldad provechosa. Unos enemigos tan injustos y pérfidos cuales eran los troyanos, no merecían perdón alguno” (1).

(1) ¡Qué lenguaje, y sobre todo en boca de una mujer! Y además, ¡qué lógica tan falsa! ¿En qué consistía la perfidia e injusticia de los troyanos? París había robado a Elena: es cierto; pero este delito lo era de un príncipe troyano, y no de toda la nación. Aun dado que la injusticia fuese general, ¿acaso ésta puede autorizar un asesinato? Aun cuando los troyanos fuesen



Agamenón le atraviesa el pecho con su lanza...

—Pues ¿cómo Mad. Dacier aprueba esta acción?—Nunca he creído que la inhumanidad pudiese parecerte bien; pero como todas las notas de Mad. Dacier son de esta clase, he debido temer que la autoridad de una persona tan justamente celebrada hubiese a lo menos debilitado en ti el horror que debe inspirarte la crueldad.—Pues qué, mamá, ¿madama Dacier no desaprueba nunca las acciones bárbaras?—Nunca, ni aun las acciones más infames. Dolon, espía troyano, se halla en poder de Ulises y Diomedes: les pide la vida; Ulises se la otorga, con tal que les declare cuanto sepa. En este supuesto, el cobarde Dolon informa de todo pormenor a los dos guerreros, quienes, más infames y pérfidos que él, despreciando su palabra, cometen la atrocidad de matarle. Aquí tienes el lance; ésta es la nota: repara cómo Mad. Dacier aprueba esta acción infame. ¿Quieres otro ejemplo más? Ulises, después de haber tendido en el suelo a Soco con una herida mortal, le insulta diciéndole que su cuerpo quedará sin sepultura y será despedazado por las aves de rapiña, que pelearán sobre su cadáver, etc., y no hay nota de Mad. Dacier; pero en otra ocasión semejante ha creído poder sacar partido de la bárbara ironía que emplea Idomeneo, y, por tanto, ha puesto una nota. Herido éste de muerte cae, e Idomeneo, envanecido con su victoria, le dice así:—“Otríoneo, serás el más valiente de los mortales si cumples la palabra que has dado a Príamo (1). Aquel buen rey, para obligarte a cumplirla, ha prometido darte su hija; pero nosotros podemos contentarte mejor que él. Enviaremos a buscar a Argos, la más hermosa hija de Agamenón, y te la daremos por esposa, con tal que tu ínclito valor nos haga dueños de Troya. Ven, pues, a nuestros navíos para que arreglemos las cláusulas de tu casamiento: no somos indignos de tener un yerno como tú. Después de esta sangrienta burla Idomeneo le arrastraba de los pies, etc.” (*Iliada*, lib. 13.)

—¿Qué horror!—dijo César.—¿Insultar de ese modo a un enemigo vencido y casi expirando! No es posible pensar cosa más cruel e infame. ¿Cómo ha podido excusar Mad. Dacier semejante desatino?—Homero conviene en que esta burla es amarga; a Mad. Dacier no le parece sino *heroica* y *chistosa*: escucha su nota:

“Homero ha insertado aquí con mucho arte estas chanzas, propias de un ánimo *heroico*, muy capaces de encender el valor de los combatientes que las escuchan y de *divertir* al pacífico lector que las lee. Además, Homero *realza más con esto el carácter de Idomeneo* haciendo ver que en medio del mayor riesgo no deja de conservar su *alegría* natural, lo que es prueba de gran valor.”

—¿Es posible que Mad. Dacier haya hecho imprimir semejante dictamen?—Lo extrañas, y con razón. En efecto; no se debe pensar, racio-

todos pérfidos, ¿era este motivo suficiente para pasar a todos a cuchillo sin excepción y sin piedad? ¿Era esta razón bastante para no perdonar ni aun al niño en el vientre de su madre?

(1) Había prometido a Príamo rechazar a los griegos, y Casandra debía ser el premio de sus servicios.

cinar ni escribir así, aunque se sepa el griego. Demos fin a este examen por un paso que se me presenta. Menelao vence y rinde a Pisandro, y después, poniéndole un pie sobre la boca del estómago, le hace un discurso igualmente largo e insultante. *Palabras llenas de hiel*—añade Homero, y Mad. Dacier, hablando de este discurso, dice *que está lleno de fuerza, de oportunidad, y que es muy lacónico* (1).—Pero, mamá, según eso, Mad. Dacier tenía muy mal corazón.—Todo lo contrario: tenía un corazón muy sensible.—Pues carecería de juicio y de entendimiento.—Nada de eso: es muy cierto que tenía mucho mérito, y universal.—¿Pues cómo pudo escribir cosas tan horrorosas?—El entusiasmo y la pasión la cegaban: sabía perfectamente el griego; por consiguiente, conocía mejor que nadie todas las bellezas de la *Iliada*, y su pasión por Homero la privaba de aquella imparcialidad tan estimable y poco común, y sin la cual ningún escritor puede persuadir ni instruir.—Esto prueba también, mamá, como usted nos ha dicho muchas veces, que no debemos apasionarnos sino de la virtud, porque todas las demás pasiones nos ciegan enteramente.—Ahora espero que ya renunciarás al proyecto de leer la *Iliada* a tus solas.—Sí, señora: había oído decir que se la permitían leer a todos los niños de mi edad, y que sus notas eran muy instructivas. El año pasado vi que mi primo Federico leía la *Iliada* y la *Odisea* en sus horas de recreo, y por esto le pedí a usted el mismo permiso; pero puesto que hay tan malos principios en esta obra, más quiero no leerla sino con usted, porque de este modo me hará comprender todas las consecuencias de los principios peligrosos que contiene.—En general, son pocos los libros que puedes leer solo sin riesgo.—Pero un libro de historia, ahora que ya sé juzgar de las acciones...—Ya has leído todos los compendios excelentes y trabajados principalmente para la juventud y niñez (2). ¿Qué historia quieres leer ahora?—La de Malta.—El abate Vertot es muy buen historiador; pero sus juicios están muy lejos de ser justos y conformes a los principios de una sana moral.—Elija, pues, usted misma el libro que quiera darme.—¿Me prometes leer siempre despacio y con reflexión, y referirme por la noche lo que hayas leído en el día?—Sí, señora.—Pues bien; voy a darte un Compendio de la Historia de Inglaterra en dos tomos, que me parece muy claro y bien escrito.

De allí a dos días César dijo a su madre que le había disgustado una cosa que acababa de leer en el libro que le había dado.—Veamos—dijo la Marquesa:—léelo.—Es como se sigue—dijo César:

“Los franceses fueron derrotados en Azincourt por Enrique V: hizo tantos prisioneros, que para seguir resistiendo al enemigo, que procuraba rehacerse, tuvo que pasar a cuchillo a todos los que la suerte había puesto en sus manos” (3).

(1) Se podrían citar en la misma obra otra infinidad de pasajes semejantes; el libro XXI está lleno de ellos.

(2) Por el abate Millot.

(3) *Nuevo Compendio Cronológico de la Historia de Inglaterra*, dos tomos en folio; véase el tomo I, pág. 75.

--Y bien; ¿qué es lo que te disgusta en este paso?--Me parece que el historiador es como Homero: refiere esta crueldad como una cosa natural, y aun indispensable. No hace después ninguna reflexión sobre ello, por lo cual parece que aprueba esta barbaridad. La Marquesa abrazó entonces a su hijo.—No has leído—le dijo—como niño: al tiempo que leías has reflexionado, has consultado tu corazón y tu razón, y este es el único medio de leer con aprovechamiento. En efecto; el modo de referir un hecho tan atroz como el que acabas de leer es muy odioso. ¿Qué dirías, pues, de la obra que estoy leyendo ahora, en la cual se halla el siguiente retrato de Fredegunda?

“Ocultó Fredegunda el defecto de su nacimiento con tan eminentes cualidades, que se puede decir que si no nació en la elevación de las primeras clases, a lo menos lo merecía. Esta es una de aquellas heroínas que no están obligadas a avergonzarse de las faltas de la suerte. La magnanimidad y elevación de su ingenio la hicieron reinar sin competencia en tiempo de Chilperico (1). ¿Es posible hablar así de una mujer abominable y manchada con tantos delitos? ¿Quién creerá que éste es el retrato de un monstruo, oprobio de su sexo y execración de la posteridad? Alaba mucho el autor su destreza y maña.—Sabía—dice—triunfar de todos sus enemigos; pero ¿con qué medios? Con traiciones y homicidios. Toda su maña consistía en hacer envenenar o asesinar a los que temía. Pero mañana te leeré, hijo mío, en la historia de Carlo Magno el verdadero retrato de Fredegunda. También leeremos en otra obra del mismo autor la narración de la batalla de Azincourt, y espero que te dará gusto.—Me parece, mamá, que le gustan a usted mucho las obras de ese autor.—Sí, porque hallo en ellas la verdadera Filosofía, ideas nuevas, una imparcialidad perfecta, la moral más pura, y juicios siempre justos y desapasionados; finalmente, todas las utilidades que la Historia debe producir: lecciones útiles para los hombres, y sobre todo para los reyes.—¿Conoce usted al autor?—No le he visto cuatro veces en mi vida.—¿Y por qué no me da usted a leer sus obras?—Quiero que las leamos juntos para que no pierdas nada, que nada se te escape y que lo conozcas todo, y así te daré otras obras para que las leas a tus solas. Te vuelvo a repetir que leas siempre con la mayor atención, pesando bien las reflexiones y juicios del autor. Insisto mucho sobre esto porque es de suma importancia, a causa de que con esta costumbre la lectura te instruirá verdaderamente, y en adelante podrás leer cualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrario, si lees sin reflexión tomarás insensiblemente mil ideas falsas, y la lectura, lejos de aclararte el entendimiento e instruirte, no servirá sino para debilitar tu razón, trastornar tus principios, y quizás corromperle al fin. El abate, que vino a buscar a César, interrumpió esta conversación. Aquella noche se continuaron las *veladas*, y la Marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

(1) Memorias histórico-críticas y anécdotas de Francia, tomo 1, pág. 70. Esta obra es muy apreciable, y está llena de notas y observaciones curiosas.



PAMELA, O LA ADOPCION FELIZ

Felicia, únicamente ocupada en la educación de sus dos hijas, vivía en medio de una familia amable, a quien estimaba y no trataba sino con sus parientes y amigos. Cada día estaba más contenta Felicia con su suerte. Tenía gusto en ocuparse y en estudiar, y su alma era dulce y sensible. Jamás conoció el odio, aborrecía la venganza y sabía amar: la amistad podía esperar de ella todo cuanto pudiese hacer. En fin, nadie despreció más de corazón que ella el fausto y las riquezas.

Entretanto, las hijas de Felicia iban ya acercándose a la edad de tomar estado. Aún no tenía quince años la mayor de ellas, llamada Camila, cuando su madre se vió precisada por varias razones a casarla. No era rica Felicia, y así, no podía establecer a sus hijas sino empleando el crédito que tenía en la Corte a favor de sus maridos. El que se presentaba para Camila era, sin duda alguna, lo mejor que podía esperar su madre; pero aunque no dudó en admitirle, sintió muchísimo verse en la dura precisión de casar a Camila en una edad tan tierna. En efecto; semejantes casamientos son tanto más dañosos para una joven de catorce o quince años, cuanto sus resultas se extienden a todo el resto de la vida. La educación, aún no perfeccionada, se queda del mismo modo imperfecta.—Pero, mamá—interrumpió Carolina,—si esa joven siempre será obediente y aplicada como antes de casarse, tu madre podrá acabar de perfeccionar su educación. La señorita que tú supones tuviese mucho entendimiento, se aprovecharía bien de los maestros oyéndolos con atención siempre que su marido fuese a sus cuartos para sus lecciones.—Pero si su marido fuese aplicado

dades que se tienen a los catorce años no pueden aún ser agradables a los demás: por tanto, debes conocer que el temor de enfadar a su marido y el gusto de hablar con él serán causa de que haga muy pocos progresos en sus estudios. Pero volvamos a nuestra historia.

A poco tiempo de estar casada cayó Camila gravemente enferma. Felicia padeció muchas pesadumbres, que, junto con las vigiliias y continua asistencia a la enferma, causaron una alteración en su salud que le duró mucho tiempo después de la convalecencia de su hija. Viendo los médicos que se resentía del pecho, la mandaron ir a tomar las aguas de Bristol. Vióse, pues, obligada a dejar a Camila en París al cuidado de su suegra, y marchó para Inglaterra con Natalia, su segunda hija, de edad de trece años.

No se había acordado Felicia de encargar que la buscasen un alojamiento. Y así, al llegar a Bristol no pudo hallar sino un cuarto en una posada, incómodo por sí mismo, y mucho más por estar separado tan solamente por un tabique del de una inglesa que estaba en cama hacía ya dos meses. Felicia, que sabía el inglés con toda perfección, hizo a la huéspeda varias preguntas acerca de su vecina, y supo que la desgraciada inglesa estaba ya desahuciada. Era viuda; su marido, joven de distinguido nacimiento, había sido desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No había podido dejar a su mujer más que una corta pensión vitalicia, circunstancia tanto más dolorosa para aquella infeliz, cuanto que tenía una hija de edad de cinco años que a su muerte se hallaba expuesta a la última miseria. Concluyó la huéspeda su relación haciéndole mil elogios de Pamela (así se llamaba la niña), y aseguró a Felicia que no podía hallarse criatura más perfecta. Esta historia interesó vivamente a Felicia, y toda la noche se le fué hablando con Natalia de su desgraciada vecina y de su niña.

Felicia y su hija habitaban el mismo cuarto. Hacía ya dos horas que estaban acostadas. Natalia dormía, y su madre se iba quedando traspuesta, cuando un movimiento extraordinario que oyó en el cuarto de la inglesa enferma la hizo despertar despavorida. Escuchó atentamente, y percibió voces y gemidos. Acordándose entonces de que la enferma no tenía para su asistencia más que una criada, creyó que su socorro no la sería inútil. Se levanta apresuradamente, coge su lamparilla, y sale poco a poco para no despertar a Natalia; atraviesa otro cuarto donde dormía la criada, y al pasar la encarga no se aparte de Natalia, y después entra en el cuarto de la enferma. La puerta de la enferma estaba abierta. Felicia oye acenidos y sollozos; se adelanta temblando... Al mismo tiempo un grito de llanto se arroja fuera del cuarto exclamando:— ¡Ya ha expirado!— ¡Oh Dios mío!— dijo Felicia.— Yo he venido a tiempo.— ¡En este mismo instante acaba de morir!— ¡Oh Dios mío! ¿Qué será de su desgraciada hija?— ¡Cómo podré encargarme de esta desdichada!— ¡interrumpió vivamente Felicia.— ¡Ah, qué dolor!— ¡Oh, qué edad para saber lo que es la muerte!

Amaba a su pobre madre en extremo, porque no puede haber criatura más sensible; pero duerme tranquilamente inmediata al cadáver. Al oír esto se estremeció Felicia.—Venga usted—dijo a la criada:—vamos a apartar esa criatura de un sitio tan funesto. Diciendo estas palabras Felicia entra en el cuarto. Para llegar a la cuna de la niña era preciso pasar al lado de la cama de la desgraciada inglesa. Felicia se estremece y se detiene. Fija un instante sus ojos llenos de lágrimas en aquel triste y doloroso objeto, y después, poniéndose de rodillas;—¡Oh madre desventurada—dijo;—cuán grande debe de haber sido el horror de tus últimos instantes! ¡Dejas a tu hija abandonada, sin amparo y sin socorro! Pero me sirve de consuelo el creer que desde la eternidad puedes aún verme y oírme. Yo me encargo de tu hija, y no la dejaré que olvide a la que le dió el sér: cada día implorará la clemencia del Sér Supremo a favor de su madre.—Diciendo esto se levantó Felicia, y con una turbación igual a su enternecimiento se acercó a la cuna. Una cortina ocultaba a la niña. Felicia con mano trémula la apartó poco a poco, y descubre a la inocente huerfanita. Contempla, como arrebatada, su hermosura y su semblante angélico. Dormía la niña profundamente, y al lado de la cama de su desgraciada madre disfrutaba pacíficamente del descanso. La serenidad de su frente, el candor de su fisonomía, a quien una dulce sonrisa daba nuevo realce, y la frescura y belleza de su tez, formaban con su situación un contraste tan singular como patético.—¡Ah—exclamó Felicia;—cómo duerme! ¡En qué instante y en qué sitio! ¡Amable y desgraciada niña! ¡En vano al despertarte llamarás a tu madre! Pero a lo menos la humanidad te da otra. ¡Sí, yo te prohijo; sí, hallarás en mi corazón el cariño y afecto de una madre! Vamos—continuó Felicia, dirigiéndose a la criada,—y ayúdeme usted a llevar esta cuna a mi cuarto.—Obedeció con gusto la criada, y la niña fué trasportada, sin despertarse, al cuarto de Felicia. Natalia se había levantado. Turbada e inquieta, sale corriendo al encuentro de su madre, que le dice al entrar en el cuarto:—Acércate, Natalia: aquí te traigo otra hermanita; ven a verla y a prometerme que la querrás mucho.—Natalia va corriendo a la cuna y se pone de rodillas para verla mejor. Felicia le cuenta en breves palabras lo sucedido. Lloro Natalia al oír tan triste suceso; mira tiernamente a Pamela llamándola hermanita, y quisiera ya que fuese de día para oírla hablar y darla mil abrazos. Fué preciso volverse a acostar. Felicia no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Pero ¿quién podrá desear el sueño cuando nos priva de él el recuerdo de una acción benéfica?

A las siete de la mañana se abrieron las ventanas del cuarto, y al instante mismo despertó Pamela. Felicia fué corriendo a la cuna; al verla la niña dió muestras de admiración, y después, mirándola atentamente, se sonrió y le alargó los brazos. Felicia la estrechó entre los suyos con indecible gozo. Creía Felicia en la simpatía (que es la superstición de los corazones sensibles); se persuadió que eran efectos suyos las dulces caricias de Pamelita, y esta idea la obligó a amarla aún mucho más. En breve preguntó Pamela por su madre. Este nombre de madre

en su boca enterneció en gran manera a Felicia.—Tu madre—la dijo—no está aquí ya.—Al oír esto Pamela lloró amargamente. Natalia quiso consolarla.—¡ Ah—le dijo Felicia,—déjala; esa aflicción es tan natural! Considera su situación, Natalia, y experimentarás el mismo sentimiento.

Luego que Pamela estuvo vestida se puso de rodillas, y comenzó a rezar en alta voz. Felicia se estremeció al oírla decir: *¡Dios mío, volved la salud a mamá!*—No digas eso—dijo Felicia,—porque tu madre ya no padece.—¿ Ya no padece?—exclamó Pamela.—¡ Oh Dios mío; te doy gracias!—Estas palabras penetraron el corazón de Felicia.—¡ Oh hija mía!—dijo interrumpiéndola.—No digas sino una oración que yo te dictaré; dí: *¡Dios mío, dignaos de hacer a mi madre feliz!*—Pamela repitió esta oración con igual fervor y enternecimiento. Después, volviéndose hacia Felicia y mirándola con timidez e ingenuidad, la dijo:—Permitame usted que pida también a Dios me haga la gracia de juntarme en breve con mamá.—Al tiempo que decía esto advirtió que los ojos de Felicia se arrasaban en lágrimas; se levantó, y fué a arrojarle a su cuello llorando. En aquel mismo instante vinieron a decir a Felicia que su coche estaba pronto: tomó en sus brazos a Pamelita, y siguiéndola Natalia, subió en el coche y tomaron el camino de Bath. Al cabo de quince días volvió a Bristol, y no queriendo ir a su primer alojamiento, alquiló otro.

Cada día quería más Felicia a Pamela: su dulzura angelical, la sensibilidad y agradecimiento de esta niña la hacían disfrutar deliciosamente del fruto de sus beneficios. Después de haber pasado tres meses en Bristol Felicia volvió a Francia. Toda su familia adoptó, como ella, a la amable Pamelita. Era imposible verla sin que agradase, ni conocerla sin amarla. Luego que tuvo siete años Felicia la hizo saber quién era, y la refirió la historia de la desventurada inglesa, su madre. Esta triste narración costó a Pamela un arroyo de lágrimas, y cuando Felicia dejó de hablar se arrojó a sus pies, y la dijo todo lo que el agradecimiento y la más viva ternura pueden inspirar de expresivo y sublime a una persona de veinte años. Tal era Pamela: su alma la hacía continuamente superior a su edad. Cuando hablaba de sus sentimientos no se conocían en ella ni las expresiones ni el lenguaje de la niñez. Se podían citar mil lances preciosos, respuestas agudas y delicadas y muchas ocurrencias que sólo pueden ser hijas de un corazón sensible. Esta sensibilidad, viva y profunda, no sólo daba una gracia inexplicable a todas las acciones de Pamela, sino que también prestaba a su dulzura un encanto que penetraba el alma y hacía parecer mayor su belleza. Se veía a Pamela muchas veces antes de saber si sus facciones eran perfectas, si era hermosa o bonita: sólo se advertía su fisonomía y la celestial expresión de su rostro; no era posible verla ni alabarla como a otra cualquiera. Finalmente, se hallaban en ella las cualidades y gracias cuya reunión consiguen tan pocas personas. Tenía mucha agudeza, franqueza e ingenuidad: era alegre, pero sensible; viva, pero dócil. Los únicos defectos que tenía Pamela procedían de aquella extrema viveza que nunca le causó el más mínimo movimiento de impaciencia contra nadie, pero que la daba una



¡Dios mío, volved la salud a mamá!...

travesura y alborotamiento a que pocos niños podrán llegar. En prueba, os quiero referir un lance que al mismo tiempo servirá para manifestar la humildad, respeto y ternura que tenía para con Felicia. Pamela perdía continuamente varias cosas, más bien por su travesura y viveza que por descuido y olvido. Si iba a pasearse por el jardín o por el campo, se quitaba el sombrerito para correr mejor, y al volver a casa, siempre corriendo, le olvidaba y se quedaba entre la hierba. Después que acababa su tarea, el deseo de ir a jugar no la permitía detenerse a recoger el dedal y todo lo demás; se levantaba con precipitación, la almohadilla caía al suelo, y Pamela, saltando por encima de todo, desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Se tenía gusto en verla correr por el jardín; pero esto mismo la estaba prohibido en casa. Pamela, aun con el mayor deseo de obedecer, olvidaba, no obstante, continuamente esta prohibición: caía regularmente tres o cuatro veces al día, y en todas las puertas se dejaba pedazos de sus vestidos y delantales. En fin, a fuerza de ruegos, exhortaciones y penitencias insensiblemente perdió algo de este exceso de turbulencia. Felicia tenía el cuidado todas las mañanas de hacer examen de cuanto tenía en sus faltriqueras y en la almohadilla, y esta revista diaria contribuyó no poco a que Pamela fuese más cuidadosa. Una mañana que Felicia, como de costumbre, visitaba las faltriqueras de Pamela, echó de menos unas tijeras. Pamela dijo que no estaban perdidas, porque sabía dónde estaban.—¿Pues en dónde las has dejado?—preguntó Felicia.—Mamá, en el cuarto de mi hermana.—¿Pues cómo en el suelo? ¿Por qué no las alzaste?—Mamá, estaba en el cuarto, y yéndome a sonar, al sacar el pañuelo, se me cayeron las tijeras; en aquel mismo instante oí su campanilla de usted, y eché a correr para venir aquí.—Pues qué, ¿no cogiste las tijeras?—No, señora, por verla a usted más presto.—Pero bien sabías que yo había de echarlas de menos, y que te reñiría si no las hallaba.—Mamá, no pensé en eso: sólo me acordé del gusto de verla a usted.

Al pronunciar Pamela estas palabras tenía los ojos llenos de lágrimas y se puso colorada. Felicia la miró con severidad, y Pamela se puso mucho más colorada. Esta turbación y lo inverosímil que era la excusa de Pamela persuadieron a Felicia que la inocente niña había mentado.—¡Apártate de mi vista!—la dijo.—Estoy cierta de que no hay una palabra de verdad en cuanto me has dicho: vete sin replicar.—Al oír estas terribles razones Pamela, bañada en llanto, junta las manos y se arroja a los pies de Felicia sin proferir una palabra. Felicia creyó ver en esta acción suplicante la confesión de su culpa, y así, la apartó de sí con indignación y la dió una agría reprensión. Pamela, obedeciendo la orden que la había dado, prosiguió callando, y no explicaba su dolor más que con sollozos y gemidos. Felicia estaba entonces en el campo: salió de su cuarto para ir a misa, y en vez de llevar consigo a Pamela como acostumbraba, encargó a una de sus criadas que la llevase, y la dejó sin hablarla palabra. Felicia, luego que llegó a la capilla, tuvo muchas distracciones involuntarias: volvió varias veces la cabeza hacia la puerta, y

vió, en fin, llegar a Pamela, que con los ojos hinchados y llenos de lágrimas se puso humildemente de rodillas a los pies de la capilla. La criada le dijo que no se quedase allí con toda la gente y que pasase más adelante. La triste Pamela respondió con voz baja: *¡Aún es demasiado bueno para mí este puesto!* Esta humildad agradó a Felicia: la hizo señas que se acercase, y Pamela lloró de alegría al volver a ocupar su puesto al lado de Felicia. Acabada la misa, la criada se acercó a ella y la dijo:—Pamela no había mentido.—¿Pues cómo?—la interrumpió su ama.—No, señora—replicó la criada:—me ha pedido que bajase con ella al gabinete, en donde hemos encontrado las tijeras en el suelo, como ella había dicho.—¡Oh querida Pamela mía!—exclamó Felicia tomándola en sus brazos.—¡Y tú te dejabas acusar y maltratar sin decir nada para defenderte!—Como usted, mamá mía, me había prohibido que hablase... —¡Y te pusiste de rodillas, y parecía que me pedías perdón!—Siempre debo pedirle cuando mamá se enfada contra mí: cuando me riñe, seguramente he hecho mal.—Pero yo era injusta.—No, señora: mi bienhechora, mi amada madre nunca puede serlo para conmigo.—¿Quién podrá no querer a una criatura capaz de tanto amor, sumisión y dulzura?

Pamela padeció mucho de los dientes. A los siete años tuvo por esta causa una enfermedad que la duró más de un año. Para poderla cuidar mejor la hizo dormir Felicia todo aquel tiempo en su cuarto. Viendo Pamela la inquietud de Felicia, procuraba ocultar lo que padecía. Muchas noches pasaba sin pegar los ojos. Felicia se levantaba a menudo, la tomaba en sus brazos y la daba de beber. Nunca recibía Pamela estos servicios sin derramar lágrimas de ternura y agradecimiento. Suplicaba a Felicia que se acostase al instante.—Duerma usted, mamá—la decía;—su sueño me alivia: cuando conozco que usted está dormida padezco muchísimo menos.

No hay sentimiento honrado y decente que Pamela no tuviese, aun de aquellos que parece no deben ser sino el fruto de la reflexión y crianza. Apenas se acordaba de Inglaterra: amaba demasiado a Felicia para no amar también a Francia; pero sabía que era inglesa, y conservaba a su patria una afición tanto más virtuosa, cuanto no hubiera podido considerar sin sumo dolor la necesidad de volver a ella para siempre. Un día (tenía entonces ocho años) Felicia escribía, y Pamela jugaba a su lado. Se estaba entonces en guerra con la Inglaterra. De repente oyó Felicia algunos cañonazos, y exclama:—Sin duda, este es el anuncio de alguna victoria ganada sobre los ingleses.—Diciendo esto miró por casualidad a Pamela, y se quedó admirada al verla perder el color, turbarse y bajar los ojos. A este tiempo entraron en el cuarto varias personas, y un criado avisó que la comida estaba pronta. Pamela continuaba trémula y turbada. Queriendo absolutamente Felicia saber lo que pensaba, prosiguió diciendo:—Es preciso saber la causa de esa salva: aún me lisonjeo de que habremos vencido a los ingleses.—Apenas hubo dicho Felicia estas palabras, cuando Pamela deshecha en llanto se precipita a sus pies.—¡Oh mamá—exclamó;—perdóneme usted si lloro; no por

esto quiero menos a los franceses! Pero he nacido en Inglaterra... Este movimiento tan singular en su edad enterneció a Felicia.—¡Alma pura y sensible—la dijo,—un instinto sublime te inspira mejor de lo que podría hacer la razón! Creyendo cometer una culpa, has cumplido con una obligación sagrada: conserva siempre a tu patria y a la de tus padres ese amor tan puro. Ama a los franceses, lo debes hacer; pero nunca olvides que la Inglaterra es tu patria.—Estas palabras aquietaron a Pamela y la penetraron de alegría. Aquella misma noche, antes de acostarse, añadió a sus oraciones la siguiente: *¡Dios mío, haced que los ingleses y franceses no se aborrezcan más, y que nunca se hagan daño unos a otros!* Con tanta sensibilidad, era imposible que Pamela no tuviese una devoción verdadera. Segura de que Dios la veía y la oía en todos los instantes de su vida, no cometía nunca culpa alguna de que no le pidiese perdón con lágrimas y verdadero arrepentimiento. Pero antes de implorar su perdón se las confesaba a Felicia.—Dios—decía—no me perdonará si no tengo confianza con mamá; fuera de que una culpa me pesa tanto cuando mamá no lo sabe... Y, además, ¡es tan dulce manifestar su corazón a quien se ama! Quizás me impondrá alguna corta penitencia; pero hablará conmigo, me hará hacer reflexiones, alabará la sinceridad de su Pamela, y esta noche al acostarme, cuando la pida su bendición, me la dará, si cabe, con más gusto que otras veces. Después de estas reflexiones iba Pamela volando a los brazos de su madre, y encontraba en ellos el premio de su candor y confianza. No pudiendo separarse de Felicia, y prefiriendo a toda otra diversión la de estar con ella aunque no hablase, estaba en su cuarto en tanto que su madre leía, escribía o tocaba el clave, y se divertía en silencio y sin hacer el menor ruido por no estorbarla. No obstante, de rato en rato se levantaba poco a poco, y acercándose de puntillas a su madre, la abrazaba, y después se volvía a su puesto. Varias veces, dejando de repente sus juguetes, se precipitaba llorando en los brazos de Felicia.—En vez de jugar—la decía—estaba pensando en usted, mamá mía, en sus muchos beneficios.—Hablando así Pamela abrazaba a su bienhechora, y recapitulaba todos los favores que la debía con la expresión del más vivo agradecimiento.

Una criatura tan extraordinaria y amable no podía ser con el tiempo una mujer ordinaria; y así, Pamela a los diez y siete años verificó todas las esperanzas que en su niñez se habían tenido de ella. Era instruída, y tenía todas las habilidades que parecen bien en una mujer. No había labores que no hubiese aprendido y que no supiese hacer; no necesitaba para su ropa y adornos de bordados, costureras ni modistas. Además de esto, dibujaba bien y tocaba el clave con mucha destreza, habilidad que apreciaba en mucho, por cuanto se la debía únicamente a su madre, que había sido su maestra. Pamela amaba la lectura, la Historia Natural y la Botánica; tenía una forma de letra gallarda, y por lo tocante a su estilo, no le había costado gran trabajo perfeccionarle. Teniendo un alma tan sensible, ¿cómo podía escribir mal o carecer de energía o imaginación? Había conservado la ingenuidad y todas las gracias de su niñez,

aquellos modales cariñosos, una alegría franca y comunicativa y aquella dulzura atractiva que la granjeaba todos los corazones. Como la diversión favorita de su niñez había sido la de saltar y correr, disfrutaba de una salud excelente: era imposible alcanzarla cuando corría, y andaba y bailaba con mucha gracia. Reunía a todas estas prendas una bondad que nunca la abandonó. Trabajaba en secreto, como Sidonia, para los pobres, y merecía el bello elogio que un célebre autor ha hecho de una reina infeliz, y al mismo tiempo de todas las mujeres en general; se podía decir de Pamela *que manifestaba aquellas virtudes dulces y benéficas que la Filosofía enseña a los hombres y que la Naturaleza da a las mujeres* (1).

Natalia, que tenía siete años más que Pamela y hacía ya algún tiempo que estaba casada, como su hermana Camila, era la delicia de su madre por su amor, su conducta y reputación. En fin, estos tres objetos tan queridos y tan dignos de serlo, Camila, Natalia y Pamela, eran la gloria y contento de Felicia. Esta felicidad tan pura se turbó por un suceso que ocasionó a Felicia la mayor aflicción. Tenía una cuñada llamada Alejandrina, que por sus virtudes, gracias y bellezas era el ídolo de su familia. Acometida seis meses hacía de una enfermedad, al principio poco grave, determinó Alejandrina ir a pasar un año en las provincias meridionales de la Francia. Felicia tuvo el doble pesar de ver marchar a su madre con Alejandrina. Esta madre, tan virtuosa como tierna, consintió en separarse de su hija, en padecer las molestias de un triste viaje y las penas de una larga ausencia para acompañar a su nuera, a quien era precisa su asistencia. Llevaba a lo menos el consuelo de alguna esperanza de mejoría; pero en breve lo perdió. El viaje no sirvió sino para aumentar la dolencia de Alejandrina, y por fin los síntomas más funestos acabaron de quitarla el resto de esperanza que tenía. Felicia, que sabía todo esto por su madre, procuraba engañarse a sí misma, cuando recibió una carta en que la decía lo siguiente:

“N... de Setiembre de 1782.

”¡Aún vive! Pero quizás cuando recibas ésta... ¡Oh hija mía; qué será de tu pobre hermano! ¡Qué será de mí misma con su dolor y el mío! Y estoy apartada de ti doscientas leguas... Aún no conocíamos sino imperfectamente a esta criatura angélica que vamos a perder para siempre: una vida feliz y sosegada cual era la suya no podía manifestar a nuestra vista las virtudes sublimes que posee. No puedes formarte una idea justa de su valor, su piedad, su paciencia y perfecta resignación. Te he escrito que no conocía su situación, pero me he engañado. Lo sabía aun antes de salir de París, y se lo dije en secreto a su criada Julia, y ésta me lo ha dicho a mí. Para minorar el dolor de nuestra cruel situación la infeliz quería a lo menos persuadirnos que conservaba la ilusión que ya hemos perdido; pero ayer se descubrió, a pesar suyo, conmigo.

(1) Gaillard, suplemento a la *Historia de la Rivalté*.

Estábamos solas, cuando me dijo que deseaba recibir los Sacramentos de... allí a dos días, y que me suplicaba diese esta noticia a su marido con toda la precaución y miramiento preciso para que no se afligiese. Después que me hubo dicho esto se quedó callada y como pensativa. Para distraerla proseguí hablando, y la dije que te escribiría esta mañana. Al oírme me pareció que quería decirme algo, y noté que estaba dudosa: apreté su mano entre las mías preguntándola si quería que te hiciese algún encargo de su parte.—Sí, señora — me dijo; — tengo una inquietud que me atormenta, y voy a manifestársela: *Ya sabe usted que a los trece años tuve la desgracia de perder a mi madre; luego que murió me pusieron en un convento; pocos días después una pobre mujer me hizo llamar al locutorio: estaba paralítica, y me dijo que mi madre la había mantenido los dos últimos años de su vida. La abracé llorando, y desde entonces he cuidado de ella. Sírvase usted, mamá—prosiguió enternecida, —sírvase usted encargar esta pobre a mi hermana, y decirle de mi parte que mi amistad se la deja por manda. Julia le dará a usted las señas de su casa, y yo la suplico que se las envíe mañana a mi hermana.* No pude responderla sino con lágrimas, y ella me besó la mano con tal ternura, que me penetró el alma. A este tiempo Zemira, aquella perrita que sabes quiere tanto, quiso subir a su cama: yo la cogí en mis brazos; tu hermana se inclinó para besarla.—*¡Pobre Zemira!*—dijo.—*Mamá, a usted la gustan mucho los perros; yo se la doy. Prométame usted guardarla siempre.* Tú sabrás hija mía, apreciar estos rasgos. ¡Próxima a dejarlo todo, acordarse de todo y no olvidar nada! ¡A los veinticuatro años, hermosa, feliz, gozando de una reputación sin mancha, pronta a separarse para siempre de un marido el más amado, de un hijo idolatrado, de una tía querida que fué para ella al mismo tiempo una bienhechora generosa y una amable amiga! En fin, consumando un sacrificio tan doloroso, ¡conservar una humanidad tan tierna! ¡Ocupándose en el virtuoso cuidado de asegurar la suerte de una infeliz que no tiene más apoyo que ella! ¡Al dejarte por manda esa pobre mujer, emplearse también en unas frioleras que a cualquiera otra se le pasarían con la más ligera enfermedad! ¡Acordarse hasta de su perrita! ¡Ah! ¿Quién será capaz de no admirar una bondad tan pródiga, un valor tan heroico? Adiós, hija mía: te envío el único consuelo que puedo ofrecerte en este instante, que es las señas de la casa de la pobre mujer, y creo te servirá de alivio el verla y cuidarla.”

Al punto que Felicia hubo leído esta carta salió con Pamela. Tomó el coche, y fué a la calle del arrabal de Santiago, en donde vivía la pobre mujer, llamada *Mad. Busca*, conocida en el barrio por *la santa mujer*. Esta infeliz paralítica tenía las piernas y brazos enteramente secos. Los dedos, dislocados, estaban encogidos y contrahechos. Su rostro no tenía nada de horrible; pero estaba del todo seco y pálido. No podía levantar ni volver la cabeza: tenía la inclinada sobre el pecho, y en diez y siete años que hacía que estaba de aquel modo había, no obstante, conservado

todo su juicio y conocimiento. Hallábase en un cuarto muy aseado y decente, y un eclesiástico de aspecto venerable estaba sentado junto a su cama. Felicia al entrar dijo que era la cuñada de Alejandrina. Al oírla, la pobre mujer exclamó llorando:—¡ Ah, señora; qué ángel tiene usted por cuñada! Es muy joven, y, con todo, hace once años que es todo mi consuelo. ¡ Si usted supiese, señora, cuánto ha hecho por mí!—¿ Venía muy a menudo a verla a usted?—Antes de casarse, como no podía salir del convento, me hacía llevar tres veces a la semana al locutorio: entonces pedía permiso para pasar la reja a fin de estar conmigo en el mismo cuarto, y me traía el almuerzo, que ella misma había compuesto. Como yo no puedo servirme de mis manos, ella me lo daba. ¡ Pero con qué bondad; con qué cariño! En fin, señora, el mayor castigo que su aya podía darle era decir:—*Mañana no dará usted de comer a Mad. Busca: yo sola la serviré.* Al punto se quedaba más humilde que una oveja. Siempre me honraba llamándome su madre, y quería que yo la llamase hija: cuando yo veía que su aya no estaba contenta con ella, la llamaba *señorita*. Al instante empezaba a llorar, e iba corriendo a pedir perdón a su aya. Ustedes lloran, señoras—prosiguió la pobre mujer.—¡ Qué sería, pues, si les dijese lo que ha hecho por mí después de casada! ¡ Una señora joven y hermosa como ella venir a encerrarse cada dos o tres días horas enteras con una pobre paralítica! Siempre me traía ropa, frutas ó dulces, y muchas veces me leía algún capítulo del Evangelio. Ya sabe usted, señora, qué bien canta: un día la rogué que cantase algo.—Yo no sé—me dijo—sino canciones mundanas que no gustarán a mi madre; pero aprenderé, para darle gusto, alguna cosa buena. En efecto; de allí a cuatro o cinco días vino a cantarme varios villancicos bellísimos: en verdad, señora, que me parecía que estaba oyendo y viendo a un ángel. Otra vez hizo traer su arpa, y estuvo tocando aquí más de dos horas. Pero no es esto lo más, señora: ya ve usted en el estado en que estoy; es menester que sepa también que todos mis miembros están tan doloridos como disformes, y que no se pasan siete días sin sentir terribles convulsiones. Si no fuera, señora, para hacerla a usted conocer su digna hermana, no me atrevería a decir...—¡ Ah; diga usted—interrumpió Felicia llorando,—diga usted cuanto guste!—Pues bien, señora—replicó la mujer;—la caridad de aquel ángel es tal, que no hay servicios que no me haya obligado a recibir de ella. Diré, por ejemplo, ya que usted me lo manda, que no se me pueden cortar las uñas sin hacerme padecer grandes dolores, a menos de no tener mucha maña para ello; pues aún este cuidado se había tomado sobre sí. Usted habrá visto sus manos tan blancas y delicadas; pero no sabe que aquellas manos tan pulidas lavaban cada semana los pies de una pobre enferma.—Después de haber dicho esto calló la mujer, y volvieron a correr sus lágrimas. No estaban Felicia y Pamela en estado de hablar. De allí a poco entró una muchacha, y preguntó a la enferma si mandaba algo: ésta la respondió que no, dando las gracias, y la muchacha se fué. Entonces el eclesiástico, que estaba siempre a la cabecera de la cama, tomó la palabra, y dirigiéndose a Felicia, la dijo:

—Usted sabrá con gusto que esta muchacha que acaba de salir es la hija de una de las vecinas de Mad. Busca, y las demás son igualmente serviciales y atentas. La una viene a hacerla compañía; la otra compone su cuarto; otra se encarga de traerla luz y lumbre: en fin, señora, parece que el espíritu de caridad de su respetable cuñada de usted anima a todas las personas que habitan en esta casa. Es cierto que el ejemplo de aquella joven y virtuosa señora ha contribuido no poco a acrecentar la actividad de un celo tan laudable.—¡Ah—dijo Felicia;—qué admiración tan útil saco de aquí! En efecto, señora—replicó el eclesiástico;—lo que usted acaba de oír y el objeto que tiene a la vista son dignos de inspirarla semejantes sentimientos. ¡Si usted conociese del todo la piedad, la sublime resignación de esta pobre mujer! No la ha dicho sino parte de sus males: su cuerpo, casi seco y sin movimiento, está cubierto de llagas y úlceras.—¡Ah, pobre infeliz!—exclamó Felicia.—Pues qué, ¿no habría medio de aliviar sus males?—No, señora: no hay arte humano que pueda mejorar su situación; pero admírela usted tanto más cuanto no se juzga digna de lástima.—¿Es posible?—Sí, señora—replicó la mujer;—no sólo acepto con resignación estos males pasajeros, sino que también los sufro con gusto. ¿Y quién podrá extrañarlo? ¡Por algunos dolores momentáneos tolerados con paciencia, alcanzar un galardón eterno! Nuestra recompensa será proporcionada a nuestros méritos. ¡Cuánto le debo a Dios, que me ha puesto en un estado en que continuamente puedo hacer a sus ojos el mérito de padecer sin quejarme, en una situación en que nada puede distraerme de su presencia, y en la cual todo me convida a no pensar en nada más que en la eternidad! ¡Oh, y qué gratos me son mis males! Ellos han expiado las culpas de mi juventud, han purificado mi corazón, me han desprendido de todos los bienes falsos. Ya el mundo no existe para mí; ya no puede seducirme, corromperme ni perderme; mi alma no habita esta Tierra extraña; ya está unida a su Creador. ¡Oh Dios mío; yo te veo, oigo tu voz paternal que me eleva, me fortifica, me manda someterme sin réplica, y que me ofrece en premio una corona inmortal! ¡Buen Dios! ¡Con qué gozo, con qué contento te obedezco! ¡Adoro tu providencia, bendigo mi suerte, y no la trocaría por la más brillante del Universo!—Hablando así aquella mujer se explicaba con igual afecto y vehemencia; su voz no anunciaba el estado de debilidad y abatimiento a que la habían reducido los males; sus ojos, naturalmente apagados, brillaban entonces con un fuego extraordinario. Felicia y Pamela la contemplaban y escuchaban como arrebatadas.—¿Hubiera usted podido creer, señora—dijo entonces el eclesiástico,—que en semejante estado fuese posible tenerse por dichosa? ¿Qué sería de esta mujer que bendice su suerte sin la religión? ¡Qué grande sería el horror de su situación si dudase de las verdades eternas de que está penetrada! ¡Ah! ¿Qué podría responderla el ateo bárbaro e insensato que intentase seducirla cuando le dijese: *quieres quitarme el único bien que me queda y de que puedo gozar; quieres sepultarme en la más dolorosa desesperación. ¡Mira, oh inhumano, mira mis males; contempla mi valor, mi paciencia,*

mi resignación; admira la paz y sosiego de mi alma, y horrorízate de tu abominable intento!

Convino Felicia en lo justo de esta reflexión. Después se despidió de la enferma, y se fué con ánimo de visitarla todas las veces que sus ocupaciones y deberes se lo permitiesen. La santa mujer y Alejandrina fueron el asunto de las conversaciones de Felicia y Pamela en el resto del día.—¿Cómo es posible—decía Pamela—que nunca nos haya hablado mi tía de esta mujer?—Eso es—replicó Felicia—lo que debe admirarnos más: tal es el carácter de la verdadera virtud. Cuando el motivo de una buena acción es la razón solamente, entonces hay deseo de envanecerse con el esfuerzo que cuesta; pero cuando nace de un corazón inclinado al bien, en vez de admirarnos de nosotros mismos, nos decimos: ninguna alabanza merezco; sólo he seguido mi inclinación y los impulsos de la caridad. Siempre que un avaro se resuelve a hacer un regalo, notarás con qué pompa y publicidad lo ejecuta; y esto prueba lo poco acostumbrado que está a tales acciones, y la vanidad que le causa. En efecto; le son tan penosas, que es justo disimularle el necio orgullo que manifiesta. Advierte, por el contrario, la noble sencillez con que una persona generosa sabe dar. Así es que las almas comunes se envanecen con sus buenas obras porque las son penosas; pero las almas grandes están exentas de este orgullo por su misma elevación y por la sublime inclinación que las lleva a todo lo que es decente y virtuoso.—Esta reflexión—dijo Pamela—debería hacer amar la modestia, o a lo menos obligar a los que no la tienen a ocultar con cuidado su orgullo, y a no alabarse nunca de lo bueno que han hecho, puesto que lo contrario sólo sirve para manifestar la pequeñez de su alma y su poca inclinación a la virtud.

Pocos días después de esta conversación recibió Felicia la triste nueva de la muerte de una cuñada que siempre había amado con extremo, y que, con lo que había sabido de la santa mujer, amaba aún mucho más. Aunque estaba prevenida tres meses antes, su dolor tuvo toda la fuerza que causa una desgracia inopinada. Fué a ver a la santa mujer; tuvo el triste consuelo de llorar con ella, y de oír un elogio fúnebre digno de las virtudes de Alejandrina.

Pamela quiso reemplazar a esta virtuosa señora en el cuidado de la pobre, sirviéndola del mismo modo y yendo a verla dos veces a la semana. Cerca de un año hacía que desempeñaba la dulce obligación que se había impuesto, cuando una mañana que estaba con la santa mujer y que de rodillas delante de ella la lavaba los pies, de improviso se abrió la puerta del cuarto y entró un hombre, al parecer de edad de cincuenta años y de presencia noble y respetable. Este, después de haber dado algunos pasos, se paró, mirando atentamente la escena que tenía presente. Pamela, puesta de rodillas, tenía sobre las suyas las piernas secas de la pobre mujer, y las enjugaba: tenía en esta postura la cabeza inclinada, y sus largos cabellos, sueltos y sin orden, ocultaban la mayor parte de su rostro. Al ruido que hizo el incógnito levantó la cabeza; luego que le vió se alteró, y su rostro se cubrió de un virtuoso pudor que hacía mayor su

belleza y daba más valor a la acción en que se ocupaba. Volviéndose Pamela a una criada inglesa que la había acompañado, la riñó un poco el descuido de no haber cerrado la puerta. No bien hubo dejado de hablar, cuando el incógnito exclamó en inglés:—*¡Gracias al Cielo; este ángel es paisana mía!* La admiración de Pamela fué extrema y su turbación igual al ver al incógnito acercarse, tomar una silla y sentarse con mucha gravedad enfrente de ella. En tanto que se apresuraba a envolver las piernas de la pobre para irse, el incógnito volvió a hablar y la dijo:—*¡Oh celestial criatura! ¡El que no ha contemplado este cuadro, no puede tener sino idea imperfecta de la impresión que pueden producir la juventud y la belleza!*—Después de esta exclamación dejó de hablar el incógnito mirando atentamente a Pamela. Estaba tan absorto en sus cavilaciones, que no echaba de ver el empacho y turbación que la causaba su presencia. Finalmente, Pamela se levantó, se despidió de la mujer, y después, al pasar por delante del incógnito, le hizo una gran cortesía y salió apresuradamente, dejándole solo con la santa mujer. A pocos días después de este suceso volvió Pamela a verla, y ésta la dijo que el incógnito había estado cerca de una hora con ella, y que la había hecho mil preguntas acerca de Pamela, y que había querido saber su nombre y el de la persona que la había educado. Aquella misma noche recibió Felicia una esquila que enseñó a Pamela, y cuyo contenido era el siguiente:

“Señora: Pronto a volver a Inglaterra, no puedo determinarme a partir sin ofrecerme a las órdenes de la persona generosa que se ha dignado adoptar una huérfana inglesa. La amable Pamela hace demasiado honor a su patria y a la educación que a usted debe, para dejar de inspirar el más vivo interés en el pecho de un inglés que no es indigno de disfrutar de la dicha de contemplar de cerca la virtud. Tengo cincuenta años, y, por tanto, puedo decir sin rodeos que el espectáculo que presencié hace algunos días ha hecho en mi corazón una impresión indeleble. Jamás se borrará de mi memoria la imagen de la hermosa Pamela de rodillas y lavando los pies de aquella desgraciada parálitica. He sabido que tenía en Inglaterra parientes que rehusaban reconocerla: dignese usted, señora, fiarme el secreto de su nacimiento, y por mi parte la ofrezco los servicios del padre más amante. Quedo de usted con el mayor respeto, etc.—*Carlos Aresby*”.

—*¡Ah, mamá!*—exclamó Pamela luego que hubo leído la esquila.—*¡No vea usted a ese inglés! Usted es todo para mí: no procure, pues, darme a conocer a unos parientes que me han abandonado. Soy suya: ¿qué me falta, pues, para ser feliz?*—Pero hija mía—replicó Felicia,—si supieses quién eres, tendrías nombre y lograrías tu colocación.—Usted me da el dulce nombre de hija y me permite que la consagre mi vida: ¿qué le falta a mi dicha?—Deja que reciba a ese inglés. Confieso que su admiración hacia mi Pamela me hace entrar en ganas de conocerle. Sabe apreciarte. ¡qué mayor mérito para conmigo! Pero te prometo no decir nunca tu nombre sin tu consentimiento.—Con esa condición convino Pamela en la visita del inglés, y a la mañana siguiente sir Aresby se

presentó en casa de Felicia. Pasados los primeros cumplidos renovó sus ofertas, y suplicó encarecidamente a Felicia le confiase el nombre de la familia de Pamela. Felicia le dijo sin rodeos que Pamela misma se oponía a esta confidencia. Sir Aresby suspiró.—Me es muy sensible—dijo—perder la esperanza de serla útil.—A lo menos—replicó Pamela,—no dude usted de mi agradecimiento. No puedo considerar sin espanto la menor mudanza en mi suerte, puesto que hallo en el amor de mi querida y generosa bienhechora la felicidad que colma todos los deseos de mi corazón; pero no por eso soy menos agradecida a las bondades que usted me manifiesta.—Enternecido sir Aresby miró a Pamela, y después, encaminando sus razones a Felicia, la dijo:—Yo partiré a fines de esta semana. ¿Podré esperar, señora, que usted me permita escribirla de cuando en cuando?—Felicia interrumpió a sir Aresby para prometerle que le escribiría y pedirle la dirección de sus cartas.—No vivo en Londres—replicó éste:—hago viajes muy a menudo; pero si usted quiere, señora, dirigirme sus cartas a Londres con el sobrescrito a Mad. Selwin, no hay duda que llegarán a mis manos.—Al oír este nombre de Selwin, Felicia se alteró, y Pamela se turbó enteramente. Sir Aresby, que miraba a Felicia, lo advirtió, y le preguntó si Mad. Selwin tenía la fortuna de ser su conocida.—Al menos, conozco su nombre—respondió Felicia.—Pues ese nombre—replicó sir Aresby—es el mío.—¿Cómo?—Sí, señora; le dejé al casarme con una heredera cuya mano no podía obtenerse sin tomar el nombre de su familia: diez años hace que soy viudo, y no tengo hijos.—¿Tenía usted un hermano?—preguntó Felicia con sumo sobresalto.—Dos he tenido, y los he perdido: Mad. Selwin es viuda del segundo, y el tercero... ¡Ah, señora! Aquel infeliz, ciego y descaminado por una pasión funesta, desconoció la autoridad paternal; fué desheredado: el arrepentimiento y el pesar acortaron sus días. Nuestro desgraciado padre le siguió al sepulcro. Yo estaba entonces ausente; un nuevo enlace de contratiempos me obligó a prolongar mis viajes, y no volví a Inglaterra sino al cabo de cuatro años. Supe la muerte de la viuda de mi hermano; supe asimismo que había dejado una hija, y determiné buscar esta criatura y adoptarla. La criada en cuyo poder había quedado la niña acababa de morir; pero su marido me dijo que sabía de ella misma que la desventurada huérfanita había sobrevivido poco tiempo a su madre. Este hombre añadió que no había visto a su mujer sino seis meses después de la muerte de mi cuñada, y que entonces ya no vivía la niña.

Al decir esto advirtió sir Aresby que Pamela procuraba en vano ocultar las lágrimas que la bañaban el rostro. Admirado de su agitación y palidez, la consideraba con sobresalto. Felicia, tan turbada como Pamela, tenía una mano de ésta entre las suyas, estrechándola amorosamente. De improviso, enajenada Pamela, se levanta, y adelantándose con pasos trémulos hacia sir Aresby, dijo:—¡Sí; debo darme a conocer al hermano de mi padre!—¡Justo Cielo!—exclamó sir Aresby precipitándose a ella.—Pamela, sobrecogida de un espanto que no puede vencer, se hace atrás y se arroja en los brazos de Felicia.—¡Oh madre mía!—dijo derramando

dos fuentes de lágrimas.—¡Bienhechora mía! ¡De usted sola soy! ¡Guarde usted a su hija! ¡No la abandone! ¡Cediendo el derecho que tiene sobre mí, me dará la muerte! Al decir esto Pamela deja caer su cabeza sobre el pecho de Felicia, cierra los ojos y queda desmayada. Al verla en tal estado, fuera de sí Felicia, baña con lágrimas el rostro de Pamela, y da voces pidiendo socorro. En breve recobra Pamela sus sentidos, abre los ojos, y Aresby, tomando una de sus manos, la dice:—¡Oh Pamela; desecha esos vanos temores que me agravian! No tengo ni el derecho ni el inhumano deseo de arrancarte de entre los brazos de tu bienhechora: debes consagrarla todos los instantes de tu vida. ¡Ah; si es cierto que seas aquella niña, aquella infeliz Selwin, cuya pérdida he llorado tanto, no hallarás en mí sino un amigo, un padre amoroso, incapaz de exigir de ti el menor sacrificio!—Estas razones llenaron de gozo el corazón de Pamela; abrazó a Felicia fuera de sí, y expresó a su tío su gozo y agradecimiento con aquella gracia y aquella sensibilidad expresiva que la caracterizaban. Felicia fué a buscar un cofrecito que contenía las pruebas del nacimiento de Pamela. Leyó sir Aresby algunas cartas y otros diferentes papeles que la criada de miss Selwin había entregado a Felicia. Como esta mujer había recibido algunos regalos de Felicia, fácilmente comprendieron que para no partirlos con su marido había supuesto la muerte de la niña, segura, por otra parte, de que la joven Selwin jamás volvería a Inglaterra.

Colmados todos los deseos de sir Aresby al encontrar a su sobrina en aquella misma joven cuyas virtudes habían hecho en su corazón tanta impresión, quiso que tomase su nombre al punto mismo. Poco tiempo después, movido del tierno afecto que profesaba a Pamela, se estableció en Francia. La hermosa y sensible Pamela supo merecer sus beneficios con su cariño y su agradecimiento: nunca se separó de Felicia, siendo la más dulce y grata de sus obligaciones el cuidado de hacerla feliz.

Habiendo dejado de hablar la Marquesa de Clemira, hizo la Baronesa la señal de retirarse. No obstante, como no era tarde, se obtuvo una prolongación de la velada. Se hicieron algunas reflexiones acerca de la historia de Pamela; se admiró el carácter de la heroína, sobre todo su sensibilidad, y todos convinieron en que el agradecimiento es la más amable de todas las virtudes. No se cansaban de hablar de la virtuosa Alejandrina: se notó que su ejemplo había inspirado a Pamela aquella especie de admiración que caracteriza a las almas grandes, aquella que excita el deseo de imitar una conducta sublime. Finalmente, se admiró tanto la feliz influencia que había tenido en la suerte de Pamela su beneficencia para con la mujer paralítica, como el poder de la Religión que sabe dar una virtud tan sólida, un valor incontrastable, y los únicos consuelos que pueden hacer tolerar con paciencia y por espacio de diez y ocho años el cúmulo de las miserias humanas (1).

(1) Madama Busca, que vive aún (en el mes de Agosto de 1783) está diez y ocho años hace en el estado que queda dicho.



¡ Oh madre mía ! ¡ Guarde usted a su hija ! ¡ No la abandone !

De allí a pocos días tuvo la Marquesa de Clemira el gusto de ver que las historias de las veladas y el ejemplo de Sidonia habían hecho mucho efecto en el corazón de sus hijos; porque habiendo sabido Carolina y Pulqueria que en una aldea inmediata se hallaba una mujer de parto, determinaron hacer ellas mismas las envolturas para la criatura. César, ayudado del cestero de Champceri, se encargó de dar las cestas y excusabaraja en que debía llevarse la ropa destinada al niño, y quiso hacer, con la ayuda del carpintero, un armario grande para la madre. La Marquesa aprobó estos proyectos: hizo recoger toda la ropa blanca vieja que había en la casa, y entregarla a Carolina y Pulqueria, que al punto emprendieron su obra con mucho ardor. No era menor el de César, Agustín y Morel para concluir el armario. Luego que todo estuvo finalizado, los carpinteros y costureras pidieron permiso para llevar ellos mismos aquel regalo a la pobre aldeana.—Vengo en ello—dijo su madre;—pero ¿cómo lo haréis? De aquí a la aldea hay lo menos media legua.—Mamá, si usted me lo permite, iré con mi armario en un carro.—Con mucho gusto.—; Ah, mamá—exclamó Pulqueria;—denos usted licencia para que llevemos las envolturas montadas en borricos!—¡Que me place!—respondió la Marquesa.—Yo por mí, no llevaré sino un poco de dinero, iré a pie, y mañana por la mañana después de almorzar nos pondremos en camino. Esta disposición excitó un gozo inexplicable. En efecto: fácilmente se concibe cuán grato es unir con el gusto de hacer una buena acción el de ir en carro y en borricos.

Carolina, Pulqueria, César y Agustín pasaron lo restante del día con suma agitación. Los aldeanos que debían dar los borricos y el carro recibieron aquella tarde veinte recados a lo menos. Carolina y Pulqueria arreglaron las envolturas en dos cestas: se había repartido así, en dos partes, para que no se equivocase la labor de la una con la de la otra. Excusado decir que no se habían olvidado de atar con mucha curiosidad cada paquete de ropa con cintas de color de rosa y azules, y que había en las cestas por lo menos tantas cintas como labor. Al día siguiente todos los niños estaban despiertos antes de amanecer; esperaron con impaciencia la hora de vestirse; se almorzó de prisa, y finalmente bajaron al patio, en donde esperaban los burros y el carro, del cual tiraban cuatro bueyes. Carolina y Pulqueria montaron en sus burros con las cestas de las envolturas, y llevando cada una por conductora a una muchacha de la aldea que iba a pie al lado de ellas. César subió en el carro y se sentó sobre su armario con Agustín y Morel: no es posible que un general victorioso en su carro de triunfo tuviese un aspecto más animoso ni semblante más satisfecho. Mad. de Clemira, acompañada del abate, se puso en medio de sus dos hijas para poder hablar con ellas, y con este orden se rompió la marcha. A pesar del deseo que se tenía de llegar a la aldea, no pareció largo el camino: la alegría más sincera hacía que la conversación fuese igualmente ruidosa y agradable. Se cantaba, se gritaba con tanta más libertad cuanto la Marquesa, a quien nunca causó enfado el inocente gozo de la niñez, era la primera que daba el ejemplo. Se podía oír la

comitiva mucho tiempo antes de verla: las risotadas, las canciones y los gritos la anunciaban desde lejos, y varias veces hicieron correr al camino desde los prados inmediatos a las muchachas que hilaban a la sombra de los sauces y a los pastores que guardaban sus rebaños.

No cesó el alboroto hasta tanto que se descubrió la casa de la aldeana. No obstante, entonces se acrecentó el gozo, pero mudó de carácter: al regocijo se siguió una dulce conmoción, y cuando se llegó a la puerta de la casa los niños estaban tan callados, como alborotados un medio cuarto de hora antes. Apéanse todos; dos hombres cargan con el armario, y seguidos de César, de Morel y de Agustín, entran los primeros en la casa. Carolina y Pulqueria se abrazan con sus cestas, y van a ofrecérselas a la aldeana, con unos latidos de corazón indecibles. La Marquesa le dió algún dinero, y prometió volverla a ver después que hubiese parido. Aquella pobre mujer manifestó un gozo y una gratitud tan viva, que conmovieron a Mad. de Clemira y a sus hijos.

Al volver a la quinta no se trató de otra cosa; en lo restante del día toda la conversación fué acerca de lo mismo, y la Marquesa dijo a sus hijos:—Acordaos de la felicidad y alegría de que habéis disfrutado hoy. ¿Por qué tienen tanto atractivo las pasiones? La causa es porque ocupan vivamente: los hombres prefieren extraviarse, padecer, y aun perderse, a la idea de verse consumidos del tedio; pero las pasiones no dan más logro que una agitación penosa, ni más frutos que unos placeres, que la inquietud corrompe casi siempre, o que los remordimientos emponzoñan. Sólo la virtud es quien nos presenta un manantial inagotable de gustos y felicidades. Tened presente, hijos míos, toda vuestra vida la dulce satisfacción que habéis sentido al formar el proyecto de socorrer a esa mujer, las conversaciones tan gustosas que acerca de ella habéis tenido, el gusto con que trabajabais para ella, la actividad que os inspiraba aquella agradable ocupación, la agitación en que estabais ayer, el instante precioso en que salimos de casa, y el regocijo, fiesta y alboroto en todo tiempo del camino; acordaos también de la conmoción que habéis tenido al descubrir la casita, y el enternecimiento que os penetró al ver a la mujer, y creed firmemente que nunca han producido las pasiones placeres tan vivos y una felicidad tan pura. Además de esto, los gustos que las pasiones hacen disfrutar no son más que unas ilusiones nocivas y frágiles que es preciso perder, y que al disiparse dejan en el alma un vacío horroroso, mil recuerdos importunos, y muchas veces amargos arrepentimientos. Vosotros, por el contrario, ¡qué satisfacción interior tan grande experimentáis! ¡Qué dulce memoria os queda! ¡Qué alabanzas tan lisonjeras habéis sabido merecer!

Al decir estas palabras los tres niños se arrojaron en los brazos de su madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creían firmemente que no podían ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud. César suplicó después a su madre que le concediese un favor: la pidió permiso para sacar de pila con una de sus hermanas al niño que pariese la mujer.—Aún eres muy

niño—le respondió su madre—para ser padrino.—Pero, mamá, yo he visto diez niños más jóvenes que yo...—Bien lo sé; pero no puedo aprobar semejante abuso; porque, en fin, ser padrino de una criatura es en algún modo adoptarla, y esta clase de adopción es tanto más respetable cuanto la religión es quien la consagra.—Dígame usted, pues, mamá, cuáles son las obligaciones de los padrinos, y yo la prometo cumplirlas, exactamente.—El padrino se obliga a proteger a la criatura, a la cual se pone uno de sus nombres; se obliga a encargarse de su colocación, a sacarla de la miseria si se hallase en ella, y, finalmente, a darla cuantos socorros haya menester.—¡Ah, mamá; ahora tengo muchas más ganas de ser padrino, puesto que me obligará a hacer buenas acciones!—Pues bien; lo serás.—¿Y quién de nosotras será la madrina?—preguntaron a un tiempo Carolina y Pulqueria.—Este honor—replicó su madre—se debe a la mayor, pero yo te prometo, Pulqueria, que también serás la madrina el verano próximo. Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase a la satisfacción que se había logrado en aquel agradable día, la Baronesa contó aquella misma noche la historia siguiente.



OLIMPIA Y TEÓFILO

Aún se ve hoy día cerca de las riberas del Véзера, a lo último del Lemosín, una antigua casa de campo tan solamente notable por su antigüedad y por la belleza de su situación, rodeada de prados cubiertos de ganados. Está edificada sobre la loma de una colina desde la cual se descubre el río y la bonita ciudad de Uzerche en perspectiva, formando a esta distancia una vista tan singular como grata (1). En esta soledad fué donde el barón de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba solamente en la educación de un hijo único y querido. Había pasado el Barón su juventud en el mundo: naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho más que su inclinación, le había apartado de él, porque habiendo disipado la mayor parte de sus bienes y perdido las brillantes esperanzas que tanto tiempo le habían alucinado, se había resuelto, en fin, a retirarse a su casa. No obstante, echaba de menos, a pesar suyo, el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarle. Reputaba su despecho por filosofía; se creía desengañado, pero sólo estaba abatido y desanimado. Mas, con todo, tenía sensibilidad, amaba a su hijo, y Teófilo (que éste era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometía de servir en todo a su padre y de hacer su vida feliz. El Barón tenía por amiga íntima a una de sus vecinas, llamada Eufrasia. Teófilo, que veía casi todos los días a la joven Olimpia, sobrina de Eufrasia, la tomó una

(1) La pequeña ciudad de Uzerche está edificada sobre un peñasco escarpado al pie del cual pasa el Véзера. Se nota en esta ciudad que ningún vecino deja de tener vistas al río en su casa o jardín, y que cada casa, mirada de lejos, parece una fortaleza antigua, con sus almenas y torreones cubiertos de pizarras. Dista esta ciudad ciento nueve leguas de París; Limoges, sobre el Viena, a noventa y siete leguas de París, es la capital del Lemosín.

inclinación que su padre vió nacer con gusto. Era Olimpia huérfana y sin bienes; pero Eufrasia no tenía heredero forzoso, y el Barón no ignoraba que estaba determinada a dejar toda su hacienda a su sobrina. Olimpia tenía dos años menos que Teófilo; luego que hubo cumplido dieciséis, el Barón declaró a Eufrasia sus ideas, y aquel mismo día Olimpia y Teófilo supieron que su casamiento estaba concertado. De allí a quince días se firmó el contrato. Eufrasia se obligó gustosa a dejar todos sus bienes a una sobrina que había criado y que amaba en extremo.

Lleno de gozo esperaba Teófilo con la mayor impaciencia el día señalado para su casamiento. Era amado, y lo sabía, porque en presencia de su padre y de Eufrasia había obtenido de Olimpia esta declaración tan precisa para su ventura.

Llegó, finalmente, la víspera del día feliz en que Teófilo y la amable Olimpia debían unirse para siempre. Aquel mismo día cayó mala Eufrasia, y al quinto de su enfermedad recibió el Barón una carta de París en que le decían que un pariente muy remoto, aunque de su mismo nombre, acababa de morir, después de haber hecho un testamento por el cual le nombraba su heredero universal. Este suceso, que hacía al Barón dueño de una fortuna cuantiosa, le obligaba a marchar sin dilación a París. Era imposible hacer el casamiento de Olimpia y de Teófilo antes de su marcha, porque Eufrasia estaba delirando desde dos días antes, y así no podía firmar los artículos. Preciso Teófilo a acompañar a su padre, manifestó un dolor tan grande y verdadero que el Barón, para consolarle, suplicó a la triste Olimpia que le escribiese.—Un padre—añadió—se lo suplica a usted y se lo pide por su esposo.—Olimpia, llorando, les prometió darles noticias de su tía, y por su parte, el Barón se obligó a no detenerse en París más que seis semanas, y marchó aquel mismo día con Teófilo.

Llegado a París, tomó el Barón posesión de una magnífica casa y de una rica herencia. Presto se llenó aquella de una turba de amigos íntimos que en doce años no se habían acordado de él. Los primeros días se decía el Barón:—*Mis riquezas y una buena mesa son los motivos que hacen venir a esta tropa de viles desertores.* Pero en breve tiempo el amor propio supo persuadirle que sólo a su mérito debía las pruebas de cariño y atención que le tributaban. Teófilo, metido de improviso en un mundo tan nuevo para él, no disfrutaba de ninguno de los placeres que a porfía se le ofrecían. Pensando sólo en Olimpia, esperaba con viva impaciencia el efecto de sus promesas: le había prometido escribirle, y, no obstante, no llegaba aquella carta tan deseada. Recibió, finalmente, el Barón noticias del Lemosín: le decían que Eufrasia había muerto sin volver en su acuerdo y sin haber hecho testamento, por lo cual, la infeliz Olimpia se hallaba reducida a una corta pensión apenas suficiente para su subsistencia, y que se había retirado a Tulle (1) en un convento. Luego que Teófilo supo esta

(1) Ciudad considerable del bajo Lemosín, situada en parte sobre una montaña en el confluente de los ríos Salant y Corezo, en un país lleno de montañas y precipicios: dista ciento catorce leguas de París.

noticia suplicó encarecidamente a su padre concluyese lo más breve que le fuese posible sus negocios para volver al Lemosín, añadiendo que las desgracias de Olimpia hacían que la amase mucho más. El Barón manifestó aprobar su pensamiento y le prometió apresurar la partida. Al punto escribió Teófilo a Olimpia una carta llena de amor y de respeto, y le acababa prometiéndola que antes de un mes estaría otra vez a sus pies. No había extrañado Teófilo que Olimpia, en los primeros instantes de su dolor, no le hubiese escrito; pero quince días después de este acontecimiento, no teniendo noticia de Olimpia, se entregó a las más crueles inquietudes. El Barón le consolaba un poco asegurándole que iba a finalizar todos sus asuntos. Un día que Teófilo, más afligido que nunca, estaba solo, encerrado en su cuarto, entró el Barón, y sentándose junto a él con rostro grave, le dijo:—Acabo de recibir noticias de Olimpia.—Al oír estas palabras Teófilo, enajenado de gozo, quiere tomar una carta que su padre tenía en la mano.—Espera un poco—dijo el Barón,—modera esa impaciencia: las noticias que te he de dar no son nada gustosas.—¡Oh Cielos! ¿Está mala Olimpia?—No, goza de cabal salud; pero ya no es digna de tu amor.—¡Ella! ¡Olimpia! ¡No, no; es imposible!—Oye lo que me escribe un hombre respetable, y cuya probidad te es notoria. Diciendo esto, el Barón enseña a su hijo la letra y firma de un caballero del Lemosín, cuyo testimonio, en efecto, no le podía ser sospechoso. Después leyó el Barón el artículo de la carta concerniente a Olimpia, que decía así:

“Puesto que me pregunta usted la verdad con tanta confianza, debo decírsela sin disfraz alguno. Confieso que la señorita por quien usted me pregunta se porta con una imprudencia muy dañosa a su reputación. Cuando murió su tía tomó la prudente determinación de retirarse a un convento; pero ha salido de él al cabo de quince días para ir a vivir en casa de una de sus amigas, con quien se trataba en Uzerche, la cual, casada dos años hace, vive en una posesión que tiene en las inmediaciones de Tulle. La tal no tiene veinte años, y, por desgracia, ha sido objeto de varias historias escandalosas, por lo que no tiene muy buena fama; tiene además un hermano, muchacho presuntuoso, cuya compañía no puede convenir a una señorita que ama su reputación. Pero todo esto no debe tenerse por delito grave; nadie duda que la sobrina de la virtuosa Eufrasia tenga buenos principios y sólidas virtudes. Su inconsiderado proceder se atribuye a su inocencia misma, a la falta de experiencia y al culpable abandono de su tutor, que la deja dueña absoluta de todas sus acciones; pero si usted escribe acerca de esto, estoy cierto que al punto cederá a las justas representaciones que puede hacerla por razón del mutuo enlace que está para concluirse, y todo estará remediado si la señorita vuelve prontamente a su convento, porque puedo asegurarle a usted que hasta ahora no se ha visto en su conducta más que un poco de ligereza y una imprudencia muy digna de excusa en su edad.”

Esta carta destrozó el corazón de Teófilo: sobresaltado, turbado por los celos, veía un rival peligroso en el hermano de la amiga de Olimpia. No obstante, disimuló la inquietud que le devoraba y afectó manifestar

la mayor confianza.—Aún no es todo lo que has visto—le dijo su padre:—la carta que acabas de leer es de un hombre circunspecto y que no dice todo lo que sabe. Aquí hay otra de mi mayordomo, que se explica sin rodeos, y que me avisa que tienes un rival; que Olimpia no puede ignorar una pasión conocida de todos, que la autoriza permaneciendo en casa de su amiga, y en fin, que el hermano de ésta se ha alabado públicamente de que Olimpia le había sacrificado todas tus cartas.—¡Es un impostor!—exclamó Teófilo.—¡Jamás creeré que Olimpia sea capaz de semejante perfidia!—Es inconstante—replicó con serenidad el Barón;—pero no es pérfida. No quiere engañarte; no ha respondido ni a tus cartas ni a las mías. Este silencio explica sobradamente su mudanza.—¡No—interrumpió Teófilo,—no me engañarán falsas apariencias! ¡Olimpia es inocente! ¡La calumnian! ¡Yo debo vengarla! ¡Déjeme usted marchar, padre mío! ¡Yo me muero aquí! ¡Permítame que vaya a explicarme con ella! ¡Quiero oírlo; quiero castigar al atrevido, al monstruo que se atreve a manchar su reputación!

En tanto que así hablaba, el infeliz Teófilo derramaba un mar de lágrimas: el exceso de su dolor hacía patente el furor de sus celos. Su padre, que leía fácilmente todo lo que pasaba en su alma, manifestó tenerle lástima y enternecerse.—Enviemos—le dijo—un propio a Tulle: llevará tu carta y esperará respuesta. Si esta respuesta no te satisface, entonces te permitiré que vayas: sólo esto te pido.—Teófilo vino en ello, aunque de mala gana. Al punto escribió la carta más circunstanciada. En ella instruía a Olimpia de todo cuanto se decía en contra suya.—Una palabra sola, la decía, puede justificarla a usted. Quédese si gusta en casa de su amiga; pero dignese decirme que está pronta a cumplir la sagrada promesa que nos liga, y seré el más feliz de los hombres.

Aprobó el Barón esta carta, y al punto le dió curso. En fin, aquel correo cuya vuelta esperaba Teófilo con tanta impaciencia, aquel correo depositario de su destino, volvió al cabo de ocho días. Iba a acostarse Teófilo, cuando oye un látigo de posta: se estremece, y vuela al cuarto de su padre. De allí a un instante entra el propio en el cuarto.—Y bien—le dice Teófilo,—¿traes respuesta?—Sí, señor.—¡Dámela, pues!—Señor, no es para usted.—¿Pues cómo?—Es para el señor Barón. Entonces entrega el correo al Barón una caja y una carta, y se va.—¿Qué significa esto?—dijo el Barón como admirado.—¿Qué contendrá esta caja?—No respondía Teófilo: inmóvil y trémulo, no se atrevía a decir a su padre que abriese la carta. Rompe el Barón el sobrescrito, ábrela, y lee en voz baja. Teófilo, fijos los ojos en el rostro de su padre, se estremece al ver el espanto e indignación que manifiesta.—¡Oh Cielos!—exclama con voz interrumpida.—¿Qué le dice a usted?—¡Ay, hijo mío; ármate de valor! Mas ¿qué digo? No le necesitarás. ¿Acaso podrías llorar un objeto tan despreciable? A estas palabras Teófilo, sin aliento, se deja caer en una silla, y tomando la esquila fatal que su padre le presenta, se le arrasan los ojos en lágrimas al conocer la letra y firma de Olimpia. Pero ¿quién podrá expresar lo que sintió al leer lo siguiente?:

“Puesto que ahora se me deja libertad de disponer de mí misma, debo declarar a usted sin rodeos que sólo la obediencia me obligaba a formar un lazo que no hubiera podido hacerme feliz. Esta declaración nos deja libres a entrambos. Devuelvo a usted los regalos que mi querida y respetable tía me mandó aceptar. Quedo de usted con el mayor respeto y veneración, etc.—*Olimpia.*”

Leída esta carta, Teófilo estuvo callando un gran rato, y después, mirando a su padre como fuera de juicio:—¡Yo me vengaré!—exclamó. —¡Sí; yo me vengaré!—¿De qué modo?—¿De qué modo? ¡Justo Cielo! ¡Tengo un rival! ¡Morirá a mis manos!—Sin duda tienes un rival, amado. Pero ¿qué te importa? ¿No debes despreciar y olvidar para siempre una mujer indigna de ti?—¡Sí; yo la desprecio, la aborrezco, la olvidaré sin trabajo! Sería, en efecto, el hombre más vil si la conservase el menor cariño. ¡Ah, traidora; bajo un rostro tan divino, con aquel aire de inocencia y de candor ocultar un alma tan falsa!—Vuelvo a decirte que no te engaña: no te ama, y lo dice sin disfraz.—¡Pero me amaba! ¡Me lo ha dicho, padre mío! ¡Yo estoy cierto de que me amaba! ¡La han seducido, la han engañado; quizás ella misma se engaña en lo que escribe! ¡Ah; si yo pudiese verla y hablarla! ¡Déjeme usted ir a que la vea y la oiga! —¡Toma, insensato, esa carta! ¡Vuélvela a leer, y avergüenzate de una pasión que en adelante no puede sino envilecerme!—¡Oh padre mío! ¡Yo estoy loco, no sé dónde estoy! ¡Tenga usted lástima, guíeme y no me abandone!

Toda la noche la pasaron juntos el Barón y el desventurado Teófilo. Este no se acostó sino al amanecer; pero no halló en la cama el sueño ni el descanso, y todo el día y noche siguientes se mantuvo sólo en su cuarto a causa de tener el Barón gentes a cenar. Al día siguiente se vió a solas con su padre, y, prometiéndole olvidar a Olimpia, no hablaba sino de ella. Unas veces la pintaba con los coloridos de un monstruo digno de su odio; otras procuraba disculparla, y quería conservarla a lo menos un resto de estimación.

—Pero, en efecto, mamá—interrumpió Carolina,—yo no hallo que Olimpia sea despreciable: si es cierto que nunca había querido a Teófilo, no se la podía tachar de inconstancia. Además, que Olimpia había quedado pobre, Teófilo se hallaba rico, y, con todo, Olimpia no quería casarse porque no creía poderle hacer feliz. Este proceder me parece noble. —Suponiendo que Olimpia no hubiese nunca querido a Teófilo (cosa que no me parece que está muy probada), ¿no le había ya dicho que le amaba? ¿No había recibido su palabra y prometido unirse a él?—Es cierto; pero dice que su tía la había obligado a ello.—Puesto que se había podido determinar a casarse con Teófilo por obediencia, hubiera debido después de muerta su tía persistir en esta resolución por respeto a su palabra. En fin, si Teófilo la había inspirado una aversión insuperable, ¿por qué no se lo decía a su tía? ¿O por qué no la pidió tiempo, o bien declarándola que no podía consentir en aquella unión? No estaba bajo

la autoridad sagrada de una madre, circunstancia que hubiera hecho más excusable su resistencia.—Es verdad: ahora comienzo a comprender que había hecho mal.—Tened presente sobre todo que no hay cosa que pueda dispersarnos nunca de cumplir la palabra que hemos dado. Esta frase: *mi promesa no ha sido voluntaria*, es una excusa que la conciencia desmiente, y de que nunca se ha valido la probidad. Sabéis que vuestra palabra debe ser inviolable, que no podéis faltar a ella sin deshonraros: preferid, pues, si es preciso, la muerte a la infamia de quebrantarla. En una palabra: si el temor o la amenaza os arrancan una promesa, no hagáis mayor esta cobardía añadiéndola la indeleble mancha del perjurio; pero volvamos a Teófilo.

No omitía su padre medio alguno para distraerle de su pena. Le llevaba a menudo a casa de la Condesa de Lisbé, en donde se juntaba una lucida concurrencia. Tenía la Condesa una hija de edad de diez y siete años, cuya hermosura y gracias alababa el Barón continuamente. Sin embargo, la condesita de Lisbé no era bonita; pero el sumo cuidado que ponía en adornarse manifestaba el vivo deseo que tenía de parecerlo. Hablaba mucho, reía a menudo, bailaba bien, se sabía además que tenía maestros de todas clases: todo esto era más que suficiente para que los amigos de la casa dijese que la Condesita *era bonita, amable y un conjunto de atractivos y habilidades*. Pero Teófilo estaba lejos de pensar así. Parecíale afectada, llena de presunción y muy coqueta; estaba sumamente cansado de su risa violenta y de sus monadas, pareciéndole sobre todo inaguantable cuando se acordaba a pesar suyo de la agradable conversación y gracias naturales de Olimpia.

A fines del invierno entró Teófilo en el regimiento del hermano de la Condesita, y siguió a su coronel al regimiento. Al cabo de cinco meses volvió a París. Su padre notó en él la misma melancolía: no obstante, advirtió con gusto que ya no hablaba de Olimpia. Hacía ya cerca de un año que habían salido del Lemosín. A los ocho días después de su vuelta del regimiento, el Barón se encerró a solas con él en su cuarto y le dió parte de la intención que tenía de casarle, añadiendo que deseaba lo efectuase con la Condesita de Lisbé. Respondióle Teófilo sin rodeos que tenía una repugnancia invencible al casamiento, y además, particular aversión a la Condesita. El Barón le refirió con prolija ponderación todas las ventajas del brillante enlace que le proponía. Teófilo le escuchó con indiferencia, y respondió que no conocía otra ambición más que la de distinguirse en el servicio. Enfadóse entonces el Barón, declarando que había ya dado su palabra a la familia de la Condesita. Teófilo, sorprendido y afligido, pidió algún tiempo para determinarse a formar una unión tan contraria a su inclinación. No pudo obtener más que ocho días. Gran parte de aquella noche pasó reflexionando sobre su suerte. Se acordó de todos los elogios que el Barón daba tanto tiempo hacía a la Condesita; su estrecha amistad con la familia de esta joven, amistad anterior con mucho al tiempo en que el Barón recibió la carta de Olimpia; trajo a la memoria otras muchas circunstancias que le persuadieron que la con-

ducta del Barón había sido artificiosa y que había formado el proyecto de casarle con la Condesita en el mismo tiempo en que al parecer quería efectuarlo con Olimpia. Mil confusas sospechas se presentaron de golpe a su imaginación. Discurrió que no era imposible que hubiesen extrañado sus cartas, y quizás las de Olimpia, y que, en fin, le hubiesen malquistado con ella por medio de alguna impostura igual a la que imaginaba que habían empleado contra ella.

No se entregó sin escrúpulos a estas ideas tan ofensivas a su padre. Pero cada nueva reflexión las daba mayor fuerza; y no pudiendo tolerar semejante incertidumbre, tomó el partido de marchar secretamente la noche siguiente a Lemosín y tener una conferencia con Olimpia misma. Ignoraba absolutamente su paradero: seis meses hacía que ni aun su nombre se había atrevido a pronunciar. Se horrorizaba al pensar que quizás la hallaría ya casada; pero no fué suficiente este cruel temor para detenerle. Al día siguiente supo ocultar a su padre su agitación y sobresalto. Confió parte de su secreto a uno de sus amigos, quien le dió uno de sus criados para que le acompañase, y a las dos de la mañana salió de su casa sin ser visto. Montó a caballo, y tomó la posta para el Lemosín.

Fué derecho a Tulle, adonde llegó a los tres días al poner del Sol. Tomó un cuarto en una posada, y temblando hizo varias preguntas a la huéspeda acerca de Olimpia. Supo con inexplicable gozo que no estaba casada; pero lo demás que le refirió la huéspeda atenuó en gran parte esta alegría. Dijole que nadie dudaba que Olimpia hubiese amado al hermano de su amiga, que había estado ocho meses en casa de ésta, y que, en fin, no habiendo querido el joven a quien había sacrificado el casamiento más ventajoso casarse con ella, desesperada se había determinado a volver a su convento; pero que, no habiéndola querido admitir las religiosas, se había ido a Uzerche y se había refugiado en casa de su tutor, que vivía en una hacienda inmediata a la ciudad; que este último paso acababa de perderla en el concepto del público, porque su tutor no era casado; que se reputaba por hombre sin principios y de mala conducta, y que tenía en su casa a una mujer de mala vida, con quien vivía Olimpia en estrecha amistad. A pesar de estas crueles noticias persistió Teófilo en la resolución de ver a Olimpia, y al punto marchó a Uzerche.

Hizo que le guiasen a la casa de campo del tutor de Olimpia: dejó los caballos y el criado en un mesón del lugar, se envolvió en un capote, se puso un sombrero gacho, y se encaminó a la casa de campo con una turbación que es imposible decir. A la puerta de la casa le dijeron que el amo de ella estaba ausente hacía ya más de seis semanas, y que no había en ella más que Mad. Rocher (que era la mujer de quien había hablado la huéspeda) y Olimpia. Esto era a las ocho de la noche. Atravesó Teófilo un patio muy oscuro; encontró a una criada, que le guió al cuarto de Olimpia. Su turbación era tal, que apenas podía tenerse en pie; y, sin embargo del vivo deseo que tenía de ver a Olimpia, no le

pesó no hallarla en su cuarto, a fin de poder respirar un instante. La criada, a quien no quiso decir su nombre, salió para ir a avisar, y Teófilo quedó solo. No pudo mirar sin enternecerse los objetos que le rodeaban: el clave de Olimpia, su escribanía, su tocador y, sobre todo, su canario, encerrado en una jaula. Al instante conoció a aquel pajarito, que él mismo había dado a Olimpia la víspera del día en que se separaron.—¿Pues qué, pobre animalito—exclamó Teófilo,—eres cosa mía, y, no obstante, Olimpia te ha podido guardar?—diciendo estas palabras, Teófilo, enternecido, abrió como a pesar suyo la jaula, sacó el pajarito, y se lo metió en el pecho. Aleteando el canario contra el corazón palpitante de Teófilo, pronunció claramente estas palabras (1): *¡Amo a Teófilo!* las cuales penetraron el alma de éste; de manera que, enajenado y fuera de acuerdo, no se atrevía a creer lo que había oído, cuando el pájaro repitió otras dos veces seguidas: *¡Yo amo a Teófilo!*—¡Ah; ya no me es posible dudarle—exclamó Teófilo,—pues que Olimpia es quien ha dictado estas dulces palabras! ¡Cuántas veces habrá tenido que repetir las para enseñárselas a esta avecita, y pensaba, ¡ay de mí!, que yo nunca las oiría! ¡Olimpia, amada Olimpia, eres fiel a tu primer amor, eres inocente! ¡Sin duda me crees culpado, y, no obstante, aún me amas! ¡Conservas este pajarito, y te dignas de escucharle!—Diciendo estas palabras Teófilo besaba, enajenado de gozo, el canario; y éste, a quien no se le había enseñado más que una sola frase, correspondía a las caricias de Teófilo batiendo las alitas y repitiendo a cada instante: *¡Yo amo a Teófilo!*

De improviso oye Teófilo pasos, y se estremece todo: no puede desconocer las ligeras pisadas de Olimpia; aun le parece que oye el ruido que al andar hacía su vestido. Se arroja a la puerta: ésta se abre, entra Olimpia, y Teófilo se precipita a sus pies. El canario se escapa de entre las manos de Teófilo, y vuela sobre el hombro de su ama pronunciando el nombre de Teófilo. Prorrumpe Olimpia en un grito penetrante, y quiere huir; Teófilo la detiene. Olimpia, pálida y temblando, se deja caer sobre una silla; casi desmayada, no tiene fuerzas para proferir una sola palabra. Teófilo, siempre a sus pies, no puede explicarse sino con lágrimas. Sólo el pajarito conserva la facultad de hablar, y, gozoso de volver a ver a su ama, repite mil veces su lección. Turbada Olimpia, confusa e igualmente irritada, rompe en fin el silencio, y con voz interrumpida le dice:—A nadie sino a mí debe usted creer! ¡Debo aborrecerle, despreciarle; he debido olvidarle!—Olimpia, amada Olimpia, dignese usted oirme! ¡Estoy libre, siempre soy fiel! ¡Nos han engañado a uno y a otro! Esta preciosa avecita acaba de hacerme conocer mi error. Escuche usted también mi justificación.—Pero ¿cómo podrá usted excusarse de no haber respondido a mis cartas?—Sus cartas de usted! Ni una sola he recibido, y la he enviado más de veinte.

(1) * Aunque no es muy común que hablen los canarios, con todo, no es imposible, y esto basta para descargo de mi autora. Véase lo que dice en la palabra *canario* el primer tomo de la *Enciclopedia* traducida al castellano.



Esta se abre y entra Olimpia...

Estas palabras acabaron de disipar las dudas de Olimpia: tenía demasiada inocencia y candor para no ser fácil de persuadir. No pudo reprimir sus lágrimas, y levantando los ojos al cielo dijo:—¡ Ah, Teófilo! Puesto que siempre es usted el mismo, no me quejaré ya más de las perfidias que he experimentado. Estas pocas palabras hicieron a Teófilo el hombre más feliz del mundo. Después de haberla manifestado su alegría y agradecimiento, refirió cuanto le había sucedido. Olimpia le escuchó con igual admiración y enternecimiento, y después, tomando la palabra, le dijo que, destituida de guía y de consejos, no había creído hacer una acción contraria a su reputación cediendo a las instancias de su amiga, que la solicitaba a fin de que fuese a vivir con ella; que en su casa siempre encerrada en su cuarto con su canario, no había recibido más visita que la de uno de sus parientes, el cual, bajo el velo de la compasión y amistad ocultaba los más viles designios; que había puesto alguna confianza en este hombre y le había descubierto la pena que experimentaba en no recibir noticias de Teófilo; que, en fin, aquel pérfido confidente le había dicho que Teófilo no la amaba ya y que estaba enamorado de la Condesita de Lisbé. Me enseñó—prosiguió Olimpia— varias cartas de su padre de usted que acabaron de hacerme ver que sólo el honor podría determinarle a cumplir la palabra que me había dado. No dudé entonces en quebrar con usted para siempre, y, demasiado vana para dejarle ver las penas de mi corazón, le escribí la carta que ha leído. Entregada a la pena, y creyendo aborrecer a usted, este pajarito me era odioso: no podía escuchar sin enfado las mismas palabras que con tanto gusto le había enseñado. Una tarde abrí la ventana y le eché a volar. Después de haberle sacrificado de este modo, a pesar mío le echaba de menos. Esto me causaba vergüenza; pero persuadiéndome a mí misma que no le apreciaba más que por él solamente, me levanté a media noche, abrí la ventana y le llamé mil veces. Fué en vano: no volvió, y yo pasé lo restante de la noche llorándole. Apenas comenzaba a rayar el día bajé al jardín: me siento, y prosigo con mi llanto. De improviso oigo una vocecita quejosa que pronunciaba muy quedo: ¡ *Teófilo!* ¡ Imagínese usted cuál fué mi gozo! Este ha sido, Teófilo, el único movimiento de alegría que he tenido en su ausencia de usted. Hallé a mi pobre pajarito sobre un rosal: había padecido, estaba espantado, temblando, y cubierto el rosal de las plumas que había perdido. Cogíle y le cuidé, determinada a guardarle hasta que supiese de cierto su casamiento de usted. Estaba muy resuelta a no volver a ver a usted; pero al mismo tiempo que renunciaba a nuestra unión, no podía persuadirme que Teófilo fuese capaz de contraer otra. Me decía a mí misma:—¡ Tendrá remordimientos que no le permitirán casarse con la que ha preferido a mí! ¡ Nunca le perdonaré: seré inflexible! ¡ Pero puedo guardar mi canario: él nunca lo sabrá; oculto mi canario a la vista de todos, yo sola le oiré hablar. Tales fueron las razones que me obligaron a quedarme con mi querido pajarito.

Seis meses estuve en casa de mi amiga. En este tiempo el indigno confidente que yo había elegido me propuso si quería casarme con él.

Esta oferta me le hizo con razón sospechoso. Le dije que no volviese a verme. Para vengarse me hizo saber que mi reputación estaba malparada; que la persona en cuya casa vivía había perdido la suya, y que se me imputaba que amaba a su hermano. Estos avisos tardíos me parecieron calumnias. Con todo, examiné cuidadosamente la conducta de mi amiga, y a poco tiempo conocí ser cierto cuanto me había dicho. Resolví volver a Tulle al convento, de donde me había salido con tanta imprudencia. Las monjas, mal informadas, rehusaron admitirme. Humillada, vendida, abandonada y apoyada solamente en mi inocencia, vine a este lugar a pedir a mi tutor me aconsejase. No era mi intento pedirle que me diese un asilo, pues no era decente que yo estuviese en casa de un hombre soltero; pero fui más feliz de lo que esperaba. Al llegar aquí hallé a mi tutor pronto a emprender un viaje de dos meses: me presentó a una señora parienta suya que ha padecido grandes desgracias, y que vive en esta casa por algún tiempo. Mad. Rocher, que éste es su nombre, me parece tan amable como virtuosa; me ha referido su historia, que sería asunto de una excelente novela. En fin, cuento permanecer aquí todo el tiempo que ella se esté.

Dejó de hablar Olimpia, y Teófilo, tan enternecido como conmovido, estuvo algún tiempo sin responder, y después arrojando un suspiro, la dijo:—¡Ah! No debemos atribuir nuestras desgracias a otra cosa más que a esa inocencia, a ese candor que la caracterizan a usted. Esas virtudes angélicas han dado armas a la calumnia para denigrarla: ellas son la venda fatal que la ciega a usted. ¿Cree usted, por ejemplo, que está en un asilo decente y seguro?—¿Pues qué?...—Esa mujer que estima usted tanto es una infame ramera.—¡Justo Dios!—Lo que de ella he sabido en Tulle me ha sido confirmado de nuevo en este lugar.

—¡Oh tía mía!—exclamó Olimpia deshecha en lágrimas.—¡No he sentido al perderte sino el dolor que inspira el afecto más tierno y una justa gratitud; pero no comprendía ni conocía como ahora lo sumo de mí desgracia! ¡Insensata! ¡No sabía lo precisa que me era una guía. ¡Oh Cielos! ¿Cómo es posible con intenciones tan puras perder la reputación y el honor? ¿Es, pues, imposible que el amor a la virtud supla por la experiencia?—¡Tranquilícese usted en nombre de Dios! Considere que nuestros males se acabaron, puesto que nos hemos desengañado. El vínculo que nos une es el más sagrado, el más santo.—Pero su padre de usted quiere deshacerle: ha interceptado mis cartas y las de usted aun antes que hablasen mal de mí.—Ha querido, no lo dude usted, acrisolar nuestro amor; después ha creído algunos relatos falsos, y este error, justificado por las falsas apariencias, es la mejor excusa de su conducta. Pero cuando sepa todo lo que usted me ha dicho, con sólo el lance del canario, le verá usted sin duda venir a pedirla que se efectúe esta unión, que el agradecimiento, el honor y el amor me hacen tan preciosa.

Fácilmente se cree lo que se desea, mayormente a la edad de diez y siete años. No dudó Olimpia que el Barón, conociendo su error, no se abrasase en vivos deseos de reparar su injusticia. Tranquila ya sobre lo

venidero, no pensó sino en lo presente. No quería estar más en casa de su tutor; pero ¿qué asilo buscaría en tanto que Teófilo volvía a verse con su padre? No conocía más que a dos o tres antiguos amigos de su tía, a quienes no había visto desde su muerte, y que, prevenidos contra ella, rehusarían recibirla. En Uzerche no había convento. Determinóse, finalmente, a ir al día siguiente a Brives (1) e ingresar en uno esperando en él las noticias de Teófilo, el cual también volvería el mismo día a París. Teófilo obtuvo de Olimpia que le recibiría aún al día siguiente, y que no se separarían hasta haber concertado de común acuerdo las medidas que habían de tomar.

Teófilo, de vuelta a su posada, tuvo una mala noticia: su lacayo le dijo que había visto andar alrededor de la casa cuatro o cinco hombres, al parecer disfrazados, y que habían hecho muchas preguntas a la huésped. Apenas acababa de decir esto el criado, cuando Teófilo oyó ruido en la escalera.—¡Sin duda—exclamó—vienen a prenderme! Diciendo esto echa mano a dos pistolas que tenía prevenidas, y se adelanta hacia la puerta. En aquel instante ve entrar al apoderado que tenía su padre en París.—Dumont—le dijo,—¿viene usted a buscarme de parte de mi padre?—Sí, señor—respondió Dumont, algo turbado al ver las pistolas.—¿Y tiene usted intención de llevarme por fuerza?—Yo, señor, espero que la obediencia que usted debe a su padre... Pero no debo ocultarle a usted que traigo una orden del Rey.—Con una orden de mi padre bastaba; y puesto que quiere que vuelva con usted, volveré. Pero declaro que no marcharé sin haber vuelto a ver a la persona por quien he venido.—Pero, señor...—¡No hay que poner dificultades, que no escucho!—La orden que traigo manda que marche usted al punto.—Una obligación sagrada me detiene aquí algunas horas. Es preciso que yo vuelva a la quinta. Ahora son las once: las puertas estarán cerradas y todos se habrán acostado; no quiero despertar a nadie, ni alborotar la casa. Por consiguiente, pasaré la noche aquí, en la misma situación en que estoy. Al amanecer iré a la quinta; estaré en ella una hora a lo menos, y después le seguiré a usted.—El señor Barón llevará muy a mal...—Espero que me oirá y se dignará admitir mi disculpa; yo salgo a todo. Puede usted, si quiere, esperarme en este cuarto; no tengo intención de huir de usted, y aun le doy mi palabra de honor de no intentarlo.

Viendo Dumont que Teófilo estaba enteramente resuelto a no marchar sino al día siguiente y a no dejar sus pistolas, convino en esperarle, y se retiró a un cuarto inmediato. El resto de la noche lo pasó Teófilo paseándose en el suyo y pensando en la conversación que había de tener con Olimpia. Luego que amaneció llamó a Dumont, y le propuso si quería seguirle hasta las puertas de la quinta. Dumont le hizo algunas convenciones; pero hubo de ceder al ver la entereza de Teófilo. Acompañado de dos hombres le siguió a lo lejos, haciéndole prometer que no

(1) Ciudad llamada *la Gallarda* por la bella situación de que goza; dista ciento diez y ocho leguas de París.

estaría más que una hora con Olimpia. Al llegar a la quinta supo Teófilo que Olimpia acababa de salir. La quinta estaba distante un cuarto de legua de la iglesia en donde descansaban las cenizas de Eufrasia. El día antes había convenido Olimpia con Teófilo que a las diez se verían, y que inmediatamente marcharía a Brives: en consecuencia, había querido antes de apartarse de Uzerche regar con su postrer llanto el sepulcro de su tía.

Teófilo sale inmediatamente de la quinta, y a pesar de la repugnancia de Dumont va a buscar a Olimpia. Al entrar en la iglesia se detuvo a la puerta para contemplarla sola en medio del coro y arrodillada sobre la sepultura de Eufrasia. Su postura, la santidad del lugar y la vista de aquella misma iglesia, en la cual, a no haber muerto Eufrasia hubiera Teófilo recibido la mano de Olimpia, causaron una conmoción inexplicable en su pecho. Teófilo se adelantó hacia Olimpia: al ruido de sus pisadas levantó ésta la cabeza y le muestra su rostro bañado en llanto. Acércase Teófilo y se arroja de rodillas a su lado. Admirada Olimpia de verle, y sobre todo, movida de la alteración que notaba en su semblante, le mira con sobresalto y terror. Teófilo, tomando una de sus manos y estrechándola fuertemente entre las suyas, exclamó:—¡Oh respetable Eufrasia! ¡Ah; si vivieras, aquí mismo hubiera yo recibido esta mano querida que me habías prometido! ¡En este sitio un juramento sagrado hubiera unido para siempre a Olimpia y a Teófilo! Pero a lo menos se hará la misma promesa en este sitio. ¡Sí, Olimpia; yo juro ser tuyo mientras viva! ¡Pongo por testigo al Sér Supremo que nos oye y que lee en mi corazón!—¡No más—exclama la trémula Olimpia,—no más, Teófilo! ¡Tema usted, ¡infeliz de mí!, tema usted hacer un juramento temerario!—Porque es inviolable le hago con gusto.—¿Y si su padre de usted le reprueba?—No tiene derecho para hacerlo. ¿Podrá acaso querer romper un lazo que él mismo ha formado? Si es cierto, Olimpia, que usted me ama, dígnese darme una prueba de ello: prométame usted unir su suerte a la mía en esta misma Iglesia, en la cual habían determinado nuestros parientes unirnos. Delante de este altar, en donde debí recibir su preciosa mano, y, en fin, sobre el sepulcro de la que la sirvió de madre, y que la mandó me aceptase por su esposo.—¡Ah! ¿Qué pretende usted?—le dijo Olimpia.—¿Por ventura podemos disponer de nosotros mismos?—Diciendo estas palabras quiso Olimpia retirar su mano trémula, que Teófilo tenía entre las suyas.—Olimpia—exclamó Teófilo,—¿quiere usted abandonarme, o pretende olvidarme? ¡Tema usted, pues, mi despecho y desesperación!—El tono con que profirió estas palabras hizo estremecer a Olimpia: perdió el color, y mirando a Teófilo con temor y encogimiento, dijo en voz baja:—Pues bien; yo me obligo con los mismos juramentos que usted acaba de hacer.—A estas palabras, juntando Teófilo las manos, dió gracias con los términos más afectuosos al Cielo y a la triste Olimpia, la cual, siempre pálida, inquieta y turbada, con funestos presentimientos y con la mirada fija sobre el sepulcro, participaba de los afectos de Teófilo, sin poder gozar de la alegría que él experimentaba.



Entrando en este tiempo el sacristán en la Iglesia...

Entrando a este tiempo el sacristán en la iglesia, Teófilo suplicó a Olimpia le concediese un rato de conversación en casa del cura, que vivía al lado de la iglesia, y Olimpia convino en ello. Entonces Teófilo la dio parte de la llegada de Dumont. Esta nueva la consternó.—¡Ah, Teófilo—exclamó vertiendo un par de lágrimas;—qué juramento me ha hecho usted hacer, y en qué ocasión, cuando su padre irritado le llama para mandarle que me olvide!—¡Olvidar!—interrumpió Teófilo.—¡No; ya es usted mía: la muerte sólo puede separarnos! Deseche usted, amada Olimpia, esos temores que ultrajan a mi padre. Cuando sepa lo que ha pasado, cuando el amor, el honor y la verdad la habrán a usted justificado por mi boca, sé que aprobará mi amor: me quiere, no es bárbaro, no es inhumano ni vil.—Pero es ambicioso.—¿Y podrá más en su pecho la ambición que la justicia y la naturaleza? Estoy cierto de obtener su consentimiento: lo único que temo es alguna dilación; pero usted puede disipar todas mis inquietudes.—¿Y cómo?—Atreviéndose a seguirme a París.—¡Qué dice usted!—Esta proposición no puede ofender ni a la decencia ni a su pundonor de usted, no yendo juntos.—¿Y cuál sería mi asilo en París?—Yo puedo disponer de la casa de uno de mis amigos.—¡Cómo! ¡Vivir en la casa de un hombre, y hombre, sin duda, de su edad de usted! ¡Eso no; jamás!—Teófilo, para acabarla de determinar, se permitió faltar algo a la verdad: pintó a Derval como una persona de mucho juicio y edad madura, y aseguró que era igualmente respetable por su experiencia y por su genio. Además—añadió,—que usted no le verá, no estará en su casa, y al cabo de veinticuatro horas habré yo encontrado un cuarto en un convento. En fin, yo no puedo resolverme a dejarla a usted aquí. ¡Demasiado me ha costado el estar separados! Nada tendrá mi padre que oponer a lo que yo le diga; pero no nos volvamos a exponer a ser víctimas de algún nuevo artificio. ¡Oh, amada Olimpia! ¡Siga usted a su esposo, siga usted al hombre feliz con quien el más santo de los juramentos la une, para que pueda presentarse en el mismo instante en que yo alcance el consentimiento de mi padre, y que sea imposible engañarnos o hallar pretextos para diferir nuestra unión!—¡Ah!—dijo Olimpia.—¿Qué se han hecho todas mis resoluciones? Esta noche, pensando en usted, me afligía de que mi indiscreto pajarito le hubiese hecho conocer los sentimientos que yo debía ocultar; me arrepentía de haberle escuchado tanto tiempo; me determinaba a no verle a usted hoy, y a marcharme antes de la hora que habíamos convenido. Pero, ¡ay de mí!, en la iglesia misma donde usted me ha encontrado, al pie del altar en donde poco antes prometí a Dios sacrificar, si era preciso, una inclinación desgraciada, mi boca ha proferido el imprudente juramento que usted me ha dictado. ¿Y ahora quiere usted que le siga y que vaya a exponerme a los desprecios y repulsas de su padre, que me desconoce?—No quiere usted acordarse que está mal informado y que yo le desengañaré: hágale usted más justicia. Usted le verá pedirle perdón: no lo dude. En fin, ya no es usted dueña de sí misma: estamos unidos con un vínculo que no puede romperle ningún poder humano. ¡No nos separare-

mos más! ¡ Los instantes son preciosos! Me están esperando, y es preciso que nos separemos. ¡ Me voy desesperado si no quiere usted seguirme! —Pues qué—exclamó dolorosamente Olimpia,—¿ no me deja usted ni aun el tiempo preciso para reflexionar sobre las consecuencias de una acción tan temeraria? ¡ Ah, Teófilo, usted abusa de mi condescendencia!

No pudo proseguir Olimpia: las lágrimas la embargaron la voz. Reiteró Teófilo sus instancias, y por fin obtuvo la promesa que solicitaba tan vivamente. Olimpia tomó las señas de la casa donde debía ir a apearse en París con un nombre fingido. Prometió llorando marchar al día siguiente: entonces Teófilo, colmados sus deseos, fué a juntarse con Dumont, y subiendo con él en una silla de posta que los esperaba, al punto tomaron el camino de París. Iba Teófilo muy contento, no imaginando posible que su padre desaprobase lo que había hecho después que lo hubiese oído; pero al paso que se acercaba a París se disminuían sus esperanzas: se acordaba con temor de la ambición y artificiosa conducta de su padre. Las dudas, los temores e inquietudes iban ocupando insensiblemente el lugar de confianza, y llegó a París en un estado de abatimiento que distaba poco de la desesperación. Eran las nueve de la noche cuando llegó a su casa.

El recibimiento que le hicieron los criados le dió a entender suficientemente la indignación de su padre: no vió sino rostros tristes y severos. Unos le examinaban con maligna curiosidad; otros al mirarle se encogían de hombros; otros, en fin, se detenían para dejarle pasar bajando la vista con aire triste y consternado. Ninguno le habló. Luego que subió la escalera encontró a un antiguo ayuda de cámara del Barón, que le entregó una esquila con mucho misterio. Quiso Teófilo entrar en el cuarto de su padre.—No, señor—le dijo el ayuda de cámara con aspereza—hoy no puede usted verle.—¿ Pues qué, mi padre se niega a oirme?—Esa esquila...—¡ Ah; perdido soy! — exclamó Teófilo. — Diciendo estas palabras se encaminó a su cuarto, y en él abrió temblando la esquila del Barón, que contenía estas palabras:

“No es ya mi hijo un ingrato, un rebelde: no volveré a verte, ni tendrás libertad hasta que me hayas prometido formalmente por escrito una obediencia sin límites.”

Después de haber leído Teófilo esta formidable sentencia se quedó algún tiempo inmóvil como si le hubiese herido un rayo; después valiéndose de todo su ánimo, dijo:—Pues bien; estaré preso.—Pero una dolorosa reflexión aniquiló en breve su valor. Dentro de dos días debía llegar Olimpia. ¿Qué pensaría no viendo a Teófilo? No obstante, como había imaginado que quizás no podría ir al instante a prevenir a Derval (así se llamaba el amigo a cuya casa debía ir a parar Olimpia), el lacayo de éste, que había ido con Teófilo, estaba encargado de entregarle una carta que contenía las circunstancias del favor que le pedía. En ella hacía saber Teófilo a Derval, sin nombrar a Olimpia, que una señorita con el nombre supuesto de Mad. de Forlis llegaría dentro de dos días a su casa; suplicábale que la hospedase por el tiempo de veinticuatro horas

solamente. El criado portador de esta carta se había separado de Teófilo después de haber entrado en París, prometiendo irle a entregar al punto mismo. Cierta de que Olimpia lo hallaría todo pronto en caso que llegase al día siguiente, se determinó Teófilo a pasar dos días sin responder a su padre, esperando que esta apariencia de entereza podría obligar al Barón a deponer parte de su severidad y perdonarle sin imponer condiciones.

Encerrado en su cuarto pasó Teófilo estos dos crueles días, lisonjeándose a cada instante de que su padre iría a verle o le enviaría a llamar: cada vez que un criado entraba para servirle o cada vez que abrían la puerta, se levantaba temblando; creía oír la voz de su padre, o que le traían orden suya para irle a hablar. A la mitad del segundo día su agitación y desasosiego llegaron al extremo: la idea de que Olimpia llegaría verosímelmente aquella misma tarde, le despedazaba. Esta era su situación, cuando un nuevo incidente destruyó todas sus irresoluciones. Ofendido el criado que le servía de que hubiese hecho confianza de un criado ajeno, descubrió con gran gozo que el Barón había hecho prender al que le había acompañado, y para mortificarle se lo dijo al instante.—¿Y cuándo?—preguntó temblando Teófilo.—El día mismo que usted llegó: la orden estaba dada de antemano. Apenas el pobre muchacho se separó de usted, cuando le echaron el guante y le han puesto a la sombra.

Esta nueva acabó de abatir a Teófilo. Si Olimpia había llegado, no estando avisado Derval, era fijo que no la habría admitido. ¿Qué pensaría, pues, o qué partido había de tomar? Además, si habían registrado al criado preso, el Barón habría visto la carta que Teófilo escribía a Derval. Todas estas reflexiones eran a cuál más dolorosas. Queriendo, finalmente, Teófilo saber su suerte, se resolvió al único medio que podía volverle la libertad y asegurarle los medios de ofrecer un asilo a Olimpia, o quizás libertarla de una situación cruel en caso que ya hubiese llegado. Escribió a su padre; su mano trémula formó estremeciéndose estas pocas palabras: *Padre mío: yo prometo a usted una obediencia ilimitada; pero a lo menos dígnese usted escucharme.* Un instante después de haber enviado este billete oyó Teófilo llamar a su puerta, y era el ayuda de cámara de su padre que venía a llamarle de su parte.

Pálido, temblando y fuera de sí, aunque muy determinado a fingir, baja Teófilo al punto mismo al cuarto del Barón, que salió a recibirle; le abrazó, le apretó la mano afectuosamente, y le hizo sentar a su lado. Hubo un instante de silencio, causado por el mutuo empacho: no obstante, procurando el Barón manifestar un aire desembarazado y contento, dijo:—Olvidemos, hijo mío, todo lo pasado. Tú me prometes una obediencia sin límites: cuento con ella, y te vuelvo toda mi confianza y amor. Bien sé que la persona que has visto en el Lemosín no habrá excusado medio alguno para seducirte y ponerme mal contigo: te habrá dicho, sin duda, que he extraviado sus cartas y las tuyas. Este es el único artificio de que me he valido: tu interés y el amor que te tengo son mi excusa. Fuera de esto, no he exagerado nada en cuanto te he dicho de una persona cuya mala conducta la ha hecho indigna de ti.

Creo muy bien que habrá sabido persuadirte que está inocente; pero no habrá podido ocultarte que ha perdido su reputación. La última casa en que ha vivido, su actual amistad con la más vil de las mujeres, acaban de desacreditarla: por tanto, ya sea su conducta efecto de la imprudencia o del vicio, está deshonrada, y esto basta. Esa unión sería un oprobio para ti: fuera de que yo no me había obligado con su tía sino bajo la expresa condición de que la dejaría por heredera. Eufrasia ha muerto sin dejarla nada, circunstancia que en rigor anula la palabra que yo había dado.

A estas razones dictadas por la ambición, la codicia y mala fe hubiera podido responder Teófilo que el Barón exageraba los yerros de Olimpia; que su reputación estaba herida, pero no perdida para siempre; que sus pocos años y la funesta independencia en que se hallaba hacían inclinarse hacia la indulgencia a todas las personas sensatas; que era sobre todo injusto en condenarla sin oír la; que era cosa muy extraña haberla desechado y suprimido sus cartas aun antes de que se la pudiese creer culpada; que en cuanto a la falta de bienes, el mismo Barón conocía lo imposible que era alegar esta causa para romper un enlace formado tan públicamente y de un modo tan solemne y para apagar un amor tan arraigado, puesto que en el tiempo de la muerte de Eufrasia no habían hecho mención alguna de este pretexto de faltar a su palabra, pretexto que las leyes darían tal vez por suficiente, pero que la virtud y el honor, siempre más severos y delicados que la ley, despreciarían por indigno. Finalmente, que aun suponiendo que Olimpia hubiese heredado de su tía, como no podía haber entonces proporción alguna entre esta corta herencia y la actual fortuna del Barón, este suceso no daba ni quitaba fuerzas a las miras de interés. Todas estas reflexiones hizo Teófilo; pero, viendo que el Barón estaba enteramente resuelto a no ceder, y, por otra parte, impaciente de estar libre para poder salir e ir volando a la casa de Derval, no le respondió cosa alguna, y sólo pensó en conocer si el Barón sabía algo de la carta que había escrito a Derval, y que había entregado al criado que había hecho prender; pero en breve perdió el temor tocante a esto.

Encubriendo sus mortales inquietudes y el pesar más amargo bajo un aire humilde y sumiso, aseguró Teófilo de nuevo a su padre de su entera obediencia. Entonces le volvió a abrazar el Barón, y un cruel remordimiento hizo conocer a Teófilo cuán horrible es engañar a un padre, aun cuando la injusticia, el artificio y la violencia parece que obligan a ello.—Ya sabes, hijo mío—prosiguió el Barón,—el empeño en que estoy con la familia de la Condesita de Lisbé: es preciso concluir este asunto sin demora alguna.—Estas palabras hicieron estremecer a Teófilo; pero el Barón, manifestando no hacer alto en su turbación, prosiguió:—Mad. de Lisbé está en Versalles: no volverá hasta pasado mañana; aquella misma noche te presentarás a su hija en calidad de esposo, y al día siguiente quedaréis desposados.—Padre mío—replicó el infeliz Teófilo,—vuelvo a repetir que estoy pronto a obedecer.—Esta nueva protesta valió a Teófilo mil elogios que acabaron de llenarle de amar-

gura. Viendo, en fin, claramente por esta conversación que el Barón nada sabía de la carta que había escrito a Derval, tocó el asunto que en aquel instante más le importaba.—¿Podré salir esta noche?—dijo. Tengo gran necesidad de distracción. ¿Podré ir a ver a mis amigos?—Como quieras: no te ocultaré, sin embargo, que haré celarte los pasos hasta que estés casado; pero eres dueño de salir cuando gustes. Sólo exijo que sea en coche y que lleves dos lacayos.

Aprovechóse Teófilo prontamente de un permiso que esperaba con tanta impaciencia. Pero mientras ponen el coche veamos lo que ocurre en casa de su amigo Derval. Aquel día había estado de caza; y habiéndose vuelto a las tres de la tarde, tenía convidados a comer a siete u ocho amigos suyos tan calaveras como él. Esta tertulia, tan alegre como de poco juicio, debía pasar todo el día en casa de Derval. A los postres, cuando ya el vino de Champaña empezaba a calentarles los cascos, entró un criado a decir a Derval que una señora en coche quería entrar en casa.—¿Y cómo se llama?—preguntó Derval.—Se llama Mad. de Forlis.—¡Oh Cielos!—interrumpió Pulqueria.—¡Ese era el nombre supuesto de Olimpia!—Justamente—replicó la Marquesa de Clemira:—era Olimpia misma, que juzgando que Derval estaría ya avisado, esperaba ser recibida en la casa y permanecer en ella veinticuatro horas, en tanto que el grave y respetable Derval (porque así le había llamado Teófilo) estaría ausente.—¡Mad. de Forlis—dijo Derval riéndose.—¡Parece nombre de comedia! ¿Y qué traza tiene esa señora?—Es muy joven y muy hermosa.—¡Que venga, que venga!—gritaron a un tiempo todos.—Voy a buscarla—dijo el lacayo; y, en efecto, se fué.

Olimpia con su silla de posta y con su criada esperaba a la puerta. Ve que ésta se abre; entra la silla en el patio de la casa, un lacayo sale a recibirla, y la hace subir por una escalera secreta. Olimpia, trémula, turbada y cansada del viaje, subía apoyada en el brazo de su criada, que la llevaba casi arrastrando. En fin, después de haber pasado un largo corredor, abre el lacayo una puerta y se retira. Olimpia y su criada entran por esta puerta fatal, que al punto volvió a cerrarse. Figuraos, si es posible, la turbación y sobrecogimiento de Olimpia al verse de improviso en medio de una tropa de jóvenes medio embriagados, y de los cuales el más viejo no tenía veinticinco años. Prorrumpen en un grito penetrante: quiere huir; pero la detienen y la cercan.—¡Oh Cielos—exclama;—en dónde estoy! Señores, mi postillón se ha equivocado: yo creía entrar en la casa de un hombre respetable, de Mr. Derval...—Este epíteto de *hombre respetable* hizo prorrumpir a todos en grandes carcajadas.

Entonces Derval se acercó a ella.—No la han engañado a usted, señora—dijo afectando mucha seriedad,—porque yo soy ese Derval.—Al oírle Olimpia se quedó petrificada, y casi pronta a desmayarse, se apoyó contra el respaldo de una silla.—¡Pero, en efecto, es como una plata!—continuó Derval.—*¡Tis a Romantick girl indeed!* (1)—dijo otro que no

(1) *Es una heroína de novela.* Expresión muy usada en las novelas inglesas.

se había levantado de la mesa.—Lo cierto es—añadió otro—que su esquivéz y monadas, falsas o verdaderas, la sientan muy bien.—¡Oh Catalina—dijo Olimpia medio ahogada;—Catalina, sácame de aquí!—Mucho siento—dijo el que estaba bebiendo—que la confidenta se llame Catalina: ese nombre no es *Romantick*.—¡Venga usted señorita—dijo la criada:—deme usted el brazo, y váyanse noramala estos tontos!—Aquí empezaron de nuevo las risotadas y las burlas. No dejaron de advertir también que la *confident*a llamaba a Mad. de Forlis *señorita*. Confundida Olimpia y medio muerta, hizo un movimiento para escaparse. Derval la detuvo.—¡Vamos—la dijo;—ya basta de fingir empachos y temores! ¡Háganos usted compañía con satisfacción!—Olimpia, al oír semejantes razones, oprimida de vergüenza y sobrecogida de terror, sintió que sus piernas no podían sostenerla, y se dejó caer sobre una silla. A este tiempo entra un criado, y dirigiéndose a Derval le dice riendo:—Señor, abajo hay un lacayo de Mad. de Forlis que trae una maleta, y nos pregunta en qué cuarto debe dormir su ama, porque su ánimo es quedarse aquí.—Al oírle se echaron a reír todos a un tiempo.—Hallo en este modo de obrar—dijo Derval—un fondo de alegría y de marcialidad que me encanta; fuera de que este modo de hacer amistades abrevia los cumplimientos y ceremonias.—Diciendo esto se sentó junto a Olimpia, y tomándola una mano se la besó. Entonces Olimpia recogió todas sus fuerzas. La indignación y la cólera vencieron su debilidad y rubor; se levanta, y desasiéndose con ímpetu de entre los brazos de Derval, huye al otro extremo de la sala: halla una puerta, la abre, y sale por ella a una galería. Derval la sigue. Olimpia echa a correr con todas sus fuerzas, y con tal velocidad, que Derval no puede alcanzarla. Viendo Olimpia al extremo de la galería un gabinete entreabierto, se mete en él, cierra la puerta, y después de haber echado el cerrojo se deja caer sobre un canapé, y da libre curso a sus lágrimas. En vano llama Derval diciendo mil locuras: por fin la amenaza que va a echar la puerta abajo. Olimpia se estremece. Abre una ventana; pero ésta daba sobre el jardín de la casa. ¡No importa! Olimpia, despechada, se determina a precipitarse en el jardín si Derval consigue abrir la puerta. Ya se disponía a arrojar, cuando, no oyendo más la voz de Derval, se detiene, contentándose con sentarse sobre la ventana. De allí a poco, cierta de que Derval no estaba ya en la galería, se imaginó que había ido a buscar a sus criados para echar la puerta a abajo.—¡Oh desventurada Olimpia—exclamó vertiendo un diluvio de lágrimas;—a qué punto te han traído tu imprudencia y credulidad! ¡Engañada indignamente, vendida, abandonada, reducida, en fin, a escoger entre la muerte o la infamia! ¡Ya estoy determinada! ¡Infeliz! ¿Qué pierdo perdiendo la vida? ¡La muerte me librará de la pasión funesta que causa mi tormento y mi oprobio! Pero ¿qué digo? ¿Quién, yo? ¿Podré amar todavía al pérfido seductor que prometiéndome un asilo decente y seguro me ha hecho venir a esta abominable casa? No puedo creer que haya tenido el bárbaro intento de exponerme a tantas afrentas y de perderme: sin duda que algu-

nas razones que ignoro le justifican sobre esto. Pero, en fin, él me ha engañado: me había pintado a ese indigno Derval como un hombre respetable.

Al pronunciar Olimpia estas últimas palabras se estremece y calla; oye pasos en la galería.—¡Oh Cielos!—exclama poniéndose de rodillas.—¡Sin duda van a abrir la puerta! ¡Oh Dios mío; dignate perdonar mis culpas! ¡Mi conducta ha sido imprudente, pero mi corazón es puro! ¡Perdonadme, Señor, una resolución que el honor me inspira! Al acabar Olimpia esta oración oye pronunciar su nombre, y conoce con inexplicable gozo la voz de su criada que la gritaba que abriese la puerta, y que podía hacerlo sin temor: sin embargo, aún dudaba Olimpia. Entonces Catalina la aseguró que Derval y sus amigos habían salido de la casa. Corre Olimpia a la puerta y la abre; al instante se adelanta con ímpetu un hombre, se arroja a sus pies, y aterrada reconoce a Teófilo. Indignada al verle, se retira; sus fuerzas exhaustas la abandonan enteramente, y cae desmayada en los brazos de Catalina. Luego que volvió en sí, el primer objeto que advirtió fué a Teófilo llorando de rodillas delante de ella. Olimpia aparta de él la vista, y hablando a Catalina:—¡Sostenme!—la dice.—¡Salgamos de esta infame casa!—Esta la respondió que Derval no estaba ya en ella, y que no volvería hasta que ella se fuese.—Pues, siendo así—replicó,—ahora mismo puede volver.—Pues qué, dijo Teófilo en voz baja y tímida,—¿será posible que no quiera usted oirme?—Apurado el sufrimiento de Olimpia, prorrumpió en invectivas y dicterios contra Teófilo, el cual, consternado, la escuchó sin interrumpirla, y luego que hubo cesado de hablar procuró excusarse diciendo que si la había engañado acerca de la edad y genio de Derval, había sido porque el mismo Derval era el único con cuya reserva podía contar; que tenía grandes defectos, pero que era amigo fiel y seguro: después la suplicó que le oyese sin testigos la relación de todo lo que le había pasado después de su vuelta a París.

Después de haberlo resistido mucho tiempo convino Olimpia en que Catalina pasase al cuarto inmediato, y Teófilo, seguro de aplacar el enojo de Olimpia, ya que consentía en oírle, empezó la triste relación de las persecuciones que había padecido. No la ocultó cosa alguna, ni aun la palabra formal que había dado de casarse con la Condesita de Lisbé. Pálida Olimpia al oír esta última circunstancia, no pudo ocultar el sumo dolor que la causó.—Pongo al Cielo por testigo—prosiguió Teófilo—que jamás hubiera sacado de mi boca este cruel consentimiento, desmentido por mi corazón, si no hubiese arriesgado más que la vida; pero era preciso, o engañar por entonces a un padre que abusaba de sus derechos, o perder mi libertad y la ocasión de acudir al amparo de usted. ¡Ah; y qué lejos estaba yo de imaginar los indignos ultrajes a que se hallaba expuesta! Pero con todo, aun sin saberlos, veía que usted llegaba a una ciudad no conocida, pidiendo asilo en una casa en que no querían admitirla; y esta idea fué más que suficiente para determinarme a fingir por el pronto, puesto que la más injusta violencia me obligaba a hacerlo.

—¡No, no!—interrumpió Olimpia anegada en el llanto que en vano



El se arroja a sus pies, y aterrada reconoce a Teófilo.

procuraba reprimir.—¡No; usted debe cumplir la promesa que ha hecho a su padre.—Cumpliré la que fué voluntaria. Mi padre, en efecto, ha recibido de mí una promesa sagrada: me mandó que amase a usted; yo se lo juré, y seré fiel a este juramento, el único que debe ser inviolable.—¿Y cuál es su esperanza de usted?—La de que usted cumplirá la solemne promesa que me ha hecho.—¿Y cómo es posible, cuando usted depende de un padre inflexible y cuando le ha prometido obedecer dentro de tres días?—Esa dilación es suficiente para libertarnos de una vez de tan insoportable tiranía.—¿Cuál es su designio de usted?—Sacrificar a mi único dueño mis riquezas, mi estado y mi patria.—¿Qué dice usted? ¡Oh Dios mío!—Digo que huyamos.—¿Y se atreve usted a proponerme?...—Si el amor que usted me tiene es verdadero, no puede negarse a esta proposición. Usted me debe su fe; es prenda que me pertenece... No puede dárme la sino en un clima extraño: pasemos, pues, a Inglaterra.—¡Oh Dios mío!—interrumpió Olimpia. ¡En qué abismo quiere usted precipitarse conmigo! ¿Yo privaría a un padre de su hijo, consintiendo en formar una unión ilegítima contraria a las leyes, y huyendo con usted le sacrificaría la decencia, mi reputación y el honor? ¡Ah; más quiero morir!—¡Pues bien—exclamó Teófilo, enfurecido;—reciba usted mi último adiós! Olimpia, no puedo vivir sin usted, y renunciando a mí, me precipita en un fin desastroso.—Penetrada Olimpia de terror, detuvo al desesperado Teófilo, que iba a salirse del cuarto.—¡Oígame usted—le dijo;—cese ya de causarme un espanto que me hiela! ¡Tenga usted compasión del estado en que me ve! ¿Quiere usted que el temor me arranque un funesto consentimiento que nos perdería para siempre?—Sólo quiero que considere mi situación: piense usted que dentro de tres días, si me quedo aquí, me es preciso renunciar a lo que amo, casarme con quien aborrezco, o verme privado de la libertad. Ya sabe usted que mi padre ha obtenido orden del Rey. ¿Y qué sería entonces de mi Olimpia? ¡Privada del único amigo que la queda en el mundo, expuesta a las bárbaras persecuciones del odio y de la venganza! ¡Ah! ¡Huyamos; evitemos tantos horrores! Todo lo tengo prevenido; mi proyecto está hecho, y es infalible. Abandonando nuestra patria no lloraremos las riquezas que dejamos, ni tampoco tendremos que temer la pobreza. En fin, puedo, sin faltar al honor, librarla a usted y librarne de tantos males. ¡No perdamos tiempo: es preciso obrar sin dilación alguna!

A estas palabras ejecutivas, Olimpia, levantando al cielo sus manos juntas, exclamó:—¡Oh Dios mío, dignaos inspirarme! ¡Ay de mí, qué en vano deseo el consejo saludable! ¡En vano advierto y conozco mi flaqueza e imprudencia! Aislada, entregada a mí misma, veo el precipicio abierto a mis pies. ¡Una mano compasiva podría estorbar mi caída; pero me hallo sin protección ni guía! ¡Mi pérdida es infalible!—Sofocada con sus lágrimas, no pudo continuar estas tristes quejas. Teófilo vuelve a echarse a sus pies, suplicándola pronuncie su sentencia; jura quitarse la vida si esta sentencia le es contraria. Atemorizada Olimpia, pronuncia, desesperada, la fatal promesa que fija para siempre su destino.

Luego que Teófilo hubo arrancado el consentimiento de Olimpia se fué, dejándola entregada al más vivo dolor y al arrepentimiento más amargo.

Inmediatamente volvió Teófilo a su casa. Tuvo bastante poder sobre sí mismo para manifestar un rostro sereno. Una conversación que tuvo por la noche con el Barón acabó de asegurar a éste: creyó que Teófilo se había determinado a cumplir su gusto, y que la ambición y la vanidad habían apagado su amor antiguo; creyó esto tanto mejor, cuanto juzgaba por sí mismo: las almas comunes yerran a menudo en esta clase de cuentas. Teófilo al día siguiente aparentó no ocuparse más que en frioleras y preparativos de su boda. Supo el Barón con inexplicable gozo que había pasado parte de la mañana con el sastre y bordadores, y que no había salido de casa sino para ir a la del maestro de coches a ver el tren de la novia. Sabiendo Teófilo cuántos espías se habían puesto para acecharle, tuvo bastante ánimo para no ir en todo el día a casa de Derval, y acostarse sin haber visto a Olimpia. Esta conducta disipó del todo las inquietudes de su padre, que se entregó a toda la alegría que una mudanza semejante debía causarle. Teófilo, que el día que llegó Olimpia había hablado un instante con Derval, le había vuelto a ver después en secreto en casa del maestro de coches, y le había confiado a medias su secreto, diciéndole el verdadero nombre de Mad. de Forlis. Añadió que ella misma le había obligado a sacrificar un amor desgraciado; que él estaba resuelto a casarse con la Condesita; que Olimpia lo estaba también a entrar en un convento distante doce leguas de París, del cual era abadesa una tía suya, y que marcharía por la noche, víspera del día en que debía efectuarse su casamiento. Llegó, en fin, el día de ir a visitas. El Barón llevó a su hijo a casa de Mad. de Lisbé. Teófilo supo ocultar su estado de ánimo, y manifestó tanto agrado y serenidad, que el Barón quedó sumamente satisfecho de él: se convino en que al día siguiente se tomaran los dichos. Al salir de casa de la Condesa Teófilo dijo a su padre que sentía una agitación que no le permitía dormir, y que para distraerse de sus reflexiones iría a pasar parte de la noche al baile de la Opera. Pareciéndole al Barón que esta propuesta era muy natural, insistió él mismo para que fuese al baile. Teófilo añadió que iría a cenar con Derval. En efecto; a las ocho mandó poner su coche y se encerró en su cuarto. Allí, dejándose caer sobre una silla, y no pudiendo contener más tiempo los remordimientos que despedazaban su corazón, dió libre curso a sus lágrimas. En vano quería apartar de su imaginación un tropel de reflexiones dolorosas; en vano buscaba medios de ocultarse el exceso de su arrepentimiento: sus ojos se abrían a pesar suyo; la ilusión se iba disipando, el encanto fatal estaba casi deshecho; pero ya era tarde. No conoció el desventurado Teófilo sus obligaciones y errores sino para sumergirse con más amargura y espanto en el horroroso abismo que sus pasiones le tenían preparado. Entretanto dan las nueve: se estremece...—¡Esta hora—dice—será la última que oiré en la casa de mi padre! ¡Esta casa en que ahora

reina la paz y el sosiego, en qué horrible agitación estará mañana!—Los sollozos le impiden proseguir.

En fin, valiéndose de todo su valor enjuga sus lágrimas, se arma de resolución, y, no pudiendo resolverse a partir sin abrazar a su padre, sale apresuradamente de su cuarto y se encamina al del Barón. Bien advirtió éste que había llorado; pero no le extrañó, conociendo su sensibilidad. Quiso consolarle empleando cariñosas alabanzas.—No he hablado bastante, hijo mío, del agradecimiento que me inspira tu sumisión—le dijo;—pero puedes creer que conozco todo el precio de ella. ¡Oh Teófilo! Tu piedad filial asegura la felicidad de mis días, al mismo tiempo que hará los tuyos venturosos. El Cielo oirá las súplicas que le dirijo en favor tuyo: su severa justicia persigue y castiga a los hijos rebeldes; pero esto mismo debe hacer esperar justamente a un hijo como tú sus más ricas bendiciones. Al oír estas palabras, que penetraron el atormentado corazón de Teófilo, enajenado, fuera de sí, se precipita a los pies de su padre. Enternecido el Barón, le abraza y le bendice.—¡Conque en este instante—exclamó Teófilo con voz interrumpida,—en este instante recibo... la bendición de mi padre! ¡Oh padre amado; prométame usted no retractarse nunca! Si mi conducta en lo venidero no correspondiese a sus esperanzas... ¡Padre mío!... Entonces, compadézcase usted de Teófilo! ¡Será digno de lástima! Téngasela usted... ¡Pero no le eche su maldición!—Estoy leyendo en tu corazón; temes que no harás feliz a la esposa que te he escogido. Deja de engañarte, hijo mío; no es el amor, ese frágil sentimiento, el que puede hacer venturosa una unión que no debe acabar sino con la vida. Conozco tu virtud, tu juicio; no tengo recelo alguno. Diciendo esto, el Barón levantó a Teófilo y le abrazó tiernamente.—No ha mucho me dijiste—prosiguió—que tenías algunas deudas: te he dado veinte mil libras, y ahora quiero añadir otra suma destinada a tu diversión. En ese buró hay quinientos luises: tómalos y llévatelos a tu cuarto; ya son tuyos. Esta es, hijo mío, una corta muestra de la satisfacción que me causa tu conducta.—¡Ah!—dijo Teófilo.—¡No puedo aceptar esa cantidad! No, padre mío; tengo lo que me basta. Admirado el Barón de una escrupulosidad cuya causa no podía alcanzar, hizo inútiles esfuerzos para obligarle a recibir aquel dinero. Finalmente, Teófilo, enajenado, se separa gimiendo de su padre, y cuando salió de casa creyó expirar de dolor, considerando que no volvería jamás a ella. ¡Tardíos arrepentimientos, tan amargos como inútiles! Llegó el infeliz Teófilo a casa de Derval en un estado digno de compasión. Sin embargo, volviendo a ver a Olimpia, olvidó, a lo menos por entonces, su dolor y remordimientos. Olimpia, abatida y consternada, guardaba un triste silencio. En su rostro se advertían los efectos de los crueles tormentos que había padecido en aquellos tres días. Su decaimiento era tan grande, que ya no tenía fuerzas para quejarse, y casi había perdido la facultad de reflexionar.

No cenaba Derval en su casa aquella noche. Teófilo había llevado consigo todas sus alhajas y un magnífico aderezo de brillantes que su

padre le había regalado el día anterior. Vendió estas alhajas a un judío. Nunca había tenido deudas; por tanto, se hallaba con las veinte mil libras que su padre le había dado para pagar las que él había supuesto. Este dinero, junto con el que le pagó el judío, componía la suma de cuarenta mil libras, que Teófilo esperaba ir aumentando empleándola con ventaja en el país mercantil adonde iba a establecerse. El judío, que marchaba aquella misma noche a Inglaterra, había pedido un pasaporte para él y otro para Teófilo y Olimpia, bajo los nombres del *signor* y *signora Andrazzi*. Entregó a Teófilo el pasaporte y el precio en que habían convenido por las joyas y diamantes, y marchó inmediatamente unas dos horas antes que Teófilo.

—Abuelita mía—interrumpió César,—siento mucho que Teófilo haya dicho a su padre una mentira: fingir deudas que no tenía por que le diese dinero, me parece una mala acción.—No hay duda que lo es. No obstante, Teófilo tenía nobleza y desinterés, como puedes juzgarlo tú mismo acordándote de que no quiso admitir los quinientos luises que su padre le ofrecía.—En efecto; como su padre se los daba a título de recompensa, no pudo resolverse Teófilo a recibirlos: este rasgo me ha agradado.—¿Le admiras?—No, señora; me parece muy natural.—Y tienes razón. Teófilo tenía veinte mil libras y sus joyas; por consiguiente, no estaba expuesto a padecer miseria: hubiera sido un hombre vil si en el instante en que abandonaba para siempre a su padre hubiese admitido un dón que le ofrecía como prueba de las satisfacciones que le daba su obediencia. Esta acción hubiera sido, no sólo baja, sino también capaz de envilecerle. Volvamos a hora a nuestra historia.

A la media noche Teófilo se separó de Olimpia, y fué al baile de la Opera. Se disfrazó, y despidiendo su coche y criados, les dijo que Derval le llevaría a su casa cuando saliesen del baile. De allí a un instante salió con la máscara puesta, y entrando en un coche de alquiler, volvió a casa de Derval: halló a la puerta una silla de posta, que Olimpia, conforme a lo que habían dispuesto, había hecho venir. Condujo, o más bien llevó casi arrastrando, a ella a la temerosa y desgraciada Olimpia, y al instante mismo marcharon. Nadie siguió las pisadas de Teófilo: había tomado varias precauciones que le aseguraban que cuando se llegase a descubrir su fuga no dudaría el Barón en creer que se hubiese refugiado en España; y, en efecto, salió muy bien este artificio. Llegaron a Londres sin contratiempo alguno. El primer cuidado de Teófilo fué buscar en esta ciudad un sacerdote católico: a media noche, y en presencia de dos criados, recibió con sumo gozo la mano de la triste Olimpia, la cual, bañada en llanto durante todo el tiempo de la ceremonia, en nada ofrecía la imagen de una joven que se une al objeto que ama; antes más bien parecía una víctima de la obediencia.

Pocos días después de su casamiento, no creyendo Teófilo estar seguro en una ciudad llena de franceses, salió de Londres y tomó con Olimpia el camino de Edimburgo. Dejémoslo por ahora en el fondo de la Escocia: básteos saber que pasaron la mayor parte de su juventud entre la oscuridad, las lágrimas e infortunios.

Volvamos al desventurado padre de Teófilo. Algún tiempo se pasó antes de que supiese la fuga de su hijo. Este había salido de París a la hora en que el Barón solía acostarse: a la mañana siguiente supo que Teófilo no había vuelto; pero no lo extrañó, imaginándose que estaría con Derval. No obstante, a las diez envió a casa de éste, y le informaron que Derval, al salir del baile de la Opera, había ido con algunos amigos a almorzar a una casa de campo que tenía a una legua de París. Entonces el Barón no esperó a su hijo hasta la hora de comer. Pero a las tres de la tarde, empezó a entrar en cuidado; y con sobrada razón, puesto que Teófilo, naturalmente juicioso y arreglado en su conducta, nunca había hecho una ausencia tan larga de su casa. Inquieto y receloso, toma un caballo el Barón, y va él mismo a la casa de campo de Derval, en donde sabe que Teófilo no estaba en ella. No pudo sacar muchas luces de Derval, quien, por temor de cometer alguna indiscreción nociva a su amigo, satisfizo con reserva a las preguntas del Barón, y aun le dió a entender que había pasado toda la noche en el baile con Teófilo.

Esta circunstancia tranquilizó un poco al Barón. Volvió a su casa, y fué en derechura al cuarto de su hijo. Hizo abrir los cofres y pape-leras que había en él, y no hallando ni sus joyas ni sus diamantes, acordándose entonces de la situación en que la noche antes le había visto al tiempo de la despedida, no pudo ya dudar de su desgracia. Todas las informaciones que hizo le persuadieron que su hijo se había refugiado en España. Teófilo había dejado con mucho arte varios indicios que naturalmente debían producir este error: por tanto, el Barón no dudó en creerlo cierto, y se determinó a ir a España siguiendo en persona los pasos de su hijo. Al punto marchó, y recorrió toda la España; pero a su vuelta el cansancio y pesadumbres le obligaron a detenerse en Zaragoza. En esta ciudad cayó gravemente enfermo. Su convalecencia fué muy larga: le aseguraron los médicos que no podía restablecerse enteramente si no iba a las aguas de Barege, por lo cual se determinó a pasar tres meses en aquel lugar. Las reflexiones dolorosas que tuvo tiempo de hacer en aquella soledad agravaron más sus males: el arrepentimiento más amargo acabó de completar su desgracia. ¡Perdía un hijo único y querido, y lo perdía por su culpa! Sus artificios se habían vuelto contra él, y se contemplaba víctima de la violencia que había empleado contra su hijo: entonces conoció, aunque tarde, lo peligroso que es abusar del poder, y cuán gran necedad es sacrificar a la ambición la equidad, el honor y la humanidad. Se hallaba dueño de inmensas riquezas; pero ¿de qué le servían? ¡Ya no tenía hijo! Acordábase con dolor de las gracias, dulzura y virtudes de Olimpia; no podía dejar de confesar que hubiera hecho felices a uno y otro; tampoco podía condenar a Teófilo una pasión que él mismo había fomentado; y lo que acababa de desesperarle era la certeza en que estaba de que nunca Teófilo hubiera abandonado a su padre y patria si no se le hubiese querido violentar a casarse con otra. En efecto; si el Barón se hubiese limitado a declarar que no daría su consentimiento para la unión de Teó-

filo y Olimpia; si no hubiese amenazado a éste con privarle para siempre de su libertad si persistía en rehusar la mano de la Condesita, no hay duda que Teófilo, llorando la injusticia de su padre, se hubiera sujetado a su voluntad; y si era cierto que Olimpia fuese estimable y digna del sumo amor que le había inspirado, ella misma le hubiera determinado con el tiempo a sacrificar una pasión desgraciada.

Todas estas reflexiones hizo el Barón. Es cierto que nunca había tenido la bárbara intención de privar a su hijo de la libertad, y que sólo había querido intimidarle con esta terrible amenaza; pero conoció finalmente que el temor produce el disimulo, mas no la obediencia. Cuatro meses pasó el desgraciado barón en Barege; después volvió a París, esperando que aún podría hallar a su hijo, y aunque se había pasado cerca de un año desde su fuga, no omitió medio alguno para descubrir su asilo. Envió a Inglaterra, a la Suiza y a Holanda a un hombre de confianza, que hizo para lograrlo las más exactas pesquisas; pero todas fueron vanas. Entonces acabó de perder toda la esperanza: una melancolía profunda se apoderó de él. Varias personas le aconsejaron que volviese a casarse, y la Condesa de Lisbé, que era su mayor amiga, le repetía continuamente que una mujer amable era el único medio de hacerle olvidar un hijo ingrato. Al principio desechó el Barón este consejo; pero aún era joven, pues no tenía más que cuarenta y cuatro años; se consideraba aislado, era ambicioso y desgraciado, causas que fueron bastantes para que al fin se dejase seducir. La oferta de un enlace brillante y el deseo de tener hijos le determinaron a casarse con la Condesita de Lisbé, la misma que estaba destinada para Teófilo. Lisonjeábase el Barón de que le recompensaría de las desgracias de que ella misma era causa inocente; pero esta ilusión duró poco.

No tardó mucho tiempo el infeliz Barón en conocer el genio de su mujer. Tenía ésta harto poco juicio para hacer gala de la desenvoltura y de su inclinación a la independencia. Tan ignorante como ociosa, su conversación era igualmente frívola e insípida. Tenía además todos los vicios propios de una coqueta que no puede disimular que no es bonita: era envidiosa, murmuradora y de genio desigual; tenía mala cabeza, la imaginación desarreglada y el alma fría: finalmente, careciendo de reflexión, de principios y de sensibilidad, no podía ni hacer feliz a su marido, ni aprovecharse de los consejos de su madre, ni aun sacar utilidad de sus propias faltas y de la experiencia. Luego que tuvo la libertad de ir sola a todas partes casi no se la veía en casa. Hacía visitas, no por cumplir, sino por gastar en ellas tres o cuatro horas del día; la misma razón la hacía ir a los teatros. No hallaba gusto ni en la Comedia ni en la Opera; pero como estas funciones duran tres horas, al entrar en su aposento sentía un gran gusto pensando que iba a libertarse de todo aquel tiempo. Gustaba naturalmente del *loto delfin*; pero por grande que fuese el gusto que hallaba en esta diversión, no hubiera jugado todos los días hasta las tres de la mañana, a no ser por la agradable idea de que acostándose tan tarde se levantaría a la una del día, y, por

consiguiente, *no tendría mañana*. Este era siempre su modo de calcular, y éste es también el de todas las personas que, no sabiendo hacer un empleo útil del tiempo, ponen todos sus esfuerzos en abreviar la vida.

El Barón, gimiendo sobre la conducta de su mujer, se acordaba a menudo a pesar suyo de que Teófilo no había huído sino por no verse obligado a casarse con la misma persona que hacía el tormento del padre después de haber causado la pérdida del hijo.—¡Oh Teófilo—exclamaba el Barón;—más que padre, he sido tu tirano! Yo te sacrificaba a mi vanidad. ¡El cielo me castiga ahora del modo más sensible, aunque el más justo! ¡Ah; ahora sí que conozco cuánto me engañaba en la elección que había hecho para ti, y lo fundada que era tu resistencia! El orgullo y la ambición me cegaban, y soy dos veces víctima de mis yerros: he perdido a mi hijo, y padezco todos los tormentos que él hubiera sufrido si me hubiese obedecido.

Sólo sirvió el tiempo para acrecentar los pesares del Barón hasta tanto que su mujer se entregó al desorden con tanto escándalo, que su marido, de acuerdo con su familia, la hizo encerrar en un convento, en el cual murió la infeliz antes de un año. De este modo vió el Barón disuelto al cabo de cinco años un lazo funesto y justamente detestado. No había tenido hijos de su segundo casamiento; se volvió a ver más solo que nunca. Oprimido de tristeza y de tedio, cansado de su existencia y perseguido por el continuo recuerdo de un hijo querido, cuya ruina era obra suya, determinó viajar, buscando en las provincias que no había visto, objetos de distracción que pudiesen hacerle olvidar sus penas, a lo menos apartar por algún tiempo las dolorosas reflexiones que le aquejaban. Partió para Dinamarca, embarcándose en una nave mercantil. Un huracán violento le arrojó sobre las costas de Noruega. Hallóse la nave en medio de una multitud de isletas y con grave riesgo de zozobrar; algunos pilotos prácticos vinieron a socorrerla, y la guiaron a una cala rodeada de altas montañas que la guarecían de los vientos y tempestades. Luego que hubieron desembarcado fué recibido el Barón en una casa que hacía parte de un lugar cuya singular situación fijó toda su atención.

Este lugar se compone de unas treinta casas, todas construídas sobre puntas de peñascos que entran en el mar, y detrás de ellas hay montañas que parecen tocar con las nubes, y cubiertas de pinos, enebros y otros árboles. Cada habitación está aislada y separada de la casa inmediata por un precipicio o por el mar. Las casas están a muy corta distancia unas de otras, pero no tienen comunicación por tierra, a menos que los habitantes, dando una vuelta muy larga, no trepen por entre peñascos y breñas casi inaccesibles. En tiempo de verano la comunicación se hace por medio de los barcos que les sirven para la pesca, y también para ir a visitar a algún vecino, porque aunque se hablan de una casa a otra, no pueden pasar a ella sin embarcarse. Esto es causa de que entre ellos los niños de seis a siete años saben gobernar una canoa. En tiempo de invierno el hielo les franquea una comunicación más pronta y fácil. El alimento de estos isleños se reduce a pescado, pan de centeno y una

especie de tortas hechas con miel, pasas y harina. Todos ellos viven con iguales conveniencias; los hombres, que son excelentes marineros, no se casan hasta después de haber viajado. El dinero que ganan en el tiempo de esta expatriación les sirve a su vuelta para adornar sus casas, que todas están pintadas y barnizadas exteriormente, y en lo interior adornadas según estilo de los lugares de Holanda. Luego que un muchacho de vuelta de sus viajes ha hecho elección de una compañera, se establece para siempre en el peñasco que le ha visto nacer. En él encuentra la felicidad, y no concibe que haya quien vaya a buscarla lejos de sus parientes, de su mujer e hijos. El vestido de todos los habitantes de este lugar es uniforme. Los hombres tienen vestidos azules; las mujeres llevan corsés y jubones de tela blanca, con un ribete de galón de seda o lana azul; el peinado de las jóvenes consiste en sólo sus cabellos hechos trenzas y sujetos sobre la cabeza con un largo alfiler de oro. Finalmente, esta población es tan apreciable y digna de verse por sus virtudes y pureza de costumbres, como por lo extraño de su situación (1).

La casa en que entró el Barón era de un hombre que hablaba bien el alemán: el Barón sabía esta lengua, de modo que no necesitó de intérprete. Su huésped era un venerable anciano de edad de setenta y dos años. Este hizo entrar al Barón en un cuarto compuesto y alhajado con mucho primor, cuya ventana daba vista al mar. Hizo el Barón varias preguntas al anciano: le preguntó, entre otras cosas, si tenía mucha familia.—Sí, señor, gracias al Cielo—respondió él;—tengo seis hijas, todas casadas en este lugar, y además tengo en casa un hijo, su mujer y siete nietos suyos.—¿No se ha casado aún alguno de sus nietos de usted?—Sí, señor: el mayor es padre de una niña de tres años.—Según eso, ve usted los hijos de sus nietos.—Y tengo la fortuna de ver todavía a mi madre.—¿Su madre de usted! ¿Pues qué edad tiene?—Noventa y seis años; pero aún está buena.—¿Y vive con usted?—Sí, señor.—No dudo que usted haga sus días felices; pero quisiera saber, venerable anciano, si es feliz también por sus hijos.—¿Cómo podrá dejar de serlo un buen padre? Los míos nunca me han dado sino motivos de satisfacción: los he criado lo mejor que he podido, y he procurado que se casasen según su inclinación; me quieren en extremo, y eso es natural.—Pues qué, ¿ninguno de ellos le ha desobedecido a usted alguna vez?—Nunca les he mandado cosa que no fuese conforme a la razón, y siempre los he hallado dóciles y obedientes. No hay duda que si hubiese usado de tiranía, habría perdido parte de mi autoridad. Mire usted: Imarkin, mi hijo mayor, hubiera dado muchas pesadumbres a un padre ambicioso. Cuando volvió de sus viajes le propuse por mujer la hija del más rico vecino del lugar.—Padre mío—me dijo,—déjeme usted pensarlo. Algún tiempo después vino a hablarme: me confesó que amaba a Kenilia, sobrina de nuestra vecina. Yo le opuse que era pobre; él me

(1) La autora ha sabido estos pormenores de uno de sus amigos que ha estado cinco días en este lugar, llamado *L'Ange-Sund*.



Hizo el Barón varias preguntas al anciano...

Veladas de la Quinta.

repitió: Yo la quiero; todos los días desde mi ventana la veo trabajar, hacer todas las haciendas de la casa y cuidar de su anciana tía. Cuando la encuentro pescando y quiero acercarme a ella, al punto vuelve su barco a otro lado, y huye del mismo modo de todos los mozos del lugar. Es buena, modesta, laboriosa: padre mío, yo amo a Kenilia.—¿Qué podría yo responder a esto?—prosiguió el anciano.—Póngase usted en mi lugar. ¿Hubiera usted sacrificado la felicidad de su hijo a la avaricia? No lo creo. ¿Qué corazón de hierro podría resistir a un hijo que suplica y que pide una gracia de la cual depende la felicidad de su vida? Di mi consentimiento, y se casaron: hace ya treinta años que me bendicen con el afecto del más vivo agradecimiento. Ninguno de mis hijos excede a Imarkin en amor y respeto para conmigo. Y mire usted: después de casado me confesó que si hubiese querido violentar su inclinación, hubiera sido capaz de hacer alguna locura: se hubiera embarcado y huído de aquí para siempre. Estos son los frutos de la tiranía; casi siempre es causa de la rebeldía y desobediencia.

Grande fué la turbación y desasosiego que causaron al Barón estas razones, que volvían a abrir todas las heridas de su corazón. Después de este razonamiento el viejo condujo al Barón a la sala donde estaba junta su familia. El mismo presentó al Barón a la anciana tatarabuela, de edad de noventa y seis años, tierno y respetable objeto de los esmeros y dulce afecto, o más bien del culto de toda la familia. Estaba sentada en una silla en medio de sus nietos y biznietos. Era por la noche, y la hora de la velada. Imarkin, el hijo mayor del viejo, sentado al lado de su amada Kenilia, contaba algunos cuentos o relaciones de viajes, que las mujeres y las solteras escuchaban hilando, y que fijaban toda la atención de los mozos que aún no habían viajado.

Algún tiempo estuvo considerando el Barón aquella estimable familia, y después se retiró a su cuarto. Luego que estuvo solo mil crueles reflexiones se presentaron de golpe a su imaginación.—¡Desventurado de mí—decía,—que me veo reducido a envidiar la suerte de este pobre anciano! ¡Yo he desconocido, he sacrificado y he perdido para siempre esa felicidad tan pura que él disfruta en el seno de su familia! ¡Yo era padre, y ya no tengo hijo! Hubiera yo podido, como este anciano, hacer feliz a mi hijo, disfrutar de su gratitud, recibir sus hijos en mis brazos, y ver crecer alrededor de mí su venturosa familia! ¡Pero me he privado de un hijo, y me hallo solo en todo el Universo!

Hablando así el desgraciado Barón se paseaba por el cuarto regando el suelo con sus lágrimas. Gran parte de la noche se mantuvo en esta horrible agitación. Unas veces se persuadía a que Teófilo ya habría muerto: le lloraba, y creía ver su sepulcro; otras se le representaba oprimido del peso de la miseria e infortunio, implorando al Cielo en favor de su esposa e hijos: se le figuraba que oía sus gemidos y voces, y la fuerza del horror y compasión le hacían perder los sentidos. Maldecía, aborrecía la culpable ambición y el orgullo insensatos que habían ahogado en su corazón la equidad y los más dulces impulsos de la Natura-

leza, entregándole para siempre en manos de inútiles arrepentimientos y de sinsabores eternos. La fatiga y el abatimiento le obligaron a echarse sobre su cama, y al cabo de algunas horas, cuando ya se iba entregando al sueño, despertó con el ruido que oyó de varias canciones alegres acompañadas de mil gritos de contento. Conoció que aquel ruido venía de fuera: abrió la ventana, y vió diez o doce barcas muy pintadas y adornadas de ramos, llenas de hombres, de mujeres y de niños, y que parecían poseídos del gozo más vivo. Aquella pequeña flota se iba acercando a la casa en que habitaba. A este tiempo entró en su cuarto el anciano, y le dijo que todas aquellas barcas estaban llenas de sus hijos y nietos.—Tengo seis hijas—continuó el anciano, que son las que usted ve, con sus maridos y familia: todos vienen a celebrar los días de mi madre. Todos los años en este día tenemos una función semejante. ¡Dios quiera hacerme ver hasta el fin de mi vida esta función tan grata para mí!—Pero no cabrán todos en esta casa.—Así es, y por eso no vivimos todos juntos; pero ayudado de mis hijos y yernos voy a llevar a mi buena madre a aquel barco adornado con cintas, y que tiene una especie de dosel, y luego la conduciremos a una legua de aquí, en la playa del mar, en donde hallaremos una buena comida prevenida, y tendremos el gusto de comer juntos debajo de una tienda. Esta mañana nos hemos levantado al amanecer para ir a pescar: tenemos mucho y buen pescado, porque Dios bendice siempre esta pesquería. Nuestras criadas y algunas de nuestras hijas se han quedado en la tienda para prevenir la comida. Si usted quiere ver hombres felices—prosiguió el anciano,—véngase con nosotros.

Diciendo esto agarró al Barón de la mano y lo llevó al cuarto de su madre, a la que hallaron cercada de todos los de la familia que habían podido entrar. Tenía la anciana en su regazo un niño recién nacido. Luego que vió a su hijo:—¡Ven, hijo mío—le dijo;—ven a echar tu bendición al niño que nos ha nacido esta mañana! No podrá nuestra querida *Velia* asistir este año al banquete de familia, porque ha parido en tanto que estabais pescando. ¡Mira; mira qué hermoso regalo nos envía!—Entonces, enternecido el viejo, tomó el niño en sus brazos, le besó y se le volvió a la anciana, que no podía resolverse a apartarle de sí. Después que le hubo contemplado otro rato con un gozo inexplicable se resolvió por fin a marchar. El viejo, ayudado de sus hijos y yernos, trasportó a su madre en una silla poltrona a la barca que la estaba destinada, la única que tenía dosel y que estaba adornada con cintas.

Luego que la venerable anciana ocupó su puesto se renovaron las canciones, los gritos y aclamaciones. Esta era la señal de partir: colocaron al Barón, por distinción, en la barca de la madre (que así llamaban todos a la anciana), y después de tres cuartos de hora de navegación llegaron al sitio señalado. Las mujeres y muchachas que se habían quedado en la tienda para prevenir la comida llegaron corriendo a recibir a la madre. Hallándose entonces junta toda la familia, al punto la madre, levantando al Cielo sus manos trémulas, exclamó:—¡Oh Dios mío;

concede a mi hijo hasta el último instante de su vida la felicidad de que me has hecho gozar! ; Haz que sus hijos sean siempre para él lo que él ha sido constantemente para mí! ; Bendice, ¡oh Dios mío!, a todos estos hijos tan amantes y respetuosos, que son las delicias de mi vejez, y corra por tu cuenta recompensar a mi hijo los setenta y dos años de felicidad que debo a su amor y a sus virtudes!—Al acabar aquella buena y respetable madre estas palabras juntó su rostro al de su hijo enlazando los brazos a su cuello; las dulces lágrimas que vertían sus ojos se mezclaron con las que derramaba el virtuoso viejo. Toda la familia se arrojó llorando, cuál a los brazos de la madre, y cuál a los del hijo: todos recibieron de ambos un amoroso abrazo acompañado de las expresiones del más vivo y tierno afecto. Después de esta ceremonia tan piadosa se sentaron a la mesa, y al enternecimiento tan dulce que se acababa de experimentar se siguió la inocente y pura alegría. Acabada la comida llevaron a la madre a una pradera deliciosa, en la cual pasaron la tarde jugando a diferentes juegos, ya corriendo o ya bailando. En fin, al anochecer volvieron a embarcarse y condujeron a la madre a su casa.

¿Quién será capaz de expresar lo que el Barón padeció aquel día? Su corazón se despedazaba al ver aquellas imágenes de felicidad tan pura, que excitaban en su pecho el arrepentimiento más cruel; sin embargo, a pesar de lo acerbo de sus reflexiones, no pudo apartarse sin enternecerse de sus respetables huéspedes y de aquella feliz morada. Volvió a embarcarse, y salió de *L'Ange-Sund* más desgraciado y digno de lástima que nunca. El navío se hizo a la vela para Holanda, y llegó a Amsterdam a fines de Agosto. Estuvo allí algunos días, y después fué a Utrecht. Esta ciudad dista dos leguas de la habitación de los *Hermanos Moravos*. Llámase así una numerosa sociedad de hombres y mujeres que viven juntos en una magnífica y espaciosa casa situada a la entrada de un lugar llamado Zast. Quiso el Barón ver aquel establecimiento, digno por tantos títulos de excitar la curiosidad de un viajero. Llegó a Zast a las tres de la tarde, y uno de los administradores de la casa se encargó de hacérsela ver. Era este administrador un antiguo Hermano Moravo, que hablaba muy bien el francés, y que satisfizo con mucha urbanidad a todas las preguntas del Barón. Después de haber visto éste las salas de las mujeres y las de los hombres, preguntó a su conductor si los *hermanos* unidos recibían indistintamente entre ellos extranjeros de todas naciones.—Sí, señor—replicó el hermano;—*de todas las naciones cristianas*.—No obstante, ustedes son calvinistas.—Es la religión que domina; pero se toleran todas las demás sectas.—¿Qué piden ustedes de los que admiten en esta casa?—Pureza de costumbres, amor al trabajo y a la paz.—¿Se admiten también a los casados?—Sí, señor; además de las salas que usted ha visto hay otra parte de habitación separada para los casados: cada matrimonio tiene un cuarto bastante capaz y decente.—¿Es necesario para ser admitido saber algún oficio?—Sí, señor; o bien alguna habilidad útil, como, por ejemplo, saber dibujar, grabar o pintar, y además necesitan algún dinero para los primeros gastos. No se piden

habilidades ni práctica de oficio a las personas que tienen pensión, esto es, que viven aquí pagando un tanto, sin la necesidad de trabajar.—Es regular que tomen ustedes informes acerca de la conducta de los que quieren ser admitidos.—Seguramente, a no ser que uno de los administradores salga por fiador del que desea vivir con nosotros. Esta mansión feliz y pacífica es un asilo seguro contra la tiranía: cualquiera que se ve perseguido en su patria puede, mudando de nombre y dirigiéndose a alguno de los antiguos con alguna recomendación, ser admitido entre nosotros y vivir el resto de sus días ignorado y en paz. Así es que esta casa habrá servido varias veces de refugio a la virtud desgraciada y a los amantes perseguidos. Además, se halla aquí el mayor de todos los bienes, que es una entera libertad (1), Ningún voto nos liga, ni hay vio-

(1) Todos estos pormenores relativos a los *Hermanos Moravos* son conformes a la verdad; los que voy a referir son igualmente ciertos.

La habitación de los *Hermanos Herneutas* o *Moravos* es inmensa, y su situación la más agradable; respiran el aire más sano de la Holanda; el agua de *Zast* es excelente, ventaja poco común en aquel país; sus jardines son hermosos y espaciosos. La casa se compone de varios cuerpos de habitaciones.

En aquel vasto recinto todas las mujeres viudas y sin hijos duermen en una misma sala y comen juntas en una especie de refectorio. La misma disposición se observa para con las muchachas doncellas, para los hombres viudos y sin hijos y para los muchachos; y así las personas de ambos sexos están separadas las unas de las otras. No es permitido a los hermanos viudos y a los solteros ir a las salas de las viudas y de las doncellas. No se pueden ver sino en los jardines y en la iglesia, y aun allí están separados. Las mujeres casadas viven con sus hijos, y forman pequeñas familias aparte. Todas las mujeres llevan ajustadores, y su tocador es el *beguin* holandés atado debajo de la barba con una cinta, cuyo color sirve de distinción. La cinta de las casadas es azul, la de las viudas es blanca, y la de las solteras es encarnada. Se llaman todas entre sí *hermano* y *hermana*, y parecen muy unidos.

Sus habitaciones están adornadas con la mayor sencillez, pero se halla en ellas una limpieza exquisita. Los hermanos más antiguos son los que tienen a su cargo la administración de la casa; también se dirigen a ellos los hermanos y hermanas que quieren contraer matrimonio.

Su iglesia es muy grande; no se ven en ella ni adornos ni pinturas; su figura es cuadrada; dos grandes tribunas sostenidas por unas columnas ocupan los lados de esta iglesia; en la una está el órgano; a los otros dos lados de la iglesia están dispuestas varias filas de bancos: los de un lado son para los hombres, y los de enfrente para las mujeres; éstas entran por la puerta practicada al lado de sus bancos, y los hombres por la suya; de este modo los hombres y las mujeres están separados en la iglesia, y entran en ella por puertas diferentes.

En medio de la iglesia se sienta un hermano enfrente de una mesita, sobre la cual está un libro grande. Todos están sentados en la iglesia; los hombres no llevan sombrero; jamás se ponen de rodillas ni tienen libros de Horas; solamente al fin del rezo se levantan un instante antes de retirarse.

Se da principio a la ceremonia del modo siguiente: el órgano empieza a tocar; después el hermano que está en la mesita canta solo primeramente, y después todos responden en coro. Durante este tiempo acompaña al órgano el piano. Esta música produce un efecto admirable: es suave, sencilla y majestuo-

lencia que nos detenga contra nuestra voluntad: somos dueños de viajar, de volver a esta casa o irnos de ella para siempre. Pero ahora venga usted a ver—prosiguió el administrador—lo más curioso de nuestro establecimiento. Estas últimas palabras distrajeron al Barón de la cavilación en que estaba hacía un rato, y le hicieron que siguiese a su conductor, el que le llevó a las tiendas. Todo el primer piso de aquella espaciosa casa está únicamente destinado para las tiendas, en las cuales se ven los diferentes oficios en que se emplean los hermanos y hermanas. El aseo y primor de las tiendas es digno de notarse; se halla en ellas de todo: obras de platero, paños, lienzos y telas, zapatos, muebles, porcelanas y pinturas, etc. (1). Las habitaciones de los hermanos y hermanas están encima de estas tiendas.

Mucho le admiró al Barón la brillante y varia perspectiva que formaba aquella inmensa cantidad de tiendas. Al salir de la de un ebanista pasó junto a la de un pintor, y entró en ella. Un niño de ocho años sentado junto al mostrador era la única persona que había en la tienda. Estaba leyendo con la cabeza inclinada, y en esta actitud su pelo en bucles naturales le tapaba parte del rostro. Luego que vió entrar al Barón y a su conductor se levantó, y echando sus cabellos atrás con la mano, dejó patente un rostro tan hermoso y una fisonomía tan atractiva, que el Barón se quedó un rato inmóvil en fuerza de la admiración y sorpresa que le causó. El niño fué corriendo a abrazar al hermano administrador, llamándole en francés *amigo mío*.—¡Cómo!—dijo el Barón.—¿Es francés este niño?—No—replicó el administrador:—es inglés; pero habla ya tres o cuatro lenguas. Y, sin eso, es tan dócil, tan cariñoso, tiene tanto deseo de aprender y es tan aplicado, que se ha hecho el queridito de toda la casa: todos en ella aman a Polidoro.—¿Polidoro se llama?—Sí, señor; ése es su nombre de pila. — Y el mío también. ¡Quiera el Cielo, ¡oh precioso niño, para tu felicidad, que sea ésa la única cosa en que te parezcas a mí!—El tono y gesto del Barón al decir estas palabras llamó la atención de Polidoro; clavó los ojos en él, y de improviso se le acercó de puntillas alzando la cabeza para abrazarle. —Obligado el Barón de esta acción, tomó al niño en sus brazos, y estrechándole contra su pecho, no sin alguna turbación:—¡Oh amable criatura—exclamó;—qué feliz es tu padre!—Pues en verdad—replicó Poli-

sa. Después de la música el hermano de la mesita hace una especie de sermón o exhortación en alemán, y con esto se termina la ceremonia. Se juntan en la iglesia dos veces cada día, la primera a las siete de la noche, y la segunda a las nueve, también de la noche. Tres veces en la semana se predica en el tiempo de la primera oración. Los demás días se lee la Sagrada Escritura. Su oración no dura nunca más de cuarenta minutos. Reina en esta casa un aire de modestia, de pureza, de sencillez y de unión que produce una sensación deliciosa. Todos trabajan, todos están ocupados, y todos manifiestan tranquilidad, dicha y buena índole. Esto es lo que he visto en Zast.

(1) Casi todas las mujeres hacen encajes muy buenos. Ninguna mercancía se regatea: los hermanos unidos tienen para cada cosa su precio fijo, y siempre con mucha equidad.

doro dando un suspiro,—en verdad que no lo es.—No por cierto—añadió el hermano Moravo:—ha perdido una esposa en quien idolatraba; pero halla en este niño, en la virtud y en el estudio, los únicos consuelos que le quedan después de semejante desgracia.

En tanto que esto decían, el niño derramó algunas lágrimas acordándose de su madre. Enternecido el Barón, volvió a abrazarle, y sentándose le puso sobre sus rodillas. Viendo el administrador que el Barón hacía ánimo de estar algún tiempo en la tienda, le dijo que volvería dentro de media hora, y se fué. Sólo el Barón con Polidoro, le miraba sin decir palabra, y él por su parte le consideraba con suma atención: al cabo de algunos minutos, cogiendo Polidoro la mano del Barón, se la besó con sumo amor.—Pues qué, precioso niño—dijo el Barón,—¿acaso lees en mi corazón? ¿Conoces todo lo que siento al verte?—Le quiero a usted mucho—respondió Polidoro.—¿Tú me quieres?—¡Oh; mucho! Y no adivinará usted por qué.—¿Pues cómo?—Es que es usted muy parecido a mi papá.—Al oír estas palabras sintió el Barón unos latidos en el corazón tan violentos, que estuvo un gran rato sin articular palabra alguna; pero al fin, levantando los ojos al cielo, exclamó:—¡Podría yo esperar!... ¡El nombre de este niño, el cariño sobrenatural que me inspira, el que él me manifiesta; todo parece que me anuncia!... ¡Ah! ¡Dime, por Dios, Polidoro! ¿En dónde está tu padre? ¡Llévame a verle!—Me ha dejado para ir a ver a uno de nuestros hermanos que está enfermo.—Y ese hermano, ¿dónde vive?—Al lado de nuestro cuarto, aquí encima de la tienda.—¡Vamos al instante! Entonces se levantó el Barón, y Polidoro tomándole de la mano salió con él, cerró la tienda, y le condujo a un cuartito en el cual hallaron a una criada a quien Polidoro encargó que fuese a buscar a su padre.

El Barón, poseído de un temblor general, se sentó: tenía siempre agarrado de la mano a Polidoro. El exceso de su turbación e inquietud daban a su semblante un aire de locura que intimidaba a Polidoro, y no se atrevía a levantar los ojos para mirarle. Uno y otro estaban callando, cuando de improviso oyen pasos.—¡Ya viene papá!—dijo Polidoro muy alegre. El Barón se pone colorado, pierde el color, se levanta, vuelve a sentarse por no poder sostenerse. Abren la puerta... Entra un hombre... El Barón dirige a él su vista tímida y ansiosa... ¡Nueve años de penas, sus tormentos y remordimientos; todo se ha olvidado! ¡Conoce a su hijo! ¡Teófilo está a sus pies!

Enajenado Teófilo y respirando apenas, se halla con inexplicable deleite en los brazos de su padre; un sentimiento tan natural suspendió por entonces la profunda tristeza que le oprimía. Siente correr por su rostro las lágrimas de su padre; oye a aquel padre tan temido, aunque amado, repetir llorando los nombres de Teófilo y Polidoro: le parece que recibe una nueva existencia; pero a poco tiempo un cruel recuerdo alteró aquel gozo mezclando su amargura con aquellos instantes tan dulces.

Luego que el Barón y Teófilo pudieron hablar y expresar lo que sentían, se dijeron mutuamente lo mismo, a corta diferencia. Uno y otro



Se halla con inexplicable deleite en los brazos de su padre.

habían experimentado los más crueles remordimientos; pero habían puesto en olvido sus culpas recíprocas, y sólo se acordaban de su arrepentimiento. Teófilo, puesto de rodillas, imploraba su perdón, en tanto que su padre, bañado en llanto, le suplicaba que le perdonase sus violencias y tiranías, funestas causas de las desgracias de ambos. Finalmente, después de haber abrazado el Barón mil veces a Teófilo tomó en sus brazos a Polidoro, dándole con esto la mayor alegría que estaba en estado de sentir, empleando en aquel niño las caricias del padre más tierno. Contemplaba Teófilo arrobado a su querido Polidoro entre los brazos de su padre; pero en medio de aquel gozo tan puro varias veces salía de su boca el nombre de Olimpia. Entonces se veía en su rostro la expresión del dolor ocupar el puesto de la alegría: de este modo hallaba en su felicidad misma nuevos motivos de sentimiento y de llanto.

Luego que el Barón se hubo sosegado algo advirtió con dolor la cruel mudanza de la figura de Teófilo: sólo el corazón de un padre podía haberle conocido. El tiempo no destruye más que la frescura de la primera juventud y la hermosura; pero las desgracias borran hasta la expresión del semblante. Era en vano buscar en Teófilo aquellos ojos tan vivos y expresivos en otros tiempos: toda su persona manifestaba el abatimiento y languidez de su espíritu. También fueron parte para aumentar el dolor del Barón los objetos que tenía a la vista: el cuarto en donde Teófilo había vivido varios años, aquellas paredes desnudas de adornos, su pobre cama y la de Polidoro. Todo lo que se presentaba a su vista hacía revivir en su alma las más dolorosas ideas. Finalmente, apretando el Barón entre sus manos la de Teófilo, le dijo:—¡No dilatemos, hijo mío, nuestra partida! Apartémonos de este oscuro asilo en donde has gemido tanto tiempo! ¡Huyamos de este cuarto, cuya vista hiere mis ojos y despedaza mi corazón! Volvamos a nuestra patria a conducir a tu hijo a la casa paterna!

—Padre mío—respondió el triste Teófilo,—cuando usted se digna perdonarme y reconocer a mi hijo, yo debo dedicarle mi vida. No hay duda que iré con usted; pero permítame que lleve por la última vez a Polidoro a llorar sobre el sepulcro de su desventurada madre. Aquí se detuvo Teófilo; sus sollozos le embargaron la voz. No pudo el Barón responderle sino con lágrimas.—¡Oh padre mío!—exclamó Teófilo.—¿Será cierto que usted honre su memoria con un recuerdo paternal?—¡Anda—replicó el Barón;—ve, hijo mío, y cree que tu padre llora su pérdida tanto como tú!—A estas palabras Teófilo abrazó estrechamente a su padre:—¡Ah—le dijo;—si usted la hubiese amado adoptándola! ¡Pero ya no vive!—Al decir esto se apartó Teófilo de su padre, y cogiendo a Polidoro de la mano, salió del cuarto apresuradamente.

En tanto que el infeliz Teófilo regaba por la última vez con lágrimas el sepulcro de Olimpia, el Barón prevenía lo necesario para marchar al punto. Después de haberse despedido de los administradores, él, Teófilo y Polidoro se pusieron en camino, y llegaron a Utrecht ya de noche. A la siguiente, luego que Polidoro se hubo acostado; el Barón refirió muy por ex-

tenso a su hijo cuanto le había sucedido en todo el tiempo de su separación.

A este punto interrumpió la Baronesa su narración, dando fin a la velada, que prosiguió al día siguiente en esta forma:

Luego que el Barón hubo acabado la triste narración de sus desgracias, Teófilo, tomando la palabra, le refirió las suyas. Después de haber pintado sus remordimientos y el dolor que había experimentado al apartarse de su padre, entró en el pormenor de su fuga, de su llegada a Londres, de su casamiento y de su viaje a Escocia.—Luego que llegamos a Edimburgo—prosiguió Teófilo,—tomamos la precaución de volver a mudar de nombre. De allí a poco entré en algunas empresas de comercio; pero como no tenía conocimiento alguno de los hombres ni de los negocios, me engañaron, y me engañé yo mismo; de suerte que en menos de ocho meses perdí y gasté más de la mitad del dinero que había sacado de Francia. Entretanto mi mujer iba acercándose al tiempo de parir, y a los diez meses de nuestro casamiento parió a Polidoro. Luego que me vi padre acabé de conocer cuán horrorosa era mi situación: bañé con mis lágrimas aquella criatura tan amada, y la pasión que me inspiraba era la mayor tortura de mi afligido corazón; al tiempo que le abrazaba mil veces con todo el afecto que un padre puede sentir, era tal mi desgracia, que no podía dar gracias al Cielo porque me le había dado. Encerraba con cuidado dentro de mi alma estas penas crueles, ocultándoselas sobre todo a mi mujer. Quería yo que ella me creyese contento con mi suerte, por lo cual me veía privado del consuelo de manifestarle mi corazón. Ya había yo perdido todas las ilusiones que me habían alucinado: ya no era Olimpia a mis ojos más que una tierna y virtuosa amiga. El amor perdía en fin el dominio sobre mi razón; la amistad sólida y tierna hubiera podido hacernos más felices. Pero sin una confianza íntima, ¿de qué alivio puede servir en los pesares? Debía yo, mirando por la tranquilidad de Olimpia, ocultarle mis ideas, mis reflexiones y remordimientos: esta reserva tan penosa se me hacía cada día más insoportable. Algunas veces temía que Olimpia no padeciese en secreto el mismo tormento, y esta idea acababa de colmar mis penas.

Es cierto que la igualdad de genio y tierno amor de Olimpia hubieran debido tranquilizarme. Desde el instante en que recibí su mano hasta los últimos de su vida, nunca salió de su boca la menor queja; nunca me afligió con reflexiones tristes o empleando alguna reconvencción indirecta. Me hablaba muy a menudo de su felicidad, y aparentaba creer que yo participaba de ella; pero es muy natural suponer en otros la disimulación que uno mismo emplea. Varias veces estando sola la sorprendí bañada en llanto; entonces si la preguntaba la causa, era temblando, y la oía con desconfianza. Siempre atribuía a un exceso de sensibilidad y a causas absolutamente extrañas de nuestra situación aquellas lágrimas que vertía a sus solas. Entonces me era preciso fingir que la creía, y ésta era otra pena más. De este modo pasamos tres años en Escocia. Al cabo de este tiempo, ya casi del todo disipado el dinero que yo tenía, me resolví a poner en el fondo perdido sobre la vida de mi mujer y mi

hijo, 15.000 libras que me quedaban. Mi mujer deseaba volver a Inglaterra; yo vine en ello, y marchamos sin dilación. Luego que llegamos a Londres no pensé más que en colocar bien los tristes restos que me quedaban de mi naufragio, aquellas 15.000 libras, que podían a lo menos asegurar la subsistencia de mi mujer e hijo. Concluído este negocio como yo deseaba, nos retiramos a un lugar poco distante de Londres, en donde hubiera podido conocer la felicidad, a no ser por los crueles recuerdos que me privaban del sosiego, bien el más precioso que se puede hallar en la soledad. No echaba yo de menos ni las riquezas ni la magnificencia, y sí sólo la gloria; gemía al verme a los veintidós años expatriado, sepultado en una aldea con la triste víctima de mi locura, y un niño infeliz destinado a vivir en el abatimiento y la miseria. Tampoco podía apartar de mi imaginación la idea penetrante de las penas que causaba a un padre a quien nunca he dejado de amar en extremo: me parecía, padre mío, que le veía a usted expirar de dolor, maldiciendo al hijo culpable que le había abandonado. Esta horrorosa imagen me perseguía en todas partes: de día me oprimía, y por las noches me espantaba con los sueños más funestos. Mil veces me he despertado bañado en sudor frío, en medio de las convulsiones, el terror y desesperación, gritando: *¡Padre mío, no acabe usted esa horrible maldición!*—Grito terrible del remordimiento que turbaba a menudo el sueño de mi hijo, penetrando hasta lo íntimo del corazón de la sensible y desventurada Olimpia.

Dos años se habían pasado después de nuestra vuelta a Inglaterra, cuando un suceso imprevisto nos sepultó en el abismo de las desgracias. El hombre en cuya casa había impuesto mis 15.000 libras quebró, perdiendo yo de este modo cuanto poseía en el mundo. Excuso a usted, padre mío, el relato de lo que padecí en aquellos primeros instantes: hallé, en fin, en los sentimientos de esposo y de padre el valor que necesitaba. Había aprendido a dibujar en mi juventud. Esta habilidad, que era todo mi recreo en mi soledad, fué un recurso útil en nuestro desastre. Yo conocía en Londres a un célebre grabador: a éste pedí me buscara trabajo, como lo hizo, y seis meses después, satisfecho de mi habilidad, me ofreció un alojamiento en su casa, que yo acepté. Era este hombre hermano Moravo, y había estado cuatro años en Zast. Me hablaba a menudo de este establecimiento; de suerte que en breve determiné retirarme a este asilo. Olimpia manifestó el mismo deseo. Hablamos a nuestro generoso protector, el cual nos recomendó muy particularmente a los administradores, y fuímos recibidos. Luego que llegamos a Zast dejó Olimpia su vestido a la inglesa para ponerse el uniforme de la casa. No puedo explicar lo que sentí al verla por primera vez cubierta de aquel tosco sayal. Su belleza en aquel traje sobresalía mucho más: mirábala yo con un enternecimiento doloroso, y ella que leyó en mi corazón, queriendo distraerme de aquellas crueles ideas, me aseguró estaba muy contenta con su nuevo vestido y que nunca había llevado otro más de su gusto. Me arrojé a sus pies regando con mis lágrimas la mano que me alargaba, y ella me abrazó, diciendo que no alcanzaba la causa de mi afflic-

ción; pero en tanto que decía esto el llanto inundaba su hermoso rostro.

No pude hallar en Zast ni la felicidad que había perdido para siempre, ni el sosiego que huía de mí. Consagré a la educación de mi hijo todos los instantes que no empleaba en el trabajo. Amaba tiernamente a este niño; pero aun este sentimiento tan natural era para mí un manantial inagotable de inquietudes y de penas. Aun cuando hubiese podido considerar sin horror su suerte venidera, ¿cómo podía esperar de mi hijo una sumisión que yo no había tenido con mi padre? Creyéndome cargado de la maldición de este padre justamente irritado, ¿cómo podría lisonjearme de que el Cielo me hubiese dado un hijo dócil y agradecido? Estos pensamientos tan crueles despedazaban mi alma; pero en breve un temor espantoso e inopinado me hizo conocer que aún había para mí penas más crueles que todas las que había padecido en el tiempo de mi expatriación.

La salud de Olimpia iba decayendo visiblemente; pero ella, conservando siempre su acostumbrada dulzura, jamás se quejaba. Me respondía constantemente que no tenía mal ninguno: con todo, hice venir de Utrecht un médico, que al principio calmó mis inquietudes; pero pasados tres meses pareció entrar en cuidado, y pronunció en fin la terrible sentencia que me entregaba a un dolor eterno. Mucho tiempo hacía que Olimpia conocía su situación: la Religión y el infortunio la hicieron arrosstrar la muerte con serenidad. Un sacerdote que vivía en Utrecht venía a verla en secreto. Le tuve en mi cuarto tres días. ¡Ah! ¡Quién podrá borrar jamás de mi memoria el horroroso recuerdo de aquellos tres deplorables días! ¡No tendré, padre mío, el valor de pintar aquellos instantes llenos de horror, y le he tenido para vivir! Pero Olimpia me impuso esta ley: mi vida era necesaria a mi hijo. ¡Tome usted!—prosiguió Teófilo, vertiendo un mar de lágrimas.—¡Tome usted! Lea esa carta: este escrito, sagrado para mí, encierra la última voluntad de Olimpia: su confesor me le entregó en el instante mismo en que el exceso de mi desesperación iba sin duda a precipitarme.—Diciendo esto sacó el desventurado Teófilo de una cartera la carta que Olimpia le había escrito el día antes de su muerte. El Barón, sofocado con la abundancia de sus lágrimas, se arrojó en los brazos de su desgraciado hijo. Gran rato estuvieron abrazados sin poder expresar los sentimientos que despedazaban sus almas sino con sollozos y gemidos. Tomó en fin el Barón la carta de Olimpia, y después de haberse enjugado los ojos leyó lo siguiente:

“He querido saber la verdad: acaban de decirme que este día será quizá el postrero de mi vida. ¡Teófilo! ¡Conque para siempre voy a desaparecer de tu vista! ¡El vínculo sagrado que nos une, esta noche o mañana se verá disuelto! ¡Mañana Teófilo y Polidoro se apartarán para siempre de Olimpia! ¡Ah! ¡Que a lo menos estos renglones me atraigan a la memoria de mi esposo y de mi hijo; que sirvan para manifestarles mis verdaderos sentimientos y el fondo de mi corazón, y que esta confesión mía, haciendo a Teófilo que ame cada vez más la virtud, pueda ser algún día una lección útil para mi hijo! ¡Oh tú que me has sacrificado todo; tú a quien he privado de padre, familia y patria! ¿Cómo

has podido creer ni un solo instante que yo estuviese resignada con mi suerte? No, Teófilo: había yo leído en tu alma, conocía todas tus penas, y te ocultaba las mías, que han sido mucho mayores. Entrambos hemos conocido la voz de la razón en el profundo abismo en donde nos precipitaron las pasiones; nuestros yerros mismos han destruído la ilusión que nos ha perdido. ¿Y quién podrá mejor que los remordimientos hacer renacer la razón y manifestar la verdad? El amor te hizo faltar a las más sagradas obligaciones; pero en breve recobró la Naturaleza todos sus derechos, y ya no consideraste en la triste Olimpia más que el objeto infeliz causa de todas tus penas y cómplice de tus yerros. Perdiendo tu amor, no he podido siquiera tener la esperanza de ser tu amiga. ¿Qué confianza puede haber entre dos culpados que conocen sus errores, que gimen sobre su ceguedad, que se ven imposibilitados de expiarla, y que se atribuyen mutuamente sus desgracias? Era preciso callar. ¡Pero qué esfuerzo! ¡Y qué penoso fué para mi alma! ¡Cómo después de siete años este corazón únicamente ocupado en ti y en mi hijo, este corazón despedazado, no se ha atrevido jamás a manifestársete un solo instante! Siempre solos y siempre juntos, el cuidado de engañarnos y de disimular ha sido nuestra principal ocupación. La razón, la compasión y la amistad misma nos imponían esta ley. ¡La amistad nos prohibía la confianza! ¡Situación igualmente rara y rigurosa! ¿Y podré llorar mi muerte? ¡Ah, Teófilo! La idea de una eterna separación es sin duda alguna igualmente dolorosa y terrible; pero cuando conocieres cuán grandes son los tormentos de que me libra la muerte, no es creíble que gimas sobre el destino que nos aparta. ¿Y cómo es posible sobrellevar la vida viendo a lo que se ama en la mayor desgracia, y siendo nuestros males nuestra propia obra? Yo sola soy la causa de nuestras desgracias: mi imprudencia dió a tu padre pretextos y justas causas de faltar a su palabra. Yo había perdido mi reputación; tu padre me negó por hija, y podía hacerlo justamente. No hay duda que la ambición le hizo tiránico; pero la Naturaleza le había dado una autoridad sin límites y de que podía usar: tú no podías rebelarte sino faltando a la más santa de todas las obligaciones. ¡Ah! ¡Si consultando más la razón hubieses abjurado el insensato y culpable proyecto de huir y abandonar la casa paterna, el tiempo y tu constancia, no lo dudes, hubieran ablandado a tu padre! ¿Por qué añadir la traición a la desobediencia? ¿Por qué no le decías: *Mi corazón ya no es mío: usted mismo me ha hecho entregarle; no puedo disponer de mi mano sin su consentimiento. Usted me niega la licencia que imploro: me someto a ese rigor; pero no exija usted que me haga perjurio, no me obligue a formar otra unión, y por mi parte le prometo no volver a ver el objeto de una pasión tan desgraciada.* Hé aquí el saludable consejo que yo hubiera debido darte cuando fuiste a participarme tu funesto designio. Declarándolo todo a tu padre y hablándole con una noble sinceridad, no hay duda que le hubieras irritado; pero te amaba. Lo más que pretendía cuando te amenazaba y se mostraba inflexible, era amedrentarte. ¿Cómo es posible creer que hubiese castigado con severi-

dad una resistencia acompañada de tanta sumisión, una resistencia que tantos motivos hacían a lo menos excusable? ¿Hubiera podido resolverse a privar de la libertad a su hijo único y toda su esperanza? No, no lo creas: seguro de tu firmeza y constancia, tarde o temprano hubiera condescendido con nuestros deseos. ¿Es posible que en el instante de perdernos no nos haya ocurrido este pensamiento? Pero me amenazabas con quitarte la vida: el espanto me privaba de la reflexión, y el amor te cegaba. Si yo hubiese tenido algo más de juicio y experiencia, hubiera podido convencerte. A pesar de mis temores y presentimientos, estaba lejos de prever todos los tormentos que he padecido. Si hubiese yo podido leer en lo venidero, te hubiera convencido de que valía mil veces más renunciar el uno al otro anulando nuestros mutuos juramentos, que no precipitarnos en este abismo de males. Supongamos que yo hubiese tenido bastante valor y generosidad para determinarte a casar con la que aborrecías; supongamos que la Condesita hubiese justificado tu aversión con su conducta: con todo, ¿qué consuelo no hubieras hallado en ti mismo y en el seno de tu padre! ¿Qué distracciones no hubieras hallado en el mundo, en las diversiones y en los negocios! Los sentimientos de la Naturaleza y el amor de la gloria hubiera llenado tu corazón e ilustrado tu vida; hubieras, en fin, conocido la dicha de tener hijos y de poder decir: *Les daré una excelente educación, les dejaré cuantiosos bienes y un nombre que nadie podrá disputarles.* Y yo, volviéndome a mi provincia, llevaba por consuelo mi inocencia y el recuerdo de un sacrificio virtuoso, y hubiera podido disfrutar de los placeres que ofrecen la soledad y el descanso. ¡Ah; si en el instante en que me arrastrabas a mi perdición una amiga compasiva me hubiese hecho hacer estas reflexiones! Pero, huérfana, infeliz, me veía privada de mi único apoyo: mi tía había muerto; no tenía quien me guiase, y amando el honor y la virtud más que mi propia vida, he sacrificado uno y otro. ¡Y la insensata y presuntuosa juventud teme los consejos y desea la independencía! ¡Oh Polidoro! Algún día leerás esta carta: sírvate para desconfiar de ti mismo, sírvate para conocer que el talento y la intención pura no pueden servir de experiencia; sírvate, en fin, para convencerte de que las pasiones no hacen más que extraviarnos y causarnos mil desgracias, y cree firmemente que sólo en la práctica de la virtud se halla la verdadera felicidad. ¡Adiós, Teófilo! Me atrevo a esperar que tu suerte en lo venidero será más feliz. Tu padre vive. ¡Ah; no sea parte mi memoria para turbar vuestra felicidad si el Cielo permite que vuelvas a verle! Considera que aun cuando tu padre me adoptase y reconociese por su hija, no podría hacerme feliz. ¿Con qué rostro me atrevería yo a presentarme delante de las gentes después de haber faltado a todas mis obligaciones? Tú puedes presentarte sin vergüenza. Sin duda eres culpado; pero te queda el honor, y la mujer a quien el amor alucina y extravía queda envilecida. He vivido en la oscuridad devorada de remordimientos; pero a lo menos no he tolerado ni el peso de la vergüenza, ni el horror del desprecio público. No he visto a mi esposo avergonzarse del lazo fatal que nos une. Tal

es mi suerte. ¡No hay suceso que pueda volverme la felicidad, y no la hay para mí en la Tierra! ¡Adiós, querido y desgraciado Teófilo! ¡Vive para tu hijo! ¡Sírivate ese hijo querido de consuelo en las penas que te ha causado su madre! Este es el postrer voto de mi corazón. Sírivate la Religión que me fortifica para consolarte. Dios reprobó nuestra unión. El nos separa. Adoremos su justicia y sujetémonos”.

—¡Ah—exclamó el Barón después de haber leído esta carta.—¡Querida Olimpia, víctima desgraciada de mi injusticia y ambición! ¡De qué felicidad me he privado a mí mismo rehusando adoptarte por hija! ¡Oh hijo mío! ¡Vuelvo a encontrarte, pero no podré hacerte feliz!—¿Y aun yo podré serlo, padre mío?—respondió Teófilo.—Yo le consagraré a usted mi vida; pero renuncio para siempre al mundo: retirado, oculto en la casa paterna, sólo para usted y para mi hijo quiero vivir.—Pues bien—dijo el Barón;—dediquémonos enteramente a la educación de Polidoro: pase lejos del mundo su niñez y los primeros años de su juventud; formemos en la soledad su corazón y entendimiento; conozca las delicias de la vida campestre y de los placeres sencillos, para que algún día, cuando se halle en medio del tumulto de una vana disipación, pueda desearlos como los únicos placeres puros y verdaderos.

Aprobó Teófilo con gusto un proyecto tan conforme a su inclinación, y se puso en ejecución al instante. Compró el Barón una hacienda a cien léguas de París, y se retiró a ella con Teófilo y Polidoro. Si algunas memorias tristes le impidieron disfrutar una felicidad perfecta, halló a lo menos toda aquella de que podía gozar. El cuidado y la ternura de Teófilo y las virtudes del joven Polidoro hicieron el consuelo y delicias de sus últimos días. Tuvo antes de morir la satisfacción de asegurar la dicha de Polidoro escogiéndole una esposa amable y virtuosa, que fué el ídolo y gloria de su esposo y familia.

Calló la Baronesa; y como aún era temprano, se habló algún tiempo.—Mucho me gusta—dijo el abate—la descripción de *L'Ange-Sund*. La vieja de noventa y seis años y el banquete de familia que el Barón presenció me hacen recordar una función muy parecida a aquella.—Háganos usted el gusto de referirla, señor abate.—De buena gana. Hallándome en Rusia, viajaba por el mes de Julio en la Livonia (1) con un ruso amigo mío. Quiso que nos detuviésemos en una casa de campo, de la cual era dueño uno de sus parientes. El aspecto de dicha casa me dejó admirado, pues más bien parecía una pequeña ciudad que una casa grande. Se componía de un espacioso edificio rodeado de otros doce más pequeños, que se comunicaban todos por medio de galerías cubiertas. Eran las nueve de la mañana cuando llegamos a esta habitación. Hallamos a todos los criados muy ocupados. Mi amigo preguntó por el Sr. Novorgevo (que era el dueño de la casa), y le dijeron que

(1) La Livonia es una de las más hermosas provincias de la Rusia: es tan fértil en granos, que se la llama “el granero del Norte”. La capital de esta provincia es la grande y rica ciudad de *Riga*.

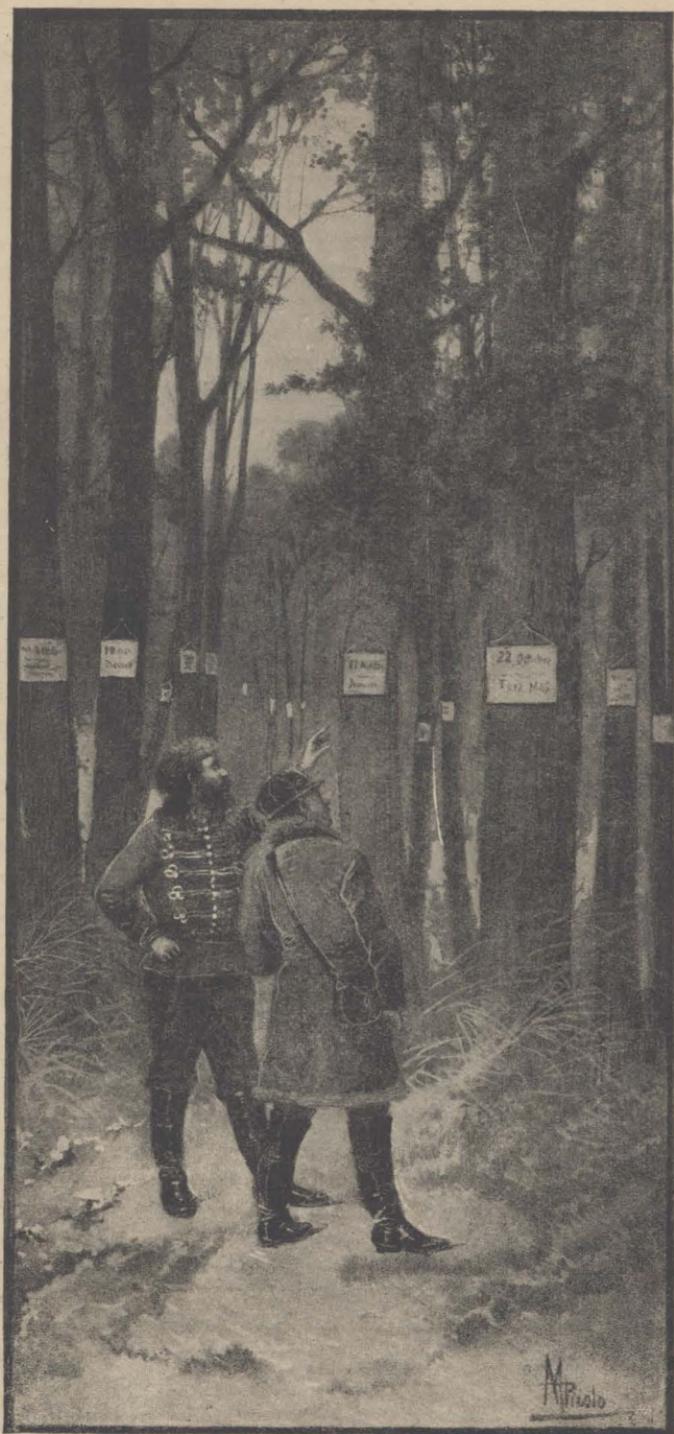
una de sus nietas acababa de parir. Siendo así, prosiguió mi amigo, lo mejor es irnos a pasear un rato; y diciendo esto nos apartamos de la casa. Entonces le hice yo varias preguntas, a las cuales satisfizo del modo siguiente:—Novorgevo—me dijo—es un anciano venerable de setenta y cinco años; goza de unos bienes considerables que a nadie debe más que a sí mismo. Este sitio le ha visto nacer; pero nació en una choza. Su padre era labrador, y no poseía más que el sitio en donde después se construyeron esas habitaciones, algunos pedazos de tierra aquí inmediatos, y el bosque adonde vamos a pasearnos. El joven Novorgevo hizo de edad de catorce años un viaje a Riga. Un negociante pariente de su padre se encargó de él. Manifestó el muchacho mucha aplicación y talento, se instruyó, y su pariente formó tan buen concepto de él, que le envió a San Petersburgo con algunas cartas de recomendación, seguro de que para prosperar no necesitaba más que darse a conocer. En efecto; en un país en donde se puede sin la ventaja del nacimiento aspirar a los honores y puestos más brillantes, no podía el joven Novorgevo dejar de hacer un gran papel. En breve tiempo halló protectores y siguió la carrera de las armas.

Después de haber manifestado en la guerra igual prudencia y valor, fué llamado y empleado en la Corte. En este tiempo tuvo la desgracia de perder a su padre: dos hermanas le quedaban que rehusaron constantemente los dones que su cariño les ofrecía. Estas dos hermanas, modelos de la más tierna amistad y de una moderación mucho más rara, no quisieron casarse nunca por no separarse, contentándose con el estado en que habían nacido. Seducido Novorgevo por la ambición, hizo un casamiento brillante. Su mujer se portó con modestia y arreglo; pero le causó mil pesares con su genio orgulloso y altivo. Murió dejándole seis hijos, tres niños y tres niñas, de los cuales la mayor tenía ocho años. Entonces Novorgevo hizo dimisión de todos sus empleos, y pidió su retiro. Los honores y grandezas no habían hecho más que deslumbrarle; quiso, finalmente, gozar de la tranquilidad. Salió de la Corte, y fué a ver a sus hermanas para no separarse más de ellas. Luego que llegó aquí hizo construir ese vasto edificio; pero conservó intacta la humilde morada de sus padres, que se halla al extremo de este bosque, y es para él como un templo reverenciado que va a visitar todos los días. Se dedicó enteramente a la educación de sus hijos, y sus hermanas le ayudaron en esta empresa. Al mismo tiempo renovó la amistad con los labradores amigos antiguos de su padre, y después de haber examinado con cuidado la moral de sus familias escogió entre ellos los maridos y mujeres que destinaba a sus hijos. En consecuencia de este proyecto se encargó de la educación de los jóvenes que se proponía elegir para yernos y nueras. No era esta educación muy esmerada: sólo quería que supiesen leer, escribir y contar; que tuviesen buenos modos, pureza de costumbres, una devoción verdadera y afición al trabajo. Ha logrado sus virtuosos designios conforme deseaba casando todos sus hijos como lo había pensado, y hoy día es el más venturoso de todos los padres. Como cada

año se iba aumentando su numerosa familia, que vive con él, se ha visto en la precisión de ir construyendo sucesivamente los doce pabellones que rodean su casa: en ella vive, como los antiguos patriarcas, en compañía de sus dos respetables hermanas y una multitud de hijos y nietos, todos vestidos como él y como sus padres, esto es, de aldeano y aldeanas, pero disfrutando todas las conveniencias de la vida, y gozando de una felicidad poco apetecida del común de los hombres, porque no la conocen. Al acabar mi amigo su narración entramos en el bosque. Reparé que de cada árbol pendía una tarjeta en la cual estaba escrita una fecha y un nombre: pregunté a mi amigo qué significaba aquello.—Es preciso—me dijo—que antes de todo sepa usted una costumbre antigua de esta provincia, y cuyo origen ignoro. Luego que nace una criatura, su padre planta un árbol, en el cual se pone el nombre del niño y el año en que ha nacido (1). Así es que cada propietario de un terreno de tal cual extensión tiene uno de estos bosques sagrados, en donde nunca llega la sequía a los árboles; pero cuando algún árbol se seca o decae por algún acontecimiento, entonces se determinan a cortarle, lo que se hace con mucho aparato. Se junta toda la familia y los vecinos: delante de todos se corta el árbol, y se trascribe en un libro de familia la inscripción que estaba en el árbol, añadiendo el año en que ha sido cortado; los parientes y vecinos firman esta nota como testigos del hecho. De este modo se conservan para siempre en esos registros los nombres y memoria de nuestros antepasados, y con tanta mayor certeza cuanto en otro libro se escribe el año del nacimiento de cada criatura, especificando la especie de árbol que se ha plantado en el *bosque de familia* el día que nació.

Aún hablaba mi amigo, cuando oímos a lo lejos el ruido de varios instrumentos campestres.—Vamos—me dijo él—a ver plantar el árbol del niño que ha nacido esta mañana: ahora verá usted al venerable Novorgevo rodeado de una numerosa corte. No podemos hablarle ahora; pero sé de cierto que acabada la ceremonia vendrá a saludarnos y nos convidará a comer. Diciendo esto apretamos el paso, y guiados por la música llegamos a un paraje del bosque donde todos los árboles eran muy jóvenes, y hallamos juntas unas doscientas personas, contando quince o veinte pequeños. Todos estaban vestidos del traje peculiar a los aldeanos de Livonia. El de los hombres no tenía cosa particular; pero el adorno de las mujeres me pareció tan singular como gracioso: su tocado consistía en unos velos de muselina que no ocultaban sino una parte de sus cabellos y que las cubrían enteramente las espaldas; todas llevaban ajustadores de un color oscuro, ceñidores de cintas adornados con franjas, y guardapiés primorosamente bordados. Me adelanto, y distingo en medio de aquella multitud a un anciano de aspecto dulce y majestuoso, vestido como los demás, pero cuyo traje sencillo y grosero

(1) Es muy cierto que existe en Rusia esta costumbre, pero no estoy cierta de si es en la Livonia.



De cada árbol pendía una tarjeta...

formaba un contraste muy singular con el brillante adorno que le distinguía. Llevaba al cuello una colonia blanca, de la cual pendía una magnífica cruz de brillantes (1).—Ese es Novorgevo—me dijo mi compañero:—la Orden de que está decorado debe dársele a usted a conocer. Esa distinción le es sin duda muy grata; el agradecimiento, y no el orgullo, le hace llevar con gusto ese honorífico premio que ha merecido el cariño que le tiene su soberana.—Dígame usted—pregunté yo entonces:—¿quién es aquel joven que está a su derecha?—Es uno de sus nietos—respondió mi amigo,—padre del recién nacido. Vea usted a su derecha dos ancianas: aquéllas son sus hermanas, y todos los restantes que están más inmediatos a él son sus hijos o nietos.—¿Cuántos son en todo?—Poco más o menos, unas sesenta personas, contando los yernos y nueras, y todos viven en el recinto que usted ha visto. Lo restante del concurso se compone de los parientes, vecinos y amigos de la familia. Pero atendamos, que empieza la ceremonia.

Entonces me acerqué al anciano cuanto pude: vi que tomaba un azadón, y que hacía con brazo robusto el hoyo para plantar el árbol. Acabada la ceremonia, el viejo, según costumbre, pronunció varias bendiciones sobre el árbol acabado de plantar. Le deseó *que viviese tanto tiempo como el pino Pedro Novorgevo* (que era el árbol más antiguo del bosque), y que el niño cuyo nombre tenía pudiese sentarse algún día a su sombra *con los hijos de sus nietos*. Dicho esto se trajo el libro, en el cual sentaron sus nombres los principales del concurso. Después tomó el anciano en sus brazos al niño objeto de la fiesta, y todos salieron del bosque al són de los instrumentos.

Seguímoslos al otro extremo del bosque, en donde había formado un espacioso salón de enramadas cercado de los árboles más grandes y hermosos que hasta entonces había yo visto en el bosque. Este salón nos presentó un espectáculo delicioso. Todos los árboles estaban cubiertos de guirnaldas de flores y de hierbas olorosas, y una docena de pulidas cunas dispersas sin orden y colgadas con cintas de algunas gruesas ramas eran, como ustedes verán, el adorno más interesante de aquel sitio campestre. Mi compañero me enseñó *el pino Pedro Novorgevo*. Admiré su prodigiosa elevación, y viendo a alguna distancia de él dos encinas entre las cuales estaba colocada sobre un trono de céspedes una columna de mármol blanco, dije a mi amigo:—Sin duda que estos dos árboles merecen particular aprecio al buen viejo.—Seguramente: la más vieja de esas encinas tiene el nombre de su abuelo, y la otra el de su padre. La columna es un monumento del amor que les profesó. Hay en ella una inscripción rusa que contiene el elogio de Anastasio y de Alejo Novorgevo; elogio dictado por el corazón y la verdad, y cuyo sentido es el siguiente: *El Cielo, para recompensar su sincera piedad, les hizo conocer la verdadera dicha: la gozaron buscándola en sus familias, entre las delicias del campo y las tareas de la agricultura*.—Pienso—proseguí yo

(1) La Orden de San Andrés, instituída por el Zar Pedro el Grande.

—que aquella cuna más adornada que las otras y colgada de esas dos encinas está destinada al recién nacido.—Así es. Vea usted ahora cómo se acerca el viejo y va a poner al niño en la cuna. Con efecto; después de haber abrazado el anciano tiernamente a su biznieto le colocó en ella; formó después un trofeo con diversos instrumentos de agricultura que le presentaron, y lo ató a uno de los árboles al lado de la cuna. Él mismo explicó lo que significaba aquello, diciendo que dedicaba a su biznieto a las tareas del campo, concluyendo este último discurso leyendo en alta voz la inscripción de la columna de mármol. Luego que el anciano cesó de hablar, las madres que llevaban a sus hijos en brazos los pusieron en las demás cunas y se sentaron al pie de los árboles, teniendo en las manos el cabo de una cinta bastante larga atada por el otro extremo a las cunas. De cuando en cuando tiraban de ellas, lo que producía en las cunas un movimiento ligero que divertía o hacía dormir a los niños (1).

En tanto que estas madres, las más de ellas de veinte o veinticinco años, no hallaban placer más dulce que el de ocuparse con sus hijos, los jóvenes de ambos sexos, así de la familia como de la vecindad, se juntaron en el centro del salón y ejecutaron varias danzas, cantando coplas relativas a la función. Cantaron también un largo romance, cuyo título era *Las cuatro estaciones del año*. Después de haber pintado los placeres de la primavera, del verano y del otoño, se celebró el invierno con mucha más prolijidad. Se hizo una agradable descripción de las diversiones que disfrutaban en el Norte en tiempo de hielos y nieves, y se alabaron de un modo ingenuo y gracioso las largas noches de invierno que se pasan tan deliciosamente en medio de una familia amada reunida en torno del hogar paterno.

Acabadas las coplas, se bailó al són de las *balayas* (2); entretanto varias muchachas andaban por la sala con cestas llenas de tortas y de *clougwa* (3), que ofrecían a todos los que estaban viendo bailar. Al mediodía los vecinos y parientes se despidieron del anciano y se fueron. El anciano nos convidó a comer a mi amigo y a mí; nos llevó a la choza en que había vivido su padre. Este sitio—nos dijo—me ofrece los más dulces recuerdos: todas las mañanas vengo a meditar en él. Si hubiese podido contener mi numerosa familia, aquí hubiera acabado mis días.—Diciendo esto se sentó sobre una estera y nos hizo poner a sus lados. Hablaba bastante bien el francés, y respondió a todas mis preguntas con la urbanidad propia de un hombre que ha vivido veinte años en la Corte, y con la bondadosa e ingenua franqueza de un solitario y de un labrador. Me pintó su ventura con los más vivos coloridos, y después

(1) Las aldeanas rusas cuelgan de los árboles en tiempo de verano las cunas de sus hijos y los mecen del modo que queda dicho. Véase los *Trajes rusos*, de M. Le Prince.

(2) Especie de guitarra con mástil muy largo. Instrumento parecido al que hemos visto en esta Corte en manos de uno de los músicos del enviado turco.

(3) Fruta muy sábrica, más pequeña que la cereza, y muy común en Rusia.

prosiguió diciendo:—He conocido la Corte; he conocido todos los gustos que los honores, la vanidad y privanza pueden dar de sí: entonces tenía yo la cabeza ocupada, y el corazón vacío y disgustado. Devorado de temores y de inquietudes, tenía que guardarme de las asechanzas del odio y de los furores de la envidia; tenía, en fin, que tolerar el tedio de las solicitudes injustas e importunas. Finalmente, cada día padecía el dolor de hallar descontentos e ingratos. añadiéndose a esto la falta de un verdadero amigo digno de este nombre. El Cielo me abrió los ojos: me hizo conocer que el hombre, arrojado para poco tiempo en esta Tierra, es un insensato cuando acumula bienes percederos y sacrifica su descanso a la codicia. Es cierto que haciendo dimisión de mis empleos perdía la mitad de mis riquezas; pero recobraba la libertad. Renunciando las pasiones y volviendo a los placeres que la Naturaleza ofrece, recuperé la salud que había perdido, y volví a encontrar la felicidad tan pura de que había disfrutado en mis primeros años; así es que la sencillez de gusto y de costumbres prolonga y hace grata nuestra vida, y hace los últimos instantes de nuestra carrera tan felices y venturosos como los primeros de la niñez, cuyo recuerdo nos es tan grato únicamente porque se han pasado con la inocencia y en la calma de las pasiones.

No me cansaba de escuchar al virtuoso Novorgevo; pero la hora de comer interrumpió esta conversación. Nos pusimos a la mesa en el salón de verdura en el cual se había bailado. Contemplaba yo con admiración al viejo en medio de su familia, sentado a la mesa entre sus dos hermanas. No entendía lo que decían sus hijos; pero veía la expresión de sus rostros, que pintaba la alegría y la inspiraba. Después de comer nos condujo Novorgevo a su casa. Era ésta tan sencilla como capaz; todos los muebles consistían en camas sin cortinas, mesas y sillas de palo y esteras de junco; su adorno le hacían muchas frondosas ramas de árboles (1) entretejidas con mucho arte y que cubrían todas las paredes de los cuartos. Toda la familia podía estar cómodamente en la sala. Se gastó en conversación cerca de una hora, y entonces cada uno se fué a sus negocios. Quedamos solos con el amo de la casa, el cual nos propuso si queríamos dar un paseo por la huerta. Luego que llegamos a ella se quitó la cruz de San Andrés, colgándola de un árbol, y tomando un almocafre se puso a trabajar, sin dejar de hablar con nosotros.

Tenía la huerta una extensión prodigiosa; advertí en ella varios trabajadores que luego conocí eran los hijos de la casa con quienes habíamos comido. Entonces supe que los demás estaban empleados en tareas de la misma clase en el campo, fuera del recinto de la casa, y que entretanto las mujeres se ocupaban en las haciendas-domésticas. Unas estaban encargadas de la cocina o de la lechería, otras hilaban,

(1) Es costumbre en Rusia en tiempo de verano, y sobre todo entre los aldeanos y gente del pueblo, adornar de este modo con ramas lo interior de las casas. De esto nace que andan por las ciudades muchos hombres vendiendo ramos de árboles para este fin. En los cuartos se ponen estos ramos en varias vasijas llenas de agua.

cosían ropa blanca o hacían sus vestidos y los de sus hijos. Nadie estaba un instante ocioso hasta las siete de la noche, hora en que toda la familia se juntaba en la sala grande antes de cenar. ¡Con qué gusto se sentaban a la mesa, y con qué apetito cenaban! Antes de irse a acostar leía el buen Novorgevo a sus hijos una breve instrucción moral y cristiana: acabada ésta todos se ponían de rodillas, y el viejo recitaba en alta voz algunas oraciones, y concluía dando la bendición a toda su familia. Entonces se iban todos a acostar y a disfrutar de las delicias de un sueño tranquilo. Al día siguiente marché de aquella casa, sacando de ella y del venturoso filósofo que la habitaba un recuerdo que jamás se borrará de mi memoria y de mi corazón.

Al acabar de decir el abate estas palabras se levantó la Baronesa dándole gracias, y todos se retiraron a sus cuartos, por ser ya cerca de las diez y media. Algunos días se pasaron sin haber veladas, porque la Marquesa, a quien tocaba referir una historia, estaba constipada: por tanto, se pasó el tiempo de la velada hablando. Acordóse César de que la Baronesa había dicho en la historia de Olimpia *que el honor era más severo que las leyes*, y la pidió le explicase la causa de esto.—Las leyes—respondió la Baronesa—se han hecho para todos los hombres; no se pueden esperar de la multitud sentimientos generosos y delicados: por consiguiente, no deben las leyes prescribir acciones grandes. Si fuesen más severas, sería muy corto el número de personas que las observasen, y no producirían un bien general; así que se limitan a prohibir los delitos e injusticias manifiestas, porque han sido establecidas para el pueblo, y no para los sabios. Bien pueden conocer que el hombre, cuya probidad consistiese únicamente en obedecer a las leyes no sería ni virtuoso ni verdaderamente estimable, a causa de que se puede ser despreciable aun cuando se cometan aquellas acciones que sujetan a las penas impuestas por las leyes. De todo esto pueden inferir por qué la ley autoriza algunas veces lo que el honor prohíbe, y por qué hay tantos pleitos que cubren de ignominia al que los entabla, aunque esté seguro de ganarlos. Puede decirse también que hay ciertos delitos que nuestras leyes no castigan, como, por ejemplo, la calumnia cuando no produce algunas funestas resultas.—Pero un calumniador—interrumpió César—pierde su honor en el concepto de todos (1).—No hay duda, y lo mismo sucede con aquellos que se valen de la indulgencia de la ley para hacer acciones malas en sí mismas.—No comprendo muy bien eso—respondió César.—¿Qué cosa es un hombre deshonorado?—Llábase así a un hombre a quien la voz pública acusa de no tener honor.—Según eso, la multitud conoce toda la fuerza de la virtud y del buen modo de pensar, puesto que es más severa que las

(1) En Polonia se castiga a los calumniadores con una pena muy extraña. El reo convicto de calumnia tiene que tenderse en el suelo a los pies del que ha calumniado, y decir en alta voz que en cuanto ha dicho contra él ha mentado como un perro. Hecha esta pública satisfacción, imita por tres veces el ladrido de un perro. Aún se practica hoy día en Polonia este castigo contra los calumniadores. *Historia General de Polonia*, por el Caballero de Solignac, tomo III.

leyes: por tanto, me parece que las leyes hechas para la multitud deberían mandar la práctica de las virtudes.—Aun el hombre más vicioso y grosero se ve en la precisión de amar la virtud y aborrecer el vicio. Las pasiones le hacen obrar contra su conciencia, y esta conciencia que le reprende sus delitos le manifiesta los ajenos, tanto mejor cuanto entonces no tiene interés propio que le haga repugnante este conocimiento. Por tanto, obra mal y juzga bien: débil y corrompido, cede a sus pasiones; pero cuando está sereno y sin interés propio que le ciegue, condena en los otros, instigado de un primer movimiento, los mismos excesos de que él se deja llevar. Lo que es despreciable le repugna, lo que es generoso y amable le conmueve y le deleita. Mal padre e hijo ingrato, con todo, no hubiera visto sin enternecerse a la vieja de *L'Ange-Sund*, bendiciendo a sus hijos, y al ruso Novorgevo en medio de su familia. Admiraría estos rasgos sublimes, pero no sentiría el menor deseo de imitarlos. ¿Pues cómo podría obedecer a una ley que se lo mandase? Este hombre que acabo de pintar es una imagen verdadera de la multitud: tales son los hombres en general. La consecuencia más importante de estas reflexiones es que todos condenan y vituperan las acciones malas, y que todos también ensalzan la virtud: conque si se estima la reputación y aprobación general, es preciso ser siempre bueno, noble y estimable.

—También tengo yo que hacer una pregunta—dijo Carolina:— hay una palabra cuya significación ignoro. Varias veces he oído decir *preocupaciones*, y no comprendo muy bien lo que quiere decir.—Por preocupaciones se entiende una opinión que no es fruto de una reflexión madura y que no estriba sobre ninguna razón sólida. Victoria, por ejemplo, cree que el que lleve consigo un pedazo de la cuerda de un ahorcado, ganará siempre que juegue: a esto se llama preocupación. No son, ciertamente, las reflexiones que ha formado sobre la posibilidad del caso las que se lo han hecho creer. Si la preguntas por qué tiene esa opinión, te dirá que su tía, su madre o su abuela lo hacían así, y no sacarás más razón que ésta. No todas las preocupaciones son igualmente necias; pero conozco muchas que me lo parecen tanto, y que son muy comunes. He visto muchas mujeres huir de la compañía de una persona que cuidaba de un enfermo con sarampión o con viruelas, y he visto a estas mismas mujeres sentadas con mucha serenidad al lado del médico que visitaba los mismos enfermos. He visto otras muchas cosas de esta clase que equivalen a la cuerda del ahorcado de Victoria. Hay también otra especie de preocupaciones que, lejos de ser ridículas, son al contrario respetables por ser hijas de una sensibilidad viva y delicada. Dejemos creer a los gemelos que se aman tiernamente que padecen recíprocamente los males físicos que uno de los dos tiene; dejemos creer a una madre que será capaz de conocer en medio de mil criaturas a un hijo que nunca ha visto: estos dulces errores de los corazones sensibles son frutos de los sentimientos más virtuosos; no debemos, pues, despreciarlos. Finalmente, toda opinión que no puede hallar apoyo en algunas razones y cuya falsedad manifiestan claramente los hechos y la experiencia, es una preocupación.

Pero a menos de no concurrir todas estas circunstancias, no debemos afirmar que una cosa, por más extraña que pueda parecernos, es quimérica o disparatada.—En efecto; la historia de Alfonso nos ha hecho ver que hay en la Naturaleza una multitud de fenómenos cuyas causas ni aun los más sabios pueden explicar.—Por eso no debemos llamar preocupaciones sino a aquellas cosas que no sólo repugnan a la razón, sino que también están convencidas de inciertas por los hechos mismos.—Ahora comprendo muy bien lo que es preocupación; y puesto que todas las que no nacen de la sensibilidad son ridículas, como el creer que el martes es día aciago, o que si el salero se derrama es señal de una desgracia.—También debes comprender que no puede llamarse preocupación todo aquello que la Religión, las leyes y el honor nos mandan; por ejemplo: el respeto que tenemos a los muertos y a sus sepulturas ¿es preocupación?—No, señora, porque la Religión manda que los honremos, siendo además una obra de misericordia el enterrarlos.—Muy bien dicho. Mas ¿debe llegar ese respeto al exceso que comúnmente vemos cuando dicen que es menos delito hablar mal y publicar los defectos de un vivo que los de un muerto?—Esta pregunta me enreda.—Consulta, pues, en semejantes ocasiones a la guía más segura de todas, que es la Religión; mira si ésta manda que se tenga más miramiento con la memoria de los difuntos que con la reputación de los vivos.—No por cierto: lo que manda es amar al prójimo como así mismo, y hacerle bien por el mal que nos haya hecho (1); y así, creo seguramente que es más delito destruir la reputación de una persona viva que ajar la memoria de otra que haya muerto.—Considera también que una persona muerta no padece, y que la detracción aflige y desespera a la que vive; así que la opinión de que os hablaba no es más que una preocupación. Si después de muerto un enemigo procurase alguno denigrar su memoria por medio de imputaciones inciertas, este tal tendría tanta vileza como cobardía, puesto que el enemigo muerto no puede impedir el efecto de las voces que se esparcen contra él. Si viviese, podría destruir las dudas y aclarar las conjeturas; pero no podría justificarse de un hecho positivo y averiguado: ésta es la causa por qué sería cobarde y vil el que formase una acusación infundada contra un muerto. Sin embargo, debéis creer que en cualquier caso desapruebo y aborrezco este encono insensato contra los que ya no viven: sólo he querido haceros ver que es menos crueldad ajar la reputación de los muertos que destruir la de los vivos.—Mamá—dijo Carolina,—tendré muy presente esta conversación: no olvidaré que debemos preservarnos de las preocupaciones ridículas, y respetar aquellas que proceden de la sensibilidad y bondad del corazón.—Y también—añadió la Baronesa—debéis tener presente que cuando se quiere conocer si se debe adoptar o desechar una opinión es menester

(1) * Bendecid a los que os persiguen; bendecidlos y guardaos de maldecirlos. No os venguéis por vuestras propias manos, queridos hermanos míos; antes bien, dad treguas a la ira, porque está escrito: A mí sólo toca la venganza. *Epístola de San Pablo a los romanos*, cap. XII.

examinarla con madurez, y si su creencia o incredulidad debe tener alguna influencia en nuestra conducta o modo de pensar, se debe consultar a la Religión, a las leyes o al honor, conformándose exactamente con lo que estos oráculos sagrados manden o aconsejen.—En efecto—dijo el abate;—si desean ustedes ser felices, deben penetrarse de las grandes verdades de la Religión, alimentando su espíritu con sus santas máximas, que si así lo hacen, ellas les señalarán una regla exacta de todas sus obligaciones.

Dos días después de esta conversación, hallándose sola con Carolina, la dijo:—Esta mañana, cuando entré en tu cuarto vi que tu criada te calzaba, y extrañó mucho que consientas semejante cosa. ¿Cómo has podido envilecerte, envileciendo al mismo tiempo a una persona semejante a ti? No exijas, pues, jamás de una criada más que aquellos servicios que te sean absolutamente necesarios; excúsala en cuanto sea posible todo aquello que pueda fatigarla e inspirarla repugnancia. No tengas la bajeza e inhumanidad de abusar de su situación negándola los miramientos que le son debidos. Si en adelante quieres ser amada y respetada de tus criados, acostúmbrate desde ahora a respetar también en ellos los sagrados derechos de la humanidad. Yo no puedo vestirme sola, y así, una criada me ayuda a peinarme y vestirme; pero puedo desnudarme muy bien sin que nadie me ayude, y bien sabes que desde que estoy casada no he hecho velar a ninguna criada, ni he permitido que me esperase, desnudándome sin su ayuda. He vivido en el mundo; iba a a los bailes, volvía a casa a las cuatro o las cinco de la mañana muy adornada, con un vestido guarnecido de flores y gasas prendidas con un millar de alfileres. No era muy fácil deshacerse de todo aquel embeleco por mí sola; pero quería yo más tomarme este trabajo y acostarme media hora más tarde, que no me ayudase una pobre criada medio dormida y de mal humor, que al desnudarme hubiera en su interior maldecido mil veces mis diversiones y su suerte. Ahora tengo menos mérito en desnudarme sola, porque los adornos que gastamos en Champceri no son muy embarazosos.—Tampoco llama usted nunca de noche.—No; a menos que no esté mala. Si después de acostada necesito de algo, me vuelvo a levantar, aunque sea en el rigor del invierno. Estoy tan acostumbrada a ello, que no se me hace penoso: es una costumbre que nada me cuesta, y que me da una actividad que creo muy saludable, porque no hay cosa que debilite tanto como la pereza y molicie. Sirviéndose uno a sí mismo adquiere una fuerza y agilidad increíbles. No parezco muy robusta, y, sin embargo, no se pasa noche alguna sin que haga alguna prueba de mis fuerzas: unas veces cargo con un cántaro grande lleno de agua; otra, en tiempo de invierno, pongo en mi chimenea algún tronco de leña, quizás más pesado que todo mi cuerpo.—Yo, mamá, quiero imitar a usted: de aquí en adelante me desnudaré sola, si usted me lo permite.—Aún eres muy niña para eso. Tu edad es el tiempo de la debilidad y dependencias físicas; pero puedes desde ahora ayudarte a tí misma más de lo que haces, y cuando tengas quince años será bien que te acostum-

bres a desnudarte sola.—Prometo a usted que no volveré a faltar al miramiento que debemos tener con los que nos sirven.—Hay también otros muchos miramientos que guardar con los criados; entre otros, el de no decir nunca delante de ellos, directa ni indirectamente, expresión alguna que pueda moverlos a avergonzarse de su estado. Sería, por ejemplo, una crueldad odiosa citar delante de un criado algún proverbio insultante con referencia a la clase en que se halla, como el siguiente: *mentir como un lacayo*. Se han de evitar, pues, con el mayor cuidado semejantes groserías, las cuales, al mismo tiempo que les causan rubor, excitan su sentimiento y odio contra nosotros. También se debe tener mucho cuidado en no hablar delante de ellos de cosas que puedan alterar los principios de la Religión católica, porque las razones y acciones de los amos influyen en gran manera en la conducta de los criados; así, que somos dos veces reos cuando les damos mal ejemplo. Finalmente, la caridad, la justicia y la humanidad nos mandan que los tratemos con dulzura e indulgencia, que nos ocupemos en sus intereses, que los protejamos siempre que haya ocasión, y que los cuidemos con mucho afecto cuando están enfermos o se hallan inútiles, habiendo envejecido en nuestras casas.

Al pronunciar la Marquesa estas palabras se levantó para ir a pasear; pero Carolina la detuvo, diciendo que tenía que confesaría que aquella mañana había estado de mal humor con Pulqueria.—No dudo—dijo la Marquesa—que al instante habrás satisfecho esa culpa.—Sí, señora.—Pero ¿de qué modo?—Me he violentado, he vencido mi mal humor, y lo restante de la mañana he estado como de costumbre.—¿Y no la has pedido perdón, ni le has manifestado el sentimiento que tenías de haber sido injusta un rato?—Al punto que ella me ha visto de buen humor se ha puesto también muy alegre, y no daba señas de estar sentida de nada.—¿Y porque ella no tiene rencor has de parecer insensible? Si yo hubiese faltado al más ínfimo criado de casa, manifestaría seguramente mi arrepentimiento, y creería honrarme a mí misma dándole una satisfacción proporcionada a la ofensa, porque no hay cosa que nos ensalce tanto como la equidad. El defecto más intolerable que hay en la sociedad es el de no saber conocer y enmendar nuestros yerros. Somos tan imperfectos, que no se pasa día sin que cometamos algunos: por tanto, la persona más amable y atractiva será siempre aquella que, confesando sus defectos, manifestare más franqueza y sensibilidad. Este es el talento sublime de los corazones generosos, en tanto que las almas débiles y limitadas, poseídas de una mala vergüenza, quieren más agravar sus culpas que no dar un paso o decir una sola palabra que bastaría para expiarlas.—Mamá, voy ahora mismo a ver a mi hermana para pedirla perdón de mi enfado y de no haberla manifestado al instante mi arrepentimiento.—Al oír estas palabras la Marquesa abrazó tiernamente a Carolina, la cual al punto salió corriendo del cuarto para ir a buscar a su hermanita.

La Marquesa había prometido aquella mañana que por la noche referiría una historia verdadera, promesa que desempeñó en los términos siguientes:



LOS SOLITARIOS DE NORMANDÍA

HISTORIA VERDADERA

En la provincia de Normandía, a cuatro leguas de Forges, cerca del rico Monasterio de Bobec, vivía un honrado labrador llamado Anselmo, en compañía de su mujer e hijos. Era pobre, pero tan feliz, que en quince años no había salido de su choza más que para ir a la iglesia. Su pajiza habitación estaba aislada en medio de un bosque; no tenía vecinos, ni los deseaba. No podía imaginarse que después de haber labrado sus tierras pudiese haber un placer mayor que el de descansar en medio de su familia. Algunos pedazos de tierra, dos vacas y algunas aves eran todas sus riquezas: su familia se componía de su mujer, cinco hijos, una criada y un pastor. Voy a hacerlos conocer particularmente a estas dos personas. La criada se llamaba Pascuala; y como desde sus primeros años vivía en casa de Anselmo, tenía la inclinación y costumbres sedentarias de sus amos. Jamás se había apartado de la casa más de media legua; de cuantos edificios hay sobre la Tierra no había visto más que el convento de Bobec, y nunca San Pablo de Roma o el *Louvre* (1) excitaron admiración igual a la que sentía Pascuala al ver la pequeña iglesia de Bobec. Había oído hablar de Forges, y sabiendo que este lugar distaba cuatro leguas de

(1) Louvre: uno de los grandes palacios de París.

su habitación, nunca tuvo ánimo para emprender un viaje tan largo. Bien podéis pensar que Pascuala ni sabía leer ni había visto un libro en toda su vida. Sus habilidades eran muy limitadas: se reducían a saber ordeñar las vacas, hacer queso y ayudar a su ama en las haciendas de la casa; no hubiera podido su entendimiento abrazar conocimientos más extensos: no tenía, precisamente, más que aquel grado de inteligencia necesario para desempeñar medianamente las obligaciones de su estado, y si el Cielo no le hubiese dado unos amos tan pacíficos y humanos, más de cuatro veces se hubiera visto a pique de perder su acomodo. Pero a lo menos no cometía culpas voluntarias; carecía absolutamente de memoria y de reflexión; tenía poca actividad, pero sus intenciones eran puras, y su corazón tan bueno, que nunca pudieron Anselmo y su mujer resolverse a reñirla. Miguel, el pastor que guardaba las vacas, era aún menos activo y más limitado que Pascuala. Su poca salud le servía de excusa para con el indulgente Anselmo de su indolencia e incapacidad: fuera de esto, era naturalmente blando y pacífico; tenía hombría de bien, un sosiego inalterable y una serenidad de alma que nada podía turbar.

De allí a un año tuvo Pascuala un grandísimo pesar. Murió la mujer de Anselmo, y éste murió también dos años después. De este modo perdieron Pascuala y Miguel el mejor de los amos y el único amparo que tenían en todo el mundo. Algunos parientes tutores de los niños tomaron posesión de la corta herencia, y tuvieron la crueldad de arrojar de ella a Miguel y Pascuala.

Fue preciso abandonar la cabaña querida, que miraban como su casa paterna; fué preciso arrancarse de los brazos de los niños del virtuoso Anselmo, de aquellos niños que tanto tiempo había daban a Pascuala el dulce nombre de madre. La pobre Pascuala los abrazó con lágrimas, y salió desesperada, seguida de cuatro hijos que tenía entonces, y del triste Miguel, que llevaba debajo del brazo un lío en que iba alguna ropa, único bien que había quedado a aquella familia desventurada.

En medio de tan horrorosa situación tuvieron la dicha de no padecer ninguna de las crueles inquietudes que pueden causar la imaginación y la prudencia: eran de genio de no sentir nunca más que los trabajos presentes. Lo venidero estaba cubierto para ellos de un velo tan impenetrable, que les ocultaba hasta la imagen del día siguiente. Antes de salir de la casa habían comido bien: por tanto, no les inquietaba mucho el recuerdo de lo que cenarían; sólo hablaban de su sentimiento por la muerte de Anselmo y del amor que tenían a sus hijos, que se habían visto precisados a abandonar.

Hablando de este modo caminaban sin saber adónde, y se perdieron en el bosque. Pascuala estaba preñada de seis meses. Luego que se sintió cansada se sentó al pie de un árbol; su marido se sentó a su lado, y los cuatro niños se acomodaron alrededor de ellos: esto pasaba a principios de Julio. Al anoecer, uno de los niños dijo que tenía hambre, y al punto empezaron todos a pedir pan. Miguel, que llevaba algunas provisiones en su zurrón, las repartió entre su mujer e hijos. Acabada la cena, se deter-

minaron a pasar allí la noche, y al amanecer siguieron un sendero trillado que los condujo a una especie de desierto al otro extremo del bosque.

Todo aquel sitio inculto estaba cubierto de malezas; pero encontraron una fuente que salía de entre unas peñas. Este hallazgo causó el mayor gozo a Pascuala, porque sus hijos se morían de sed. Para mayor fortuna, todo aquel terreno estaba lleno de avellanos, morales y frambuesos silvestres, y el suelo cubierto de fresas. Al ver Pascuala aquel jardín natural, exclamó encantada:—¡Miguel, Miguel, quedémonos aquí! Tenemos agua y frutas con que mantenernos, y haciendo una choza con hojas y ramas para pasar la noche, estaremos grandemente.—Sí; pero es menester licencia para cortar las ramas, que no son nuestras.—Esta reflexión de Miguel dejó muy triste a Pascuala.

A este tiempo vió que un muchacho se acercaba a ellos conforme iba cogiendo fresas. Pascuala se llega a él, y le pregunta si sabe de quién es aquel bosque.—Es de la abadía de Bobec—respondió el muchacho.—¿Está muy lejos la abadía?—Media legua: ahora voy a llevar las fresas que he cogido. Entonces Pascuala entró en consulta con Miguel, el cual, después de haber recibido sus órdenes, siguió al muchacho que iba al Monasterio. Pascuala y sus hijos se quedaron a la entrada del bosque, encargándole que volviese cuanto antes.

Luego que Miguel llegó al Monasterio fué a hablar con el abad, a quien expuso su situación, concluyendo con pedirle que le diese trabajo, o a lo menos la licencia de hacer una choza en el sitio que le dijo.—¿Qué sabes hacer?—le preguntó el Abad.—Sé guardar vacas.—No necesitamos de pastores, y además, no eres de nuestras tierras.—Pero no tengo qué comer: allá se va todo.—No se puede socorrer como quisiéramos a todos los pobres.—Padre, yo no soy pobre, no pido limosna; tengo alientos y ganas de trabajar.—Pero no sabes hacer nada, y además, te vuelvo a decir que los de nuestras tierras deben ser preferidos.—Pues mire usted; le aseguro que soy muy débil y enfermizo: por eso debía usted darme que trabajar.—¿Conque te he de tomar por criado a causa de que no puedes trabajar?—Sí, señor: por eso me tenía en su casa Anselmo, mi difunto amo; pero si usted, padre, no gusta de enfermos, déme a lo menos licencia para hacer una choza en el bosque.—¿Y cómo viviréis?—Hay muchas frutas; hay berros, avellanas y fresas: es un paraíso.—¿Y en invierno?—¡Ah, es verdad, no hemos pensado en el invierno! Pero de aquí a allá falta buen rato: ahora estamos en Julio.—Buen hombre, ya que lo quieres, te doy licencia para hacer una choza, y cada dos días puedes venir a buscar una provisión de pan y patatas para ti y tu familia.—Justamente tengo un zurrón muy guapo.—Adiós: esto es cuanto puedo hacer por ti.—Y es mucho más de lo que yo pedía. ¡Qué contenta se pondrá mi Pascuala cuando sepa esto!

Diciendo así se despidió y salió muy deprisa. Ya estaba fuera del Monasterio cuando le hicieron volver para darle su provisión de pan y patatas asadas, como el Abad había mandado. Miguel, que era hombre de bien a toda prueba, rehusó el tomarlas, diciendo:—El Padre me ha dicho

no había de ser sino cada dos días, y así, volveré a tomar esto pasado mañana. A pesar de su resistencia le hicieron tomar la provisión para dos días, y se fué contentísimo del feliz éxito de su viaje. Luego que descubrió a Pascuala se puso muy ufano, y respondió por extenso a todas sus preguntas. Pascuala, aunque muy gozosa, le riñó un poco su descuido en no haber comprado en el lugar de Bobec una podadera para cortar las ramas.—Porque, en fin—prosiguió,—nos hallamos con nueve libras y diez sueldos (éste era el fruto de sus ahorros de diez años) (1). ¿Qué quieres que hagamos con todo este dinero?—Es verdad—respondió Miguel;—pero no se puede pensar en todo: mira también cómo se nos había olvidado que llegará el invierno.—Ahora que lo mientas, será menester guardar algún dinero para comprar pellejos de carnero.—Sí, porque si hemos de vivir aquí, se ha de procurar que nada nos falte.—Vamos ahora a trabajar: tú con la navaja cortarás las ramas.

Dicho esto, Pascuala emprendió su tarea, y Miguel la imitó. La industria de uno y otro era igual a su robustez: por tanto, tardaron más de quince días en hacer una chocita bastante sólida, pero que tenía un defecto que no echaron de ver sino cuando ya estaba casi concluída la obra. No se habían acordado (porque, como decía Miguel, no se puede pensar en todo) de que habían de habitar en su choza, por lo cual era conveniente que su altura fuese proporcionada a la de ellos. Es más cómodo trabajar con los brazos en su postura natural que no levantándolos, y ellos habían escogido el modo menos molesto; de suerte que podían echarse de pechos sobre el tejado de su choza lo mismo que sobre la barandilla de un balcón. Pascuala fué quien advirtió primero este defecto de construcción. Aunque el edificio estaba casi acabado, tuvo la valerosa tentación de volverle a empezar; pero Miguel se lo quitó de la cabeza, diciéndola que nadie entra en su casa sino para dormir o descansar, y que así, bastaba que pudiesen estar echados o sentados. No tenía réplica este argumento; y, en efecto, se concluyó la choza a pesar de aquel error en sus dimensiones.

Dió la casualidad que el día que se comió en ella por la primera vez fué un día de fiesta. Aquella mañana había ido Miguel a la abadía y volvió con su provisión de patatas y pan, llevando además una cantarilla de leche y algunos huevos frescos que había comprado en el lugar. Grande fué la alegría de los niños al ver tanta variedad de manjares para el festín: su gozo y contento excitó el de Miguel y Pascuala. En fin, nada faltó al gusto completo de aquella comida, porque en los convidados se hallaban reunidos el buen humor y el apetito. Por la noche se durmió grandemente; después de haber pasado veintiocho noches expuestos a la intemperie, no podía dejar de ser muy grato el descansar al abrigo de una buena choza, durmiendo sobre un catre mullido de hojas y paja fresca. Al día siguiente toda la familia despertó con cabal salud.

(1) * Reducido su valor a nuestra moneda, compone la crecida suma de treinta y ocho reales de vellón.

—No hay cosa—dijo Miguel—como tener uno todas sus conveniencias: por más que digan que el cuerpo se hace a todo, yo aseguro que no hubiera dormido tan bien a campo raso y tendido sobre la tierra desnuda.—Ni yo tampoco—respondió Pascuala.—Todas estas noches me he acordado mil veces del establo en que dormíamos en casa de nuestro pobre amo.—Oye, Pascuala: tan buena es nuestra cabaña como aquel establo; ¿no es verdad?—¡Ya se ve! Y a más a más, estamos en nuestra casa; y, como decía nuestro amo Anselmo, nadie se halla mejor en parte alguna que en su casa.—Esta casa que bastaba al contento de Pascuala se había rematado el día antes. Miguel había comprado una hortera y cinco cucharas de palo, algunas pieles de carnero y un palo de cáñamo para Pascuala, que tenía una rueca y sabía hilar tal cual. En esto se emplearon las nueve libras y diez sueldos. Miguel por su parte se ingeniaba como podía: cazaba pajarillos con liga y los llevaba al Monasterio, y al fin del mes iba al lugar a vender la hilaza de su mujer: sacaba de esto un producto muy tenue, porque (como ya he dicho) no era Pascuala ni muy activa ni trabajadora.

Todo el verano pasaron de esta suerte. En el mes de Septiembre parió Pascuala con toda felicidad una niña. Llegó por fin el invierno, y a pesar de las pieles la cabaña pareció entonces mucho menos cómoda; mayormente, no habiendo ya moras, avellanas ni fresas. No obstante, no padecieron Miguel y Pascuala tanto como se debe pensar, porque nunca habían dormido en un cuarto muy abrigado: el establo, del cual se acordaban tanto, tenía en el tejado varias aberturas, y la puerta, compuesta de tablas mal unidas, tenía de arriba abajo tres o cuatro rendijas por las cuales se podía pasar la mano sin dificultad; y así, no hallaron mucha diferencia entre su choza y el establo aún en lo más riguroso del invierno; y en verano su barraca, situada en un terreno seco y resguardada por un bosque cubierto de flores y frutas silvestres, era más agradable que un establo oscuro y húmedo edificado en un corral lleno de estiércol, y en partes cubierto de agua detenida y pestilente.

A fines del invierno Miguel, que dos meses había andado con mucho trabajo, se halló en una total imposibilidad de ir al Monasterio a tomar su alimento. Pascuala le reemplazó, y el pobre Miguel se quedó en la choza tristemente echado sobre su cama de hojas secas. No padecía dolores vivos; su tranquilidad natural y su piedad le defendían de la impaciencia y tedio. Pasaba todo el día rezando. Pascuala hilaba o rezaba el Rosario a su lado; sus hijos le acariciaban. Todo esto hacía que no se reputase por muy desgraciado. En esta situación pasaron otro año.

Había ya dos cumplidos que Miguel y Pascuala habitaban en aquel sitio. Un día (era por el mes de Julio) Pascuala, que había ido a recoger hojas en el bosque, llegó corriendo y sofocada a la cabaña.—¡Ah, Miguel—exclamó luego que vio a su marido,—qué cosa tan hermosa he visto! —¿Pues qué es?—¡Una barca muy hermosa y amarilla sin techo! Está casi casi hecha como una carreta; ¡pero tan reluciente! Y la llevan seis caballos, todos plateados; y dentro van unas señoras muy hermosas, y

detrás, unos señores muy guapos vestidos de encarnado.—Al tiempo que Pascuala acababa de pronunciar estas palabras oyó el ruido del coche cuya descripción había hecho. Se estremece de alegría, sale de la cabaña, y todos los niños la siguen. Ve el coche a treinta pasos de ella, y distingue entre las personas que iban en él una dama sumamente hermosa, que arrojando sobre ella y sus hijos una dulce mirada, manda al cochero que pare. Sorprendida y encantada, Pascuala no se atreve a acercarse.

La joven y hermosa incógnita, seguida de cuatro damas que la acompañan, se acerca a Pascuala.—¿Son de usted—la dice—estas cinco criaturas?—Sí, señora.—¡Pobres chiquitos! ¡Están casi desnudos!—Los tres más chicos tienen chupas y calzones, pero los guardamos para el invierno.—¿Y pasan ustedes todo el día en esta choza?—El día, y también la noche.—Pues qué, ¿no tienen ustedes otra habitación?—No, señora. Dos años hace que vivimos aquí; pero estamos muy bien: sólo en el invierno hace bastante frío, y como mi marido está enfermo...—¿Enfermo, y está en esta cabaña?—Sí, señora.—¡Oh Cielos! ¡Qué feliz soy en la casualidad de que nos hayan extraviado y hecho venir aquí!—Diciendo esto, la incógnita se adelanta hacia la cabaña, y entró en ella no sin mucho trabajo, porque los zapatos de tacón y el sombrero con plumas la obligaron a agobiarse tanto, que, no pudiendo soportar aquella actitud tan penosa, tomó el partido de ponerse de rodillas.—¡Oh Dios mío!—dijo volviéndose a Miguel con los ojos llenos de lágrimas.—¡Es posible que hace dos años no tienen ustedes otro asilo más que éste! ¿Cómo no ha ido usted a Forges a curarse?—Como está tan lejos...—No hay más que tres leguas.—Hace diez y ocho meses que mi marido está baldado: no podía yo dejarle aquí sólo para hacer un viaje tan largo. Y, sin eso, no estamos tan mal: cada dos días tenemos pan y patatas. Entonces la incógnita sacó un bolsillo, y dándole a Pascuala, la dijo: Tome usted: esta tarde vendrán a buscarlos de mi parte; y, puesto que les gusta este sitio, les prometo que volverán a él; pero antes es menester que pasen algún tiempo en Forges, porque el enfermo necesita de la asistencia de un buen médico.

Entretanto Pascuala miraba y volvía a mirar las monedas de oro que la incógnita acababa de darle. Finalmente, la dijo: Ya que es usted tan buena, sepa usted, señora, que estas monedas no nos pueden servir: no se conoce esto por acá.—Pues qué, ¿nunca ha visto usted oro?—Sí tal, he visto mucho dorado en la capilla de Bobec; pero no debe de correr la moneda de oro por acá, porque ni siquiera he oído hablar de ella.—Penetrada la incógnita de un exceso de miseria que jamás hubiera creído, no pudo reprimir su llanto; sin embargo, obligó a Pascuala a que guardase el oro que la había dado. Pero para contentarla la hizo dar algunas monedas de plata, que ella admitió loca de contento. Hecho esto, la incógnita y las señoras que la acompañaban salieron de la cabaña, subieron en el coche y volvieron a Forges, dejando a Miguel y a Pascuala llenos de gozo y admiración. Todo el día hablaron de la hermosa señora; y todavía les duraba la misma conversación por la tarde cuando los fueron a buscar para llevarlos a Forges. Cuatro hombres pusieron a Miguel so-



La incógnita sacó un bolsillo, y dióselo a Pascuala...

Veladas de la Quinta.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

bre una litera, y le llevaron con mucho cuidado. Pascuala y sus hijos subieron en un carro, y todos llegaron a Forges cerca de las nueve de la noche. Al punto los condujeron a una casa en donde hallaron ropa limpia y buenas camas.

Luego que Miguel se hubo acostado, Pascuala fué corriendo a hacer preguntas a la huéspedea. Al cabo de un cuarto de hora volvió.—¡Oh Miguel—le dijo;—verás, verás lo que he sabido!—¡Dímelo presto!—La hermosa señora... Oye: ¿sabes tú lo que es una princesa?—Yo, no.—Pues bien; la hermosa señora es una Princesa, y se llama también duquesa; y tiene también otro nombre; pero se me ha olvidado, y es también, que es más que todo, parienta del Rey.—Pues no por eso es más tiesa ni vana.—¡Oh; no por cierto!—¡Parienta del Rey, y tener un modo de mirar tan humano y un habla tan dulce!—¿A que no adivinas por qué ha venido a Forges? Pues es para beber de un agua que hace tener hijos. Yo no tengo mucha fe en esa fuente; pero haré una novena para que Dios dé a esta querida señora una hermosa familia en pago de su caridad.

La huéspedea interrumpió esta conversación trayendo a los dos solitarios una excelente cena. Miguel y su mujer habían bebido algunas veces un poco de mala cerveza; pero nunca habían probado el vino: entonces le bebieron por la primera vez a la salud de su bienhechora. Después de haber cenado se acostó Pascuala, dando gracias al Cielo y mil bendiciones a su joven y virtuosa protectora. Al día siguiente despertó Pascuala cuando entró en su cuarto una costurera que iba a tomarla medida a ella y a sus hijos de parte de la Princesa. En efecto; de allí a pocos días le entregaron el vestuario más completo para ella, su marido e hijos. Cada vez se aumentaba más el gozo de Pascuala; sobre todo, viendo que Miguel se iba restableciendo con suma rapidez. El esmero y asistencia del médico, una habitación sana y el buen alimento habían producido una mejoría casi repentina, y al cabo de tres semanas pudo levantarse y andar por su cuarto.

Entonces fué Pascuala a ver a su bienhechora, la que presentándole un manojito de llaves la dijo:—Estas son, Pascuala mía, las llaves de su casa de usted y de sus armarios. Vaya usted a ella, y mañana por la mañana iré yo a que me dé de almorzar.—Atónita Pascuala al oír esto, quiso hablar, y no pudo; tomó las llaves como alelada, no pudiendo creer que tuviese una casa con armarios ni que la *parienta del Rey* fuese a almorzar con ella. Aquel mismo día Miguel, su mujer y sus hijos volvieron al desierto de donde los habían sacado. ¡Pero qué grande fué su sorpresa al ver en lugar de la choza de hojas y ramas una casita muy aseada situada en medio de una gran huerta! Los niños dan mil gritos de alegría; Miguel y Pascuala los abrazan llorando.—¡Oh Dios mío!—dijo Pascuala juntando las manos.—¿Qué hemos hecho para merecer tanta dicha?

Paró el carro a la puerta, y condujeron a los solitarios a su habitación, compuesta de varios cuartos muy aseados, y de una cocina con todos los utensilios necesarios en una casa. La sala de los solitarios tenía una chimenea, y, en fin, las alcobas, las camas y muebles no dejaban nada que

desear respecto al todo de la habitación. Viendo Pascuala un armario grande, sacó un manajo de llaves, y abriéndole, halló dos vestidos completos para su marido, otros tantos para ella y para cada uno de sus hijos; halló también camisas, sábanas, medias, manteles y servilletas, y una gran provisión de lino para hilar. Luego que Pascuala hubo registrado el armario, la llevaron a su huerta ya plantada de varias legumbres; después la enseñaron un corral en donde halló seis docenas de gallinas; finalmente, abrió un establo, en el cual había dos hermosas vacas, y se la dijo que era dueña de un pedazo de prado para apacentarlas, y que distaba medio cuarto de legua de su casa. Pascuala creía estar soñando.—¡Pues qué—decía a su marido,—ya somos más ricos que no lo era nuestro difunto amo Anselmo! Su casa, comparada a la nuestra, es una pocilga. Nuestra huerta es tres veces mayor que la suya. ¡Oh Miguel! Será menester que nunca olvidemos nuestra choza, sobre todo en el invierno, cuando estemos con nuestros hijos sentados al fuego, para dar gracias a Dios siempre de tan buena gana como ahora.—En tanto que Pascuala hablaba así, sus ojos vertían las más dulces lágrimas; también lloraba Miguel, y uno y otro abrazaban a sus hijos, recibiendo sus caricias con un placer y un gozo que jamás habían sentido, aunque siempre los amaban tiernamente.

En toda la noche pudo dormir Pascuala. Como había quedado una lamparilla encendida sobre la chimenea, la pasó toda considerando con admiración su cuarto y sus muebles, rezando y bendiciendo a su ilustre bienhechora. Al amanecer se levantó, y su marido también; vuelven a registrar su cocina, su jardín y establo. Hecho esto, vistieron a los niños, poniéndoles los mejores vestidos, y dispusieron el almuerzo. Tienden sobre la mesa un mantel nuevo, ponen encima dos tazones llenos de nata de leche, buen pan casero, manteca fresca y una cesta de avellanas acabadas de coger: dispuesto todo de esta manera, se esperó a la *buen* *señora* con impaciencia y desasosiego. A las once el hijo mayor, puesto de centinela a la salida del bosque, deja su puesto y llega anunciando que ha visto el coche a lo lejos. Entonces Pascuala y Miguel se agarran del brazo y se disponen a salir de casa enteramente turbados y enternecidos. Miguel, aún algo débil de las piernas, se aflige de que no puede andar más apriesa; los niños quieren ir corriendo delante, y se precipitan hacia la puerta; el padre y la madre los llaman, y por la primera vez se quejan de su desobediencia.

En el instante mismo en que los solitarios llegaban a la puerta de su patio se apeaba la Princesa de su coche. Pascuala y su marido bañados en llanto se arrojan a sus pies, y Pascuala, mostrándola a Miguel:—¡Oh señora—dijo;—ya está curado, ya puede andar! ¡Nuestros hijos no padecerán más el rigor del frío! ¡Esta es nuestra casa, en que estaremos tan bien en el verano como en el invierno! ¡Todo se lo debemos a usted, y sólo Dios puede pagarla; porque nosotros, pobres infelices, ni darla gracias sabemos!

Un diluvio de lágrimas interrumpió estas razones: la amable y vir-

tuosa Princesa mezcló las suyas con las de los solitarios, y levantando del suelo a Pascuala la tomó del brazo, y entró de este modo en la casa. Bien podéis creer que el almuerzo fué excelente y que se pasearon muy bien por la huerta, sin dejar de ver hasta el establo.

A las doce y media la Princesa se apartó de los solitarios, y al llegar a Forges supo con igual gusto y enternecimiento que no hay estados ni clases en que no se puedan hallar los sentimientos nobles y generosos que la caracterizaban a ella tan particularmente. Los carpinteros y albañiles que habían construído la casa de los solitarios, movidos de una acción que aseguraba la felicidad de una familia entera, quisieron tener parte en ella de algún modo. Trabajaron con mucho ardor noche y día, y luego que estuvo concluída la casa, todos unánimes rehusaron el precio de su trabajo. No hubo medio de hacerles aceptar la menor recompensa, y sólo se les pudo pagar empleándolos al instante en otras obras, por las cuales se les dió el doble de lo que valían.

Habiendo dejado de hablar la Marquesa.—Esta historia—dijo el abate—es muy preciosa. No es dificultoso adivinar el nombre de la augusta bienhechora de los solitarios, y se pueden citar de ella tantas acciones de esta clase, que no me admira la que usted ha contado; pero la generosidad de los carpinteros y albañiles me sorprende. Que un hombre de esa clase tuviese tanta grandeza de ánimo, sería muy extraordinario, aunque creíble; pero que todos se convengan en trabajar día y noche con el solo fin de participar de una buena acción, que rehusan con tesón el salario que les es debido, que de un consentimiento unánime sacrifiquen así su tiempo y trabajo, y que siendo pobres se avergüencen de tomar un dinero tan legítimamente ganado, hay en ese modo de pensar una nobleza, un pundonor y un entusiasmo de virtud, que me parecen poco verosímiles en personas de tan bajo estado, y no puedo menos de declarar a usted que tengo algún recelo de que la han engañado acerca de este punto.—¿Y si yo misma hubiese sido testigo del caso?—Me alegro mucho, porque me es muy gustoso poderle creer.—Este es uno de aquellos rasgos que nadie se atrevería a inventar, porque no tenemos más que una idea imperfecta de la Naturaleza. No la queríamos conocer en algún hecho imaginario que la pintase con toda su elevación, y, por una inconsecuencia ridícula, el heroísmo que tanto admiramos en la historia no nos parecería en una obra de pura invención más que una ficción extravagante destituida de toda verosimilitud. No obstante, es cierto que lo que se llama *belleza ideal* no existe en lo moral, porque siempre que la imaginación concibe alguna cosa sublime puede el hombre practicarla si escucha los primeros impulsos de su corazón, o se ve obligado en fuerza de la admiración que causan los grandes ejemplos de virtud. Y si buscamos la idea de una imperfección constante, t. l como la podemos concebir, la hallaremos infaliblemente examinando la conducta de aquellos que practican exactamente todas las obligaciones que la Religión impone.

Al acabar la Marquesa estas palabras dieron las diez.—Mamá—dijo César,—aún es temprano; la historia de los solitarios ha sido muy corta, y

usted la ha acabado tan de repente, que no nos ha dado el tiempo de hacer alguna pregunta.—Es verdad—dijo Pulqueria;—por ejemplo, desearía yo saber si la novena de Pascuala ha tenido efecto.—Sí—respondió la Marquesa;—aquel mismo año tuvo su bienhechora una hija, de la cual he de referiros un lance.

Esta preciosa niña tiene seis años y medio. Todos los veranos los pasa en el campo. El año pasado encontró paseándose en el bosque de Montmorency a una niña muy pulida que su madre llevaba de la mano. La madre presentó una cestita de fresas a la joven Princesa, la cual mirando de cerca a la chiquita, echó de ver que era ciega, cosa que la dejó muy admirada, porque la niña tenía los ojos abiertos y muy hermosos. Hizo varias preguntas a la madre, que la respondió que su hija no era ciega de nacimiento, pero que no tenía los medios precisos para llevarla a París a que la viesen los cirujanos.—Pues qué—dijo la Princesa,—¿los cirujanos podrían volverla la vista?—Así dicen.—Pues bien; yo la llevaré a París cuando volvamos: la haré lugar en el coche a mi lado.—Enterrecida la aldeana echó a llorar, y las personas que acompañaban a la Princesa la dijeron que fuese al día siguiente a verse con ella.

Conforme a la idea que la Princesa había tenido por sí misma en fuerza del primer movimiento, se envió a la niña a París a casa de un oculista, que la tuvo todo el resto del verano y parte del invierno. A principios de este verano la joven Princesa, al llegar al campo, tuvo un gran gusto cuando la presentaron la niña perfectamente curada.—¿Conque ya no eres ciega?—la dijo.—No, señora.—¿Estás muy contenta?—Seguramente, porque podré trabajar.—¿Y leer?—¡Oh; yo no sé leer!—¿Pues cómo, si eres más grande que yo, y yo leo bien?—He estado ciega dos años.—Es verdad; pero ahora que ves bien puedes aprender.—Mi madre no tiene dinero para enviarme a la escuela.—¡Pobre chiquita! ¿Quieres que yo te enseñe a leer? Si quieres, te daré una lección cada día.—Creyendo la niña que la Princesa se burlaba, se echó a reír. Insistió la Princesa, y una de las personas que estaban con ella dió a entender que desaprobaba esta resolución.—Considere usted, señorita—la dijo,—que una maestra necesita de mucha paciencia.—Yo la tendré.—Esto quizás durará mucho tiempo.—Estoy cierta que no me cansaré: yo leía de corrido al cabo de quince lecciones.—Es cierto; varios niños, con el método que se ha empleado para usted, han aprendido a leer en el mismo tiempo (1). Pero si *Naneta* tiene la cabeza muy dura y no emplea mucha

(1) Es muy cierto que hay un método con el cual un niño dócil y aplicado aprende a leer de corrido al cabo de quince lecciones, y el más limitado lo consigue en tres o cuatro meses, en tanto que con el método común se necesita de año y medio a dos años. El método antiguo consiste, como se sabe, en hacer conocer a los niños todas las letras del alfabeto y enseñarles después la formación de las sílabas, esto es, todas las combinaciones de las letras dos a dos, tres a tres, etc.; como el número de estas combinaciones es muy grande, pues hay veintidós letras que combinar y además las más veces no hay ninguna relación entre el sonido compuesto de las letras que forman cada sílaba y el par-



La madre presentó una cestita de fresas a la joven Princesa.

aplicación, quizás se necesitarán tres meses de lección.—Estaremos aquí tres meses?—Sí, señora.—De ese modo, Naneta tendrá bastante tiempo para aprender; y ahora voy a darle la primera lección.—Diciendo esto, la amable niña va a buscar el libro y la caja de las fichas, hace sentar a Naneta delante de ella, y con tanta dulzura como gracia e inteligencia le da una larga lección. Al irse Naneta se convino que volvería cada día a la misma hora.

Aunque Naneta, como se había previsto, no fuese muy aplicada, no por eso se cansó su maestra: acabó lo que había emprendido con una paciencia y perseverancia sumamente extraordinarias para su edad. Era un espectáculo delicioso verla dar su lección, enseñando con su manita las figuras y las palabras, reprendiendo en voz baja, alabando en alta voz, animando a su discípula, prometiéndola premios, y cuando leía bien, mirar a todos los presentes como para recoger sus votos. Finalmente, antes del fin del verano Naneta supo leer tan bien como su joven bienhechora, que la dió muchos juguetes, libros y un hermoso vestido, diciéndola al despedirse:—*¡Adiós, Naneta; el verano que viene te enseñaré otras cosas!*—*¡Oh; qué preciosa Princesita!*—exclamó Pulqueria;—algún día será digna de su madre!—Con esta reflexión se dió fin a la velada.

Antes de acostarse pidieron los niños, y obtuvieron, la licencia para ir al día siguiente a vendimiar a casa de *Benito*. Se levantaron más temprano de lo acostumbrado para ver si el cestero había enviado todo lo que se le había encargado hacía más de quince días. A las ocho de la mañana les llevaron cuatro cestos proporcionados al cuarto de César, de sus hermanas y de Agustín: cuatro cestas con asas y cuatro pares de tijeras para cortar las uvas. Luego que se comió fueron a pie hasta la viña de Benito, que estaba media legua de la quinta; se convino en que

ticular de cada una de ellas, este método es necesariamente tan largo como penoso y enfadoso para los niños.

Al contrario, el método de M. Berthaud es muy breve, porque limita a ochenta y ocho las combinaciones necesarias, tan considerables en el método común. Ha descubierto, en efecto, que todas las palabras de la lengua francesa se componen de ochenta y ocho consonancias distintas; de modo que conociendo la formación de estas consonancias (aunque no se conozcan las letras que las componen), se sabe leer; y como ha puesto una figura a cada una de estas consonancias, el niño las aprende con facilidad, y comúnmente no se necesitan más de dos meses para aprender a leer de corrido. Es muy extraordinario que este método no haya sido generalmente admitido, mayormente haciendo cuarenta años que se ha inventado; pero tal es la constancia del apego a los usos antiguos, por más que carezcan de fundamentos sólidos.

“En un tiempo en que parece que los españoles nos ocupamos en imitar en todo a los extranjeros tomando de ellos lo bueno y lo malo, sería de desear que alguna persona celosa y con la correspondiente instrucción emprendiese la utilísima tarea de arreglar a nuestro idioma el método arriba dicho, que, a mi parecer, sería aún más fácil en español que en francés, si se atiende a la pronunciación y ortografía del nuestro, muchísimo menos complicadas.”

estos peones auxiliares trabajarían dos horas a cuenta de Benito, que luego merendarían con los vendimiadores, y que después cada cual llenaría su cesta, las cuales se enviarían a la quinta en un carro. Todas estas convenciones se observaron con igual alegría y exactitud. Benito dió el glorioso testimonio de que los niños de la quinta habían trabajado mejor que los suyos; en fin, todo el día se pasó con mucha alegría y contento, y al anochecer tomaron el camino de la quinta.

Al llegar a Champceri, César, que se había adelantado, entró el primero en el patio de la quinta. Ve a todos los criados apiñados alrededor de un hombre a caballo que acababa de llegar, y oye que todos hablan a un tiempo repitiendo el nombre de su padre; César se precipita hacia el grupo, y le hacen lugar gritando:—*¡El señor Marqués está a media legua de aquí!*—César, lleno de gozo, se adelanta; apéase el hombre, que era el ayuda de cámara del Marqués; el primer movimiento de César es arrojarle a sus brazos llorando de alegría. En esto llegan la Marquesa y sus hijos, la madre y los hijos se abrazan mil veces, hacen mil preguntas al criado, mandan poner el coche, los niños van a la caballeriza a dar prisa a los cocheros, entran en el coche antes que los caballos estén puestos; en fin, ya salen. Al cabo de un cuarto de hora para el coche: todos se precipitan hacia las portezuelas, y el padre de familia más querido se vuelve a ver después de un año de ausencia en los brazos de su esposa e hijos.

En el poco tiempo que estuvieron en el coche hasta llegar a casa no pudieron el marido, la mujer y los hijos expresar lo sumo de su gozo sino con lágrimas y tiernos abrazos. La noche era oscura, y no tenían hachas de viento, por lo cual era grandísimo el deseo que tenían todos de poderse ver. El instante en que se entró en la sala de Champceri dobló la alegría y el enternecimiento: no se cansaba el Marqués de mirar a César y a sus hermanitas. ¡Qué padre después de una larga ausencia no halla sus hijos más hermosos! El Marqués admiraba lo robustos y crecidos que estaban los suyos. Por otra parte, su mujer e hijos advertían con inexplicable satisfacción que las fatigas de la guerra no habían causado ninguna mudanza en la persona del Marqués y que gozaba de la más cabal salud.

Nadie se acostó hasta la media noche, y al día siguiente los niños despertaron antes de amanecer, porque la impaciencia que tenían de volver a ver a su padre no les había dejado cerrar los ojos en toda la noche. En tanto que se almorzaba el Marqués avisó que sus negocios le precisaban a volver a París, y que se marcharía de Champceri dentro de dos días: esta nueva affigió a la familia menuda, y el Marqués consoló a sus hijos asegurándoles que estaba determinado a pasar todos los años seis meses en Champceri. César y sus hermanas no pudieron abandonar la Borgoña sin verter algunas lágrimas. El dolor de Agustín al apartarse de su padre, su madre y de Colasito fué extremo. Por último, se partió tristemente. Durante el viaje se disipó la tristeza de los niños, y cuando llegaron a París ya estaban todos alegres y contentos.

Luego que se hubo descansado de las fatigas del viaje la Marquesa de Clemira llevó a sus hijos a ver la Comedia Francesa. A la vuelta se habló de la pieza que habían visto, y César manifestó muchos deseos de que su madre le diese algunos preceptos generales acerca del modo con que se debe juzgar una obra dramática.—Aún eres muy joven—le respondió su madre—para que yo pueda satisfacer tu curiosidad en este punto; tengo formado el plan de una obra que haré seguramente para mis hijos, y cuyo título será *Curso de literatura para el uso de los jóvenes*; la leerás cuando tengas diez y seis o diez y siete años; verás después la poética de M. Marmontel, obra tan útil como estimable, y que acabará de formarte el juicio, proporcionándote los medios de hacer una crítica justa.—¿Cuántos tomos tendrá su obra de usted?—Tres a lo más.—¿Y será divertida? No omitiré medio alguno para que sea tan agradable como varia en cuanto me sea posible; porque creo firmemente que no se puede instruir a la juventud causándola enfado o tedio. Me aplicaré principalmente a daros principios sacados de la Naturaleza, nociones claras y precisas, ideas justas y un conocimiento general de la literatura francesa, inglesa, italiana y española.

Al acabar la Marquesa estas palabras llegó el coche a la puerta. Al punto se cenó, aunque con mucha tristeza, porque todos se quejaban de dolor de cabeza. Ya no tenían César y sus hermanas aquel apetito que hacía tan alegres las comidas de Champceri: todo era bostezar y apoyarse con languidez en sus sillas; apenas comían, y convinieron en que no era bueno ir todos los días a encerrarse tres horas enteras en un aposento, y que preferirían siempre a la función más brillante del mundo los placeres tan dulces que producen el paseo, la lectura y la conversación. Se paseaban, con todo, en París; mas era en los jardines de las Tullerías, del Palacio Real o Campos Eliseos. Como era menester ir con modo, se echaban de menos los bosques, las praderas de Borgoña y la amable libertad que en ellos se disfrutaba. César criticaba amargamente cuanto veía.—¡Qué polvo!—exclamaba.—¡Qué tropel de gentes! Y todos parece que no se han juntado aquí más que para estorbarnos e incomodarnos. No puedo correr ni subir a los árboles... ¿De qué sirven estos estanques de agua detenida, en comparación de nuestro lago de Faulin, en donde pescábamos tantos peces? En vez de los cercados que teníamos allá de morales y avellanos, no se ven aquí más que tapias y rejas. ¡Aún si se viesen plantas y flores!... ¡Oh; qué jardines tan tristes! ¿Cómo hay personas que quieran encerrarse en París todo el año, pudiendo vivir en el campo?

Oía la Marquesa estas quejas, y las aprobaba viendo que eran fundadas; pero llevó a sus hijos al jardín del Rey, que les pareció más instructivo y casi tan agradable como los bosques de Champceri. El estudio de la Botánica y de la Historia Natural hizo este paseo tan agradable, que no quisieron en lo restante del otoño ir a ninguna otra parte. Vino el invierno, y con él se renovaron las quejas: se acordaban los niños suspirando de los estanques helados de Champceri, de las escurridas

sobre el hielo, y sobre todo de las veladas, gustos de que actualmente se veían privados. Los bailes no compensaban bastante esta privación, porque servían de poca diversión, y casi siempre volvía alguno de ellos malo. En el mes de Enero tuvo Carolina un constipado acompañado de una tos tan violenta, que fué preciso separarla de su hermana porque no la dejaba dormir. Se la puso en otro cuarto, y Pulqueria se quedó sola en el suyo.

Al cabo de cinco o seis días supo la Marquesa de Clemira que Pulqueria, a pesar del frío riguroso que hacía, no había querido que se encendiese fuego en su chimenea desde que su hermana había pasado a otro cuarto. Extrañando la Marquesa este capricho, procuró inquirir la causa preguntando a todos los criados. El que estaba encargado de reparar en los cuartos la leña declaró que la señorita Pulqueria le había mandado que pusiese la que llevaba por las mañanas en el armario que había en la antesala, y que él no había preguntado la causa de esta novedad, creyendo que lo hacía de acuerdo con la señora. El aya de las dos niñas cuidaba de Carolina y no había entrado en el cuarto de Pulqueria, a quien asistía una aldeana que se había traído de Champceri, la cual, habiéndosela preguntado también, respondió que la señorita Pulqueria había asegurado que el fuego la hacía mal de cabeza, y que quería acostumbrarse a pasarse sin él. Después de haber tomado estas informaciones subió la Marquesa al cuarto de Pulqueria (eran las diez de la mañana). Primeramente registró el armario de la antesala, y le halló sin leña alguna; entonces entró en el cuarto de su hija. Pulqueria relataba algunos versos paseándose muy aprisa por el cuarto para entrar en calor, y Gertrudis, la aldeana de Champceri, sentada en un rincón hacía calceta. Luego que Pulqueria vió entrar a su madre se puso colorada.—¿Por qué razón, hija mía—dijo la Marquesa,—estás sin fuego?—Mamá, no hace mucho frío.—Entonces la Marquesa se sentó, y mandó a Gertrudis que se fuese. Después, tomando a Pulqueria de la mano:—Ahora—le dijo—me vas a hablar con toda confianza; así lo creo.—Mamá mía, voy a confesárselo a usted; pero quizás ya habrá adivinado lo que es.—Tengo algunas sospechas confusas.—Pues ahora lo sabrá usted todo. Hará siete u ocho días que oí contar a mi aya que una pobre mujer que vive en nuestra calle había venido a pedir limosna. Mi aya se la dió, y después ha estado una vez en su casa para llevarla pan; a la vuelta me dijo que aquella pobre mujer deseaba trabajar, pero que no tenía en qué emplearse, y, lo que es mucho más doloroso, que no tenía fuego para calentarse. Añadió mi aya que la buscaría obra, y yo pensé que si podía por mi parte darla leña, ya no la faltaría nada. No quise decírselo a usted, mamá, porque tenía ya mi proyecto formado. Sabía yo misma que mi hermana debía mudarse a otro cuarto, y me dije a mí misma: Esta es buena ocasión de hacer, como Sïdonia, una buena acción que nadie la sabrá: se la ocultaré a todos, y aun a mamá. *Como todo se sabe con el tiempo*, tarde o temprano se lo dirán, y mi acción le será más grata por esto mismo; entretanto Dios lo sabrá, y la pobre mujer tendrá fuego por las mañanas. De esta privación me resultaban tres troncos: dije al criado que los pusiese

en el armario de la antesala, lo que él hacía todas las noches para ahorrarse el trabajo de traerlos por la mañana. Entonces me vi precisada a confiarme a Juana, la moza de retrete. Al principio puso alguna dificultad; pero yo la aseguré que esto no podía enfadarla a usted, sino todo lo contrario. Entonces me declaró que si usted la preguntaba diría la verdad, pero que si no, callaría: no pedía yo otra cosa.—Y bien; ¿se ha encargado de llevar la leña a la mujer?—Sí, señora, todas las mañanas.—Pero ¿cómo la han dejado salir de casa cargada así, con tres troncos?—No lo sé, nunca he pensado en ello. En efecto; el portero debía extrañar. Sin embargo, es preciso que nunca la haya preguntado nada, puesto que no me lo ha dicho.—Aquí hay algún misterio que ignoramos. Pero, volviendo a ti: ¿has sentido mucho frío?—Bastante los dos primeros días; pero pensaba que la pobre mujer se calentaba con sus hijos, porque tiene seis, y su marido estaba malo en cama. Ahora están todos buenos, según me ha dicho Juana.—¿Cómo es posible, con tres pedazos de leña?—Sí, señora; Juana me ha dicho que eso les ha hecho revivir, y ahora están muy bien. Además de la leña he enviado a sus hijos dos cajas de dulces que papá me regaló; y aún no es todo: anteayer, no sé por qué casualidad, le dió la gana a papá de preguntarme si deseaba tener algún dinero para comprar juguetes. Al pronto le respondí que no; después me acordé de la mujer y me puse colorada. Papá me abrazó y me dió un luis, diciéndome todo lo que podría comprar con él. Si he de decirlo todo, tuve deseo de emplear seis libras en comprar una almohadilla y algunos acericos, y con esta idea volví a mi cuarto muy pensativa. Hice cambiar al instante mi luis, y tuve entonces cuatro escudos: guardé el uno en mi faltriquera, di los otros tres a Juana, diciéndole que se los llevase a la mujer, y añadiendo que al día siguiente la enviaría a comprarme la almohadilla y los acericos. Con esto se fué; yo saqué mi escudo de la faltriquera, y me daba pena el mirarle. Como al principio había destinado el luis entero a la pobre mujer, me parecía que me quedaba con una cosa que ya no era mía. Corrí a la escalera para llamar a Juana; pero ya había salido, y no volvió hasta ayer por la mañana. Desperté muy temprano pensando en los acericos y en la mujer. Estaba muy dudosa; pero finalmente, reflexionando que aquel luis era el primer luis que había tenido en mi vida, me dije: es preciso emplearle enteramente en una buena acción. Esto me determinó del todo. Volvió Juana, y la envié a casa de la mujer con la leña y el escudo.—Acababa Pulqueria su relación, cuando entró un lacayo en el cuarto, y adelantándose hacia la Marquesa la entregó una carta. Mirando el sobrescrito, dijo a Pulqueria:—Esta esquela es para ti; será sin dudã algún convite de baile.—Diciendo estas palabras, abre la carta y lee lo siguiente:

“Señorita: Venga usted a recibir el premio de su bondad para con nosotros; venga usted a saber la triste situación de que nos ha librado. Nada falta a nuestra felicidad actual más que tener por testigo de ella a la persona a quien la debemos; no podemos manifestar nuestro agrade-

cimiento a nuestra joven y querida bienhechora de otro modo más que haciéndola ver lo interior de una familia que la debe toda su felicidad.”

—¡ Ah, mamá! —exclamó vivamente Pulqueria.—¿ Tendría usted la bondad de llevarme a ver a esa pobre gente? —Con mucho gusto—respondió la Marquesa.—Al punto mismo hemos de ir allá; voy a decir que pongan el coche. Ven, querida hija mía. Entonces tomando a Pulqueria de la mano, sale con ella. Cuando ya iban a salir, se encontraron con el Marqués.—¿ Adónde vais? —las dijo.—Si por casualidad queréis salir, ahora acabo de llegar, y aún está mi coche a la puerta.—Pues vente con nosotras—le respondió su mujer.—Entonces el Marqués, sin preguntar adónde iba, la dió el brazo, y Pulqueria los sigue con una conmoción inexplicable. Entran en el coche, marchan, y al cabo de cinco minutos se apean; atraviesan un patio, y el Marqués abre una puerta, y entran en un cuarto capaz. En medio de él ven a un guarnicionero trabajando en su oficio, en tanto que una mujer arrimada a una mesa y rodeada de seis niñas, la mayor de diez años, cosía ropa blanca. Luego que entró el Marqués, toda la familia se puso en pie.—Acérquese usted acá, señora *Le Blanc*—dijo el Marqués:—aquí tiene usted a Pulqueria. Al oír estas palabras, la mujer y el marido se precipitaron hacia Pulqueria, y todas las niñas la rodearon.—¡ Oh señorita mía! —dijo enternecida aquella mujer.—¡ Qué gusto tengo en ver a usted! ¡ Cómo tan niña y tan delicada se ha querido usted privar de fuego y padecer frío para enviarnos su leña, y después su dinero, y después sus dulces, en fin, todo aquello de que podía disponer! Pero vea usted ahora lo felices que somos. Mi marido está ya curado, y se ha puesto al trabajo desde ayer; nuestras deudas están pagadas; nuestras hijas, bien vestidas; podemos trabajar: nada nos falta. ¡ Usted sola es la causa de nuestra felicidad, porque sin su bondad para con nosotros, nunca nos hubiera conocido su señor padre! —¡ Ah, papá! —interrumpió Pulqueria.—¿ Conque Juana se lo había contado a usted todo? —Desde el primer día—respondió el Marqués.—Yo mismo he traído en mi coche varias veces a la señora *Le Blanc* la leña que tú la dabas; pero habría prohibido expresamente a Juana que hablase de esto a tu madre o que te hiciese sospechar que yo lo sabía, porque mi intención fué desde luego daros un gusto inesperado. Después de esta explicación el Marqués de Clemira recibió tiernos abrazos de su mujer e hija, y luego se siguió hablando con aquellas pobres gentes. Al cabo de media hora se levantaron para irse, lo cual, visto por las niñas, al punto fueron a buscar una caja de cartón, y la de más edad, presentándosela a Pulqueria la rogó que la aceptase, diciendo:—Esta es nuestra obra: mi madre, mis hermanas y yo, todas hemos trabajado en ello. ¡ Y con qué gusto! Abre Pulqueria la caja, y se halla con una almohadilla muy primorosa y media docena de acericos sumamente pulidos. Al verlos se puso colorada, y volviéndose hacia su padre le dijo:—En verdad, papá mío, que ya se me habían olvidado; pero los recibo con sumo gusto por ser obra de esta buena mujer y de sus preciosas niñas. Al acabar estas palabras, enternecida

Pulqueria, abrazó a toda la familia, renovándose sus lágrimas cuando al irse oyó las bendiciones que toda ella la daba.

—¡Mi pobre Carolina!—exclamó Pulqueria al entrar en el coche.—
 ¡Cuánto siento que su resfriado la haya impedido participar de la alegría que yo acabo de disfrutar!—Mamá—prosiguió Pulqueria,—ahora que estoy acostumbrada a pasar sin fuego, ¿me permitirá usted dar todos los inviernos mi leña a los pobres?—No, por cierto; porque no quiero que formes una obligación que con el tiempo podía parecerte demasiado penosa: ya te he dicho, y ahora vuelvo a repetir, que las resoluciones que exigen una valerosa perseverancia no se han hecho para tu edad; pero si quieres renovar todos los inviernos la acción que acabas de hacer, esto es, pasarte sin lumbre una semana para aliviar a una pobre familia, te lo permitiré con mucho gusto.—¡Esto es hecho: desde ahora me impongo esa obligación de muy buena gana! Otra idea me ocurre. ¿No podría también privarme de tiempo en tiempo con el mismo objeto del vino que bebo a las horas de comer?—Es tan poco lo que bebes, que sería menester mucho tiempo para que pudieses juntar una botella.—Cuando sea grande como usted, mamá, ¿cuánto beberé en ocho días?—Tres botellas, o a lo más cuatro.—Aun cuando no fuesen más que tres, este regalo daría gran gusto a cualquier pobre enfermo.—Seguramente; tres botellas de buen vino serían para él un regalo tan saludable como precioso.—Si cada mes me pasase ocho días sin vino, creo que estaría mejor.—Además de que esta privación nada tiene de penoso.—De modo que sin ser rico se pueden hacer muchas limosnas.—Sin hacer gastos extraordinarias se podría en el discurso del año socorrer a una infinidad de infelices, con sólo querer imponerse de tiempo en tiempo algunas ligeras privaciones o rehusarse alguna superfluidad. Debes observar también que una privación momentánea siempre nos previene un gusto muy vivo. Por ejemplo: tú te pasabas sin fuego desde las siete de la mañana hasta la una del día. ¿No es verdad que cuando bajabas a la sala sentías un gusto que a buen seguro no hubieras tenido si hubieses habido fuego en tu cuarto?—Es muy cierto: lo restante del día me calentaba yo con sumo gusto; sólo el ver un buen fuego me inspiraba una alegría extraordinaria.—Ya ves, pues, que en esto el interés mismo de nuestras conveniencias se conviene con la beneficencia; y no hablamos de aquel placer tan dulce preferible a todos los demás, de aquella inexplicable satisfacción que acabas de disfrutar, y que será siempre el fruto feliz de una acción virtuosa.—¿Cómo es posible que haya personas que no conozcan esto?—Porque es muy cierto que la vanidad y el gusto del fausto corrompen muchos corazones. Con todo, aun en las ciudades ricas, en donde el lujo ahoga y destruye tantas virtudes, se pueden hallar todavía grandes ejemplos y modelos hechos para gloria de nuestro siglo. Las solas *limosnas anónimas* remitidas a los diferentes curas de París componen inmensas cantidades; no hay mes en que una multitud de artesanos infelices presos por deudas no deban a personas desconocidas su libertad y la ventura de volverse a ver en el seno de sus familias desconsoladas. La beneficencia ha esta-

blecido premios en todas las Academias; ha formado en París y sus cercanías varios establecimientos útiles y respetables: todo esto puede hacerse conocer cuán natural es al corazón del hombre esta virtud, puesto que la vemos brillar tanto en aquellos parajes mismos en donde está continuamente combatida de todas las pasiones ficticias y pueriles, hijas de una vanidad tan despreciable como mal entendida.

Con esto dió fin la Marquesa a su conversación, porque quería ir a saber cómo estaba Carolina. Pasó, pues, con Pulqueria al cuarto de la enferma, y halló que se le había aumentado mucho la tos. Confesó Carolina que había comido un puñado de guindas secas, ignorando del todo que pudiese aumentársela la tos comiendo una cosa que sabía ser sana. La Marquesa aprovechó esta ocasión de repetir a sus hijos cuán conveniente es conocer las propiedades de todo lo que sirve a nuestro alimento; conocimiento que, junto con la sobriedad, nos preservaría de una infinidad de achaques y enfermedades graves.

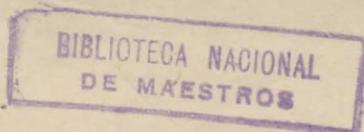
Algunos días después de esta conversación, una mañana entró César en el cuarto de su padre. Llevaba un papel en la mano:—Papá—dijo,—vengo a hacerle a usted algunas preguntas sobre una cosa que me parece extraordinaria. Aquí traigo el *Diario de París*.—¿Y bien?—El señor abate me le hace leer siempre que hay algún rasgo de *beneficencia*.—Debes, pues, leerle muy a menudo, porque apenas se pasa día sin que se lea en letras gordas *beneficencia*.—Sí, señor; y eso mismo es lo que me enfada.—Pues ¿por qué?—Este título anuncia una bella acción; pero en este diario rara vez se cumple lo que promete. Tome usted, papá, y lea después de la palabra *beneficencia*.—¡Ah; parece una historia muy larga!—En efecto; ocupa la mitad del *Diario*. ¿Quiere usted que yo se la cuente?—De buena gana.—Este es el caso: Una pobre costurera tenía una rejuela o maridillo a los pies; se quedó dormida. Algún tiempo después entró alguno en su cuarto y la halló moribunda: *sus vestidos estaban ardiendo, y apenas conservaba figura humana*. Llegó entonces una patrulla de la policía. Los soldados de esta patrulla y los demás circunstantes estaban *enternecidos*. Los soldados ayudaron a socorrer a la enferma. Un cirujano pedía para curarla un poco aceite y vino; uno de ellos fué a buscarlo. Después de haber el cirujano curado las heridas de la pobre mujer, los soldados de la patrulla la llevaron al hospital.—¿Y el rasgo de *beneficencia*?—Ya se lo he dicho a usted: *es el aceite y vino que el soldado fué a buscar*.—¡No es posible!—Lea usted, papá: aquí está el *Diario* (1).—En efecto; es lo que dices, sin quitar ni poner; pero es preciso leerlo para poderlo creer.—Como era preciso ser inhumano y feroz para no socorrer a aquella infeliz, me ha enfadado el ver que se alabe con tanta ponderación una acción tan natural, dando el nombre de benéficos a unos hombres que no han hecho más que cumplir con una obligación indispensable.—Tienes razón. Aquel que se cree sujeto heroico cuando cumple con su deber, jamás llegará a ser verdaderamente virtuoso: si todos nos conviniésemos en dar el nom-

(1) *Diario de París*, núm. 340. Sábado 6 de Diciembre de 1783.

bre de beneficencia a lo que en sí no es más que humanidad, en breve no habría ya beneficencia en el mundo.

A este tiempo entró en el cuarto la Marquesa con sus hijas. Almorzaron todos juntos, y después salieron para ir a ver algunas colecciones de pinturas y de Historia Natural, recreación que la Marquesa proporcionaba a sus hijos dos veces a la semana. Para variar estos recreos instructivos se visitaban de cuando en cuando las manufacturas y monumentos célebres de arquitectura.—Queridos hijos míos—decía la Marquesa,—cuando viváis en las ciudades, si queréis ser felices y nunca padecer tedio, no os entreguéis a la vana disipación, que no podría ni llenar vuestros deseos, ni aun ocupar vuestra imaginación; nunca os dejéis corromper por el gusto vano y despreciable del fausto y de la magnificencia: conservad, fomentado con cuidado en vuestros corazones aquella activa y tierna compasión debida a los desgraciados. Desde el seno del lujo, pensad que hay un sinnúmero de infelices oprimidos de miseria a quienes un corto socorro podría librar de la muerte. Ya tenéis por experiencia una idea de la felicidad tan pura que os espera en sus casas: id a buscarla; alargadles una mano benéfica, disfrutad de la gloria deliciosa de presentarles la imagen de la Divinidad y de hacer que a los horrorosos gemidos de la desesperación se sigan los enajenamiento de la alegría inesperada y las dulces lágrimas de la gratitud. Finalmente, en la capital en donde habitáis, y en la cual la emulación y el genio bajo mil formas distintas producen incesantemente portentosos adelantos, cultivad vuestro talento, extended vuestros conocimientos, amad las artes a fin de poder disfrutar de esa multitud de cosas apreciables que el ignorante desprecia porque no conoce; mas no sean parte estas ocupaciones instructivas y variedad de recreos para haceros perder la feliz inclinación a la vida del campo: jamás se borre de vuestros corazones la memoria de las veladas de Champceri, y la inocencia y encanto de los gratos placeres que la naturaleza ofrece.

FIN DE "VELADAS DE LA QUINTA"



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.....	9
PRÓLOGO DE LA AUTORA.....	13
Introducción.....	17
Delfina, o la curación feliz.....	25
El calderero, o el mutuo agradecimiento.....	57
El heroísmo de la lealtad.....	75
Eglantina, o la indolente corregida.....	95
Eugenia y Leoncio, o el vestido de baile.....	119
Alfonso y Dalinda, o los encantos del arte y naturaleza.....	151
Los esclavos, o poder de un beneficio.....	305
Pamela, o la adopción feliz.....	319
Olimpia y Teófilo.....	339
Los solitarios de Normandía.....	395

2191915

